OLIVIA HAYLE

JUEGO DE MENTIRAS



CHIC

Olivia Hayle

Juego de mentiras

Traducción de
Paloma Rico



Para todas las niñas complacientes que crecieron hasta convertirse en mujeres con miedo a poner límites.
Ojalá encontréis el valor necesario para trazar esos límites, y un amor que os diga que sí a todo de todos modos.

CAPÍTULO 1



Nora

La mejor parte de una noche en una discoteca es cuando por fin te vas.

Llevo metida en este sitio atronador menos de una hora y, aun así, ya parece que lleve aquí treinta minutos más de lo que debería. Las luces titilantes de neón cortan la oscuridad del lugar, pintando arcoíris de colores en los cuerpos que se retuercen en la pista. A duras penas oigo a Poppy, aunque esté a mi lado.

Le escribí ayer para ver si quería quedar, en cuanto deshice las maletas en mi piso de alquiler en Nueva York. Nos conocimos por el mundo del modelaje, y a lo mejor podemos ser amigas. La verdad es que me hacen falta amigas en esta nueva ciudad.

Y este es el sitio al que ella quería ir: el reservado VIP de un exclusivo club con otras siete amigas modelos.

—¿… verdad? ¿No te parecería divertidísimo? —me grita en el oído.

Sonrío y asiento como si hubiera entendido algo de lo que ha dicho. Yo esperaba una cena, quizá unas copas… Un lugar donde pudiéramos hablar de verdad. Otra mujer rubia, la más alta del grupo, se inclina sobre la mesa.

—¿Otra ronda? —pregunta a gritos con una botella vacía de champán en la mano.

Las otras celebran la idea, y una agradable modelo de aspecto andrógino con la que he trabajado un par de veces sostiene bien alto una copa vacía. En el reservado también hay dos hombres que parecen estar dispuestos a pagar todo esto. Seguramente tengan unos treinta o cuarenta, con sus brillantes tarjetitas de crédito y sus sonrisas arrogantes.

La verdad es que no sé cómo se llaman. Chad y… Dean, creo. O algo así. Antes, el bajito del pelo de punta me ha gritado algo al oído, con la mano puesta en la parte baja de mi espalda.

Le he sonreído y después me he escabullido.

Poppy me agarra del brazo para acercarme a ella.

—¿No te parece increíble todo esto? —me pregunta, encantada de la vida—. ¡Me alegro tanto de que estés de vuelta en la ciudad!

—Sí, ¡yo también!

Poppy sonríe y se da la vuelta para escuchar algo que dice Dean. O Chad. O quien sea.

Poppy es agradable; al menos, eso me parecía cuando coincidíamos en sesiones de fotos para ciertas campañas o en la pasarela de los mismos desfiles de moda. Por eso he vuelto a ponerme en contacto con ella. Sentía que nos lo habíamos pasado bien juntas; bien de verdad, no como con esas personas falsas que fingen disfrutar conmigo para acercarse a mí por mi apellido.

Miro el reloj. Solo han pasado ocho minutos desde la última vez que lo miré. Es demasiado pronto para proponer seguir con la fiesta en un sitio más tranquilo. Me esperan más horas de estar en este sitio si decido quedarme. Pero debería quedarme, en realidad. Tengo que intentar hacer amigas.

Poppy se me acerca aún más y baja la vista a mi muñeca.

—¿Es un Artemis? —pregunta, a medio camino de otro chillido.

—Sí —digo, y asiento con la cabeza.

Roza el reloj de platino con los dedos. Es la marca que mi familia ha estado produciendo desde hace casi un siglo. Incluso tiene una pequeña banderita suiza en la parte de atrás para demostrar que está producido en el mismo valle en el que nació mi abuelo.

—Guau. Debes de tener como uno de cada. —Poppy aparta los dedos de mi muñeca, y vuelve a sonreír—. ¿Vas a modelar para alguna de las marcas de tu familia esta temporada?

Me encojo de hombros.

—Para algunas, sí. Pero en realidad no estoy aquí para modelar.

—¿Qué?

Me acerco un poco más.

—¡Que no he vuelto a la ciudad para modelar!

Levanta las cejas, que lleva perfectamente depiladas.

—¿Por qué estás aquí, entonces?

—Estoy diseñando mi propia línea de moda. —Voy a participar en la Exhibición de Moda dentro de unos meses; competiré contra otros doce diseñadores desconocidos.

Su expresión cambia para convertirse en una mezcla de sorpresa y de otra cosa que no logro interpretar.

—Vaya. Es algo… diferente. ¿Por qué ya no quieres modelar? —Se acerca más a mí—. Con todos los contactos que tienes, podrías ser una supermodelo, ¿sabes?

Cojo mi copa casi vacía.

—Me gusta modelar, de verdad que sí, pero quiero hacer algo distinto.

Poppy asiente, pero me doy cuenta de que en realidad ya no me está escuchando. Se gira hacia las demás mientras mueve los hombros al ritmo de la música. Mierda. Modelar es su trabajo, por mucho que yo lo odie. A lo mejor no debería haber dicho nada.

La próxima vez me esforzaré más.

Me acabo la copa. Nuestra mesa está abarrotada, al final del todo de la zona VIP, bajo un techo oscuro y a la vista de todas las personas que están en la pista. Necesito moverme un poco.

Me levanto del sofá y me largo a la barra de bar.

Puede que también vaya al baño.

O puede que simplemente me largue de vuelta a mi nuevo apartamento.

Estoy a pocos pasos de la barra cuando vuelvo a sentir una mano en la parte baja de la espalda. Mierda. Es Chad, o Dean, o como se llame. Está muy cerca. Tan cerca que puedo oler la mezcla de colonia y sudor que lleva impregnada.

—Hola —me dice al oído. Su aliento me cubre la piel, lo que me provoca un escalofrío. Puaj—. ¿Adónde te me estabas escapando tú?

A lo mejor a otras mujeres esto les parece encantador. A lo mejor tengo un problema, porque a mí no me lo parece. Me doy la vuelta, y consigo que me quite la mano de encima.

—Solo voy a pedir otra bebida.

Tiene los ojos vidriosos. ¿Se habrá metido algo? ¿De qué conoce Poppy a estos tíos?

—¡Te invito a una copa! —Está gritando, pero apenas me llega lo que dice por encima de la música atronadora. Se acerca más a mí; su mano vuelve a estar al acecho. Al final acaba en mi cadera—. ¿Cómo decías que te llamabas?

—¡Eléanore! —le grito.

Él esboza una sonrisita.

—¡Me encanta ese nombre! De hecho, es mi nombre favorito.

Por Dios.

—¿En serio? —¿Por qué tiene que moverse tan despacio la cola para la barra del bar? Intento dar un paso atrás, pero él me sigue, como si estuviéramos bailando.

—Tú también eres modelo, ¿verdad?

—Sí, pero ya no modelo mucho. —O, al menos, ese es el objetivo, aunque resulte muy difícil decir que no cuando me llama mi agente. Trabaja para la empresa de mi familia y para mi hermano mayor. Parece que siempre quieren que sea la cara de algo.

El tío asiente con dos breves movimientos de cabeza que me dan la impresión de que no ha escuchado una palabra de lo que le he dicho.

—Ya, ya. Oye, aquí hay mucho ruido. ¿Sabes qué? ¡Vivo aquí cerca! ¡En Tribeca!

Mierda. Odio cuando los tíos hacen esto; ya me veo buscando las palabras justas para decirle que no. «Me duele la cabeza» o «tengo planes». «Tengo una gotera en mi apartamento…» o, simplemente: «Quiero quedarme aquí». Desde luego, rechazar a los tíos se me da muy, pero que muy bien.

Es lo único que me he dedicado a hacer.

Se inclina, aún más cerca de mí. Dios. Tengo a gente detrás, y a mi alrededor, y luego encima está él, que me bloquea la salida.

Salir de fiesta era divertido en su momento. Ahora las salidas están hechas de espacios VIP abarrotados y expectativas ajenas.

—Aléjate de ella. —Esas repentinas palabras resuenan profundas, perfectamente audibles por encima del ruido de los altavoces. Un hombre acaba de meterse en medio, entre Chad y yo, y ahora sus anchos hombros me bloquean a medias la visión del otro tío.

El estómago me da un vuelco. Reconozco esa voz.

—¡Lo siento! —grita Chad—. ¿Está contigo?

El hombre se gira y baja la vista para mirarme. No lo he visto en casi seis meses. He intentado no pensar en él, en este hombre al que mi hermano llama su mejor amigo, de la forma en la que siempre lo hago. Tiene un legado que rivaliza con el mío. En su día se le conocía por ser el famoso heredero de los Calloway, pero ya no: tras la muerte de su padre, se hizo con absolutamente todo.

Las fincas y mansiones, la empresa, el poder.

West me mira con los ojos entrecerrados. Sus oscuras cejas están bajas, con esa cicatriz en su ceja izquierda a la vista. Siempre me he preguntado cómo se la hizo.

—Sí. Está conmigo —dice entonces—. Y ya se iba.

Chad se desvanece, desapareciendo entre la gente con una estrategia que a West no le funcionaría, dada su altura y envergadura.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto, aunque lo sepa. O, más bien, lo sospeche.

Se inclina hacia mí. Ah, claro. Con la música…

Me pongo de puntillas para acercarme más a él, más cerca de lo que nunca he estado.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te ha enviado Rafe?

—No tuvo que hacerlo —me dice West con voz entrecortada—. Ven. Nos vamos.

—No quiero irme —le digo. Aunque me duelan los pies, esté cansada y esté deseando un poco de aire fresco. Solo hay una razón por la que esté aquí: que Rafe realmente lo haya enviado para hacerme de niñera.

Su mano se cierra en torno a mi codo.

—Nos vamos —me dice, y la multitud contra la que yo he tenido que luchar hace apenas unos minutos para llegar hasta ahí se hace a un lado por West. Nos dejan pasar. Yo le sigo y, joder, cada paso que damos hacia la puerta ya me permite respirar un poco mejor.

Salimos a la ajetreada calle de Nueva York. Hay gente haciendo cola para entrar en la discoteca, y pasamos por delante de todos ellos directos al gran coche negro que ha dejado al ralentí en el bordillo de la acera.

—¿En qué estabas pensando? —La voz de West deja relucir su frustración mientras me suelta el codo—. No te has traído la seguridad que te asigné.

—No quiero guardias siguiéndome a todas partes.

Su hermoso rostro se endurece, convirtiéndose en una máscara de enfado. Me abrazo; estamos a finales de abril, pero el aire de la tarde no es lo suficientemente cálido para el vestido tan fino que llevo. Es uno de mis diseños más recientes.

—¿Por qué no? —me exige saber—. Hace una hora me avisaron de que saliste usando la puerta trasera de tu apartamento sin decirles adónde ibas.

—No es asunto suyo y, desde luego, no es asunto tuyo.

—Sí que es asunto mío. Tu hermano lo convirtió en asunto mío. —Entrecierra los ojos—. Y tú lo convertiste en asunto mío cuando te mudaste a Nueva York.

—Estoy aquí para trabajar, no para que me monitoricen. —Todo eso lo dejé atrás, en Europa.

West se queda quieto. Es una quietud que asusta, con esos ojos color *whisky* entrecerrados. A juzgar por su traje, es probable que estuviera en otro sitio cuando le llamaron para informarle sobre mí. ¿Lo he interrumpido? ¿Le he arruinado la noche?

—Corrígeme si me equivoco —me dice—, que ya te digo yo que no me voy a equivocar, pero, que yo sepa, has estado recibiendo amenazas los últimos cuatro meses. Cartas, mensajes de texto, mensajes al móvil y, más recientemente, fotografías que dejan muy claro que alguien te está acosando. Rafe organizó y te asignó un cuerpo de seguridad privado cuando estabas en París. Ahora que estás aquí, la tarea me ha caído a mí. ¿Y aun así pensaste que sería buena idea —se acerca más a mí—, ir a una discoteca en medio de la noche sin protección?

—Estaba rodeada de gente. Y he estado en público todo el rato.

—Sí. Con extraños.

—Puedo cuidarme sola.

Se ríe. Es un sonido breve, carente de humor.

—Sí, claramente. Por eso he tenido que rescatarte de ese idiota borracho que no paraba de manosearte.

—Yo no te he pedido ayuda —le contesto de mala manera—. Todos esos guardias de seguridad no deberían ir a informarte a ti directamente.

—Pues claro que deberían. Soy la persona a la que han pedido que te cuide.

—Puede que sea la hermana pequeña de Rafe, pero no soy una niña.

Su mandíbula se tensa.

—No, no lo eres. Ya no lo eres. Y necesitas tomarte esto en serio.

—Solo quería una noche de juerga normal y corriente —le digo. ¿Cómo se atreve? Claro que me lo estoy tomando en serio. Llevo tomándomelo en serio cada día desde que empezaron los mensajes extraños. Pero estoy en una nueva ciudad y estoy tratando

desesperadamente de agarrarme a la esperanza de haber dejado todo eso atrás. Solo quería hacer una amiga.

Una ráfaga de viento mueve mi pelo castaño.

La vista de West cae a mis brazos, donde se ha instalado mi piel de gallina. Su rostro cambia hasta formar líneas aún más definidas, y entonces se quita la chaqueta.

—Ten —me dice, poniéndola sobre mis hombros.

—Gracias. —Odio que esté calentita. Pero odio aún más que huela tan bien.

Hace un gesto de asentimiento en dirección al coche.

—Vámonos. Te llevo a casa.

Yo vacilo, abrazándome a su chaqueta aún más.

—Puedo pedir un taxi. No tienes que…

West suspira.

—Métete en el coche.

—Vale. —Paso por delante de él con el corazón a mil. No soy capaz de manejar el conflicto. Nunca lo he sido. Pero es como si West siempre quisiera buscarme, crearme un conflicto; soy más contestona y asertiva con él que con ninguna otra persona.

Me deslizo por el asiento trasero del brillante deportivo negro. West se mueve como si él tuviera su propia gravedad y el mundo a su alrededor cambiara con cada zancada suya. Ha cambiado hasta mi propio rumbo esta noche.

Siempre ha sido exuberante.

Su apellido es muy popular en este país, por no mencionar otros muchos. Es uno de los clásicos de la Edad Dorada: están los Astor, los Vanderbilt, y los Calloway. Es uno de los pocos nombres que aún conservan una empresa propia intacta y una propiedad que permanece a cargo de la familia.

Es el heredero de un legado demasiado grande como para ser capaz siquiera de hacerse una idea de lo grande que es. Apuesto lo que sea a que la arrogancia forma parte de ese legado, heredado de padres a hijos en la línea de sucesión Calloway, reyes de sus pequeños imperios.

—No vuelvas a hacer eso —me dice en la oscuridad del coche. Cierro los ojos y me acomodo contra el reposacabezas. Su voz es profunda y reconfortante.

Pero me está diciendo cosas que ya he oído demasiadas veces.

Haz esto, haz lo otro. Quédate aquí. Di esto.

Sé una buena chica. Sé una buena hermana. Cuida de tus hermanos pequeños. «Estamos en el ojo público». Sonríe más, sonríe menos. Arquea la espalda.

—No eres mi hermano —le digo en la oscuridad.

—No, no hay ninguna puta duda de que no lo soy —murmura West. Su perfil es ahora un oscuro contorno contra los destellos de la ciudad que entran por la ventanilla del coche. La mandíbula afilada es otra cosa que ha heredado. Debería ser ilegal moverse como él lo hace, y estar tan guapo mientras lo hace.

—Aprecio lo de los guardias de seguridad —le digo—. De verdad. Pero creo que no necesitaré mucha protección, y, además, tendré mucho cuidado. Lo prometo. Así que gracias, West, pero no, gracias.

Él me mira en la tenue iluminación del coche.

—Muy amable —me dice—, pero eso no depende de ti. Mañana no irás a ninguna parte sin ellos.

CAPÍTULO 2



West

Nora Montclair es la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Y teniendo en cuenta que Rafe es básicamente como un hermano para mí, ella debería ser como una hermana pequeña para mí. El problema es que el término «debería» nunca ha funcionado cuando se trata de Nora.

Para mí, ella es un problema. Siempre lo ha sido. Desde el momento en que la conocí, hace años ya, cuando entró al chalé de los Montclair con esa sonrisa en la cara y su cuaderno de bocetos bajo el brazo. Con ese pelo tan brillante color castaño oscuro, esos ojos tan inteligentes, y esa boca tan sonriente. Cuatro años menor que Rafe y yo, sobreprotegida y encantadora.

Mide apenas unos centímetros menos que yo y presenta un rostro con características ideales para campañas publicitarias.

Y ahora resulta ser un problema muy cercano. Un maldito imbécil ha decidido que está obsesionado con ella de una forma insana, y Rafe ya me lo ha contado todo sobre el acosador al que su agencia de seguridad no ha logrado encontrar. Cómo pasó de comentarios en redes sociales a *emails* directos y luego a la primera carta que le llegó a su apartamento.

Se mudó a Nueva York persiguiendo una nueva oportunidad en el mundo del diseño, y aunque Raphaël tiene un buen equipo de

seguridad entrenado para sus propiedades en Europa, yo me conozco esta ciudad.

Todo va a estar bien. Perfectamente bien.

Solo implicará interactuar constantemente con ella durante semanas. Monitorizar su ubicación y seguridad y ser la persona de confianza para el equipo de seguridad. Nada puede pasarle mientras esté yo presente y ella bajo mi vigilancia.

Así es exactamente como me sentiría yo si fuera mi propia hermana.

Aunque la irritación que sentí anoche, mientras le quitaba de encima al tío que no paraba de acercársele cuando ella quería alejarse, estuviera más cerca de tratarse de otra cosa. De algo que no me puedo permitir, de lo que no puedo darme el gusto o en lo que no puedo pensar demasiado.

Hasta anoche, la última vez que la había visto había sido en la fiesta de Raphaël, hace meses. Estaba muy guapa en ese vestido azul, con sus impecables modales y una sonrisa que parecía de lo más natural pero que yo sospechaba que era de todo menos eso.

Siempre ha tenido unos modales impecables con todo el mundo… menos conmigo.

Como anoche, por ejemplo, con ese vestido negro de seda y lápiz de ojos oscuro, discutiendo conmigo en cada paso del camino.

Me paso la mano por el pelo e ignoro las miradas que me lanzan algunos de mis empleados. No suelo aparecer por Empresas Calloway en la parte céntrica de Manhattan; pero hoy estoy aquí, y todos se están dando cuenta.

Por alguna razón, yo la irrito. La irrito desde hace años.

Pero le prometí personalmente a Raphaël que podía garantizar su seguridad. Porque Rafe es familia. Lo ha sido desde que vivíamos juntos en la Academia Belmont como los adolescentes inadaptados que éramos, con demasiado tiempo libre y ningún tipo de supervisión parental.

Alguien que forma parte del equipo ejecutivo me para; le dije que quería estar informado en cuanto estuvieran listos los últimos

informes financieros. «¿Tengo tiempo ahora?».

Digo que sí, a pesar de que tiempo es precisamente lo que menos tengo.

Este viejo edificio ha sido la sede de Empresas Calloway desde los años treinta, después de que mi bisabuelo hiciera dinero a manos llenas en el negocio del acero. Se rumorea que compró este viejo edificio de piedra durante la Depresión por una miseria. Implacable.

Aunque pensándolo bien, así era exactamente él. «El Disidente». Se han publicado dos biografías sobre él solo en los últimos cinco años; yo me he leído un total de cero. El tener un retrato de él en mi propio comedor me ha curado de toda curiosidad. Veo su mirada lo suficientemente a menudo. Sé exactamente la altura a la que tengo que estar siempre.

Y después de que me jodiera, pero bien, ya no hay aprecio alguno entre mi ancestro y yo. Fue él quien estableció el fideicomiso para la propiedad de Fairhaven, en Long Island, el sitio que yo llamo hogar. Puedo heredar el negocio, pero ¿la casa? Solo si estoy casado para cuando cumpla treinta. Que es, básicamente, a finales de este verano.

Se me está acabando el tiempo, y ahora Nora también es mi problema. Mi frustrante, demasiado atractivo y, definitivamente, arriesgado problema.

Escucho lo que me cuenta mi directora de finanzas, aunque realmente solo oigo la mitad.

Tras agradecerle a Allison su resumen financiero, me dirijo a los ascensores. Un vistazo a mi reloj es todo lo que necesito para comprobar que voy pillado de tiempo para mi siguiente reunión, y yo odio llegar tarde.

Justo me llega un mensaje de Rafe.

RAFE: ¿Cómo ha ido el primer día completo?

Dudo solo un segundo antes de escribir una respuesta.

WEST: Bien. Todo está bajo control.

No necesita saber que la mismísima primera noche con ella bajo mi protección fue un fracaso. Una vez en la acera, había visto en los ojos de Nora los destellos de su resistencia, lo cual había provocado mi propia irritación. Pero después había notado el temblor en su voz cuando había insistido en que podía cuidarse sola.

Siempre he tenido esa sensación con ella; la sensación de que hay un lado suyo que le muestra a los demás y otro que mantiene ahí atado con fuerza.

Raphaël me vuelve a escribir.

RAFE: Gracias. Te debo una.

El mensaje hace que me rechinen los dientes. De verdad, de veras que no me debe ninguna. Sobre todo, después de que le dejara a mi propia hermana su apartamento en París el verano pasado. Y de que me mantuviera cuerdo durante toda nuestra etapa en el internado. Y, desde luego, no me debe nada cuando lo único que está haciendo es pedir un favor a cambio. Y, ¿qué supone un favor entre hermanos?

Somos familia, después de todo. De todas las formas en las que se puede serlo, salvo por la sangre.

Lo que significa que Nora debería ser como mi hermana pequeña.

La reunión se me hace eterna: números y proyecciones para las distintas propiedades, todo junto y empaquetado con claras recomendaciones para los próximos semestres. Interrumpimos la reunión ya bien entrada la tarde, y entonces veo dos llamadas perdidas de mi jefe de seguridad.

Mierda. Inmediatamente estoy en alerta máxima. Visualizo sus ojos frente a mí en un nuevo destello, y vuelvo a escuchar ese temblor en su voz. Si alguien la ha asustado…

Pido disculpas y me retiro para devolver la llamada.

—Informe.

—El objetivo está bien. Pero desapareció un rato —dice Arthur. Su tono es seco; nada de tonterías—. Se fue a correr a Central Park. Mantuvimos contacto visual, pero consiguió zafarse de nosotros. Nos llevó quince minutos localizarla de nuevo. Mis hombres la están siguiendo de vuelta a su apartamento ahora mismo.

—¿Qué quieres decir con «zafarse de nosotros»?

—Corría muy rápido, señor. Tenía a dos de mis hombres más experimentados con ella, pero no estábamos preparados para… para lo rápido que corre. Creo que fue intencionado, al menos en parte. Pondré a algunos de mis chicos más rápidos a cargo la próxima vez. No volverá a ocurrir.

—Mierda —murmuro—. ¿Y estás seguro de que tienes los ojos puestos en ella ahora mismo?

—Sí, señor. Está volviendo a su apartamento. Debería llegar en unos veinte minutos.

—Mantenme informado.

Me excuso frente a los miembros de la junta y salgo de la oficina. La opción más rápida es pillar un taxi, y en cuestión de poco tiempo estoy entre el tráfico y de camino a casa de Nora.

Hace años que no tengo una relación. No tengo tiempo. Pero Nora lleva en Nueva York menos de dos días y ya me siento como si la estuviera siguiendo a todas partes. Como si estuviera tratando de coordinar dos horarios distintos.

El coche se para frente al edificio de Nora. Raphaël me mandó los detalles, y sé que mi equipo ha inspeccionado rigurosamente el sitio. Pero existen un montón de factores desconocidos. Vecinos. Múltiples salidas y entradas. Vistas a su apartamento a través de las ventanas.

Una de mis guardias de seguridad me está esperando dentro.

—Planta ocho —me informa Madison—. Está en casa.

Otro guardia está de pie en el pasillo donde está su apartamento. Se llama Jason, y es nuevo en el equipo. Tiene las mejillas muy coloradas. No tendría que seguirle el ritmo mientras corría, ¿verdad?

Pero ¿cómo es de rápida, de todas formas?

Llamo a su puerta. Pasa un buen rato hasta que oigo el pestillo girarse y la puerta se abre.

Nora lleva puesta su ropa de deporte. Lleva su oscuro pelo castaño recogido en una coleta, y su fina barbilla está alzada ahora que me está mirando. Su pálida piel está también colorada, y eso la hace estar…

No debería notar esas cosas. Es prácticamente como mi propia hermana.

—Nora.

—West. —Echa un vistazo por encima de mi hombro, donde está el guardia de seguridad—. Oye, ¿estás seguro de que no quieres un vaso de agua?

Jason niega con la cabeza.

—Gracias, señorita. Pero estoy bien.

—Bueno, tú solo llama a la puerta si cambias de opinión. —Su sonrisa se desvanece en cuanto se gira para mirarme a mí, pero abre la puerta de par en par para dejarme entrar—. ¿No querrías tú ese vaso de agua, por casualidad?

—No, no lo querría. —Su apartamento es espacioso y moderno, con grandes ventanales hasta el suelo que ofrecen unas vistas increíbles de la ciudad. Las paredes están adornadas con piezas de arte escogidas con mucho gusto, y la zona de estar de concepto abierto está llena de muebles elegantes. Es agradable, agradable aunque parezca «piso alquilado a corto plazo», quiero decir—. He oído que saliste a correr.

—Ah, o sea que por eso estás aquí. —Nora se apoya en la parte de atrás del sofá. Lleva unos *leggings* negros que abrazan la longitud de sus tonificadas piernas—. Pues sí, sí que fui. Y me llevé a mis guardias de seguridad. No creo que hiciera nada malo.

—Prometiste no volver a huir de ellos.

—No hui de ellos —protesta. Y luego veo cómo se desespera—. Bueno, vale; técnicamente, sí que lo hice, pero ellos iban corriendo detrás de mí. No creo que se me pueda culpar de que simplemente no pudieran seguirme el ritmo.

Paso por delante de ella de camino a los ventanales. Hay una vista muy clara del apartamento de enfrente, aunque haya una calle entre medias.

—Tienes que adaptar o, al menos, ajustar tus rutinas. ¿Cierras las cortinas por la noche?

—Sí. Tus hombres ya han estado aquí y ya han revisado todo. —Sus brazos cruzados hacen que las tetas se le suban, y encima lleva puesta una camiseta negra bien apretada. La imagen hace que vuelvan a rechinarme los dientes. Debería ser como una hermana.

Pero no lo es. Nunca he sido capaz de verla de ese modo.

—Ya sé que lo han hecho.

—¿Es que no te fías de ellos?

—Me fío más de mí mismo. —Camino hasta el dormitorio y le echo un rápido vistazo.

La habitación está decorada con tanto gusto como el resto del apartamento, con una enorme cama dominando el espacio disponible. Aquí solo hay una ventana, y queda por encima del patio. Que esté tan arriba es algo bueno.

—Todo esto resulta un poco invasivo, ¿no te parece? —comenta Nora detrás de mí—. ¿Qué es lo que estás buscando, exactamente?

Mis ojos se detienen en una camiseta sin mangas tirada sobre el respaldo de una silla en la esquina. Hay un sujetador negro colgando justo al lado.

—Tu hermano confió en mí —digo—: Solo estoy siendo riguroso.

—¿No quieres repasar mi armario? —me pregunta con acidez—. ¿Abrir mis cajones? ¿Mirar mi calendario? Porque ya he compartido todo eso con el equipo de seguridad. Un equipo prácticamente solo de hombres, debo añadir, a los que no conozco. Y ahora están ahí fuera, en mi puerta, las veinticuatro horas.

Su barbilla está alzada, sus ojos verdes enfrentados a los míos. Ya no hay rastro del maquillaje de la otra noche, lo que la hace parecer más suave. Más joven. Las pecas coronan su nariz, y sus labios están muy juntos, formando una firme línea recta.

Todo esto le está resultando duro. Verdaderamente duro.

Me cruzo de brazos por encima del pecho.

—¿Se han presentado? Mi equipo de seguridad, digo.

—Sí. Pero solo cuando yo se lo pedí.

—¿Alguno de ellos te ha hecho sentir que no estás a salvo?

—No —me dice, pero se pasa una mano por la parte de atrás de su cuello—. Odio necesitarlos.

—Ya, lo entiendo. Rafe también tenía un equipo solo para ti, ¿verdad? Antes de que vinieras aquí.

—Sí. Me hice buena amiga de algunos de ellos. —Toma una respiración profunda—. No creo que el acosador me vaya a seguir hasta Nueva York.

Dice «no creo», pero escucho perfectamente la palabra que no está pronunciando. «Espero». Espera que ese sea el caso. La estudio durante un silencioso instante.

—Tienes mi número. Te lo mandé. Vas a usarlo si no te sientes segura. No importa el motivo.

Ella asiente, y parte de esa vulnerabilidad abandona su rostro.

—¿Para que puedas volver a irrumpir en mi casa a quejarte porque tienes que hacerme de niñera, como hiciste anoche?

—Me tomo en serio mi trabajo.

—Bueno, pues tómatelo un poco menos en serio.

Su respuesta hace que mis labios tiemblen.

—¿Tienes algo en mi contra que yo desconozca? ¿Es que he roto en algún momento alguna reliquia familiar? ¿O he atropellado accidentalmente a una de tus mascotas?

Nora pone los ojos en blanco.

—Pues ninguna de las anteriores, muchas gracias. Tengo veinticuatro años. Puedo cuidarme sola, y sé lo que es vivir con guardias. Ya lo he hecho antes.

—¿También huiste de ellos y le provocaste un infarto a tu hermano?

Nora sonríe con dulzura.

—Estás en muy buena forma y en la flor de la vida. Tu corazón podrá aguantarlo.

—¿Eso es un halago? Debería venir a inspeccionar tu apartamento más a menudo.

Nora camina hacia la puerta de entrada.

—Ya has visto mi dormitorio una vez. No volverá a pasar.

En eso, desde luego, tiene razón. Yo no soy quién para acercarme más de lo absolutamente necesario a ella. Me dirijo a la puerta. Nora me observa, sus ojos igual de desafiantes que antes.

—No pienso dejar de salir a correr —me dice.

—Pues te pondré guardias más rápidos.

CAPÍTULO 3



Nora

Nunca le he gustado a West Calloway.

Esto lo sé por varias razones bastante obvias. Para empezar, es el único de todos los amigos de mi hermano que nunca me sonríe. Hasta James, con lo callado y serio que es, me ha llegado a sonreír. Pero West, nunca.

En segundo lugar, porque una vez le tiré los tejos y me rechazó.

Fue durante una fiesta de Navidad que organizó mi padre. Rafe se llevó a todos sus amigos a la fiesta. Era justo antes de las doce en Nochevieja, y la pandilla de mi hermano pondría rumbo a los Alpes al día siguiente para esquiar: Rafe, James, Alexander… y West.

Acababa de cumplir diecinueve. Había tomado demasiado champán y conseguido reunir todo el coraje posible justo antes de que el reloj diera la medianoche.

Estaba ahí él solo, parado junto a la enorme chimenea del chalé, sosteniendo una copa de *brandy,* cuando me acerqué a él. Me pasé una mano por el pelo para asegurarme de que estuviera todo en su lugar… y luego sugerí ir a tomar una copa los dos.

Me echó un solo vistazo rápido, y después su mirada recayó en mi cara. No vi más que rechazo por su parte.

—Nora, estás borracha. Vete a la cama.

Qué humillante. Nunca antes había tomado la iniciativa con un hombre, pero con él conseguí hacerlo esa noche. Y fue una idea

verdaderamente estúpida. Me alejé sin decir una palabra, con las lágrimas escociéndome en los ojos.

Pero la humillación no se quedó ahí. Un año después le oí decirle a Alex que era bastante guapa pero aburrida, además de ser la última persona con la que saldría.

Desde entonces, West apenas ha reparado en mi existencia. No hemos coincidido en la misma habitación muy a menudo, pero siempre que pasa mira a través de mí como si yo no estuviera allí.

Sus otros amigos no son así. Alexander me hace bromas siempre que puede, y James es terrorífico pero civilizado. Pero West, no. Y eso que le he visto reírse con otras personas.

Y por eso mismo sé que se trata de algo personal. Soy yo lo que no le gusta.

Y como no me gusta no gustar, me propuse conseguir que a mí él tampoco me gustara. Es arrogante. Es competitivo. Se cree que es mejor que todos los demás. Y esa forma que tiene de comportarse, como si fuera dueño de cada habitación en la que entra.

El tipo de confianza en uno mismo que se acerca peligrosamente a la vanidad.

Desde entonces, he convertido las ocasiones en las que hemos coincidido en el pasatiempo de hacer una lista mental con todas las razones por las que no es una gran persona. La forma en que sonríe, rara vez y de forma torcida. El hecho de que nunca esté completamente afeitado.

Su ropa siempre parece ser una ocurrencia suya tardía, y, aun así, todo le queda a la perfección. Jerséis de punto trenzados y mocasines. Su grueso pelo castaño echado para atrás, y esa cicatriz en la ceja que tiene desde que lo conocí. Mientras que a mi hermano sí le gusta hacer ostentación de su ropa cara, West parece estar siempre preparado para practicar cualquier deporte.

Probablemente no se piense dos veces en lo que se pone, y, aun así, siempre es el hombre que más miradas atrae en una habitación. Es indignante.

Me hace sentir pequeña e insignificante, como una niña. Como si aún fuera esa chica junto a la chimenea que le preguntó al mejor amigo de su hermano si le gustaría tomarse una copa con ella y a la que tuvo que regañar por eso mismo.

Y ahora ha decidido, por alguna razón, que su trabajo es mantenerme a salvo aquí, en una de las ciudades más grandes del mundo. Rafe me dijo que no intervendría. Me aseguró que West solo se dedicaría a supervisar la seguridad.

Claro, claro, porque husmear en mi habitación es no intervenir para nada.

A la mañana siguiente voy caminando hasta el atelier que he alquilado dos edificios más adelante, cargando con las enormes bolsas de telas que he conseguido ya.

Hay dos hombres siguiéndome, vestidos con vaqueros y chaquetas marineras cortesía de West. Uno lleva una gorra de béisbol colocada del revés por encima de sus rizos cobrizos. He hablado con ellos antes. Sam y Michael. Son un recordatorio constante de que alguien puede estar observándome.

Y eso me asusta más de lo que le he dicho a nadie. Porque si se lo digo a los demás, se preocuparán aún más de lo que ya lo hacen, y eso no me gusta. Ese es el motor de mi vida: gustar a los demás. Hacer felices a los demás. Quizá es por eso por lo que West me molesta tanto.

Aún no he sido capaz de averiguar cómo hacerle feliz a él en concreto.

Y es algo que siempre acabo averiguando. Sé exactamente qué botones presionar para conseguir que mi madre esté eufórica. Le encantan las cosas bonitas, por ejemplo. Le encanta mi carrera de modelo. Le encantan los logros. Soy experta en leer sus expresiones y el tono de su voz.

Cuando tenía dieciocho años me llevó a hacerme una operación de nariz para ayudarme en la carrera de modelo que había deseado para mí hasta el punto de hacerla realidad. Mi madre se regocijó con mi nueva nariz, más pequeña y respingona. Mi padre ni lo notó.

Cuando mis padres se divorciaron tras la muerte de mi hermano mayor, acababan de enviar a Rafe al internado, por lo que me tocó lidiar con los efectos colaterales sola. Escuché cada concurso de gritos, las amenazas y las exigencias, y el acuerdo al que tanto les costó llegar en el juicio. Para entonces, mi padre ya se había mudado con la mujer que se convertiría en «Esposa Número Dos».

También hay una Esposa Número Tres, y he tratado de ser amiga de todas ellas.

Soy buena en eso, en no parecer amenazadora. Es fácil hacer sentir cómoda a la gente cuando tienes tanta facilidad para leer las señales que te envían.

El problema de ser una persona crónicamente complaciente que odia el conflicto es que la vida no es más que, precisamente, un conflicto constante. Desde «¿pero tú no querías sésamo en el *sushi?»,* hasta «no me puedo creer que no me llamaras; me dijiste que lo harías».

Las relaciones íntimas son, tal como a mi psicóloga Zeina le encanta decir, una constante negociación de límites. Pero cuando tienes miedo de establecer esos límites no puedes tener relaciones íntimas, al menos sin dar tu brazo a torcer hasta el punto de acabar dando el aspecto de una pose de yoga.

He salido demasiadas veces con tíos que querían algo de mí. «Sonríe para mí, Nora». «Sal conmigo, Nora». «Deja que te bese, Nora». Un aluvión constante de sus deseos. He escuchado esas frases toda mi vida; con los hombres, con mi familia, con los fotógrafos para los que poso. «Haz esto, haz lo otro, ponte aquí».

Todo eso ahoga mis propios sentimientos y me oprime con los deseos de otros. Al final rechazo a todos los tíos, y con los pocos a los que no he rechazado he tenido experiencias que no han sido particularmente buenas. Así que resulta más fácil si no me molesto en salir con nadie y punto, lo que implica que aquí estoy, con veinticuatro años y mi vida en orden, excepto por dos pequeñísimos detalles: nunca he estado enamorada, y nunca me he acostado con nadie.

Es mi secreto más vergonzante. Nadie lo sabe salvo mis dos amigas más cercanas y mi psicóloga. Siempre que me lo han preguntado he soltado una mentira, siempre. Me parece más fácil que aguantar la consecuente e inevitable pregunta de «¿y eso por qué?».

Pero las cosas van a cambiar. Estoy en una nueva ciudad, y tengo una lista de tres cosas que hacer.

1. Coser doce piezas cohesivas para la Exhibición de Moda.
2. Sobrevivir a la vigilancia de West Calloway, que detesto necesitar. Además de no dejar que el acosador me asesine.
3. Perder la virginidad antes de cumplir los veinticinco, dentro de exactamente siete meses.

Hasta ahora he conseguido adelantar con el primer punto. Respecto al segundo, el acosador aún no ha hecho acto de presencia. Han pasado cuatro días desde que empecé mi nueva vida en Nueva York, y al fin me siento ligera de nuevo. Como si hubiera dejado el miedo atrás en cuanto cogí ese avión.

Y esta noche pienso ir a por el tercer punto.

Tras despertarme demasiado temprano otra vez por el maldito *jet lag,* estando demasiado dormida como para adelantar trabajo en los diseños para la exhibición, abrí mi némesis personal: esa esquinita en mi teléfono que promete conexión humana.

La temida aplicación de citas.

He estado chateando con un chico los últimos dos días. Parece mono, normal, un poco friki. Dice que le gusta correr, así que hablamos de ello durante un rato. Rara vez aparezco por estas aplicaciones, pero cuando decido practicar el arte de las citas es el sitio al que recurro.

Me gusta investigarlos de antemano.

Escogemos un lugar para cenar por la noche, y yo me paso el resto del día con un nudo en el estómago. Por esto odio las citas. La

anticipación, los nervios. Nunca siento que pueda ser verdaderamente como soy.

«Tienes que estar presente. Dejar que vean a tu yo verdadero. No tienes que actuar para ellos».

Gran consejo de Zeina.

Y algo muy muy difícil de hacer.

Cuando es hora de irme hay dos nuevos guardias en mi puerta. Una mujer bajita, con el pelo rubio y rizado y una mirada que dice «nada de tonterías», se presenta como Madison, y un hombre alto con una gran sonrisa y unas trenzas bien tensas que se presenta como Amos.

—¿Va a salir? —me pregunta Amos.

—Sí —digo sonriéndole de vuelta—. Y no os preocupéis, que mi salida no requiere de ninguna carrera.

Pero resulta que eso no hace que la noche sea más fácil.

CAPÍTULO 4



West

Me llega el mensaje entre el plato principal y el postre.

MICHAEL: Está en una cita. No sabemos quién es el chico, pero estamos revisando sus antecedentes ahora mismo.

Me disculpo y me retiro de la conversación de la que estaba siendo partícipe y contesto.

WEST: ¿Tienes los ojos puestos en ella?

Mi jefe de seguridad contesta inmediatamente.

MICHAEL: Sí.

MICHAEL: Está a salvo.

Puede ser, pero resulta que es una imprudente y que eso supone un problema. Le transmito mis mejores deseos al organizador de la cena privada y abandono el apartamento de la Quinta Avenida a paso rápido. ¿Ha salido con un tío? ¿De cita?

Ese tío podría ser cualquiera. Podría ser el acosador fingiendo ser nuevo en la ciudad. Rafe ya me advirtió de que habían tenido bastantes problemas para localizar al tío, lo que en absoluto es buena señal.

Un fan obsesionado y enloquecido no es compatible con alguien lo suficientemente meticuloso e inteligente como para conseguir ganar y burlar a todo un equipo de entrenados profesionales.

Vigilar a Nora se va a llevar todo mi tiempo, algo de lo que ni siquiera dispongo en grandes cantidades para empezar.

Mi coche ya está esperando en la acera. Me meto en el vehículo y me encuentro a Arthur introduciendo los datos de la última ubicación conocida de Nora en el GPS. Conformamos un operativo que funciona sin contratiempos, y nunca lo he agradecido tanto como ahora.

—Llegaremos en diez minutos —dice Arthur.

—Gracias. —Primero tuve que sacarla de una discoteca. Ahora tengo que interrumpir lo que desde luego debe de ser una cita. Se va a cabrear pero bien.

La idea no debería calentarme la sangre.

Pero el caso es que lo hace, porque la palabra «debería» nunca funciona con ella.

Llegamos al restaurante en Midtown. Paso por delante de la gente que hace cola para conseguir una mesa. El camarero me dedica una sonrisa tensa, pero yo le digo que había quedado con un amigo que ya está aquí. Mi tono de voz no da pie a hacer preguntas, y el camarero sabiamente decide no hacer ninguna.

No la veo de inmediato. Sí que veo a uno de los guardias de seguridad que contraté a través de la ventana. Su mirada se cruza con la mía y señala con la cabeza el fondo del local.

Y ahí está.

Nora lleva un vestido rojo y su pelo castaño recogido, dejando su rostro despejado. Está mirando directamente al hombre que está frente a ella. Tiene el pelo de un rubio apagado y mueve las manos mientras habla.

Ella le mira con una pequeña sonrisa de concentración que a mí nunca me ha dedicado. Aunque sí que la he visto usarla con otras personas. Es encantadora. Pero también parece falsa.

Ya casi estoy a la altura de su mesa cuando alza la mirada y me ve.

Alza las cejas en absoluta sorpresa, pero entonces presiona los labios hasta convertirlos en una fina línea recta.

—West. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Voy a tener que acortar la velada. —Pongo una mano en el respaldo de la silla del tío y no le dirijo ni un vistazo—. Hay un coche esperando fuera.

Su cita nos mira a uno y a otro, con una evidente confusión en la cara.

—Disculpa, ¿tú quién eres?

—No es nadie importante —dice Nora—. Lo siento mucho, Mark. Solo es un malentendido.

Me pongo a su nivel lanzándole una mirada asesina.

—No. No lo es. Mira, Mark, era Mark, ¿verdad? Pues mira, resulta que la velada se ha acabado. —Saco mi cartera y dejo unos cuantos billetes en la mesa—. Nora. Nos vamos.

Sus ojos centellean, pero se vuelve toda elegancia cuando se disculpa con Mark.

—Te escribiré más tarde —le dice, y mis manos se contraen hasta convertirse en puños a mis costados.

El tío me vuelve a mirar, y luego vuelve a mirar el dinero en la mesa. Espero hasta que Nora pase por delante de mí para darle la espalda al tipo.

—¿Qué cojones? —sisea en mi dirección. Sus tacones resuenan contra el suelo—: ¿Por qué estás aquí?

—Podría hacerte la misma pregunta. ¿En qué estabas pensando?

—He estado en público todo este rato. No me he escapado de mis guardias. Solo les he pedido que esperaran fuera. Estaba haciendo lo que me dijiste que hiciera. Lo que Rafe me está diciendo que haga.

Empujo la puerta y dejo que salga del restaurante delante de mí. El aire fresco es agradable. Ahora, ¿su ira? Sienta menos bien. Pero al menos es real. Puedo lidiar con eso. No hay sonrisas ensayadas y fáciles de poner.

Se da la vuelta para encararme.

—No tenías ningún derecho a hacer eso. Ningún derecho en absoluto.

—¿Cómo de bien conoces a ese tío?

Cruza los brazos por encima del pecho.

—Eso no es asunto tuyo. Mark es agradable.

—Ya. ¿Y hace cuánto que conoces a Mark?

—Eh… ¿Tres días?

Alzo la vista al cielo. A los altos edificios a nuestro alrededor, a las luces infinitas.

—Por Dios, no tienes ningún instinto de supervivencia.

—Sí que lo tengo.

—Esta es la segunda vez que tengo que recogerte tarde por esta zona. ¿No puedes intentar al menos quedarte en casa una sola noche? ¿Es que ansías atención constante o qué?

Sus ojos centellean de nuevo.

—No voy a sacrificar mi vida.

—No te estoy pidiendo que lo hagas.

—Sí, sí que me lo estás pidiendo —me dice con fiereza—. No he hecho nada malo esta noche.

Mi expresión se queda de piedra.

—Eres conocida, Nora. Estabas en las pantallas de Times Square hace apenas unos meses, por el amor de Dios.

Sus ojos se agrandan.

—¿Lo viste?

—Fue difícil no verlo. —Aparecía cubierta solo a medias encima de unas maletas hechas por una de las míticas marcas de lujo de la empresa que tiene su familia, con el pelo revuelto como si acabara de salir de la cama y sus ojos mirando directamente a la cámara. Mirándome a mí directamente cada vez que pasaba por delante.

—Con quién salgo o dejo de salir no es asunto tuyo.

—¿Por qué quieres hacer más difícil mi trabajo de lo que ya es?

—Mantenerme a salvo no es tu trabajo. Esa tarea le corresponde a tus guardias de seguridad, y están haciendo un gran trabajo. Estaban parados fuera del restaurante, observándonos todo el tiempo. Probablemente se aburrieron como ostras.

—Sí que es mi trabajo. Tu hermano hizo que se convirtiera en mi trabajo —le digo, tenso. ¿Está metida en aplicaciones de citas? Es demasiado, pero demasiado famosa—. Esto es serio. ¿También te comportabas como una malcriada con Rafe?

—¿Yo soy una malcriada? —pregunta—. Refresca la memoria: ¿dónde estás viviendo? ¿Construiste tú Fairhaven? ¿Lo compraste? ¿O más bien lo heredaste?

La perversa diversión que eso me provoca hace que mis labios tiemblen. «Aquí está», pienso para mí mismo. Esta es ella, la de verdad. No la hermanita dulce y buena que Rafe cree tener.

—Estoy tratando de ayudarte.

—Y te lo agradezco. De verdad, lo agradezco…, incluso a pesar de que estés constantemente recordándome lo poco que te apetece ayudarme. Pero tengo que seguir viviendo mi vida. —Vuelve a cruzarse de brazos—. No he hecho nada malo. Me traje a los guardias y les informé de mis planes para esta noche. No tenías por qué involucrarte.

Me acerco un paso más a ella y bajo la voz.

—Te guste o no, problemas, estoy involucrado en esto. Y hasta que pillemos a quien sea que esté… obsesionado contigo, te toca estar conmigo.

—¿Qué quieres?, ¿que me encadene a tu cadera? ¿Que me pegue a ti? West, tengo cosas que hacer, gente a la que ver, sitios a los que ir. —Da un paso hacia atrás, como si necesitase poner distancia entre nosotros—. Entiendo la gravedad de la amenaza, créeme. Pero no puedo cambiar toda mi vida por unas cartas. Me mudé aquí para empezar de cero.

—Aún no sabemos si ya ha pasado todo —le digo. No sabemos si su acosador se quedó al otro lado del Atlántico o la ha seguido hasta aquí.

—A lo mejor no. —Su voz tiembla un poco, pero sus ojos son fieros—. Pero no pienso sacrificar mi vida.

—¿Tu vida de discotecas y citas con tíos desconocidos? Puedes seguir yendo a trabajar. Puedes hacer todo tipo de cosas. Solo tienes que dejar de ir a sitios oscuros con extraños, lo que incluye salir con ellos. —Sacudo la cabeza—. Al menos hasta que lleves un poco más de tiempo aquí.

—Pero tengo que salir con alguien. —Las palabras se deslizan como si fueran una confesión.

Yo entrecierro los ojos.

—¿Tienes que?

—Sí. Tengo que.

—¿Y eso por qué?

—Porque estoy practicando. —Ahora sus mejillas tienen color—. No es que sea de tu incumbencia, pero no he salido con muchos chicos hasta ahora. No tengo demasiada experiencia y un día me gustaría empezar una relación, así que esto es importante para mí.

—No tienes demasiada experiencia —repito.

Sus mejillas arden. Por su expresión, parece estar deseando poder retirar cada palabra que acaba de decirme.

—Pues no, y no voy a dejar que este acosador me mantenga encerrada en casa durante más tiempo. Me mudé aquí para… — Sacude la cabeza y mira hacia otro lado, como si no mereciera la pena continuar la frase.

—Ya sé por qué —le digo—. Por la Exhibición de Moda en la que fuiste seleccionada para competir.

Sus ojos se vuelven hacia mí como dardos.

—¿Sabes eso?

—Sí. Tu hermano me lo dijo. Es impresionante. —Me paso una mano por la mandíbula—. ¿Cómo demonios es posible que no tengas ninguna experiencia romántica?

—No he dicho que no tuviera ninguna. He dicho que no tengo suficiente. —Se cruza de brazos—. Este chico era perfectamente agradable, y tú has sido un borde con él.

—¿Tan perfectamente agradable como lo has sido tú?

Ahora es ella quien entrecierra los ojos.

—Podría haber sido el amor de mi vida.

Eso me hace soltar una risotada.

—Claro, y tú le has abandonado solo porque yo te lo he dicho, ¿no? Nunca has tenido problema en ser tú misma conmigo. Si se hubiera tratado del amor de tu vida, aún estarías ahí dentro. Y os pasaríais toda la noche hablando después de esto, como dos buenos enamorados. Yo sería un buen villano, dándoos material suficiente para que pudierais crear vínculos a mi costa.

—Vale, puede que no fuera tan divertido. O agradable. Pero eso no significa que no fuera importante para mí de todos modos.

—No veo cómo practicar tener citas puede realmente ayudarte a conseguir una relación.

—No, ya me imaginaba yo que no lo entenderías. —Mira más allá de mí, a las personas en la distancia. Su expresión lleva ahora un candado—. ¿Es esta la fórmula para interrumpir el día a día de West Calloway, pues? ¿Tener una cita sobre la que no ha sido informado de antemano?

—No te pases, problemas.

—Deja de llamarme así. —Sus ojos vuelven a centellear.

—Es exactamente lo que has sido estos últimos días.

—Pero solo porque estás exageradamente preocupado por saber lo que estoy haciendo y con quién estoy. —Pasa por delante de mí en dirección al coche y se para junto a la puerta—. ¿Me vas a llevar a casa o no?

Su tono expectante y molesto hace que vuelva a temblarme el labio.

—Siempre y cuando dejes de salir con tíos extraños.

—Prometo —dice, y levanta la cabeza como si fuera una reina sin corte alrededor— dejar de salir con tíos… extraños. Me aseguraré de

que tu equipo apruebe al siguiente chico. ¿Qué te parece eso?

Paso por delante de ella y le abro la puerta de su coche. La idea de que esté con otros chicos, teniendo otras citas, hace que la sonrisa muera en mis labios. Aun así, solo le hago un gesto para que entre al coche.

—Me lo tomaré como un «sí» —dice entonces, y después se desliza hacia la oscuridad interior del vehículo.

Porque debería ser un «sí», aunque en realidad para mí sea un «ni de coña».

CAPÍTULO 5



Nora

No admito la derrota al día siguiente.

Puede que haya perdido la batalla, pero no la guerra. No se puede negar que la aparición de West me salvó de una cita que se tornó amarga tan pronto como me senté en la silla. Empezó hablándome sobre su trabajo informático, sobre criptomonedas y cuánto peso podía levantar en barra, antes de pasar a otra conversación sobre su ex, que también era modelo.

No me había dado esa impresión por chat. Pero claro, en realidad solo le había dado *match* hacía dos días, y lo que yo necesito es práctica en persona. No por mensajes.

Es fácil ser amable por mensaje de texto. Es más difícil ser tu auténtico yo en persona.

Zeina y yo hemos intentado localizar el origen de mis problemas en nuestras sesiones.

Sucedió cuando mis amigas y compañeras de clase estaban todas emocionadas y locas por los chicos; yo también lo estaba, pero eso fue así hasta que probé y acabé viendo sus necesidades y sus deseos como si fueran una jaula que se cerraba a mi alrededor. Era como un baile que requería demasiada energía y que acababa ahogando mi floreciente interés y emoción por cualquier chico.

Recuerdo una fiesta a la que fui en París, cuando tenía dieciséis años. El hermano de mi amiga me parecía mono, y habíamos estado

hablando toda la noche de todo y de nada. La mayor parte del tiempo no hicimos más que fanfarronear como buenos adolescentes y hacer algunas bromas torpes.

Entonces me cogió de la mano y me llevó a su habitación en el segundo piso, y acabé en su sofá observándole mientras ponía música.

Cerró la puerta detrás de nosotros.

No era mal niño. Solo era un año mayor que yo. Durante mucho rato hubo besos algo húmedos y calientes, pero bastante agradables, aunque él supiera a *whisky.* Pero cuando me aparté con una risita, sus ojos ardían de deseo.

Me miraba como si sostuviera todo el mundo en mis manos; tenía el poder de animarle o arruinarle la noche.

Si daba el paso equivocado, lo decepcionaría. Y decepcionar a alguien me parecía la muerte. Con unos padres como los míos, la decepción era la cosa más terrible que podía suceder. Entonces ese miedo volvió a asomar su fea cabecita.

Cualquier emoción o deseo que pudiera sentir murió en ese instante. Me marchité con las expectativas, la presión y las palabras que no llegaría a ser capaz de articular en ningún momento. «¿Qué te parece si esperamos un poco?». «¿Qué te parece si vamos más despacio?». «¿Qué te parece…?».

Se fue al baño y yo me escapé por la ventana, escabulléndome por el balcón. Abandoné por completo la fiesta y llamé a un taxi para que me llevara a casa. Luego regresé a hurtadillas al apartamento que compartía con mi madre en el distrito 16 y me quedé dormida con el corazón a mil.

Dije que no muchas veces después de eso.

No, no, no. No, gracias. No, por favor. Gracias, pero no, gracias. Dije que no cuando intenté salir con un chico que se mostró encantador en la primera cita pero que me escribió solo dos días después para preguntarme si quería ir a su casa a cenar. Aún estaba tratando de decidir si me gustaba o no, y él ya me quería en su apartamento.

Con veintiún años, el hermano friki de una amiga modelo me pidió salir y pensé que ya era momento de volver a intentarlo. Estábamos en nuestra segunda y perfectamente agradable cita en Londres cuando me sorprendió con un beso bastante húmedo contra una pared de ladrillo que había debajo de mi apartamento. Y luego me preguntó con ojos brillantes si podía subir conmigo.

Solté no sé qué cosa de que al día siguiente tendría que madrugar y me escapé.

Y, al final, con veintitrés años, hace apenas un año, busqué sesiones de psicología por internet y encontré a Zeina. Me abrí con ella en una sesión de dos horas sobre el enorme fracaso que era, solo para que ella me pasara un pañuelo con una sonrisa bondadosa y me dijera: «Repitámoslo la semana que viene». Porque, por supuesto, pagar para poder sentir todas las emociones que sueles reprimir es un pasatiempo fantástico. Muy divertido.

Le llevó dos sesiones más dar su veredicto, que me cayó cual guillotina. «Ves las relaciones como experiencias que se llevan algo de ti. Tú cedes porque te han enseñado que, de lo contrario, la relación se romperá. Y no se romperá».

Puedes decir que sí y luego cambiar de opinión.

Puedes decir que no y que eso no te mate, o mate a quien se lo digas.

Puedes negociar tus límites y comprometerte con los demás.

Al parecer, ella cree más en mí que yo misma, porque yo siento que no puedo hacer eso. No acepto ni discusiones ni conflictos ni decepciones.

Como me pasa con mi madre, por ejemplo, que me llama al día siguiente y se pasa la mayor parte de la media hora de llamada desahogando la frustración que siente con mi hermano. Trato de terminar la conversación con suavidad cuatro veces hasta que por fin me pregunta qué tal estoy yo. Nos despedimos cuando ya he salido del apartamento y tengo a dos guardias siguiéndome.

Es Madison otra vez, y un chico de pelo rizado y mejillas coloradas que se llama Sam. Es alto, tiene algo que le da un aire de

cachorrillo, larguirucho y con unas patas demasiado grandes.

Me siguen en mi camino al sitio que será mi lugar de trabajo durante los próximos meses. Estoy alquilando un espacio que cuenta con más de una docena de mesas de trabajo, en un atelier cerca de mi apartamento. Necesito todo el tiempo que pueda usar para trabajar en mi colección.

Solo doce diseñadores pueden competir en la Exhibición de Moda. Me seleccionaron después de mandar mis diseños de forma anónima por internet, y ahora tengo menos de dos meses para perfeccionar y armar la colección final.

Los jueces serán líderes de la industria, y nos evaluarán sin saber quiénes somos. Sin nombres, etnias, contexto, edad o género.

Nunca he deseado algo tanto como estar allí.

Varios de los nuevos diseñadores en la industria fueron descubiertos de esa manera, y yo pienso ser uno de ellos también. Gracias al poder de mis diseños. No gracias a mi apellido o a mi relación con mi hermano.

Tampoco es que Rafe me apoye especialmente. Me dijo que había hecho «un buen trabajo» cuando entré en la escuela de diseño, pero con el tono típico que usarías con un niño que tiene un sueño.

Cuando me apunté a la Exhibición de Moda lo hice sin decírselo. Y cuando me aceptaron y le dije que me mudaría a Nueva York, lo llamó mi «pequeño proyecto personal». Da por hecho que antes o después volveré al negocio familiar, que trabajaré en una oficina todos los días y miraré números y más números como hace él.

Pero esa no voy a ser yo. Aún no le he dicho exactamente eso porque, una vez más, eso significaría conflicto. Límites.

Igual que tampoco le he dicho a mi agente o a mi madre que ya no habrá más modelaje. Es lo que llevo haciendo desde los quince años, cuando mi madre me llevó a mi primera audición y me dijo que la haría muy feliz si triunfaba en el *casting.*

Desde entonces he ido de campaña en campaña para la Maison Valmont. Es la empresa que mi padre fundó, que mi hermano lleva ahora, y que es dueña de la mayoría de las marcas de lujo más

importantes del mundo. He participado en campañas para todas ellas. «Brillante», esa es la palabra que usa mi madre para describir su propia idea, la de hacer que uno de los Montclair sea fotografiado para las marcas que son propiedad de los Montclair.

Pero yo quiero sentir tela entre mis manos y las páginas de un bloc de dibujo bajo mis dedos. No quiero trabajar para nadie más que para mí misma.

Cuando estoy diseñando, no me importa nadie más. Solo me importa la prenda y la mujer que la va a llevar.

Es sagrado.

Cuando llego al atelier compartido, saludo con la cabeza a algunos diseñadores que están charlando en la sala. Hay una mujer con un vestido verde tras el mostrador de recepción. Le sonrío.

—Hola. Mi nombre es Eléanore —le digo, tendiéndole la mano.

—Lo sé. —Me sonríe ampliamente en respuesta—. Diana, un placer. Estás en la mesa número doce. Te la enseñaré. —Se levanta y después se aleja a grandes zancadas—. Está justo al lado de las enormes y preciosas ventanas.

—Ah, eso es genial. Tendré mucha luz natural. —Me subo la enorme bolsa de telas al hombro y la sigo. Echa un vistazo por encima de mí a Sam y a Madison, pero ellos se quedan fuera del taller. Sam parece estar tratando de hacerlo lo mejor posible, fingiendo interés por un póster anunciando la venta temporal de ropa de segunda mano.

Sigo a Diana hasta el interior de la animada sala. El eco del lugar está hecho de los sonidos de las máquinas de coser.

—Las he metido en agua y las he puesto en tu puesto de trabajo.

—¿Una entrega para mí? —Aminoro mis pasos, y entonces lo veo: el gigante y excesivo ramo de flores que está ahí de pie en una mesa que de lo contrario estaría completamente vacía.

—¿No te parece espectacular? Ha captado el ojo de todas. —Me guiña un ojo—. ¿De tu novio?

Siento que me voy a desmayar.

—Sí —consigo decir—. Algo así.

—Bueno, pues te dejo entonces para que te asientes.

Mantengo la sonrisa y asiento con la cabeza mientras ella regresa a su mesa. Algunas de las otras diseñadoras me lanzan miradas curiosas. A todas les respondo con una sonrisa y camino despacio, un pie detrás del otro, hacia mi puesto de trabajo, como si las flores me fueran a comer.

Vienen con una tarjeta.

No pienso tocarla. No puedo tocarla. Después de las primeras tres cartas que me llegaron a París, dejé de abrirlas. Me limité a mandárselas todas al equipo de seguridad de mi hermano. Pero esta está medio abierta, y puedo ver las letras escritas con absoluta claridad.

«Nueva York es agradable, ¿verdad?».

No está firmada; nunca lo están. Pero sé quién me la ha mandado. ¿Cómo ha sabido que hoy empezaba a trabajar? ¿Que estaría justo aquí?

Miro la preciosa máquina de coser en mi mesa. A la gente de mi alrededor, a la que tantas ganas tenía de conocer. De conocer bien. Gente por la que ser aceptada.

Cierro los ojos mientras hago dos largas respiraciones y después llamo a Sam y a Madison. Quiero pedirles que no metan a West en esto, pero sé que es inútil. Por lo que parece, en todo lo que hago estos días tienen que meterse otras personas.

Me va a acabar viendo como una molestia aún mayor de la que ya piensa que soy. Odio ser un inconveniente. Odio molestar a los demás.

Quiero gritar.

Al final me decido por abrazarme y luchar contra las lágrimas con cabezonería. Mi hermano está convencido de que el acosador es un chico con el que salí un par de veces en diciembre. Las cartas empezaron poco después, y luego vinieron los mensajes y los mensajes directos anónimos por redes sociales. El mismo panorama recurrente.

¿Y ahora resulta que el acosador me ha seguido hasta Nueva York?

Levanto mi enorme bolsa de telas y digo: «No, gracias», cuando Sam se ofrece a cargar con ellas por mí. Él ya lleva el ramo en una bolsa grande de plástico bajo el brazo, mientras que Madison está al teléfono informando de la situación.

Camino frente a ellos de vuelta al apartamento, tragándome las lágrimas. Lo último que quiero es que alguno de ellos me vea. Probablemente informarían a West de mi llanto también. Apuesto lo que sea a que informan a West de todo lo que hago ahora.

Ya tengo un acosador. Es curioso lo poco que valoraba mi libertad antes de que me la arrebataran. Ahora estoy constantemente vigilada.

No he ni atravesado la puerta de mi apartamento cuando me suena el teléfono. Contesto la llamada, y mi hermano me pregunta en francés:

—¿Estás bien?

—Sí. Solo han sido unas flores y una nota. —Tomo una bocanada de aire—. Solo estoy un poco alterada. Creí…

—Lo sé. Yo también tenía esa esperanza. West está de camino. —La voz de Rafe suena tensa—. Este gilipollas sabe dónde trabajas y, probablemente, dónde vives. No sé cómo cojones lo ha averiguado tan rápido, pero quiero que eso cambie.

—¿Que cambie? Acabo de mudarme a este sitio. —Cierro los ojos mientras combato la tristeza. Creí que el miedo se había acabado—. Además, me gusta dónde vivo, y dónde…

—La casa de West es como una fortaleza —me interrumpe Rafe.

—¿Quieres que me mude con West?

—Sí, y no es debatible. —No nos llevamos tantos años, pero durante los últimos tiempos me han parecido un abismo. Tuvo que luchar para hacerse con Maison Valmont tras la muerte de nuestro padre. Por fin es el CEO, pero ahora la comisión le está haciendo trabajar muy duro para mantener ese puesto—. Nora, por favor —me dice cambiando al inglés. Tener un padre suizo y una madre

americana ha terminado por convertir nuestras conversaciones en una negociación constante entre los dos idiomas—. Mamá también está preocupada. Todos lo estamos. Esto no es para siempre. Mis hombres trabajarán con los de West, y encontraremos a ese capullo.

Ha estado diciendo lo mismo los últimos meses, pero los detectives que ha contratado aún no han encontrado nada. Todo ha resultado ser no concluyente.

La preocupación en su voz es lo que me convence. Por mucho que odie ser un pelele, me oigo a mí misma accediendo a hacerlo.

—De acuerdo. Pero solo por un breve período de tiempo, ¿verdad? Y solo si a West le parece bien. Necesito un poco de tiempo para guardar todas mis cosas.

—Le parecerá bien —me dice Rafe—. Hoy quédate en casa de West. No te quiero fuera de su vista, o de la vista de sus guardias. —Y con eso cuelga, y el otro lado de la línea se sume en el silencio.

Se me hace un nudo en el estómago. ¿Qué le parecerá bien? O sea, ¿que aún no lo han hablado?

West ya está molesto por tener que «rescatarme» en situaciones inofensivas. Es controlador y tan guapo que molesta, y no le gusto. ¿Y ahora tengo que vivir con él?

Nos vamos a matar el uno al otro.

CAPÍTULO 6



Nora

Poco después, alguien llama a la puerta. No he llegado a ella y el pomo ya se está moviendo, y entonces ahí llega él. West me examina rápidamente de pies a cabeza, hasta que sus ojos encuentran los míos. Sus facciones son todo frialdad.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí. Solo han sido las flores.

No espera a que lo invite a pasar; simplemente entra en mi casa en una zancada mientras sus ojos escanean la habitación.

—Pero es que son «solo las flores» lo que no deberías haberte encontrado. Las he visto de camino aquí, y ahora las tiene mi jefe de seguridad. —Va vestido con un traje gris carbón que le queda perfecto, y lleva el pelo revuelto como si se hubiera pasado las manos por él repetidamente—. Identificaremos la tienda en la que se encargaron y conseguiremos el registro del negocio.

Todo el aire que tenía me abandona, desaparece, y entonces solo queda un punzante dolor de cabeza y enfado.

—Buena idea. Es que no me puedo creer que me haya encontrado tan rápido.

—Yo tampoco. —West cruza los brazos. Puedo ver su enfado en cada línea y curva de su cuerpo—. Puede que Rafe haya tenido una filtración.

—¿Una qué?

—Alguien en su equipo que haya estado compartiendo información, bien a propósito o bien de manera accidental. Por lo visto esta no es la primera vez que sospecha de una filtración, pero sí que es la primera vez que lo sospecha en lo que te concierne a ti. —West sacude la cabeza—. Hemos decidido que tu hermano no recibirá información sobre la mayor parte de los detalles que obtengamos de ahora en adelante.

—No recibirá información —susurro yo.

—Ni por mensajes ni por *email.* Nada de ubicaciones ni de planes, y nada sobre la configuración de mi equipo de seguridad.

Siento frío.

—Entonces me ha seguido hasta Nueva York.

—Parece que sí. —West entrecierra los ojos—. Así que te mudas a mi casa esta noche, por lo visto.

—Sí, me han informado.

West alza las cejas.

—La felicidad que noto en tu tono de veras que me quita el aliento.

—Tú tampoco puedes estar contento con esto. Tu casa está lejos, ¿verdad?

—A una hora o así. En Long Island. —West coge uno de los libros sobre patrones que dejé en la encimera y lo hojea—. El momento no es… ideal. Voy a dar una fiesta esta noche. Mi casa estará a reventar.

—¿Vas a dar una fiesta?

West me mira.

—Suenas sorprendida.

—He oído cosas sobre las fiestas que Rafe, Alex y tú solíais montar. ¿No arrasasteis vosotros con una villa en una ocasión?

La tensión en torno a sus ojos se disipa un poco.

—Teníamos diecinueve años.

—Lo suficientemente mayores como para saber qué sí y qué no se debe hacer.

—Eso es lo que pensaron mis padres. Y no, no voy a dar ese tipo de fiesta hoy. Pero está bien saber que conoces todos mis errores de adolescente.

Tengo que reírme.

—Bueno, todos todos, no. Estoy segura de que Rafe ha censurado la mayoría.

—Gracias a Dios. —Echa un vistazo a su reloj—. Deberíamos salir en unos quince minutos. Haz las maletas.

—¿Y no podría quedarme a salvo aquí, sentada en este sofá unas horas, rodeada de tus guardias? Podría ir a tu casa cuando acabara la fiesta.

West vuelve a cruzarse de brazos por encima del pecho. Es grande, demasiado grande para este espacio. Odio lo bien que le sienta cruzar los brazos así.

—Necesitamos que te mantengas en movimiento y seas impredecible.

Lo dice en serio, y esa seriedad hace que el estómago se me encoja. Pensé que me había escapado. Que estaría a salvo aquí.

—Me ha enviado flores, no una amenaza de muerte —protesto, aunque la frase suena débil, como si la sintiera a medias. Odio el hecho de estar asustada.

—Nora —dice West—. ¿Tú crees que a mí me emociona todo esto? Lo superaremos.

—Gracias por tu entusiasmo —digo con dulzura para después apartarme de la encimera de la cocina. Voy hasta el dormitorio. «Estás en tu casa» es una frase que me baila en la punta de la lengua, pero no la digo. No digo nada en absoluto. Él se queda en el salón y yo cierro la puerta del dormitorio con fuerza.

Por fin puedo respirar profundamente. Noto cómo las lágrimas calientes, aún presionándome los ojos, amenazan con salir de donde están. Se suponía que esto iba a suponer una nueva línea de partida. Un nuevo comienzo. Pero ese precioso ramo de flores, con sus pétalos suaves y perfume delicado, ha conseguido arruinarlo todo y dejarlo hecho trizas.

Cuento hasta diez, y luego me pongo a trabajar con manos temblorosas. Justo el otro día colgué todos mis vestidos en perchas, y ahora voy a tener que volver a meterlos en la maleta.

El enfado que siento corre por mis venas como una corriente bajo mi piel. Agarro uno de los vestidos, una cosa de terciopelo *vintage* que mi madre llevaba en los años noventa, y lo tiro a la cama. Tendrá que valer para la fiesta de West.

West está justo al otro lado de la puerta.

«Es bastante guapa, pero aburrida. La última persona con la que querría salir». Todo eso se lo dijo a Alexander, otro de los mejores amigos que tiene en común con Rafe. Era ya tarde. Estaba en el balcón y ellos en el jardín junto al Lago Como, por lo que pude oírlos. Ambos habían estado bebiendo, y hablaban en voz baja y soltaban risitas.

Pero ellos siguieron la conversación.

Alex preguntó si estaba soltera, lo cual me sonó a un comentario bastante improvisado teniendo en cuenta su habitual forma escocesa de expresarse arrastrando las palabras.

West soltó una risotada. Aún recuerdo ese sonido. Recuerdo su risotada, y luego el sonido de su voz profunda respondiendo a la pregunta. «Bastante guapa». «Aburrida». «La última persona».

Pero yo nunca lo he olvidado, tío engreído y arrogante.

Me paso el vestido por la cabeza y subo la cremallera. Siempre me ha gustado este vestido. Va sin mangas y lleva un escote redondo, y abraza mi cuerpo hasta llegar a las rodillas.

Ahora mismo me parece como una armadura. Embuto mis pies en unos zapatos de tacón bajo y me miro en el espejo. Mi maquillaje está intacto, pero me retoco el pintalabios y me paso un cepillo por el pelo. Tendrá que valer.

Empiezo por tirar la ropa dentro de una de las bolsas más grandes. No la doblo; solo la meto de un empujón en la bolsa.

Esto no es lo que yo quería. Nada de esto es lo que yo quería.

La idea de quedarme en la propiedad de West hace que el estómago se me revuelva, y es una sensación que lucha con mi ya

de por sí presente enfado. El enfado que siento por que este acosador, este desconocido que al parecer no puede parar de molestarme, esté otra vez afectando a mi día a día, a mi vida diaria. Es tan injusto.

Cuando por fin abro la puerta, los ojos de West se abren durante una décima de segundo, antes de que su rostro vuelva a su acostumbrada máscara de indiferencia.

—Estás… apropiada.

—Guau. ¿Piropeas a todas las mujeres así?

—Solo a las que resultan ser la hermana de mi mejor amigo. —Se acerca para coger mi bolsa, pero yo doy un paso atrás.

—Puedo llevarla.

—No tienes por qué. —Se acerca más y acaba quitándomela de la mano—. Hala. Listo.

Sale primero del apartamento. Justo fuera están los dos guardias, que sincronizan sus pasos con los nuestros y nos siguen.

Les saludo a ambos con un gesto de cabeza. Este debe de ser el trabajo más aburrido del mundo. Debería preguntarles si pueden al menos escuchar algún pódcast mientras trabajan. Se podrían terminar audiolibros enteros mientras vigilan lo aburrida que soy.

El silencio entre West y yo resulta pesado e incómodo. El viaje en ascensor dura eones, más tiempo del que llevo yo viva. Suelto un suspiro de alivio cuando al fin salimos al vestíbulo.

Su coche vuelve a estar aparcado fuera, con ese señor mayor que me es familiar, y que parece buena persona, al volante. Me dirige una sonrisa, y yo hago lo propio.

West parece que contrata a gente más amable que él; y eso no sé si es un punto a su favor o en su contra.

Cuando nos deslizamos por el asiento trasero, West al fin rompe el silencio.

—Mira, sé que esto no es ideal ni para ti ni para mí —me dice—. Pero al menos tenemos que intentar aparentar que nos llevamos bien esta noche. La gente de la fiesta sabrá quién eres.

Vaya agallas tiene. Me giro hacia la ventana para alejarme de él, aunque en realidad no hay sitio al que huir en este pequeño espacio.

—Puedo ser civilizada. ¿A qué te refieres con eso de que «sabrán» quién soy?

—Eres una modelo famosa —dice secamente—, aunque parezcas pensar lo contrario.

—No soy famosa.

—¿Bastante conocida, entonces? Escoge las palabras que quieras. El caso es que la gente sabe que eres una Montclair.

Me pregunto si a él le pasará lo mismo. Si allá donde va, la gente sabe que es un Calloway. El Calloway. Cada generación cuenta con un heredero que se queda con todo, y West es el de esta generación. Debe de tener primos y hermanos muertos de envidia acechándolo desde las sombras. Lo han bendecido, y al mismo tiempo condenado, con un apellido que lo convierte en un punto de mira constante.

Debe de ser una de las pocas cosas que tenemos en común.

—¿Qué tipo de fiesta es? —le pregunto entonces.

La voz de West se vuelve más baja.

—Es una recaudación de fondos. Habrá… gente allí con la que tendré que hablar.

—O sea, que hoy vas a hacer contactos. ¿Por negocios o por algo personal?

Se queda callado durante un segundo.

—Ambas cosas. Te necesito justo a mi lado. Los guardias se mezclarán con los asistentes cuando lleguemos y no te quiero lejos, a un brazo de distancia como mucho.

—Es absolutamente imposible que mi acosador haya conseguido mágicamente una invitación a tu fiesta en menos de una hora —protesto yo—. Te lo digo para que ambos lo tengamos en cuenta.

West me echa una mirada, y yo percibo algo parecido al disfrute en sus ojos.

—Me gusta cuando estás que muerdes. Y no, probablemente no. Pero no voy a correr ningún riesgo.

El coche se para frente a dos enormes puertas ornamentadas de hierro forjado. Presentan una elaborada «C» en el medio, y se abren de par en par según el coche continúa avanzando.

Y ahí está Fairhaven.

Nunca antes había visto la casa que la familia Calloway lleva considerando su hogar desde hace más de un siglo. El famoso ancestro de West, el Calloway que lo empezó todo, la construyó durante la Edad Dorada en la famosa Costa Dorada, en la costa norte de Long Island.

Fairhaven se despliega por el lado más alejado de King's Point, justo frente al Atlántico.

La casa en sí está situada al final de un largo camino bien iluminado. Es toda de ladrillo rojo, columnas blancas y hiedra verde, y tiene varias plantas.

Es el testimonio de una familia que llegó a ser la familia más rica de Norteamérica en los tiempos en los que la rutilante sociedad de Nueva York empezaba a construir una mansión tras otra por toda la costa norte. No muchas siguen en pie; las que sí lo hacen ahora son museos, hoteles o campus universitarios. Hay muy pocas que sigan siendo propiedad privada.

Arthur detiene el coche justo a los pies de los escalones que llevan a las puertas dobles de entrada a Fairhaven. La casa es aún más grande de cerca. Simétrica, bien conservada, espectacular. Pongo los pies en la grava. Hay antorchas encendidas formando una fila junto a los escalones y se escucha una creciente música que proviene de dentro.

—Bienvenida —dice West a mi lado— a Fairhaven.

Echo los hombros hacia atrás para ponerme recta. Su casa estará llena de invitados. Ya puedo ver a algunos de ellos esparcidos por el interior a través de las puertas abiertas, moviéndose bajo las enormes ventanas de molduras blancas.

Caminamos hasta el vestíbulo. Mis tacones resuenan débilmente contra los azulejos de mármol blanco, un sonido ahogado por la

música en directo y las voces. El techo es abovedado y alto, con enormes escaleras en curva a sendos lados del vestíbulo.

Algunas personas se giran hacia nosotros. Lanzan algunas sonrisas en dirección a West, y se intercambian unos cuantos «hola» y «ya me estaba preguntando dónde estarías». Pongo mi mejor sonrisa mientras me mantengo a su lado. Es algo que he aprendido de modelar a lo largo de los años. Sonríe. Que parezca que eres feliz. Nunca dejes que nadie sepa que estás incómoda o triste, o que algo te está haciendo daño. Nunca dejes que nadie te vea.

Deja que vean lo que quieren ver.

West estrecha varias manos y echa a andar hacia un enorme salón.

—¿Esta es tu casa? —susurro a su lado. Sé que heredó Fairhaven, pero nunca me la había imaginado tan enorme. Hay una chimenea ornamentada de piedra en forma de curva en el centro del salón, flanqueada por varias personas hablando con copas en la mano.

—Me aseguraré de que después te hagan un *tour* en condiciones.

Y entonces se para en seco. Sigo su mirada al otro lado de la habitación, a una mujer sentada en un futón bajo dos ventanas en voladizo. Puede que tenga cincuenta o sesenta años; es difícil de saber. Tiene el pelo de un tono castaño más claro que el de West.

Y nos está mirando directamente a nosotros.

A su alrededor hay un grupo de mujeres de mi edad. Son de diversos grupos étnicos, todas ellas vestidas impecablemente. Algunas están sentadas; otras, de pie. La imagen parece la de una reina con su corte.

—¿Tu madre? —trato de adivinar. El parecido no es que sea asombroso, pero sí que existe cierta similitud. Me he pasado más tiempo mirando a West de lo que jamás admitiría en voz alta.

—Sí. —Baja la vista para mirarme, y veo que hay rigidez en su expresión—. ¿No querías practicar lo de salir con alguien?

—Eh… sí. Te dije yo eso, ¿verdad?

—Desde luego que sí. —Vuelve a mirar al otro lado de la habitación. Su madre está ahora de pie, y está viniendo hacia

nosotros. Las mujeres a las que ha estado entreteniendo hasta ahora se quedan donde estaban junto a las ventanas en voladizo. Más de uno mira a West con especulación.

—Pues practica conmigo —me dice—. Ahora mismo.

—¿Que sea…? ¿Quieres decir que finja que estamos juntos?

—Sí —dice tensamente—. Tú quieres tener más citas. Yo quiero tener menos citas. Ayudémonos el uno al otro esta noche.

Me quedo parpadeando en su dirección. Sus ojos color *whisky* me devuelven la mirada, y ahí está esa ceja izquierda con su cicatriz, y de pronto resulta difícil respirar. Que finja salir… con West.

El tío por el que tuve un estúpido enamoramiento adolescente y sin importancia, hasta que lo aplastó bajo la suela de sus botas. «Demasiado aburrida», dijo. «La última persona con la que saldría».

—Pídelo, por favor —le digo.

Los ojos de West sueltan un destello de diversión, y se inclina hacia mí un poco más.

—Por favor, Nora.

—Pensé que nunca me lo pedirías. —Entrelazo mi brazo con el suyo y me giro para recibir a su madre.

CAPÍTULO 7



West

Cordelia Calloway está en una misión. Lo veo claramente en sus pasos bien medidos y sus ojos calculadores. Nos mira alternativamente a Nora y a mí en un discreto barrido evaluativo.

Su sonrisa es mordaz.

—West. Has logrado venir al final.

—Por supuesto. Mamá, esta es Eléanore Montclair. Conoces a su hermano, Raphaël. Nora, esta es mi madre, Cordelia.

—Es un placer conocerla. —Nora estrecha la mano de mi madre —. Es una casa preciosa.

—Es un placer. —La voz de mi madre es más cálida ahora que era hace solo un segundo—. He coincidido con Raphaël muchas veces a lo largo de los años. Qué encantador conocer a su familia.

—Nora acaba de mudarse a Nueva York. —Rodeo la cintura de Nora con el brazo, y ella no se aparta. Tampoco da ningún respingo, menos mal—. Es mi acompañante.

—No sabía que estabas saliendo con alguien, West.

Bajo la vista a Nora y hago que mi voz suene juguetona.

—Digamos que le llevó un tiempo acceder a salir conmigo.

—Y me ganaste por puro cansancio —dice ella, con una sonrisa tan bonita como falsa.

—Es una noticia maravillosa —dice mi madre, como si acabásemos de anunciar un embarazo. Su tono de voz me indica

que lo dice genuinamente; vete tú a saber hasta qué punto está probablemente analizando lo buena que sería una unión entre Montclair y Calloway.

La propiedad a salvo, y una boda a la altura de la mismísima realeza.

—Espero que lo pases bien esta noche. Y West, querido, cuando tengas un momento me gustaría presentarte a unas personas.

La mano que rodea a Nora ahora está pegada al terciopelo de su vestido.

—Quizá más tarde. Antes tengo que presumir de Nora.

Los ojos de mi madre se entrecierran. Es una respuesta muy sutil, pero ha podido oír mi negativa como lo que es, un «no».

—Por supuesto. Pásalo bien, querido; bueno, ambos pasadlo bien.

Entonces se aleja, desapareciendo entre la multitud de personas que ella ha seleccionado personalmente. No pasa mucho tiempo hasta que otra persona la incluye en una nueva conversación.

Por supuesto que quiere que charle con las jóvenes aptas a las que ha invitado, por si acaso lo mío con Nora no funciona. No importa que le haya dicho una, y otra, y otra vez que su intromisión no es ni bienvenida ni deseada ni algo que me favorezca.

Que cuanto más me presione e insista, más me resistiré.

Pero Cordelia Calloway jamás le dice que no a una pequeña triquiñuela manipuladora. Estoy seguro de que al menos seis de las mujeres que están aquí fueron invitadas específicamente para que yo las conociera.

Mi brazo aún rodea el cuerpo de Nora. Se gira hacia mí, y mi mano se encuentra con la curva de su cintura. Con esos tacones nos separan apenas unos centímetros de altura.

—¿Por qué están esas mujeres de ahí mirándome fijamente como si yo fuera el enemigo? —me susurra entonces.

—Porque probablemente crean que lo eres.

Se muerde el carnoso labio inferior, y la mera visión hace que me invada el calor. Hay algo inesperado en su belleza, algo único que de pronto te golpea justo bajo el esternón.

No es una persona que se olvida una vez la miras.

—Explícamelo —me dice—. Si voy a interpretar este papel esta noche, si estamos… saliendo esta noche…, dímelo.

Miro más allá de ella. Hay demasiada gente en esta habitación, demasiados oídos que pueden escucharnos. Así que le hago un gesto hacia la puerta abierta que lleva al comedor en vez de contestar.

—Ven. Te enseñaré la casa. —Ella asiente, pero aún tiene los ojos entrecerrados—. Y, sí, te lo explicaré.

—Bien.

Mi hogar ha sufrido una transformación en los últimos días.

Había una fila de coches en el camino flanqueado por árboles que lleva a la casa. Ya rara vez Fairhaven cuenta con tantos invitados. Tras la muerte de mi padre, y desde que mi madre se mudó a la ciudad, la casa es mía. Por ahora. La perderé en cinco meses si no encuentro forma de trampear la maldita regla del matrimonio. Como el buen desgraciado controlador que era, el Disidente aún sigue dictando las decisiones de la familia, incluso desde el más allá.

Nunca me he sentido menos agradecido a John F. Calloway.

Las habitaciones donde normalmente reina el silencio ahora están ocupadas por un murmullo de voces, música y risotadas, creando un torbellino de ruido de fondo. Hay una torre de champán flanqueada por las puertas abiertas de estilo francés que llevan a la terraza y al océano más allá de esta. Las copas de champán están apiladas unas sobre otras, dejando que el líquido dorado fluya por ellas.

Cojo dos copas de la parte de arriba y le paso una a Nora.

—A mi madre —le digo— le encanta jugar.

Nora me mira a través de sus largas pestañas.

—¿Como a ti?

—Ella disfruta con otro tipo de juego. Con el tipo social. Este evento es a favor de una organización benéfica de la que mi madre forma parte como miembro del consejo.

La gente a mi alrededor me resulta vagamente familiar, y sé que solo es cuestión de tiempo que las hordas se nos echen encima.

Hubo un tiempo en mi vida en que este tipo de cosas me animaban. El juego social, las redes de conexiones, las estrategias. Era joven y estaba deseando demostrar mi valía.

Y entonces mi padre murió, y yo me hice con el timón de Empresas Calloway, y tuve que asegurarme de no convertirme en el Calloway que lo jode todo. Tengo que asegurarme de que Empresas Calloway no decaiga, que la riqueza familiar se mantenga bien repartida, que nuestros miles de empleados reciban un buen trato.

Después de todo eso, tener una charla superflua con mi primo segundo de tercera generación sobre los últimos movimientos de los políticos en Washington me parece una pérdida de tiempo.

—Pero a ti no te gusta estar aquí. —Nora me mira con una expresión en los ojos que me dice que está viendo mucho más allá de lo que a mí me gustaría—. ¿Cierto?

—Es mi casa.

—Sabes a qué me refiero. A la fiesta.

—No especialmente, no. —Iba a ser el heredero durante años, hasta que papá muriera. Pero ese día me parecía estar muy lejos. Hasta que dejó de estarlo de repente, y ahora todo el mundo quiere acceder a mí y tratar de influenciarme. Aprovecharse de las viejas conexiones de familia o de amistad para «contribuir a mi campaña gubernamental».

—Ya veo. —Toma otro sorbo de su copa de champán y hace un barrido por la habitación. Está tensa, aunque tenga puesta esa sonrisa tan suave y apropiada. Es una mentirosa encantadora. Ella tampoco quiere estar aquí.

—Has querido decir algo con ese «ya veo».

—No, no he querido decir nada.

—Sí, sí has querido decir algo.

Pone los ojos en blanco, y entonces se rompe esa plácida sonrisa.

—Vale, pues sí.

—Cuéntame.

—Es solo que siempre di por hecho que Rafe y tú, y Alex y James también, teníais todo el poder del mundo. Que nunca hacíais nada

que no quisierais hacer. —Se encoge de un solo hombro—. Supongo que todo el mundo acaba dando su brazo a torcer de alguna forma.

—Esta es mi casa. Quedaría mal que no estuviera aquí.

—Ajá. ¿Sabes? Sigo sin ver cómo nada de lo que me estás contando es realmente una explicación de por qué tu madre está tratando de presentarte a un harén entero.

Su comentario me arranca una risotada. Mi madre no quiere nada parecido; me quiere con un anillo en el dedo, y no de los que se consiguen por un juzgado precisamente. No, no; mi madre busca el espectáculo: otra boda Calloway a lo grande, como la suya.

Está tan comprometida con este tema como yo lo estoy con asegurarme de cumplir con la cláusula del fideicomiso. La diferencia es que ella simplemente está decidida a llegar al mismo sitio usando una estrategia distinta.

—Mi madre cree en la tradición —digo entonces—. Le encanta la idea de tener un legado, lo que implica que le encantaría aún más que tuviera un heredero, y un segundo por si acaso. —Mi voz suena seca. Es una verdad a medias, pero los detalles del fideicomiso no son de conocimiento público. Y bien sabe Dios que lo último que quiere mi madre es que encuentre cualquier tipo de felicidad o amor. Tampoco es que eso sea algo que pueda encontrarse en un matrimonio, de todas formas. He visto cómo son las parejas que se crean a ojos de la sociedad.

Todo es manipulación y jueguecitos.

Y no del tipo divertido, precisamente.

—¿Así que está intentando emparejarte? —me pregunta Nora.

—Está intentando maquinar una serie de encuentros, de alguna manera naturales, entre su hijo y todas las mujeres solteras a las que ella ya ha investigado y aprobado.

Nora frunce el ceño.

—¿Y a ti no te interesa ninguna de ellas?

—¿Qué si me interesa ser empujado por mi propia madre hacia una relación con alguien que no conozco? Pues no. Esta noche tú eres mi escudo, problemas. Igual que yo soy el tuyo.

—Deja de llamarme así.

—¿«Problemas»? Pero es la verdad, ¿o no? —Miro más allá de las puertas abiertas y de la terraza. El sol hace tiempo que ha desaparecido, y el océano ahora no es más que un mar de oscuridad al final de la propiedad—. Has causado problemas desde que te mudaste a esta ciudad.

Ahora, esa sonrisa fácil y muy practicada que ha llevado puesta toda la noche no está por ningún sitio. Siento una oscura satisfacción al poder ver que su verdadero yo está de vuelta.

—Yo no causo problemas. Solo estoy intentando vivir mi vida.

—Y causar caos en la mía —le contesto—. Pero hoy somos aliados, y resulta que tenemos público. —Me acerco más a ella; no puedo evitarlo—. Ahora mismo no llevas puesta tu encantadora sonrisita fingida.

—Yo no finjo las sonrisas.

—Sí, sí que lo haces. Lo haces todo el tiempo.

—Eres imposible. —Toma otro sorbo de su copa y se pasa una mano por el cuello. El gesto hace que el pelo le caiga a un lado, revelando una curva de su pálida piel.

Miro hacia otro lado.

«Como mi hermana pequeña», me recuerdo una vez más. Ahora me parece hasta una parodia. Siempre ha sido guapa, y siempre ha estado prohibida. Y ahora tengo que hacer como si esta noche no cambiara absolutamente nada.

Un grupo de gente situado al otro lado de la torre de champán nos observa con un interés en absoluto discreto. Casi nunca traigo pareja a fiestas como esta. Al menos, no lo he hecho en años. Pero aquí estoy ahora, con Nora a mi lado.

Va a haber una buena conversación por la mañana.

Nos movemos a través de la multitud, parándonos a charlar con varios invitados. Presento a Nora como mi pareja y observo los crecientes alzamientos de cejas y los cuchicheos. Nora interpreta bien su papel, riéndose en los momentos correctos y encandilando a todas las personas a las que conoce. La mayoría reconoce su

apellido; su hermano no es ningún extraño en mis fiestas, aunque no esté aquí hoy. Otros la reconocen por las campañas y vallas publicitarias con las que ha honrado al público durante sus años como modelo.

Nos separamos durante un debate con algunos de mis socios de negocios, y vuelvo a encontrarla a unos pocos pasos examinando los dátiles envueltos en beicon que hay en una de las bandejas.

—Quédate cerca de mí —le digo.

—¿Te preocupa la seguridad de tu propia fiesta, en tu propia casa? —Agarra otra copa de champán de la bandeja—. Porque si es así, no suena muy bien, teniendo en cuenta que se supone que tengo que quedarme aquí. Rafe dijo que esta casa era como una fortaleza.

—Lo es. Cuando no está llena de gente. —La guío fuera de la casa, a la terraza. El aire primaveral es fresco, y huele a mar. Nuestro muelle está iluminado por unas pocas luces al final del todo —. Todo el perímetro está controlado. Estás más a salvo aquí que en tu apartamento.

Alza una ceja y entonces asiente con la vista puesta en el mar.

—¿Todo el perímetro?

—Pues sí; tenemos varias minas marinas en funcionamiento, y un submarino balístico de última generación que opera más allá del cobertizo de lanchas.

Nora me mira con la boca abierta.

—¿Qué?

—Mis guardias patrullan la verja exterior y la costa.

—Gilipollas… —murmura, volviéndose hacia el agua una vez más. Una repentina brisa se hace con su oscuro pelo, haciendo levitar algunos de sus rizos.

La mano se me tensa. Va a quedarse aquí, una semana tras otra. Una noche tras otra. Voy a tener que pedirle a Ernest que le asigne un ala que esté lo más alejada posible de la mía. Necesito poner espacio entre nosotros.

Pasillos enteros de espacio.

—¡West! —Mi hermana camina hacia nosotros. Su pelo rubio rojizo cae suelto sobre sus hombros—. Aquí estás. Llevo todo este rato muerta de ganas de conocer a tu pareja.

Nora también se gira. Su sonrisa está de vuelta, casi como si nunca se hubiera ido, igual de adecuada y encantadora que antes.

—¡Hola! —saluda Nora.

—Hola. —Le tiende una mano a Nora—. Cuando Cecil me dijo que Mae le había contado que mi hermano se había traído pareja esta noche, no me lo podía creer.

—Amber —la advierto.

—Tengo tantas preguntas —le dice a Nora.

Entrecierro los ojos en dirección a ambas.

—No, no las tienes.

—Sí, sí que las tengo. —Amber da un paso más hacia mí—. Deberías echar a andar hacia la biblioteca. Cecil está allí, y tiene noticias que darte. ¿Algo sobre Aceros Calloway y una reunión con un inversor?

Mierda. Eso sí que podría ser importante. Encuentro al guardia de seguridad más cercano, que está quieto al borde de la terraza, y le hago un gesto con la cabeza para que se acerque.

—Mantén los ojos en estas dos —le digo a Sam—. No dejes que mi hermana o mi… pareja se te pierdan de vista.

—Sí, señor.

Dirijo una última mirada a ambas mujeres. Una de pelo oscuro, la otra de pelo rojizo, mirándose la una a la otra con una curiosidad no muy bien disimulada.

¿Hasta qué punto podrían suponer problemas estas dos?

CAPÍTULO 8



Nora

Observo la figura alta de West retirándose a través de las masas de gente. Esto va a ser interesante. La mujer frente a mí es más o menos de mi altura, y probablemente también de mi edad.

Me sonríe ampliamente.

—Nora, ¿no?

—Sí, así es. Y tú eres Amber, ¿verdad?

—La mismita. —Pasa por delante de mí hacia la baja pared de piedra que recorre todo el borde de la terraza. Pone una mano en la piedra, lo considera por un segundo y después da un salto para sentarse en ella.

Con su lujoso vestido de seda.

Amber cruza sus largas piernas, las cuales terminan en unos tacones bien altos, y da unas palmaditas sobre el espacio que queda libre a su lado.

—¿Te unes?

Ya me cae bien.

Vuelvo a mirar a Sam. Está observando la escena, desde Amber hasta el oscuro jardín más abajo. Esto no le gusta. Pero a lo mejor eso no importa.

Pego un salto para sentarme a su lado y alzo la copa a la altura de la de ella.

—Tenéis una casa preciosa.

Hace chocar su copa con la mía.

—Te daría las gracias, pero yo ni la construí ni la adorné.

Suelto una risita.

—Ya, me lo puedo imaginar. ¿Ha sido parte de la familia desde hace mucho?

—Más de un siglo. ¿De verdad estás saliendo con mi hermano?

Tomo un sorbo de champán para esconder mi sorpresa frente a su franqueza. ¿Es Amber otra persona frente a la que tenemos que fingir? ¿O toda la farsa se aplica solo a su madre?

—Nos estamos viendo, sí —respondo con cautela—. Pero es algo… reciente.

Sus ojos brillan.

—Y tan reciente, ¿eh? Creí que vivías en Europa con tu hermano.

—Sí, pasé la mayor parte de mi infancia en Francia y luego estudié la carrera en Londres. Pero nuestra madre es americana, así que pasamos muchos veranos aquí. —Me aclaro la garganta—. Me acabo de mudar a Nueva York por trabajo.

Amber alza las cejas.

—Pero tú no eres una de esas mujeres que a mi madre le encanta arrojar a los brazos de West. Eres distinta.

—Yo… ¿Qué te hace pensar eso?

—Para empezar, estás sentada aquí fuera conmigo sobre este encantador murete de piedra, aunque lleves puesto un vestido de diseñador, y bebiendo champán, en lugar de pegarte desesperadamente a mi hermano como una lapa.

Pienso en los problemas que tengo en lo que respecta al tema de la intimidad, en lo que me disgustan los hombres que quieren tocarme todo el rato en una cita, y sonrío contra mi copa de champán.

—Bueno… Es que no soy del tipo pegajoso.

—No, si ya. Y aun así estás saliendo con West. —Alza una ceja—. Cuéntame, ¿qué es lo que más te gusta de él?

—Bueno… —comienzo por responder mientras me inclino hacia atrás con las manos apoyadas en el murete de piedra—, pues la

verdad es que esa es una buena pregunta. Me gusta mucho su… ética laboral.

—Ah. Interesante. Eso suele ser lo primero en lo que me fijo en un hombre yo también.

—Es un amigo muy devoto —admito. Todo lo que está haciendo por mí lo está haciendo realmente por Rafe. Por mucho que me tenga desquiciada—. Y tiene un sentido del humor bastante irónico, o eso me parece.

Normalmente lo usa a mi costa, pero sí que tiene un irónico sentido del humor; eso tengo que admitirlo.

Amber le da vueltas al champán que queda en su copa.

—Esa es una descripción muy diplomática.

—¿Gracias? —Hurgo en mi cabeza en busca de otro halago para poder decir algo más. Que es tan guapo que duele, pero que no parece importarle su apariencia. Que es intimidante y se pasa el día gruñendo, que es un hombre poderoso. Que soy consciente de cada vez que entra en un lugar en el que yo estoy.

Que es magnético.

Pero no puedo decirle eso a su hermana.

De pronto esboza una enorme sonrisa.

—Relájate —me dice al tiempo que me da un codazo—. Ya sé que en realidad no estáis saliendo. Déjame adivinar: estás aquí para ayudarle a ganar un punto de ventaja contra nuestra madre.

Vacilo por un instante. Ninguna respuesta es buena después de eso, así que simplemente alzo la copa hasta mis labios y me acabo el champán.

Amber se ríe. Es un sonido cálido, relajado, y mis propias preocupaciones desaparecen con el ardor burbujeante del alcohol.

—No te preocupes, que yo te cubro las espaldas. Nunca antes se había traído una chica a estas fiestas por iniciativa propia, y no lo veo trayendo a alguien a quien solo está empezando a conocer. Pero si la farsa consigue que mamá deje de tratar de emparejarlo con mujeres en las que no tiene ningún interés, entonces lo apoyo cien por cien. —Sus ojos brillan de nuevo, y el frío viento echa para atrás

su pelo rubio rojizo—. Pero ¿cómo ha acabado arrastrando a la hermana de su mejor amigo a todo esto?

Suelto una bocanada de aire.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. —Sus ojos caen sobre mi copa vacía—. Pero vamos a necesitar más alcohol. Voy a por una botella. Quédate aquí, ¿eh?

Soy yo quien da golpecitos sobre la piedra esta vez.

—No me moveré.

Salta para bajarse, cayendo perfectamente sobre sus dos pies. Camina en zancadas practicadas y fluidas hasta el bar y le ofrece al camarero una sonrisa triunfal. Él simplemente asiente, y ella se hace con una botella entera de Dom Pérignon.

Me quedo mirándola con la boca abierta.

Ella la levanta en señal de triunfo mientras hace el camino de vuelta.

—¡Llegué, vi y vencí!

—Guau.

—Sujétamela. —Me pasa la botella y vuelve a saltar para sentarse a mi lado. Hay otros invitados por los alrededores, y algunos nos lanzan miradas llenas de curiosidad; sin embargo, estamos lo suficientemente lejos de todos ellos como para que nos puedan dejar en paz. Salvo por el guardia de seguridad que está de pie a unos metros, con su pinganillo y su expresión seria.

Le señalo con la cabeza.

—No podemos compartir el champán, ¿verdad?

Amber suelta una risotada.

—Yo lo intenté en su día. Tuve un guardia de seguridad especialmente atractivo durante mi tercer año de universidad… —Amber se deshace con facilidad del envoltorio y el alambre que mantienen sellada la botella—. Pero lo habían entrenado demasiado bien. No se dignó a mirarme ni cuando me puse un sujetador *push-up* y un top escotado.

Yo me río.

—¿Hiciste eso?

—Pues claro. —Descorcha la botella con un fuerte y conocido sonido y me la ofrece con una floritura—. Hala, ya está. Ya puedes contarme toda la escabrosa historia de cómo acabaste en este punto, aquí y ahora, fingiendo tener una relación con West.

Antes de hablar tomo un sorbo de champán para que me dé valor.

—Vale, pues… Todo empezó hace unos meses con una carta que apareció en la puerta de mi apartamento.

—Guau, no era el inicio que me esperaba. —Amber también se llena su copa y luego alza las cejas de manera juguetona—. Observa —me dice antes de ofrecerle una copa a Sam—. ¿Una copa?

Los ojos del guardia se deslizan hasta los de ella, pero su estoica fachada se mantiene inmutable. Lo único que hace es negar con la cabeza firmemente.

—Bueno, vale. ¡Avísame si cambias de opinión!

—No exagerabas —le digo yo—. ¿Hace mucho que contáis con guardias?

—Desde hace una década o así, sí —me responde con un encogimiento de hombros—. De forma intermitente, eso sí. La mayor parte de las veces West simplemente me asigna un chófer que haya recibido entrenamiento para darme un poco de libertad.

Suelto un suspiro.

—Dios, eso me encantaría.

—¿Tienes a todo el equipo?

—Sí, y están constantemente a mi alrededor. Durante la última semana me han monitorizado mi horario minuto a minuto.

Sus labios forman una fina línea.

—Vaya, lo siento. ¿Qué pasó con la carta esa? Me he ido yo por las ramas y al final he interrumpido tu historia.

—No, no, está bien. Lo único que pasó fue que… Empecé a recibir cartas amenazantes. Yo creo que solo era alguien tratando de asustarme, pero se lo conté a mi familia y Rafe contrató seguridad.

—¿Cartas amenazantes? Madre mía, qué terrorífico.

Me río un poco. Me he acostumbrado tanto a no darle importancia, a fingir ser fuerte, a hacer como si realmente no me perturbara demasiado… Como si todas mis esperanzas para nada hubieran quedado arruinadas esta mañana por un precioso ramo de flores.

No quiero que la gente sienta que tiene que consolarme.

—Ya, no está siendo el mejor momento de mi vida. Todo empezó con varios mensajes por redes, en realidad. Con mensajes directos y comentarios en mis publicaciones. Pero cuando llegó la primera carta fue cuando nos dimos cuenta de que era algo serio. Fue yendo a más, hasta llegar a unas fotos en el buzón; fotos mías en las que salgo haciendo cosas. Paseando por la ciudad. Esperando en la cola para una audición.

—Joder. —Echa una mirada que pasa de mí al guardia de seguridad y de vuelta a mí—. Vale, este tío no debería estar bebiendo, entonces, y me alegro de que me haya rechazado la copa. Lo siento.

—Me estoy… acostumbrando a ello, supongo. Quería mudarme a Nueva York en especial por un trabajo, y no quería que todo esto me impidiera hacerlo. —Me encojo de un hombro—. Mi hermano le pidió a su amigo que me ayudara con el tema de la seguridad.

—Ah —dice Amber, asintiendo con la cabeza como si ya todo le encajara—. Y mi hermano no hace nada a medias.

—No, desde luego que no.

—¿Te está atosigando?

—Un poco —admito, mirando hacia las puertas para ver si anda cerca. No quiero sonar demasiado desagradecida.

Amber se ríe.

—No es omnipotente, por mucho que quiera creer que lo es.

—Es que… No es que no se lo agradezca. Es solo que me está costando gestionarlo todo. Mi acosador me envió flores a mi nuevo lugar de trabajo esta mañana, y todo el mundo entró en pánico. Por eso me mudo aquí esta noche. Por lo visto, Fairhaven tiene una excelente seguridad y muchísimo espacio. —Tomo otro sorbo del

champán. Las burbujas resultan ser un pequeño y agradable placer; ahora mi cabeza está más despejada que hace una semana.

Voy a tener que buscar una solución para conseguir un nuevo tipo de atelier. A lo mejor puedo comprarme una máquina de coser, y luego ver si podría instalarla en el cuarto de invitados donde voy a quedarme. Ni de coña voy a perder mi oportunidad en la Exhibición de Moda.

—Es un sitio precioso. —La voz de Amber se vuelve un poco nostálgica—. Adoro esta casa; el océano, el vergel, la biblioteca… Aquí pasé la mayor parte de mi infancia.

—Es increíble. Tanto, que resulta un poco difícil asimilar que este sea el sitio donde crecieron los dos.

Me mira sonriente.

—Ya. Sé que tuvimos suerte en ese sentido.

—¿Aún vives aquí?

—No, hace años que ya no vivo aquí. Pero sigo viendo una de las habitaciones de invitados como si fuera mi propia habitación.

—West dijo que tendría que quedarme a su lado toda la velada por razones de seguridad…

Amber se encoge de hombros.

—Y, aun así, al mismo tiempo resultas ser una solución muy conveniente para evitar esta noche a la casamentera de mamá.

—Eso parece, sí. Y ahora que lo dices, vaya con don «Nora, no te alejes de mi lado»; ¡si es él el que se ha alejado al final!

Amber vuelve a carcajearse.

—Madre mía, le vas a hacer mucho bien.

—Voy a volverlo loco. Ya anda quejándose de que supongo problemas y de que no tiene tiempo para esto. —Pongo los ojos en blanco y tomo otro sorbo largo de mi copa. El aire se está enfriando, y un escalofrío me recorre la piel. Aun así, no puedo ni imaginarme moverme de este sitio, de este momento con ella. Hacía mucho tiempo desde la última vez que pude hablar con alguien tan libremente—. Pero yo lo único que estoy tratando de hacer es apañármelas con una situación que ya de por sí es bien rara.

—Oye, ¿sabes lo que necesitas? —Se gira hacia mí del todo sobre el murete de piedra, con una sonrisa bailándole en los labios—. Una noche de juerga solo de chicas.

—Pues sí que me gustaría. Pero nada de discotecas.

—Nada de discotecas. —Alza su copa a la misma altura que la mía —. Nos llevaremos a los guardias. Estaremos a salvo, y pasaremos un buen rato al mismo tiempo. Tengo años de experiencia en escabullirme de mi hermano.

—De verdad me encantaría. —Hago chocar su copa con la mía, dejando salir una sonrisa sincera. A lo mejor todo esto no es tan terrible después de todo. A lo mejor todavía existe un modo de seguir siendo dueña de mi vida en este lugar.

Me recorre un nuevo escalofrío, y tomo otro largo sorbo de champán. Ahora la cabeza me da bastantes más vueltas.

—Os dejo solas durante ¿media hora? —La voz repentina suena profunda, masculina, y claramente muy frustrada.

Echo un vistazo para descubrir a West de pie frente a nosotras. Tiene los ojos puestos en la botella de champán medio vacía entre Amber y yo.

—Ten cuidado, o aquí tu nueva novia pensará que eres un muermo —dice Amber. Salta para bajarse de nuestro asiento de piedra—. Hemos compartido un precioso momento en el que hemos hablado con el corazón en la mano. Me alegro por ti. —Le da unas palmaditas en el hombro a su hermano—. No sabía lo romántico que podías llegar a ser en realidad.

Los ojos de West se entrecierran y pasan a posarse en los míos.

Yo pongo las manos en alto. «A mí no me mires…».

Amber me mira y me guiña un ojo.

—¿Hablamos después?

—Por supuesto.

Entonces se marcha, y West no le dedica ni una mirada más. En su lugar se dedica a mirarme a mí, con los labios hacia abajo formando una leve mueca. Probablemente acabe de añadir otra más a la lista de ofensas graves que he cometido ya. Lo mismo fue un

padre fundador el que depositó esta piedra en particular en este sitio y yo la estoy profanando.

Pero la verdad es que no consigo que me importe un bledo.

—No te preocupes —le digo a West—. Ella sola descubrió que no somos una verdadera… pareja.

—Lo sospechaba —murmura al tiempo que se deshace de su chaqueta. Se acerca un poco más y la pone alrededor de mis hombros. Es grande y está calentita por haber estado en contacto con el cuerpo de West. Cae sobre mis hombros sin gracia, rígidamente, y me hago con una de las solapas para rodearme más con ella—. Otra vez tienes frío.

—Solo un poquito. ¿Esta es tu jugada personal, darles tu chaqueta a las chicas? Ya es la segunda vez.

Los ojos de West se empequeñecen mientras me observan, alternando su mirada entre mi rostro y la copa de champán que tengo sujeta.

—¿Cuánto has bebido?

—No creo que eso sea para nada de tu incumbencia.

—Pues yo creo que todo lo que tiene que ver contigo es de mi incumbencia ahora mismo.

Me encojo de hombros y miro más allá de él, hacia otras personas que están en la terraza.

—¿Has estado por ahí mezclándote con mujeres aptas para el matrimonio?

—Difícilmente. Todo el mundo sabe que te he traído a esta fiesta.

Ah.

—Y eso por lo visto es algo gordo, ¿no? Tu hermana me ha dicho que nunca traes pareja a estos eventos.

Su rostro se endurece.

—Con que habéis hablado de mi vida sentimental, ¿no?

—Salió en la conversación —digo finamente—. ¿Es porque espantas a las mujeres? Porque me lo puedo imaginar.

Algo destella en sus ojos, algo que, extrañamente, se parece bastante a un brillo de diversión.

—Sí —me contesta—. Es justo por eso. Porque ninguna mujer en la historia se ha sentido jamás atraída por la riqueza, el poder o el prestigio.

—Bueno, pues esta mujer no; ni de lejos. —Calculo la distancia a la que estoy del suelo. Ha parecido muy fácil cuando Amber ha saltado, y yo estoy más que acostumbrada a llevar tacones, pero no creo que haya saltado con tacones nunca.

Me acerco al bordillo de la plataforma de piedra.

West suspira y da un paso al frente.

—Deja que te ayude.

—Puedo hacerlo.

—No te vas a romper un tobillo al segundo día de estar a mi cargo en lo que a seguridad respecta. —Pasa un brazo por mi espalda y se inclina un poco—. Venga. Ahora tu brazo sobre mi hombro.

Solo me lleva un segundo obedecer. El contacto es frío, práctico. West pasa su otro brazo por debajo de mis rodillas, y entonces me levanta sin miramientos de la plataforma de piedra. Por un momento, me veo suspendida en sus brazos, acunada, mi rostro cerca de su barbilla. Y llevando su chaqueta.

Mi cabeza vuelve a dar vueltas, y a esta distancia puedo captar su aroma; huele a colonia y a algo más oscuro, ahumado. Me deja en el suelo, pero mantiene su mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Perfectamente bien.

West me mira durante un largo instante.

—Ya es hora de retirarnos. Suficientes emociones por una noche.

—Pero si acabo de empezar a relajarme.

—Mi madre tratará de arrinconarte para someterte a un interrogatorio, y te puedo asegurar que la experiencia no será relajante.

—Vale. ¿Entonces me quedo… en esta casa?

—¿Crees que te voy a exiliar a un edificio anexo? Fairhaven tiene docenas de habitaciones.

—No pretendía insultarte —le digo levantando la barbilla—. Era solo una pregunta.

Sus labios tiemblan como si de nuevo encontrara divertida la situación.

—Lo sé. Ernest se ha asegurado de que tengas todas tus cosas ya listas en tu habitación. Te enseñaré el camino.

Vacilo un segundo antes de inclinarme para agarrar la botella de champán.

—Pienso quedarme con esto.

—Ni se me ocurriría arrebatártela. Venga, vámonos.

Me guía a través del gentío con la mano aún descansando en la parte baja de mi espalda. Noto cómo la gente se hace a un lado para dejarlo pasar, y cómo sus ojos nos siguen con curiosidad. Algunas mujeres me evalúan con sus miradas de una forma que me hace querer encogerme dentro de la chaqueta de West.

Porque aún la llevo puesta. Si la gente antes no creía que hubiera asistido a la fiesta como su pareja, ahora, desde luego, ya sí que lo saben todos.

La irritación que West me provoca regresa a mí. Me pregunto si algún día se irá del todo. «Es la última persona con la que saldría». Excepto cuando resulta muy conveniente para él, aparentemente.

Estamos atravesando la gran sala de estar cuando la atención de West va a parar a algo en la esquina. No. A alguien.

—Espera un segundo —murmura mientras nos lleva a los dos hacia el fotógrafo de la esquina.

Yo camino en modo piloto automático, pero, aun así, estoy confusa.

—¿Quieres inmortalizar la noche de hoy?

—Quiero que me fotografíen contigo, sí —me dice en voz baja.

Quiero pararme inmediatamente. ¿Qué cojones…? ¿Solo para que él pueda hacer qué, exactamente? ¿Mandar un mensaje aún más claro de lo fuera del mercado que está?

—West —protesto—, no quiero que…

—Los planificadores de mi madre contrataron a este fotógrafo. Puedo asegurarme de que una foto nuestra acabe en el periódico local.

Niego lentamente con la cabeza.

—¿Por qué demonios te importa tanto que la gente sepa si estás soltero o no?

—No es por mí —dice bruscamente—. Es por ti. Si hay alguien que observa cada movimiento tuyo, quiero que sepa que ahora estoy a tu lado. Que no estás sola y que cuentas con un amigo poderoso en la recámara. La gente de esta fiesta dirá mil cosas después de esta noche, pero una imagen dirá mucho más.

—Oh. No lo había pensado… Qué astuto.

Sus labios vuelven a temblar en una sonrisita.

—Muchas gracias.

—Vale. Pues hagámoslo.

Coge la botella de champán que aún sostengo y la deja en el alféizar de la ventana tras de mí. Luego deja una mano suspendida en el aire, esperando su chaqueta.

—Ah, sí.

Lanza su chaqueta junto a la botella de champán, y entonces tenemos la atención del fotógrafo. Yo me revuelvo junto a West, y él vuelve a colocar su mano en la parte baja de mi espalda, envolviéndome con el brazo.

Pues no me siento tan mal.

De hecho, me siento… bien, calentita y fuerte. Y él no es un hombre que esté tratando de encandilarme para llevarme a la cama. Aquí no hay ninguna expectativa. Es una farsa, y yo sé actuar.

Inclino la cabeza hasta descansarla en su hombro y sonrío a la cámara. Es una de las sonrisas que he perfeccionado durante mis años como modelo. Es la sonrisa secreta, tal como me dijo un fotógrafo una vez: «Como si estuvieras contenta y pensando en un secreto que solo tú conoces». O, en este caso, en un secreto que solo West y yo conocemos.

Entonces lo recuerdo: a él sentado solo en el sillón hace años, haciendo durar su *whisky* escocés y elevando la vista para encontrarse con la mía. Y a mí preguntándole si querría tomarse algo conmigo.

Y, de pronto, un *flash.*

Alzo la vista hacia West con la sonrisa aún en su sitio. Él baja la vista para mirarme con el ceño fruncido. Sus ojos son del color más raro, con esa profunda sombra del color del *whisky* o de la miel, tan inusual bajo la cicatriz en su ceja. Me mira como si estuviera tratando de averiguar lo que estoy pensando.

Otro *flash,* y el hechizo entonces se rompe.

Me separo de él.

La mandíbula de West se pone a trabajar para darle las gracias al fotógrafo, y luego se estira para coger la botella de champán.

—Ven —me dice—. Ya es suficiente por hoy.

CAPÍTULO 9



Nora

A la mañana siguiente me despierto con dolor de cabeza.

La luz del sol se cuela a través de las cortinas. El sitio es enorme, suntuoso. Anoche no pude echarle un vistazo en condiciones, después de que West me dejara en la puerta que lleva a mis habitaciones. Sí. En plural.

Me siento lentamente con la cabeza martilleándome. La botella de champán sigue en el enorme aparador junto a la cama, justo donde la dejé. Mis maletas están al otro lado, cuidadosamente apiladas, esperándome, tal como dijo West.

Los muebles de esta habitación están ornamentados, el aparador es de madera de caoba y las paredes de un azul claro. Hay un rinconcito al otro lado con unas ventanas que dan a… ¿No será verdad?

Me deslizo fuera de la cama y camino hasta el rincón para descorrer las cortinas.

Las ventanas dan a los enormes jardines de la parte de atrás de la propiedad. Puedo ver partes de la terraza, donde charlé con Amber. El siguiente nivel más bajo es todo verde, con varios setos y una piscina. Otra de las escaleras que recorre los jardines aterrazados lleva a un cobertizo para lanchas construido en la orilla.

Y luego está el mar.

La expansión de azul se alarga más allá de los límites de la propiedad, las olas rugiendo suavemente. El cielo presenta un tono de azul más claro, salpicado de nubes.

Este rincón fácilmente puede ser lo mejor de toda la habitación. Cruzo el acolchado suelo hasta las puertas dobles. Estas llevan a mi propia sala de estar, el primer espacio de las «habitaciones» que es enteramente mío. Dos sofás, una televisión, una mesa; todo decorado con los mismos tonos clásicos y tradicionales de azul. Es sutil y sofisticado a la vez.

Entonces me dirijo al baño privado de la habitación y me voy directa a la ducha. Está justo al lado de una preciosa bañera con patas de garra con vistas al mar.

Tengo que probarla algún día.

Cuando salgo de la ducha y miro el reloj, veo que ya son casi las once, y solo me siento un poquito mejor.

Y estoy en casa de West.

La conciencia de ello es como una astilla clavándose en mi piel. Puede que esté a tan solo unas habitaciones de distancia. Ahora mismo. Está cerca, y siempre estará cerca.

Pero no se puede negar tampoco que ahora me siento más segura. A lo mejor es eso lo que más me molesta; mi propio miedo al ver el puñetero ramo.

No me he estado peleando con West o con Rafe porque no tenga miedo; Dios, ojalá no lo tuviera. Es porque su preocupación me hace sentir que resulto una imposición para ellos.

Sobre todo con Rafe y mi madre, a quien tengo que llamar más tarde o si no entrará en pánico por llevar veinticuatro horas sin hablar conmigo. Gestionar las emociones de los demás con respecto a mi situación es como andar en la cuerda floja, lo que no deja ningún espacio para que pueda sentir mis propias emociones. La obsesión de mi hermano con mi seguridad ya empezó años antes de que el acosador apareciera en escena. La paranoia de mi madre también. Se remonta a hace más de una década, cuando la

avalancha atrapó a Rafe y Etienne bajo sus garras y me dejó con un hermano en lugar de dos.

Rebusco en mis maletas hasta que encuentro ropa limpia. Me visto despacio, soltando una mueca de dolor cuando me doblo para subirme los calcetines. Sip. Necesito agua y comida, además de nunca volver a beber de esa forma.

Me estoy trenzando el pelo húmedo cuando oigo un suave golpe en la puerta de la sala de estar que me deja petrificada.

—Eh… ¿Hola?

—¿Señorita? El señor West me ha pedido que venga a ver si está bien —me dice una voz masculina. Tiene que ser alguien del servicio.

—Un momento.

Me pongo mi chaqueta favorita, color azul cielo con pequeñas rosas bordadas, y abro la puerta.

Es el hombre al que conocí anoche. Es delgado y debe de andar por los cincuenta, con el grisáceo cabello echado hacia atrás.

—Buenos días, señorita. Ayer conversamos un poco. Me llamo Ernest, y soy el administrador de la casa aquí en Fairhaven. ¿Le apetecería algo de desayuno esta mañana?

—Me encantaría un zumo.

—Por supuesto. Estaré encantado de enseñarle la propiedad más tarde y de ayudarla a instalarse.

—Lo apreciaría mucho, gracias. —A lo mejor también le puedo preguntar a él si está bien si muevo algunas cosas en la pequeña sala de estar que da a mi dormitorio. Necesitaré comprarme una máquina de coser y una mesa de trabajo.

Ernest me guía fuera de mis habitaciones hasta bajar la gran escalera. Siento la pulida barandilla de madera bajo la palma. Es suave, ya desgastada por décadas y décadas de uso.

Fairhaven es un recuerdo del pasado.

Es la prueba fehaciente de un tipo de riqueza que ya no existe, un testimonio de una época en la que las mayores familias de Norteamérica hacían sus fortunas gracias al ferrocarril, el acero y las

ventas. La época en la que se erigieron enormes casas como esta por toda la línea costera, vigilando el océano como si fueran fortalezas. Un recuerdo de un instante en el tiempo que ya vino y se fue.

Anoche vi tan poco de Fairhaven…

Ernest me lleva abajo por una de las curvadas escaleras del vestíbulo, por donde entramos anoche. Los suelos de mármol y el revestimiento de madera, los techos altos… Todo es espectacular.

Ayer vi el exterior del edificio; el ladrillo rojo y las blancas columnas hacen que la casa parezca estar atascada entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

—Ya conoce el ala donde se aloja —me dice Ernest mientras caminamos hacia la sala de estar. Allí hay otras personas que se encuentran limpiando y moviendo los muebles. Volviendo la casa a su estado natural tras la fiesta—. Quisiera reiterar que nadie avanzará más allá de la primera puerta sin su permiso, a excepción, por supuesto, del servicio de limpieza, siguiendo el horario establecido.

—Gracias, lo agradezco.

Me lleva a través de la sala, y luego a través del comedor y de la despensa del mayordomo. La casa cuenta con una enorme cocina familiar, además de con una isla gigante en el centro y unas cristaleras que se abren a la terraza.

—El almuerzo está disponible en la cocina en torno a la una de la tarde cada día. Se les sirve a todos los invitados de la propiedad, y los empleados también pueden disponer de él. No es nada demasiado elaborado, pero la comida es buena.

—Eso suena genial.

Ernest me guía de vuelta a través de la cocina y de un largo pasillo.

—Esta ala aloja la biblioteca y el estudio del señor West —me explica, señalando a una serie de pesadas puertas de madera—. La biblioteca está abierta a todos los invitados, pero la oficina del señor West es un espacio privado.

Me quedo mirando las puertas. ¿Estará detrás de ellas ahora mismo? No lo he visto desde anoche, cuando me dejó en la puerta de mis habitaciones. Me tendió la botella de champán en silencio y luego desapareció escaleras abajo, de vuelta a las áreas donde se encontraban los invitados. Para conquistar, para hablar. ¿Hablaría con esas mujeres que trajo su madre?

—Y por aquí —dice Ernest entonces, abriendo una enorme cristalera—, se va al invernadero.

Entramos en una espaciosa y luminosa habitación llena de plantas y muebles de mimbre. La luz del sol se cuela a través del techo de cristal, calentando el espacio. El olor de las flores y de la tierra húmeda inunda mi nariz.

—Guau. —Inspiro—. Esto es precioso.

El rostro de Ernest se suaviza.

—Sí, lo es. Estaba pensando que quizá podríamos sentarnos aquí. Le he preparado algunos documentos.

—Venga. —Me siento en una silla de mimbre, y Ernest se sienta en la de enfrente. ¿Algunos documentos? Estoy tan intrigada por Fairhaven como lo estoy por el propio administrador de la propiedad.

—Le he preparado aquí una guía. —Me ofrece un folleto—. Toda la información sobre el servicio y sus números de contacto se encuentra en las primeras páginas. Evelyn Greaves es la gobernanta, y Melissa Durham es la chef. Ya ha conocido a Arthur Webb. Él se encarga del transporte y de los vehículos de la propiedad. Pero —añade, su voz de pronto más seria—, yo soy el administrador de la casa. Si tiene dudas sobre a quién acudir, puede contactarme siempre que lo necesite y yo me encargaré de delegar.

Miro el papel y luego a él.

—Gracias. Claramente este lugar funciona como una máquina bien engrasada.

Su ceño fruncido apenas se alivia un poco.

—Sí. Así es.

—¿Hace cuánto que trabaja aquí? —Le sonrío, cálida y amigablemente.

—Cumpliré veinticinco años el próximo agosto.

—Es impresionante. Debe de conocer a West prácticamente de toda la vida.

—Sí, así es.

Sonrío de vuelta a los papeles y paso las hojas. Tiene información sobre la lavandería, los contactos de emergencia, la red wifi, cómo darle a un invitado acceso a la puerta principal, anécdotas históricas, un pequeño resumen de cada miembro de la familia Calloway, pasados y presentes…

Es una guía, sí, pero también es una carta de amor a una propiedad y a una familia.

—Tengo muchas ganas de conocer más de la casa. De verdad que es espectacular, y me siento muy afortunada de estar viviendo aquí.

Su ceño fruncido desaparece del todo. Me pregunto con cuánta antelación les avisaron a él y al resto del servicio de mi repentina llegada. ¿Una hora, tal vez? ¿Dos? Y, aun así, mis habitaciones ya estaban listas y ahora tengo una guía personalizada frente a mí.

—Muchas gracias —le digo sinceramente—. Por todo esto, y por el *tour.* Se lo agradezco.

Los labios de Ernest se curvan en una sonrisita.

—Bueno, pues de nada. Si desea un *tour* más extenso por los terrenos, también puede organizarse. Los manzanos florecerán pronto. Y tenemos treinta y seis especies distintas de rosas.

—¿En serio?

—Sí. Los primeros rosales ya cuentan con capullos, en especial de las rosas Margaret Merrill. —Se aclara la garganta y mira más allá de mí, hacia el pasillo—. Su desayuno debería estar listo en breve. Sé que… Oh.

Miro por encima del hombro, siguiendo su mirada.

West está de pie en la puerta del invernadero. Su esbelta figura queda delineada por el luminoso pasillo tras él, y cada centímetro de su cuerpo luce tan impecable como anoche. Lleva las manos en los bolsillos de sus oscuros pantalones, y un jersey de punto cruzado de color blanco crudo se estira por encima de su ancho pecho.

—Estás despierta —dice—. Veo que Ernest te está haciendo un *tour.*

Ernest se incorpora.

—Ya hemos terminado con las partes más importantes.

—Bien. Yo me encargo del resto.

Ernest asiente y abandona la habitación usando otra salida, dejándonos a West y a mí solos en el invernadero.

Tiene buen aspecto, sin rastros de desgaste pese a la noche de ayer, y yo lo odio un poquito por ello. Y por mostrar con cada centímetro de su cuerpo una seguridad desenfadada; algo que yo nunca jamás he conseguido sentir.

Se para tras la silla que Ernest acaba de dejar vacía, su mano curvada sobre el respaldo. Me fijo en el anillo grabado que lleva en el dedo; el mismo que mi hermano ha llevado durante años.

Ahora el aire parece más pesado.

—Acabo de hablar con tu hermano —me dice—. Parece que tú y yo tenemos más teatro por delante.

CAPÍTULO 10



West

Nora está sentada en el invernadero, mirándome con expresión cauta y desconfiada, sin rastro de maquillaje en la cara. Lleva el pelo recogido en una trenza y una chaqueta demasiado grande para ella. Su cuerpo queda sepultado dentro, y las mangas le cubren hasta la mitad de las manos.

Parece joven.

Y parece molesta.

—Más teatro por delante —repite Nora—. ¿Qué quieres decir con eso?

Saco mi móvil, preparado ya con el artículo de *Page Six,* y se lo paso. La foto es la que nos hicimos juntos. Ella aparece mirando directamente a la cámara con una sonrisa, como si supiera algo que el resto desconocemos.

Parece una modelo.

Y lo es. Tan preciosa como una puta pintura; y una clara representación de problemas.

—¿Han publicado ya este artículo? —me pregunta.

—Sí. —Yo mismo moví varios hilos para asegurarme de que así fuera. No fue difícil, tampoco; la privacidad suele ser objeto de gran preocupación en todas las fiestas organizadas en Fairhaven, y rara vez sale a la luz alguna imagen tomada durante los eventos. Se

pusieron contentísimos cuando les llamó uno de mis asistentes ejecutivos para hablarles de la oferta.

Nora es conocida, y yo también, por mucho que odie el escrutinio la mayor parte del tiempo.

—Ah. Entonces imagino que Rafe también lo ha visto.

—Sí —le confirmo. Rafe va unas horas por delante de nosotros, y acabo de hablar con él por teléfono desde mi oficina—. Cree que deberíamos convertir toda esta pantomima en algo… más permanente.

Sus ojos encuentran los míos en menos de un segundo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Cree que deberíamos seguir fingiendo en público que estamos saliendo.

—De ninguna manera. —Empuja mi teléfono por encima de la mesa para devolvérmelo—. Eso es ridículo.

Yo aprieto los dientes. Ya le he dicho a Rafe que su hermana no accedería a hacer nada de eso, pero me ha asegurado que hablaría con ella. Claramente aún no se ha puesto con ello.

Me siento en la silla frente a ella, como si fuéramos dos jugadores de póker preparándonos para una partida.

—No es ideal. Pero Rafe piensa —y yo también— que sería lo mejor para garantizar tu seguridad.

Nora se cruza de brazos.

—¿Cómo, exactamente?

—Tu acosador. —Rafe lo dejó muy claro. «Te quiero a su lado veinticuatro horas, los siete días»—. Si estuviéramos saliendo, eso explicaría por qué estoy siempre a tu lado.

Quiero mandarle un mensajito a ese hijo de puta.

Sus mejillas empiezan a sonrojarse.

—Ya estoy viviendo aquí. En tu casa. Tengo a tus guardias de seguridad. ¿Cómo podría ayudarme el hecho de estar fingiendo… todo el tiempo? ¿Como hicimos ayer?

—Si el acosador se cree que estás saliendo con alguien… Es que no estás disponible. Estamos intentando joder sus fantasías. —Dejo

descansar mi mano sobre la mesa y siento el frío del cristal bajo mi palma—. Si empezamos a salir de forma pública, tú resultarás menos accesible en su mente.

Sus ojos destellean.

—O sea, ¿que sería cambiar la atención no deseada de un hombre por la atención no deseada de otro hombre?

—No te estoy pidiendo que salgas conmigo de verdad, Nora —le aseguro. Mi voz sale de mi garganta en un tono bajo y duro. Salir con ella de verdad no es ni una posibilidad. Nunca lo ha sido, y nunca lo será. No tengo tiempo para relaciones, y las hermanas pequeñas siempre han estado prohibidas.

Salir con ella de verdad acabaría con la amistad que tengo con Rafe.

Nora se rodea aún más con los brazos, como si mi comentario le hubiera dolido.

—Eso ya lo sé. No estaba intentando implicar que estuvieras pidiéndomelo de verdad. Yo tampoco quiero salir contigo.

—Genial. Pues estamos en la misma onda.

—Pero sigo sin ver cómo una farsa va a desanimar a mi acosador.

—Puede que sí, o puede que no. De igual forma, eso explicaría por qué te estás quedando en mi casa y por qué yo siempre estoy presente. Si quieres ir a una fiesta o discoteca de nuevo, yo estaré a tu lado.

Toma una profunda bocanada de aire, y su mirada vuelve a deslizarse hasta caer sobre la mía. Vuelve a estar molesta. Bien. Puedo gestionar su molestia.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Rafe y yo pensamos que lo mejor serían unos meses. —Hemos hablado de algo más que de eso. Espera que mi presencia vuelva imprudente al acosador, que termine por cometer un error, por dejar un rastro. Y entonces podremos pillarlo. Espera que podamos provocarlo lo suficiente como para revelar demasiado de sí mismo.

Y la vida no le resultará tan bonita cuando lo pillemos.

No pienso correr ningún riesgo, especialmente cuando se me ha confiado su seguridad. Si hay algo que odio es el fracaso. Y no voy a fracasar en esto.

—¿Unos meses? —Su voz es aguda—. No puedo fingir ser tu novia durante meses.

Vuelvo a apretar los dientes.

—¿Por qué va a impedir que puedas salir con otras personas?

—Pues sí, de hecho, interferiría con esa parte, ahora que lo mencionas. —Inspira profundamente—. ¿Y qué supondría todo eso, de todas formas? ¿Seguir fingiendo delante de tu madre? ¿De tu familia?

Mi madre ya me ha llamado para preguntarme cuándo puede Nora ir a casa a cenar.

—Sí —admito—. Eso me ayudaría.

—Porque te estás ahogando entre tantas mujeres preciosas y solteras, y eso claramente es un problemón para ti. —La voz de Nora suena ácida, y el enfado que lleva consigo hace que se asome una sonrisa a las comisuras de mi boca—. Desde luego, qué problemón.

—Tú recibes un huevo de atención masculina —señalo—. No me puedes decir que no es así. Los tíos te piden salir todo el tiempo, ¿verdad? Y, aun así, quieres practicar cómo salir con alguien.

—Eso es distinto.

—¿Lo es? Tenemos el mismo problema. La única diferencia es que lidiamos con él de maneras distintas.

Entrecierra los ojos mientras me mira.

—Ya te dije que no estaba dispuesta a sacrificar mi período de prácticas.

—Si vas a fingir ser mi novia, entonces solo saldrás conmigo. —Presiono las manos contra la mesa—. Así que, si quieres practicar… Lo harás conmigo.

CAPÍTULO 11



Nora

Sus palabras no van a conseguir atravesar la neblina de mi resaca. Parpadeo.

—No puedes estar hablando en serio.

—Siempre hablo en serio.

Ese comentario me hace poner los ojos en blanco. Conozco a West Calloway lo suficiente como para saber que eso no es ni remotamente cierto. «Practica conmigo». No tiene ni idea de lo que está sugiriendo. No sabe hasta qué límite llega realmente mi inexperiencia, por Dios. Y nunca se lo diré.

—¿Quieres cenas caras, Nora? ¿Flores y bombones, y poder flirtear sin que haya consecuencias? —Sus ojos ahora son de ese color ámbar que le quita a una el aliento—. Hazlo conmigo.

Niego lentamente con la cabeza.

—No vas en serio.

—¿Por qué no iba a ir en serio? —No aparta su mirada de mí, y tener toda su atención es algo terrorífico—. Dime, entonces. ¿Por qué tienes tanta necesidad de practicar?

Es una persona demasiado intimidante como para confiarle algo así, pero, aun así, las palabras salen solas.

—No se me da bien eso de salir con alguien. Casi nunca lo hago, pero quiero enamorarme. Quiero una relación de verdad… Y para eso tengo que conseguir acostumbrarme a una. —Esto es

humillante. Quiero hundirme en la silla. Es tal la humillación, que mi voz adopta un tono malhumorado—. Necesito practicar.

—Debes de haber tenido hombres haciendo cola para pedirte salir todo el tiempo —me dice. Su rostro se tensa y luego cambia a una expresión confusa, como si lo que le estuviera diciendo fuera estúpido. Como si no tuviera sentido. Sé que debería reírme o, por lo menos, soltar una risita y dejar pasar todo esto. Que debería decir lo que él quiere que diga.

Pero estoy ya demasiado cansada de fingir.

—Hay chicos que me piden salir de vez en cuando. Pero yo les digo que no. —Encojo los dedos; aprieto los puños. Me clavo las uñas en la palma de la mano—. Quieren determinadas cosas de mí, tienen expectativas… y yo no me puedo relajar. No puedo pasármelo bien con ellos cuando siento que para mí solo es una actuación más.

West se queda callado un rato largo. Solo me mira.

En cualquier momento se va a reír y a responderme algo con desdén.

En su lugar, simplemente asiente.

—De acuerdo. Ven conmigo, vamos a la biblioteca.

Se pone de pie y yo lo miro.

—¿Por qué?

—Necesitamos papel y boli. —Mete las manos en los bolsillos de sus pantalones—. Considéralo una parada más en tu *tour* de la casa.

Lo sigo pasillo abajo y a través de la gran puerta de madera de roble.

La biblioteca es enorme.

Tiene techos altos, casi el doble de la altura de una habitación normal en esta casa. Hay una escalera junto a las estanterías de madera oscura que lleva a un entresuelo. Una deshilachada alfombra persa cubre la mayor parte del suelo, y hay varios sofás de cuero centrados en la esquina de la habitación, rodeando una chimenea de piedra. El otro lado cuenta con una mesa de billar con un lujoso tejido de terciopelo.

También hay un carrito de bar apartado en la esquina, con una plétora de licores en él.

La biblioteca parece sacada de un set de rodaje de una película antigua, y me enamoro de ella enseguida. Entonces sigo a West hasta el espacio de mayor antigüedad de la sala.

West no parece pasmado.

Camina hasta un escritorio ornamentado y saca una libreta y un boli de uno de los cajones. Y luego me los da.

—Haz una lista con todas las cosas que hacen que salir con alguien te resulte incómodo. Todo lo que quieres practicar.

—Eres un… —Bajo la vista al trozo de papel y de nuevo le miro a él—. ¿Es en serio?

—Sí —me contesta—. Mira, yo a ti no te gusto, ¿no? Eso lo has dejado claro. Así que no tendrás que preocuparte de herir mis sentimientos. Puedes rechazarme para practicar una y otra vez si lo necesitas.

Hay una especie de lógica rara en lo que me dice.

Tomo el bolígrafo que me tiende. De acero grueso, grabado: «Empresas Calloway».

—Ni de coña vas a aceptar todo esto —le digo—. Y ni de coña voy a aceptarlo yo.

—Pues entonces lo negociaremos. —Su voz es brusca—. Si vamos a fingir ser una pareja de todas formas, ¿por qué diablos no íbamos a hacer eso también? Sería mejor que te llevaras algo de todo esto, ya que estás.

«Desde luego, ¿por qué no?».

Escribo varias cosas. Mi letra aparece en el papel más inclinada y angulosa de lo normal. Acabo dejando el papel en relieve y todo. En realidad, todo esto es patético, es patético verlo todo escrito ahí, pero ya he pasado el punto de que me importe algo. Quiero demostrarle a West lo poquísimo que querrá hacer esto.

Cuando hablo de practicar el tema del romance, lo digo en serio. Me refiero a todo. La cena o las copas. Las conversaciones. Decir que no, decir que sí. Querer irme pero que él quiera alargar el

momento y me mire con esa mirada tan intensa de «voy a besarte». Hasta eso lo he añadido a la lista.

Echo un vistazo a West mientras escribo. Está echado para atrás, la vista puesta en el bolígrafo. Tiene el ceño fruncido.

—¿Eso es todo? —me pregunta, arrastrando cada palabra mientras observa el lugar donde el bolígrafo se ha quedado estancado.

—No. —Añado algunos puntos más. «Rechazar a un hombre cara a cara». «Apartarlo si trata de besarme». «Rechazar a un hombre por mensaje de texto». «Discutir».

Esa última parte no me importa para nada practicarla con West, la verdad.

«Lidiar con el conflicto sin salir corriendo». «Poner límites».

«Recibir y aceptar halagos y regalos».

«Salir a una cita romántica».

«Pedir lo que yo quiero».

Las palabras de Zeina retumban en mi mente. Quiere que practique estar presente y mostrar mi verdadero yo, no la versión que creo que los demás quieren ver.

«Ser auténtica», añado.

Hay más cosas que podría escribir. «Besarme con alguien». «Enrollarme con alguien». «Acostarme con alguien». Pero no pienso añadir nada de eso. Me parece demasiado pedir; y ahora que levanto la vista para mirar a West, la idea de presionar mis labios contra los suyos hace que todo mi cuerpo se tense.

Me pregunto cómo será besando. Me pregunto si algún día seré lo suficientemente valiente siquiera.

Cuando al fin termino, casi no hay espacio libre por la parte de atrás del papel, y West tiene la boca cerrada formando una fina línea.

—Eso es todo, creo. —Mi voz es casual, como si no acabara de escribir un ensayo en forma de listado.

Deja la mano extendida y yo le devuelvo el bolígrafo, pero no me desprendo de la nota. En su lugar, la sostengo ahí entre los dos.

—Esto es todo lo que quiero practicar. Si aceptas todo esto, entonces… fingiré ser tu novia, incluyendo delante de tu familia. —Alzo una ceja—. ¿No decías que querías mantener a raya los esfuerzos casamenteros de tu madre?

—Eres mejor de lo que te permites reconocerte a ti misma cuando se trata de todo esto. —Se dirige al carrito de bar en la esquina. Solo son las doce, pero se sirve un dedo de *whisky—.* ¿Quieres un poco?

No. La verdad es que no. Pero si vamos a hablar de esto, necesitaré tener algo en la mano. Algo que me mantenga ocupada.

—Sí. Por favor.

El labio de West se curva en una sonrisita, como si viera el razonamiento detrás de mi respuesta. Pero me sirve una copa, aun así. Me acurruco en uno de los sofás, y él se queda apoyado en el escritorio.

Y entonces empieza a leerse mi lista.

Me tomo un largo sorbo de *whisky.* Dios, está malo. Nunca me ha gustado. Tamborileo con los dedos sobre el cristal de mi vaso y miro hacia otro lado para evitarlo a él. Observo una pared de libros detrás de otra. Todo el lugar es oscuro, pero de una forma reconfortante. Me hace querer quedarme aquí dentro más tiempo. Acurrucarme en uno de los sillones.

La puerta de madera que queda a un lado debe de llevar al despacho de West. Ese despacho que Ernest me ha explicado que está prohibido.

El silencio resulta ensordecedor.

Tomo otro sorbo del *whisky* solo por hacer algo.

—¿Este es el *whisky* de Alex? —pregunto.

West ni siquiera despega la mirada de su listita.

—Sí.

—Ajá. Ya decía yo que el sabor me resultaba familiar.

Tiene de nuevo el ceño fruncido, con una arruga entre las cejas. Pasan unos cuantos segundos eternos más, y vuelvo a mi actividad de tamborileo contra el cristal de mi vaso. El *whisky* no funciona muy bien en un estómago lleno de nudos.

—Pero di algo al menos —le pido.

Sus labios esbozan una sonrisita.

—Es una lista larga.

—No es tan larga.

Baja un poco el trozo de papel.

—Esto es todo lo que implica salir con alguien.

Niego con la cabeza.

—No, no es todo.

Sus ojos se posan de inmediato en los míos. El calor inunda mis mejillas, y mi estómago da la misma sacudida de siempre cuando la ansiedad llama a mi puerta. «La lista no incluye el sexo».

—No, supongo que no aparece todo. —Tensa la mandíbula, y entonces vuelve a bajar la mirada a la lista—. Pero está condenadamente cerca. Así que quieres practicar todo esto.

—Sí. Y como has dicho antes…, también incluye rechazarte. O discutir.

Alza una ceja.

—¡Qué bien que mi ego vaya a poder soportarlo!

—¿Estás seguro de eso?

—Lo estoy —me dice—. Pero solo hay una manera de ver si me equivoco. Así que esto es lo que quieres. A cambio de que finjamos ser una pareja.

Los dedos se me tensan en torno al vaso.

—Sí.

Deja el papel en el escritorio.

—Es un reto.

—No es para tanto.

Cruza los brazos sobre el pecho. Parece más grande cuando hace eso. Es tan diferente de cualquiera de los hombres con los que alguna vez he tenido una cita. A lo mejor eso es algo bueno. Hará que fingir sea más fácil.

—Lo de salir en público, eso es por tu seguridad. Pero ¿esto? —Sostiene la lista en alto—. Si hacemos esto, Problemas, entonces voy

a necesitar que nuestra relación parezca invulnerable también en privado.

—Invulnerable —repito.

—Sí. Fiestas. Eventos. Cenas con inversores. —Da un golpecito al escritorio con los nudillos—. Mi familia.

—Quieres que finjamos todo el tiempo.

—Sí. Como has dicho, quiero… mantener a raya el rollo casamentero.

Me muerdo el labio. Así que quiere que seamos capaces de venderle a todos la farsa. Nunca he estado en una relación. Pero sé cómo fingir. Cómo sonreír a la cámara y hacer que la gente se sienta cómoda.

—¿Cada cuánto practicaremos?

—Una vez a la semana —dice.

—Tres veces a la semana. —Las siguientes palabras se me escapan, tensas y provocativas—. A ti no te van mucho las relaciones, así que no estoy muy segura de si realmente eres experto en todo esto.

Sus labios se curvan por la comisura de su boca.

—Ya hemos establecido que tú no eres una experta, así que estoy dispuesto a apostar que tengo más experiencia que tú.

Mierda. Me lo acabo hasta la última gota de mi *whisky.*

—Tres veces a la semana. Esa es mi oferta final.

Entrecierra los ojos.

—Tres veces a la semana, entonces.

La victoria en la negociación hace que me cueste pensar. Voy a practicar. Con él. Con West.

—Una última cosa. —Pasa las manos por el borde del escritorio que queda tras él—. ¿Todo esto de las prácticas? Tu hermano no puede enterarse nunca. Se quedará entre nosotros.

—No acostumbro a hablar de mi vida privada con él.

—Pues no empieces a hacerlo ahora tampoco. —Traga lo que le queda de *whisky—.* O me meterás en problemas jodidamente serios.

CHAT DE GRUPO

ALEX: He visto tus fotos con Minimontclair en las noticias. ¿Algo que nos quieras compartir?

JAMES: Manda la foto.

ALEX: Adjuntada.

JAMES: Rafe, si estás de camino a matar a West, recuerda que es el único de nosotros cuatro que tiene casa en Estados Unidos. Es muy conveniente para mis visitas a Nueva York. Mucho mejor que un hotel.

WEST: Gracias por cubrirme la espalda solo porque resulto conveniente.

JAMES: De nada.

RAFE: Solo están fingiendo. Es para ahuyentar al acosador, o al menos para desanimarlo. Cualquiera de las dos me vale.

WEST: Y para explicar por qué voy a estar a su lado todo el tiempo las próximas semanas.

RAFE: Sospecho que hay un topo en mi equipo. West se encargará de la protección de Nora con la esperanza de que no pase nada más.

ALEX: Y yo que pensaba que había pasado algo lascivo por ahí…

JAMES: Todavía hay tiempo.

WEST: No.

RAFE: Solo es puro teatro. West nunca haría algo así.

CAPÍTULO 12



West

—Nos está mirando todo el mundo —dice Nora a mi lado. Su sonrisa nunca palidece.

—Algunas de estas personas estaban en la fiesta la otra noche. Tienen curiosidad. —Le tiendo una copa de champán e ignoro a los mirones.

Ella nunca había estado aquí, pero, desde luego, todo el mundo sabe quién es. La hija de François Montclair y la hermana de Rafe. Por no mencionar que es la heredera del mayor conglomerado de lujo del mundo.

Sus ojos vuelven a los míos.

—Pero eso es porque nunca sales con nadie en público. Y a todo esto, ¿por qué no?

—No es que lo tenga por norma específica —le digo. Es solo que hasta ahora no he estado interesado en intentar eso de las relaciones a largo plazo, o de las relaciones que acaban convirtiéndose en tóxicas y manipuladoras por culpa de la otra persona. Hacen daño y te llevan a hacer el ridículo, y yo no tengo ningún interés en ninguna de esas dos cosas.

Sus ojos buscan los míos, como si estuviera tratando de buscarle el sentido a mi respuesta.

—¿Sí que sales con chicas en privado?

—Estás muy interesada en mi vida amorosa, por lo que veo.

—Bueno. Creo que es lo suyo, teniendo en cuenta lo que estamos haciendo.

Pongo una mano en su espalda y la guío hacia la zona VIP.

—Responderé a tu pregunta si tú respondes a una mía.

—Ya estás otra vez con los tratos.

—Es lo que mejor se me da.

—Vale. ¿Qué quieres saber?

Bajo la cabeza para acercarme más a su oído. Hay una pareja de ancianos que se nos queda mirando al pasar por delante de ellos.

—¿Por qué escogiste a Mark como cita?

Nora levanta la cabeza para mirarme.

—Ya que lo comentas, aún estoy molesta contigo por eso.

—No —le digo—. No lo estás.

Entrecierra los ojos.

—¿Y qué te hace pensar que no lo estoy?

—El hecho de que vi el alivio en tu cara antes de que te apresuraras a esconderlo. En ese momento no me parecía que tuviera ningún sentido, pero ahora lo tiene. No querías estar en esa cita para empezar, y te alegró que terminara.

Gira el rostro hacia el frente, con la estrecha barbilla alzada. Sus gruesos labios están firmemente presionados el uno contra el otro.

Yo sonrío, porque tengo razón y ella odia que la haya leído correctamente.

—Si lo que pretendes es que te dé las gracias…

—No necesito agradecimiento —le digo. Lo que necesito es su honestidad.

Es excitante.

Nora atraviesa la verja blanca que se abre a la zona VIP. En el campo, los jugadores ya se han colocado en sus puestos, con cuatro caballos por equipo, preparados para que empiece el primer *chukker.** Ha comenzado oficialmente la temporada de polo.

Nora se sienta en una silla de la primera fila. Su vestido verde y floreado abraza su figura a la perfección mientras mira hacia

delante, a donde están los jinetes. Todos llevan jerséis coloridos: verde y blanco los de un equipo, rojo y amarillo los del otro.

—Mi pregunta —le recuerdo—. Aún no me has contestado a la pregunta. ¿Por qué le dijiste que sí por una *app?*

—Porque parecía normal, y no intimidantemente atractivo. Además, necesito la práctica.

Yo entorno los ojos.

—¿Es por eso?

—¿Por qué más podría haber sido? —Se encoge de hombros y me observa brevemente antes de devolver la vista al juego. Estamos lo suficientemente cerca como para escuchar el bufido y la sacudida de cabeza de uno de los caballos.

—No sé —digo con acidez—. ¿Podría haber sido porque te gustaba, a lo mejor? ¿Porque lo encontrabas atractivo? ¿Porque querías hablar más con él? ¿Porque lo encontrabas interesante?

Vuelve a mirarme a mí.

—¿Es esa la razón por la que rara vez sales con otras personas? ¿Porque nunca encuentras interesantes a las mujeres?

—Estás dando por hecho muchas cosas sobre mí, Problemas, pero no me conoces realmente.

—No. Claramente no. —Toma otro trago de su copa de champán, y su cortina de pelo castaño le cubre la cara, impidiéndole ver. Se le ve brillante bajo la radiante luz del sol.

Es el primer partido de la temporada, y la tribuna está a reventar.

Nora le dijo que sí a ese chico porque necesitaba practicar, y eso es todo. No hay nada más.

—¿Te lo estabas pasando bien antes de que yo llegara? —Ya sospecho la respuesta.

—No —admite—. No era… no era muy divertido.

—Podrías haberte marchado.

Eso le provoca una risotada.

—¿Cómo? Habría sido un gesto maleducado de mi parte.

«Maleducado».

Tiene muchísimos hombres alrededor que la adulan. Tiene que tenerlos. Es espectacular, buena e inteligente. ¿Y si resulta que le cuesta dejar las cosas o poner límites? Bueno, pues es un problema. Y no es un problema que quiera que Nora tenga. Puede que el mundo la vea radiante, hermosa y sonriente, pero Nora tiene colmillos. La he visto usarlos conmigo.

Y esa es mi versión favorita de ella.

Suena el silbato y comienza el partido. El golpeteo de los cascos llena el aire, elevándose hasta convertirse en una melodía. Pasan galopando por delante de nosotros persiguiendo la pelota.

—Me toca, Calloway —dice Nora entonces—. ¿Por qué no sales con nadie?

—Pregunta incorrecta. —Mi brazo roza el suyo, y me inclino más cerca para que ella y solo ella escuche mi respuesta—. Te diré por qué no salgo con nadie en público. Porque en cuanto sales a la luz pública con alguien, ya deja de ser una cosa de dos. Se convierte en un espectáculo; un espectáculo como el que tú y yo representamos hoy.

—Y a ti no te gustan los espectáculos —repite—. Al famoso heredero Calloway, que se dedica a hacer macrofiestas esplendorosas y bailes.

—Las aguanto cuando son bajo mis propios términos. Pero no pienso estar en una relación que funcione bajo los términos de otra persona.

Se cruza de brazos. Su copa de champán cuelga de dos de sus largos dedos, cerca de mi brazo.

—Por supuesto. Porque es como tú dices o nada.

—Exacto.

—Debe de resultarle encantador a las mujeres con las que sí sales en privado. El saber que no te comprometerás ni darás tu brazo a torcer. El ser un secreto.

Pienso en Mark, y en las sonrisas que Nora no sentía realmente esa noche.

—Soy muy franco y directo con lo que quiero, Problemas. La gente es libre de tomarlo o dejarlo. ¿Podrías tú decir lo mismo de los hombres con los que tienes citas?

Sus ojos siguen el recorrido de uno de los caballos mientras nos pasa galopando, presumiendo de su salud a través del brillo de su crin castaña.

—Tú no sabes nada sobre mi historial de citas.

—No. Pero sé que te quedaste en una cita que no estabas disfrutando. Eso no me suena a alguien que sea franco y directo con lo que quiere.

—Pues no, la verdad —dice al final con brusquedad, claramente molesta—. Pero estoy tratando de aprender. Quiero creer que existe un punto medio entre ser un gilipollas y ser demasiado bueno.

—¿Gilipollas, dices?

—Me parecía justo aprovechar el momento.

—Aprovecha para decir lo que quieras. Podré soportarlo. —Regreso la mirada al juego. La emoción del momento hace que el aire vibre. No hay nada como un partido de polo. Nada tan grande o poderoso como la sincronización entre ocho jinetes y ocho caballos.

El sonido de tantos cascos a la vez marca un ritmo estable, tan atronador que cuando pasan galopando delante de nosotros, el estruendo retumba en mis huesos.

Nora se echa hacia delante.

—¿Alex es uno de los jugadores?

—Sí.

—Ah. No lo sabía.

—Se unió en el último minuto. —Y no va a quedarse en mi casa. Me dijo que solo estaba de pasada. Es uno de los hombres a los que considero hermanos, junto con el propio hermano de Nora y James.

Los amigos del internado que decidieron convertirse en la familia que ninguno de nosotros tenía.

—Amo a Alex —dice Nora. Las palabras se deslizan por su lengua con tanta naturalidad, tanto cariño… Como si Alex fuera una de sus personas favoritas.

Yo la miro.

—¿Ah, sí?

—Es muy divertido. —Me mira de reojo—. Pensaba que era uno de tus mejores amigos.

—Y lo es. He apostado por su equipo.

—Por supuesto. Mira que os gustan los juegos a los cuatro. —Aparta la vista de mí para observar a Alex correr por todo el campo a lomos de un caballo alazán, con el número tres a la espalda. Lleva montando a caballo desde que aprendió a andar. Su familia gestionaba uno de los picaderos de mayor calidad del Reino Unido—. Es bueno.

—Sí. Lo es —le digo yo. Todos jugábamos cuando estábamos en Belmont; incluso aunque nunca haya sido mi deporte favorito precisamente—. ¿Lo ves mucho?

—No. Solo lo veo por mi hermano, de vez en cuando. —Vuelve a mirarme—. Igual que a ti.

Igual que a mí, claro.

Nora observa el partido con atención, y yo acomodo mi brazo sobre el respaldo de su silla y la observo a ella. Su lista era larga. Minuciosa.

Incluye todo lo que supone salir con alguien, pero, por encima de los requisitos generales, puedo ver el patrón. Todo tiene que ver con las expectativas. Es lo que ella odia, las pesadas expectativas que sobrevuelan todas las interacciones en el mundo de las citas, como una manta que la asfixia.

—Esta noche tendremos una cita —digo entonces, apartando la mirada del caballo gris que lleva la delantera. Su jinete golpea la bola hacia la portería a una velocidad increíble—. Solos nosotros dos y los guardias.

El público celebra el gol del jugador. A pesar del alboroto a nuestro alrededor, oigo cómo a Nora se le corta la respiración por un momento. Le lleva unos segundos contestarme:

—Vale.

—La primera lección, creo yo, tendrá que ser la de decirme que no.

Sus labios se curvan.

—Ah.

—Seguro que disfrutarás con ello.

—Sí —murmura ella—, yo también lo creo.

El segundo *chukker* llega a su final, y todos aplaudimos. La puntuación actual es de siete, y promete ser un buen partido. Me levanto y extiendo la mano frente a Nora. Vacila solo unos pocos segundos antes de descansar su mano sobre la mía.

Tenemos ojos observándonos mientras caminamos hacia el bar, siguiendo cada movimiento. Sé que habrá más habladuría al respecto. Habladurías que llegarán a oídos de inversores, socios, amigos y enemigos de la familia por igual.

«Calloway tiene novia».

«Es esa heredera de los Montclair».

«¿No te parece precioso?».

Esto no solo conseguirá quitarme de encima a mi madre y sus necios intentos casamenteros, sino que además terminará por llegarles a otros miembros de la familia. Como a mi primo, quien podría aspirar a heredar Fairhaven si no estoy casado para cuando cumpla los treinta. Lleva meses conversando con inversores, barajando distintos planes para vender, desmantelar y monetizar la propiedad.

Como si yo fuera a dejar que eso pasase jamás.

Nos paran tres veces para charlar hasta que al fin llegamos al bar. Todo el mundo quiere hablar de lo encantador que es el tiempo primaveral y preguntarme por mi familia, y yo les doy las gracias por la fiesta de la semana pasada si es que fueron invitados. Y entonces quieren conocer a Nora.

Y ella es la gracia personificada.

Ella se ríe y sonríe, hasta pregunta por el perro de no sé quién. Ni me había dado cuenta de que hubieran hablado de eso en la fiesta,

la verdad. No lo habría recordado aunque me hubiera dado cuenta, de todas formas.

Caminamos hasta la valla. Levanto un brazo para saludar a Alex, quien se nos acerca trotando. Puedo ver la enorme sonrisa que lleva en la cara incluso por debajo del casco.

—¡Calloway! —exclama—. ¡Y Minimontclair!

Pongo los ojos en blanco y me inclino hacia delante para estrechar su mano por encima de la valla. El caballo en el que está montado está enérgico y no para de hacer cabriolas.

—Vas ganando.

—Por supuesto que voy ganando. —En su voz apenas se percibe un resquicio de su acento escocés, suavizando el énfasis en sus palabras y alargando algunas de las vocales. Si quisiera, podría hacer desaparecer ese acento por completo y volverse más británico que escocés—. Hola, Nora.

—¿Vienes a cenar hoy a casa de West? —le pregunta mientras se cubre los ojos del sol.

—Ojalá pudiera, pero tengo un vuelo en unas horas. —Nos echa un vistazo y luego tira suavemente de las riendas para que el caballo se quede quieto, por muy enérgico que esté—. Así que debo felicitaros a ambos.

—Alex —le advierto.

—¡Un brindis por la nueva y encantadora pareja! Bebería si llevara algo encima. —Pone su mano en la cadera, sus hombros tan anchos como siempre—. ¿Qué se siente al fingir querer a West?

Las palabras salen de su boca como si fuera una broma.

—Todavía no he tenido mucha oportunidad de practicarlo —dice Nora. Aún está sonriendo, y parece real. Sí que le gusta Alex—. Es tu mejor amigo desde hace más de una década. ¿Algún consejo?

Alex me mira a mí.

—No lo sé. ¿Alguna vez hemos sido amantes?

—No —digo con calma—. No escuches nada de lo que Alex pueda decir.

—Siendo sincero, lo conozco bastante bien. —Su caballo sacude la cabeza bajo el peso de Alex, y él se inclina para darle unas palmaditas en el brillante cuello—. Le encanta que comas de su plato. Es algo que deberías hacer siempre.

—Me da que me estás dando unos consejos terribles —bromea Nora.

—Pues sí.

—¡Que no! —protesta Alex—. Hazme un favor: gástate todo su dinero, ¿vale? Y asegúrate de llevarlo a algo que encuentre soporífero. Llévalo a ver *ballet.* A menudo.

—¿Eres realmente mi amigo? —le pregunto—. Porque ahora mismo me lo estoy empezando a plantear.

Alex esboza una amplia sonrisa en su cobriza barba incipiente.

—Un amigo de verdad es el que quiere que sufras un poquito.

Suena un silbato, y todos miramos hacia el lugar donde el juego va a comenzar de nuevo. Yo asiento.

—Deberías irte a cambiar de poni.

—Lo sé. ¿Apostaste por mí?

—Por supuesto.

Vuelve a sonreír e inclina levemente la cabeza (con el casco) hacia Nora.

—*Milady,* habré de ganar por vos.

Ella suelta una risita.

—Tendré una rosa aquí preparada para ti.

—Será todo un honor. —Le guiña un ojo y entonces da la vuelta a su caballo, alejándose a medio galope por el campo. A él le resulta fácil flirtear con ella, estoy seguro de ello, pero no está realmente considerando cruzar ese límite. Es pura diversión inocente.

A él nunca le ha dado por pensar en cómo sabrán sus labios o en la sensación que provocó en su cuerpo cuando la cogió en brazos para ayudarla a bajar de un saliente de piedra.

No como me pasa a mí.

Conseguimos dar algunos pasos de vuelta por el césped cuando Nora tropieza a mi lado. Se le dobla la pierna izquierda, y yo estiro el

brazo por instinto. Logro sujetarla con un brazo en torno a su cintura.

—*Merde* —susurra Nora—. Se me acaba de partir el tacón.

Bajo la vista allí donde el final de su vestido acaricia sus tobillos. En efecto, uno de los finos tacones de sus zapatos con tiras se ha roto, y ahora cuelga medio suelto de la suela.

Nora está haciendo equilibrios sobre un solo pie, su mano agarrándome bien el brazo.

—Qué vergüenza —murmura—. Menos mal que al menos los conseguí gratis después de una sesión de fotos.

—¿Puedes andar?

Vuelve a poner el pie en el suelo suavemente, haciendo equilibrio sobre la parte anterior de su pie.

—Sí, pero va a parecer que he tomado demasiado champán. Supongo que me los quitaré y caminaré descalza.

Miro a mi alrededor, siendo consciente de las miradas no demasiado sutiles de la gente que nos rodea. Llevamos aquí demasiado tiempo. Hemos sido el espectáculo, pero también lo hemos visto.

—Podemos irnos ya —le digo—. Te llevaré hasta el coche.

—¿Llevarme? —Su voz sale débil—. West, no tienes por qué hacer eso.

—Lo sé. —Sin esperar su respuesta, la levanto del suelo en mis brazos; uno fijo bajo sus rodillas y el otro tras su espalda—. Agárrate a mí.

Nora suelta un grito ahogado y se agarra a mi hombro.

—West —protesta, pero su mano está bien tensa en la parte trasera de mi cuello. Sus pies cuelgan de un lado, y el tacón roto ahora es claramente visible. Nora es cálida, suave, y un peso cómodo entre mis brazos.

Comienzo a andar hacia la salida.

Ella mira por encima de mi hombro.

—Nos está mirando todo el mundo.

—Bien —le digo.

—Para alguien que odia los espectáculos, desde luego has convertido toda esta situación en uno.

Mis labios se curvan.

—Sí. Pero ya te lo dije, problemas: siempre que sea en mis propios términos, no tengo inconveniente.

* Cada uno de los períodos en los que se divide un partido de polo, normalmente de siete minutos de duración cada uno. *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 13



Nora

Para nuestra primera cita de práctica, West me escribe un mensaje pidiéndome que le espere en las escaleras que llevan a Fairhaven a las ocho. «Iré a recogerte», me dice.

Me pongo unos pantalones negros y un top asimétrico que se abre por encima de uno de los hombros y baja por mi brazo. Dejo que mi pelo caiga liso en torno a mis hombros, y añado un poco de rojo a mis labios.

Me centro en eso para no centrarme en mis nervios.

Con estos nervios no siento tanto calor ni incomodidad como cuando voy a tener una cita real, cuando sé que hay un hombre sentado frente a mí esperando cosas de mi parte. Un hombre que quiere que me ría de sus bromas, sonría, me insinúe, sea interesante y muestre interés. No es como cuando quiero sentir algo por el hombre en cuestión, pero nunca, jamás, lo consigo.

¿Cómo va a funcionar todo esto con West?

Pocos minutos antes de las ocho, atravieso la enorme entrada de la casa y abro la puerta principal, y ahí está. Está apoyado en su coche, aparcado en el patio de grava, con las manos en los bolsillos. Observándome. Como si llevara un rato ahí de pie, simplemente observando la puerta y esperando que llegara yo en algún momento.

Me paro en las escaleras.

Los ojos de West bajan lentamente por mi cuerpo, hasta mis pies y luego de vuelta a mi cara. Nunca me había mirado así antes.

Como si saborease las vistas.

—Hola —logro decir.

—Estás preciosa esta noche, Nora.

Me miro los pies mientras bajo las escaleras; es un descanso más que bienvenido de la mirada de West. Me está observando de una forma en la que no lo había hecho antes.

—¿Estás interpretando un papel? —le pregunto. Un pie detrás de otro.

—Recuerdo tu lista —me responde—. No te gustan los halagos.

Alzo la vista para mirarlo, pero no veo juicio en su expresión. Me abre la puerta del copiloto.

—Las damas primero.

Él ocupa el asiento del conductor, y entonces me doy cuenta de que no es otro que West con el que estoy haciendo todo esto. Que está aquí sentado a mi lado. ¿Acostumbrará a recoger a las mujeres así? ¿Voy a ver al West Calloway que ven sus citas?

Los nervios instalados en mi estómago se tensan.

Su mano derecha cubre el volante, y entonces reparo en el anillo. El anillo grabado. El mismo anillo que lleva mi hermano, un buen recordatorio de quién es este hombre que tengo a mi lado. Sigue siendo el tío que me rechazó hace años. El que le dijo a Alex que nunca saldría conmigo.

Mis nervios se calman un poco, y ya me resulta más fácil respirar. Ya he tenido primeras citas antes; soy buena en el arte de las primeras citas. Es una de mis habilidades: en ellas brillo, si es que puedo decir algo así de mí misma. Siempre me piden una segunda cita.

Pero mi psicóloga Zeina me dice que ese no es el objetivo. «No eres tú misma. Estás actuando por ellos, y llegas a casa exhausta. No dejas ningún espacio a tus propias emociones».

A Zeina se le da genial hablar de cosas difíciles y hacerlas parecer fáciles.

West recorre el camino de entrada hasta llegar a las puertas de hierro forjado, y se estira para poner la radio. Un tono melodioso se esparce por todo el coche.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—Ya lo verás —me contesta con un tono bajo—. Pero creo que te va a gustar.

Joder, no me gusta no saber.

—Ah. Qué divertido.

West me echa una sola mirada y luego vuelve a poner los ojos en la carretera.

—No lo dices en serio. Presióname. Hazme decirte adónde vamos.

Cruzo las piernas a la altura de los tobillos. De acuerdo.

—¿Me lo puedes decir, por favor?

—Mejor. Aunque demasiado educada.

—Soy educada. Normalmente.

Sus labios se elevan en una sonrisita. Como si supiera la parte que no he añadido a mi frase: «Cuando no estoy contigo».

—Es una sorpresa —me dice, de nuevo bajando el tono—. Pero te va a gustar. Te lo prometo.

—No se me dan bien las sorpresas. Dímelo.

West suelta una risa por lo bajo, su mano tensándose alrededor del volante.

—Eres tan exigente, Nora. Tienes que aprender a ser paciente.

No me lo está poniendo fácil.

Dios, ¡es tan arrogante! Y no parece importarle cuando le replico. Él solo dice lo que piensa y espera que el mundo se ajuste a ello, que se amolde a sus deseos y necesidades. Le odio un poco por eso, pero, al mismo tiempo, le envidio.

—No me gusta que me dejen a oscuras. Dime adónde vamos.

Eleva su ceja cicatrizada.

—O si no, ¿qué?

—O me bajo del coche.

Sus labios vuelven a curvarse.

—Bien hecho, mucho mejor —me dice—. Vamos al cine.

La felicitación me recorre por dentro inundándome de calidez. «Bien hecho».

Y entonces reparo en lo que ha dicho. ¿Al cine? Yo esperaba que hiciera algo extravagante. Me imaginaba una cena sentada frente a él, obligada a mantener una conversación educada durante horas. Pero ¿el cine? Puedo gestionarlo.

—Ah —digo entonces—. Es una idea muy guay. ¿Está cerca?

—Sí, a quince minutos en coche. —Vuelve a mirarme, y de nuevo a la carretera—. Háblame de ti. ¿Cómo es ser modelo?

Contesto sus preguntas de camino al cine. Son idénticas a las que me han preguntado ya muchas veces antes; me pregunto si él también es consciente de ello.

Si es otra faceta más del papel que está interpretando esta noche.

Le sonrío y hago todo lo posible por darle respuestas sinceras, añadiendo algunas bromitas aquí y allá. Como suelo hacer en las citas, vaya. Hablar no es la parte difícil; más bien, lo difícil es todo lo demás. Las expectativas más allá de las simples frases, la esperanza y el deseo de algo más. El hecho de ser dos personas solteras evaluando constantemente al otro, y el hecho de no poder nunca ni decidir siquiera si realmente me gustan antes de que ellos ya se hayan decidido.

La expresión de West no cambia. Asiente mientras hablo, y hace más preguntas a raíz de lo que digo. Pero no veo esa sonrisa en su cara. No recibo otro «bien hecho».

En el cine, West y yo nos sentamos el uno junto al otro en silencio. Las luces se atenúan, y la oscuridad cae en la sala como una gruesa manta sobre nosotros. West tiene colonizado todo el reposabrazos que hay entre nosotros, y me pregunto si lo hace a propósito. Si es otro examen para ver si reacciono, como me ha dicho en el coche.

A lo mejor es así. Aunque tampoco me sorprendería que West fuera el tipo de hombre que se hace con todo el espacio disponible solo porque está acostumbrado a hacerlo.

Porque siempre lo ha hecho y siempre le han premiado por ello.

La película está bien, es una especie de película de policías con la típica trama de dos tíos opuestos que tienen que trabajar en equipo. No puedo entender por qué escogió esta película. Me preguntó antes de entrar si me parecía bien que viéramos esta porque le había encantado la primera.

No tenía ninguna expresión en el rostro cuando lo dijo; ninguna pista facial que me permitiera leer más allá de sus palabras. «Es una de mis favoritas».

Así que asentí y le dije que sí. «¡Por supuesto!».

Pero mi mente desconecta durante toda la película, y al final me encuentro a mí misma haciendo listas de todas las telas que aún tengo que comprar. El otro día encontré una maravillosa máquina de coser nueva, así que al menos tengo la mitad del problema resuelto. Pero tengo que encontrar tela elástica de jersey…

Para cuando llegamos a los créditos finales, me doy cuenta de que me he perdido todo el final.

Salimos del cine y yo aún sigo agarrada a la enorme bolsa de chuches que me ha comprado. Yo soy más de chocolate que de ositos de gominola. Pero él dijo que eran sus favoritos y me preguntó si quería compartir, así que asentí y le dije que sí.

Una vez fuera, el aire primaveral resulta fresco. Hace el tiempo perfecto para correr.

West se para junto a la cartelera del cine.

—Bueno —dice—. Esta es la parte que menos te gusta.

—¿El final de la cita?

—Ajá. Lo vi bastante claro tras leerme tu lista.

—Pues sí —admito. No se parece en absoluto a los chicos con los que suelo quedar; los demás suelen ser un poco frikis, agradables, algunos tímidos y otros demasiado parlanchines.

Pero West es el tipo de tío al que siempre rechazo ya de entrada, sin pensármelo dos veces. Guapo, alto, tranquilo. Este tipo de chico viene con expectativas, halagos y regalos.

Mira la calle arriba y abajo, como si estuviera vigilando un reino. Los guardias están en algún punto detrás de nosotros también,

como una sombra de la que no podemos escapar. Me pregunto qué pensarán Sam y Madison de lo que estamos haciendo.

—Practiquemos, entonces. No somos West y Nora. Me conociste hace dos horas, cuando fui a recogerte.

—De acuerdo. Y te llamas… Paul.

—Paul.

—Es un nombre normal. He tenido al menos una cita con un «Paul». Creo que mi primo realmente se llama Paul.

West alza las cejas.

—Entiendo. No sé cómo interpretar lo que acabas de decir, más allá de que estás nerviosa, lo que significa que está funcionando.

—Yo no farfullo cuando estoy nerviosa.

—Sí —me dice, poniendo una mano en mi codo—. Sí que lo haces.

Echamos a andar calle abajo y, de repente, la familiaridad se ha esfumado. Vuelve a ser un extraño, y me esfuerzo por fingir que realmente se llama Paul. Que es cualquier Paul.

Menos el primo Paul, claro.

—Te acompaño hasta tu taxi. —Su voz es suave entre la oscuridad. Es West y al mismo tiempo no lo es; es una versión de él que nunca había visto hasta esta noche.

—Gracias. —Sincronizo mi paso con el suyo. Esta es siempre la parte sobre la que gira toda la cita: el adiós. Los hombres me miran con ojos de estar buscando, de querer algo. Me piden otra cita. Quieren saber cuándo estoy libre, si pueden besarme, si quiero ir a su casa.

Y odio la incomodidad que se instala en cuanto digo que gracias, pero no, gracias.

—La peli —dice West—, ¿te ha gustado?

—Sí, me ha parecido bastante buena. ¿Y a ti?

Su mano roza la mía, y el calor me sube repentinamente por el brazo.

—Sí. Aunque he estado un poco distraído por la hermosa mujer sentada a mi lado.

Levanto la vista para mirarlo. Está sonriendo un poco, pero está mirando a la nada. Está haciendo un papel. Tengo que recordarlo. Solo está fingiendo, haciéndome la pelota.

Los halagos suelen parecerme algo que aumenta las expectativas. Con algunos chicos me llueven los halagos, cuando yo ni siquiera he decidido aún si me gusta hablar con ellos. Es como si siempre fueran cinco pasos por delante.

—Gracias —le digo—. Pues a mí, eh, me ha distraído el tío sentado dos filas por delante que no paraba de hacer ruido mientras se comía sus M&M.

—Estaba prácticamente esnifando la bolsa, pero no parecía acabarse nunca.

Sonrío.

—No, la verdad. ¿Crees que tenía varias bolsas?

—Al menos una docena. —West mira en mi dirección. Ya casi hemos llegado al coche—. ¿Estás libre este fin de semana?

Uf. Este es el momento que peor se me da, cuando me siento rara y no sé qué decir y me cuesta expresar lo que quiero.

—Puede —le digo—. Pero tengo ya algunos planes con amigas, y puede que cene con mi familia el domingo. ¿Cómo lo tienes tú?

West se gira, de modo que quedo de espaldas a la puerta del coche.

—No tengo mucho que hacer —me contesta. Su voz es profunda, sus ojos están fijos en mí—. Me gustaría volver a verte, Nora.

Ya he visto esa expresión en otros hombres, pero nunca en West.

Hay una cierta intensidad en sus rasgos, una atención que nunca le he visto poner en mí. Hace que la boca se me seque.

Me mira como si me deseara.

Es similar, pero no es exactamente igual a lo que he experimentado antes: todo porque se trata de West. El hombre por el que una vez tuve un ligero enamoramiento que él mismo aplastó bajo su arrogante bota.

—Quieres volver a verme —repito.

Hay un cambio en sus ojos. Una chispa de humor.

—Sí, este fin de semana. Iré a buscarte el sábado, a la misma hora.

—Vale, sí. Creo que podría cuadrarme —me oigo decir.

Se inclina hacia delante y posa una mano en la puerta del coche que queda a mi lado. Me está encerrando por un lado. Con las farolas como única iluminación, su cara está envuelta en sombras. Tiene los anchos hombros girados hacia mí, los ojos puestos en mí y, ay, Dios, ¿se está inclinando más?

Pues sí.

Sus labios se curvan en una sonrisita, y ahora hay apenas unos centímetros de separación entre nosotros. Capto el aroma de la misma colonia del otro día, cuando estábamos fingiendo frente a su madre. Huele bien. Y me está mirando. Es que no deja de mirarme. El corazón me va a mil…

—Problemas —dice. Sus labios están muy cerca de los míos—. Esta es la parte en la que me rechazas.

—Oh.

—Apártame —murmura, ahora aún más cerca de mis labios. Siento su cálido aliento y mis ojos se cierran solos por instinto.

Me pregunto cómo sería recibir un beso suyo. Si acabara con la distancia que nos separa, ¿me gustaría? Toda su atención, toda su fuerza, dirigidas a mí. A lo mejor sería agradable…

—Joder. —West se aparta—. ¿Qué coño ha sido eso?

Parpadeo unas cuantas veces.

—¿Qué?

—Has aceptado una segunda cita cuando realmente no querías hacerlo, y me habrías dejado besarte. —Tiene el ceño fruncido, y la sonrisita de antes ha desaparecido. Ha abandonado su papel y vuelve a ser West, el West que conozco. No el que me miraba como si fuera todo lo que necesitaba—. Entremos al coche.

—Vale. —Me siento en el asiento del copiloto y espero a que rodee el coche para ocupar su asiento. Aún me siento rara, medio indispuesta, con el corazón a mil. Nunca antes había visto a West tan de cerca.

Sus ojos color ámbar casi parecían de color marrón oscuro con la escasa iluminación.

Arranca el coche sin esperar a que los guardias se metan en el coche que está detrás de nosotros. El silencio es tenso, como si se pudiera cortar con un cuchillo.

—¿Sueles hacer eso? —pregunta West al fin. Tiene la vista fija al frente, con una mano en el volante y la otra hecha un puño en el compartimento que nos separa.

—¿Hacer qué?

—Quedarte bloqueada. Te has quedado como una estatua en cuanto te he puesto esos ojos que mencionaste y me he inclinado hacia ti.

La rodilla me tiembla.

—A veces pasa.

—¿Dejas que te besen aunque tú no quieras? ¿Como estabas a punto de hacer conmigo? —Resopla profusamente—. Me cago en la puta, Nora. Necesitamos seguir practicando. La próxima vez me vas a apartar con tanta fuerza que no me va a quedar otra que dar un paso atrás.

—¿La próxima vez?

—Sí. —Su mano se tensa en torno al volante—. Vamos a necesitar más práctica en esto.

Cierro los ojos solo para ver el rostro de West de nuevo, tan cerca del mío. Su brazo apoyado en el lateral del coche. ¿Será así como se comporta siempre en una cita? ¿Será ese su verdadero encanto, o algo que ha activado solo para esta noche?

¿Es esa la forma en la que mira a las mujeres con las que sale?

Me quedo congelada. Pero no estoy segura de por qué.

—Yo creo que la noche ha ido bien. La última parte… es lo único que no he hecho. Te voy a apartar la próxima vez.

—Bien. Te he preguntado por este fin de semana. Deberías haberme dicho que no querías volver a verme.

—¡No puedo decirle algo así a alguien en la cara!

—Por supuesto que puedes. «No, no me gustaría volver a verte». Hala, ahí lo tienes.

—Para ti es fácil decirlo.

—Debes de rechazar tíos todo el tiempo.

—Sí, de cara a una primera cita. Pero me cuesta el resto. Es como que, una vez que acepto una cita, me siento como… —Suelto un suspiro—. ¿Cómo les digo que vayan más despacio? ¿Que puede que quiera volver a verlos, pero que aún no estoy segura? ¿Que no quiero una cena, sino un paseo por el parque?

—Eso no me sorprende. —Mira en mi dirección, y puedo ver que tiene la mandíbula apretada—. Has llevado puesta una máscara toda la noche.

—¿Una máscara?

—Sí, una máscara. Que has estado actuando, básicamente. No querías las chuches. ¿Y esa película? Dios, era horrible. Pero tú has dicho que sí porque yo he expresado una preferencia.

Me giro para mirarlo.

—¿Eso ha sido a propósito?

Suelta una oscura risotada.

—Bueno, yo no estaba disfrutando especialmente de la experiencia. Pues claro que ha sido a propósito.

—Me estabas poniendo un examen.

—¿Para ver si serías honesta sobre lo que a ti te apetece? ¿Si serías capaz de irte a mitad de la película? ¿O de hacer algo, cualquier cosa? Pues sí. —Sacude la cabeza—. Eres demasiado amable. Eres amable con todo el mundo menos conmigo. Quiero que les muestres a ellos la persona que yo veo.

Eso es algo que ya he oído antes. Pero no es una costumbre fácil de romper, sobre todo cuando hacer feliz a la gente te hace sentir tan bien en el momento.

—No soy amable contigo porque sé que podrás soportarlo —le digo.

—Los demás también pueden. Y cuando estás siendo demasiado amable con ellos, Nora, no les estás mostrando tu verdadero yo. Y

tu verdadero yo tiene garras.

Tiene razón. Y yo no le he apartado.

Pero creo que eso es porque quería que me besara.

CAPÍTULO 14



West

Nora es una actriz preciosa.

Ahora está sentada frente a mí en una larga mesa de nogal en el comedor de Fairhaven. La novia perfecta, la atenta invitada.

La Nora irritada que me muestra de vez en cuando, con los ojos verdes vidriosos y las garras fuera, no está por ninguna parte.

Ahora lleva puesta una sonrisa educada, sus ojos bailando por la mesa de un miembro de mi familia a otro. Lleva el pelo recogido en un moño bajo y un hilo de perlas en el cuello. Viste una especie de conjunto de jersey azul claro y falda.

Parece brillante, rebosante de energía positiva. Es la cita perfecta de la que presumir con la gente sentada en esta mesa.

Lo cual es, exactamente, lo que yo le pedí: una declaración de intenciones frente a mi madre. Nora ha cumplido con su parte, y, aun así… Miro la máscara que lleva puesta y quiero arrancársela.

Mi hermana se lo está pasando demasiado bien con todo esto. Mientras mi madre le hace preguntas a Nora y mi tía y mi tío la agasajan con historias de Fairhaven, Amber me lanza miradas demasiado largas.

—West —me dice.

Me giro hacia ella.

—¿Sí?

—¿Me pasas la sal?

Se la paso y la sostengo en mi mano un segundo más de lo normal. «Compórtate»; ese es el mensaje que le transmito con mi mirada. Su sonrisa se ensancha.

—Gracias, mi queridísimo hermano.

Nunca en su vida me ha llamado así, y yo resisto la necesidad de poner los ojos en blanco.

Mi madre ya le ha preguntado a Nora por Rafe, por su infancia, su trabajo, por lo que ha venido a hacer a esta ciudad. Es la viva imagen de la benevolente reina en la casa en la que solía vivir. Hubo un tiempo en el que esta misma habitación estuvo en constante rotación de gente, por las fiestas con las que mis padres entretenían a sus invitados noche tras noche.

Pero eso era entonces; ahora está prácticamente vacía. La familia se rompió y ninguno de nosotros está dispuesto a recoger los pedazos. Mi madre vive ahora en la ciudad, más cerca de sus amigos y del mundo que sí puede controlar. La ópera. Los almuerzos. El *ballet.*

—La casa es espectacular —dice Nora. Creo que con esta ya van tres veces—. Usted supervisó la última serie de renovaciones, según me dijo West, ¿cierto?

La sonrisa de mamá es genuina.

—¡Sí, sí, es cierto! Hace una década o así. Una casa de estas dimensiones conlleva mucho trabajo. Tuvimos que restaurar todas las ventanas de acuerdo con el protocolo.

Yo no le he contado eso a Nora. Debe de haber leído cosas sobre Fairhaven.

—Bueno, pues quedó preciosa —dice Nora. Otra vez lleva puesta esa plácida y bonita sonrisa.

Yo corto mi bistec con más fuerza de la necesaria.

—Bueno, cuéntame —dice mamá—. ¿Cuándo empezasteis a salir vosotros dos? Debéis de conoceros desde hace años, eso seguro.

Por eso está aquí. Por eso me tendió una emboscada con esta agradable cena familiar de las que nunca tenemos: para descubrir cuán seria es nuestra relación.

Los ojos de Nora se desplazan hacia los míos y sonríe un poco.

—Bueno, es bastante reciente.

—Por mi parte no tanto —digo yo—. Llevaba queriendo pedirte salir mucho tiempo.

Sus ojos se agrandan.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pero siendo la hermana pequeña de mi mejor amigo, pues… No era fácil. —Miro a Nora durante otro largo instante antes de poner los ojos en mi madre—. Reconectamos el invierno pasado, cuando estuve en el chalé de Suiza de Rafe.

—Sí —coincide Nora—. Así es. ¡Ni siquiera sabía que iba a estar allí!

Mi hermana nos mira a ambos alternativamente. Sus ojos, tan parecidos a los míos, cuentan con unas largas pestañas y un brillo de excesiva diversión.

—Tengo que preguntarte algo —dice mi hermana—. Nunca he conocido a ninguna de las novias de West. Bueno, ninguna que tuviera después del instituto, porque esas no cuentan.

Le lanzo una mirada de advertencia.

Ella no me mira.

—Por supuesto —responde Nora—. ¿Qué quieres saber?

—Yo creo que conozco a West bastante bien —dice mi hermana—. Odia que la gente llegue tarde, cree que es la persona más inteligente del mundo y tiene una necesidad patológica de ganar en todo. Esa última parte es agotadora, la verdad. Pero mi hermano, ante todo, es sentimental. —Su sonrisa se agranda. Lo está haciendo a propósito, para hacerme la vida más difícil—. Dime. ¿Cómo es como novio? ¿Te trae flores, regalos? ¿Te prepara citas llenas de *glamour?*

«Pues vaya ayuda», pienso para mis adentros. Pero, realmente, a juzgar por el brillo de sus ojos, no está intentando ayudar. Solo se lo está pasando bien.

Miro a Nora, igual que hace el resto. Pero apuesto lo que sea a que ninguno ha pillado la pequeña y calculada inclinación de su

cabeza o la forma suave que tiene de reírse, como si Amber hubiera dicho algo brillante.

Está pensando en cuál es la respuesta correcta. Y está ganando tiempo con todos esos gestos.

—Pues sí, la verdad. Puede que no parezca un romántico, pero tiene sus momentos. De hecho… —arrastra la última sílaba y hasta mi madre se echa hacia delante un poco, como si no pudiera esperar más a oír el resto—. Anoche me sorprendió llevándome a ver una película de estreno. La secuela de una de sus películas favoritas de todos los tiempos.

Agarro mi copa de vino. «Una de mis favoritas», desde luego. Nora me está tomando el pelo y a la vez está haciendo su papel.

—¿West fue al cine? —pregunta Amber.

—Soy capaz de hacer otras cosas que no sean trabajar, mi queridísima hermana.

—Navegar y viajar. Eso es todo. ¿Qué película era?

Nora sonríe.

—*Pisándonos los tacones 2.*

Mis tíos se ríen. Amber suelta una sonrisilla, e incluso mi madre me mira con las cejas levantadas. Esa saga de la típica pareja de polos opuestos que tiene que trabajar junta en un caso es exageradamente mediocre. No creo que nadie la haya descrito jamás como una de sus favoritas de todos los tiempos.

Nora parpadea en mi dirección con esas largas pestañas y una sonrisa suave en los labios. Como si fuera su persona favorita en el mundo. Como si todo esto fuera real y no una hermosa mentira.

—Sabía que la disfrutarías —le digo para después girarme hacia los demás—. Uno pensaría que a Nora le encanta el lujo, pero también le encanta un poquito de normalidad.

—La conoces tan bien… —dice Amber—. ¿Qué es lo que más te gusta de ella?

Voy a estrangular a mi propia hermana.

Pero ahora mismo no puedo, así que vuelvo a mirar a mi novia falsa.

—Es la persona más perceptiva que he conocido nunca.

Es la verdad. Lo vi la otra noche, cuando estaba a mi lado en la fiesta. Percibe con extrema facilidad lo que otras personas quieren de ella… y cómo dárselo.

—Ay —se queja mi hermana.

Hasta mi tío se ríe por lo bajo.

—West, tendrás que salirnos con algo mejor que eso.

Pero Nora simplemente sonríe, pasando una de sus delgadas manos por la tela del mantel.

—Gracias.

—También es sarcástica —digo entonces—. Y preciosa, por supuesto. Y no le da ningún reparo discutir conmigo. Y eso es algo… que estoy descubriendo ahora que me gusta.

Sus ojos se posan en los míos inmediatamente. Veo sorpresa en ellos. Si no estuviéramos fingiendo, si no tuviéramos público, no habría sido capaz de decir ninguna de esas cosas.

No habría sido capaz de confesar que llevaba queriendo pedirle salir mucho tiempo. Y ahora va a creer que mis palabras son solo por amor al espectáculo.

Mi madre rellena su copa de vino.

—Mi hijo necesita a alguien capaz de decir lo que piensa. ¿Y a ti qué te gusta, Nora? ¿Qué te gusta de West?

—No tienes que contestar a eso —le digo a la mujer frente a mí.

Pero me vuelve a sonreír y, joder, odio lo convincente que parece. Como si de verdad le gustara.

—Es divertido y solícito. Me cuida mucho. Especialmente ahora, con mi… con el problema de seguridad que estoy teniendo.

—Se le da bien eso. —Mamá vuelve a rellenarse la copa. Hay un brillo victorioso en sus ojos. Estoy seguro de que ya está oyendo campanas de boda—. Y Nora, ¿cómo te sientes con el tema niños?

Suelto mi cuchillo.

—Esa no es una pregunta apropiada.

—Es una pregunta perfectamente apropiada —me replica mientras ensarta su bistec—. No hay respuesta correcta o incorrecta.

Simplemente estoy tratando de conocer a tu novia. No supone ningún problema, ¿verdad, Nora?

—En absoluto —dice con suavidad—. Sí, creo que quiero tener hijos, pero no en un futuro próximo.

—Bien, bien —dice mamá—. ¿Afectaría eso a tu carrera?

—Si aún fuera modelo, sí que podría. Pero estoy planeando hacer una transición laboral lejos de eso. Quiero ser diseñadora de moda.

—Y lo serás —digo antes de girarme hacia mi madre—. Acabas de contestarle con un «bien», pero antes de que respondiera, tú misma has dicho que no había respuesta correcta o incorrecta a tu pregunta.

—Mentí. —Me lanza una mirada breve antes de volver a poner la vista en Nora. Su expresión es demasiado aguda, demasiado triunfante. Quería que dejara de molestarme y, en su lugar, ahora resulta que le ha hincado más el diente al asunto.

Voy a tener una charla con ella después de esta cena.

—Por si sirve de algo, quiero decir que yo también quiero conocerla a usted —dice Nora—. A todos ustedes. Son importantes para West y, bueno… él es importante para mí.

Entrecierro los ojos. Su voz ha sonado gentil, como si estuviera admitiendo algo que le resultara difícil reconocer. Tanto mi madre como mi tía sueltan ruiditos de felicidad. «Ooohhh».

—Quiero más detalles —dice Amber—. Sois de lo más cuqui. Y Nora, te puedo asegurar que esta es la primera vez que trae una novia a casa. Vale… West: ¿cuál es la bebida de confianza de Nora?

—El negroni —contesto sin pensármelo ni un segundo. «Cállate», le digo ahora con la mirada.

Mi hermana se limita a sonreír.

—¿Cuál es el segundo nombre de Nora?

—No lo sabe porque es vergonzante —contesta Nora con una risita—. No me hagas revelárselo ahora. ¡Siguiente pregunta!

—¿Cuál fue su primera mascota?

—Un perro llamado Titou —contesto—. Se lo llevaba a todas partes.

Los ojos de Nora se agrandan. No sabía que yo lo sabía.

Bueno, pues es que resulta que he escuchado todas las historias de su hermano. Le dieron el perro en su quinto cumpleaños. Rafe fue con su madre a recoger al cachorro de pastor.

—¿Y cómo fue vuestra primera cita? —pregunta mi hermana—. Quiero decir… me imagino que debió de ser difícil por aquello de que Rafe es uno de tus amigos más antiguos.

—Amber, no hace falta hacerles un examen —dice mamá. Deja sus cubiertos en el plato—. Pero sí, por favor. Cuéntanos cómo fue el cortejo.

Joder, la madre que las parió.

Miro a mi alrededor en la mesa. No voy a forzar a Nora a contar algo así.

—Como ya he dicho, ambos estábamos en Suiza para Nochevieja. Rafe, James, Alex y yo solo fuimos para esquiar unos días, y Nora apareció con sus amigas.

Esta parte tiene la suficiente cantidad de verdad. Pero solo nos cruzamos un día, nada más, y casi no hubo interacción entre nosotros. Nos sonrió a todos, besó a Alex en la mejilla, abrazó a James. Y a mí me dedicó una breve mirada que no tenía nada de su amabilidad característica o de sus suaves sonrisas.

Una mirada de verdad.

—Durante nuestro último día, yo le pedí que esquiara conmigo —continúo—. Rafe tenía asuntos de los que ocuparse, Alex estaba con resaca y James ya se había ido. Nadie supo que nos habíamos ido; solo nosotros dos.

—Fue inesperado —dice Nora. Sus ojos se cruzan rápidamente con los míos, y en ellos veo que para ella también hay parte de reto en todo esto—. No estaba segura de si sería capaz de seguirme el ritmo por la pista de esquí.

Mis labios se curvan. Lleva los Alpes en la sangre.

—Pero sí que le pude seguir el ritmo.

—No me dijo que era una cita hasta que llegamos abajo del todo —dice Nora. Está mirando a mi madre, toda sonriente—. Y en lo que

respecta a mi hermano…, hablamos con él los dos juntos un mes más tarde.

Mamá emite un sonido bajo y pensativo.

—Interesante. ¿Y cómo se lo tomó Rafe?

—Al principio con sorpresa. Pero, al final, acabó por apoyarnos —dice Nora. Su sonrisa no se debilita, pero su voz se vuelve más rígida —. Quiere que sea feliz.

Jamás reaccionaría de esa manera.

Pero los demás no necesitan saberlo. La mano de Nora está tensa en torno a su copa cuando levanta el vino y lo acerca a su boca, como si hubiera oído su propia mentira tan claramente como yo.

Los sirvientes vienen a llevarse los platos de postre. Mi madre mira alrededor de la mesa.

—¿Qué os parece si nos movemos a la sala de estar?

—Vamos, vamos —coincide mi tío—. ¿Aún tienes un poco de ese *whisky,* West?

—Sí. Sírvete tú mismo.

Me quedo de pie detrás de mi silla y me arremango, esperando el momento en que Amber tenga que pasar a mi lado.

—¿Qué cojones ha sido eso? —digo entre murmullos—. ¿Eh?

Ella sonríe.

—Solamente estaba mostrando interés en la vida amorosa de mi hermano.

—Bueno, pues deja de estar interesada.

—Solo me estoy divirtiendo —me dice. Su cara es toda inocencia, y yo le lanzo una mirada asesina—. Si tú vas a hacer un papelón frente a mamá, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

—Eres una mocosa.

Me da una palmadita en el hombro y se desliza por mi lado.

—Pues sí. Y me adoras.

Eso nos deja a mí y a Nora, que está de pie al otro lado de la larga mesa de comedor. Está flanqueada por dos enormes cristaleras cerradas a sus espaldas, que dan al patio y al mar más allá.

Su rostro ya no es plácido ni suave. Mira por encima del hombro y entonces da un paso más cerca.

—Odio los negronis —dice en voz baja.

Ahora me subo la manga derecha.

—Es una pena, porque ahora es tu copa favorita.

—West, ¡no sabemos nada el uno del otro!

—Pues yo creo que lo has hecho bien —digo secamente—. Nunca jamás superaré la vergüenza del momento *«Pisándonos los tacones 2* es su película favorita».

—Cuando estamos juntos me apaño, sí. Pero antes de sentarnos, cuando tú estabas en la otra habitación, tu madre me ha hecho un millón de preguntas. Y estoy convencida de que, en cuanto entremos a esa sala con los demás, tu tío te preguntará cosas a ti también. Y no sabremos lo que ha dicho el otro.

Doy un paso hacia ella, captando su aroma; naranjas y algo más, algo floral.

—Lo que estás tratando de decirme es que necesitamos asegurarnos de que contamos la misma historia.

—Exacto. ¿Nuestra primera cita fue para ir a esquiar?

—Me habrías dejado ganar a eso también, ¿verdad? —Dejo mi mano en el respaldo de la misma silla donde está la suya, a tan solo unos centímetros—. Igual que dijiste que sí a ver una película de mierda ayer y te comiste las chuches que no te gustaban.

Entorna los ojos.

—Esta noche no va ni de mí ni de mis… problemas. Va de ti y de los tuyos.

—¿Qué te ha preguntado mi madre? Antes de cenar, digo.

—Hasta qué punto íbamos en serio. Si estoy planeando vivir en Estados Unidos de forma permanente. —La voz de Nora se vuelve aún más baja—. Si hemos hablado de casarnos.

Mi mano se tensa en el respaldo de la silla.

—¿Te preguntó eso?

—Sí.

—¿Qué le contestaste?

—Le dije que no. Que apenas acabamos de empezar a salir. Pero le dije que podría ver un futuro contigo.

Sus palabras caen como una losa en mi interior. Ella me está mirando con los ojos entrecerrados, irritada por la situación en la que la he metido. No lo dice en serio. No lo dijo en serio cuando le dijo esas palabras a mi madre. Y yo, desde luego, no estoy hecho para el matrimonio.

Y, aun así… «Podría ver un futuro contigo».

—Eres la pequeña mentirosa más bonita que he visto en mi vida —le digo, y me acerco un poco más. Como hice el otro día, cuando no me apartó. Cuando me miró como si de verdad quisiera mis labios sobre los suyos.

Como si no fuera solo yo el que se pregunta cómo sería, qué se sentiría.

Sus ojos vuelven a entrecerrarse.

—Guarda tus halagos para nuestra próxima cita de práctica.

—Mañana —le digo—, repasaremos nuestras historias. Las pondremos en común para tener una sola, y lo haremos mientras boxeamos. Podemos trabajar en tus problemas mientras trabajamos en los míos.

CAPÍTULO 15



Nora

La mansión tiene un gimnasio.

No lo vi en el *tour* que me dio Ernest, pero tampoco debería sorprenderme; Fairhaven tiene de todo.

La casa se dobla sobre sí misma formando esquinas escondidas dentro de la propiedad en expansión, revelándose al ojo humano poco a poco. Los cuidados jardines, la pista de tenis, la piscina al pie de los jardines escalonados… Todo ello a tan solo un tiro de piedra del mismísimo mar.

Me leí el folleto que Ernest me dio, devorando página tras página, en las que se detallaba la celebrada historia de la propiedad como la joya de King's Point. De acuerdo con dicha historia, el ancestro de West, apodado «el Disidente», construyó la propiedad como una carta de amor a su esposa. Yo tengo mis dudas sobre si eso es realmente cierto o si realmente la construyó como un testimonio de su propia riqueza. Igual ni siquiera le preguntó a su mujer antes de construirla.

A lo mejor hubiese preferido flores.

Ernest me enseñó el cuarto de huéspedes de la planta de arriba, con ese alto techo inclinado y una enorme ventana redonda con vistas a los jardines y el mar. «Su atelier, Miss Montclair», me dijo entonces. Me llevó un momento recordarme a mí misma que tenía que respirar.

Es impresionante.

Me he pasado la mayor parte del día estableciendo allí mi lugar de trabajo y cortando telas antes de ir en busca del gimnasio. West me escribió para decirme que nos veríamos allí. Y «lleva ropa de deporte». No lo he visto desde anoche, en la cena con su familia. Fairhaven es tan enorme que puede tragarse a cualquiera en sus entrañas. ¿Trabajará desde aquí West? ¿O irá a la ciudad durante la semana?

Empujo la puerta para encontrarme con un espacio con mucha luz. Él ya está aquí.

Está flexionando el brazo derecho con una enorme pesa en la mano, pero se para en cuanto me ve. Una camiseta gris se estira por todo su pecho, y lleva unos pantalones cortos negros.

—Hola —digo, odiando el hecho de que aún me afecta su mera visión. De que no puedo evitar fijarme en lo guapo que está.

Deja la pesa en el suelo.

—Lo has conseguido.

—Sí. ¿Y tú quieres que hagamos boxeo? —Pongo mi botella de agua en una consola lateral—. Creí que lo que teníamos que hacer era ponernos de acuerdo en nuestras historias.

—Podemos hacer ambas cosas a la vez. —Me mira de nuevo con esa concentración tan suya, esa que hace que se me seque la boca —. ¿Te han enseñado defensa personal?

—Lo básico.

—Cuéntame qué es lo básico.

Me cruzo de brazos, imitando su postura. Esto parece un examen sorpresa.

—Pues solo cosas de prevención, realmente. Compartir siempre mi ubicación con otras personas. Tengo un *smartwatch* con un botón que puedo usar si necesito pedir ayuda urgente. Chillar para pedir ayuda. Uno de los guardias que tenía en París me dijo que la mejor defensa personal no es luchar, sino correr. Correr muy rápido. —Le dirijo una sonrisa triunfal—. Como ya sabes, eso se me da muy bien.

Se pasa una mano por el pelo. Hoy parece de un tono castaño más oscuro, como si lo tuviera mojado. ¿Se habrá duchado antes de esto?

—¿Y si te arrinconan?

—Pues entonces supongo que lucharé. Si es que tengo que hacerlo.

—Pero nadie te ha enseñado cómo hacerlo.

—No.

En su rostro aparecen unas líneas desaprobatorias.

—¿Cómo es que Rafe no te puso un entrenador personal?

—Siempre me dijo que el acosador nunca llegaría a acercarse tanto.

—Y no lo hará. —La voz de West es firme—. Pero el saber cómo defenderte sola, saber que puedes recurrir a la parte física si es necesario, es por tu propia paz mental.

Me paso una mano por detrás del cuello. Me recojo el pelo en una coleta, y de repente me siento extrañamente expuesta.

—Sí, bueno. Supongo… que tiene su lógica.

—La otra noche no me apartaste al final de la cita, así que practicaremos eso hoy.

—Si quieres que te dé un rodillazo en la ingle tras otro, lo haré —le digo. Pero noto una bola de nervios en mi estómago, e inconscientemente echo un vistazo a sus anchos hombros. Voy a tener que tocarlo. Poner las manos directamente en su pecho.

Y voy a poder sentir si su pecho es tan firme como parece.

—Sí. Eso es exactamente lo que quiero que hagas. —Sus labios están curvados—. Quiero que adquieras un poco de memoria muscular. ¿Alguna vez has apartado a un tío que ha intentado besarte cuando tú no querías?

Cojo mi botella de agua y me concentro en abrirla en lugar de mirarlo a los ojos. Porque no. Por supuesto que no lo he hecho nunca. He evitado situaciones en las que eso podía terminar pasando, he dicho que no a algunas citas y, solo en escasas

ocasiones, he dejado que un chico me besara un rato antes de liberarme con una sonrisa educada.

—¿Qué cojones, Nora?

—¡Pero si no he dicho nada!

—No ha hecho falta. Vale. Empecemos calentando. —Coge un par de guantes de boxeo y me los da—. Probablemente sean demasiado grandes para ti, pero bastarán.

—Vamos a boxear. —Echo un vistazo a las enormes cosas de plástico en mis manos.

—Sí, para empezar.

—Sé que Rafe y tú hacéis estas cosas. Eso… es cosa de James, ¿verdad? Es lo suyo.

—Sí, está obsesionado con la defensa personal. —West hace una rotación con el cuello como si se estuviese preparando, y entonces levanta las manos, sus grandes palmas mirando en mi dirección—. Y por una buena razón.

—Estoy segura de que desearías que yo fuese su problema y no el tuyo. Imagina la de tiempo que tendrías a tu disposición.

Se le tensa la mandíbula.

—Dobla un poco las rodillas —me pide, como si yo no hubiera dicho nada—. Bien, así. Ahora quiero que golpees mis manos. Un *jab*[*] y luego un derechazo.

—¿Que te golpee en las manos? ¿No deberías llevar una almohadilla o algo así?

—Puedo con ello —me dice—. ¿Quieres que me ponga almohadillas? Pues entonces demuéstrame que puedes pegarme lo suficientemente fuerte como para tener que usar una.

—Pues sí que eres patológicamente competitivo, ¿eh?

—No escuches una palabra de lo que Amber te diga. —Alza su ceja cicatrizada—. Pégame, problemas.

Doblo un poco las rodillas y pongo la mira en su palma derecha.

—¿Por qué te interrogó de esa forma anoche?

—Porque vive para molestarme, y quería verme sudar. No intentes escaquearte. Pégame.

Le lanzo una mirada de irritación y entonces golpeo su palma con un *jab.* El guante entra en suave contacto con su mano.

—Muy débil —me dice.

Golpeo su otra mano con más fuerza. Dos veces seguidas. Probé el boxeo en el gimnasio hace años, y esta situación es igual de emocionante.

—Mejor. Pero sé muy bien que tienes más ira dentro.

—Yo no tengo ira.

—Claro que no, por supuesto.

Le golpeo con más fuerza. No se mueve; solo se limita a seguir mis movimientos con sus manos, retrocediendo en respuesta a mis golpes. Y sigue mirándome con esos ojos tan intensos y entornados. Como si viera mucho más allá; demasiado más allá.

—¿Cuáles son tus aficiones? —le pregunto mientras golpeo su mano derecha con un *jab* con todas mis fuerzas. Ni se estremece.

—Navegar —me contesta—. Hacer ejercicio. Viajar. Si alguna vez sale en una conversación, puedes usar una de esas opciones.

—¿Tu cóctel favorito?

Sus labios se curvan en una sonrisilla.

—Negroni.

—Genial. Ahora podrás acabarte todos los negronis que yo tenga que beber en algún momento. —Le golpeo de nuevo, y da un pequeño paso atrás. Se da unos golpecitos en la barbilla con un dedo—. ¿Con qué tipo de cosas trabajas?

—Eso ya lo sabes. Llevo Empresas Calloway, que incluye Aceros Cal y otras empresas.

—¿Trabajas desde aquí?

—Desde aquí, desde la oficina en Manhattan, o directamente desde cualquier sitio al que me toque viajar por negocios—. Inclina un poco la cabeza—. Ahora ve a por mi cabeza.

—No puedes estar hablando en serio.

—Te esquivaré. —Levanta una ceja—. Creí que te gustaría tener la oportunidad de pegarme. Saca un poco de esa frustración, problemas.

—No te odio hasta ese punto.

Su sonrisa se ensancha.

—Yo creo que sí.

—Todo lo que respecta a ti me es completamente indiferente. —Y, sin embargo, vuelvo a la postura que me ha enseñado y trato de golpearle en la cabeza. Él hace exactamente lo que dijo que haría: lo esquiva y se despliega, con las manos en alto. Le lanzo dos *jabs* seguidos. No llevamos tanto tiempo con esto, pero los hombros ya me empiezan a doler.

—¿Por qué vives aquí y no en la ciudad?

Es la primera vez que vacila antes de contestar. Es solo un segundo, pero lo capto.

— No me gusta estar lejos del mar. La ciudad no te deja pensar.

Me paro un segundo.

—Fairhaven es precioso.

—Lo es. Y es mío. —West hace otra rotación con el cuello.

—¿Y qué hay de tu mascota? ¿Del gato que he visto por ahí?

—No tengo ninguna mascota.

Me quedo callada un instante. Yo vi un gato de brillante pelaje gris corriendo por la biblioteca el otro día. Y luego volví a verlo fuera, junto al manzanal, bañado por una pizca de sol.

—Bueno, pues la propiedad parece que sí tiene una mascota.

—A lo mejor alguien del servicio le da de comer. —Hace un gesto con la cabeza, en dirección a mis manos—. Venga. Pégame.

—Eres un masoquista —murmuro, pero le golpeo igual. Una y otra vez.

Él bloquea todos mis golpes, moviéndose grácilmente por medio de desplazamientos laterales a mi alrededor, así que yo tengo que mantenerme alerta. Otro *jab* que para. Otro golpe dirigido a su cabeza que esquiva fácilmente dando un paso al lado.

—¿Por qué nunca has traído a nadie a tu casa para que conozca a tu familia?

—Ahora sabes cómo es mi familia —dice secamente—. ¿Por qué iba yo a someter a una mujer a eso?

—Salvo a mí.

—Yo sabía que tú podrías gestionarlo. Venimos del mismo mundo. —Vuelve a alzar las palmas, y yo le lanzo un *jab* cruzado a una de ellas. Mi respiración cada vez está más agitada. Este es un buen entrenamiento. Estar alerta todo el tiempo, tener que moverme en sintonía con él—. Mi turno —dice de pronto—. ¿Cómo es que nunca has tenido una relación?

—No te pienso contestar a eso.

Entorna los ojos.

—Vale. Entonces explícame por qué crees que no estás enfadada.

—Porque no lo estoy. Nunca estoy enfadada. —Golpeo su mano derecha un poco más fuerte, y sus labios vuelven a curvarse en esa frustrante y arrogante sonrisita. Como si él supiera más que nadie. Golpeo su mano izquierda tan fuerte como puedo, y el manotazo resuena con fuerza—. A la gente no le gusta que me enfade, y yo no soporto cuando otros se enfadan. Así que nunca estoy enfadada.

Los ojos de West son un remanso de color marrón claro, como un *whisky* escocés puesto al sol.

—Conmigo te puedes enfadar tanto como quieras. Estamos en esto juntos, atascados en esta situación los dos. Así que practica eso de enfadarte conmigo.

—No necesito practicar mi enfado. Necesito practicar el tema de las citas.

—¿Y por qué no practicar ambas, niña sobresaliente?

Dirijo mi siguiente golpe directo a su cabeza, y ahí está esa sonrisita engreída. Vuelve a esquivarme, y la sonrisa no hace más que ensanchársele. Ya está despeinado, con pequeños mechones marrones cayéndole por la frente. Nunca le he visto así conmigo. Mitad desatado, mitad eufórico.

Es la misma imagen de él que le he visto cuando está con mi hermano y sus amigos. Cuando vuelve a la vida, cuando se relaja para ser él mismo. Confianza traviesa envuelta en riqueza y belleza.

Da un paso al lado, obligándome a seguirlo por el gimnasio.

—Necesitas esa ira —me dice—. La necesitas para poder defenderte sola si un tío trata de hacer algo contigo que a ti no te gusta. Si insiste en llevarte a ver una película que a ti no te gusta.

—Se suponía que íbamos a poner nuestras historias en común. —Le dirijo otro golpe, y él lo bloquea—. ¡Te sacaste la historia de nuestra primera cita de la manga!

—Por supuesto. Y todos se la tragaron.

—Que soy «perceptiva». ¿Qué clase de halago es ese? —Le golpeo una y otra vez, pero él esquiva cada puño sin esfuerzo. Pero ¿por qué no quiere ponerse las almohadillas? ¿Acaso no le he demostrado ya lo fuerte que puedo golpearle? Me duelen ya los brazos.

—Uno verdadero —me contesta—. No estaba fingiendo. Venga, sigue. No vaguees ahora.

Dirijo otro golpe a su palma izquierda. Él captura mi mano enguantada en vez de esquivarla y empieza a quitar el velcro alrededor de mi muñeca.

—¿Qué estás haciendo?

—Pasar al siguiente nivel. —Me quita el otro guante también y los tira al suelo enmoquetado—. Mantén esa energía y ahora úsala para discutir conmigo. Apártame.

Oh.

West da un paso hacia mí, y los centímetros entre nosotros desaparecen hasta convertirse en apenas un hilo de aire caliente. Aún tiene esa expresión que hace que el pecho se le tense; la mirada de concentración, los labios curvados. Levanto las manos y las pongo en su pecho.

Noto calor por debajo de la tela de su camiseta. Su pecho tiene un nivel de firmeza que nadie debería tener.

—Eso es —dice West—. Ahora, apártame.

Yo le empujo; él apenas se mueve unos centímetros, si es que se mueve algo, pero sus labios se ensanchan en una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿No me quieres volver a ver? —Su voz vuelve a ser la versión grave de la otra noche, cuando fingió que le gustaba.

—No. No quiero. —Le empujo más fuerte esta vez, poniendo todo mi cuerpo en esa única acción. Todo esto es estúpido, y estoy sudada y emocionada. Esta vez da dos buenos pasos hacia atrás.

—Bien hecho —me dice, y la felicitación me sabe tan dulce como el azúcar—. Lo estás haciendo muy bien. Hazlo otra vez, problemas.

El corazón me late como loco. Puedo oír el latido en mis oídos cuando West vuelve a acercarse a mí. Esta vez, me acaricia levemente la mejilla hasta posar su mano en mi barbilla. Es un tacto débil.

Pero él nunca antes me había tocado así.

Me levanta la barbilla y me mira con los ojos medio caídos. Es la misma mirada que me dedicó la otra noche.

Como si yo fuera alguien a quien él desea.

—Eres tan guapa —murmura, y baja la cabeza hasta quedar más cerca. Sus palabras hacen que recupere el aliento. Ya me han dicho eso antes. Y yo no le he dado importancia, o lo he ignorado. Ahora son palabras que se alojan bajo mi piel como una cálida caricia.

Vuelvo a poner las manos en su pecho y le empujo.

—No, gracias.

West se ríe, y el sonido vuelve la habitación más cálida.

—Eres demasiado educada. Pero eso ha estado muy bien. ¿Qué se siente?

—Raro —admito. Y bien. «Vuelve a mirarme así».

—Lo haremos una y otra vez hasta que se convierta en algo natural para ti —me dice—. Y luego puede que trabajemos en quitarte toda esa buena educación de encima también. —Se pasa una mano por el pelo, y de pronto el júbilo en su expresión cae como si fuera un telón—. Este tal Mark. ¿Trató de besarte?

—No —contesto—. Nos interrumpiste, ¿recuerdas? Además, los tíos normalmente esperan hasta el final de la cita para intentarlo.

—Y es el motivo por el que justo esa es la parte que más te estresa.

—Sí, pero no es solo por el beso. También por las preguntas. —Me encojo de hombros—. No se me dan bien ese tipo de

conversaciones. El tener que decidir si volveremos a salir juntos. Y ya si me preguntan qué siento yo…

—Pues también practicaremos esas conversaciones. —Alza una ceja—. ¿Otra vez?

—Otra vez.

Lo hacemos un par de veces más. En cada ocasión me recuerda lo bien que lo estoy haciendo, hasta el punto de que llego a ansiar volver a escuchar cómo suenan los halagos en su profunda voz.

Cuando baja la cabeza la vez siguiente, decido intentar algo distinto. Con sus labios a escasos milímetros de los míos y mi pecho tenso por la anticipación, giro la cara hacia la derecha y, en su lugar, le ofrezco mi mejilla.

West se para, a escasa distancia de mi piel.

—Ya has hecho eso antes.

—Una o dos veces —le digo—. Siempre funciona.

—Quiero que intentes una cosa más —me dice. Esta vez está literalmente ocupando mi espacio, con su metro ochenta y pico de altura y esos músculos bajo la camiseta—. Pégame una bofetada.

Pongo los ojos como platos.

—Ni de broma.

—Fuiste tú la que habló de darme un rodillazo en la ingle. —Alza una ceja—. Una bofetada es más suave que eso.

—Nunca he… No puedo… Nunca he abofeteado a nadie.

—Bueno, pues siempre es un buen momento para empezar.

—¿Por qué quieres que haga eso? ¿Eres de los que se corren con el dolor?

West se ríe entre dientes.

—No. Mañana trabajaremos en defensa personal apropiadamente. Por ahora, creo que tienes muchos bloqueos mentales. Ni siquiera te permites estar enfadada, joder. Si lo necesitaras, ¿te podrías defender? ¿Podrías levantarle la mano a un tío?

—No lo sé. No soy una persona violenta.

West suelta un resoplido.

—No, ¿en serio? Pues jamás lo habría dicho.

—El sarcasmo no te pega —le digo finamente.

—Estás mintiendo, pero no pasa nada. A mí todo me pega. —Descansa una mano en su mejilla y me mira de manera directa—. Pégame una bofetada cuando me acerque esta vez. Así, si alguna vez estás en una situación en la que un empujoncito en el pecho no va a funcionar, sabrás qué hacer.

Está desafiando los límites.

Mis límites.

La irritación baja por mi columna. Irritación con él, por leer la situación tan rápido y de forma tan acertada. Ha identificado uno de mis miedos más profundos con solo una lección. Me aterra poder molestar a la gente. Soy una persona complaciente hasta la médula, y lo soy con todo el mundo menos con él. Y él está desafiando precisamente esa realidad.

Cuando tengo a alguien frente a mí, pidiéndome algo…, no sé cómo gestionarlo. Por eso solo digo que no a una cita, pero siempre digo que sí a mi familia y amigos. No sé cómo encontrar un término medio. No sé cómo decir: «No, aún no quiero besarte, pero sí que quiero tener otra cita contigo».

Cómo negociar: «¿Qué te parece si lo hacemos de esta forma?».

La forma más fácil de evitar un conflicto es evitándolo.

Funciona todas las veces.

—Nora —me llama West, la voz ahora más sombría—. Lo has hecho genial hoy. ¿Puedes intentar hacer esto también? Recuerda lo molesto que soy. Cómo te controlo la vida. Cómo te he obligado a salir conmigo en público. Puedes pegarme. Ni siquiera te gusto un poco.

Hago una rotación con mi cuello.

—Ahora mismo no, la verdad.

Su sonrisita es ahora destellante. Entonces da un paso más. Y otro. Hemos acabado muy cerca de una de las enormes máquinas que hay en el gimnasio, hasta que mi espalda termina chocando con la maquinaria en cuestión.

Me está arrinconando.

—¿Quieres que finja ser tu acosador? —me pregunta—. ¿O una cita que no acepta un «no» por respuesta?

Pienso en lo que se siente, lo que siento, cuando se acerca tanto. En su aliento contra mis labios y las mariposas en mi estómago, algo que ocurre cada vez que se acerca. En el hecho de que me da por preguntarme cómo sería si todo fuese diferente.

—La segunda —le susurro.

Pone una mano a mi lado, bloqueándome el paso. Mi corazón vuelve a latir a gran velocidad en cuanto baja la cabeza. Sus ojos caen a mis labios, y de pronto me está observando como si yo fuera todo lo que él siempre ha querido. Todo lo que siempre ha necesitado.

—Eres tan guapa que me destroza.

Ay, Dios.

Ha subido su jueguecito unos diez niveles.

—¿Te puedo besar? —Sus labios se acercan más, y ahí está de nuevo el martilleo en mi cabeza—. Nora, deja que te bese.

Mis pestañas aletean como si quisieran cerrarse. «Hazlo, por favor»; eso es lo que quiero decirle. Pero West no lo dice en serio. Está fingiendo; los dos tenemos que fingir. Todo esto es falso.

Y quiere que le dé una bofetada.

En su lugar, pongo las manos en su pecho y lo empujo como antes, pero, esta vez, apenas se mueve. Solo suelta una risotada y pasa sus dedos por mi pelo. Me coloca un mechón detrás de la oreja.

En cierto momento soñaba con que él me mirara de esta forma.

Y ahora lo está haciendo, y eso me desarma. Y odio saber que me sigue atrayendo después de todo. Después de lo que dijo. Después de acceder a ayudarme solo para hacerle un favor a su mejor amigo. No debería estar preguntándome qué se sentirá con un beso suyo.

Y ahora mismo odio esa parte de mí.

Así que le abofeteo la mejilla con la mano derecha. El sonido retumba por el espacio y, antes de que pueda pensarlo siquiera, le alejo de mí y levanto la rodilla. Y resulta que le da en la ingle. No

muy fuerte, porque aún me estoy conteniendo. Pero hace que West se eche muy para atrás, y yo doy un traspié en su dirección porque mi mano libre sigue en su pecho.

No sé quién es el primero en perder el equilibrio, pero ambos nos caemos al suelo. West envuelve mi cintura con su brazo libre, suavizando el golpe con su cuerpo. Tocamos el suelo con un quejido.

Estoy medio acomodada sobre él. Tengo una pierna entre las suyas y el pecho presionado contra el de él.

—Me cago en la puta —suelta como un quejido. Levanta su mano libre y la pasa por su rostro, dejando sus ojos fuera de mi vista.

—¡Lo siento! —Rápidamente quito mi mano de su pecho—. ¿Te he hecho daño? Ay, Dios, lo siento muchísimo.

West empieza a reírse. Desliza la mano por su pelo y luego deja el brazo bajo su cabeza.

—Eso —me dice— ha sido un puto triunfo. Sí que tienes ira dentro de ti, ¿eh? Me has mostrado los colmillos.

Me giro sobre mi espalda, a su lado. Y algo en su alegría hace que se me contagie a mí también.

—Ay, Dios. No me puedo creer que acabe de hacer eso.

—¿Te has quedado a gusto?

—Sí. ¿Es eso terrible? —Cierro los ojos, aún sonriendo—. ¿Soy una persona violenta?

—No —me contesta—. Y lo has hecho muy bien, problemas.

Se apoya sobre un codo, con su oscuro cabello cayendo de forma natural sobre su frente. Dejo que mi mirada vuele hasta esa cicatriz suya una vez más. Esa cicatriz que le atraviesa la ceja izquierda. Siempre me he preguntado cómo se la hizo.

Pero nunca hemos sido lo suficientemente cercanos como para poder preguntarle. Es uno de los muchos secretos tras la figura de West Calloway, el heredero y niño rico convertido en el rey de los solteros de oro.

—¿Por qué tiene tu madre tantas ganas de que te cases? —le pregunto en su lugar.

—¿Por qué nunca has tenido una relación?

Nos miramos fijamente el uno al otro. Sus ojos se han suavizado, y ahora muestran el color de un denso sirope. Ambos sabemos que acabamos de llegar a un punto muerto. Puede que estemos encadenados juntos en todo esto, pero eso no significa que todas las verdades deban salir a mogollón de repente.

Oímos un fuerte golpe en la puerta antes de que esta se abra. La mandíbula de West se tensa, y entonces se aleja de mí, poniéndose de pie de un tirón.

—¿Ernest?

El solemne administrador de la propiedad mira a West y luego a mí, aún en el suelo.

—Siento interrumpir, pero me temo que ha habido otro incidente.

* Movimiento del boxeo caracterizado por un golpe rápido con la mano delantera, típicamente con el objeto de medir o marcar distancia con el oponente, y para redistribuir el peso del cuerpo en el pie delantero. *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 16



West

El «incidente» resulta ser un sobre.

Los expertos a los que he contratado se pasan los días siguientes analizándolo. El sobre de papel manila lleva un sello de Nueva York y contiene fotos de Nora de la semana pasada, de cuando salió a correr. Con sus guardias en la puerta de una tienda de telas. La foto del periódico *Long Island Tribune* en la que salimos juntos también está adjuntada, recortada de forma muy precisa. Hay una nota escrita a mano que de inmediato se manda a analizar.

«Él no te va a alejar de mí».

Resulta inquietante. Perturbador. Aparte de eso, es también una prueba clara de que la situación ha empeorado, en comparación con lo que recibía en París. Había cartas por aquel entonces también, pero había veces en las que pasaban semanas entre una carta y otra. En cambio, ahora, en Nueva York, apenas ha pasado una semana desde el incidente del ramo de flores.

Puede que el plan esté funcionando. Que lo estemos molestando, llevándolo a ser más imprudente. Necesito más momentos como el partido de polo o la fiesta. «Él no te va a alejar de mí». Sí. Sí que lo haré. Y necesito provocar a este maldito acosador obsesionado para que cometa un error… y entonces lo atraparé.

Al día siguiente, de vuelta en el gimnasio, se lo cuento a Nora; le enseño imágenes de lo que iba dentro de ese sobre y lo que voy a

hacer al respecto. Lo que mi equipo ya está investigando, buscando y analizando.

Ella asiente todo el rato mientras hablo y hace algunas preguntas. Tiene las manos hechas una bola y una expresión tensa. Como si estuviera conteniendo lo que realmente está sintiendo por dentro. Pero no puede esconder el esfuerzo que eso le supone.

—Vale —dice al final—. Gracias por contármelo.

Alzo una ceja.

—¿Eso es todo?

—De veras lo aprecio, West. Rafe normalmente no me comparte tantos detalles cuando se trata de este tema. Y yo quiero saber; a fin de cuentas, es mi vida.

Sacudo la cabeza.

—No me refiero a eso. No necesito que me lo agradezcas.

—¿Entonces a qué te refieres?

—¿Estás enfadada? ¿Asustada? ¿Molesta? Sabe que estás viviendo aquí. Ha estado observándote, Nora —le digo, y ahora soy yo quien está enfadado. Que alguien pueda pensar que tiene algún derecho sobre ella…

—No sería muy productivo. —Recupera el control sobre sí misma, y el esfuerzo que he visto antes en su expresión desaparece—. Venga, continuemos con los movimientos que me enseñaste.

Entorno los ojos en su dirección.

—¿Qué no sería «productivo»?

—No puedo hacer nada al respecto —me dice. Llevamos ya una hora practicando maniobras de autodefensa. Cómo deshacerse del agarre de otra persona, cómo retorcerle el brazo a un hombre. Cómo liberarse si una persona te tiene agarrado por el cuello.

Quiero que se sienta competente, empoderada… Incluso a pesar de que no piense dejar a ese cabrón acercarse a ella.

Me aproximo una vez más y, en esta ocasión, Nora no duda. Esquiva mi perezoso intento de atraparla y mete la rodilla entre mis piernas.

Lo paro a apenas centímetros del impacto.

—Bien —le digo—. Eso ha estado muy bien.

Una sonrisa brilla en sus labios. He notado que le gustan este tipo de halagos. Quizá los que no le gustan son los que la hacen sentir como un objeto o le recuerdan que alguien se la está comiendo con los ojos. Ya ha tenido suficiente con esa mierda.

Pero le encanta que la feliciten.

Y qué bien que a mí me guste jodidamente tanto alabarla.

—Otra vez —dice con las mejillas coloradas—. Y ya sé que la ira es productiva. Mi psicóloga me lo dice todo el tiempo.

—¿Tu psicóloga?

—Sí. —Suelta un *jab* en mi dirección, y yo levanto las palmas de las manos justo a tiempo para parar su intento. Hoy no se está controlando para nada—. He intentado trabajar en todo esto. Ya te lo dije.

—En una sala de terapia.

—Sí, pero ella también quiere que salga ahí fuera. Dice que he dicho que no demasiadas veces y que tengo que aprender a decir que sí y a enfrentarme a las conversaciones difíciles que le siguen a eso.

—¿Le has contado esto? ¿Lo nuestro?

Nora vacila solo un segundo, pero es un segundo lo suficientemente largo como para oír la respuesta que sigue: «Sí».

—No se lo contará a nadie.

—Eso no es lo que me preocupa. —Me acerco de nuevo a ella y envuelvo la parte alta de su cuerpo con mi brazo. Coloco mi antebrazo contra su garganta. Ya hemos hecho esto antes, y en ningún momento aplico ninguna presión—. ¿Qué opina?

La noto cálida bajo mi agarre. Ella también actúa rápido, levantando el brazo para encontrar el punto en mi mano, entre el pulgar y el índice, que duele como un condenado si lo aprietas.

—Cree que esto es bueno para mí. —Y ahí que aprieta. Un dolor lacerante se extiende por todo mi brazo, y entonces la suelto.

—Bien hecho —le digo entre dientes.

—Lo siento —se disculpa. Me quedo mirándola un rato, y ella se encoge de hombros—. Sé que siempre me dices que no te pida perdón, pero llevo veinticuatro años de práctica a las espaldas. Es un hábito difícil de romper.

—Lo sé. Y es por eso por lo que seguiré recordándotelo. Eso ha estado muy bien. Has encontrado el punto enseguida.

—He estado practicando.

—¿Contigo misma?

—Sí. —Debe de darse cuenta de mi expresión, porque entonces pone los ojos en blanco—. No me lo hago fuerte. Yo no soy la masoquista aquí.

Levanto las manos de nuevo, y esta vez me dirige dos *jabs* antes de optar por un derechazo.

—Así que he recibido la aprobación de tu psicóloga —digo. La idea de Nora hablando con alguien de mí, de todo esto, me llena de curiosidad. Que haya un espacio donde la verdad pueda al fin salir de su interior—. ¿Qué le has contado?

—Eso es información privilegiada.

No puedo evitar tomarle el pelo.

—Probablemente esté de mi lado, ¿sabes?

—¿De tu lado en qué?

—«¿En qué?», me pregunta —le digo para después negar con la cabeza—. En esto. En que aprendas defensa personal y de paso abraces toda esa ira.

Sus mejillas se llenan de color inmediatamente.

—Se quedó impactada cuando se lo conté. Lo de nuestra práctica con… Bueno. Lo de practicar el tema de citas.

—Se quedó en *shock* de lo brillante que le pareció la idea. No olvides mover también los pies.

Mira hacia el suelo y se mueve a mi alrededor con las manos aún en alto. Hay mechones de pelo oscuro que se han escapado de su coleta y ahora le rodean la cara.

—Me dijo que nunca había oído a nadie que hubiera intentado ese tipo de enfoque antes.

—Es que somos pioneros.

—Eso parece. —Sus labios se tensan—. Probemos con lo que has hecho antes.

—¿Agarrarte desde atrás?

Nora asiente y se gira como si estuviera alejándose de mí. Yo me acerco y deslizo un brazo en torno a su cintura, con el otro cubriéndole la boca. Mis movimientos son lentos, y no la sostengo con fuerza. No lo haría ni aunque me lo pidiera.

Esto ya lo hemos hecho varias veces.

La siento suave contra mí, y cálida, y sus labios se separan bajo mi palma al exhalar. Hay un breve instante en el que me imagino cómo sería—

Y entonces sus manos se alzan para agarrarme el brazo. Se deja caer un poco para adoptar una postura más estable, separando las piernas, y usa todo su peso para tirar de mi brazo hacia abajo. Luego gira la pierna hacia atrás y la dobla contra la parte trasera de mi rodilla.

El movimiento me empuja hacia delante, haciéndome perder el equilibrio; ya no puedo seguir sujetándola o me caeré al suelo. Se deshace de mis brazos con un bailecito y una amplia sonrisa.

—¡Esta ha sido la mejor hasta ahora!

—Ha sido increíble —le digo sinceramente—. ¿Y ahora? ¿Qué harías?

—Correr. Sabes que soy rápida. —La tía sigue con esa sonrisita.

—Sí, lo eres. Echarás a correr y llamarás pidiendo ayuda. Me llamarás a mí.

—¿Y vendrás?

Me arremango la camiseta.

—Siempre.

Nora mira rápidamente hacia otro lado, posando la vista en la ventana y en el verde césped de primavera que hay fuera. Y vuelve a mirarme a mí con la misma rapidez.

—De acuerdo.

—Prométemelo —le digo—. Prométeme que me llamarás si necesitas ayuda.

—Sí, lo prometo. —Pone los ojos en blanco—. A veces te pones peor que Rafe.

Su comentario se me clava como si fuera una espina en el pecho. Hace días que no me recuerdo lo mucho que debería pensar en ella… como una hermana. Pero la verdad es que resulta fútil, porque claramente no puedo verla de esa forma. Nunca he sido capaz de hacerlo.

Pero a lo mejor ella sí.

Cambio de táctica y estudio el fuego en sus ojos, el sonrojo de sus mejillas. Como poco, está cómoda conmigo.

—Me dijiste que no te gusta discutir con los demás —le digo—. Pero debes de haberlo hecho muchas veces.

Hace círculos con el cuello, como si la pregunta le irritara.

—Pues no, la verdad es que no. Supongo que nunca aprendí cómo hacerlo. Nunca discuto con nadie, al menos, no con mi familia o mis amigos.

—Tienes hermanos. ¿Rafe y tú nunca discutís?

—No.

—Qué curioso. Yo discuto con él todo el tiempo.

—Nos llevamos cinco años. Además, él siempre estaba fuera en el internado, contigo, Alex y James. Y después del accidente, cuando perdimos a mi hermano mayor… Sentí que mantener a todo el mundo feliz era responsabilidad mía. —Detrás de ella, el mar está tempestuoso y el cielo gris—. Mis dos hermanos pequeños no aparecieron en escena hasta que papá ya iba por la esposa número tres, y en ese sentido la diferencia de edad también es grande.

Cruzo los brazos.

—¿Y qué hay de tus amigos? ¿De tíos con los que hayas salido? ¿Alguna vez has discutido con alguno de ellos?

—¿Alguna vez? —La voz le sale con un tono irritado, como si la pregunta le avergonzara. Se pasa una mano por la coleta—. No.

Discutir en serio, no. Es algo que evito, ya te lo he dicho. Les doy lo que quieren o me quito completamente del medio de esa relación.

—Claro. O es un firme «sí» o es un firme «no».

—Sí. Supongo que también me puedes enseñar cómo discutir, entonces.

—Un fetiche raro, pero vale. Si quieres, podemos pasarnos todo el día peleándonos.

El pulso se le acelera, puedo verlo en la forma en la que cambia de postura, en la que su respiración cambia.

—No es que… A ver, que no me «mola» discutir.

—A la gente no le suele gustar tener que hacer cosas que no se le dan bien. —Cojo su botella de agua y se la paso. Me parece que necesita algo que hacer, algo a lo que agarrarse. Se pone nerviosa incluso solo ante la idea de discutir—. Pero ahí es donde entra la práctica. Es cuestión de repetición. Como decirle que no a los hombres.

Desenrosca la tapa de la botella.

—¿Y a ti quién te ha nombrado experto en peleas?

—Puedo gestionar el conflicto —le digo—. Todo el mundo se pelea con las personas cercanas a ellos. Mis padres discutían demasiado. Rafe y yo, y Alex y James, en fin… ¿Tú de verdad crees que cuatro niñatos adolescentes eran capaces de estar siempre de acuerdo? —Me echo para atrás, apoyándome en una de las máquinas de fuerza —. ¿Por qué quieres que nos peleemos?

—No se me ocurre nada ahora mismo.

—¿Nada? Eso lo dudo muchísimo.

—Vale. Puede que tenga muchas cosas en mente, pero nada por lo que podamos discutir.

—Conozco a tu madre. Con tu padre coincidí también. No me dieron la sensación de ser personas que nunca discuten.

—Nunca he dicho que no lo hicieran.

—Has dicho que nunca aprendiste a discutir. No te creo.

Me lanza una mirada. Hay un destello de irritación en sus ojos, y eso lo siento como una victoria. Sabe exactamente lo que estoy

haciendo, provocarla.

—Sí, sí que discutían. Toda la familia lo hacía. Pero no era algo ni productivo ni eficiente. Y siempre siempre significaba que yo había hecho algo mal. Y nunca se acababa realmente. No se peleaban conmigo; se peleaban contra mí.

—¿Nunca se acababa?

—No, nunca se llegaba a ningún acuerdo o solución. A mamá le encanta sacar las discusiones de meses atrás, le encanta recordarme a base de pullitas cosas que he hecho y que aún le duelen. Mi padre, cuando aún vivía, no discutía en absoluto. O coincidías con su perspectiva del asunto o la conversación se había terminado y ya te podías ir. No había punto intermedio. Y, desde luego, no había ninguna reconciliación después. —Toma una profunda bocanada de aire—. Lo único que tenía que hacer era mantener un perfil bajo y darle tiempo al tiempo para después tantear el terreno y demostrar mi valía otra vez hasta que la discusión quedara oculta bajo la alfombra y, con suerte, olvidada.

—Así que nunca sabías cuándo se había terminado una discusión.

—No.

—Pues también practicaremos eso. —Pongo las manos en alto—. ¿Haces entonces lo mismo con los tíos?

—Supongo. Sé lo que tengo que decir para asegurarme de que no haya ninguna discusión y cómo ceder a lo que quieren oír; todo porque la sola idea de no hacerlo…

—Te castigarían si no lo hicieras —termino la frase por ella—. Tu madre. Es…

—Sí —dice con un quejido—. La conoces.

—He coincidido con ella algunas veces. Es un personaje —reconozco. La madre de Rafe y Nora fue actriz en su día. Llamaba la atención de los demás y la deseaba, un círculo vicioso que la sustentaba… hasta que dejó de hacerlo. Y entonces le impuso esa tarea a sus hijos. He visto a Rafe exasperado teniendo que lidiar con ella a lo largo de los años.

Nunca he presenciado de qué manera lo paga con su hija. Pero esto pone las cosas que he oído y visto en otra perspectiva.

—¿Fue ella quien quiso que fueras modelo?

Nora mira su botella de agua.

—Sí. Era el sueño que tenía para mí. Ella misma se encargó de que se hiciera realidad en su mayor parte.

Niego lentamente con la cabeza.

—No digas eso. Fuiste tú quien puso todo el trabajo.

—Sí, desde luego, pero fue… —Se encoge ligeramente de hombros—. Estoy agradecida. No pretendo decir que no lo estoy, y sé que mi vida…

—Por el amor de Dios —digo, interrumpiéndola—. Aquí no hay cámaras. ¿Crees de verdad que voy a quedarme con algo de lo que digas para usarlo en tu contra o algo así? Di lo que sientes de verdad. Sin limitaciones.

Los ojos de Nora vuelven a brillar.

—De acuerdo, vale. Era su sueño, y yo lo hice para hacerla feliz. Todo ello. Las audiciones, el dietista, la rinoplastia, las sesiones con un entrenador que me enseñara cómo caminar y cómo posar. Y me hizo sentir bien durante un tiempo el saber que la estaba haciendo feliz a ella, que estaba haciendo feliz a los fotógrafos. A mi padre, a mi hermano… A todo el mundo le parecía superastuto que modelara para las marcas que posee Valmont.

—Por supuesto. —Tengo los brazos cruzados a estas alturas de la conversación, como si eso fuera a hacer que mis músculos dejaran de tensarse de la ira. Con cada cosa que dice la sangre me hierve un grado más—. ¿Una rinoplastia? ¿En serio?

—Una semana después de que cumpliera los dieciocho —dice Nora. Su rostro expresa una calma que yo no siento. Parece que soy el único aquí que está ardiendo de furia—. Ella eligió al cirujano y ella programó la cita.

—¿Qué hizo qué?

—Según ella fue para encaminarme hacia el éxito seguro. —Nora encoge los hombros—. Fue hace años.

—Nunca lo necesitaste.

Suelta una risita, pero es una risita educada. Cansada.

—Cierto. Gracias.

—¿Tú disfrutas de ello? ¿De tu trabajo?

—¿De modelar? No mucho. Me encanta poder trabajar con diseñadores espectaculares y vestir su ropa, eso sí. Me ha enseñado mucho. —Una verdadera sonrisa le ocupa ahora la cara—. Es lo que me hizo darme cuenta de que quiero ser la que cree las piezas. Ya no quiero modelar más.

—Quieres diseñar.

—Sí. —Cruza su mirada con la mía—. Incluso a pesar de que mi madre y Rafe piensen que estoy echando a perder una oportunidad increíble al rechazar trabajos como modelo.

—¿Te han dicho eso?

—Sí. Constantemente.

—Me pregunto qué dice tu psicóloga sobre tu madre. Y sobre tu padre —digo con un tono serio. La imagen de una Nora mucho más pequeña atrapada entre dos titanes que no paran de discutir, recibiendo presión de todas direcciones, hace que el rojo que estoy viendo aumente. «No se peleaban conmigo».

«Se peleaban contra mí».

—Ahí también tiene mucho que opinar —dice Nora. Entonces levanta las manos—. ¿No deberíamos volver a practicar?

—¿Deberíamos? —le pregunto—. ¿Tú qué quieres, Nora? Estamos con tu lista de cosas que querías practicar y, hasta ahora, he sido yo el que ha establecido lo de las clases de defensa personal. Eso no estaba en tu lista.

—No, supongo que no —dice lentamente—. Pero me gusta la idea de defenderme a mí misma. Si el acosador llega alguna vez a… Bueno. No quiero dar a entender que tu equipo no es genial ni nada de eso.

—Puedes darlo a entender si quieres. Ya te lo he dicho: mi ego podrá soportarlo.

Eso le hace reír un poco.

—Yo no estoy tan segura de eso.

—Ponme a prueba —le digo—. Enfádate conmigo, peléate conmigo. Lo que sea, siempre y cuando seas tú misma. ¿Vale?

Nora asiente y una pequeña sonrisa curva sus gruesos labios. Unos labios que he estado muy cerca de besar demasiadas veces, todo bajo el pretexto de querer ayudarla.

«Soy un gilipollas», pienso para mis adentros. Pero al menos puedo ayudarla a practicar cómo defenderse y ser honesta.

Es una puta desgracia que alguien le hiciera creer que no podía.

CAPÍTULO 17



West

Al día siguiente estoy esperando fuera, en la entrada principal, cuando Nora vuelve a casa.

Me he pasado unas buenas seis horas en reuniones *online* discutiendo la expansión más reciente de Aceros Cal, pero verla hace que todo eso se desvanezca. Aleja el dolor de cabeza que antes me andaba martilleando las sienes.

Sale del coche con dos grandes bolsas, unas gafas de sol en la cabeza y los labios separados.

—¿West?

—Bienvenida a casa.

—Estás aquí… ¿Estabas aquí esperándome?

—Sí.

Levanta una de las bolsas y me dirige otra mirada curiosa.

—No estás aquí para regañarme, ¿verdad?

—¿Y exactamente por qué crees que haría eso?

—Porque he salido de Fairhaven.

—Tienes todo el derecho. —Se llevó a sus guardias con ella y, a pesar de lo que pueda pensar, yo no soy su carcelero. Nunca he tenido la intención de serlo tampoco. Le abro la puerta de casa—. No estoy enfadado contigo. Aunque podemos fingir que lo estoy, si quieres.

Sus labios vuelven a quedar separados.

—Quieres decir…

—Sí, practicar discusiones. No has tenido demasiado problema haciéndome frente en el pasado, así que no debería resultarte demasiado difícil.

—Eso es distinto. Tú eres distinto. —Se para en la puerta que le da entrada a mi casa, y se le tensan los hombros—. Vale. Regáñame.

La determinación en su voz hace que me tiemblen los labios. Pero no permito que la diversión que esto me provoca se traslade a mi tono de voz.

—¿Dónde estabas?

—Fuera —me dice. Deja las bolsas en el cuadriculado suelo de mármol—. Me llevé algunos guardias, Amos y Miguel. Incluso he parado para comprarnos a todos unos burritos entre recado y recado. He ido a dos fábricas de telas, una librería y una cafetería. Me he asegurado de que los guardias estuvieran a poca distancia de mí todo el tiempo. —Se gira hacia mí con las manos en las caderas —. ¿Está ya complacido, mi amo?

Mis labios se curvan.

—Con lo último has exagerado un poco, ¿no crees?

—Tienes razón. Lo cambio por «déspota». Dictador. —Da un paso hacia delante, y su sonrisa se transforma en algo dulce—. ¿Te parece mejor?

—Lo estás haciendo espectacular —le digo—. ¿Y quién te ha dicho a ti que tienes permiso para salir?

—Yo misma. Tú no estableces mis horarios. He seguido cada una de las reglas. —Agarra una de las enormes bolsas llenas de telas. Yo se la robo y me la cambio a la mano que le queda más lejos para que no pueda quitármela.

—Alimentar a tus guardias no forma parte de nuestro acuerdo.

Pone los ojos en blanco.

—Eso es ridículo.

—No. Es práctico. ¿Sabes acaso si tienen alguna alergia? ¿Y si Amos tiene una intolerancia severa al gluten y tu amabilidad lo deja

fuera de servicio durante tres horas? ¿Quién te vigilará entonces? —Paso por delante de ella para coger la bolsa con los libros. Es mucho más pesada que la que va a reventar de telas.

—¿Adónde vas con eso?

Me dirijo hacia las escaleras.

—A tu atelier.

—Amos no es intolerante al gluten.

La miro por encima del hombro.

—¿Por qué sabes eso?

—Porque ha comido pan y ha continuado con sus aburridos deberes, consistentes, principalmente, en caminar a escasos metros detrás de mí sin doblarse de dolor. Les he preguntado qué querían tomar, y Amos dijo que le encantaba un sitio que había calle abajo. —Nora me sigue por las escaleras, con sus tacones haciendo ruido a su paso contra la madera—. ¿Y por qué no tendría yo permiso para comprarle el almuerzo a mis guardias? Eso es ridículo.

—No son tus juguetes.

—Yo no los trato como si lo fueran. ¡Que es precisamente el motivo por el que les doy de comer!

—Tampoco son tus mascotas. —La irritación en mi voz no es del todo fingida. Amos es alto, guapo. Tiene una sonrisa natural y, además, es más o menos de su edad.

—Estoy segura de que hacen mejor su trabajo si están bien alimentados. Y aparte, y a no ser que presenten una queja a Recursos Humanos, es oficialmente un asunto que no te incumbe.

—Yo los contrato. Yo les pago. —Abro la puerta de su estudio con el hombro y le hago un gesto con la barbilla para que ella entre primero—. Es definitivamente de mi incumbencia.

—Estás siendo un imbécil.

—¿Querías tú ir al sitio que sugirió Amos o lo escogiste para complacerle?

—No empieces a sobreanalizar todo lo que hago —me suelta.

Dejo las bolsas en la enorme mesa que Ernest debe de haber colocado aquí para ella: en el centro de la habitación, justo al lado

de dos maniquíes y una máquina de coser.

—¿Has comprado media tienda o qué?

—He comprado algunos libros. Para que me sirvan de inspiración. —Hace una inspiración profunda y me lanza una mirada—. Y, por cierto, accedí a tener guardias. Yo misma quiero tenerlos. Pero la forma en que interactúo con ellos es cosa mía, no tuya.

Bajo la vista al contenido de una de las bolsas para ocultar mi sonrisa.

—Tendrías que haberme dejado pagar todo esto.

—¿Qué? No. Esta es mi colección.

—Y tú, mi novia.

—Tu novia falsa.

—Falsa o de verdad, de todos modos eres mía. —Decir esas palabras me hace sentir mejor de lo que debería—. Llévate mi tarjeta la próxima vez.

—Soy perfectamente capaz de financiar esta colección. Es mía. —Da un paso más cerca, y yo capto su aroma. Huele a champú floral y a mujer limpia—. Si tienes tanta necesidad de que me gaste tu dinero, puedo pensar en cosas más divertidas en las que gastarlo.

—Si se supone que eso es una amenaza, déjame decirte que lo único que hace es crearme intriga.

—Así que si me gasto tu dinero en comprarle el almuerzo a todos mis guardias cada día —murmura con una leve inclinación de cabeza —, estarás encantado, ¿no?

Se me tensa un poco la mandíbula.

—Siempre y cuando te estés gastando mi dinero en lugar del tuyo.

—He sido modelo profesional durante años. Tengo una cuenta con ahorros.

Echo mano de mi bolsillo trasero y saco mi cartera. Cojo una de mis tarjetas negras y la dejo a su lado en la mesa de trabajo.

—Usa la mía.

—Ya sabes que no me gusta que paguen los hombres.

—Lo sé. Está en tu lista.

Coge mi tarjeta de crédito, le da la vuelta y pasa un dedo por el nombre grabado en relieve. «Weston Calloway».

—La gente cree que es estúpido. Algunas de mis amigas me dicen siempre que debería aceptar cualquier cena y copa gratis que me llegue.

—¿Y tú crees que es estúpido?

—No. —Sus dedos se curvan en torno a mi tarjeta, y levanta la mirada de nuevo hacia mí—. Ya te lo he dicho: odio cuando los hombres tienen expectativas sobre mí. Si me compras cosas, pues…

—No les debes una mierda —le digo. Deberíamos estar discutiendo, pero esto es demasiado importante—. No le debes a tu madre una carrera, y no le debes a un hombre un beso u otra cita solo porque haya decidido pagar la comida.

—La teoría me la sé… Pero no es así de fácil.

—Es así de fácil.

Sus ojos lanzan un destello.

—No, no lo es. Decepcionar a la gente no es fácil. Si lo fuera, ¿crees que sería como soy? A lo mejor es fácil para ti. A ti nunca te ha costado decir lo que piensas.

—Y es precisamente por eso por lo que sé que es fácil.

Pone los ojos en blanco.

—Solo por eso voy a quedarme con esta tarjeta y la voy a gastar en todo tipo de estupideces.

—No, no lo harás. Lo pensarás, eso sí. Pero luego te dará demasiado miedo decepcionarme como para mantener tu palabra. —Doy un paso más, y ella apoya las manos en la mesa de trabajo que tiene detrás—. Ojalá lo hicieras.

—Si lo hago, no será para hacerte feliz a ti.

—Bien hecho. —Deslizo un dedo bajo su barbilla para levantar su rostro. Sus ojos brillan con esa mirada que he llegado a ansiar. Sorpresa. Emoción.

Curiosidad.

—Eres tan buena contraatacando —le digo.

—Me está empezando a gustar. —Sus palabras salen en un susurro, cargadas de culpa. Es como una confesión.

Paso el pulgar por su labio inferior.

—Estás guapa cuando te defiendes.

—No lo hago por eso.

—Lo sé. Pero eso no hace que lo que acabo de decir sea menos cierto.

Su aliento calienta mi pulgar.

—¿Es ahora cuando practicamos cómo acabar una discusión?

Dejo caer la mano. No es mía como para que yo la pueda tocar. Eso lo sé. No puedo hacerlo fuera de nuestras sesiones de práctica o cuando dejamos el falso jueguecito que nos traemos entre manos en público. Y a mí se me había olvidado.

—Sí. —Mi voz suena arisca—. Tenías razón. Eres libre de hacer lo que quieras con tus guardias.

Nora asiente ligeramente.

—Siento no haber hecho caso de tus preocupaciones, y siento haberme calentado tanto.

—Yo también me he calentado.

—Supongo que tenemos eso en común. —Me mira como si fuera algo nuevo, algo que nunca antes había visto—. ¿Estamos en paz?

—Estamos en paz. Y lo digo en serio.

—Yo también lo digo en serio. —Se muerde el labio inferior durante un segundo; es tan distraídamente guapa, tan hermosamente sincera—. No volveré a sacar el tema ni a usarlo en tu contra.

—Yo tampoco.

—Bien —me dice.

—Genial —le digo yo.

Una sonrisa asoma en su rostro, y siento un leve estremecimiento. La habitación, antes olvidada y con los muebles cubiertos por sábanas, parece cobrar vida desde que Nora la hizo suya.

—Nunca había tenido un fin de discusión así.

—¿Qué se siente?

—Bien. Un poco tonto. —Se encoge de hombros, pero la sonrisa sigue ahí—. No estábamos discutiendo de verdad.

—No. ¿Pero pueden tus nervios notar la diferencia?

—La verdad es que no. —Baja la vista a mi tarjeta de crédito, aún en su mano, y luego la mete en el bolsillo trasero de sus vaqueros blancos—. Gracias.

—Iba en serio lo que te he dicho. Lo de practicar acostumbrarte a que los hombres también te paguen cosas. Si tú quieres.

—Sí, gracias.

No debería pedirle esto. Llevo dándole vueltas desde hace días, pensando en si es una buena idea o no. Pero el brillo de sus ojos verdes es una invitación, una puerta abierta a medias.

—¿Quieres fingir por mí mañana por la noche? Podemos combinar lección con ser vistos de nuevo en público.

Ella ladea la cabeza.

—¿Necesitas una acompañante?

—En efecto.

—¿Adónde vamos?

Vuelvo a abrir mi cartera, esta vez para sacar el naipe que me llegó hace unos días. Es un as, y en él hay garabateadas una fecha y una dirección con unas florituras en cursiva.

Y en la parte de atrás dice «ven a jugar» con tinta roja. Debajo hay dos palabras: «Paraíso Perdido». Esa es la temática de la fiesta esta vez. Y considerando la ubicación, la temática ha sido escogida a propósito.

Nora le da la vuelta a la carta con los ojos entrecerrados.

—Ay, madre. ¿Esta es la invitación?

—Sí. —Dudo solo un momento—. Es una… un tipo de fiesta algo especial. La gente asiste para apostar.

—¿Jugaremos nosotros?

—No. Pero necesitamos ser vistos juntos. —El acosador no estará allí. Más le vale no estar. Pero algunas de las personas más poderosas del mundo sí que asistirán. Siempre aparecen por estas

fiestas; y, en la penumbra de la noche, todos verán que Nora está conmigo. Que tiene mi protección. Haré que se corra la voz por todas partes, que el acosador se eche para atrás a través de mi red de contactos. El Calloway y la Montclair.

—Tendremos que dar espectáculo —me dice, y su mirada vuelve a deslizarse hasta la mía—. ¿Verdad?

—En efecto. ¿Supondría algún inconveniente?

—No. Es solo que…

—¿Solo qué?

—Quizá deberíamos practicar eso —me dice—. Nunca he sido la novia de alguien. Nunca me he visto involucrada en… muestras de cariño en público.

Cada rincón de mi cuerpo se tensa.

—Quieres practicar la parte física que conlleva salir con alguien.

—No. —Sus mejillas se tiñen del color más delicioso, y entonces vuelve a bajar la vista hacia los libros que ha comprado—. Bueno, sí. Más o menos. Dejando a un lado las clases de defensa personal, no nos hemos… tocado.

Estoy arruinado.

Por su voz, porque esté pidiendo lo que ella quiere, y por la franqueza en su expresión. Ahora mismo no está tratando de discutir conmigo. Me está ofreciendo otra de sus verdades.

—Cuando estemos en público, cuando esté fingiendo ser…

—¿Mía? —Una vez más, esa palabra me sabe mejor de lo que debería.

—Sí. —Mordisquea su labio inferior—. ¿Cómo sería eso?

—¿Cómo te tocaría?

—Sí —susurra.

Alcanzo su mano.

Ya la he tocado antes, durante nuestros entrenamientos de defensa personal. Tuve mi mano en la parte baja de su espalda en aquella fiesta. Pero entrelazar nuestros dedos, en el silencio de esta gran habitación… me hace sentir como si fuera la primera vez que nos tocamos.

—Como esto. Así te estaría tocando. A menudo.

—¿Cogiéndome la mano? —Tiene la vista puesta allí donde nuestras manos se unen.

—Sí. Y te rodearía la cintura con el brazo. Así… —Hago exactamente eso, deslizando mi brazo libre por su estrecha cintura y posando la palma de mi mano en la parte baja de su espalda. Como si realmente fuera mía y pudiese tocarla. Como si no hubiera un millón de razones por las que precisamente no debería tocarla.

Los ojos de Nora vuelven a los míos.

—Esto está bien.

—¿Sí? ¿Está bien?

—Quiero decir, sí, no está mal. Puedo hacerlo. —Entonces asiente rápidamente varias veces, como si estuviera avergonzada.

—Si estamos sentados juntos, puede que haga esto… —Mi mano viaja por su espalda hasta encontrar las suaves puntas de su cabello. Las enrollo entre mis dedos—. Y así asegurarme de que todo el mundo sabe que estamos juntos.

—Y que tú también eres mío —me dice. Sus pupilas están dilatadas, y su pelo resulta suave entre mis dedos.

—Ajá… Tienes un pelo bonito.

—Gracias. —Nora deja la mano plana sobre mi pecho. Con cuidado, con gentileza, como si pudiera hacerme daño. El gesto me haría sonreír si no estuviera tan inmerso en este momento. Si no sintiera que podría hacerme añicos con una sola palabra—. ¿Yo también podría tocarte a ti?

—Sí. Puedes.

Sus dedos se extienden un poco, presionados firmemente contra mi pecho. Pero el gesto no pretende apartarme.

—Si queremos vender todo esto, creo que sería conveniente que nos besáramos.

Es como si de un golpe me hubiera quitado todo el aire que tenía dentro. El deseo se expande por todo mi cuerpo, electrificando cada terminación nerviosa por la que pasa. Mis ojos bajan hasta sus gruesos labios.

Si supiera lo mucho que he pensado en hacer justamente eso…

Echaría a correr.

—Por lo que me has contado hasta ahora, los tíos te han besado cuando tú no querías necesariamente que lo hicieran. —Alzo la mano y lentamente le retiro un mechón de pelo. Sus ojos están posados en los míos y el aire se vuelve tenso, como antes de una tormenta—. Yo no voy a ser uno de esos tíos. Ya has acabado con esa mierda de besar a los tíos solo para ser agradable.

—Es más bien porque algunas veces directamente se lanzan. Nunca he podido entender por qué hacen eso.

—Se lanzan… ¿Qué quieres decir?

—Es como si pensaran que es su momento, y si les miro un segundo más de lo normal o les sonrío con demasiada amabilidad y existe la más mínima sospecha de intimidad en el aire, simplemente se me abalanzan. —Sacude la cabeza, el sonrojo creciendo en sus mejillas.

—Suena a que has besado a los hombres equivocados —le digo.

—Puede ser, sí. Probablemente. Es como si siempre acabara dos pasos por detrás del ritmo que ellos establecen. —Nora vuelve a mirarme, y veo una pregunta en sus ojos. Una pregunta que no estoy seguro de que tenga el suficiente coraje de hacer.

Así que le hago yo la pregunta en su lugar.

—Si quieres practicar cómo besar, sin problemas, practica conmigo.

—¿No te importaría?

La pregunta me haría reír si no me la hubiera hecho de una forma tan sincera. Si la sangre en mis venas no se fuera inmediatamente a la parte baja de mi cuerpo, si mis manos no se tensaran hasta convertirse en puños a mis costados. Soy un desgraciado por sacar el más mínimo placer de esto.

—No. Y por lo que me has contado, intuyo que sí te han besado, pero que tú no has besado a nadie. ¿Es así?

Se acerca un poco, apenas unos centímetros. Hace un solo asentimiento de cabeza.

—Entonces está en tus manos. —Le levanto la cabeza—. Tú decides, Nora. Tú decides cuándo, durante cuánto tiempo y de qué forma. No pienses en mí. ¿Vale?

Porque lo voy a disfrutar independientemente de lo que haga.

Porque voy a ir al infierno, pero necesito asegurarme de que esto va de ella y de nadie más.

—¿Puedo… besarte? —me pregunta. Su voz vibra, mitad emoción y mitad nervios. Pero sus ojos verdes no se apartan de los míos.

—Sí. —Eso es todo lo que puedo hacer para no añadir: «Por favor».

CAPÍTULO 18



Nora

—¿Podrías… quedarte ahí quieto? —le pregunto.

Me resulta difícil oír nada por encima del martilleo en mis oídos.

Los labios de West se curvan.

—Vale.

—O sea, quedarte completamente quieto.

—No me moveré; ni siquiera sacaré las manos de los bolsillos. ¿Te parece?

—Bien. —No parezco ser capaz de tomar una bocanada de aire completa. West está ahí mismo, y no es la primera vez que me pregunto, o incluso considero, cómo sería besarle. Pero siempre ha sido algo hipotético. Teórico.

Nunca he tenido el control. Nunca me han dejado ser quien estableciera el ritmo.

—Relájate —me dice West.

—¡Lo estoy intentando!

Sus labios vuelven a temblar en un indicio de sonrisa, pero mantiene su palabra. Simplemente se queda ahí, el pecho subiéndole y bajándole en respiraciones regulares. Huele bien desde tan cerca. Huele a esa colonia que ya he olido antes y a algo fresco como el mar, la primavera, la seguridad.

Coloco mis manos en sus hombros y tengo que ponerme de puntillas para quedar a su altura. No baja demasiado la cabeza; solo

hace una leve inclinación hacia delante para ponérmelo más fácil. Tampoco elimina la distancia entre nosotros.

Me está dejando hacer esto en mis propios términos.

Nunca me he detenido tanto antes de un beso, porque nunca he podido contar con tanto tiempo antes de que hubiera un beso. Cierro los ojos y puedo sentir el leve calor de su respiración.

Rozo sus labios con los míos.

Es algo rápido, breve. Me aparto rápidamente, pero él no me sigue. Se queda ahí, quieto como una estatua, exactamente como me ha prometido.

Nunca, jamás, he sido capaz o he tenido la posibilidad de hacer esto.

Lo beso de nuevo y siento sus labios cálidos y secos contra los míos. El contacto envía descargas de energía por todo mi cuerpo. West. Estoy besando a West. Él no se mueve ni tampoco me devuelve el beso. Sin embargo, noto la tensión de sus hombros bajo mis palmas.

—Esto es tan… interesante —le digo.

West suelta una risita tensa, apenas contenida.

—Bien.

—¿Puedo seguir?

—Sí —me dice en un susurro.

Presiono mis labios más firmemente contra los suyos. Ladeo la cabeza, y sus labios se mueven con suavidad contra los míos, limitándose a seguir mi ritmo. No me presiona ni me empuja ni invade mi espacio.

Es mucho más que agradable. El calor se expande por mi cuerpo por la cálida presión de sus labios. Retrocedo con mis dedos hasta el borde de su camisa. Me encuentro con la suave piel de su nuca. Los mechones cortos de su pelo entre mis dedos me hacen cosquillas.

Me aparto solo un poco. Tiene los ojos cerrados, y toma una larga bocanada de aire antes de abrirlos. Ahora son de color ámbar oscuro y, cuando se encuentran con los míos, estamos más cerca de lo que lo hemos estado jamás.

Noto la tensión de su cuerpo bajo mis manos.

—¿Ha estado bien? —le pregunto.

—Sí. —Su voz es grave; sus manos siguen ocultas en sus bolsillos —. Lo estás haciendo genial.

Paso los dedos por su pelo.

—No paras de decirme eso.

—Porque es la verdad.

—¿Entonces no es porque te dije que encuentro difícil gestionar los halagos?

Su mirada baja hasta mis labios, y veo cómo traga con fuerza.

—No, no tenía eso en mente.

—¿De verdad? A lo mejor me estás diciendo todas estas cosas para hacerme más fáciles las lecciones. —Me acerco más a él, llevada por el deseo de volver a tocarlo solo una vez más—. ¿Te parece bien si vuelvo a probar?

West aprieta la mandíbula.

—Sí.

Esta vez lo beso con más seguridad. Nunca me había dado cuenta de lo genial que podía ser besar de esta forma, estando completamente presente en el momento. Sabiendo que puedo apartarme cuando quiera, que puedo intensificar el beso cuando quiera. No hay ningún movimiento de mano para tocarme el culo de repente, ni ninguna lengua que pretenda empujar la mía.

No son más que sensaciones. Su calor. Su sabor. Sus labios se mueven contra los míos imitando levemente mi propio ritmo, y me pierdo a mí misma como nunca antes lo había hecho. Me olvido de las expectativas. Paso mis dedos por el pelo corto en su nuca y noto cómo West se estremece.

Toco ligeramente su labio inferior con mi lengua. West suelta un gemido y el sonido viaja hasta mi estómago, creando nudos allí.

Sus labios se separan, invitándome a entrar, si quiero.

A lo mejor no debería, pero lo hago de todos modos porque necesito tener más de él. Así que profundizo el beso. Lo noto caliente contra mí y, cuando su lengua roza la mía, es como si una

chispa se encendiera en mi interior. Es como si fuera electricidad, o quizá como el romper de una ola. Sea lo que sea, es algo que me sorprende y emociona.

Sabe a menta y a calidez y, de alguna forma, a él mismo. Bajo mis dedos por la parte lateral de su cuello y siento su pulso fuerte y veloz allí. ¿A él también le afecta? ¿O soy solo yo la que siente ese deseo?

Rompo el beso y vuelvo a poner los talones en el suelo. Nunca había visto los ojos de West tan oscuros como ahora. Mi respiración está acelerada, pero él parece no estar apenas respirando. Como si de verdad fuera una estatua de piedra.

Acabo de besar a West Calloway.

¿Se suponía que tenía que sentirme así de bien?

El cuerpo me hormiguea y tengo las mejillas ardiendo, pero él me está mirando como si para él apenas se hubiera desatado una pequeña irritación bajo la piel.

A lo mejor no le ha gustado.

Sé que no está interesado en mí, al menos, no de esa forma. Aún sigue siendo la persona que me rechazó hace años. «Aburrida». «La última mujer con la que saldría». Pero de repente siento la desesperación de saber que lo ha disfrutado tanto como yo. Que, aunque este «nosotros» no sea real, yo no le desee a él y él no me desee a mí, al menos no he estado sola en ese momento de deleite.

—Eso ha estado… muy bien. —Su voz sale ronca, como si llevara tiempo sin usarla, a pesar de que solo nos hemos besado durante un minuto—. ¿Te ha sido de ayuda?

Claro. Esto no era más que una práctica de besar a alguien en mis propios términos.

—Sí. Me ha sido de ayuda.

La mandíbula de West se tensa.

—Bien. No tendrás más que decírmelo cuando quieras practicar de nuevo.

—¿Seguro que no te importa? —le pregunto. Ahora tiene un aspecto mucho más tenso que antes de que nos besáramos. Antes

estaba enfadado de mentira, pero ahora… No soy capaz de leerle.

—Sí —me dice—. Estoy muy seguro. Cuando quieras practicar, practica conmigo. Cuando sea. Donde sea.

—Gracias. Es generoso por tu parte.

West suelta una risotada. El sonido resulta cálido.

—No me lo agradezcas tanto, que tampoco me supone una dificultad.

—¿Ah, no?

—No. —Su rostro se transforma cuando está sonriendo. Es como si se llenara de vida, haciendo que sea casi hasta difícil mirarlo—. No es difícil besarte.

Oh.

Oh.

Los dedos se me crispan a los costados. Conozco lo suficiente de West como para estar segura de que nunca dice cosas que no siente o piensa realmente. En ese sentido, es mi opuesto. No se esconde ni se complica. Nunca hay ni rastro de falsa educación en él.

Así que no sé cómo gestionar esa información.

No le importa besarme. No. Le importa. Besarme.

—No le des muchas vueltas. —La sonrisa en su rostro desaparece —. Estoy transitando una delgada línea. Quieres reafirmación por mi parte, pero tampoco te gusta que los tíos te deseen demasiado. ¿Cierto?

—Cierto. —Mi voz suena inexpresiva a través de los hormigueantes labios. «Bésame cuando quieras». «Donde quieras»—. Pero contigo no me siento así.

Eso pretendía ser reconfortante.

Sin embargo, esa sombra de su anterior sonrisa ahora desaparece por completo.

—Bien. Porque solo estamos practicando, ¿no? Para cuando empieces a salir con chicos después de todo esto. Para cuando estés buscando una verdadera relación.

—Sí —repito yo—. Pero está bien saberlo. Está bien saber que no estás… que te resulta tolerable. El dejar que te bese.

West mira al techo, dejando su nuez a la vista. Me pregunto si no estará contando hasta tres.

—No pienses en mí —dice finalmente, volviendo a mirarme—. Solo piensa en lo que tú quieres. ¿Puedes hacerme ese favor?

Asiento rápidamente con la cabeza.

—Sí, puedo.

—Esa es mi chica —me dice, y la alabanza me sienta tan bien como sus labios.

CHAT DE GRUPO

RAFE: ¿Te has recuperado ya de tu último viaje, Alex? No podemos permitirnos otro accidente.

WEST: Aunque fuera enormemente entretenido.

ALEX: Que os jodan.

RAFE: Como el ganador de la partida de póker de las últimas vacaciones, me gustaría que se tuviera en cuenta que manejé la falta de deportividad de Alex con gracia.

WEST: Sí, fue justo así; le dijiste que se jodiera con mucha clase.

ALEX: ¿Y tú? ¿Te has recuperado ya de la resaca? No te había visto maltratar así al whisky desde el internado.

RAFE: No sé a qué te refieres.

WEST: También tengo evidencia visual de eso.

ALEX: ¿Tendrás algo de tiempo al menos, West? Estamos a apenas semanas de nuestro próximo viaje. Quiero decir, teniendo en cuenta que tienes una nueva novia y todo eso…

JAMES: Lo hemos perdido; se ha pasado al lado oscuro.

RAFE: De verdad que todas estas bromas van a envejecer más bien rápido. Que no están saliendo DE VERDAD.

JAMES: Pues claro que no. Las hermanas están prohibidas.

ALEX: Yo personalmente mataría a West en tu nombre, Rafe, si fuera cierto.

JAMES: ¿Estrangulado y cortado en trocitos?

ALEX: Desplumado y alquitranado.

WEST: Muchas gracias.

CAPÍTULO 19



Nora

La fiesta Paraíso Perdido tiene lugar en una mansión no muy lejos de Fairhaven. A pesar de la cercanía, las propiedades no podrían ser más opuestas.

Se trata de un antiguo edificio alto con dos torres que se elevan hacia el cielo nocturno. Todo el camino de entrada está cubierto de antorchas. No hay columnas majestuosas o ladrillo rojo como en Fairhaven. La casa es gris, ornamentada, como sacada de un cuento de hadas escocés.

West está callado a mi lado en el coche. Esta noche tiene una especie de aire reflexivo, de estar metido en sí mismo, como si fuera hermético dentro de su traje gris oscuro. No lleva gemelos, y los dos primeros botones de su camisa blanca están desabrochados. Es como si le hubiera entrado demasiada prisa como para cuidar los pequeños detalles.

Como si estuviera metido en sus pensamientos.

Me contó un poco sobre esta fiesta: que las invitaciones son de lo más codiciado, que los móviles están prohibidos y que la ubicación del evento siempre cambia.

—¿Quién va a ir esta noche? —le pregunto.

West mira por la ventana, hacia la propiedad. Es como si cada centímetro de su cuerpo irradiara una sensación de estar preparado para algo, lo cual hace que a mí se me encoja el estómago.

No me responde hasta que Arthur para el coche junto a una fuente circular. En el centro hay un ángel caído hincado sobre una rodilla, con las alas alzadas y la cabeza inclinada. Nunca había visto nada igual.

—Todo el mundo —dice West de forma cortante—. ¿Te quedarás cerca de mí?

—Lo prometo.

—Los guardias no pueden entrar con nosotros, pero este sitio tiene mucha seguridad. Estarás a salvo. —Sale del coche y me ofrece una mano. Yo la tomo, y sus largos dedos se cierran alrededor de los míos.

El aire tiene un denso olor a velas quemadas. Estas decoran los escalones hasta la puerta de la propiedad y el espacio que hay más allá de ella. La obra *El paraíso perdido,* de Milton, gira completamente en torno a la redención y la tentación; ángeles y demonios, cielo e infierno. He diseñado mi propio vestido para esta fiesta. Acabó distrayéndome de las prendas que tengo que crear para la exhibición, pero resultó una agradecida distracción y, además, una oportunidad para probar un diseño personalmente.

Llevo una tela blanca con buena caída que flota sobre mi cuerpo y se ciñe a mi cintura. Sería un atuendo angelical de no ser por la raya de ojos oscura que llevo y las ondas ligeramente desordenadas de mi pelo.

—Pero ¿quién organiza estas fiestas? —le pregunto a West. Ha dejado mi mano en el recodo de su brazo.

—Alguien con un sentido del humor retorcido.

—Hay algo más aparte de lo que me estás contando.

—Sí. —Suspira—. Organiza unas cuantas fiestas como esta al año. Digamos que es una mujer con apetito para los juegos. Y tiene buenas conexiones.

—Esta localización es increíble.

—Lo es —dice con rigidez—. Ha escogido la ubicación de esta noche por alguna razón.

Las enormes puertas de roble crujen al abrirse frente a nosotros. Estas revelan un largo pasillo rebosante de figuras con varios tipos de disfraces. Algunas van vestidas como ángeles de verdad. Me lleva un momento distinguir las bandejas que llevan de un lado a otro, y entonces me doy cuenta de que son camareros llevando comida. También hay demonios, por lo que veo. Veo a uno de ellos paseándose por la sala de estar con una bandeja de chupitos.

Algunas personas se paran para saludar. Yo les sonrío a todos y luego doy las gracias por los halagos que una mujer le dedica a mi vestido.

West me da una copa de champán que acepto agradecida, y empezamos a hablar con dos de las personas que están a nuestro lado. Son una pareja de unos cuarenta años quizá, y a uno de ellos logro reconocerlo vagamente de alguna película. Se está comiendo una ostra y, cuando ve que estoy mirando, me hace un gesto de cabeza hacia la habitación adyacente.

—Allí las encontrarás, recién abiertas.

—Suena delicioso —le digo. West sigue callado a mi lado. No es propio de él; durante la gala benéfica en Fairhaven, era él quien dominaba la sala. Habló con todo el mundo como si los conociera a todos o, como poco, supiera de su existencia.

Pero ahora está rígido. Sus ojos vagan por una escalera en espiral que hay en el pasillo, pasados los antiguos retratos familiares colgados de las paredes. Parecen retratos al óleo de la familia de esta casa. Uno de ellos tiene un buen tajo en el centro. Todo el lugar está decorado con flores, vides y vino. Es el paraíso.

Me pregunto dónde estará el infierno.

Antes de que pueda exprimir más la conversación, una mujer asiática con un brillante vestido dorado se nos acerca. Su pelo es oscuro, del color de la medianoche, todo recogido en lo alto de su cabeza y adornado con lo que parecen ser aretes de diamantes. Tiene un aspecto atemporal; lo mismo podría tener treinta y cinco que cincuenta y cinco años.

—West —dice con una amplia sonrisa—. Has venido. Qué agradable tenerte. —Sus ojos parpadean en mi dirección, y su sonrisa no se mueve ni un milímetro de su sitio—. ¿Y esta es…?

—Sabes exactamente quién es —dice West. Pese a la tensión, su voz es suave—. Esta es Eléanore Montclair. Mi novia.

Me inclino hacia el costado de West y sonrío a la mujer como si fuera la chica más feliz del mundo.

—Es un placer.

Examina mi vestido, mi pelo, mi cara. Su escrutinio dura tanto que tiene que estar haciéndolo a propósito.

—Vivienne Cho —me dice—. Es un placer tenerte al fin en una de mis pequeñas fiestas. Tu hermano ha asistido a mis fiestas con bastante frecuencia.

—Lo lamento —digo de broma.

—Ahora por fin tengo la colección completa. —Su brillante atención vuelve a posarse en West—. ¿Te gusta el lugar que he escogido para la fiesta de esta noche? Tuve que mover algunos hilos, pero, una vez elegí la temática, supe que tenía que celebrar la fiesta en Thorn Hall. Y no podría estar más cerca de tu casa, además.

—Me parece de mal gusto —dice West.

La mujer vuelve a reírse y yo alzo la cabeza para mirar a West, sorprendida. Su expresión está esculpida en piedra. Rara vez lo he visto así; su expresión es de enfado, de resignación.

—Oh, ¡pero si eso es lo divertido! —dice ella—. Encajaba tanto con la temática… ¿No te parece?

—En eso tienes razón. ¿Ha venido esta noche?

—Tenía que invitarlo, por supuesto —contesta Vivienne—. Ha estado tratando de restablecerse, tratando de levantar una nueva fortuna poco a poco.

—Ya lo he visto —dice West con tirantez.

—A lo mejor nos deleitáis con un espectáculo vosotros dos, ¿no?

—Yo creo que no. —La mano de West acaba en la parte baja de mi espalda—. No me gusta actuar frente a un público.

—Pues es una pena, porque a mí me encanta. —Mete la mano en el sobre que lleva como bolso. Entonces saca una llave grande de latón con un lazo rojo y me la da directamente a mí. La siento pesada sobre mi palma—. No os olvidéis de hacerle una visitilla al sótano.

Vivienne se aleja, sus caderas moviéndose a través del gentío.

—¿Quién era esa? —pregunto—. Y no te está permitido responder con un «nadie».

West toma la llave y la guarda en su bolsillo.

—Ella organiza estas fiestas varias veces a lo largo del año. Es… Tiene buenos contactos. Y no es alguien a quien quieras hacer enfadar.

—Pues creo que acabas de hacer justo eso cuando le has dicho que su fiesta era de mal gusto.

—He dicho que la localización era de mal gusto, no la fiesta.

—Estás discutiendo una simple cuestión de semántica. —Tomo otro sorbo de mi champán—. ¿Y por qué es de mal gusto la localización?

Se le tensa la mandíbula.

—No es algo de lo que vayamos a ponernos a discutir ahora mismo.

Yo presiono; exactamente como él me dijo que hiciera.

—Me dijiste que te hiciera enfadar para practicar. Así que a lo mejor no lo dejo estar.

Sus ojos destellean en mi dirección y sus labios se curvan. Solo un poco.

—Eso dije, sí. ¿Vas a hacer que me arrepienta de haberlo dicho?

—Puede que lo intente.

Deja su mano abierta sobre mi espalda, y entonces sus ojos se agudizan. Como si acabara de darse cuenta de que mi vestido va abierto por la espalda y su mano descansa sobre mi piel desnuda. Su contacto es cálido, además, lo que me provoca un escalofrío.

—Bien —me dice—. Lo estás haciendo muy bien.

—Porque te estoy molestando.

—Sí. Y estás haciendo un trabajo jodidamente bueno distrayéndome también.

—¿Necesitas distracciones esta noche?

—Daño no haría. Necesitamos que algunas personas de esta fiesta nos vean juntos. —West me guía a través del gentío hasta otra habitación. Esta es bien grande. En el centro hay una vieja chimenea de piedra, pero ningún mueble de uso diario. Este sitio parece casi abandonado, igual que el pasillo.

Hay un *barman* en una esquina y una gran mesa de póker en el centro.

—¿Frente a quién estamos fingiendo ahora? —le pregunto—. Tu madre no está aquí. El acosador tampoco.

West echa un vistazo por todo el espacio.

—Algunas de las personas más poderosas del mundo asisten a las fiestas de Vivienne. Los cuchicheos siempre acaban extendiéndose más allá de la fiesta. Y eso es lo que quiero.

Paso la vista por la mesa de póker y la neblinosa habitación. Más de uno está mirando en nuestra dirección. Igual que durante el partido de polo.

—La gente nos está observando.

—¿Quieres que protagonicemos un espectáculo?

—No me vas a volver a llevar en brazos.

—Si te rompes un tacón igual sí lo hago.

—Tendré cuidado, entonces.

Nos guía a ambos más allá de la mesa de póker. Hay gente en este lugar a la que reconozco. Caras famosas, algunas familiares. Gente a la que he visto hablar con mi hermano en alguna ocasión.

—¿Tú juegas? —Es una pregunta estúpida. Sé que juega; mi hermano pierde mucho dinero en cada viaje que hace con los chicos. Cuando se pasan media semana en un sitio perdido de la mano de Dios haciendo retos y cometiendo errores; viajes que siempre acaban con una partida de póker.

—Ya sabes que sí —me dice West en voz baja. Se ha asegurado de que estemos girados de forma que estoy dando la espalda a la

partida y él puede mirar a los invitados por encima de mi hombro—. Creo que alguien de mi familia ha venido esta noche. Nunca se pierde una partida.

—¿Quién?

—Mi primo.

—¿Él también es parte del plan casamentero?

—En cierto modo, sí.

—Así que quieres que demos espectáculo —murmullo para luego recorrer su pecho con las manos. Dejo las palmas bien abiertas, justo como me ha enseñado en nuestras lecciones de defensa personal.

—Más vale que no te dé —me dice— por practicar lo de rechazarme ahora mismo.

—Pero tú quieres que mejore.

—Claro. Y practicaremos más. En privado.

Mis dedos se cierran en torno a sus solapas. Quiere que la gente que está aquí piense que somos pareja. «Los cuchicheos siempre acaban extendiéndose más allá de esta fiesta…».

—Pues tú tampoco me rechaces —susurro, y me levanto un poco para tocar su mejilla con los labios.

West se queda petrificado. Nunca he visto a un chico reaccionar así. Siempre han tratado de exprimir el momento al máximo, deprisa y corriendo: su boca sobre la mía, demasiada lengua demasiado pronto…

Me bajo sobre mis tacones y sonrío con deleite.

—¿Actuando para tu público? —Sus ojos color *whisky* resultan ilegibles ahora.

—Estoy dando espectáculo. Eso es lo que tú querías, ¿no?

Suelta una risa entre dientes. Es un sonido oscuro, que pica tanto como su barba.

—Si crees que eso puede calificarse como «dar espectáculo», problemas, entonces vamos a tener que trabajar tú y yo en nuestras definiciones.

Mis ojos caen brevemente en sus labios, y luego vuelvo a mirar a otro lado rápidamente.

—No me pareces el típico hombre al que le encanten las muestras de cariño en público.

—Y tú pareces pasar mucho tiempo pensando en mi vida sentimental —murmulla, volviendo a deslizar la mano en torno a mi cintura. Justo donde me dijo que la mantendría—. Ven. Solo nos queda un lugar por ver.

Meto la mano en el bolsillo de su traje y saco la llave de latón.

—Déjame adivinar: ¿esta llave abre el infierno?

—Veo que lo has pillado y has captado la temática —me dice—. No debería llevarte allí, pero lo haré. Y pagaré el precio por hacerlo.

La emoción hace que la sangre me empiece a palpitar.

—Puedo con ello.

—Sé que puedes. —Estira la mano para tomar la mía y entrelaza sus dedos con los míos igual que el otro día en nuestra sesión de práctica; calor contra calor—. Por aquí.

—Ya has estado antes en esta casa.

—Muchas veces.

—Conocías a la persona que vivía aquí.

—Sí. Pero vamos a entrar y a salir de aquí antes de que pueda aparecer. Esa no es la persona que ando buscando. —Tira de mí por un pasillo y a través de una vieja biblioteca de madera. Todo el lugar es gótico, muy diferente en su diseño a Fairhaven.

West se para frente a una puerta de madera ornamentada flanqueada por un camarero de pelo de color arcoíris y un atuendo de demonio: pantalones rojos de cuero y un ceñido chaleco rojo. Se pueden apreciar unos cuernos a través del pelo.

West enseña la llave.

El camarero sonríe y nos abre la puerta para revelar una oscura escalera que lleva directamente a un sótano.

Bajamos por el oscuro espacio y entramos en una habitación cavernosa bañada por una luz roja. El techo es bajo y está apoyado en gruesos pilares de piedra. Hay humo flotando por la habitación.

El olor es lo primero que me llega: incienso y sudor, y algún tipo de perfume fuerte.

Hemos llegado al infierno.

CAPÍTULO 20



Nora

El espacio está iluminado con luces rojas. Un humo denso pasa por nuestros pies, y es como si el propio aire fuera embriagador. Distingo algunos cuerpos bailando al vibrante ritmo de la sala. Otros están sentados en futones, y hay una pareja acomodada sobre uno de ellos…

Enrollándose indolentemente.

Una copa cuelga de la mano del hombre mientras su pareja le besa el cuello. Los miro durante demasiado tiempo, y por eso pego un respingo cuando un camarero se nos acerca. Va vestido con un traje de cuero rojo y lleva una oscura sombra de ojos que delinea su mirada.

—Bienvenidos al infierno. —La bandeja que lleva en la mano contiene chupitos, algunas copas y… ¿eso son pastillas?—. Ten cuidado aquí abajo, ángel —me dice con una sonrisa que, básicamente, me anima a tener de todo menos cuidado.

—Gracias. —Me estiro para coger uno de los chupitos. Quema. Es *whisky* con algún tipo de especia.

West coge mi copa vacía.

—No sabes lo que era eso.

—Alcohol —digo con una sonrisita—. Y coraje en forma de líquido. Dios, de verdad que no me gusta el *whisky.*

—Ten cuidado con lo que bebes aquí abajo. —La oscuridad del lugar arroja sombras sobre sus afilados pómulos.

—Suena como si hubiera peligro aquí abajo.

—Lo hay. —Vuelve a cogerme la mano. Sus dedos se cierran en torno a los míos, y entonces echamos a andar por la fiesta.

Como si fuéramos de la mano todo el tiempo.

Su palma es cálida y un poco rugosa contra la mía, y me envía una descarga de calor por el cuerpo. Lo besé ayer.

Besé a West Calloway.

Y él me dejó besarlo, establecer el ritmo y el punto de partida.

Me lleva a través del bar y de otro sofá de terciopelo con dos mujeres enrollándose con tanta pasión que parece más bien el preludio de algo que deberían hacer a puerta cerrada. Aunque probablemente ese sea el punto.

Las virtudes gobiernan el paraíso escaleras arriba.

Pero aquí abajo, todo está perdido.

Y West me ha traído aquí. No lo ha evitado ni ha venido solo en algún inútil intento de protegerme. Me ha dejado venir.

La emoción me atraviesa.

Este lugar es electrizante.

El aire se vuelve más denso en la siguiente habitación, caldeada por el incienso. Claramente West ha estado aquí antes; sabe que tiene que rodear un pilar y bajar por unos pequeños escalones. Este sitio es enorme… y, aun así, hay gente por todas partes. Y en varias fases de desnudez.

La mano de West me resulta cálida, rodeando la mía.

No puedo dejar de notar la sensación; la sensación de tener a West aferrándose a mí como si estuviéramos juntos. Sé que es todo un paripé. Pero no puedo no disfrutarlo.

Otra pareja nos para. El hombre sonríe ampliamente y se inclina para hablar con West. No puedo oír lo que le dice, pero prácticamente puedo sentir la irritación de West porque nos hayan parado.

Miro a mi alrededor, mi mano aún aferrada a la suya. Hay gente paseándose por el lugar, bebiendo, hablando. Dos están enrollándose. Unas cortinas cuelgan del bajo techo, creando pequeños muros de separación, rincones escondidos.

Una mujer de pelo rubio-rojizo está de pie junto a la entrada de uno de esos espacios al otro lado de la habitación, con un martini en la mano.

¿Esa es…?

Se da la vuelta, y sus ojos se cruzan con los míos.

Amber.

Su mirada va más allá de mí, al lugar donde West aún se encuentra hablando con alguien. Se lleva un dedo a los labios.

Yo asiento. «No se lo contaré».

Amber sonríe brevemente y entonces se desliza fuera de mi vista, desapareciendo de la habitación sin ser vista por su hermano. Ahora tengo más curiosidad que nunca. ¿Amber está aquí? Vivienne no lo ha mencionado antes, pero sí que ha mencionado a Rafe. Y si West tampoco debería saberlo…

A lo mejor se ha colado de alguna forma.

Tengo que preguntarle algún día.

La música está demasiado alta como para entender la conversación de West, así que sigo mirando alrededor. Hay un hombre apoyado contra la pared justo a nuestro lado. Tiene el pelo de color rubio oscuro y su camisa de seda negra cuelga de sus hombros, abierta, dejando a la vista sus abdominales.

Curva uno de sus dedos en un gesto de invitación para que me una a él. Sus labios muestran una gran sonrisita.

Oh.

Me encojo levemente; un gesto que ni es un sí ni es un no.

—Pareces sedienta —me dice—. Deja que te invite a una copa. Ven a jugar con nosotros.

Hace un gesto con la cabeza hacia un rincón que no había visto antes. Está medio oculto por una tela que cae como una cortina, y ya hay dos personas dentro. Hay una mujer sentada entre las

piernas abiertas de un hombre cuya mano agarra uno de los pechos de ella.

Ambos están mirándonos.

—Eh… ¿Contigo y tus amigos? —pregunto.

—Tenemos sitio para ti también, preciosidad.

La mano que está unida a la mía se tensa de pronto, y entonces West vuelve a estar a mi lado.

—No está disponible.

El otro hombre levanta las manos con una sonrisilla.

—Bueno, tú también eres bienvenido.

—Yo no comparto —dice West de manera tajante, y me lleva consigo. Yo le sigo mientras le dedico un pequeño gesto de la mano al rubio guapo a modo de despedida. Este tío estaba dispuesto a hacer un… ¿quinteto? No sé ni cómo podría funcionar eso logísticamente.

A lo mejor, pasadas las cuatro personas, se deja atrás el sistema numérico y pasa directamente a considerarse una orgía. No sé cuál es la etiqueta. Ni siquiera me he acostado con una sola persona.

Pasamos bajo un arco, y una enorme habitación se abre ante nosotros. Hay otra mesa de póker en el centro, justo igual que la del piso superior, y me doy cuenta de que debe de estar exactamente en la misma posición que la que vimos arriba.

Como es arriba, es abajo.

La mesa está llena. Algunos jugadores miran sus cartas, y otros a sus oponentes. Una mujer de piel negra lleva un vestido espectacular con plumas rojas adheridas a unas mangas que caen sobre sus dedos allí donde sostiene sus cartas.

Y todos están en silencio. El único sonido de la sala viene de los espectadores. Porque también hay muchos espectadores, apoyados en las paredes.

La gente nos está mirando.

West está acostumbrado a este tipo de juegos, de eso estoy segura. Me guía entre la multitud de miradas hasta el único sitio que

queda libre. Es una única silla de respaldo alto colocada en uno de esos rincones, sus cortinas de terciopelo abiertas.

De camino al sitio nos cruzamos con otra bandeja.

Yo cojo otro de esos chupitos picantes y me lo bebo de un trago cuando West no está mirando. Ahora me sabe mejor, y quema junto a la emoción que palpita por todo mi cuerpo.

—Hora del espectáculo, problemas —dice West—. Solo hay una silla. ¿Crees que podrías sentarte encima de mí?

Siento la reverberación del ritmo palpitante de la música en mi esternón. Mi corazón se acelera.

—Sí. —Puedo sentir cómo la gente nos observa a mis espaldas. Les estoy bloqueando la vista de West…, pero también les estoy ofreciendo una buena vista de mi vestido de espalda al aire —. Haré mi papel si estás preparado para recibir otro rodillazo durante nuestra siguiente práctica.

Sus labios se curvan.

—¿Un rodillazo tuyo? Cuando quieras.

Se sienta con las piernas separadas y coloca las manos en mis caderas. «Te tocaré en público», me dijo. Me hundo en su regazo. Más que despatarrarme, lo que termino haciendo es sentarme sobre él de forma precaria, y a West solo le lleva un segundo soltar una risita detrás de mí. Su mano encuentra la curva de mi cintura, y me echa hacia atrás hasta que acabo apoyando la espalda en su pecho.

—Relájate —murmura.

La gente sigue observándonos.

Su mano es cálida, firme. Puedo sentir cómo su pecho sube y baja con su respiración detrás de mí.

Echo la cabeza hacia atrás, para que descanse en su hombro.

—¿Hay dos partidas de póker?

—Arriba —me explica West—, juegan por dinero. Aquí abajo, juegan por cosas mucho más interesantes.

—Has jugado aquí antes.

Le lleva un rato contestar.

—Sí. Cuando era más joven y más estúpido.

—Puedes perder mucho aquí abajo —supongo. La tensión en la mesa es palpable. Algunos de los jugadores están callados. Otros están bebiendo compulsivamente o charlando con alguien sentado tras la mesa de póker.

—Puedes perderlo todo —dice West.

Deslizo mi mirada de la mesa al futón de la esquina, donde la pareja ya ha pasado de enrollarse a… meterse las manos entre las piernas. Nunca he visto nada parecido.

West se percata del lugar donde tengo puesta la vista y gira la boca hacia mi oreja.

—¿Alguna vez has visto a otras personas tener sexo?

La respuesta es fácil.

—No. ¿Es algo normal en estas fiestas?

—No. No es nada insólito, eso sí. Pero creo que todo se ha intensificado esta noche. Especialmente aquí abajo.

Mis ojos se posan de nuevo en la pareja de la esquina. Un hombre tiene agarrada contra él a una mujer, medio reclinado en el diván de terciopelo. Ella lleva la falda arrugada y levantada, y la mano de él está entre sus piernas. No puedo distinguir nada con claridad con esta iluminación roja y neblinosa, salvo que la mano de él cubre perfectamente el sitio entre sus piernas. Y a juzgar por la forma en la que ella tiene la cabeza echada hacia atrás en absoluta felicidad, la está tocando bien.

Un calor repentino me sube hasta las mejillas. No parece importarles que haya otras personas en la habitación. Más bien al contrario: parece gustarles. Ser observados.

Los dedos de West se curvan en torno a mi cintura, y puedo sentir su respiración contra mi oreja.

—Tu hermano me va a matar cuando se entere de que te he traído aquí.

CAPÍTULO 21



Nora

—¿Tiene que enterarse necesariamente? —le pregunto.

—La gente se lo contará probablemente. La gente que nos vea aquí esta noche.

Ah.

—Pues menos mal que al menos nadie nos puede hacer una foto aquí.

—Gracias a Dios —murmura.

Pero sus palabras me dan qué pensar.

—¿Tú has hecho… eso alguna vez? ¿En otras fiestas? —Me pongo tensa—. Ay, Dios, ¿y mi hermano? No, mejor no me contestes a eso.

West suelta una risita por lo bajo.

—Ya te lo he dicho; no me van los espectáculos.

—Y, aun así, aquí estamos —le digo. Hay varias personas en la mesa de póker que claramente se han percatado de que West está aquí. Uno de ellos es un hombre unos años mayor que nosotros, sentado justo en el centro y en nuestra línea de visión.

Alza la cabeza para mirarnos con los ojos bien abiertos y después vuelve a bajarla hacia sus cartas.

—Sí, pero no vamos a hacer lo que otros estén haciendo. —La otra mano de West acaba descansando en el lateral de mi muslo, con el brazo acomodado sobre mí. Es un gesto casual, posesivo.

Tiene puesto el brazo en torno a la mujer que ha traído con él esta noche.

Los chupitos me han ayudado a sentirme más liviana, menos en mi cabeza. Deslizo mis dedos por su antebrazo, ahí donde descansa a un lado de la silla. Nunca he tocado a un hombre de esta forma. De manera casual, sin expectativas; solo para explorar.

Lleva la manga de la camisa subida y sus antebrazos son tupidos, salpicados de pelo oscuro.

—Pero eso es porque no sales con nadie —le digo—. Por eso nunca te has visto en uno de esos sofás.

—No, problemas. Como ya he dicho, es porque no me gusta compartir. Y eso incluye dejar que otros miren mientras hago que una mujer se corra.

Su mano es grande, agarrada al borde del reposabrazos, y sus palabras me recorren como un eco cálido en susurros. «Mientras hago que una mujer se corra».

Yo solo me he corrido a solas, a base de cálidas caricias en mi habitación. Me he corrido a través de mis fantasías con hombres sin nombre ni cara, de historias y de mi propia imaginación. Pero su mano… ¿Cómo sería hacerlo a través de su mano?

Paso las uñas suavemente por su piel, desde la muñeca hasta el codo.

—¿Para quién estamos actuando?

La boca de West vuelve a girarse hacia mi oreja.

—El hombre del traje a rayas. Está sentado justo enfrente.

El hombre que no para de mirarnos.

—¿Ese es tu primo?

—Sí. —Noto bajo mis dedos curiosos cómo su mano se tensa alrededor del reposabrazos—. Es un pesado.

—No sois cercanos.

—No. No lo somos.

—¿Y necesitas que este hombre piense que tienes una relación seria, o que estás enamorado?

West gira la cabeza, y yo capto cómo sus ojos se entornan.

—¿Existe alguna diferencia?

—Pues claro. ¿Por qué iba a pensar que estás comprometido con esta relación, y no simplemente que has traído a una chica hoy para pasártelo bien? —Me muevo sobre su regazo. Esto no es muy diferente de algunos trabajos de modelaje que he hecho, posando con modelos masculinos. Es algo coreografiado, calculado. Una actuación.

Para contar una historia.

—Necesito que piense que vamos en serio.

—Que estoy enamorada de ti. Eso es lo que estás queriendo decir, ¿no? —Dejo la mano abierta sobre su pecho y sonrío como si me hubiera encandilado con algo que está diciendo. Mi frente descansa contra su desnudo y cálido cuello. Huele bien.

Sus manos intensifican mi agarre.

—Sí.

—Se me da bien fingir —le digo.

—Sí, lo sé.

—Ya he posado así antes para algunas sesiones de fotos. —Alcanzo su mano, la que rodea mi cintura, y la coloco más cerca en mi regazo. Juego con sus largos dedos, los enrosco con los míos, y doy la impresión de ser la mujer más feliz, relajada y satisfecha del mundo.

No es una máscara que me resulte difícil llevar.

Puede que ni siquiera sea en absoluto una máscara.

Noto de nuevo la voz de West junto a mi oído.

—¿Posas mucho con modelos masculinos?

—A veces. Pero ahora estoy rechazando la mayor parte de trabajos de modelo que me ofrecen. —O al menos lo estoy intentando. A veces es difícil, como cuando es mi hermano quien me lo pide. Tengo una sesión para una marca de Valmont justo dentro de una semana de la que me fue imposible escaquearme.

—Deben de pedirte salir.

—A veces —repito. Acaricio su anillo grabado con el dedo; la B dorada de Belmont, la Academia Belmont. La escuela en Vermont. A

la que asistió con mi hermano, Alex y James. No sé qué pasó allí, pero Rafe fue enviado allí siendo un adolescente alborotado y regresó preparado para la universidad con tres mejores amigos, un anillo que nunca se quitaba, y un propósito.

—¿Alguna vez les dices que sí? —me pregunta West. Su otra mano ahora descansa en la parte baja de mi espalda, rozando mi piel desnuda.

—Casi nunca. Les digo que me encantaría, pero que viajo tanto…

—Les mientes. —Su voz solo muestra una comprensión fundamentada en la ironía. No muestra juicio alguno—. Les rechazas con un manto de amabilidad.

—Sí.

—Eres la mayor mentirosilla que he conocido nunca. —Su larga mano resulta cálida en torno a la mía, allí donde entra en contacto con mis muslos y sus dedos están enredados con los míos—. Y haces que parezca tan fácil… Pero no lo es, ¿verdad?

—No siempre. —Vuelvo a poner la vista en la partida de póker—. ¿Por qué tu primo?

Se queda callado durante un rato largo.

—Ya te dije que se espera que tenga un heredero. Si no cumplo con esa expectativa… el siguiente Calloway en la línea de sucesión directa es mi primo Dave.

—¿Amber no?

—No. Y es algo que ella odia. Yo lo odio. Estoy trabajando en solucionarlo —murmura West—. Pero a este lo desprecio profundamente, y no quiero que piense que está cerca de quedarse con… todo.

—Puede que te asesine. Ese es un móvil en toda regla, ¿no?

West se ríe. El sonido hace que me gire del todo hacia él.

—¿West?

—Tu mente puede llegar a funcionar de manera asombrosa.

—Pero no me equivoco.

—No, no te equivocas. Es una pena que no pudiera meter a los guardias aquí dentro. —No suena preocupado, sino como si le

hiciera gracia. Su mano se tensa en torno a la mía—. Todo el mundo te mira. Nunca habías estado aquí antes y tienen curiosidad. Y además hoy estás…

La respiración se me corta. De algún punto a nuestra izquierda sale un gemido que se deja oír por encima de la música.

—¿Cómo?

—Como un pez fuera del agua; como si no pertenecieras a este sitio —me dice—. Como un ángel que ha estado deambulando hasta acabar en el infierno.

Su mano es morena en contraste con la seda blanca de mi vestido. Ahora está arrugado, dejando a la vista la mayor parte de mis piernas justo por encima de las rodillas. Los tacones me cuelgan desde la altura de su regazo.

—Me he vestido de acuerdo con la temática.

—De una forma devastadora, sí.

Se oye otro gemido de algún sitio de esta sala, seguido por un rugido masculino por lo bajo. Me arden las mejillas, pero no puedo evitar mirar hacia el lugar de donde proviene el sonido.

Los dedos de West rozan mi cuello, mi mejilla. Me echan el pelo hacia atrás.

—¿Te gustaría acercarte más? ¿Ver más?

—No —le digo. Demasiado rápido.

—Eres demasiado pura para esta fiesta. Debería sentirme mal por haberte traído, por corromperte.

—Pero no te sientes mal —murmullo. Mis ojos se posan en la pareja al otro lado, y mi cuerpo se tensa.

Ahora están teniendo sexo.

Él está de rodillas y ella tumbada sobre su espalda, frente a él. Él está entrando y saliendo de ella en movimientos lentos y circulares. Ella tiene los ojos cerrados y los brazos estirados por encima de la cabeza. Veo cómo el pelo de él aparece y desaparece entre las piernas de la mujer con cada nueva embestida.

—Eso no puede ser normal —digo.

Mis dedos aún juegan distraídamente con los de West y, siguiendo a mi tono de incredulidad, se crispan.

—¿Tener sexo? —me pregunta.

—No. Pero es que ella parece estar experimentando el mejor momento de su vida. —Mi cabeza vuelve a tropezarse consigo misma, y ahora siento la lengua suelta. Más suelta de lo que nunca la he sentido en presencia de West—. Ni siquiera le está tocando la… la… ay, Dios. Da igual.

—Continúa.

Tengo todo el cuerpo demasiado caliente.

—Creo que no debería.

Sus labios rozan mi oreja.

—Algunas mujeres pueden correrse solo con penetración, pero es raro. Y aunque no lo haga, puede seguir sacando placer de la experiencia.

—Ajá. O a lo mejor está fingiendo —le digo—, frente a su pareja y frente a las personas en esta habitación.

—¿Así es como ha sido tu experiencia con el sexo?

—Creo que no deberíamos hablar de mi vida sexual.

—Pero tú pareces muy interesada en la mía —West replica—. Hace nada me has preguntado si alguna vez he hecho exactamente eso que están haciendo en alguna de estas fiestas.

Mierda.

Hago que mi voz suene burlona.

—Me da igual.

—Ajá. Pues yo creo que estás mintiendo.

—Te tienes en demasiada alta estima.

—O a lo mejor es que se me da bien leerte —me dice, con la mano ahora contra la curva de mi cintura. Es una mano grande y firme, presionada contra mi cuerpo. Su pulgar está a escasos centímetros de la parte inferior de mi pecho—. No finjas en la cama. Si eso es lo que has hecho hasta ahora.

—No pienso aceptar consejos tuyos sobre lo que debo hacer en la cama. —Mi voz es pura bravuconería. Otra mentira. Si supiera que

nunca he tenido sexo… Lo máximo que he hecho ha sido enrollarme con alguien.

Ese es mi mayor secreto y también mi mayor vergüenza, y estaré jodida si alguna vez dejo que West se entere.

—Bien. —La voz de West suena áspera en contraste con las cortinas de terciopelo y el humo que se arremolina por la sala—. Tú y yo no deberíamos estar teniendo esta conversación.

—No te preocupes. No estoy a punto de llamar a Rafe para contarle todo palabra por palabra.

—Si lo haces, avísame antes para que pueda reforzar mi equipo de seguridad. —Gira el cuello un poco y mira directamente al frente.

Hacia su primo Dave, el del traje a rayas. Tiene los ojos entrecerrados y la piel colorada. Me pregunto cuánto debe de haber bebido hasta ahora y cuánto lleva ya perdido en esa mesa. West ha dicho que juegan por algo más que dinero.

Mi corazón late rápido. A lo mejor es el sitio, los gemidos a nuestro alrededor o los chupitos que me he tomado, la causa directa de las mariposas que siento aletear en mi estómago.

—Nos está mirando —le digo.

El aliento de West resulta cálido junto a mi oreja.

—Es hora de vendérselo de verdad, problemas.

Su mano se desliza por mi cuello desnudo, dejándome la piel de gallina a su paso. Sus dedos se enredan en mi pelo y me alza la cabeza, bajando su rostro hasta quedar a la altura de mi cuello. Sus labios rozan mi mejilla y después se mueven hacia abajo por mi cuello, como si estuviera dejando besos suaves y apenas perceptibles allí.

Aunque, en realidad, no está haciendo nada de eso.

Sus labios no me están tocando la piel.

Le rodeo el cuello con la mano. Mis dedos se hunden vacilantes entre los mechones cortos y gruesos de su pelo. Es cálido. Y su cara sigue enterrada en mi cuello, más bien planeando sobre él; sus labios están muy cerca, pero no me están tocando, y su barba incipiente me roza la piel.

Actuando para nuestro público.

Ambos estamos fingiendo.

—Aún está mirando. —Me muevo sobre el regazo de West, girándome para mirarlo más de frente. Mis piernas ahora están completamente encima del muslo de West, colgando de este, y tengo el vestido ya peligrosamente subido. Su mano está justo ahí, en la piel desnuda de mi rodilla, a un dedo de la seda marfil.

—El puto pervertido —West murmura contra mi cuello.

Es un comentario tan inesperado que suelto una risita. Su agarre se intensifica, y yo deslizo mi mano por su mejilla y su mandíbula.

Ayer lo besé y me gustó. Es precisamente la seguridad que me da ese hecho, y el palpitante calor que me recorre, lo que me hace pedir más.

—Deberíamos besarnos. Para vendérselo de verdad, digo.

Sus ojos se oscurecen.

—Ya no vas a besar a ningún hombre solo por ser amable.

—No estoy siendo amable. Mañana te voy a dar un rodillazo. —Me inclino un poco más, ambos respirando el mismo aire ahora—. Me dijiste que podría practicar contigo. Cuando fuera, donde fuera.

—Sí que lo dije, ¿verdad? —Sus ojos se hunden en los míos—. Esta vez no voy a quedarme quieto, problemas. No si se supone que estoy besando a mi novia en público…

Se inclina lentamente. Dándome tiempo de sobra para apartarlo.

No lo hago.

Sus labios rozan vacilantes los míos, apenas un tangible contacto que me pone la piel de gallina.

Nadie me ha besado nunca suavemente.

Mis experiencias siempre se han caracterizado por avalanchas físicas, una cara contra la mía y el sabor de las expectativas y exigencias. Pero esto no es nada parecido.

West alza los labios, dejándolos a escasos milímetros de los míos. Como si estuviera comprobando que aún estoy presente, con él.

Mis dedos se tensan entre su pelo a modo de respuesta. «Sí».

Me besa con más fuerza, y ahora sus labios se mueven sobre los míos con experimentada sensualidad. Soy plenamente consciente de cada punto de contacto entre nosotros: su mano en la piel desnuda de mi espalda, sus dedos rodeando mi rodilla, su fuerte cuerpo bajo el mío.

No puedo pensar más allá de lo que me suscitan sus labios. Es como si mi capacidad de pensamiento se hubiese parado. Mi mano se tensa en su pelo, mis uñas rozando su cuero cabelludo.

West gime. El sonido reverbera en mi boca a través de la suya. Su lengua roza mi labio inferior con insistencia, buscando con ansia, y el calor dentro de mí se desliza hasta abajo, quedándose entre mis piernas.

Oh. Oohh.

Ahora ya no me está besando con suavidad.

Es difícil respirar, pero, de todas formas, no necesito aire. Solo necesito más de esto.

Pero entonces alza la cabeza, apartándola de la mía.

—Joder —murmura entre dientes. Mis ojos están fijos en el punto situado en la base de su garganta, allí donde sube y baja su nuez. Huele bien. Sabe bien.

Es como el otro día.

Y, al mismo tiempo, es completamente distinto.

West mira por encima de mi hombro, de vuelta a la sala, su mirada barriéndolo todo como si estuviera vigilando su reino. No está ni intentando recuperar el aliento.

Giro la cabeza para descansarla de nuevo contra su cálido cuello, como si solo estuviera haciendo mi papel. Intento esconder mi histérica respiración.

A lo mejor él no se siente como si su mundo hubiera cambiado. ¿Y por qué iba a sentirse así? Dijo que sería la última mujer con la que saldría. Está haciendo esto por sus propias razones, y no porque quiera hacerlo.

Mi antiguo enamoramiento tiene que seguir enterrado. Solo tendré que recordármelo.

Su pulgar roza la piel de mi muslo.

—Eso ha estado bien —dice al fin—. Lo has hecho muy bien.

Su elogio me provoca una ola de calor. Quizá no debería provocarme eso, quizá sea un comentario condescendiente, pero a lo mejor no importa lo que piense nadie más. A lo mejor solo importa el hecho de que me calienta hasta los huesos y que hace que me relaje contra la fuerza de su cuerpo.

No tengo que preocuparme de complacerlo cuando él mismo me dice que lo hago.

—¿Qué es lo que se están jugando? —pregunto, como si no acabara de darme el mejor beso de mi vida. Como si hubiera vuelto a mi papel—. ¿Lo sabes?

—¿Esta noche? —Su boca vuelve a estar junto a mi oreja—. Casas. Empresas. Barcos. *Jets* privados. Sexo.

Esa última palabra hace que mis ojos revoloteen inmediatamente en dirección a la esquina y la pareja de antes. Han cambiado la postura y ahora la mujer está encima. Se ha deshecho de su ropa y ya está cabalgándolo lentamente con un movimiento seguro de las caderas.

«A lo mejor disfruta del espectáculo», pienso entonces. A lo mejor disfruta de saber que la gente de esta sala la está observando y le está gustando lo que ve. El hombre bajo ella tiene los brazos echados por encima de la cabeza y la está mirando como si le hubiera bajado la misma luna.

A lo mejor ella también disfruta de eso, del poder de darle placer a otra persona.

—No puedes dejar de mirar, ¿verdad? —La voz de West es tensa.

Me ha vuelto a pillar.

Dejo caer la vista poco a poco y luego vuelvo a ponerla en la partida.

—Es difícil no hacerlo —admito—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Nos iremos pronto. Ya hemos hecho lo que vinimos a hacer.

Me muevo un poco sobre su regazo y miro alrededor buscando a uno de los camareros. No me importaría tomarme otro de esos chupitos picantes. Pero es entonces cuando la siento: la inequívoca dureza debajo de mí.

Me lleva unos segundos darme cuenta de qué se trata.

Ay, joder. Está aquí sentado… sin más. Respirando bajito y de manera uniforme, con la mano puesta en mi espalda desnuda y la otra cubriendo mi rodilla. Sujetándome contra su cuerpo.

Vuelvo a moverme sobre su dureza, y él aprieta los dientes.

Ay, Dios. West Calloway se ha empalmado. Y esa información me recorre el cuerpo como uno de esos chupitos, calentando cada rincón que toca a su paso. ¿Qué aspecto tendría su erección? ¿Cómo sería sentirlo a él?

¿Habrá sido nuestro beso?

Mis ojos vuelven a vagar hasta la mujer desnuda montando a su pareja. Es espectacular, con esos grandes pechos y las curvas de sus caderas. Tiene que ser por ella. Está viendo a otras personas teniendo sexo. Sí, parecía poco interesado en ellos, pero sigue siendo una persona. Un hombre. Es normal que eso le afecte.

Tiene que haber sido por eso.

CAPÍTULO 22



West

Estoy en el mismísimo infierno.

Nora cuelga de mi regazo, y es un peso suave y cálido. Su pelo me hace cosquillas en el cuello mientras observa a la pareja de la esquina con una atención que nunca antes la había visto mostrar.

Y yo estoy más duro que una puta piedra.

Esto es más que inconveniente. Es indecente. Me ha pedido ayudarla a practicar para que pueda sentirse cómoda navegando por el mundo de las citas y de los hombres, para que pueda aprender a articular lo que ella quiere. Me ha contado cómo los hombres a veces actúan como unos absolutos cerdos en su presencia.

Y aquí estoy yo, con la sangre bajando dolorosamente y a toda pastilla hacia el sur con solo probar sus labios por primera vez.

Yo empecé besándola con cuidado. Lentamente. Con un ritmo que ella pudiera seguir y con el que no se sintiera apabullada. Pero luego sus uñas han arañado mi nuca y no he podido resistirme a probarla también con mi lengua.

Es más dulce de lo que jamás pensé que sería.

Y ahora que la he probado, sé que nunca voy a tener suficiente.

En la mesa de póker, Dave está mirando sus cartas con la suficiente concentración como para que yo pueda saber con certeza que desea que le hubiesen tocado otras. Va a perder esta noche, como pierde todas las veces.

Es un Calloway, pero solo por parte del primo de mi padre. Y no puede alejarse de este tipo de fiestas… o de otros privilegios que su apellido le proporciona. Y no es que vaya nunca a asumir ninguna responsabilidad.

A Nora solo le he contado una verdad a medias.

Este tío no va a hacerse con Fairhaven; por encima de mi cadáver. Sé que ya está planeando lo que hará cuando llegue mi trigésimo cumpleaños y siga sin estar casado. Mi casa saldrá como apuesta en una de estas partidas, echándose a perder solo porque Dave cree que tiene unas cartas increíbles cuando en realidad no las tiene. La convertirá en un hotel o en un colegio privado, profanando la tierra para instalar ascensores.

Nora vuelve a moverse, y tengo que morderme la lengua para disimular mi gemido. Necesito que mi puto cuerpo se controle.

Después de que me besara el otro día, vacilante, dulcemente, gloriosamente, tuve que darme una ducha bien fría. Me la machaqué hasta pintar los azulejos con la imagen de su rostro tras mis párpados.

No debería pensar en ella de esa forma. Pero el «debería» no parece estar funcionando.

Fue tan dulce, besándome primero con cautela y luego con deleite. Como si de verdad lo hubiera disfrutado y le hubiera sorprendido todo el asunto. Me llevó cada milímetro de autocontrol no moverme. El mantener las manos en los bolsillos.

—Hay otra pareja a nuestro lado. —La voz de Nora suena entrecortada—. Son las personas a las que hemos estado oyendo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué están haciendo?

Se inclina hacia delante para ver mejor, y mis labios se curvan. Su emoción resulta encantadora. Es raro que las fiestas de Vivienne cuenten con actos sexuales en público como este. Si lo hubiera sabido… Pero ya estamos aquí, y no puedo negar que siento un oscuro y retorcido placer observando a Nora fascinada por el sexo. Hace que mi polla palpite bajo sus muslos.

—Se la está comiendo —susurra.

Joder. Su voz, diciendo esas palabras… Yo podría comérmela a ella. Sería tan fácil deslizar mi mano por debajo del vestido de ángel de un blanco virginal y llegar hasta su coño.

Para ver si está mojada tras observar a los otros.

Es la hermana pequeña de Rafe. Es mía para que la proteja y mía para que le enseñe cómo salir con tíos, pero no es mía en ningún otro sentido. Y, definitivamente, no es mía para que la pruebe.

Pero el sentimiento de culpa no hace que la polla se me desinflame.

—No sabía yo que fueras tan pervertida. —La agarro más fuerte y la muevo hacia delante para dejarla en el suelo—. Hora de irse, problemas. Antes de que te dé por preguntar si te puedes unir.

—No lo haría —me dice. Pero su voz suena aguda, nerviosa.

Vuelvo a coger su mano.

—¿Crees que esa mujer también está actuando?

—No. No lo creo. Su placer parece… real.

Me pregunto qué aspecto tendrá ella cuando se corre; si el encanto bondadoso, educado y definitivamente entrenado se cae y simplemente vuelve a ser ella misma. No creo que sea de las que gritan. Me pega más que su respiración se acelere, se ponga tensa y luego arquee la espalda.

—Hazte tu imagen mental para poder usarla más tarde —le digo —, y entonces nos iremos.

Sus ojos encuentran los míos en menos de un segundo.

—Yo no… No haría…

Arqueo una ceja.

—Todo el mundo lo hace.

—No me puedo creer que estés hablando de eso. —Tiene la cara colorada—. ¡Ese no es un tema que la gente vaya mencionando de forma casual por ahí!

—Estás observando a dos personas tener sexo delante de ti, pero no puedes soportar hablar de la masturbación. —Entorno los ojos en su dirección—. ¿Hablar de sexo no será otra cosa que tengamos que añadir a tus clases?

Nora se muerde el labio, y yo tengo que mirar hacia otro lado. La imagen de ella hundiendo esos dientes tan perfectos en la gruesa piel de sus labios no está ayudando precisamente a bajar mi erección. Menos mal que el sitio está oscuro, y menos mal que la cremallera del pantalón está haciéndole dolorosamente frente a mi situación ahí abajo.

—Pues puede, pero no creo que sea necesario —me dice.

—Tu objetivo es tener más citas, ¿no? ¿Tener una relación? —Mis palabras salen de una forma algo dura mientras la guío fuera de la sala: de vuelta a donde están los vibrantes cuerpos de la pista de baile y un giro que da a la escalera.

—Sí —me contesta.

—Pues siento decírtelo, pero en una relación se habla de sexo e intimidad. Venga, vámonos de aquí antes de que explotes espontáneamente de la curiosidad.

—¡No tengo curiosidad!

—Por supuesto que no.

—Puede que un poco —me concede mientras sube las escaleras delante de mí. El marfil se aferra a su figura esbelta y llena de curvas, y esa espalda al aire… El oscuro pelo le bailotea por los omóplatos. Y su culo está, ahora mismo, justo delante de mí.

Justo cuando mi puta erección estaba empezando a rendirse.

—¿Pero tú no sientes curiosidad, West? —me pregunta con una risita entre dientes—. ¿Cómo podría alguien ver eso y quedarse igual? ¿Y no tener curiosidad?

—Son exhibicionistas.

El cielo, escaleras arriba, cuenta con una iluminación suave de color azul, y hay hiedra artificial colgando de todas las paredes. Algunos de los cuadros de la familia Whitman siguen en su sitio, aunque rajados por distintas partes. La mayor parte de sus ornamentados muebles ha desaparecido también.

El lugar al que venía de pequeño es ahora un desastre.

La propiedad fue vendida y embargada a raíz de una larga batalla en los juzgados y un escándalo que tuvo a toda la ciudad

consumida. El niño que una vez fue heredero de todo esto no ha hecho acto de presencia. Espero que se haya quedado en un lugar muy muy lejano, independientemente de lo que diga Vivienne.

Hace años que no veo a Hadrian, desde aquella noche en Belmont y que todo se hiciera jirones como los hilos de un tapiz; antes de que todo se descontrolara. Ahora somos cuatro, pero antes éramos cinco.

Nora baila un poco frente a mí en el largo pasillo junto a la puerta de entrada. Otras personas la miran sonrientes.

No parece darse cuenta.

Coge mi mano y la levanta. Da una vuelta bajo mi brazo. Una sonrisa se extiende ahora por su rostro. Esto es tan opuesto a la forma en la que ha estado comportándose conmigo que hace que algo en mi pecho se tense.

No es una máscara tampoco. Es una sonrisa de verdad, y le ilumina toda la cara como si fuera el sol.

—Me gusta esta fiesta —me dice.

Rozo un mechón de pelo para retirárselo hacia atrás.

—¿Cuánto has bebido?

—Me he tomado cinco chupitos.

—¿De arriba o de abajo?

—De ambos, creo.

Las fiestas de Vivienne son famosas por romper cada regla y ley que se pueda romper. Vete tú a saber lo que había en esos chupitos.

—Nos vamos a casa —le ordeno.

Hace un pequeño puchero, pero igualmente retrocede bailando hasta la puerta de entrada. Sus caderas se mecen de una forma que evidencia horas invertidas en perfeccionar sus movimientos.

—Vaaaale.

Le abro la puerta.

—Estás de buen humor.

—Sí, supongo que sí. También es que estoy un poquitito borracha.

—¿No me digas?

—Esta noche ha resultado muy educativa.

Suelto un resoplido.

—¿Así es como la vamos a llamar ahora?

Vuelve a reírse.

—¡Pero es que lo ha sido! Nunca había visto nada… como eso. Ha sido fascinante.

—Te estoy corrompiendo.

Sacude una mano, como para restarle importancia.

—No, no es cierto. Pero sí que me has sorprendido.

Recorremos el largo camino iluminado con velas. Ya he escrito a Arthur para decirle que es hora de irse.

—¿De qué manera?

—Creía que te volvías loco en este tipo de cosas. Tú y el resto de los chicos, como en vuestros viajes.

Meto las manos en los bolsillos.

—No deberías saber nada de esos viajes.

—He escuchado lo suficiente de Rafe. Incluyendo historias sobre ti. —Camina hasta la enorme verja que protege la vieja propiedad Whitman y echa un vistazo fuera a través del hierro de la puerta—. Una vez giraste en el aire montado en una moto de agua.

—Sí, sí. Venga.

—Y saltaste desde un acantilado en Ibiza. ¡A medianoche!

—Eso fue hace mucho. Y estaba muy borracho.

—O sea, ¿que te has ido sosegando con la edad? —me pregunta —. Tengo que reconocer que yo realmente solo te he visto todo serio y severo, bien arrogante.

—¿Arrogante?

Se lleva una mano a la boca, riendo entre sus dedos.

—Sí, lo siento. Supongo que es que me estoy tomando demasiado en serio eso de «no puedes hacerme enfadar».

—Bien. Porque lo decía en serio. —Arthur para a nuestro lado, y yo le abro la puerta del coche a Nora. Se desliza dentro mientras saluda animadamente a mi chófer. Charlan un poco mientras él conduce por el corto camino que separa esta vieja propiedad de mi

hogar, más arriba en King's Point. Hubo un tiempo en el que yo venía a esta casa a menudo. Hace una vida de eso.

Cuando llegamos a casa, Nora no espera a que le abra la puerta del coche. Sube los escalones de Fairhaven mientras se recoge la larga falda del vestido. La luz de la luna rebota contra la seda color marfil, y de veras parece un ángel.

Un ángel sonriente que lleva el pintalabios ligeramente corrido. Corrido por mi beso.

Le abro la puerta de entrada y ella camina hacia el interior. Suelta su cartera de mano en la mesa del centro y se libera de sus altos tacones.

—Por fin —dice con un suspiro de felicidad—. ¿Tienes algún *snack* en la cocina?

—Ni idea.

Nora suelta otra risita.

—Pero si es tu cocina, qué gracia. Qué… ¡Anda! ¡Mira! —Corre a la puerta abierta situada entre las dos escaleras idénticas—. ¿Lo has visto?

—No.

—¡Tu gato! ¡Ha vuelto a entrar!

Yo la sigo, girando la esquina en dirección al pasillo. Está medio corriendo hacia el ala de la biblioteca.

—Yo no tengo gato —le digo.

—Sí, sí que lo tienes —protesta ella. Vislumbro dos patas traseras de color gris y una cola levantada un segundo antes de que el gato desaparezca por la puerta entornada de la biblioteca. Nora desaparece también por ella, siguiéndole.

Yo la sigo a un ritmo más lento. Cuando abro la puerta del todo, la veo agachada cerca del sofá de cuero, hablándole con dulzura a un felino que yo no veo.

—Hola, cosita. No tengas miedo. No vamos a hacerte daño.

—No hables por mí —le digo.

Me mira por encima del hombro.

—¡No digas eso! Es tu gato.

—No tengo gato.

—Bueno, pues el gato te tiene a ti. O, al menos, a Fairhaven. Le he preguntado a Ernest, pero él tampoco sabe de dónde ha salido. —Sonríe ligeramente—. Si es otro inquilino, entonces tendremos que ayudarle a instalarse como Dios manda.

—Puede que sea de alguien.

Nora hace más sonidos suaves para atraerlo.

—Entonces tendremos que comprobar primero si lleva un chip.

Camino hasta el carrito de bar en la esquina. Me pongo un vaso de *whisky,* pero no le ofrezco otro a Nora. Ya ha bebido suficiente.

Veo que hay aquí una cestita llena de bolsas de *snacks* pequeños. Cojo lo que parece ser una bolsita de frutos secos y otra de patatas y después me siento en el sofá, cerca de donde Nora sigue intentando atraer al gato.

—Toma —le digo mientras tiro los *snacks* sobre la mesa entre nosotros—. Come algo… y contéstame algunas preguntas.

Nora se sienta sobre la gruesa alfombra oriental y me mira.

—¿Algunas preguntas?

—Sí. Quiero saber exactamente por qué te resultan tan difíciles las relaciones.

CAPÍTULO 23



West

Nora aparta la vista rápidamente, estirándose para coger las bolsas de *snacks* en vez de contestarme.

—Ya hemos hablado de esto —me dice, y abre una bolsa de patatas.

—Pero no lo suficiente. —Dejo una mano sobre el sofá de terciopelo frente a ella. Nora tiene la espalda apoyada contra un sillón, la seda blanca flotando alrededor de sus enroscadas piernas —. ¿Cómo es que nunca has encontrado a un tío que te interese?

Se come una patata y deja la vista sobre las estanterías, donde el gato ha desaparecido.

—Simplemente no me ha pasado.

Sacudo la cabeza. Hay algo más. Tiene que haberlo. Claramente se ha sentido intrigada por la escena de sexo que hemos visto esta noche. Casi diría que le ha afectado de alguna forma.

—¿No te atraen los hombres?

—No, no, sí que me atraen.

—¿Y entonces qué es?

—Tengo… problemas. —Se encoge un poco de hombros y estira las piernas por debajo de la mesa de café—. Eso ya lo sabes. Estoy trabajando en ello. Simplemente es que no soy capaz de sentir algo instantáneamente por otra persona. Parece que el resto de la gente

ya lo sabe enseguida. Al menos, en algunas ocasiones. Y yo siento que casi nunca lo sé.

—¿Saber si deseas a alguien?

—Sí.

Mi mano se tensa en torno al reposabrazos de cuero.

—No es una competición. No tienes por qué saberlo inmediatamente.

—Supongo que no. —Nora apoya la cabeza en el sillón—. Una vez me siento cómoda con la otra persona, creo que no tengo problema. Pero lo que me cuesta es llegar a la parte en la que ya me siento a gusto. ¿Sabes lo que quiero decir? Con esa parte me refiero a abrirse, hablar de sentimientos, salir con esa persona, todas las expectativas… —Vuelve a encogerse de hombros, sus movimientos tan lánguidos como su voz—. Tener todas esas conversaciones me da pánico. Como no lo hago, nunca llego a tener una relación.

Me tomo un buen trago de mi *whisky* y pienso en lo mucho que me parece una puta broma que a esta mujer se le haya enseñado que su máscara vale más que lo que hay debajo de ella. Que mostrar las garras puede conllevar el riesgo de que no la deseen.

—Di algo.

—¿Cómo qué?

—Cualquier cosa. Reacciona de alguna forma a lo que acabo de decir, o voy a creer que estás pensando en lo peor. —Se ríe un poco —. A ver, que ya sé que lo haces.

—¿Has tenido sexo alguna vez? —le pregunto. La idea de que pueda no haberlo hecho aún y la haya llevado a esa fiesta hoy… Las cosas que ha visto. Las sesiones de práctica. Que sea la hermana pequeña de Rafe. Mi mano se tensa alrededor del vaso. «Por favor, no seas virgen».

Eso me haría sentir aún más mierda de lo que ya me siento.

—Pues claro —dice con una risita—. He tenido de esos momentos en los que crees que se te alinean las estrellas. Y puedo excitarme.

—Dios, menos mal. —Me paso una mano por la mandíbula—. Eres franca con otros temas. Conmigo lo eres todo el tiempo. Y

claramente eres ambiciosa. Trabajas en tus diseños todos los días; te he visto currar. —Cuando no está fingiendo frente a otra persona—. Es algo que te consume.

—Eso es distinto.

—¿Lo es?

—Sí. Contigo, pues, a ver, es que no estamos saliendo. —Vuelve a mirar hacia el gato. De una de las estanterías ahora se asoma una nariz que se contrae repetidamente—. Y cuando estoy diseñando, solo estoy yo. Mis telas y yo. No sé… Es como si la gente siempre quisiera algo de mí, y yo no siempre estoy dispuesta a dárselo.

—Eso es porque te han enseñado que las relaciones son una de dos —le digo. Siento que esas palabras son las más adecuadas—: O muestras la imagen que crees que ellos quieren, o no te molestas en absoluto. Todo porque el término medio, ¿lo de las conversaciones difíciles?, no sabes hacerlo.

—Sí. Zeina y tú deberíais hablar. Ambos tenéis ya todas las respuestas.

—¿Tu psicóloga?

—Sí. Identificar un problema está muy bien y todo eso, pero sigo teniendo que poner en práctica el trabajo que hacemos… y ese trabajo es una mierda. —Se estira para coger otra bolsita—. ¡Frutos secos! ¿Seguro que no quieres una?

—Son todas tuyas. —Rodeo el sofá y me siento frente a ella—. Así que tu psicóloga también quiere que practiques. Tu lista no es solo tuya, entonces.

—Exacto. Se llama «terapia de exposición». —Nora menciona ese término de manera irónica, y hasta se ríe un poco. Todo el pelo le cae ahora hacia un lado, dejando su largo cuello expuesto. He fingido besarla justo ahí hoy. He podido captar el cálido aroma de su piel y en consecuencia me he puesto cada vez más duro bajo sus muslos, y, aun así, de alguna forma, he conseguido mantener mis labios ahí quietecitos sin tocarla.

Ahora que está acurrucada contra el cuero oscuro y la alfombra oriental, exhibe una belleza distraída. Una luz en este sitio oscuro.

—Pero es una puñetera mierda. A veces pienso que la vida misma no es más que un ejercicio muy largo de terapia de exposición. Dios, qué buenos están estos anacardos.

Mis labios se curvan.

—Estás realmente borracha.

—Oh, sí. Mucho —me dice, y vuelve a soltar una risita—. No me puedo creer que tú no lo estés.

—Ya he ido antes a este tipo de fiestas.

—Cierto. Cuando eras más joven y más estúpido —me dice.

Estiro las piernas e ignoro su última frase. Es demasiado cierta.

—Entonces, todo lo que sale en tu lista, no es tanto una práctica, sino una terapia de exposición.

—Sí. —Vuelve a encogerse un poco de hombros y se gira completamente hacia la estantería. Mis ojos viajan por su espalda, por la suave piel que lleva expuesta. La seda se curva hasta el final de su espalda y, dada la forma en la que se está moviendo ahora mismo, hasta se le abre un poco.

Aparto la vista.

Se inclina hacia abajo para dejar los ojos a la altura de los del gato y emite unos suaves y pequeños arrullos. Sale entonces una pata gris, y luego una cara también gris, la nariz arrugándose repetidamente en un gesto de cautela.

—Hola, ¡mira que eres guapo! —Nora dice en voz baja. Entonces pasa al francés para murmurarle cosas al gato.

Este camina hasta quedar ahora a plena vista y olisquea la mano de Nora con recelo.

—Mira tu gato —me dice.

Sacudo la cabeza.

—Sigue sin ser mío.

—Pues entonces es tu compañero de piso. Está viviendo aquí sin pagar alquiler. —Rasca al gato en la parte trasera de una de sus orejas y, poco a poco, se acerca más. Se restriega contra las piernas flexionadas de Nora.

—Explícame por qué te produce pánico.

—Ya te lo he dicho —me contesta. Baja la voz—. Ay, ¡si eres suave!

—Dímelo otra vez —le exijo.

Nora suspira y se gira para mirarme.

—Me estreso cuando le gusto a un chico —me dice—. Simplemente me estresa, y no sé cómo explicarlo más allá de que eso me hace sentir que ese chico está esperando algo de mí y que ahora tengo que fingir, o si no le decepcionaré. Y entre esas dos emociones no hay ningún espacio que yo me pueda dar para sentirme realmente atraída por él.

—Te importa demasiado lo que piensa la gente.

—Obviamente. —Su voz se eleva—. No entiendo cómo puede ser tan fácil para el resto. Es como si en algún punto mis amigos hubieran conseguido abordar este tema sin que les sirva de preocupación. Como si en algún momento hubieran aprendido cómo hacer todo eso, ¿entiendes? Cómo enamorarse y cómo pasárselo bien saliendo con otras personas. Cómo empezar a conocer a alguien. Y es como si yo nunca hubiera llegado a aprenderlo.

—No es fácil para el resto.

—Pues, desde luego, esa es la impresión que da. —Toma una respiración profunda—. En fin, que es por eso por lo que evito salir con alguien la mayor parte del tiempo. Me lleva demasiado tiempo y energía. Lo único que hago es tratar de gestionar cómo hacerles felices al mismo tiempo que trato de aclarar cuáles son mis sentimientos, y la mayor parte de las veces simplemente no me merece la pena la molestia.

—Que es lo que te lleva a rechazar a todos los hombres.

—Sí —admite. Pero entonces acaricia la espalda del gato, y una sonrisa cruza su rostro—. Excepto a ti, por supuesto. Si es que eres un hombre. Aún no estoy segura.

—Imagino que no me estás hablando a mí —le digo mientras levanto el vaso a mis labios.

Se ríe.

—No te estaba hablando a ti, no. Soy muy consciente de que tú eres un hombre.

Paso la mano por el borde del sofá. Siento el cuero desgastado, ablandado, bajo mis dedos; aun así, no es ni remotamente tan suave como la piel de Nora.

—Pero sí es algo que quieres. Una relación. Amor.

—Sí —dice con suavidad—. Lo quiero.

—O sea, que sí que has pensado en ello. Hay una forma en la que se manifiesta todo eso que crees que sí podría gustarte.

Sus ojos color verde verano vagan por los míos.

—Sí.

—Dime —le digo—, cómo te gustaría que te cortejaran. Cómo te gustaría que te besaran.

—¿Cómo preferiría que me besaran? —repite con voz fina.

—Sí. Cuéntame cómo sería tu cita ideal. Cómo te gustaría que acabara, si fuera un hombre por el que te sintieras atraída.

Se muerde el labio, pensativa.

—No… no estoy segura de poder ponerlo en palabras.

—Inténtalo —le urjo. Nunca va a ser capaz de conseguir lo que quiere de los hombres si no lo sabe ni ella misma.

El *whisky* me quema mientras baja por mi garganta.

Me lo merezco. Por esta noche. Por esta conversación.

—Supongo que me gustaría que fuera despacio. Como si ambos estuviéramos saboreando el momento en vez de apresurarnos para llevarnos el premio. —Su mirada desciende al gato, que ahora está en su regazo—. Me gustaría que tuviera… un poco de coqueteo. Como si pudiera acabarse en cualquier momento, y no como si fuera una carrera hasta…

—Una línea de meta.

—Sí. —Sonríe ligeramente—. Como tú me has besado antes.

Hay un viejo reloj de pie en esta biblioteca. En el abrupto silencio de la habitación, oigo cómo produce varios tictacs a alto volumen. Una, dos, tres veces.

No puedo dejar de mirarla.

Nora es quien rompe nuestro duelo de miradas primero, el rubor subiéndole a las mejillas.

—Por favor, olvida…

—Como te he besado —digo bruscamente—. ¿Qué pasa con eso?

Encoge un hombro y vuelve a mirar al gato, ahora ronroneando en su regazo. Le va a destrozar su bonito vestido de seda, y a ella no parece importarle lo más mínimo.

—Has empezado lentamente, y luego ha acabado siendo más profundo. Mejor. —Sacude la cabeza y se presiona una mano sobre la frente—. Necesito callarme.

—Estás borracha —le digo—. No te voy a tomar la palabra.

—Pero lo recordarás. Esa es la parte que te has dejado.

No podría olvidarlo ni aunque lo intentara. Y no hay ni una sola parte de mí que quiera olvidarlo, de todos modos. Una sensación de triunfo me recorre: oscuro, embriagador.

«Como tú me has besado».

—Si quieres saber lo que se siente al salir con alguien, ser cortejada, estar en una relación…, al besarte con alguien… Te lo daré todo. En tus propios términos.

Otra sonrisa queda apenas esbozada en sus labios.

—Terapia de exposición.

—Tú pides lo que quieres hacer conmigo —le digo. Ha tenido tan pocos momentos como este en su vida, donde se le permita pedir lo que ella quiere. Si puedo ser quien le dé eso, entonces todo habrá valido la pena—. Y así, cuando salgas al mundo real después, sabrás lo que quieres y podrás dejar de llevar una máscara. Cualquier hombre que quiera que actúes frente a él no te merece.

—Vale. —Ladea la cabeza y me mira como si yo fuera una sorpresa—. ¿Cómo es posible que siempre hayas sido capaz de ver más allá de ella?

—No eres la única persona perceptiva aquí —le contesto. Y porque la he mirado bastante, definitivamente demasiado, a lo largo de los años.

Y en cuanto vi su verdadero yo, se convirtió en la única versión de ella que yo quería.

CAPÍTULO 24



Nora

Me lleva más tiempo del que me gustaría admitir recuperarme de la resaca de la fiesta. Mi vestido tiene marcas de manchas y arañazos que nunca voy a conseguir quitar. Pero no me arrepiento de la aparición de ninguna de esas manchas.

La noche anterior tuvo una especie de magia a su alrededor. Me sentí viva al poder permitirme pensar en hombres del mundo real y en sexo como algo que no solo está en mi cabeza, sino justo delante de mí. West me volvió a besar, y me gustó.

No fue simplemente agradable o placentero. Fue increíble.

Le hablo a Zeina del tema por videollamada y, pese a su tono profesional, puedo ver que todo esto le divierte. Especialmente la insistencia de West de que practique lo de quitarme la máscara. «¿Y cómo te hizo sentir eso?», me ha preguntado Zeina. «¿Crees que tiene razón?».

Por supuesto, se trataba de una pregunta capciosa, porque por supuesto que West tiene razón. Es algo que la propia Zeina me ha dicho una y otra vez. Que le doy demasiadas alas a mi necesidad de complacer a los demás y que esta acaba volando demasiado cerca del sol, siempre haciendo que la gente vea una imagen de mí que no es real. No es mi auténtico yo, con mi verdad y mis defectos.

Nunca pensé que West Calloway fuera a ser la persona capaz de verlo con tanta claridad. Se le educó en un mundo cuyo principal

orgullo es lo que reluce en la superficie, las apariencias, el legado. Y, aun así, West parece estar obsesionado con llegar a la verdad de las cosas.

O al menos mi verdad, en todo su esplendor.

Hasta ahora, cuando he conseguido correrme nunca ha sido por un hombre real. Siempre ha sido por una vaga fantasía, la idea de un hombre, pero no por alguien que conozca. Eso siempre me ha parecido demasiado; claramente son otras personas con otros deseos y necesidades que pueden no coincidir con los míos.

Pero anoche, bajo las sábanas, visualicé a West y a sus labios sobre los míos. Su voz en mi oído diciéndome lo bien que lo estoy haciendo. Pensé en lo duro que lo había sentido contra mí. Todas las fantasías que he llegado a tener en algún momento cobraron vida con fuerza ayer, con West en el papel protagonista.

Me corrí dos veces y luego caí en un profundo sueño.

Al día siguiente, veo que West no está en la casa. Esta vez lo sé porque lo pregunto, y me cuentan que ha salido por negocios.

Así que solo estoy yo, más el servicio, un equipo animado cuyos integrantes estoy pudiendo conocer mejor con el paso de los días. Melissa, que trabaja en la cocina, es parlanchina y divertida, y me llevo el desayuno para comérmelo en la isla de la cocina para que podamos charlar mientras hace pan o prepara comida. Siempre tiene un crucigrama en el centro de la isla y la radio puesta.

—¿El gato? —me dice cuando le pregunto—. ¡Llevo semanas intentando atraparlo!

—Lo vi en la biblioteca. Me dejó tocarlo, pero no le noté ningún chip. —Le sonrío—. Deberíamos comprar comida de gato.

—¿Sabe a quién pertenece?

—A Fairhaven —le digo. Pese a las protestas de West, el gato ha demostrado sentirse absolutamente como en casa cada vez que lo veo.

Ernest es más duro de roer. Me da la sensación de que camina por toda la propiedad como si fuera el capitán de un barco,

comprobando y recomprobando que todo está a la altura de sus exigentes estándares.

Me sumerjo en mi trabajo el resto del día. La mitad de mis piezas ya están listas, pero estoy probando un nuevo diseño para un conjunto de falda y chaqueta y no termino de conseguir el patrón. Me lleva todo el día cortar, medir y perfeccionar los dichosos patrones.

Para cuando anochece, tengo los hombros doloridos de sentarme inclinada hacia delante, y noto un ligero dolor de cabeza en las sienes. También hay dos mensajes de texto que me están esperando en mi desatendido teléfono. No debería emocionarme al leer el nombre, pero lo hago igualmente, recordando la presión de sus labios contra los míos.

> **WEST:** Estaré fuera de la ciudad por trabajo. Volveré mañana por la tarde. Quédate con tus guardias en todo momento. Preferiría que no salieras de Fairhaven, pero sé que no podré convencerte.

Su forma de expresarlo me hace sonreír. No, sabe bien que no respondo muy bien a las órdenes. Aunque la existencia de un acosador ahí fuera y la belleza aún por explorar de Fairhaven hacen que me sienta más que feliz de quedarme dentro de la propiedad.

Es como si la casa fuera una entidad que tiene vida, su historia tallada en cada una de sus paredes. Guarda secretos de West. Y él es bien reacio a compartir cualquiera de sus secretos por cuenta propia.

Es curioso cómo antes creía que este lugar me parecería una cárcel y ahora, por el contrario, se ha convertido en un santuario para mí.

Hay un segundo mensaje enviado unas horas después.

WEST: Sé que estás en casa. Recuerdo que uno de los puntos que aparecían en tu lista de cosas a practicar eran los mensajes de texto.

Los nervios estallan en mi estómago. Tiene razón, era una de las cosas de mi lista. Pero los planes, las conversaciones, las preguntas… Todo ello requiere demasiada energía.

NORA: ¿Te has memorizado la lista o qué?

WEST: La llevo en mi cartera.

NORA: ¿Y la lees a diario?

WEST: Por supuesto.

NORA: No me sorprende. Tienes pinta de ser una persona excesivamente aplicada.

Su respuesta no tarda en llegar.

WEST: Mira quién habla… Será porque te has visto reflejada, preciosa.

Mis ojos se quedan fijos en la última palabra. Está fingiendo. Sé que está fingiendo y, aun así, prácticamente puedo oír su halago en su grave y cálida voz.

Mi móvil comienza a vibrar, indicando que tengo una llamada entrante. Su nombre brilla en la pantalla.

—¿Hola? —respondo.

—Hey. —Su voz suena familiar en mi oído, y cierro los ojos ante su profundidad. Oigo una débil música de fondo y un murmullo de voces—. Me alegra que hayas contestado.

Trago saliva.

—Sí, bueno. Solo estaba… trabajando.

—¿Estabas diseñando? ¿Qué tal va todo?

—Pues… va. Me está costando hacerme con un patrón, pero creo que por fin lo he resuelto.

—Por supuesto que lo has resuelto. Tienes talento.

Enuncia ese cumplido como si fuera una simple realidad, y hace que el estómago se me encoja.

—Gracias. ¿Dónde estás?

—En Boston.

—¿Te lo estás pasando bien?

Resopla.

—Ni en lo más mínimo. Estoy en constante contacto con el equipo de seguridad también. Estás a salvo.

—Lo sé —le digo—. Gracias. ¿Has salido a algún sitio?

—Sí, estoy en un retiro corporativo organizado por los ejecutivos de Empresas Calloway. Tenía que hacer acto de presencia. —Por la voz parece que eso le molesta, y mi sonrisa se agranda.

—A lo mejor deberías practicar el poner límites —le digo con dulzura—, y aprender cómo pedir lo que tú quieres.

Se queda callado durante un segundo, y después se echa a reír. Es un sonido grave y cálido que me recorre toda la piel.

—¿Acaso la estudiante se está convirtiendo en la maestra?

—No me importa un pequeño juego de roles de vez en cuando.

—¿Ah, sí? Interesante. —Su voz suena sugerente, y mi estómago vuelve a encogerse—. Sal conmigo mañana, problemas.

Su voz baja se desliza sobre mi piel, exigente a la par que reconfortante.

—¿Mañana?

—Estás libre —me dice—. Te recogeré. Nos lo pasaremos bien.

Tomo una respiración profunda.

—Vale.

—No, hombre. Se supone que me tienes que echar para atrás. Dime que no puedes, pero que te encantaría salir conmigo otro día. O dime que te gustaría ir por tu cuenta.

—Pero es que eso es difícil.

—Sé que lo es. Por eso vamos a practicar —me dice—. Te recojo mañana. Ponte algo bonito.

Cierro los ojos.

—Gracias, es una invitación muy amable de tu parte, pero mañana por la noche estoy ocupada. ¿Qué te parecería el domingo?

—Estás siendo demasiado agradable.

—No, ¡estoy usando la práctica afirmativa de establecimiento de límites! Es una herramienta en la que hemos estado trabajando mi psicóloga y yo.

—¿Cómo lo has llamado?

—Práctica afirmativa de establecimiento de límites, y sé de sobra que me has oído la primera vez.

West suelta una risa entre dientes. Ese sonido me gusta más de lo que debería.

—Pues sí. Y mira, ahí has estado bien, llamándome la atención. Y no necesitas complacer a nadie para luego poder establecer tus límites.

—A veces sí lo necesito. Me ayuda mucho en realidad, especialmente con la gente que me importa. —Doy un paso hacia delante para mirar por la ventana. El mar está en calma hoy. Es una superficie perfectamente brillante—. Me hace sentir menos horrible.

Vuelve a quedarse callado un segundo.

—Ya. ¿Pero te importa también un tío aleatorio que te pide salir?

—Puede. Pero puede que… solo quiera asegurarme de que no se quede demasiado decepcionado. O enfadado conmigo.

—¿Se enfadan contigo? —Su voz baja en tono, y noto un matiz de irritación en ella ahora—. ¿Alguna vez te ha pasado eso?

—Una o dos veces. A ver, de enfadarse en serio no, pero sí.

—Que les jodan —me dice—. Si ser amable a la hora de rechazarlos te hace sentir mejor, entonces hazlo. Pero no quiero que sientas que tienes que hacerlo. No me debes nada, ¿vale? Soy solo un gilipollas con el que has tenido una sola cita y que te está molestando para que acabes diciéndole que sí. Intentémoslo de nuevo.

Lo hacemos tres veces más, y cada vez que me pregunta, le digo lo que a mí me gustaría hacer en su lugar. «No, no quiero salir a cenar. Vayamos a dar un paseo el próximo finde mejor». Es una negociación constante. Y en el último intento, le digo que solo estoy interesada en que seamos amigos.

West se ríe entre dientes.

—Es que no lo puedes evitar incluso con esas, ¿verdad?

—¿Qué? ¡Pero si te he rechazado completamente! ¡Eso se me da bien!

—Sí, pero aun así me has ofrecido tu amistad. ¿Quieres ser mi amiga?

—¿De tu yo real o de tu yo de mentira?

—De mi yo de mentira.

—No.

—Exacto. Así que no tienes que ofrecer nada. Me has dicho que te preocupa cumplir con las expectativas. Pero puedes ser tú quien establezca esas expectativas.

Cierro los ojos.

—Claro. Si soy lo suficientemente valiente.

—Eres valiente. —Otra alabanza. La guardo, bien doblada, en la calidez que ya tengo en mi pecho. Oigo una voz detrás de él, más cercana que el ruido de fondo. Suena insistente.

—Mierda. Me tengo que ir.

—Tus adoradas fans te reclaman.

—Tengo que dar un discurso.

—¿Eso también te lo has memorizado?

—Voy a improvisarlo —me dice con la plena confianza en sí mismo que yo tanto envidio—. Y, ¿Nora?

—¿Sí?

—Voy a recogerte de verdad mañana por la noche. Vamos a practicar otra cita. La última fue…

—Fracasé. Lo sé.

—No fracasaste. No era un examen, pero sí que resultó educativa. Volveremos a intentarlo.

—Vale.

Vacila durante un segundo.

—Mantente a salvo.

—¿Pero no era ese tu trabajo? —le pico.

Se ríe de nuevo entre dientes.

—Sí. Lo es.

—Que te diviertas —le digo—. Buena suerte con tu discurso.

—Gracias, problemas.

La conversación se queda conmigo incluso horas después. Incluso mientras hablo con mi madre como hago todos los días, y ella me intenta presionar hacia un nuevo trabajo como modelo, lo único que oigo es la voz de West. «Puedes ser tú quien establezca esas expectativas».

Mi madre sí que me presionó hacia el mundo del modelaje. Pero tampoco he dicho nunca explícitamente que no quisiera nada de eso. He aplacado y sonreído y puesto objeciones y tratado sutilmente de deshacerme de compromisos durante este tiempo. Entonces, a lo mejor, no estuvo tan mal. Era más joven, y estaba haciéndolo lo mejor que podía.

Pero ahora soy mayor, y esta es mi vida.



Al día siguiente, estoy sentada en la cocina con Melissa cuando oigo que se abre la puerta de entrada. Es lo suficientemente grande como para que el sonido se haga eco a través de las habitaciones más cercanas, escaleras abajo.

Aquí la gente entra y sale a menudo. Ernest. Los guardias de seguridad. El ama de llaves, los jardineros, la propia Melissa. No reacciono demasiado, centrada como estoy en resolver una vertical de seis letras para «volátil» en la que llevamos un rato atascadas.

Pero entonces se oyen pasos en el suelo de mármol de la cocina.

Ernest aparece entonces. Su cara está medio oculta detrás de un enorme ramo de flores primaverales. Es una explosión de verde y rosa.

Lo deja en la encimera y deja junto a él una pequeña caja envuelta.

—Un paquete para usted —me dice.

—Ay, madre. ¿Para mí? —Me deslizo fuera de la silla y entonces me paro—. No será de… —Dejo que mis palabras queden en el aire, convertidas en la tensión que siento ahora en mi pecho. No me gusta decir esa palabra. *Acosador* es una palabra que, de alguna forma, lo convierte en algo demasiado real, demasiado depredador. Estoy intentando no pensar en quién demonios es.

—No. No es de él. —Ernest pronuncia esa última palabra con un desprecio que no se esfuerza demasiado en esconder—. No se preocupe.

—Gracias.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Lamento su situación.

—Gracias. De veras lo aprecio.

Asiente y saluda a Melissa, antes de abandonar la cocina.

Observo el enorme ramo. La deslumbrante selección de lirios, velos de novia y peonías. «Practicar recibir regalos». Eso estaba en mi lista. Siempre aumenta la presión sobre mí, cuando los chicos me traen flores o bombones.

Cuando tenía diecinueve años, andaba desfilando por varios *shows* en Milán para las colecciones primavera-verano. Un hombre de unos cuarenta años, y amigo del diseñador, no paraba de traerme regalos. Aparecían de repente en mi puesto de maquillaje entre espectáculo y espectáculo.

Eran cosas gigantes y ostentosas que hacían que decirle que no fuera aún más difícil, porque con los regalos ahora sentía que encima le debía gratitud.

Cojo la tarjeta que va con el ramo y la giro con dedos cautelosos. Hay una única frase que se expande por la hoja con una caligrafía masculina: «Te recojo a las siete».

La anticipación me hace sonreír. Me ha mandado flores. West me ha mandado flores.

Melissa suelta un pequeño silbido.

—¡Pero mira eso! Es precioso.

—Lo es, ¿verdad? —Cojo entonces la cajita envuelta—. Y además han venido ya en un jarrón.

—Sabe cómo consentir a una chica —dice Melissa, y entonces se gira hacia la masa que está preparando.

—Ah, no. No estamos… No es… No estamos saliendo —le digo.

—Claro que no —me contesta, tan rápido que sé a ciencia cierta que me está siguiendo el rollo—. No hace falta que me dé ninguna explicación.

—Gracias.

—Debería saber, sin embargo —me dice—, que llevo trabajando aquí desde hace años y él nunca ha tenido a una mujer quedándose en su casa.

—Oh. Qué… bien.

Asiente ligeramente y empieza a tararear para sí mientras trabaja el pan. Hace los mejores panecillos. La he alabado ya tantas veces por ello que ahora simplemente pone los ojos en blanco cuando se lo vuelvo a decir.

Deshago el pequeño paquete que ha enviado junto a las preciosas flores y abro la tapa con cuidado. Dentro, envuelto en papel de seda negro, hay un juego de cartas. Sin abrir. Recién comprado.

En el centro hay un dibujo de un par de esposas con pelito. Debajo de él, un texto con una fuente rosa: «Conversaciones traviesas para parejas».

Y entonces estoy segura de que esta cita no tendrá nada que ver con la primera.

CAPÍTULO 25



Nora

West está apoyado contra un coche rojo oscuro aparcado en la grava del patio de Fairhaven. Lleva unos pantalones oscuros y una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados. Tiene un aspecto perezosamente elegante, ligeramente aburrido, alto y masculino.

Pero cuando bajo las escaleras, su vista se agudiza. Sus ojos caen por mi cuerpo en un vistazo lento, devorador. Veo la admiración franca de su mirada, la cual hace que el calor se expanda por mi cuerpo.

«Solo está fingiendo de nuevo», me recuerdo a mí misma. «Estamos practicando».

—Hola —le digo.

—Hola. —Sus ojos siguen en mi cuerpo, no en mi cara. Como si no pudiera apartarlos de ahí. Es tan descarado que tiene que ser otra de sus pruebas.

—¿Has terminado? —le digo.

—Esa es mi chica —me dice con una sonrisa—. Llámale la atención a un tío cada vez que esté haciendo algo que no te guste.

—¿Contigo todo es una lección últimamente, o qué?

—Eso es justo lo que querías que hiciera —me dice—. ¿Te gustaron las flores?

Vacilo un instante antes de contestar.

—Sí.

—Tengo algo más para ti. —Alza una funda de terciopelo y levanta la tapa. Dentro hay un collar de oro. De la fina cadena cuelga un único medallón de oro. Tiene incrustadas varias joyas: una esmeralda, dos zafiros y lo que parecen ser diamantes.

—West… —murmullo.

—Date la vuelta. —Su voz es pura orden, y yo hago lo que me pide. Levanto el pelo para que pueda ponérmelo. En un segundo el collar pasa a descansar en torno a mi cuello, el oro frío contra mi piel.

Es precioso.

—Es demasiado —le digo—. Es una preciosidad. Gracias. Pero no puedo pedirte que te gastes el dinero en mí solo para ayudar…

—No me lo has pedido. —Su voz resulta un poco brusca mientras sus dedos permanecen un segundo más en mi nuca—. Así es como sería si estuvieras en una relación. Si dejaras que un hombre te tratara como Dios manda.

Acaricio el collar con los dedos.

—¿Lo has escogido tú?

No debería importarme ni tampoco debería haber preguntado. Pues claro que no. Es un hombre ocupado, y ha estado viajando, y…

—Sí —responde.

Oh.

Sonrío con la vista aún puesta en mi colgante.

—Gracias.

Sus dedos desaparecen entonces de mi piel.

—De nada.

Me abre la puerta del coche, y el aroma de su colonia flota en el aire, llegando hasta mí. Es un aroma sutil, silvestre. Es una esencia que siento que representa a West, al igual que a las habitaciones de esta casa y la oscura y gruesa madera, y la constante vista del profundo mar azul.

Recorre el camino de entrada delimitado por árboles hacia la verja de hierro forjado con la «C» grabada.

—¿Qué se siente?

—¿El qué?

—Volver a salir de casa. —West echa un vistazo por el espejo retrovisor al coche que nos sigue. Miguel, Sam y Madison estarán hoy con nosotros—. Puede que nos vaya a estar observando esta noche.

—Sí. Esa es la gracia, ¿no? Que nos vea juntos.

—Sí. Pero te he preguntado cómo te hace sentir eso a ti.

Miro por la ventana hacia las oscuras carreteras de King's Point. Fairhaven se encuentra en la orilla más alejada de Great Neck y desde aquí, la zona es todo arbustos y casas escondidas. No veremos ni luces ni tiendas en los próximos diez minutos, más o menos.

—Es lo que hay —le contesto.

Las fotos que envió la semana pasada eran terroríficas. Mantuve la compostura frente a West, pero me desplomé después en la seguridad de mi habitación. El acosador me había estado observando.

Cualquiera podría haber enviado flores; incluso alguien en la otra punta del mundo.

Pero hacerme fotos comprando telas junto a mis guardias…

Está aquí.

—Puedes usar palabras más descriptivas. —La voz de West es seca—. No te lo voy a recriminar.

—Es una mierda. Pero no voy a dejar que eso me impida vivir mi vida. —Noto el pecho tenso, y fuerzo una sonrisa—. Me he traído el juego de cartas que me enviaste.

West me mira un segundo, como si supiera de sobra que estoy tratando de cambiar de tema y no precisamente de una forma sutil. Pero no protesta.

—Bien hecho —me dice en su lugar.

Su elogio envía una descarga de calidez por mi cuerpo. A lo mejor eso es todo lo que necesito: a West Calloway diciéndome lo bien que lo estoy haciendo. Llegados a este punto, ya he acabado ansiándolo.

—¿Adónde vamos hoy?

—Es una sorpresa.

—No. Me lo vas a decir. ¿No? —le pregunto. Lo hago con voz baja, imitando el tono de flirteo que he visto usar a otras personas. Nunca he tenido la oportunidad de formar parte de ningún flirteo; siempre he ido atrasada, dos pasos por detrás de los deseos del hombre en cuestión—. No me gustan las sorpresas, Calloway.

Sus labios se curvan.

—Solo usas mi apellido cuando estás molesta conmigo.

—¿Te molesta?

—Teniendo en cuenta que solo lo haces cuando tú estás molesta conmigo, que a mí me guste o me deje de gustar no debería importar.

Eso me hace soltar una risita.

—A veces pienso que quieres convertirme en una capulla.

—Los capullos son honestos, y no están particularmente preocupados por gustar.

—Suena a que tienes algo de experiencia en el asunto.

Sonríe ampliamente, lo que le transforma la cara. Hace que se llene de vida.

—La tengo, sí. Algunos dirían que me especialicé en el tema.

—¿Sacando todo dieces?

—Eso siempre.

—¿Adónde vamos a cenar, Calloway?

La sonrisa sigue ahí.

—Vamos a cenar al club náutico.

—¿Al club náutico? ¿Donde solías navegar?

—Sí. —Me echa una ojeada y luego vuelve a mirar a la carretera —. No pensé que fuera a emocionarte tanto la idea.

Jugueteo con la hebilla de mi bolso. Es un sitio que tiene una parte de West, y, desde luego, es mucho mejor que cualquier restaurante elegante de la ciudad. Pero eso a él no se lo puedo decir.

—Nunca he salido a navegar —le digo en su lugar.

Como si eso tuviera algún tipo de sentido.

—Bueno, pues eso lo cambiaremos en algún momento.

Suena a promesa. Bajo la vista al colgante que descansa contra mi piel y noto el peso de un enamoramiento adolescente que pensé que ya había superado hacía años. Todavía me duele que me rechazara en esa fiesta de Navidad hace cinco años. Y le dijo todas esas cosas a Alex hace cuatro.

Y, aun así…

Aquí está, haciéndome sentir cosas de nuevo.

West entra en el puerto deportivo y aparca detrás de un alto edificio blanco junto al océano. El restaurante adyacente cuenta con una decoración náutica, y no hay ni un solo mantel blanco a la vista. Una adolescente entusiasta nos lleva hasta una mesa justo al lado de las ventanas con vistas al mar.

West propone que pidamos solomillo, los dos, y esto lo hace frente al camarero. Yo le interrumpo y digo que prefiero los raviolis. Después asiente mientras me mira.

—Bien, bien. Vas aprendiendo.

—Ya sé que ahora todo es un reto contigo.

—Pero solo porque sé que puedes superarlos. Eres más de lo que la gente cree que eres.

Bajo la vista hacia mi copa de vino. Lo que él mismo solía pensar, querrá decir. «Lo bastante guapa, pero aburrida».

—Es divertido demostrarle a la gente que se equivocaba —le digo.

Sus ojos se quedan en los míos. Veo diversión en ellos, y algo más, algo que me hace sentir cálida hasta lo más hondo.

—Dame el juego de cartas.

—¿Puedes decir la palabra mágica?

Sus labios se curvan.

—Por favor, problemas, ¿podrías sacarme de mi miseria y permitirme hacerte unas preguntas sobre sexo?

Un rubor lleno de calor me sube por el cuello. Rebusco en mi bolso hasta dar con el juego de cartas color morado. «Conversaciones traviesas para parejas». Y debajo de eso, hay una

letra pequeña: «Descubrid cosas nuevas sobre las fantasías y deseos del otro».

Pasa un dedo por la cubierta.

—Las has abierto.

—He leído algunas preguntas. ¿Dónde narices encontraste eso?

—Puedes encontrar cualquier cosa por internet. —Saca la baraja —. ¿Por qué crees que sugerí algo como esto?

—¿Me vas a hacer decirlo?

—Ajá.

Suspiro.

—Por la fiesta, Paraíso Perdido. Por lo que vimos.

—Exacto. Se me ocurrió después de que observaras a esa pareja manteniendo relaciones sexuales y dijeras que no creías que ella pudiera estar disfrutándolo, que su placer era fingido. —Levanta una ceja—. Y después de que no quisieras pronunciar esa palabra que empieza por «m».

—¿Me vas a obligar a decirla? —Ahora tengo las mejillas ardiendo.

—No voy a obligarte a absolutamente nada. En tus propios términos, problemas. Siempre. Pero si tu meta final es salir más e iniciar una relación, es importante que aprendas a hablar de estas cosas. Nunca has llegado a aprender cómo pedir lo que quieres. ¿Me equivoco?

—No es fácil.

—No he dicho que lo fuera. —Le da la vuelta a las cartas y las baraja como si fuéramos a echar una partida de algo.

Me paso una mano por la parte trasera del cuello. Resulta difícil pensar más allá de la longitud de sus dedos mientras da la vuelta a todas esas cartas llenas de cochinadas.

—No soy ninguna mojigata.

—No he dicho que lo fueras. Vi cómo observabas a otras parejas anoche.

—¿Y tú no los observabas?

—Tenía cosas más… apremiantes en las que tenía que centrarme. —Termina de barajar y extiende el mazo frente a mí. Las cartas

parecen pequeñas en sus enormes palmas—. Las damas primero.

Cojo la que está arriba del todo.

—¿Tienes algún fetiche? —pregunto, leyendo la carta. Es una pregunta bastante general, y le echo un vistazo para descubrir que me está mirando—. Tú primero.

—Algunos —contesta.

—¿Cuáles son?

Toda su atención está centrada en mí, y me siento desaparecer bajo ella como un trozo de papel doblado y plisado.

—Me gusta elogiar a las mujeres con las que salgo. Puede que lo hayas notado.

CAPÍTULO 26



Nora

—Elogiar —repito—. Eso es…

—Exactamente como suena. —West se estira para coger su copa de vino—. Disfruto haciendo sentir bien y valorada a mi pareja.

—¿Pero eso no le gusta a todo el mundo?

—Debería gustarle a todo el mundo. Eso espero, vamos. Pero no a todo el mundo le gusta tanto como a mí, creo yo. —Sus ojos ámbar se oscurecen—. Disfruto de guiar, de admirar a la mujer. De aprender lo que le gusta, lo que la hace sentir bien. De decirle lo bien que lo está haciendo cuando me está dando placer o complaciendo.

—Ah. —La palabra me sale un poco estrangulada. Me ha dicho que soy buena varias veces en nuestras lecciones previas. «Esa es mi chica». Fue algo inesperado… e inesperadamente agradable, sobre todo viniendo de esa voz suya tan grave y suave—. Sí que es cierto que te gusta hacer eso.

Su mano se para justo cuando la copa está a mitad de camino de sus labios.

—No estaba seguro de si lo habías notado.

Siento la boca seca.

—No sabía que eso fuera un fetiche.

—No a todo el mundo le gusta. Algunas mujeres lo encuentran… paternalista. Es algo de lo que me gusta hablar antes.

—Elogios —susurro. He vivido toda mi vida ansiando la validación de otros; persiguiéndola, luchando por conseguirla. Sintiendo que no valgo si no la consigo. Ha regido toda mi vida.

Tengo que apartar la vista de su mirada; es demasiado intencionado, como si él también supiera lo mucho que yo ansío justo eso.

—Veo cómo a alguien podría gustarle algo así —le digo.

—A alguien… ¿O a ti?

Mis ojos vuelven como resortes a los suyos. Me resulta difícil respirar.

—Ambas. Creo.

—Ajá. Eso está bien, problemas: que expreses lo que te gusta.

—Algo, eh… ¿Algo más? ¿Te gustan las cadenas? ¿Los látigos? Eh… ¿Los juegos de rol?

Se pasa una mano por la mandíbula.

—¿Estaba eso en la carta?

—No. Estoy improvisando.

—¿Y lo primero que se te ha ocurrido ha sido los látigos? Ahora tengo curiosidad por saber tus fetiches.

—Látigos, no —digo rápidamente—. De hecho, tacha esa. No sé de dónde ha salido.

—No te preocupes: no lo olvidaré.

Suelto un quejido.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces te interesa el tema del dolor?

—No estoy segura de si… —Me veo interrumpida por el camarero que se está acercando a nosotros. West desliza las cartas fuera de la mesa sin esfuerzo y las deja bajo la palma de su mano justo a tiempo. El camarero coloca mi plato de raviolis frente a mí. Huele delicioso.

—Muchas gracias —le digo al camarero, sonriéndole ampliamente —. Tienen una pinta increíble.

El camarero vacila durante un segundo, parpadeando en mi dirección. Parece joven; probablemente aún esté en el instituto.

—Gracias.

—Díselo al chef de mi parte, ¿vale?

—Lo haré. Gracias. Otra vez. —Sonríe un poco y entonces se marcha apresuradamente.

Frente a mí, West suelta una oscura risa entre dientes.

—Acabas de alegrarle la noche.

—¿Haciéndole un simple halago? —Sacudo la cabeza y le doy la vuelta a la carta que aún tengo en la mano.

—Siendo la mujer más guapa que le haya sonreído nunca —dice West.

Su halago reverbera en mi interior como si fuera una tormenta.

No lo ha dicho con su voz impostada, su voz actuada. Lo ha dicho como si fuera una realidad. Y con un poco de diversión. Como si estuviera complacido de una forma perversa. Como si lo dijera en serio.

—Estabas hablando del dolor, y tengo mucho interés en saber adónde pretendías ir con eso.

Me aclaro la garganta. Claro.

—No creo que me guste —le digo—. El placer es difícil de conseguir ya de por sí, y no veo cómo mezclarlo con dolor podría mejorarlo. Pero nunca lo he probado, así que, ¿qué voy a saber yo? ¿Y tú? —La pregunta sale de mi garganta con un poco de resuello.

Tengo acceso a información sobre la vida sexual de West. Lo que le gusta y lo que no. Él me lo está dando, hablando abiertamente de ello, y de pronto entiendo perfectamente por qué es un tema en el que ha estado insistiendo tanto.

Es una conversación terrorífica.

A la par que excitante.

—No me gusta infligir dolor —me dice—. No me importa que a mí me lo hagan y, desde luego, si me arañas la espalda con las uñas llevaré las marcas con orgullo. Me hará saber que estás disfrutándolo. Sexo duro, sin problema, pero nada de dolor. Quiero que mi pareja se corra. Varias veces.

Asiento en su dirección demasiadas veces.

—Está bien… saberlo. —Me paso una mano por el cuello. Noto la piel caliente bajo mi grueso cabello—. No estoy segura de que yo tenga un montón de fetiches.

—Todo el mundo tiene alguno.

Puede que todo el mundo lo tenga. Todo el que haya tenido sexo alguna vez, claro. Yo solo he fantaseado con ello. Me he formado opiniones basadas en libros, películas y mis propias caricias. Al menos eso ya es algo.

—Me gustan… muchas cosas.

La piel alrededor de sus ojos se arruga.

—Qué descriptivo.

—A lo mejor es que no he probado demasiados fetiches.

—No hay por qué avergonzarse de eso. ¿Qué te gustaría probar?

Me quedo en silencio un rato, con la mente yéndome a mil por hora.

La boca de West vuelve a formar esa sonrisa. La sonrisa que me reta, la misma que me dedicó cuando boxeamos aquella semana. «Venga. Pégame».

—No pasa nada por tener gustos convencionales, problemas. Puedes reconocerlo. No necesitas pensar en algo solo para impresionarme.

—No estoy en absoluto tratando de impresionarte, Calloway.

West se ríe entre dientes.

—Claro que no; a mí, no. Pero estamos haciendo como si yo fuera alguien con quien estás saliendo. Alguien cuya opinión a ti te importa. Incluso si te presionan en algo, puedes decir que no. O mantenerte firme en tu primera respuesta.

—Ya lo sé. —Hago una rotación con el cuello para tratar de quitarle tensión. West tiene razón. Por supuesto que la tiene. Suena todo tan natural y tan cierto cuando él lo dice… yo simplemente no puedo llegar hasta ese punto sola—. Creo que, de hecho, no me importaría un poco de sexo duro… si fuera con alguien en quien confiara. Alguien que me gustara. —Tomo una profunda inspiración,

ya necesitando que la conversación termine antes de avergonzarme del todo.

«He pensado en cómo sería sentirte encima de mí. Quiero que me alabes más. Quiero que lo hagas mientras me corro. ¿Es eso un fetiche?».

—Vale. Coge una carta —digo entonces.

Hace justo eso, dejando su amplia mano entre nosotros sobre la mesa.

—Bueno, bueno, bueno —dice con un tono perverso—. Esta definitivamente saldrá como tema de conversación cuando tengas una relación.

—¿Ah, sí?

—¿Cuándo fue tu último chequeo médico? —me pregunta.

Pongo los ojos como platos.

—West.

—Es una pregunta normal entre personas que están empezando una relación.

—Vale, pero… —Aparto la vista de él, mirando ahora a los camareros que están a nuestro alrededor. Solo hay unas pocas mesas más ocupadas, y todas están bastante lejos de la nuestra—. Contesta tú primero a eso.

West presiona su mano contra la mesa, tan grande y morena en contraste con la blanca madera.

—De acuerdo. Pues pregúntamelo, entonces.

Me aclaro la garganta y me fuerzo a devolver la mirada a sus ojos color *whisky.* Ahí veo diversión. Lo está disfrutando, está disfrutando lo raro e incómodo que me está resultando todo esto.

—¿Cuándo fue tu último chequeo médico? —le pregunto al fin.

—¿Por qué quieres saberlo?

Suelto un quejido.

—West.

—Venga. Presióname.

Jugueteo con el borde de mi servilleta.

—Creo que es una buena costumbre, generalmente hablando. Sobre todo, cuando estás saliendo con alguien.

—Ajá. Bueno, pues estoy limpio.

Le sonrío.

—Genial, gracias.

—No, problemas. Nunca deberías aceptar una respuesta como esa.

—¿Por qué no? He conseguido saber justo lo que he preguntado.

Sacude la cabeza.

—Podría estar mintiéndote.

—¿Así que tengo que insistirle un poco más?

—Sí. —Entorna los ojos en mi dirección y hace que su voz suene firme—. No te preocupes. Estoy limpio.

—Ah. Vale. ¿Y cómo… lo sabes?

—No tengo ningún síntoma.

Clavo los dientes en mi labio inferior.

—West, ¡no puedo exigirle a alguien en la cara que me enseñe un informe médico que demuestre que está limpio!

—Por supuesto que puedes. Discúteselo; nunca aceptes solo su palabra. —Su tono es severo, y muy cerca de hacer que parezca que va a asesinar a alguien—. Definitivamente no deberías dejar que se corriera dentro de ti sin llevar condón si ese es el caso.

—Me lo estás poniendo todo demasiado difícil —le digo—. ¿Cómo gestionarías semejante conversación, a todo esto?

Coge su copa.

—Bueno, para empezar, yo no estaría manteniendo esta conversación a mitad de una primera cita. Es un poco presuntuoso.

Su comentario hace que los labios me tiemblen nerviosamente, a mi pesar.

—Sabia decisión.

—Y yo empezaría con… —Deja la copa de vino tinto en la mesa y me mira directamente a los ojos—. Hablemos de los métodos anticonceptivos.

Abro los ojos como platos.

—Oh.

—Con eso empiezas la conversación. Y luego dejaría claro que uso condón, siempre —continúa en esa voz suya tan grave y ronca —. Protege a los dos de todo tipo de… consecuencias. Incluso aunque hacerlo sin condón sea más placentero.

Pienso en su erección debajo de mí cuando estaba colgada de su regazo. Pienso en qué aspecto podría tener y en esa enorme mano suya poniéndole un condón.

—Vale. Ajá. —Parpadeo varias veces—. Eso está bien.

—¿Cómo has gestionado tú esto en el pasado?

Bajo la vista hacia mi comida y suelto una mentira entre dientes.

—Siempre lo he hecho con condón. Y, como ya te he dicho, nunca he tenido una relación como para hablar de eso.

—Pues entonces guárdate hacerlo sin condón para una relación. Y haz que el desgraciado te enseñe un informe médico. —Su voz resulta un poco demasiado severa, y tiene la mandíbula tensa. Está cortando su solomillo con más fuerza de la necesaria.

Comemos en silencio durante un rato. Tengo demasiado calor y me tengo que frotar las piernas entre sí por debajo de la mesa. No estoy segura de haberme excitado alguna vez durante una cita. Pero, ahora mismo, lo único en lo que puedo pensar es en qué aspecto tendría su mano agarrando una cosa que, desde luego, no es su cuchillo de carne.

Coge otra carta, y el rostro se le empieza a suavizar. La molestia desaparece de su expresión.

—Bueno —dice—. Tiene gracia, teniendo en cuenta que esta es la mismísima palabra con la que no pudiste lidiar ayer. ¿Con qué frecuencia te masturbas?

Fuerzo una risita suave, educada.

—Guau.

—Sí.

—Esa es una pregunta muy íntima.

—Ese es el objetivo de esta lección, problemas. Llegar a lo íntimo.

Cierro los dedos alrededor de mi copa de vino. La superficie me resulta fría contra la piel, que me quema demasiado.

—Nunca he hablado de este tema con nadie.

—¿Con nadie?

—No. No es algo que salga así, sin más, en una conversación. —Separo los labios—. Al menos, en mis conversaciones, no. ¿En las tuyas sí?

West se pasa una mano por la mandíbula, ocultando una sonrisa.

—A diario no, al menos.

—Supongo que las parejas hablan de este tipo de cosas. Y este es un juego para parejas.

—Sí. Pero si estás saliendo con un hombre, si planeas… si vas a acostarte con él —dice entonces, las palabras pronunciadas entre dientes—, deberías ser capaz de tener una conversación con él sobre este tipo de cosas. Sobre protección, seguridad, límites, vuestras palabras de seguridad, tus deseos, tus necesidades. Tu propio placer.

El estómago se me encoge como si tuviera dentro mariposas luchando contra una serpiente agitada. Es curioso cómo antes solía evitar sentirme incómoda y ahora parece que me doy de bruces con la incomodidad a diario.

—Una o dos veces a la semana —digo con la boca metida en mi copa—. Supongo.

Las cejas de West se alzan un poco.

—¿Supones?

—Bueno, no es que lleve un registro.

Sus labios se curvan.

—De acuerdo. Dos veces a la semana está bien. ¿Y juguetes sexuales?

—No los he probado. Supongo que es fácil caer en una rutina cuando ves que… funciona.

Se echa para atrás en su silla.

—Lo es. Pero puede que darte la oportunidad de conocerte un poco mejor te ayude con todo este tema. Si vas a pedir lo que quieres, creo que ayudaría que primero supieras tú lo que es.

Corto mis raviolis.

—Sí. Supongo. Pero siento que necesito llegar hasta ese punto primero con un chico para que este sea un tema relevante. Llegar de nuevo. —Meto esas tres últimas palabras con la esperanza de que no suenen demasiado a ocurrencia tardía—. ¿Y tú? ¿Con qué frecuencia te…?

El silencio se alarga durante un par de segundos bien largos. A lo mejor no va a contestar. A lo mejor ya se ha cansado de este juego.

—Más a menudo que tú —responde al fin—. Sobre todo, últimamente.

—Ah. ¿Es por… mí? —le pregunto. Sus ojos se posan en los míos como una exhalación, y después se entrecierran inmediatamente. Mierda—. Quiero decir, porque estás fingiendo estar saliendo conmigo y porque estás ocupado. Y por eso no tienes tiempo para tus acostumbrados… rollos.

Corta el último trozo de su solomillo.

—Tienes razón —dice West—, es cierto que no he estado con nadie desde que te mudaste a Nueva York.

—O sea, que te estoy estorbando —le digo, y el enfermizo descubrimiento de saber que de otro modo podría estar por ahí, saliendo con chicas, si no estuviera aquí conmigo…

—No. Ni se te ocurra pensarlo ni por un jodido segundo. ¿Vale? Estoy feliz donde estoy.

—Lo dices en serio.

—Sabes que nunca haría algo que no quisiera hacer.

Eso hace que mis labios se curven, y el miedo y la súbita punzada de celos se disipan.

—Sí. Te conozco lo bastante bien como para saber eso. —La tensión entre nosotros es tal que me resulta difícil respirar. Tengo que cortarla—. ¿Y tú? ¿Usas… juguetes?

Sus labios tiemblan.

—No. No uso.

—Pues entonces no es justo que me acabes de decir que yo debería probarlos.

—El placer femenino puede ser más complejo.

Tomo otro largo trago de mi copa de vino.

—¿Con eso quieres decirme que estás perfectamente solo con tu mano derecha?

Los ojos de West no se apartan de los míos en ningún momento.

—No diría tampoco que estoy perfectamente, pero funciona.

—Igual que la mía —le digo. Quizá sea el vino o las preguntas que ya he contestado, pero ahora me siento más valiente. Su mirada se desliza hacia la copa que sostengo.

A mi mano. A mi mano derecha.

—Y, aun así —dice—, quieres salir con alguien y acabar en una relación. Eso es que no puede estar tan bien.

—Espero que los hombres sean buenos para algo más que el sexo.

Su sonrisa es súbita.

—He oído que algunos de nosotros sí somos capaces de serlo. De vez en cuando.

—Estás disfrutando demasiado de esto.

—¿De observarte mientras te entra la vergüenza y tratas de escaparte de temas normales de conversación? Puf. ¿Y quién no?

—Estos temas no pueden ser normales. ¿En serio hablas de estas cosas con las mujeres con las que sales?

—Creí que tú habías decidido que yo no salgo con mujeres. Nunca. Solo porque nunca me has visto en una fiesta con alguien más.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y de verdad hablas de estas cosas?

—Sí —contesta. La sonrisa desaparece—. Hablar de lo que te gusta en la cama es necesario si quieres tener una buena experiencia con la otra persona. Nadie lee la mente.

—Es una pena —le digo, y alcanzo otra carta—. Eso haría las cosas más fáciles.

—Nora. —Su mano acaba sobre la mía, que descansa abierta sobre la mesa, parándome justo al ir a leer la siguiente carta—. Lo

que dijiste la otra noche… No estarás teniendo sexo mediocre con tíos solo porque crees que no te está permitido pedir lo que tú quieres, ¿verdad? No estás fingiendo también en la cama, ¿verdad?

Me siento como un ciervo deslumbrado por los faros. Atrapada entre una mentira que sé que no podré mantener y una verdad que no puedo soportar.

—No —le digo—. Te prometo que no.

Sus anchos hombros se hunden en un suspiro.

—Bien. No podría soportarlo si… —Sacude la cabeza—. Guarda la carta que acabas de coger. Volveremos a ella en nuestro próximo destino.

—¿La cita no ha terminado?

—No —me dice, y veo un destello en sus ojos que me dice que va a disfrutar de lo que sea que venga a continuación—. Hay una cosa que has dicho que me ha dado una idea. Nos vamos de compras.

CAPÍTULO 27



West

Me ha puesto bien duro en la cena con la imagen en mi mente de ella tocándose «una o dos veces a la semana». Es una imagen que no debería tener y en la que no debería pensar, pero ahora es lo único que tengo en mente.

Y la forma en la que sus ojos han empezado a brillar cuando he mencionado lo de los elogios… Ya sospechaba que en eso seríamos compatibles, pero sus preciosas mejillas sonrojadas me lo han confirmado.

Pero recordar la existencia de otros hombres que saldrán con ella en el futuro ha sido un jarro de agua fría lo suficientemente grande como para convertir mi fuego en hielo. Estoy celoso de hombres a los que ni siquiera ha conocido todavía. Celoso de una forma irracional, desesperada.

Y furioso por todas las maneras en las que sé que van a fracasar en demostrar que la merecen.

En el coche, Nora va callada a mi lado. Solo cuando me meto en el *parking* de Afterglow, Nora suelta un sonido estrangulado.

—Ay, Dios —dice—. Ay, Dios mío. —Su expresión es un libro abierto. Está asombrada en cierta medida, y nerviosa. Y entonces su mirada se gira hacia mí.

—¿Es demasiado?

Nora sacude la cabeza y se quita el cinturón.

—No. Ya había estado antes en una *sex shop.*

—¿Cuándo?

—Hace años, cuando estaba estudiando en el extranjero. Fui con algunas amigas a una durante una noche de juerga. Nos dedicamos principalmente a soltar risitas todo el tiempo que estuvimos dentro. —Se moja los labios—. ¿Esto es porque he dicho que nunca he tenido juguetes?

—Te compraremos unos —le digo.

La expresión de sus ojos mientras observaba a otras parejas la noche anterior se ha quedado en mi memoria. Su fascinación frente al sexo oral. No la han cuidado bien en el pasado, y ni de coña voy a dejar que eso vuelva a pasarle.

—Ah. Oh. —Noto la emoción en su voz—. También podemos buscar alguno para ti.

—Yo no necesito.

—¡Aquí hay que ser justo! —me dice, y abre la puerta de la tienda de un tirón. Yo la sigo adentro, parándome solo para saludar a Sam y Madison con la cabeza. Han aparcado a nuestro lado, y nos siguen a unos metros de distancia al interior de la tienda.

Son lo mejor de lo mejor. No van a hacer ningún comentario sobre nuestra nueva ubicación.

Afterglow es todo decoración elegante y rosa pálido, con una sonriente dependienta que nos saluda según entramos. Lo primero que vemos en exposición son caramelos. Nora posa la vista en ellos durante un momento, pero luego sigue caminando hasta una estantería que tiene una absurda variedad de condones y lubricantes. Tienen más sabores de los que nadie necesitará nunca.

Su pelo castaño flota sobre su espalda, y ahora sé cómo es pasar mis dedos por él. Es conocimiento prohibido.

—XXL —Nora lee en una de las cajas de condones—. Me da que esta sería una compra de vanidad más que otra cosa.

—¿Nunca has estado con alguien que necesitara uno de estos?

—No. Sé que hay variedad de tallas, pero ¿XXL? —Me mira por encima del hombro rápidamente, y luego de vuelta a los paquetes—.

¿Qué talla te compras tú?

«No vuelvas a empalmarte, no vuelvas a empalmarte…».

Meto las manos en los bolsillos.

—Yo compro los condones que van acanalados para aumentar el placer de la mujer.

Se ríe un poco y entonces inspecciona estantes más abajo, pasados los lubricantes.

—Qué forma más inteligente de escaquearte de la pregunta.

—¿Me estás diciendo que te interesa saber el tamaño de mi…?

—¡West! —exclama, mirando detrás de mí hacia donde Sam y Madison se encuentran flanqueando la puerta de entrada. Me hace un gesto para que la siga y nos adentremos más en la tienda.

Yo sonrío.

—Han firmado un contrato de confidencialidad.

—Aun así.

Si el acosador nos ve aquí… Una oscura satisfacción se extiende a través de mí, entumeciendo la presión de la culpa. Tendría que ver lo bien cuidada que está Nora. Quiero que el pensar en la cantidad de orgasmos que debo de darle le atormente.

«Sé más insensato», pienso. «Sal de las sombras».

Y así podré echarle la soga al cuello.

Nora se para frente a otra fila de juguetes. Estos son todos de cuero. Hace una pausa y luego ladea la cabeza.

—¿Eso es…?

—Eso creo, sí. —Hay una mordaza en una de las estanterías—. No es lo tuyo.

—¿Estás tratando de hacerme sentir mal por mis fetiches, Calloway?

—Jamás —le aseguro—. Solo estoy suponiendo.

Sus ojos se quedan en los míos durante un segundo antes de volver a la estantería.

—No, no es lo mío. Que tampoco es que yo fuera a saber qué es lo mío…

—Lo sabes. No hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Quitarle importancia a lo que tú quieres. —Doy un paso más cerca, mis palabras solo para ella—. Tienes fantasías. Llevas años tocándote. Sabes lo que te excita.

Su respiración se corta un momento.

—Sí.

—Sabes que hay cosas que te gustan y cosas que no. Y sabes lo que te gustaría probar. —Me apoyo contra el borde de una de las estanterías. La sangre me está bajando por el cuerpo, pero no voy a dejar que eso me distraiga—. No le quites importancia. Ni frente a mí, ni frente a ningún otro tío.

Se moja el labio inferior, y el mundo entero se limita a ese único movimiento.

—Dime con qué debería empezar.

Alzo una ceja.

—Podríamos preguntarle a la dependienta…

—No —dice rápidamente—. Dímelo tú.

Yo.

Doy un paso más y dejo la mano en el aire. Ella no vacila ni un segundo antes de entrelazar su mano con la mía. Siento cómo la calidez y la se sensación de triunfo, todo en uno, me electrifican en cuanto entramos en contacto.

—Ven.

Recorremos un pasillo de disfraces baratos de poliéster: enfermeras y demonios, y asistentas y ángeles. Giro a la derecha, y pasamos por delante de una fila de fustas, paletas y esposas.

—Ay, madre. —Nora suelta una exhalación—. Mira eso.

Yo me paro, su mano aún enlazada con la mía.

—Sí. Es para gente a la que le gusta el dolor.

—He leído al respecto, sobre todo eso del BDSM. Los dominantes… y los sumisos.

—Sí —murmuro. Uno de mis amigos está metido en eso, y descubrir esa parte de él resultó ser un momento más íntimo de lo

que jamás creí posible entre nosotros—. Pero hay una cosa en la que acierta.

—Eh… ¿El BDSM?

—Sí. —Caminamos hasta el final del pasillo y giramos pasando por delante de algunos peluches y juguetes hasta que llegamos a los vibradores—. El BDSM se basa en confiar el uno en el otro. Y el sexo siempre debería basarse en la confianza.

—No creo que todo el mundo lo sienta así.

—Pues entonces lo están haciendo mal. —Mi tono resulta más duro de lo que pretendía. La idea de Nora complaciendo también en la cama hace que algo dentro de mí se endurezca de la ira. No contra ella. Contra ella, nunca. Es contra los hombres que pueden no haberla escuchado.

Hace que odie a mi propio género. La idea de que los hombres que han salido con ella hayan visto su belleza, su bondad y sus sonrisas, y solo hayan pensado en su propia gratificación.

—West —me dice Nora. Me está mirando con el ceño fruncido—. ¿Todo bien?

—Sí.

—¿Es así como tú lo haces, entonces? El… sexo, digo. —Sus mejillas se sonrojan—. ¿Siempre está basado en la confianza?

—Sí.

«Así sería contigo», pienso. «Ganarme tu confianza y tener la oportunidad de tocarte sería un puto privilegio».

En vez de decirle algo así, estiro el brazo y cojo uno de los pequeños vibradores de bolsillo dentro de una caja morada.

—A ti te encanta complacer a los demás. Pero el buen sexo también implica complacerte a ti misma.

—Ese es pequeño.

—Esa es la gracia.

Lo gira y mira la descripción.

—Oh. Tiene vibraciones.

—Ajá. —Echo un vistazo a la selección frente a nosotros—. Creo que hay mejores que este.

—¿Quién te ha convertido en semejante experto?

—Ya te lo he dicho. Me gusta el placer. —Al coger otro, se lo paso directamente a ella. Cojo el que tenía antes, una bala vibradora, y lo dejo en su sitio—. Este tiene succión.

Escucho una inspiración pequeña pero audible que viene de ella, y que envía todo ese fuego de antes directamente a la parte baja de mi cuerpo. La polla se me endurece y empuja dolorosamente contra mi cremallera del pantalón.

Mierda. Creí que se me daría mejor este rol.

Vaya una ilusión.

—Oh —susurra—. Entonces, es para que una lo coloque contra… ¿su clítoris?

Su pregunta hace que los labios me tiemblen.

—Eso es lo que debería hacer una, sí.

—Interesante… —Su atención está fija en el juguete que tiene en la mano y, joder, voy a tener que empezar a relajarme.

Me doy la vuelta para buscar algo más grande. Hay muchos entre los que elegir, pero al final me decanto por un vibrador curvo de tamaño medio. La imagen de ella usándolo aparece en mi mente, y yo lo aparto con pura fuerza bruta. Este no es el momento. Pero sé que esa imagen volverá a mi mente. Junto con la erección que tiene que bajarme ya.

«No te la imagines con sus piernas dobladas, su mano agarrando el juguete…».

—Nos llevaremos varios —le digo.

Levanta la vista para mirarme.

—¿Varios?

—Sí.

—¿Y eso de «nos llevaremos»…?

—Paga con mi tarjeta. —Le tiendo el nuevo que he cogido—. Llévate este también.

Nora se lee la caja como si fuera un manual de instrucciones, como si aún estuviéramos en el restaurante y estuviera sopesando las opciones de la carta, y veo en su rostro tal concentración llevada

por la curiosidad que tengo que morderme la lengua. Necesito controlarme, joder.

Creo que nadie nunca me ha excitado tan rápido y tan fácilmente como ella.

—Sí, este suena bien —dice entonces.

—¿Lo dices en serio? ¿O lo dices solo porque lo he escogido yo?

Nora pone los ojos en blanco, lo que hace que me lleguen más pulsaciones de calor.

—No lo estoy diciendo por eso. No me paso el tiempo tratando de complacerte a ti, ¿sabes?

—Lo sé. Lo haces más con otras personas.

—Ya.

—No sé si debería sentirme halagado u ofendido de que nunca se te haya pasado por la cabeza ser complaciente conmigo.

Coge el vibrador de mis manos y lo pone encima del otro.

—Este es el tuyo, Calloway —dice con una sonrisa.

El mío. El que yo le he escogido.

Pues entonces me siento halagado. Más que halagado. Me deja jodidamente arruinado saber que soy una de las pocas personas con las que se siente lo suficientemente segura como para ser ella misma sin tener que pavonearse o fingir delante de mí, sin ofrecerme sonrisas falsas o guardarse su opinión.

Pasa junto a una larga fila de vibradores, a cada cual más extraño. Acanalados, curvos, coloridos, brillantes… Todos inspirados en fantasías y de pinta dolorosa.

Nora tiene un aspecto incandescente bajo la tenue iluminación de la tienda, embriagada por el vino y las conversaciones que hemos mantenido esta noche.

Está siendo una muy buena chica.

Camino detrás de ella e intento no imaginármela usando los vibradores que he escogido para ella. Fracaso estrepitosamente.

Cuando llega al final del pasillo se queda petrificada, y luego da dos pasos para atrás.

—¿Qué ocurre?

—Sam y Madison nos van a ver en la caja. Van a ver lo que compramos. —Entierra su labio inferior bajo los dientes—. Sé que no debería importarme. Solo necesito un momento. Luego iré a la caja.

—¿Quieres que les pida que se den la vuelta?

—No.

Es adorable, tan sonrojada y acalorada. Su rostro no presenta la serena y seria imagen de belleza que ofrece cuando modela. Ahora mismo es un precioso caleidoscopio de emociones. Están en sus mejillas, en el verde de sus ojos, en sus gruesos labios.

—¿Quieres que los compre yo?

Nora niega con la cabeza.

—Debería hacerlo yo. Tampoco es que esté haciendo nada malo.

—No. Nada malo. —Estoy completamente tenso, la sensación entre placer y dolor fruto de llevar horas al límite, ahora me recorre las sienes y la base de la espalda. Y por eso sé que no debería, pero lo hago de todos modos. Le levanto la cabeza con mis dedos—. Tienes un cuerpo con deseos y necesidades, igual que los demás.

Sus ojos son del verde profundo de una hiedra sinuosa, y rebosantes de confianza. Me siento embriagado ante lo que veo, borracho del poder que eso me da.

Le acaricio la mejilla sonrojada con el pulgar.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. No importa lo que otros piensen de ti. Tienes derecho a ser tú misma, problemas. Y tienes derecho a ser una mujer que quiere placer.

Sus labios se separan, y su cálido aliento acaricia mi pulgar.

Podría besarla ahora mismo.

Quiero besarla ahora mismo.

—Voy a comprarlos —dice entonces—. ¿Cuál es tu PIN?

Le sonrío.

—Esa es mi chica. Es uno, nueve, uno, dos. El año en el que se completó la construcción de Fairhaven.

Sonríe bajo mi pulgar, y entonces estoy perdido. Quizá siempre lo haya estado. Pero este es el momento en el que tengo completa y absoluta consciencia de ello.

No habrá forma de recuperarme después de ella.

CAPÍTULO 28



Nora

Cuando West al fin atraviesa la verja de Fairhaven con el coche, yo soy ya la antorcha humana. Llevo ardiendo por dentro desde hace horas. Juego con las asas de seda de la bolsa rosa que llevo en el regazo. La palabra *afterglow* aparece estampada con letras grandes en el lateral; dentro, los dos vibradores que he comprado.

Que hemos comprado.

—Estás a punto de dejarme en casa —digo—. Si esta fuera una cita de verdad… y si esta hubiera sido una buena cita… a lo mejor te invitaría a pasar.

West está callado, con los ojos fijos en la carretera.

—¿Y ha sido una buena cita, problemas?

—Yo creo que sí. —Mis dedos encuentran el colgante alrededor de mi cuello y acarician la superficie de oro—. ¿Y tú?

Deja el coche justo frente a los escalones principales y apaga el motor. Detrás de nosotros está el equipo de seguridad, que ahora se reúne con los seguratas que patrullan el terreno de la propiedad. «Nuestros objetivos han vuelto a casa a salvo tras una visita a una sex shop», los imagino diciendo. «Ninguna actividad sospechosa detectada».

—Quédate donde estás —me dice West. No es una respuesta, pero yo espero mientras da la vuelta al coche y me abre la puerta del copiloto.

—Me vas a acabar malcriando con esa costumbre, ¿sabes? —le digo—. La mayoría de los tíos no hacen eso.

—Un hombre digno de ti debería.

—No me has contestado a la pregunta.

Cierra la puerta tras de mí. Sus ojos vagan hacia abajo hasta quedarse en el oro de mi cuello.

—Me lo he pasado bien. Es difícil no hacerlo cuando estoy contigo.

Está actuando. Sé que es así, y, sin embargo…

—Gracias por esta noche —le digo—. Yo también me lo he pasado muy bien.

Pone una mano en la parte baja de mi espalda.

—Deja que te acompañe adentro.

Una vez dentro, nos paramos en el gran vestíbulo. En algún sitio suena un reloj. Varias generaciones de Calloway se alinean en las paredes superiores, junto a la doble escalera. Los ancestros de West, todos ahí mirándonos desde las alturas.

—Quiero que salgamos otra vez. —Está más cerca de lo normal. Ya hemos hecho esto antes, y, aun así, mi corazón empieza a latir como un loco—. Concédeme otra cita, Nora.

—Puede —le digo.

—¿Puede?

—Ajá. Depende de lo que hagas ahora. —Llevo dos copas de vino encima y el subidón de toda la noche—. Depende de lo bien que me beses.

Su mano roza mi mejilla. Justo como ha hecho antes en la *sex shop.*

—¿Tengo que ganarme otra cita contigo?

—Sí.

—Eso es —murmura, y el espacio entre nosotros se reduce—. Estás tan guapa cuando pides lo que quieres.

Huele a él, a calor y a vino, y me alza un poco la cabeza para que nuestros labios puedan coincidir. Me besa lentamente, sin prisa; justo como le dije que me gustaba.

Son sus labios húmedos contra los míos, deslizándose entre sí, aumentando el calor, y entonces me pierdo en el beso. Es un laberinto del que no quiero escapar. Parece que ese es el efecto en mí que tiene besar a West.

Recoloca mi mundo cada vez que ocurre.

Separa la cabeza de la mía y se queda a apenas centímetros de mí. Yo me muevo hacia él, echándome hacia delante, pero él sigue manteniendo sus labios justo fuera de mi alcance.

Se está conteniendo.

Mi mano encuentra el cuello de su camisa.

—Más —le digo—. Hazlo mejor.

Su risa entre dientes suena ronca, y entonces encuentra mi cintura con su mano libre.

—Esa es mi chica. ¿Con lengua?

—Sí. —Estoy demasiado caliente, demasiado cerca, y llevo así horas—. Te estás conteniendo.

—No. No me estoy conteniendo.

Niego con la cabeza. Sí que lo está haciendo. Puedo sentirlo en la tensa curva de su cuerpo, en la intensidad que tiene firmemente atada bajo la tela almidonada.

—Bésame como Dios manda. Como si fuera… una mujer con la que de verdad quisieras salir.

Entorna los ojos, y la curva de sus labios desaparece. Me mira como si no estuviera seguro de que yo fuera a poder gestionarlo.

Estoy tan cansada de sentirme como una niña consentida y sobreprotegida. Estoy cansada de que me menosprecien y de sentir miedo y ansiedad.

No quiero que ninguna de esas cosas vengan de él, precisamente.

—Por favor —le susurro.

Traga saliva con fuerza, y su pulgar traza un círculo bajo mi labio inferior con apenas un roce. Sus ojos oscurecidos siguen atentos a todo el movimiento.

—Como una mujer con la que de verdad quisiera salir.

—Sí. Como si todo esto fuese real.

Se le tensa un músculo de la mandíbula.

—Como si todo esto fuese real —repite, y su mano se echa hacia atrás para enredarse en mi pelo. Nunca antes me había sujetado de esta forma.

El espacio entre nosotros vuelve a encogerse, y roza sus labios con los míos como hice yo el otro día.

—Eres tan guapa —murmura—. ¿Vas a ser buena y me vas a dejar que te bese como Dios manda?

Asiento con la cabeza. «Por favor».

Tira de mí hacia sí, haciendo encajar sus labios con los míos. Entonces me besa a través de caricias fuertes e insistentes que desordenan todos mis pensamientos.

Y cuando su lengua se mueve contra mi labio inferior, yo abro la boca para dejarle entrar.

West gime. Su lengua resulta caliente en mi boca, y él es lo único que yo puedo sentir ahora mismo, lo único en lo que puedo pensar. Todo eso se desvanece al segundo siguiente, como si solo hubiera sido un roce juguetón, y queda reemplazado por sus labios capturando mi labio inferior.

Lo siento firme contra mí, con su ancho pecho y sus duras caderas, y noto algo ahí, algo contra mi estómago, ¿y eso no será…? ¿No estará…?

Nunca creí que la curiosidad pudiera resultar un sentimiento tan doloroso.

Pasa la mano por mi cadera en una firme caricia, bajando hasta la curva de mi trasero. Me está tocando como si llevara queriendo esto desde hace siglos, como si al fin le hubiera dado permiso y no fuera a malgastar ni un solo segundo.

Yo tampoco planeo malgastarlo; especialmente ahora que al fin estoy en este punto, cuando al fin siento esta sensación abrasadora y retorcida en las entrañas de desear estar más y más cerca aún. Especialmente cuando es él quien me está tocando así, como si fuera lo mejor que ha sostenido nunca entre sus brazos.

Su mano roza mis costillas y la zona que rodea a mi pecho izquierdo. Su pulgar se desliza hasta llegar a mi pezón endurecido, atravesando la tela de mi ropa.

Es como si un cable con corriente se activara dentro de mí.

Mis manos se convierten en garras contra su cuello. Guau. Me separo de su boca un momento para tomar una temblorosa bocanada de aire.

West está respirando igual de trabajosamente. Es como si al fin hubiera logrado desequilibrarlo, como si hubiera hecho que su papel de profesor controlado se rompiera en pedazos para luego arder.

—¿Estás bien?

Me arqueo hacia él de nuevo.

—Sí. Es solo que nadie nunca me había tocado ahí.

—¿Qué?

—Está bien —le digo, poniéndome de puntillas—. Lo siento, no pretendía—

—No te disculpes. —West aparta las manos de mi cuerpo—. Nunca tendrías que disculparte conmigo. Pero, Nora…

Vuelvo a sacudir la cabeza, como si todo esto no fuera más que un gran malentendido. No puede saberlo.

—West—

—Dime que no me has ocultado esto.

—¿Ocultar qué?

—Tu inexperiencia con los hombres. —Me mira como si lo hubiera destruido. Como si se estuviera descosiendo—. Me dijiste que sí que habías tenido sexo antes. Me dijiste… y ahora… No era cierto. ¿Verdad? Nunca has dejado que nadie llegara a acercársete tanto.

La cara me arde, y puedo saborear mi propio miedo.

—West, está bien. Todo está bien. No tenemos…

—No está bien. —Su expresión es impertérrita—. Eres virgen.

La palabra cae sobre el espacio que queda entre nosotros como si fuera una maldición. Lo siento como algo feo. Es algo contra lo que he estado trabajando durante años. No es algo que quiera ser, ni algo que ansíe o valore. Parece un testimonio más de mi fracaso

personal con los hombres, con las relaciones sentimentales, con el amor.

Un testimonio de mi propio miedo.

—Esto no cambia nada —le digo.

—Joder. —Cierra los ojos durante un segundo, y percibo el color que se ha establecido en la parte alta de sus pómulos. Su pelo está desaliñado por culpa de mis manos, y es tan guapo que duele—. ¿Cómo puedes haber mentido sobre eso?

—No cambia nada. —La vergüenza hace que se me humedezcan los ojos. La palabra «mentira» también la siento fea, ahí tirada entre nosotros. Siento las lágrimas por la tregua que hemos construido y la confianza que se ha estado desarrollando entre nosotros, tan lenta y silenciosamente, que no había reparado en ella hasta justo este momento.

Es el amigo de Rafe.

Y, de alguna forma, también se ha convertido en amigo mío.

El rostro de West se retuerce con terror.

—Lo cambia todo. Si eres virgen… —Sacude la cabeza—. Mierda. Joder.

No puedo mirarlo. No puedo ver esa expresión de incredulidad, de repulsión. De ira. Está decidiendo, en este mismo momento, lo que soy y lo que necesito. Está cambiando la percepción que tiene de mí y sé que todo esto, todas las lecciones y la práctica…, todo va a terminar.

Puedo ver cómo se está fraguando la decisión en sus ojos.

Así que me doy la vuelta y salgo rápidamente por entre la doble escalera, necesitando salir y necesitando distancia. Las cristaleras se abren fácilmente al aire nocturno y a los jardines en hilera de Fairhaven. Dejo atrás la bolsita rosa y me centro en mirar el cobertizo para lanchas que hay más allá, con esa luz que parpadea al final del muelle.

Lo he estropeado todo.

CAPÍTULO 29



West

La culpa es lo que me mantiene pegado al suelo de mármol.

Oigo sus rápidos pasos mientras se aleja y desaparece con lágrimas en los ojos. Son lágrimas que yo le he provocado, a punto de caer por sus mejillas como si fuera ella la que ha hecho algo mal.

Me paso una mano por la cara. Aún puedo saborearla en mi lengua, sentir su cálido y dispuesto cuerpo entre mis manos; eso es lo único que puedo hacer para respirar hasta que el deseo que me recorre todo el cuerpo se reduce.

Soy un idiota por no haberme dado cuenta antes. Por llevarla a la fiesta de Paraíso Perdido, y por haberla llevado escaleras abajo aquel día.

Ahí sentada, en su vestido angelical… Como una ofrenda virginal servida en una bandeja para mi uso personal en la guerra contra mi primo. Se sentó en mi regazo y vio a la gente teniendo sexo, y yo le había prometido a su hermano que la cuidaría.

Hay montañas y montañas de cagadas en todo lo que he estado haciendo.

«Bésame como si fuera una mujer con la que de verdad quisieras salir».

El chute de adrenalina casi me deja mareado. He hecho exactamente lo que me ha pedido. La he besado con dureza, saboreando su boca y sintiendo cómo su cuerpo se amoldaba al mío.

He acariciado su lengua con la mía, sus labios abiertos para mí. Porque ella es exactamente el tipo de mujer con la que querría salir.

La he tocado como llevaba semanas ansiando hacerlo, al fin sintiendo la voluptuosa curva de su trasero y las suaves cimas de sus tetas, y entonces se ha tensado.

Se ha quedado petrificada.

Yo había creído que estábamos en el mismo punto. Lo había sentido en sus pequeños gemidos entrecortados enviando descargas directamente a mi polla, y en las uñas clavadas en mi nuca.

Pero estaba equivocado. Porque después ella se ha quedado petrificada, y resulta que yo no he visto ninguna de las señales.

Lleva semanas mintiendo. Ha mentido durante toda la cena de hoy, cuando hemos hablado sobre sexo. Y luego la he llevado a una maldita sex shop.

Joder. Le he comprado juguetes sexuales.

Noto algo a mi alrededor, rozándome las piernas. Miro hacia abajo y me encuentro con un par de ojos amarillos y una nariz rosa. El gato gris golpea mi pantorrilla con la cabeza, rozándome con la cola.

—Hola —murmuro.

Ernest me dijo que Nora ha estado intentando atraparlo para llevarlo al veterinario, para averiguar si es de alguien o simplemente está aquí, después de haberse colado por la verja y haber encontrado la propiedad de su agrado.

Me agacho lentamente. Si puedo atraparlo para Nora, si puedo…

No me deja tocarlo. Se aleja sigilosamente con sus rápidas patas, parándose a la altura de las cristaleras para mirarme.

—¿Vas a encontrarla? —le pregunto, lo cual es genial, porque eso significa que ahora le estoy hablando a un gato.

Me mira durante otro instante más y luego se desliza hacia la noche primaveral, hacia la oscuridad y el césped fresco, y probablemente allá donde haya más ratones, en los que no me apetece ni pensar.

Miro la bolsa de vibradores, olvidada en la mesilla. Es de un tono rosa que resulta burlón.

Y me cago en todo: me dijo que no se le daba bien discutir ni la parte que le seguía de hacer las paces. Yo mismo fui quien le dijo que practicaríamos justo eso.

Sigo al gato afuera, hacia los jardines.

El borde de la terraza está iluminado por varias luces que bajan por el camino hacia la piscina junto al mar y las canchas de tenis. Pero no está allí. Tampoco está en el vergel o el cenador. Camino por los terrenos que me conozco como la palma de mi mano, por aquellos sitios por los que solía escaparme y en los que solía jugar de niño.

Hasta que solo me queda un lugar donde mirar.

Camino por el muelle, alrededor del cobertizo para lanchas. Veo una silueta de una mujer sentada en el mismo borde, junto a un farol que desprende un brillo cálido sobre las suaves olas. Las ondas del mar bailan alrededor de los pilares sobre los que está elevado el muelle; en el límite más recóndito de King's Point, frente a nosotros, no hay nada más que mar.

Todas las palabras que se me ocurren se vuelven amargas en mi boca. Todas ellas arden y mueren antes de que pueda articularlas.

—Puedo oírte. —Nora encoge las rodillas y se abraza a ellas. Se ve pequeña recortada contra las oscuras olas. Como si fuera a caerse contra ellas en cualquier momento—. ¿Te ha mandado West a montar guardia?

Cierro la mano nerviosamente a mi costado.

—No soy Sam ni Madison ni Miguel.

—Oh. —Apoya la cabeza en sus dobladas rodillas—. Ya no hay ningún sitio en el que pueda estar sola. He pensado abandonar Fairhaven, pero… dado el panorama actual, eso conllevaría molestar al menos a siete personas.

—No pienses—

—Sí que lo pienso —me dice, con la voz saliéndole con fiereza—. Sí que pienso en esas cosas, y a lo mejor eso no siempre está mal.

—Estás disgustada.

—Lo estoy, sí.

Me siento a su lado al borde del muelle. Detrás de nosotros, el agua golpea suavemente el casco de mi barco de vela.

—Ya.

—Por favor, no me digas lo que sea que has venido a decirme. No quiero oírlo. Ya me lo sé todo.

—¿Y cómo sabes lo que he venido a decirte?

Nora se gira, y la expresión en sus ojos me parte el alma.

—Ya estoy lo suficientemente avergonzada.

—¿Por qué estás disgustada?

—Por ti —me dice, y toma una profunda y temblorosa bocanada de aire—. Estoy disgustada porque… porque… esto es un fracaso mío. Lo sé. Soy patética y ahora tú también lo sabes, y esto lo cambiará todo. ¿O me equivoco?

Me quedo mirándola, tratando de diseccionar las palabras.

Suelta una risita y se pasa el dorso de la mano por la mejilla.

—Sé que resulta raro, aberrante, que no tenga la experiencia que debería tener. ¿Por qué crees que mentí al respecto, para empezar? Me pediste que fuera sincera, y no lo fui. Y ahora todo esto afectará a lo que piensas de mí.

—Yo también estoy disgustado. Más bien, enfadado. —Mi voz sale ronca—. Pero no contigo.

Nora vuelve a fijar la vista en el mar.

—Ya.

—Lo digo en serio. Las cosas que hemos hecho… Te llevé al infierno durante la fiesta. ¿Y las cosas que viste allí? Jamás te habría llevado si…

—Eso lo sé. Por supuesto que lo sé. Y esa es exactamente la razón por la que tuve que mentir. Antes de eso ya estabas tratándome como la molesta hermanita pequeña de Rafe a la que tenías que hacer de niñero. Y cuando hicimos ese trato, fingir una relación a cambio de lecciones para salir con alguien, supe que si te lo decía…

—Habría dicho que no.

—Sí. —Sus ojos se encuentran con los míos, brillantes y orgullosos—. ¿Me equivoco?

La verdad flota en el silencio entre nosotros, y la expresión en su rostro me está arrancando el corazón del maldito pecho.

—Nora.

—Ya es lo suficientemente vergonzante todo esto, esto que estamos haciendo tú y yo, y ahora que lo sabes… Pero la cosa es, ¿puedes culparme por haber mentido sobre eso? Me ofreciste algo que nunca había obtenido de ningún hombre. La posibilidad de practicar, de no contar con expectativas ni presión. Eres el primer tío al que verdaderamente he disfrutado besando. —Vuelve a mirar el mar, como si deseara que se la tragara entera—. Todo esto es vergonzante.

—No. —Me muevo más cerca de ella, mi cadera contra la suya en el muelle—. No te avergüences. Enfádate conmigo, haz lo que tú quieras. Pero no te sientas avergonzada por esto.

Una lágrima le recorre la mejilla.

—No me digas lo que tengo o no tengo que sentir —me susurra.

Y yo me cago en todo, porque esa frase me enorgullece.

—Tienes razón. No lo haré. Pero lo que sí te diré es que eres fuerte, inteligente y preciosa. No hay nada malo en ti. —Alzo la mano derecha para limpiarle la lágrima. Su piel está rosada del vino y la emoción. Es terrorífico lo cómodo que he llegado a sentirme al tocarla.

Lo adicto que he llegado a ser.

—¿Qué es lo más íntimo que has hecho con un hombre?

—Besarnos, solo. —Mira hacia abajo, hacia el espacio entre nosotros, pero sigue adelante—. Ya sabes, enrollarse y todo eso. Un tío puso su mano por encima de mis pantalones cuando era adolescente, pero eso fue a través de… la ropa.

Odio a ese tío automáticamente.

—Quiero tener sexo. Así que quiero seguir practicando el tema de las citas y las relaciones. Quiero tener una relación algún día.

Cumplo veinticinco en noviembre, y me dije a mí misma que para entonces ya no sería virgen. No pienso…

—¿Te has puesto una fecha límite?

—Sí. —Asiente ligeramente con la cabeza, y noto de nuevo esa fiereza entretejida en su voz—. Ya te dije que estaba trabajando en todo este tema. Solo necesito encontrar a alguien que me guste, alguien con quien me sienta cómoda.

Me está matando.

—Quieres…

—Quiero seguir. Hicimos un trato, Calloway. Necesito esas lecciones.

Rozo su pelo para colocarlo tras su oreja. Necesito ese contacto, que ella siga aquí conmigo.

—Esto lo cambia todo.

—No lo cambia todo. —Sus ojos centellean frente a los míos—. Me dijiste que podría practicar los besos contigo donde y cuando fuera.

—Sí lo hice, sí. —Mi mano cae hasta acomodarse en la curva de su cuello. Puedo sentir su rápido pulso.

—¿Es que beso horrible? —Es una pregunta susurrada, casi perdida en el sonido de las olas junto a nosotros.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Ahora ya sabes lo experimentada que soy en esto. Quizá sea…

—No besas horrible. —La idea me resulta cómica y ridícula, una broma—. Ni siquiera besas un poquito mal; no estás ni cerca. Eres… No. No. En absoluto.

—Gracias.

Los dedos vuelven a doblárseme, esta vez en su cuello, su sedoso pelo causándome cosquillas.

—No soy un hombre altruista, problemas. No me presenté voluntario para ayudarte a practicar los besos por la bondad de mi corazón.

Y ese es el problema.

Está practicando. Aprendiendo. Soy yo quien se está aprovechando de una mujer que se siente cómoda conmigo y está aprendiendo a encontrar sus propios límites. Yo no le gusto de esa forma. Y, aun así, no puedo parar de ponerme bien duro por ella.

Incluso ahora, no puedo dejar de tocarla.

—Oh. —Una sonrisita vacilante se asoma por sus labios—. Podría salir al mundo e intentar resolver este problema por mi cuenta. Eso es lo que he tratado de hacer hasta ahora. Pero no he tenido demasiada suerte, porque en realidad no me… en realidad no me siento atraída por esos hombres. Si no me ayudas, entonces tendré que volver a eso, a las citas. Quizá podría hacerme amiga de uno de los guardias, de los que tienen mi edad. Sam, o puede que Amos.

—No.

—Entonces ayúdame, West.

—Ayudarte. —Fuerzo las palabras a salir de entre mis dientes apretados—. Te he besado en casa y te has quedado paralizada.

—No me he quedado paralizada. Es solo que me ha sorprendido, pero me ha gustado. —Incluso en la oscuridad puedo ver el rubor que está escalando hasta sus mejillas. Está confiando en mí para esto. Está confiándome su secreto de esta noche y sus emociones, y el hecho de que le guste besarme.

Toda esa confianza hace que me sienta crecido. Lo quiero todo de ella, todo. Esta noche justo le he dicho que el buen sexo siempre se fundamenta en la confianza.

Pero el sexo con ella sería mucho más que «bueno».

Pero ese no puede ser mi papel. No puedo ser tan desgraciado.

En lo que respecta al resto, por otro lado… A lo mejor sí que puedo ayudarla con lo demás.

—Te ha gustado —repito—. ¿Es eso lo que quieres, entonces? ¿Practicar todas las cosas que podrían suceder después de una cita?

—Sí. Quizá. —Sus palabras suenan apresuradas—. Si es que te intereso o, como poco, te atraigo. Sé que debes de estar acostumbrado a mujeres experimentadas que no necesitan ir despacio, pero…

—Amor. —Acaricio su mejilla con el pulgar—. Me dijiste que te estresa cuando un chico te desea ya desde el principio, ¿no es así? ¿Quieres entonces que finjamos que ese no es mi caso, o quieres que sea perfectamente claro al respecto?

Parpadea rápidamente, sus pestañas largas y húmedas.

—¿En serio?

—En serio. Ya te lo he dicho: soy egoísta. No creas que me estás pidiendo un favor tú aquí.

—No se me va a dar bien esto —me dice—. Existe una probabilidad muy muy alta de que todo esto se me dé terriblemente. Sea lo que sea lo que practiquemos. Como he estado tan…

—No. No termines la frase.

Sonríe un poco.

—Pero es cierto.

—¿Por qué esperas que se te dé genial de primeras algo que nunca has probado antes? ¿Qué tipo de vara de medir sin sentido es esa? —Quiero encajar su cuerpo con el mío, llevarla hasta mi regazo —. Por eso no te preocupes ni por un segundo estando conmigo. ¿Puedes prometerme que no te preocupará?

—Vale. Sí. Creo… creo que puedo hacerlo.

—Bien. No te estoy juzgando. Ni llevo un cuaderno de calificaciones.

Sus labios se curvan, y su nueva expresión me provoca un alivio que me inunda el cuerpo.

—¿Qué tipo de profesor eres tú?

—Pues uno que no cree en las notas. —Muevo el pulgar hasta su labio inferior. Cada músculo de mi cuerpo está bien retenido bajo llave, y el deseo que me recorre es tan fuerte que me quita la respiración—. Practicaremos más. A tu ritmo.

—Gracias —dice en una exhalación, como si le hubiera otorgado un gran favor. Como si yo no fuera quien va a estar rogando, y ardiendo, y pecando—. Siento haberte mentido sobre eso.

—Entiendo por qué lo hiciste. —Ahora estoy más cerca de ella, lo suficientemente cerca como para ver que tiene la piel de gallina—.

Has sido tan valiente…

Sus labios se separan en un suave suspiro. Le gusta que la halague.

Yo ya lo sospechaba, pero he tenido que preguntárselo esta noche porque necesitaba oírselo decir. Quería calibrar su respuesta; no a todas las mujeres les gusta que les hablen así.

Incluso aunque ansíe decirle lo dulce que está siendo. Que ansíe pedirle que se ponga ese vibrador entre las piernas y decirle que sea una buena chica por mí y que me diga lo que está sintiendo. Aunque ansíe dejar que vea lo duro que me pone.

Le he dicho que no me gusta el BDSM, y es cierto. Pero existe cierto aspecto dominante en eso de alabar a la otra persona que sí que me gusta. Siempre lo ha hecho.

«Despacio», me recuerdo a mí mismo. Joder. Voy a ir directo al infierno (eso también lo pienso).

—Me gusta. Cuando me halagas —susurra—. Quería decírtelo antes en la cena, pero no lo he hecho.

—¿Sí? ¿Te gusta?

Asiente un poco. Con entusiasmo, con los ojos abiertos.

—Sí. Me ayuda a relajarme, a no pensar demasiado en si estoy haciendo las cosas bien o mal. Porque tú me lo dices directamente.

—Voy a seguir haciéndolo. ¿Te gustaría?

—Sí. —Su aliento es cálido contra mi pulgar—. Mucho.

—Esa es mi chica. Quiero que hables conmigo, como has hecho ahora. ¿Podrás hacer eso por mí?

—¿En qué sentido?

—Voy a serte sincero. Si voy a tocarte…, si vas a tocarme…, tendremos que hablar. —Le levanto la cabeza—. No más mentiras.

—Lo prometo.

—Bien. Lo has hecho tan bien esta noche. La cena, la sex shop, enrollarnos… y luego has discutido conmigo. Y ahora estamos haciendo las paces. Casi como en una relación.

Sus ojos brillan.

—Sí que lo he hecho bien, ¿eh?

—La novia falsa perfecta.

Un escalofrío la atraviesa. Quiero calentarla. Debería llevarla adentro, pero antes…

—Quiero besarte.

Sus ojos caen a mi boca durante un segundo.

—¿Por qué?

—Porque a veces —le digo— es una forma más fácil de hablar.

Sus labios se abren, y se echa para delante un poco más.

Toco sus labios con los míos. Es cálida y suave, y el pensar que pueda estar temiéndose que no se le dé bien besar, o que hay algo mal en ella, me resulta devastador. Su boca se relaja contra la mía, y suspira un poco cuando profundizo en el beso.

Detrás de nosotros, las olas continúan rompiendo suavemente contra el muelle. Como siempre lo hacen. Como siempre lo han hecho.

Pero ahora, todo ha cambiado.

CHAT DE GRUPO

ALEX: Costa Rica la semana que viene. Ya he terminado la lista de retos. ¿Estáis preparados?

JAMES: Tú, desde luego, no, porque vas a escribir toda esa lista de camino en el avión.

ALEX: Podrías dejarme vivir con mis mentiras al menos una vez, ¿por favor?

JAMES: No.

RAFE: Voy a volver a ganar en esta ocasión. Siento decíroslo ya.

WEST: Dices lo mismo antes de cada viaje. Y a todo esto, a este viaje no me apunto.

JAMES: ¿Porque estarás ocupado bebiendo vino y cenando con tu posible esposa? Esa es la única excusa que te podría aceptar. Planeamos estos viajes con meses de antelación.

ALEX: De eso nada, Weston Maude Calloway. Vas a venir.

WEST: Mi segundo nombre no, hombre… Y no, tampoco voy a estar cortejando a mi posible esposa. Con el acosador de Nora más activo que antes, no voy a irme de Nueva York. Es demasiado importante.

JAMES: Vale, eso te lo permitimos. La familia va primero.

RAFE: Veré qué puedo hacer.

WEST: No debería quedarse sola.

RAFE: Lo sé. Déjamelo a mí.

CAPÍTULO 30



West

Resulta que, cuando la hermana pequeña de tu mejor amigo te dice que es virgen y que quiere nada menos que tu ayuda para practicar el tema de la intimidad, resulta un poco difícil concentrarse en el trabajo al día siguiente.

La culpa me hace ignorar el chat de grupo, por donde Rafe y Alex están hablando de polo. Sé bien lo que significa para él cuidar de sus hermanos. Y aquí estoy…, haciendo algo que él consideraría una traición, y sin poder encontrar la fuerza necesaria para pararlo.

Tengo varias reuniones en la ciudad y otra llamada con los inversores de Japón. Nora también está ocupada. Esta mañana, mientras se estaba preparando para salir a correr con sus guardias, me informó de que ella también iba a tener una reunión por la noche. Va a cenar con mi hermana.

—Os habéis hecho amigas de verdad vosotras dos, ¿eh? —No fui capaz de resistirlo: tiré suavemente de su coleta, la enrollé alrededor de mis dedos y la besé en el vestíbulo.

Ella me besó de vuelta, su boca suave y abierta contra la mía, antes de empujarme.

—Sí —me dijo con una sonrisa—. Y ya no más, gracias. Tengo sitios a los que ir.

—Corre mucho.

—Siempre lo hago.

La observé bajar las escaleras con unos *leggings* que abrazaban sus largas piernas y su duro trasero. Sam y Madison estaban a su lado llevando unas gorras caladas. Ambos me miraron y me dedicaron un breve asentimiento de cabeza. «Protegedla», pensé.

Sé que no quiere mantenerse encerrada para siempre, que es importante para ella poder seguir viviendo su vida. Pero no me pude relajar hasta que tuve confirmación de que había regresado a Fairhaven.

No la veo durante el resto del día.

Mi cena es con inversores que visitan Fairhaven, un evento tan aburrido como necesario. Se quedan fascinados con la propiedad y su grandeza de siglos, y yo asiento educadamente ante cada una de sus preguntas. Se quedan más tiempo de lo que me gustaría, jugando al billar en la biblioteca. Dándome palmaditas en el hombro como si fuéramos colegas.

Cuando al fin subo las escaleras al final de la velada, sé que Nora ya ha vuelto de su cena con mi hermana; mi jefe de seguridad me informó de ello.

Es tarde. Debe de haberse ido ya a la cama.

Camino más despacio al pasar por delante de la puerta de su habitación. A estas alturas ya me resulta hasta natural haberme acostumbrado a ella, a escuchar por dónde anda.

Y es entonces cuando lo oigo.

Un gemido amortiguado.

Estoy en la puerta en solo dos zancadas.

—¿Nora?

Recibo un elevado aullido en respuesta. Empujo la puerta, y descubro que está abierta. Su sala de estar está vacía. ¿Está aquí su acosador? Pero ¿cómo? En apenas unas zancadas cruzo la puerta abierta de su habitación, con los puños apretados.

Nora está sola. Tumbada en la cama.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—¡Ay, Dios!

No hay ningún intruso. Solo está Nora, con la mano metida por debajo de la goma de sus pantalones cortos… y algo que vibra de forma constante.

—¡West! —Saca la mano, pero el vibrador se queda donde está. Se cubre con la sábana, dejando solo su cara al descubierto.

—Mierda. —Soy incapaz de apartar la mirada de ella—. Estabas haciendo ruidos. Sonaba como si estuvieras en peligro.

—Pues no. —Su voz es solo un hilillo, y el vibrante sonido sigue ahí—. Ay, Dios, tengo que apagarlo…

Me doy la vuelta y centro la vista en la madera oscura de su vestidor. Oigo otro grito ahogado que viene de su cama, y luego nada más que silencio. Ha apagado el vibrador.

—Los estás probando. —Toda la sangre se me ha ido hacia abajo en caída libre, y estiro la mano para dejarla sobre la puerta. Mierda.

—Sí. Aún no me convencen.

—Pues sonabas bastante… convencida.

—Son intensos —me dice. Echo un ojo y la veo dejando caer un brazo sobre su cara—. No me puedo creer que estés aquí. Estaba…

—No te avergüences. —Mis pies me acercan más a la cama con voluntad propia.

—¿Cómo no me voy a avergonzar? —Baja el brazo para mirarme —. Nadie me ha visto nunca haciendo… eso.

—Lo sé. Casi no podías ni hablar de ello hace no mucho. Pero es bueno practicar, amor.

Se muerde el labio inferior.

—¿Eso crees?

—Sí. ¿Has podido llegar a correrte?

—No. Aún no.

—Pero estabas cerca.

—Eso creo —murmura, y luego toma una profunda inspiración. Tiene las mejillas ardiendo—. Sí, lo estaba. Pero no he sido capaz de ajustarme las vibraciones. Creo que eran demasiado fuertes.

—Deja de sentir vergüenza.

—¡No puedo!

Doy un paso atrás.

—Puedo irme si quieres seguir… y ya luego me cuentas. O puedo quedarme, y podemos practicar. Como tú quieras.

Los ojos le arden tan intensamente como las mejillas. Pero en ellos veo ese fuego que he acabado disfrutando tanto.

—Quédate.

Esa sola palabra me hace sentir mareado.

Me siento a su lado en la cama, con cuidado. No quiero hacer ningún movimiento brusco. Sin apartar los ojos de los suyos, me echo a su lado.

Ella está bajo las sábanas.

Yo encima de ellas.

—Estás usando el pequeño, ¿verdad? El que tiene succión.

—Sí. Es muy intenso.

—¿Ya estabas excitada antes de ponértelo en el clítoris?

Separa los labios en una suave exhalación. Le lleva un momento responder, pero no es capaz de mirarme a los ojos.

—Un poco.

—Tócate ahora —murmuro, girándome para que mi rostro quede al lado del suyo—. No pongas las vibraciones ni el succionador.

Noto cómo su hombro se mueve, y escucho el débil crujido de la tela por debajo de las sábanas. Cierro los ojos frente a la avalancha de deseo que me sobreviene. Joder. Pero esto quiero verlo.

Nora contiene la respiración y, joder, es que tengo que mirar. Tiene la boca abierta, y sus ojos viajan de mí al techo con rapidez. Estiro una mano para girar su rostro hacia el mío.

—Estoy justo aquí, contigo. Eres tan valiente —le digo—. Estás siendo tan buena por mí, lidiando con los nervios como lo estás haciendo.

Me dedica un pequeño asentimiento de cabeza, y parte de la tensión alrededor de sus ojos desaparece.

—¿Te hace sentir bien tocarte?

—Sí —susurra. Me está observando, su mano moviéndose bajo las sábanas.

—No te tocaré. No haré nada que tú no quieras —murmuro—. Pero estaré aquí contigo todo el rato.

—Podrías… besarme. —Su voz vuelve a ser un hilo, y su piel está colorada.

Sonrío un poco.

—Puedo.

Lentamente me acerco más hasta que nuestras frentes se tocan. Su aliento es cálido contra mis labios. La beso lentamente, cuidadosamente. Me tomo mi tiempo, la saboreo, chupo su lengua; rozo su labio inferior con mis dientes y le digo lo bien que sabe en susurros.

Sus labios siguen los míos, hambrientos. El triunfo que eso me provoca hace que me ponga aún más duro. Dijo que nunca le había gustado besar a un hombre antes de besarme a mí.

Pienso llevar ese halago como una medalla de honor hasta la muerte.

Rozo su mejilla con mis labios y bajo por la fragante curva de su cuello, permitiéndole así que recupere el aliento.

—Nunca me habías besado así —me dice.

—Hemos estado tomándonoslo con calma.

—¿A ti te… gusta? ¿Besarme?

La pregunta es tan inocente. Si supiera lo mucho que me está doliendo la polla contra la cremallera de los pantalones…

—Eres perfecta. Podría besarte durante horas, amor.

—Oh. —Todo su cuerpo se relaja.

Es probable que nadie la haya besado antes en el cuello de esta forma. Aparto suavemente el cuello de su camiseta con la boca y beso el borde de su clavícula. El aroma de su piel me está poniendo difícil pensar con claridad.

—Enciende el vibrador —le digo—. Al mínimo. Presiónalo contra tu clítoris, pero no pongas el succionador.

—Vale.

Me incorporo sobre un codo para volver a besarla. Se arquea a la medida de mis caricias, sus labios separándose para mí. Soy

consciente del momento en el que enciende el vibrador, manipulándolo con algo de torpeza bajo las sábanas, cuando su boca comienza a vibrar contra la mía.

Un débil zumbido llena la habitación.

—Eso es. Es más fuerte que tus dedos, ¿verdad?

—Sí —susurra. Hay una corriente de energía recorriéndola entera, y yo deseo que esa corriente me queme. Arrastro los labios por su mejilla.

—¿En qué estabas pensando, antes de que entrara?

Sus ojos se mueven rápidamente hacia los míos.

—Estaba, eh… Nada.

—¿Nada? —Vuelvo a besar su cuello, y contiene la respiración.

Vale. Eso le gusta.

—Yo creo que estás mintiendo. —Beso el hueco en su garganta y ella hace resurgir su mano libre para pasarla por mi pelo. La presión de sus dedos me provoca palpitaciones en la polla.

Voy a tener el puto peor caso de bolas azules después de esto.

—¿Qué quieres que te diga? —Su voz ahora suena más ácida, acompañada de su trabajosa respiración.

—La verdad.

—Tú —susurra—. Estaba pensando en ti.

Gimo contra la curva de su cuello.

—Lo siento —murmura, su mano acariciando ahora mi cuello—, siento si eso…

—No te disculpes. Nunca te disculpes conmigo, y menos por eso. —Vuelvo a besarla. Esta vez lo hago con más fuerza, llevado por mi propia necesidad. Debería tener más cuidado, ir más despacio.

Pero entonces Nora intensifica su agarre en mi pelo y me besa de vuelta como si lo deseara tanto como yo. Justo como ya me ha dicho que hace siempre con los hombres.

Levanto la cabeza, con mi boca a escasos centímetros de la suya.

—Necesitamos una palabra de seguridad.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir?

—Si ya no te sientes cómoda en cualquier momento, en cualquiera de las… prácticas que hagamos… —Me incorporo para asegurarme de que me mira a los ojos—. Entonces me dices que pare, y pararemos. Y ya. No me enfadaré ni me cabrearé, y tampoco me va a irritar. Nada cambiará, porque me estarás expresando exactamente lo que quieres. Y no cambiará lo que pienso de ti.

Nora asiente débilmente, y veo cómo la vergüenza se extiende por su cara.

—Vale.

—Necesito que me lo prometas, amor. Que me prometas que me dirás que pare, y pararemos. Que en cuanto te venga ese pensamiento a la cabeza, me lo dirás.

Nora asiente. Tiene la piel colorada y caliente bajo mis labios.

—Vale. Si quiero parar, te lo diré.

—Y recordarás lo que te he dicho de que no me enfadaré, ¿verdad?

—Sí. Ya lo sé, West.

Vuelvo a besarle el cuello, y su respiración se entrecorta.

—¿Alguna vez te habían besado aquí?

—No. Me gusta. Me gusta… mucho.

Sonrío contra su piel. Bueno, esto ya es algo con lo que puedo trabajar.

—Yo también he pensado en ti.

—¿En serio? Cuando te has…

—Sí. Sé que no debería, pero lo he hecho. —Beso la pequeña porción de su piel que queda al descubierto por encima del edredón. Se le pone la piel de gallina—. Esto te gusta mucho.

—Sí —susurra.

—Mi chica dulce y receptiva. Lo estás haciendo tan bien. —Vuelvo a besarla—. Quiero que cambies el juguete. Pon el succionador justo en tu clítoris. ¿Puedes hacerlo por mí?

Su mano libre sigue en mi nuca, como si se estuviera aferrando a mí.

—Vale, estoy… oh. Oh.

Una llamarada de fuego baja por mi columna.

—¿Bien?

—Sí. SÍ.

Vuelvo a besarla bajando por su cuello, y esta vez Nora aparta el edredón. Sigo la nueva piel desnuda disponible de su pecho, hasta el borde de su camisola. Puedo ver la ligera hinchazón de sus tetas y la dureza de sus pezones a través de la tela.

Recorro con los dedos el borde de su camisola y la observo mientras le da un escalofrío.

—Lo estás haciendo tan bien —le digo—. Eres tan guapa. ¿Qué se siente?

—Siento calor. Es tan intenso… —Sus ojos están fijos en los míos —. Nunca antes he sentido este tipo de deseo.

—Quédate en el momento. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Sí —susurra. El pecho le sube y baja en rápidas respiraciones, y su espalda se arquea—. Quiero…

—Dímelo, preciosa.

—Quiero que vuelvas a besarme el cuello. Quiero tu boca en mi…

Bajo la vista al punto donde tiene el pecho arqueado: el duro contorno de sus pezones.

—Ya sé dónde me quieres. —Bajo por su pecho a base de besos —. Aumenta la vibración.

Contiene la respiración, pero al segundo siguiente oigo cómo el sonido se intensifica. Le beso el pecho a través de la tela, hasta los duros puntos donde están sus pezones.

Succiono a través del algodón.

Vuelve a gemir, emitiendo un sonido suave y arrastrado que vuelve a hacer que me palpite la polla. Me imagino su mano, entre sus piernas bajo esas sábanas. Su dulce vagina, su inflamado clítoris.

—Eso es —murmuro, y levanto la boca lo suficiente para encontrar sus ojos. Tiene las pupilas bien dilatadas—. ¿Puedo bajarte esta tela y chuparte el pezón sin la camiseta de por medio?

Veo un rápido asentimiento.

—Necesito oírtelo decir.

—Sí —dice rápidamente—. Por favor.

Joder, podría acostumbrarme a oírla suplicar. Bajo poco a poco la tela que cae sobre la suave hinchazón de sus tetas, hasta que dos duros pezones de color rosa aparecen para mirarme desde abajo.

—Qué bonitos —murmullo—. El rosa es mi nuevo color favorito.

Bajo la cabeza para meterme uno de ellos en la boca. Succiono con fuerza, y ella vuelve a gemir. Levanto la cabeza para ver su rostro, ahora descansando contra la almohada, y su cuello arqueado. También es sensible en esta parte de su cuerpo.

Cambio de pecho para dedicarle al otro la misma caliente succión. Y entonces paso ligeramente los dientes por encima de su pezón.

Su respiración se vuelve trabajosa, y luego vuelve a contenerla. Sus dedos, aún enrollados en mi pelo, se tensan con un agarre casi doloroso.

—Eso es, nena. Déjate llevar.

Su respiración es ahora un resuello, y entonces su cuerpo se doblega bajo el mío. Deslizo mi brazo por debajo de ella y la sostengo mientras se corre.

—Mírate —le digo, porque no puedo parar ni tampoco podré olvidar esto. Es lo más erótico que he experimentado en mi vida.

Noto un estremecimiento y luego un movimiento bajo las sábanas. Las vibraciones continúan, pero ahora el sonido sale más ahogado. Debe de haberlo apartado de su clítoris, ahora más sensible que antes.

Nora entierra su rostro en mi cuello.

—Ay, Dios.

La acerco más para que pueda acomodarse a mí lo máximo posible, teniendo una sábana que nos separa.

—Has sido una chica tan buena y valiente. Lo has hecho tan bien.

—No me puedo creer lo que acabo de hacer —me dice—. Me acabo de correr con otra persona.

Paso suavemente la mano por su sedoso pelo.

—Sí que lo has hecho, amor.

CAPÍTULO 31



West

Resulta que es aún más difícil concentrarse en el trabajo al día siguiente de haber ayudado a la hermana pequeña de tu mejor amigo a tener un orgasmo. Estaba tan duro después de dejarla en la cama, tan mareado y atolondrado, que tuve que machacármela dos veces antes de caer exhausto.

Y, aun así, me he levantado con algo de dolor.

Soy seco con mi asistente y mis compañeros durante todo el día. Ellos se dan cuenta, pero nadie hace ningún comentario. Y yo me paso todo el tiempo contando los minutos que faltan para que pueda irme a Fairhaven e ir a recoger a Nora de una sesión de fotos en la ciudad, un compromiso que agendó con mucha antelación y que no ha podido cancelar.

Pienso llevarla directamente de la sesión de fotos al evento benéfico en el Instituto de Moda. Ella tiene muchas ganas de ir, y ambos necesitamos ser vistos en público. Ambos ganamos.

Arthur me lleva a la ciudad cuando por fin es la hora. La sesión de moda de Nora es en el centro de Manhattan, en un viejo edificio de ladrillo con ventanas gigantes. Parece una especie de almacén reconvertido. Subo los escalones de dos en dos y veo inmediatamente a mis guardias de pie junto a la puerta.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí —dice Miguel. Es un marine retirado, excelente en su trabajo —. Están dentro. Parece ser que la sesión va con retraso.

—Gracias. —Abro entonces la puerta.

La sala es enorme. Vibra de actividad, con gente yendo y viniendo por todas partes. Hay una estación de maquillaje y un expositor gigante de ropa. Primero localizo a los dos guardias; uno está junto a la ventana y el otro está colocado más cerca del fotógrafo.

Y ahí está ella.

Me paro en seco.

Está en ropa interior… nada más.

Hay más modelos a su alrededor, pero ella es lo único que veo. Tiene el pelo enmarañado, cayendo oscuro alrededor de su rostro. Su pálida y dorada piel está expuesta y solo cuenta con algunos retales de encaje oscuro que cubren prácticamente nada.

Está echada sobre un sofá de terciopelo, con las piernas ligeramente dobladas. Un brazo le cae por la parte de atrás del sofá, y el otro descansa en su cadera desnuda. Mira a la cámara y cambia lentamente de pose: el punto al que mira, la inclinación de su barbilla, la extensión de la pierna.

Hace que todo parezca fluido. Fácil.

Lleva un sujetador ornamentado y de encaje, y una pequeña perla cuelga entre sus tetas. Mis ojos se quedan concentrados en ese punto, anclados a esa perla un rato. Como si hiciera falta ponerle accesorios a su belleza.

Un hombre trajeado está de pie tras ella, sujetando una bandeja con una copa de champán en su dirección como si fuera un camarero. Es joven: tiene la cara limpia y sin barba, con facciones puras y angulosas.

Otro modelo está tumbado en el suelo frente a ella, sujetando otra bandeja con un bol de uvas.

El fotógrafo da nuevas instrucciones y Nora cambia de posición, ahora estirándose para coger la copa de champán. Sus dedos rozan los del modelo mientras coge la copa. Levanta la vista hacia él para

mirarlo con los ojos caídos, y, desde luego, no hay nada de virginal en esa mirada.

Tiene un aspecto poderoso. Como una mujer que sabe lo que quiere y sabe lo que otros quieren a cambio. Resulta convincente.

Pero yo mismo sé exactamente lo convincente que puede llegar a ser.

Arquea la espalda. Mi mirada vaga por la elevada cima de sus tetas, que encajan a la perfección en mis manos, y tengo que apretar los puños. Quiero taparla.

Quiero ponerle fin a toda esta sesión.

Nora no quiere estar aquí. Ni siquiera quería modelar, y de hecho ha estado intentando retirarse gradualmente; y, aun así, aquí está, haciendo un trabajo precioso de todos modos. Porque se lo han pedido. Porque es buena y servicial, y no quiere causarle inconveniente a nadie.

Madison está de pie a la izquierda de donde está la sesión de fotos, pasados los asistentes y el fotógrafo que no para de hacer fotos. Fuerzo a mis bloqueados músculos a moverse para ir hasta ella.

—Señor —me dice.

—¿Cuánto tiempo llevan?

—Casi todo el día. No ha llegado ninguna entrega del sospechoso.

Asiento con la cabeza. Después de la carta que nos llegó con las fotografías de Nora, todos esperamos que el acosador trate de establecer mayor contacto con ella. Y sea cuando sea eso, lo que sea lo quiero interceptado antes de que llegue hasta Nora.

Nora está ahora completamente reclinada hacia un lado, la cabeza apoyada en un brazo.

Duele mirarla. Así es su belleza: como una daga, aguda y desgarradora. Y, aun así, el dolor no me impide mirarla.

Hay tantas personas en este sitio… Todas observándola a ella y a los dos modelos que aún están jodidamente cerca de ella. Quiero ordenarle a todo el mundo que mire hacia otro lado. Pero no puedo,

y los celos me aguijonean las entrañas. No está bien que me sienta así. No tengo ningún puto derecho. Pero aquí estamos.

Nora inclina la cabeza hacia arriba, mira a lo lejos…

Y entonces me ve.

Sus movimientos le fallan. El grácil y lento cambio de postura de pronto no lo es tanto, como si el cuerpo le tartamudeara. Pero entonces recuerda dónde está y vuelve a mirar a cámara.

Al fotógrafo le lleva unos diez minutos más decir «corten». Cada minuto es una eternidad.

—¡Hemos acabado! —exclama el fotógrafo—. ¡Lo tenemos!

Bajan inmediatamente el volumen de la música, y, en su lugar, las voces en la sala se elevan. Veo a dos personas chocando los cinco en la parte de atrás. A la altura del set, Nora se relaja. Sonríe y empieza a charlar con uno de los modelos. Tenían una expresión vacía durante la sesión; ahora están sonrientes, como si fueran dos estatuas que cobran vida de repente.

Nora se pone de pie, aún ataviada solo con un conjunto de ropa interior de encaje y la tela marcando la curva de su trasero. Cruzo la sala hasta ella.

Uno de los modelos me ve venir.

—No sabía que tuvieras novio, Nora —dice. Tiene un rítmico acento europeo que no logro ubicar.

Ya me estoy deshaciendo de mi chaqueta y cubriendo el cuerpo de Nora con ella.

—Hey.

—Hola —me dice, y la sonrisa que me dedica me hace respirar mejor.

Miro al modelo.

—Sí, lo tiene. Es bastante reciente.

—Bueno, pues hacéis buena pareja.

Nora se abraza el cuerpo aún más con mi chaqueta.

—Gracias por el día de hoy —le dice a los modelos—. Por fin puedes comerte una de esas uvas, Pawel.

—Llevo soñando con ello todo el día.

—Caballeros —les digo a ambos. Tengo el pecho tenso, y no consigo sonar más amable de lo que acabo sonando. Aunque no hayan hecho nada malo.

—Hasta luego, chicos —dice Nora. Le devuelven la cálida sonrisa que Nora les ha ofrecido. Uno de ellos le ofrece la bandeja con uvas, y ella coge una entre risas al pasar—. ¡Por fin!

Abandonamos el iluminado set, y mi chaqueta sigue sobre su cuerpo. La gente está recogiendo, algunos enrollando el expositor de ropa.

Pero muchos de ellos nos están mirando también.

Nora se ha hecho un nombre en esta industria. Ha hecho muchas sesiones como esta desde que era solo una adolescente. A lo mejor el acosador trabajó con ella en una sesión como esta. A lo mejor ajustó las luces, el sonido, o el estilismo. Y acabó desarrollando una enfermiza obsesión…

Debería pedirle una lista de todos sus trabajos como modelo, para poder dársela a mi equipo de seguridad. «Revisad a cada miembro del personal».

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí. Lo mismo podría preguntarte yo a ti.

—¿A mí?

—Pareces enfadado. ¿Ha pasado algo hoy?

—No. Todo está bien.

Nora me echa otra larga mirada, buscando en mi expresión.

—Estás molesto por algo. La sesión se ha alargado un poco, lo sé y lo siento. No quería tener que hacerte esperar.

—He llegado pronto. No hay problema.

Se para frente a una bolsa de cuero que hay en la esquina, junto a un batido a medio terminar y un teléfono conectado al enchufe de la pared.

—¿Estás seguro? Dijiste que siempre decías la verdad. —Se remanga mi chaqueta para rebuscar en su bolsa.

—Sí. Al menos te han dado *snacks.*

Se gira hacia su batido con una pequeña risa.

—Ese ha sido mi almuerzo.

—Ni siquiera te lo has acabado.

—Me he pasado el día en ropa interior. —Hace una rotación con el cuello—. Dios, estoy deseando comerme una hamburguesa. Y patatas fritas.

Una rabia gélida me recorre el cuerpo. La llevaré a comer algo en condiciones en cuanto esto acabe.

—¿Hay algún sitio para cambiarse por aquí?

—Sí. Enseguida vuelvo.

—Iré contigo hasta allí —le digo, y se ríe.

—¿Ahora eres mi nuevo guardaespaldas?

Andamos hasta un vestuario improvisado en la esquina. Desaparece tras una cortina, y yo me apoyo en la pared a su lado. Tenso y destenso la mano.

Pero no puedo resistir el impulso.

—¿Por qué has hecho esta sesión? —le pregunto.

Silencio al otro lado de las cortinas.

—Ya te lo dije, es para una nueva marca que ha comprado mi hermano. Una marca emergente.

—No te he preguntado por eso.

—Necesitaban modelos.

—Hay miles de modelos en Nueva York.

Oigo el roce de la ropa tras la cortina e imagino el encaje deslizándose por sus caderas y liberando sus pechos.

—Mi agencia de modelos trabaja codo con codo con mi hermano. Acaba de comprar esta marca para Maison Valmont, y demuestra… confianza en la marca que yo aparezca en la primera campaña poscompra.

Son solo palabras que le han contado a ella. Probablemente Rafe.

—Pero tú ya no quieres modelar.

Se produce otro largo instante de silencio.

—¿Estamos practicando otra vez lo de discutir?

—Estoy discutiendo contigo por ti.

—Eso no tiene demasiado sentido.

—Tiene todo el sentido. —Mis ojos captan el más leve movimiento tras la microscópica separación entre la cortina y la pared—. Te has dedicado a actuar en ese set, con esos modelos. ¿Verdad?

—Pues claro.

—¿Te han tocado?

—Unas pocas veces solo. —Descorre la cortina y ahí está otra vez, devolviéndome ahora la chaqueta. Lleva un vestido de cóctel negro que se ajusta a la perfección a su cuerpo; le llega casi hasta los tobillos. Su pelo ahora está estilizado con rizos grandes y elásticos, sueltos alrededor de su rostro, como si se hubiera pasado una tarde entera en la cama—. Es lo que me han entrenado a hacer. Existe una expectativa, sí, pero sé que en este caso puedo cumplirla. —Se encoge un poco, pero noto un gran rubor en sus mejillas—. Soy yo quien tiene el control porque estoy interpretando un personaje.

—¿Y los hombres?

—Estamos actuando. No hay una intimidad real.

—¿Querías hacer esta sesión de fotos?

—No importa lo que yo quiera. Me lo pidieron y yo dije que sí. Y ahora ya se ha acabado. —Su voz suena molesta. Bien.

—Pero ¿y qué harás la próxima vez que tu agente o tu madre o Rafe te pidan otro favor? —Extiendo el brazo y lo coloco justo frente a ella, bloqueándole el paso—. ¿Qué les vas a decir?

Sus labios se separan en una profunda exhalación.

—Pues no lo sé. Ya lo veré cuando eso ocurra.

—Les vas a plantar cara —le digo—. Porque es tu vida, y solo tú puedes decidir qué harás con ella. No importa si piensan que es una gran oportunidad. Y no importa si a ellos les puede hacer felices.

—Me estás presionando demasiado. —Sus palabras son afiladas, pero el brillo en sus ojos no lo es—. Son mi familia. No son tíos con los que estoy intentando quedar.

—No importa, ¿o sí? Tú quieres complacerlos a todos. Pero no puedes complacer a todo el mundo, amor.

—Eso lo sé. Pues claro que lo sé.

—Entonces, ¿qué les dirás cuando quieran que modeles otra vez? —Me inclino un poco—. Por favor, Nora. Tener tu cara en la campaña nos ayudaría con las ventas. Es solo una tarde.

Me pone una mano en el pecho.

—Estás en medio, Calloway.

—Esa es mi chica.

—Ya no voy a modelar más —continúa—. Gracias, pero no, gracias.

Se me curvan los labios. Siempre es tan educada, incluso cuando está trazando un límite.

—Eso es. Y si te presionan aún más, ¿sabes lo que harás?

—¿El qué?

Me acerco más.

—Te vas a enfadar.

CAPÍTULO 32



Nora

Si no lo conociera bien, habría jurado que West estaba celoso.

Ahí quieto en la esquina, observándome con Henri y Pawel.

Estoy acostumbrada a sesiones para lencería. No son precisamente mis favoritas, pero sé lo que se espera de mí y ya estoy acostumbrada al trato impersonal de los departamentos de maquillaje y vestuario. «Quédate ahí». «Túmbate así». «Tengo que hidratarte esos gemelos».

Llevo encima esas expectativas como si fueran un manto y convierto mi actuación en mi armadura.

No soy yo a quien fotografían, realmente. Es una proyección de mí misma capaz de convertirse en lo que sea que quiera el espectador.

Pero nunca lo había hecho con West mirándome, y era su mirada la que estaba clavada en mi cuerpo semidesnudo, no la de cualquier fotógrafo o creativo. Y luego me ha cubierto con su chaqueta que aún llevaba su olor y calor, como si estuviera marcando su territorio.

Quizá esté mal, pero me ha gustado la idea de tener a alguien que venga a buscarme después del trabajo, devolviéndome así a la realidad, recordándome quién soy de verdad.

Y no quién quieren otros que yo sea.

Ahora está a mi lado, mi brazo enlazado con el suyo. Ha sido él quien me ha cogido la mano y la ha puesto en el recodo de su

brazo. Estamos frente a las escaleras que llevan a la gala benéfica del Instituto de Moda. Esto es lo que llevo esperando con ansia todo el día. No la sesión de antes. Esto. Las piezas expuestas aquí hoy son legendarias.

Recorremos juntos la alfombra roja, mirando en la dirección de cada uno de los fotógrafos. Las cámaras despiden un *flash* tan intenso que marea, y West está ahí conmigo cada paso del camino.

—¿Máscara pública activada? —me pregunta junto a mi oreja.

—Sí. La tuya te sienta bien.

—No soy tan sonriente como tú.

—Eso no me sorprende en absoluto.

Cuando un fotógrafo me grita para que mire en su dirección, West suelta la frase: «Nora mirará donde ella quiera», con una pronunciación lenta y medio divertida que hace reír a los fotógrafos.

Lo miro sorprendida mientras se produce otro estallido de luz de una de las cámaras.

Una vez dentro, el Instituto de Moda resulta ser un edificio gigante; históricamente celebrado y legendario. De pequeña, durante los veranos que pasábamos en Maine en casa de los abuelos, a veces pasábamos algunos días en la ciudad. Y mi madre y yo siempre veníamos a este lugar.

Gente espectacular y bien vestida nos observa llegar al evento. Hay muchas personas que reconozco, como diseñadores o fotógrafos con los que he trabajado. West se mantiene a mi lado mientras nos mezclamos con el gentío.

Más de una persona le lanza miradas especulativas.

Hay un diseñador que me guiña el ojo abiertamente y me dice que he hecho bien en pillar al Calloway. No a un Calloway: al Calloway. West tiene una familia numerosa (primos lejanos, una hermana, tías y tíos), pero West se ha convertido en el Calloway principal de esta generación, igual que lo fue su padre y los herederos previos a él.

Cuando localizo la exposición, deslizo la mano hasta abajo para coger la suya.

—¡Ven!

Deja que lo arrastre hasta el lugar donde varios artículos están a la venta.

—¿Este es el motivo de que hayamos venido?

—Sí. Mira esto. ¿No es increíble? Son piezas de archivo. ¿Ves este vestido de aquí? No parece gran cosa, pero revolucionó la industria en su momento. Grace Kelly lo llevó en 1972.

West articula un bajo «ajá» a mi lado.

—¿Tienes pensado pujar por alguna de estas piezas?

—No, no. Son demasiado caras.

—Pero ¿y si pudieras?

—Quizá este… el vestido esmeralda. Recuerdo verlo en el Festival de Cine de Cannes cuando era pequeña y quedarme anonadada. Solía hacer bocetos del vestido en mi cuaderno una y otra vez, tratando de plasmar de manera exacta la caída del vestido.

West tiene puestos los ojos en mí, no en los vestidos.

—¿Y qué hay de este?

Nos movemos por la fila de la exposición, y mi voz suena más emocionada con cada nuevo diseño que vemos. Estoy justo en medio de mi monólogo sobre cómo la abertura en un vestido de noche color azul marino oscuro resultó ser pionera, cuando me tapo la boca.

—Ay, lo siento. Te estoy aburriendo.

—No. No me estás aburriendo.

—¿De verdad? —le pregunto—. Sé que la gente a la que no le gusta la moda no suele encontrar nada de esto interesante.

—Yo a ti te encuentro interesante. —La mano de West sube por mi espalda hasta que sus dedos se enredan en las puntas de mi pelo. El suave tirón de mi cabello es agradable—. Sigue.

—Eres bueno —le digo. A lo mejor no ve lo nerviosa que me pone tener toda su atención o su mano jugando con mi pelo si lo desarmo a él antes—. En esto de fingir, digo.

—A lo mejor es que tengo una buena compañera de escena.

—Gracias por venir esta noche. No habría podido venir sin ti.

En algún punto detrás de nosotros, la música pasa de ser una pieza de música clásica a una versión moderna.

—Lo de esta noche nos beneficia a los dos —me dice—. Mañana apareceremos en las revistas.

—El heredero Calloway y la heredera Montclair —murmuro. He visto algunos comentarios *online* desde que se publicaron las últimas fotografías de nosotros juntos—. Parece gustarles. Al público, digo.

Su mano se desliza más arriba, ahora acomodándose en el lateral de mi rostro. Su mano resulta cálida contra mi piel.

—Hacemos una buena pareja.

—Ajá. ¿Tu madre sigue satisfecha?

—Lo está, sí.

—¿No te ha vuelto a empujar hacia ningún otro harén de mujeres?

Sus labios se curvan.

—Desde que te mudaste conmigo, no, la verdad.

—Debo de ser la mujer más odiada de Nueva York —le digo. Hay un cierto flirteo en mi tono de voz, y me siento bien. Tanto como cuando me pongo de puntillas y le arreglo el rígido cuello de su camisa—. Eres el soltero más deseado del país y aquí estoy yo, sacándote del mercado.

—Nadie podría odiarte.

—No estoy yo tan segura de eso —le digo con una sonrisa.

—Y de ser así las cosas, entonces soy yo quien te ha sacado a ti del mercado. —Su nuez está tan cerca de mis dedos. La rozo con mi nudillo, y su piel es cálida—. Eres preciosa. La gente quiere comprar lo que tú modelas, parecerse a ti, salir contigo. Soy yo quien te ha sacado a ti del mercado.

—No soy tan famosa. —Mis dedos trazan un sendero por el borde de su mandíbula. Sigue pareciéndome surrealista poder tocarlo de esta manera.

—¿Ah, sí? —Su mano libre, tan cálida y grande, se ajusta a mi cintura—. Bueno, pues yo quiero que una persona en concreto me odie muchísimo.

La respiración se me entrecorta.

—El acosador.

—Sí. Quiero que mañana mire nuestras fotos en la alfombra roja, y quiero que arda por dentro de odio contra mí. Quiero que desee ser él quien está aquí ahora mismo, sosteniéndote en sus brazos. —Los ojos de West caen a mis labios—. Quiero que se imagine las cosas que haces por mí y que nunca harás por él.

—Has pensado en esto antes.

—Pues sí —admite con perversa satisfacción—. Porque quiero que se vuelva imprudente y estúpido para entonces poder atraparlo.

La fiereza que veo en sus ojos me hace sentir como cuando ha dejado caer su chaqueta sobre mí en la sesión: arropada, cálida, cuidada. Durante años, he odiado cuando mi hermano ha intentado hacer justamente eso, o cuando mi madre se quejaba por mudarme demasiado lejos.

Pero cuando se trata de West, me hace sentir más fuerte.

Algunas personas nos miran aún con interés. No todos los días se ve a una pareja exhibiendo muestras de afecto en público.

Y, desde luego, nunca he sido yo esa persona.

Pero aquí estoy, siendo la mitad de esa pareja. Aunque sea una pareja de mentira.

Me muerdo el labio inferior.

—¿Puedo besarte?

—Ya no me tienes que preguntar eso.

—Aún siento como si fuera lo correcto. No quiero…

—Si ibas a decir «aprovecharme» —me interrumpe West—, después de haberte visto vestida con nada más que lencería frente a unas veinte personas, sabiendo que estabas incómoda, es probable que me hagas trizas.

—¿Te ha molestado eso?

Tensa la mandíbula.

—Sí.

—Estoy acostumbrada. Y de todos modos pienso rechazar más sesiones. —En cuanto reúna el coraje para decirle a mi madre, mi

hermano y mi agente que mi carrera como modelo se ha acabado para siempre.

—Bien —me dice—. Tienes que hacer lo que tú quieras, problemas.

—¿Qué te ha parecido? Era su colección. La lencería, digo. —Paso la mano por su grueso cabello, y eso me ayuda a estabilizarme contra la repentina ola de nervios.

Los dientes de West rechinan.

—Nora…

—Nunca sé cuándo tus halagos son reales y cuándo son parte del juego al que estamos jugando —le digo—. Pero a lo mejor no importa. A lo mejor quiero oírlo de todas formas. A lo mejor esta noche solo quiero fingir ser una chica a la que su novio adora.

Sus manos vuelven a adaptarse a mi cintura. La tensión que noto en él podría cortarse de un solo golpe.

—Estabas jodidamente increíble. ¿Es eso lo que quieres oír? Sabes que eres preciosa. Pero me rompió la cabeza verte con nada más que encaje, amor. Y saber lo fácil que sería deslizarlo a un lado…

—Oh.

—¿Demasiado?

Sacudo la cabeza, y sus labios se curvan hasta formar una oscura sonrisa.

—Esta noche estás valiente. Y si quieres que te adoren, bueno… Yo podría adorarte. Podría decirte lo guapa, lo perfecta que estabas con esa lencería que ningún otro hombre debería verte puesta. Había una pequeña perla colgando de entre tus tetas. ¿Te has fijado? Porque yo sí.

—Sí. Es parte de… su imagen de marca. —Siento calor bajo el vestido otra vez—. ¿Y qué harías? Si no tuviéramos público.

Algo brilla en sus ojos. Veo la pregunta que se forma en ellos y el placer que le produce lo que acabo de preguntarle yo, porque sabe adónde quiero ir exactamente con todo esto.

—Te mantendría en ese sofá y echaría a todos los demás de la sala. Ya te dije que no me gusta que otros anden mirando mientras hago que una mujer se corra.

—Y tú harías que me corriese.

—Primero te pediría que me enseñaras cómo te tocas. Y te diría lo guapa que estás, lo bien que lo estás haciendo y lo mucho que me estás complaciendo. —Se inclina más cerca de mí, haciendo rozar sus labios con los míos—. Te gustó la succión de ese vibrador, ¿verdad?

—Sabes que sí.

—Pues yo podría hacértelo.

Noto un movimiento entre las piernas.

—Quieres decir…

—Sí, justo lo que estás pensando.

Me cuesta respirar, concentrarme. Sus labios me rozan la sien.

—Eso es lo que te haría en ese sofá. Venerarte como mereces.

—Yo… yo…

—¿Ahora sí que me he pasado?

Niego ligeramente con la cabeza.

West gime contra mi sien.

—Me pones duro en los momentos más inconvenientes, amor.

—¿En serio? —Bajo la vista entre nosotros dos.

—En serio. Joder, no seas cantosa. E intenta no sonar tan feliz, joder.

Yo me río.

—¿Por qué no? Es divertido.

—No me puedo creer que acabes de usar esa palabra —murmura.

—¿Qué otra palabra quieres que use? —Levanto la cabeza, rozando mis labios contra su oreja, y le susurro en francés las cosas que nunca le diría. Que creo que me gusta ser su novia, a la que adora.

West vuelve a gemir, y sus manos se tensan en torno a mi cintura.

—Tengo que repasar el francés.

Algo vibra contra mi cadera. Es una vibración insistente, incesante. No es una llamada; deben de ser mensajes de texto. Vibra una, dos veces. Luego una tercera. Como si alguien me estuviera escribiendo sin parar.

—Lo siento —le digo a West—. Creo que alguien está tratando de localizarme.

Abro el bolso y saco mi teléfono. A mi madre a veces le dan sus achaques, en los que exige mi atención con la insistencia digna de un mosquito. «¿Te parece que este sofá es adecuado para mi proyecto de decoración? ¿Azul o blanco? ¡Contéstame!».

Pero no es mi madre.

Los mensajes proceden de un número desconocido. Hay siete mensajes seguidos que solo dicen «hola», sin signos de puntuación ni mayúsculas.

Rápidamente me llega otro mensaje.

«Bien. Ya he captado tu atención».

El estómago me da un vuelco, y giro mi teléfono hacia West. Aparecen los tres puntitos que me dicen que sigue escribiéndome.

No puedo apartar la mirada del móvil.

«Estás preciosa con ese vestido negro. Pero no deberías dejar que te tocara de ese modo».

—Mierda —West gruñe a mi lado. Su brazo me rodea al segundo siguiente, y hace un gesto con la mano hacia nuestros guardias para que vengan.

Las manos me tiemblan mientras sostengo el teléfono. Sigo mirándolo fijamente, pero los tres puntos no vuelven a aparecer. No hay ningún otro mensaje.

—Nora. —Oigo la urgencia en la grave voz de West junto a mi oído—. Ven. Nos vamos. Dame el teléfono.

Mis ojos revolotean nerviosos entre las caras presentes en la sala mientras salimos. De una persona a otra. El acosador está aquí. Aquí dentro. No puede haber otra explicación.

Cuántas personas hay aquí, ¿cien? ¿Doscientas?

Amos y Sam también están aquí, caminando detrás de mí. West da órdenes en voz baja. Pulsa algo en mi teléfono y luego se lo pasa a otra persona, pidiéndole que lo rastree.

Y entonces estoy en la parte trasera del coche con Arthur en el asiento delantero y West a mi lado, y ya siento que puedo volver a respirar.

—A casa —le dice West al chófer. Es la palabra más bonita que he oído nunca.

CAPÍTULO 33



West

Nora va callada durante todo el camino de vuelta a casa. No es un viaje corto, pero se mantiene encerrada en sí misma y ofrece pocas respuestas. Ya es pasada la medianoche en Europa, pero Rafe está despierto y nos llama a ambos al cabo de cinco minutos.

La escucho hablar con su hermano en voz baja, reconfortante, recordándole lo buenos que son sus guardias de seguridad y lo segura que ha estado toda la noche.

Hace que se me pongan los nudillos blancos.

Nora está cuidando de otros, cuando es ella a quien le han arruinado la noche. Yo soy el responsable, y ha sido mi equipo el que ha perdido la oportunidad de atraparlo. La mitad de ellos se han quedado dentro para mantener un ojo en el interior del edificio.

Hoy hemos hecho que el acosador sea más imprudente que nunca antes.

Pero es ella quien ha pagado el precio.

Cuando llegamos a casa, aún sigue al teléfono con Rafe. Sube las curvas escaleras hasta el descansillo del segundo piso, su voz aún calmada y tranquilizadora.

No es más que otra actuación. Estoy convencido.

Me quedo ahí de pie durante un buen rato después de que Nora desaparezca, pensando. Y luego me pongo a trabajar. Mi jefe de seguridad se pasa diez minutos dándome el parte. Analizarán

durante toda la noche el material de las cámaras de seguridad: lo piratearán, lo intervendrán y lo investigarán. Nunca habíamos tenido una oportunidad tan buena.

Acribilló el móvil de Nora a mensajes y esperó a que ella los leyera antes de decir lo que quería decir. Nos había estado observando.

—Hemos rastreado el número —me dice Michael—. Un teléfono de prepago.

—Está cambiando su patrón.

—Sí, pero en realidad nunca ha llegado a tener un patrón. Es como si todo esto lo hiciera a propósito para confundirnos.

—Mantenme informado.

—Eso siempre.

Una vez Michael me cuelga, apoyo las manos en el escritorio, sintiendo su estabilidad bajo mis tensos dedos. He contratado a algunos de los mejores profesionales; gente a la que no le importa manipular las reglas a su antojo si hace falta. Pero parece que este maldito acosador acaba siempre escapándosenos de las manos, como si fuera arena.

Es demasiado bueno. Demasiado profesional.

No puede ser un tío cualquiera que de pronto se ha obsesionado de una forma enfermiza con una modelo preciosa: se trata de un tío con recursos.

Hay algo que se me está escapando.

Una pieza del puzle que no termina de encajar.

Y pienso averiguar qué es.

La casa está en silencio. La mayor parte del servicio ya se ha ido a su casa, salvo el equipo de seguridad. Y Nora al final no ha tenido ocasión de comer como Dios manda. Pido algo de comer y, mientras espero a que lo traigan, llamo directamente al Instituto de Moda, donde aún están pujando.

Ese vestido esmeralda va a ser suyo.

Espero a que traigan la comida para ir a buscarla. Subo a su habitación en el segundo piso y recorro el largo pasillo que la separa

de la mía. Y a mí me había parecido una idea brillante darle el ala de invitados al mudarse, tan lejos de mí como fuera posible.

Como si poner espacio fuera a funcionar.

Toco dos veces la puerta. No hay respuesta, así que vuelvo a tocar otra vez y con más fuerza. No debería haberla dejado…

Nora abre la puerta, el móvil pegado a su oreja. Ha cambiado el largo vestido negro por unos pantalones de chándal y una camiseta de tirantes.

—No —le dice al móvil en voz baja y suave—, no tienes de qué preocuparte.

La mano se me tensa alrededor de la bolsa de comida.

Nora da un paso hacia atrás, dejando la puerta abierta para que entre.

—Estoy bien, te lo prometo. —Suelta un leve suspiro—. No, tampoco es que hayamos escapado por los pelos; he estado a salvo toda la noche… No, mamá.

Dejo la comida en la mesa de la sala de estar y la observo caminar sobre la alfombra de felpa. Tiene los hombros subidos, tensos.

—Rafe me está manteniendo a salvo, al igual que West. Su equipo es muy bueno… No, no, eso no será un problema. Te lo prometo. Por favor, no te preocupes.

Le tiendo una mano.

Nora me mira.

—Puedo tranquilizarla —le digo—. Si está preocupada por tu seguridad, digo.

Nora duda un instante, pero después asiente.

—¿Mamá? West está aquí. Dice que con gusto puede hablarte él del equipo de seguridad que está… Sí, exacto. ¿Vale? Venga, pues te paso con él.

Sus dedos rozan los míos cuando me pasa el teléfono. Están helados.

—Señora Beaumont —le digo al teléfono—. Es un placer volver a hablar con usted.

Su voz estridente y su acento casi transatlántico me chirrían en el oído.

—¿Weston?

—Sí. —He hablado con la madre de Rafe varias veces a lo largo de los años. Es una antigua actriz: alta, esbelta, espectacular. Después de un desastroso divorcio con el rey del lujo, se dedicó a revolotear por Europa y a intimidar a sus hijos, manipulándolos para conseguir que pasaran tiempo con ella según sus propios términos y condiciones—. Comprendo que esté preocupada por Nora.

—¿Preocupada? Estoy histérica. Esta noche el acosador ha conseguido estar demasiado cerca. Cuando Rafe me llamó, casi me da un infarto. Nunca se había acercado tanto.

—El equipo de seguridad que actualmente está protegiendo a su hija es uno de los mejores del país, casi del mundo. Yo estudié y aprobé personalmente a cada uno de los guardias asignados a Nora. Cuenta con dos antiguos marines de la unidad militar de las fuerzas especiales y tres hombres con amplia experiencia en la protección de celebridades de alto perfil. Todos están bien pagados y son buenos en su trabajo. Ninguno de ellos se toma sus responsabilidades a la ligera.

—Oh —dice en apenas un respiro—. Vale. Me gusta cómo suena eso. Pero si el acosador intenta…

—Nunca está sola. —Miro a Nora. Me está observando, mordiéndose el labio inferior—. Y yo nunca estoy lejos de ella. Si el acosador intenta algo, lo atraparemos. Nora no corre ningún peligro.

—Bien, Weston. Muy bien. —Lauren Beaumont suelta un suspiro largo y dramático—. Tiene mucha suerte de contar con un hombre como tú para protegerla.

Miro a Nora de nuevo.

—Y eso haré, protegerla. Pase lo que pase.

—Qué encanto. Creo que al fin voy a poder conciliar un poco el sueño.

—Por supuesto, puede irse tranquila a dormir. Nora la llamará mañana. —No le doy ni la oportunidad de responderme antes de

colgar.

Nora se queda con la boca abierta.

—¡Oye! —me dice, pero no hay ningún vigor en su afrenta.

—Está bien. Ya se ha tranquilizado. Ahora, come.

Sus ojos caen en la bolsa marrón.

—No sé qué es eso, pero huele increíble.

—Dijiste que querías una hamburguesa.

Se sienta en el sofá y raja toda la bolsa. Yo me tomo mi tiempo en recorrer sus habitaciones. Compruebo las ventanas. Hay alarmas instaladas en cada punto de entrada a la casa, pero me aseguro de que estén funcionando. No pienso asumir ningún riesgo hoy.

—¿Tú no comes? Aquí hay dos hamburguesas.

Realizo una última revisión: el rincón en la sala de estar con vistas al oscuro océano.

—¿Tu madre se preocupa siempre hasta ese nivel?

—Sí —reconoce con un suspiro—. Ha sido estúpido por parte de Rafe contárselo inmediatamente.

Me siento frente a ella. Empuja la otra hamburguesa en mi dirección. Yo la cojo y la giro en mis manos. Aún está caliente.

—Y tenías que consolarla.

—Sí. —Nora pica unas pocas patatas. Alrededor de sus ojos hay ahora unas líneas de puro cansancio—. Es muy emocional.

—No tendrías que estar reconfortando a otros; al menos, no en una noche como esta.

—Mi madre es… bueno… —Vuelve a suspirar—. Me tenía que asegurar de que estaba bien.

—Sé cómo es tu madre, por lo que Rafe me ha contado. Pero ese no es tu trabajo.

Le da otro mordisco a la hamburguesa. Ya casi se la ha terminado, y noto una oscura satisfacción en mi interior al verlo. No la quiero en sesiones de fotos que no le gustan, apenas tocando su comida. La quiero aquí.

En mi casa, conmigo, comiendo lo que le dé la gana.

—Así son las cosas. Rafe también estaba preocupado.

—Están preocupados, sí. Pero sigue sin ser tu trabajo tranquilizarlos por muy preocupados que estén. —Me como mi hamburguesa y la observo mientras se encoge sobre ella misma. Sube las rodillas al sofá para encogerse aún más. No es otra actuación de las suyas, pero sí algo similar: una especie de retirada que me conozco muy bien.

—Ya —dice en un respiro—. Bueno. Es lo que hay.

—¿Cómo te sientes tú realmente con lo que ha pasado esta noche?

Sus ojos vagan por los míos y luego se posan más allá, en una de las ventanas.

—Es que es lo que hay. Me lo he pasado bien antes de todo… eso. Gracias por acompañarme.

—No. Eso no es lo que sientes de verdad. No tienes que reconfortarme a mí. No tienes que adaptarte a lo que sea que creas que estoy sintiendo yo. Dime cómo estás tú.

—Si tan bien me conoces, ¿por qué no me lo dices tú? —Su voz ahora suena más desafiante, y mis labios se curvan al oírlo. Bien.

—Creo que estás asustada, y creo que estás frustrada. Y también creo que te enfada tener que pasarte una hora siendo valiente al teléfono con tu familia en lugar de ser la persona a quien tengan que reconfortar. Eres tú quien ha recibido esos mensajes. No yo, ni Rafe, ni tu madre.

Sus ojos desprenden un destello.

—Pues igual siento todas esas cosas, pero ¿de qué serviría decirlo en voz alta?

—¿Necesitas volver a boxear? Porque me voy ahora mismo a por los guantes.

—No, no. Solo necesito… —Se pone de pie y se abraza el pecho con los brazos. Camina hasta el rincón, pero se gira inmediatamente, como si hubiera contado los pasos desde el sofá, para luego volver —. Estoy frustrada. Estoy molesta. Estoy… Mamá no me ha preguntado ni una sola vez cómo estaba yo. Lo cual es algo que no debería sorprenderme, después de veinticuatro años.

—Pues cuéntamelo a mí. Yo sí te estoy preguntando. ¿Cómo te sientes?

—Horrible. Nos hemos tenido que ir antes de tiempo. —Toma una profunda inspiración—. Los guardias de seguridad se tienen que quedar ahí fuera, de pie y con el frío, por mi culpa. Lo odio. Odio todo eso, y estoy enfadada con quien sea ese tipo por empujarme a hacer todo eso que odio.

—Estás hablando de los sentimientos de otras personas. No son los tuyos.

—Me he pasado tanto tiempo cuidando de los sentimientos de otros… Ya no sé ni cuáles son los míos. —Se cubre la cara con las manos y vuelve a tomar una profunda inspiración—. Odio molestar a toda esa gente. Lo odio, lo odio y lo odio.

—Que le jodan a eso de molestar a otros. No es culpa tuya.

—Pero parece que lo es, y yo odio ser una carga. Sé que soy una carga para ti. —Se pasea por detrás del sofá—. O al menos lo era, antes de que hiciéramos el trato con lo de fingir una relación y todo eso. Al menos ahora tú también sacas algo de esto. —Su voz se eleva—. Y odio que todo el mundo parezca estar observándome para ver cómo respondo yo a las cosas y así decidir qué sienten ellos. Si me hubiera mostrado disgustada hablando con mamá por teléfono, habría acabado catatónica del estrés. Si le dijera a Rafe que estoy aterrorizada, se cogería el primer avión para venir hasta aquí en vez de cerrar el trato en el que lleva años trabajando.

—No eres una carga. Para nadie. —La voz me sale grave y dura—. Y te está permitido estar aterrorizada.

—Pues yo no siento que me esté permitido. Porque si yo no estoy bien, los demás tampoco lo estarán… y entonces me harán sentir mal por ello. —Su pecho se eleva en rápidas respiraciones—. Estoy tan cabreada con quien sea que esté haciendo esto por ponerme en esta situación… Estoy cabreada conmigo misma por no ser más fuerte. Estoy cabreada con mi hermano por no incluirme en las decisiones que toma y porque siga pensando que tiene que protegerme. —Sus ojos se llenan de lágrimas, pero parpadea para

disiparlas—. Y odio que con todo esto del acosador he acabado demostrando que él tenía razón y que sí que necesito que me protejan.

—Bien. Cabréate.

Vuelve a echar a andar, parpadeando con furia.

—Lo estoy. Estoy furiosa porque este tío se cree que tiene el derecho de influir en mi vida, el derecho de hacer que no me sienta a salvo y tenga miedo. Odio no poder salir a correr por las mañanas sin guardias y sin ir mirando por encima del hombro. ¿Y sabes qué más? —Se para frente a donde yo estoy sentado, con los ojos echando chispas.

—Cuéntame.

—Estoy cansada de fingir ser fuerte y de estar tan bien con todo esto. Estoy cansada de sonreír y encogerme de hombros y de decir: «Sí, ¿a que es surrealista?» para quitarle importancia, y de decir que el acosador será seguramente alguien inofensivo. Porque puede que no lo sea, y paso muchísimo tiempo preocupándome de que la situación sea mucho mucho más seria. —Una lágrima le recorre la mejilla—. Estaba en la misma sala en la que yo estaba hoy, West.

Mi mano se tensa.

—Lo sé.

—Es terrorífico. Estoy aterrorizada. —Cierra los ojos, y otra lágrima se une a la primera—. Y siento que ni siquiera me está permitido decirlo en voz alta.

Me lleva dos zancadas llegar hasta ella. Acuno su rostro con la mano y hago desaparecer una de sus lágrimas. Sus ojos son de un profundo color verde, y brillan bajo la luz.

—Escúchame —le digo—: tienes todo el derecho del mundo a estar asustada. A estar cabreada. A sentir lo que sea que tú quieras sentir.

—Ahora estoy enfadada —susurra—; siempre lloro cuando estoy enfadada.

La atraigo hacia mí.

Su cabeza encuentra el hueco de mi cuello, y siento su cálida presión. Algo se rompe un poco en mi interior por su miedo. Lo ha ocultado tan bien… En esa primera semana yo creí que era una tonta por tomar los riesgos que había tomado. «¿Acaso no lo ha entendido?», pensaba.

Pero sí lo había entendido.

Claro que sí. Siempre lo ha entendido todo.

—Bien —le digo—. Me gustas enfadada.

—Eres raro.

—Lo acepto. No tienes que fingir, Problemas, al menos conmigo. Conmigo, nunca. —Mi voz sale fiera. Sé lo que es vivir con expectativas asfixiantes. Mi solución fue quitarme de la ecuación en lo que a relaciones se refiere.

Pero odio ver cómo esas expectativas asfixian a Nora. Cómo hace hasta lo imposible por actuar frente a un público que no aprecia su verdadera belleza.

—Te estoy mojando la camiseta —susurra.

—Tengo cien más. Desde que llegaste, has parecido siempre tan valiente… —Me gusta cómo huele su pelo. A algo floral—. Hasta insensata algunas veces, como si quisieras empujar los límites. Perdiendo a tus guardias en Central Park, por ejemplo.

—No pretendía perderlos ese día. Pero no podía decirte eso a ti. Estaba… estaba intentando ser valiente con todas mis fuerzas. — Respira profundamente y se aparta un poco para mirarme. Tiene los ojos brillantes—. No quiero que este hombre pare mi vida, ¿sabes? Quiero demostrarle a él, a mí misma y a todos los demás que soy más de lo que ellos creen. Pero eso no significa…

Vuelvo a acariciarle la mejilla con el pulgar. Esta vez no hay lágrima que secar; solo su suave piel rosada.

—Eso no significa que no estés asustada.

—Sí —dice, susurrando esa palabra como si se tratara de un vergonzoso secreto. Está lo suficientemente cerca de mí como para ver cómo sus húmedas pestañas se pegan entre sí. Ahora mismo no

lleva maquillaje. Lejos queda la Nora que he visto hoy en el set vestida con su lencería y actuando para la cámara.

—Es normal tener miedo.

—Tú nunca tienes miedo —me dice.

Mis labios se curvan.

—¿Y por qué crees tú eso?

—Siempre pareces tener el control. Como hoy, por ejemplo. Te has asegurado de que abandonáramos el sitio, sí, pero no parecías inquieto. Incluso aunque tú también puedas estar en peligro por todo esto. —Traga saliva—. Por mí.

—No estoy preocupado por lo que pueda pasarme. Así que no te atrevas tú tampoco a preocuparte por mí —le digo—. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y puede… —Rozo su labio inferior con el pulgar—. Puede que no seas la única a la que se le da bien actuar.

Se le escapa una suave exhalación cuyo calor viaja por mi pulgar y luego por toda mi espalda. «Tengo miedo por ti», pienso. «Y me aterra que vayas a destrozarme cuando te vayas. Cuando todo esto acabe».

—¿Estás cansada? —le pregunto.

—Sí. Pero dudo que vaya a dormir demasiado. —Su mano encuentra la mía, sus dedos curvándose con cuidado a lo largo de mi palma. Como si no estuviera segura de que el contacto estuviera permitido.

—¿Tienes miedo ahora? ¿Aquí?

—Un poco. —Alza la vista hacia su cama. Está en la otra habitación y puede verse a través de la otra puerta abierta, hecha con pulcritud. La cubre una colcha azul claro—. Sé que Fairhaven es seguro. Pero, aun así, estoy…

—Alterada. Te entiendo —le digo—. ¿Quieres que me quede contigo aquí esta noche?

CAPÍTULO 34



West

Sus ojos se abren con un claro alivio.

—Sí, por favor. ¿Te vas a quedar?

—Me quedaré toda la noche. —Tiene dos sofás en la sala de estar contigua. No son lo suficientemente largos para mí, pero la incomodidad será un pequeño precio a pagar si quedarme significa que Nora va a estar mejor. Y, desde luego, yo también estaré condenadamente mejor sabiendo que no está aquí sola, que no está llorando.

—Gracias. Si te… si te parece bien, claro. —Su mano se tensa en torno a la mía—. La cama es grande.

Ah. La cama.

Quiere que compartamos la cama.

Me lleva un momento encontrar las palabras.

—Amor, llegados a este punto ya me conoces lo suficientemente bien como para saber que nunca haría nada que no quisiera hacer —le digo—. Dormiré en el lado que está más pegado a la ventana. ¿Te sentirás más tranquila así?

Ella sonríe. Es algo pequeño, pero es algo real.

—Sí. Eres irritantemente sincero. Nunca tengo que preocuparme de si te estoy molestando.

Pienso en Rafe; en las asiduas llamadas que recibo de él para que le confirme que su hermana está a salvo. Lo último que estoy siendo

ahora mismo es sincero, precisamente.

—¿Estás cansada?

Nora asiente, con su mano aún en la mía.

—Nunca he dormido en la cama con un chico.

Mierda. Pues claro que no.

—Considéralo una lección más.

—Una lección —dice, lo que me hace pensar que a lo mejor lo que he dicho no era lo más adecuado, ni como respuesta ni como oferta. Pero entonces su sonrisa se ensancha—. Vale, me parece bien. Distráeme.

—Eso puedo hacerlo. —Le peino el cabello ligeramente hacia atrás—. Ve a cambiarte para irte a dormir. No pienso irme a ningún sitio.

Entrecierra los ojos en mi dirección, y en ellos veo que hay una chispa de actitud juguetona bajo todas las emociones de esta noche.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Vale. Ahora mismo vuelvo. —Desaparece en el baño, no sin antes lanzarme una última mirada como si necesitase asegurarse a sí misma que de verdad voy a quedarme aquí.

Me quedo ahí de pie, en la habitación que ha pasado a ser de Nora desde que se mudó. Hay una pila de libros en la cómoda y otra de ropa en el respaldo de uno de los sillones. En el suelo bajo la ventana veo que hay dos boles plateados: uno con agua y otro con lo que parece ser comida para gatos.

La rabia que me posee en un segundo me deja sin respiración.

Que a una persona tan amable, tan buena, que trabaja tantísimo para complacer a todo el mundo todo el condenado tiempo, la hagan sentirse de esta forma…

No me había dado cuenta de que el acosador le asustara tanto. Lo ha mantenido todo este tiempo guardado bajo llave, y ha hecho un trabajo tan glorioso escondiéndolo que ni yo había visto el alcance de su miedo hasta ahora.

Quien sea esta persona, lo va a pagar caro. Voy a pasarme noches, días, soñando con cómo sufrirá por haber convertido una noche que tanto emocionaba a Nora en un recuerdo tan malo. Y por cada una de sus lágrimas.

Oigo agua procedente del baño, y me fuerzo a respirar calmadamente. A dejar la rabia a raya. Esta noche necesita a alguien que la proteja, no a otra persona más a la que tener que tranquilizar.

La puerta del baño se abre.

—Vaya. Pues sí que te has quedado exactamente en el mismo sitio.

—Prometí que lo haría.

Sonríe un poco, tímida y vacilante, y camina por la habitación, descalza. Lleva una camisola y unos pantalones cortos, y todo el maquillaje que antes llevaba para la sesión de fotos ha desaparecido. Ahora en su rostro solo veo sus pecas, sus grandes ojos verdes y esa boca que adoro besar.

—¿Necesitas tú algo de tu habitación?

—Pues sí, pero no quiero dejarte sola. —Le tiendo una mano—. ¿Me acompañas?

Se muerde el labio inferior.

—Sí. ¿Te parece bien? Sé que aquí estoy a salvo, pero, aun así… Es que esta noche me ha…

Tiro de su mano, y Nora suelta una risita.

—Vale, o sea que te parece bien.

—Pues claro que me parece bien.

Nora examina mi habitación mientras yo me cepillo los dientes y me quito el traje. La puerta del vestidor está abierta, pero ella me da la espalda todo el rato mientras me cambio. Saco unos pantalones de chándal y una camiseta negra y la observo echar un vistazo por la habitación.

Nora queda bien en mi habitación. Son justo las palabras que tengo en la punta de la lengua. Quiero felicitarla por quedarse justo ahí, esperándome como le he pedido.

En vez de eso cojo su mano.

—¿Has satisfecho ya tu curiosidad?

—Ajá. Tu habitación es un reflejo de la mía.

—Lo es. Vamos a meterte en la cama, cielo. —Esa última palabra se me escapa inevitablemente, y los dedos de Nora se doblan alrededor de los míos.

—Dilo otra vez —susurra.

La atraigo más hacia mí mientras volvemos a su habitación.

—¿«Cielo»? Bueno, es que hoy lo has hecho genial. Te has enfadado, has llorado. Me has mostrado cómo te sientes en realidad.

Nora suelta una respiración temblorosa.

—O sea, que de verdad no piensas mal de mí ahora.

—Pues claro que no. Eres una valiente. —Le abro la puerta de su cuarto, y ella camina por delante de mí hasta la cama.

«Y además cuidas de todo el mundo todo el tiempo».

«Deja que te cuide yo ahora».

Nora retira la colcha y se sube a la cama. Yo cierro las cortinas de las ventanas, y cuando por fin me meto entre las sábanas, veo que ella me está observando. Tumbada en su lado del colchón.

Su pelo es una pincelada de un castaño cálido sobre el azul de su almohada. Se ha cubierto hasta la barbilla con la sábana, su brazo desnudo descansando por encima de esta.

—Hola —dice, rozando el borde de la colcha con los dedos—. Puede que dé patadas mientras duermo. O que ronque. O tosa.

—Puede. Pero no me va a molestar.

—¿Y si tengo que ir al baño catorce veces?

Trato de ocultar mi sonrisa.

—Pues en ese caso lo sentiré mucho por ti. Pero ya te lo he dicho, Problemas: no vas a estar pendiente de mis sentimientos.

Coloco mi mano debajo de mi cabeza.

—¿Cómo es que eres tan diferente de todas las personas que he conocido?

—Es porque yo soy mucho mucho mejor.

Nora suelta una risita y juega con el borde de la colcha. Sus dedos sobrevuelan las costuras de la tela.

—Siempre has sido un arrogante.

—Mi único defecto.

—Todos vosotros lo sois. Los cuatro. Tú, Rafe…, Alex y James.

—Ajá. Es lo que nos unió.

Vuelve a sonreír. Es una sonrisa de verdad, y joder, podría quedarme así para siempre, distrayéndola con estupideces.

—Eso, y que a todos os mandaran lejos de casa —supone ella—. Y que fuerais dando problemas.

—No te olvides del hecho de que somos increíblemente guapos todos. Eso fue lo que afianzó nuestra amistad.

—Eres idiota —dice con suavidad, y a mí me suena al primer halago que me ha hecho nunca—. Háblame del colegio.

Suelto un quejido.

—De todas las cosas que me podías preguntar…

—Quiero saber. Solo he oído historias desde la perspectiva de Rafe. —Su voz es suave—. Sé que se plantó en Belmont ya planeando hacer que lo expulsaran la primera semana. Fue justo después de que perdiéramos a Etienne en el accidente… Pero en vez de eso le pusieron un compañero de cuarto norteamericano fastidiosamente arrogante que se hizo su amigo.

—Conque así es como lo cuenta, ¿eh?

—Ajá. ¿Cómo fue para ti?

—Yo también estaba enfadado cuando llegué a Belmont. Pero me empezó a gustar bastante rápido. —Coloco un brazo debajo de mi cabeza. Que me mandaran lejos de Fairhaven fue un castigo, desde luego, pero gracias a eso descubrí un mundo de libertad entre horarios académicos completamente controlados y momentos de tiempo libre nada controlados—. Rafe y yo no paramos de discutir las primeras semanas. Y entonces apareció Alex, ya tarde, un escocés zarrapastroso que también quería que lo echaran. Así fue cómo él y Rafe conectaron.

Nora suelta una risita.

—Sí, puedo verlo.

—Aunque Rafe nunca fue realmente en serio con lo de la expulsión. Pero Alex sí. Una noche le pillamos colándose en la casa del director.

—¿En serio?

—Sí. Lo sacamos de allí y nos aseguramos de que pareciera que el sonido había sido un mapache que se había puesto a rebuscar en la basura. La peor cortina de humo de la historia.

—Pero él quería que lo pillasen.

—Sí. Nosotros le dijimos que era un idiota. Y supongo que nos escuchó, porque aunque seguía sin prestar atención en clase, sí que se quedó con nosotros después de eso. Sus primeros meses en Belmont fueron… —Sacudo la cabeza—. Bueno, no me toca a mí contar una historia que no me pertenece. Pero el caso es que mejoró. Es un genio de las mates, ¿lo sabías?

—¿Mates?

—Sí. Parece que no, pero es un tío inteligente.

—¿Y cuándo se os unió James?

—Siempre estaba en la biblioteca mientras nosotros nos dedicábamos a holgazanear. Se iba allí a estudiar latín avanzado. Solía fumar por entonces, también. Dios. Me alegro de que lo dejara.

La mano de Nora está ahora sobre la almohada que queda entre los dos. Quiero estirar la mano y entrelazar sus dedos con los míos de nuevo.

—Yo mismo le metí en nuestro grupito para que nos ayudara con nuestros deberes de latín.

—¡West!

Me río por lo bajo.

—Él dejó muy, pero muy claro que no iba a ayudar a nadie si él no obtenía algo a cambio.

—Bien por él.

—Pues sí.

—Había un quinto chico —dice. Su tono es tentativo—. Es a él a quien le pertenecía antes la casa a la que fuimos por la fiesta de

Paraíso Perdido, ¿verdad? Recuerdo que por entonces erais cinco. Rafe no contó mucho, pero eso sí nos lo compartió.

No quiero hablar de esto.

De cómo Hadrian y yo éramos los únicos que nos conocíamos ese primer año en Belmont. De lo que sucedió para que se desencadenara todo, para que todo se hiciera jirones.

—Sí. Pero las cosas cambiaron —le digo—. Creía que estabas cansada.

—Lo estoy. Pero también estoy…

Alzo una ceja.

—¿También estás…?

—Estás aquí. En mi cama. —Sonríe de nuevo—. No estoy segura de saber cómo relajarme en este contexto.

—¿Alguna vez te ha sostenido alguien en sus brazos?

—No. Nunca he hecho arrumacos con nadie. —No lo dice en absoluto con tristeza. Es solo la declaración de un hecho.

Yo la alcanzo.

—Ven aquí.

Nora deja que la acerque más a mí.

—¿Así?

—Casi. —Doblo el brazo, acercándola aún más con un brazo enredado en su cintura. Ella acaba apoyando la cabeza en mi hombro y la mano en mi pecho—. Eso es. Deja que te sostenga.

Resulta un peso cálido contra mi costado. Poco a poco, respiración tras respiración, va relajándose en mis brazos y la tensión va abandonando su cuerpo.

—Vaya. Esto es agradable.

—Ajá. No suenes tan sorprendida.

Noto la sonrisa en su voz.

—Eres calentito.

—No todos los días a uno lo halagan por su homeostasis.

Nora se ríe. Su pierna encuentra la forma de acomodarse sobre la mía, y se acurruca contra mí. Como si fuera yo una almohada. La almohada más condenadamente afortunada del mundo.

Me distrae lo bien que me siento por tenerla entre mis brazos. Me distrae porque se supone que no debo tener este tipo de pensamientos, al menos esta noche. No puedo ponerme duro.

Lo estropearía todo.

—¿No se te dormirá el brazo? —me pregunta. Su dedo traza círculos en mi pecho, casi como si no fuera consciente siquiera de que lo está haciendo, trazando dibujos sobre la tela.

—Puede. Pero ese es mi problema, no el tuyo.

—Vale. Si tú lo dices…

—Suenas escéptica. Entre tú y yo, ¿quién es el experto en cómo piensan los hombres?

—No tengo yo muy claro que se te pudiera llamar un experto a ti —me dice. Su cálido aliento roza mi cuello—. Tú sabes cómo piensas tú. Empiezo a sospechar que tu forma de pensar no representa demasiado a la mayoría de los hombres.

—Viniendo de ti, sé que eso ha sido un cumplido —le digo secamente.

Nora sonríe. Puedo sentir cómo sus labios se mueven contra el borde de mi camiseta.

—Puede, sí. Es que siento que… a la mayoría de los tíos no les parecería suficiente hacer solo esto. A ver, sé que a ti sí, pero porque estamos practicando. Esto no es real. Pero si lo fuera, el chico en cuestión tendría la expectativa de pasar de esto a algo más.

Quiero decirle que se equivoca.

Pero hay tíos que sí estarían esperando algo de esto si estuvieran tumbados justo donde estoy yo ahora mismo. Dejando vagar las manos. Y yo soy un puto gilipollas por ansiar eso mismo también.

—Puede que lo esperen —le digo—, pero si al hombre le importas, te escuchará a ti y a tus señales. Y créeme, no soy el único en el mundo en querer tener bien cerca a una mujer preciosa. Cualquier tío se sentiría afortunado de ser yo ahora mismo.

Una vez más, Nora se relaja, su cuerpo moldeándose al mío.

—Gracias.

Sus pestañas rozan mi mejilla cuando parpadea, y ese efímero y provocador contacto me pone los nervios de punta. Soy consciente de todos los puntos en los que nuestros cuerpos se tocan. De la curva de su pecho contra mi costado, de su pierna sobre la mía…, de su mano en mi pecho.

—¿Crees que está ahí fuera ahora mismo? —me pregunta—. Viviendo en un hotel cerca de aquí, pasando a menudo por delante de esta casa…

Era demasiado esperar que la hubiese podido distraer por completo.

—Puede —admito—. Y si lo está, mi equipo lo atrapará.

—No me gusta lo cerca que ha estado esta noche.

La abrazo más fuerte.

—Aquí estás a salvo, Problemas. No dejaré que te pase nada.

—Gracias —susurra, y me doy cuenta de que nunca antes le había podido dar a alguien ese tipo de confort.

Su respiración se vuelve profunda y estable. Siento su torso expandiéndose con cada nueva respiración, justo debajo de mi brazo doblado. La confianza que ha puesto en mí es suficiente como para hacer adicto a un hombre.

Está dormida.

Presiono los labios contra su sedoso pelo, solo una vez, y vuelvo a dejar la cabeza sobre la almohada. Tanto como hemos hablado del tema, y en realidad yo rara vez comparto mi cama con otra persona. Es más fácil estar solo. Siempre lo ha sido.

Llevo todo este tiempo viviendo con el miedo de arruinarla, pero aquí está ella, arruinándome a mí.

Lección tras lección, día tras día.

CAPÍTULO 35



Nora

Me despierto con la suave luz del sol entrando a través de las cortinas, bañando la habitación. La cama está caliente y es suave. La persona que está detrás de mí desde luego también está caliente, pero no suave. Y me tiene acunada en la curva de su cuerpo.

West.

Quien ha pasado la noche en mi cama por mi crisis de la noche anterior.

Cierro los ojos de nuevo y trato de no moverme ni una pizca. Su pecho sube de forma estable y profunda detrás de mi propio pecho. Esto nunca me había pasado. Nunca en mi vida he hecho algo así, y la alegría que me entra me deja casi hasta atolondrada.

He dormido en sus brazos toda la noche.

Incluso aunque nos hayamos movido mientras dormíamos. Porque ahora me abraza con fuerza, convirtiéndome en la cuchara pequeña dentro de la cuchara grande que es él. Ambos brazos me rodean: uno bajo mi cuello y el otro alrededor de mi cintura.

Sienta bien que te abracen de esta forma. Incluso aunque tenga mucho calor. Él parece estar calentándose más que yo, porque allí donde su mano descansa contra la piel desnuda de mi estómago (se me ha subido la camiseta), la palma de su mano está caliente.

Noto algo grueso presionando contra la parte baja de mi espalda.

West se ha empalmado. Otra vez. Igual que cuando me senté en su regazo durante la partida de póker e igual que ayer mientras me contaba cómo haría que me corriera. Me ayudó a practicar el hablar sobre sexo y acabó empalmándose al mismo tiempo.

Claramente él también está disfrutando de lo que estamos haciendo.

Me centro en la sensación de tenerlo presionado contra mí. Lo siento enorme. Pero ¿qué voy a saber yo? Nuestros cuerpos parecen encajar bien en esta postura, con el mío en la curva del suyo, pero ¿cómo sería practicarlo… todo?

¿Dejarlo entrar dentro de mí?

Nunca he querido hacerlo con ningún tío de la forma en la que quiero hacerlo ahora. Nunca he tenido tal curiosidad. Pero ahora, con él…

Me muevo un poco para mirar por encima del hombro.

Es un error. West gime y me atrae aún más hacia su cuerpo. La mano que estaba relajada en mi estómago ahora está plana contra mi piel, encajándome perfectamente contra él.

Contra su erección.

Noto su cálido aliento en la nuca y su pulgar trazando pequeños círculos en mi estómago. No está dormido. Pero tampoco está del todo despierto.

El calor se extiende por mi cuerpo en respuesta a su tacto. ¿Cómo sería si moviera la mano más abajo? ¿Cómo sería si la bajara solo un poco… y su pulgar siguiera masajeándome con esos círculos? ¿Cómo sería oírlo llamarme su «chica lista»? ¿O que me dijera lo bien que le siento, lo bien que lo estoy haciendo, mientras hiciera salir de mi cuerpo esos orgasmos que hasta ahora solo yo me he provocado?

Como la semana pasada, cuando estuvo besándome mientras yo usaba el vibrador.

—Mmm —murmura, y sus caderas se mueven hacia delante, encajando su polla contra la curva de mi trasero—. Buenas.

—Buenas —susurro.

Baja la mano solo un poco. Su dedo meñique roza la goma de mis pantalones de pijama.

Yo intento quedarme completamente quieta.

—Hueles bien. —Su voz suena más ronca por las horas de sueño. Siento el roce de sus labios contra mi cuello, y contengo la respiración.

Su mano se para en la parte baja de mi estómago. Y entonces vuelve a gemir, aunque esta vez de manera mucho menos plácida.

—Mierda.

—No pasa nada —susurro—. Estoy bien.

La presión absoluta de su erección desaparece, y West se da la vuelta para poner distancia. La cálida cuna de sus brazos ya no está. Me giro sobre mi espalda y lo veo mirando al techo.

—Ha ido bien —le digo—. Hemos practicado los arrumacos. Está bien. Por mi parte, quiero decir. Estas cosas pasan.

Se pasa una mano por la cara.

—Sí.

—Y no es necesario que te sientas… A ver, sé que es común para los hombres empalmarse por la mañana. Sé que no ha tenido nada que ver conmigo. —Estoy farfullando, soy consciente, pero no puedo parar.

—Jesús —murmura—. ¿Que no ha tenido nada que ver contigo?

—Sí. ¡Que está bien! Lo que quiero decir es que… no pasa nada.

West se ríe con esa voz aún ronca. No parece un sonido especialmente animado. Aún está mirando al techo, y yo estudio su perfil, la sombra que le recorre la mandíbula y que se ha acentuado por la noche.

—No tengo ninguna expectativa —me dice—. Pero soy un hombre, Nora. Pues claro que me afecta. Y, definitivamente, tiene todo que ver contigo.

—Oh. —Suelto un respiro.

West se gira para mirarme con los ojos inusualmente claros por el suave brillo de la mañana.

—Pero eso no cambia nada. No vayas a empezar a pensar en mí ahora. Solo haremos lo que tú quieras hacer.

—¿Has estado…? O sea, a ver… debe de ser incómodo. Estar empalmado, digo. ¿No? —Las sábanas nos llegan a la cintura, y no puedo resistirme a mirar hacia abajo—. ¿Y no poder…?

Vuelve a gemir.

—No me puedo creer que me estés preguntando estas cosas.

—¿Quieres que pare?

—No. Tienes curiosidad, y yo te prometí enseñarte las cosas. —Se gira para mirarme—. ¿Qué quieres saber?

Noto el rubor subiéndome a las mejillas.

—Cualquier cosa. Todo. Ayer también te pusiste duro, en la fiesta. Y durante la partida de póker.

Sus ojos se oscurecen.

—No estaba seguro de si lo habías notado.

—Pues sí.

—Ya.

—¿Y te molesta? ¿No llegar a…?

Alza una ceja.

—¿No llegar a correrme? Sí. No es muy placentero, pero me apaño. Y me aseguro de rematar cuando estoy a solas.

Se me seca la garganta. Eso lo dijo en nuestra cita. «Sobre todo, últimamente». Vuelvo a mirar hacia abajo y me pregunto qué aspecto tendría. Ya lo he sentido contra mí.

—Tienes esa mirada y esos ojos… Como cuando estuvimos en la sex shop. —Extiende el brazo y levanta mi cabeza a la altura de la suya—. ¿Quieres verlo? Sin expectativas, amor.

—Solo estoy… Quiero decir… Sí. —Eso último me sale con un sonido estrangulado—. Sí. Nunca he tenido intimidad con un hombre. Nunca he…

—Lo sé. —Retira las sábanas para ambos. Veo un grueso contorno en sus pantalones. Me siento sobre mis rodillas a su lado y siento que no puedo respirar, que no puedo ni pensar con la emoción.

—Recuerda que siempre puedes irte si te resulta demasiado —me dice. Se levanta la camiseta y luego baja las manos para enganchar sus pulgares en la goma de sus pantalones—. No va a haber ningún mal rollo. Nunca voy a enfadarme.

—Lo sé.

—Repítemelo.

—Sí, Calloway, ya sé que estoy a salvo contigo. Puedo irme si es demasiado. Puedo echarte la sábana encima otra vez y echarte de mi habitación.

Suelta una risita entre dientes.

—Esa es mi chica.

Levanta las caderas un poco del colchón y se baja los pantalones y el bóxer, que asoma por debajo de ellos.

Entonces aparece su polla, gruesa y pesada contra su estómago. Es de un tono moreno, y parece grande. ¿Son siempre tan grandes? Ya he visto erecciones antes, obviamente. Pero nunca en persona. Veo una vena que serpentea por su polla endurecida.

West gime.

—Nunca antes me habían mirado así.

—¿Así cómo? —Retiro la vista de su polla para mirarlo a los ojos. Noto la lánguida y elevada temperatura en el aire, en cada relajada línea de su cuerpo y en el rubor de mis mejillas.

—Con tanta atención —murmura.

Vuelvo a mirar hacia abajo. A la punta, gruesa y curva. Esta se sacude bajo mi mirada. Yo sonrío encantada.

—Ya había oído que hacían eso.

—Que lo habías oído… —Suelta un suspiro bajo—. Me cago en todo.

Me acerco un poco más allí donde West está acostado. La urgencia que siento de tocarlo hace que me hormigueen los dedos.

—Quiero tocarte —le digo—. ¿Puedo?

Levanta las manos y las pone detrás de la cabeza.

—Dejaré las manos aquí quietas. No me moveré.

—Bien. Y tampoco te está permitido tocarme.

—No lo haré, amor.

Vuelvo a acercarme un poco, aún sobre mis rodillas, mis ojos ya moviéndose por todo su torso. Nunca he podido simplemente estudiar a un hombre de esta forma: sin preocupaciones ni urgencias, con calma. Con este nivel de confianza. Tiene marcas en su estómago, una insinuación de una musculosa tableta de chocolate. Y también pelo oscuro que baja por su ombligo hasta llegar a su pene.

Me estiro para pasar una mano por su esculpido abdomen, pero me detengo ante la vergüenza que siento frente a su piel.

—¿Qué tal una palabra de seguridad? Tú mismo dijiste que era importante.

Tiene los ojos caídos.

—Yo no necesito una.

—Sí, sí la necesitas. Quiero que te sientas a salvo. Igual que tú has hecho conmigo.

—Estoy a salvo. Bueno —dice, corrigiéndose, mirando hacia la parte baja de su cuerpo—, voy a sentir dolor, pero es del tipo de dolor que a mí me gusta.

—La palabra de seguridad —repito.

Sus labios se crispan.

—Vale. Mi palabra de seguridad es «Nora».

—¡No puedes usar mi nombre!

—¿Por qué no? Es mi palabra de seguridad, no la tuya. ¿O no?

—Tómate esto en serio, por favor.

West vuelve a mirar al techo, y una sonrisa aparece en su rostro.

—Me lo estoy tomando en serio. Vale. Mi palabra de seguridad es «rosa».

Rosa.

El que dijo la otra noche que era ahora su color favorito. Cuando tenía mi pezón en la boca y me murmuraba elogios que se metieron en mi piel.

Vuelve a mirarme.

—Eso te ha callado de golpe.

—Silencio —murmuro, pero mi rubor es incandescente.

Vuelve a sonreír y a colocarse en la almohada.

—Listo cuando tú lo estés, valiente exploradora.

Me acerco otro poco más y pongo las manos en su pecho. Lo siento firme bajo mi tacto, una amplia expansión de piel bajo mis palmas. Me paso lo que debe de ser un minuto entero solo pasando las manos por todo su cuerpo. Por el pelo en su pecho y abajo, hasta su estómago, pasando por sus rugosos pezones. Sus brazos también son anchos, y están marcados por puro músculo incluso aunque no esté haciendo fuerza. Toco su bíceps con el dedo y lo encuentro curiosamente duro, tan opuesto al mío.

—Me siento como si estuviera en una mesa de operaciones —dice West.

Recorro la palma de su mano abierta, pasando por el dedo anular y el anillo de oro que lo rodea. Continúo por la parte alta de su muslo, donde el pelo se vuelve más grueso y oscuro que el de sus antebrazos. Hace ejercicio. Yo lo he visto en acción y también puedo verlo ahora, en cada larga línea de su cuerpo.

—Una incisión por aquí… —murmuro mientras recorro su piel con un dedo.

West suelta un resoplido que suena más a risa bajita. Entonces cambio de dirección, hacia el punto donde su erección descansa contra su estómago plano. La punta parece casi morada, hinchada y un poco brillante.

Paso un dedo por toda su longitud. Me resulta caliente al tacto y suave, mucho más suave de lo que pensaba. Levanto la cabeza para sonreír a West, complacida, solo para encontrármelo mirándome con expresión tensa.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—Sí. Estoy bien. —Sin embargo, esas palabras salen a través de sus apretados dientes.

Sigo el recorrido de una de las venas, lisa sobre la aterciopelada cabeza, y escucho cada cuidada respiración que suelta West.

—¿Son siempre tan grandes? —le pregunto. A duras penas puedo rodearla con mis dedos. La idea de tener todo eso dentro de mí… ya me provoca dolores.

—Sé que no tienes experiencia y que está mal por mi parte, pero, joder, qué puto halago —me dice con una sonrisa—. Vienen en todos los tamaños. Como pudiste ver con las distintas opciones para condones.

—¿Pero la tuya es de talla estándar? —Lo acaricio desde la base hasta la punta. Puede que la piel sea suave, pero también detecto su endurecido centro. No puede ni doblarse ni romperse.

—Si quieres una respuesta sincera, mejor no le hagas nunca esa pregunta a un hombre que te desea.

Eso me hace soltar una risita.

—¿Entonces dirías que estás por encima de la media?

—Por supuesto que yo diría eso. Tengo a una chica guapa tocándome la polla.

—Es que parece tan grande… O sea, ¿cómo podría todo eso siquiera caber dentro de otro cuerpo humano? Sé que lo hace. Que lo haría. —Rozo su miembro con los dedos.

—Entraría, amor. —Su voz es áspera—. Si estás lo suficientemente excitada y yo… y un hombre te hubiera hecho los preliminares como Dios manda. Joder, problemas.

Me paro con los dedos sobre la suave piel de sus testículos.

—¿Aquí mejor, no?

—Sí, ahí sí. Puedes hacer lo que quieras. —Sin embargo, su respiración es más profunda ahora.

Yo continúo mi exploración, ahuecando mis manos con suavidad a su alrededor y haciéndolos rodar en mi palma. Pesan más de lo que esperaba, y me resulta fascinante cómo se mueven bajo mi tacto. La respiración de West también se acelera con mi tacto. Le gusta esto.

Y de pronto me doy cuenta de la ola de poder que se puede sentir con esto.

—¿Qué se siente? ¿Al correrse, como hombre?

West gime.

—Jesús.

—A ver, ¿a ti no te dan curiosidad los orgasmos de las mujeres?

Abre los ojos, ahora oscuros frente a los míos.

—Tengo mucha curiosidad por los orgasmos de una mujer en particular.

Vuelvo a bajar la vista a su miembro y a los testículos idénticos que ahora caen tensos justo debajo del miembro. West responde a mis caricias. Todo su cuerpo lo está haciendo, tensándose bajo mi mirada. Veo una pequeña cicatriz por encima de su rodilla derecha y pelo más grueso allí donde está la base de su pene.

Vuelvo a acariciarlo.

—Explícamelo.

—Es intenso, igual que para ti. Va creciendo y creciendo, y entonces solo podemos concentrarnos en una sola cosa: soltar toda esa presión. —Su pecho se mueve en jadeos cuando trata de tomar una profunda inspiración, y me da la sensación de que cada vez le está resultando más y más difícil seguir teniendo esta conversación —. ¿Cómo es para ti?

—Normalmente es una sensación cálida y placentera. A veces es intenso y a veces no. —Vuelvo a bajar la vista a mi mano, donde lo tengo agarrado—. Pero contigo resultó más intenso. El otro día, digo. Fue mucho mejor de lo normal.

Los brazos de West se tensan, sus músculos flexionados. Como si de veras tuviera que estar forzándose a pensar en que debe evitar bajar la mano y tocarme. Yo me apresuro y uso mi pulgar para masajear de un lado a otro la cabeza de su miembro, goteante con cada nueva vuelta. Su polla se sacude bajo mi agarre.

—¡Oh!

West suelta un respiro ronco.

—Sí. «Oh». Y si sigues por ahí, amor…

—¿Estás cerca? ¿Ya? Ni siquiera sé lo que estoy haciendo.

—«Ya», me dice la tía. Como si no llevara una semana entera con las pelotas azules y ahora no me estuviera diciendo que la tengo

grande y que la hago correrse súper bien. —Vuelve a mirar al techo con la mandíbula apretada—. Sí, amor. Ya estoy cerca.

Está ahí para que yo lo tome. Puedo darle lo que quiere y para lo que todo su cuerpo se está preparando al tensarse. Puedo hacerlo feliz.

Pero estamos practicando lo de cambiar viejos hábitos.

Suelto su polla y vuelvo a sentarme sobre mis rodillas.

Se le escapa otro gemido, y su pene se sacude de nuevo contra su estómago. Ahora parece aún más grande que antes, a punto de gotear sobre su piel.

—Me cago en la puta —dice.

Yo soy quien tiene el control; sus manos siguen detrás de su cabeza. No está rompiendo su promesa. A lo mejor puedo…

—West —le digo.

Baja la mirada hacia mí. Veo un intenso color en sus pómulos.

—Sí.

—Las manos se quedan donde están —le recuerdo mientras alcanzo el dobladillo de mi camisola. Me la levanto y luego me la quito.

No llevo sujetador debajo.

La respiración se le entrecorta, y después suelta otra palabrota.

—Eres tan jodidamente guapa.

Sonrío un poco.

—Quiero darte algo que puedas mirar.

—Siempre lo haces. —Sus ojos color *whisky* arden mientras me recorren la piel—. Tienes los pezones duros. Mírate, amor, de rodillas a mi lado. Lo estás haciendo tan bien.

Vuelvo a alcanzar su miembro. Gime cuando lo acaricio.

—Dime qué te gusta. Como tú has hecho conmigo —le digo, agarrándolo con más firmeza, observando su rostro en busca de sus reacciones.

Los ojos de West están fijos en los míos.

—No hay ninguna forma en la que tú me puedas tocar que no vaya a ponerme cachondo.

—Dime —le insisto.

—De acuerdo. ¿La velocidad a la que vas ahora? —Mira hacia abajo, más allá de sus tensos abdominales—. Está bien. Está perfecto. Si aceleras solo un poquito más, ya no habrá marcha atrás. Si quieres prolongarlo, puedes bajar la velocidad o agarrarme de las pelotas.

Bajo la velocidad y agarro su polla con mayor intensidad.

—¿Así?

—Sí. Justo… así. —Su pecho vuelve a expandirse con otra respiración profunda—. Mírate siendo una chica tan buena, aprendiendo cómo complacerme.

Una ola de calor se expande por mi pecho, y presiono mis muslos entre sí con mayor fuerza.

—Y si acelero…

Hago justo eso, y la piel bajo mi agarre es ahora suave, mojada por lo que ya empieza a salir de la punta. West vuelve a gemir, sus caderas alzándose y adaptándose a mi agarre.

—Joder. Sí.

—Estás cerca.

—Mucho —dice entre dientes. Tiene los ojos fijos en mí todavía, y respira trabajosamente. Es como si tuviera cada músculo de su enorme cuerpo atado. Como si fuera un muelle enroscado, preparado para saltar, deseoso de ello, pero sigue recordando la promesa de que no lo hará.

Gime audiblemente, como si se estuviera rompiendo de dolor. Las caderas se le levantan para ajustarse de nuevo a mi mano, y entonces se corre, cayendo en gruesos chorros sobre su estómago. Su polla se sacude bajo mi agarre y yo le acaricio la base, observando detenidamente hasta que se vacía hasta la última gota.

Se relaja sobre el colchón. El cuerpo que hace apenas unos momentos estaba tan completo y tensamente enrollado ahora está suelto, liberado.

Nunca había visto tanto semen junto. Siempre me ha fascinado la idea de que un chico se corriera dentro de mí, pero… ¿tanto? Seguro

que se acabaría saliendo.

Estiro el brazo, con curiosidad, y paso un dedo por el fluido en su abdomen. Lo noto escurridizo y caliente entre mis dedos.

—Hay tanto…

West me está observando. Sus pupilas están completamente dilatadas, y sus brazos siguen fijos detrás de su cabeza. Parece que ha corrido una maratón. Y parece que ha ganado la lotería.

—Justo cuando pienso que no me puedes inflar más el ego…

—¿A qué te refieres?

—Nada. Eres tan preciosa que pareces una puta pintura —me dice—, y me acabas de matar.

Su pene aún está medio duro, descansando sobre su muslo. Paso un dedo por encima, y West aprieta los dientes.

—Cuidado. Está sensible.

—Cierto. Como me pasa a mí.

—Como te pasa a ti. ¿Puedo moverme ahora?

Vuelvo a sentarme normal.

—Depende de lo que estés planeando hacer.

—Quiero abrazarte —me dice, y tira de su camiseta para secarse —. Eso es lo que estoy planeando hacer. Y decirte lo bien que lo acabas de hacer.

Me acuesto a su lado.

—Pues sí. Puedes hacer eso.

—Gracias, joder. —Gira su rostro para que quede contra mi pelo y murmulla una serie de elogios absurdos y ridículos que se filtran en mis huesos como si fuera miel caliente. Lo buena que he sido, lo orgulloso que está, lo bien que lo he hecho. Que tengo un don nato y que nunca antes había tenido la polla tan dura. Cómo sintió que se iba a morir si no le dejaba correrse.

—Mi chica valiente y preciosa. No sabía yo que observar tu propia curiosidad fuera a excitarme tanto. Pero resulta que sí. ¿Ha ayudado el hecho de que no pudiera moverme?

—Sí —le contesto. Las mariposas dan volteretas en mi estómago. Ahora ya me encanta la sensación que me provocan. Nos hemos

hecho amigas—. Pero creo que podrías moverte la próxima vez.

West me besa el cuello.

—Gracias a Dios.

WEST Y RAFE

RAFE: No me gusta que se acercara tanto a ella. Que estuviera en la misma habitación que ella.

WEST: ¿Crees que a mí sí? Se está volviendo insensato, que ya es un avance.

RAFE: ¿Ha encontrado algo tu equipo?

WEST: Estamos trabajando en ello ahora. Triangulando las torres de telefonía. No es muy legal, si nos ponemos especialitos, pero… es imposible de rastrear.

RAFE: Odio todo esto. Debería cogerme un vuelo para ir hasta allí.

WEST: No, deja que yo me encargue. Si crees que hay una filtración en tu organización, creo que esto es lo mejor.

RAFE: ¿Qué tal lo está llevando ella?

WEST: Increíblemente.

RAFE: ¿Y eso significa…?

WEST: No está dejando que la situación pare su vida. Está asustada, pero es valiente. Está trabajando en sus piezas de ropa para la Exhibición de Moda.

RAFE: Gracias otra vez. Te debo una.

WEST: Ni lo digas.

RAFE: Y tú vas a venirte a Costa Rica la próxima semana. Ya lo tengo pensado.

CAPÍTULO 36



West

Fairhaven solía ser un lugar silencioso. Al menos, desde que volví a vivir en la propiedad tras la muerte de papá, después de que esta casa por fin volviera a ser mía, cuando las fiestas se hacían con menor frecuencia y las cenas eran un raro evento.

Pero ya no es un lugar silencioso.

Porque oigo que ella está arriba. Porque la veo caminar por los jardines desde mi ventana. Porque escucho atentamente a Ernest mientras me cuenta que Nora pudo al fin atrapar al gato y que lo van a llevar al veterinario para ver si lleva un chip. Ahora su presencia se siente por todas partes, encajando en el mosaico que compone este lugar y trayéndolo a la vida.

Todo eso hace que vuelva a sentir Fairhaven como un hogar.

Y por eso me doy cuenta de que, en realidad, nunca llegué a sentirme así antes.

También fue un lugar silencioso durante mi infancia, y luego se convirtió en un lugar que solo dejaba espacio a la ira cuando mis padres discutían. Había partes de esta casa que me encantaban; los rincones y los recovecos en la propiedad, y los lugares a los que podía escapar: el cobertizo de lanchas, el vergel, el velero, la piscina, las pistas de tenis. Me encantaba corretear por la propiedad, la biblioteca y el espacio en el ático donde Nora trabaja ahora.

Pero ahora me está empezando a gustar todo lo que compone Fairhaven; las charlas con ella durante la cena en el invernadero, encontrármela en la cocina charlando con Melissa. Y ahora empiezo a sentirme resentido con las obligaciones que me quitan demasiado tiempo, que me obligan a ausentarme para atender llamadas de teléfono o reuniones, incluso alejándome de la propiedad.

Una tarde me encuentro recibiendo al consejo de Aceros Cal. Es, de lejos, la empresa más grande dentro del conglomerado Calloway, aquella que mi bisabuelo fundó. Los miembros del consejo se sientan a lo largo de mi mesa de comedor y cambiamos la charla de negocios por la charla superflua.

Nora no se ha apuntado.

Le pregunté si quería venir y le dije con total franqueza que iba a ser muy aburrido. Me besó la mejilla y me dijo que prefería quedarse trabajando en su línea de ropa.

Y yo le dije lo buena chica que era por estar estableciendo sus propios límites.

Entonces salió de mi oficina con un bailecito y una sonrisa que me dejó incapaz de concentrarme durante más de cinco minutos. He estado de los nervios estos últimos días en su presencia. La tengo dura todo el puto tiempo. Después de aquella mañana, cuando me hizo la paja más erótica de mi vida, he empezado a pajearme yo mismo dos veces al día. Si no, me volveré loco.

Las relaciones que he tenido hasta ahora han sido cortas, placenteras y de mutuo acuerdo. Siempre con mujeres que desean el tipo de diversión que yo les puedo dar y, por supuesto, mi cartera y mis contactos. Mujeres inteligentes. Educadas. Pero nunca he pasado más allá de eso. Mis propias barreras nunca han llegado a caerse del todo.

Y nunca he ansiado verlas de la forma en la que me encuentro siempre ansiando ver a Nora.

Ya es tarde cuando los últimos miembros de la junta se marchan por fin de Fairhaven. Camino hasta la biblioteca mientras me

remango la camisa. Tengo un dolor de cabeza palpitándome en las sienes.

Pero hay una última cosa que tengo que repasar antes de dar por finalizado el día definitivamente. Mis abogados aún tienen unos cuantos días para probar nuestra última estrategia, pero, si no funciona, tendré que estar casado para septiembre.

Es eso o perder Fairhaven para siempre.

Cuando tenía trece años y me pasaba la vida enfadado, todo esto me habría parecido la solución perfecta a los problemas. Pero ahora este lugar es mi hogar. He podido recuperarlo, y estaré jodido si me obligan a abandonarlo.

Abro la puerta de la biblioteca y me paro en seco. Nora está sentada en el sofá. El gato gris está acurrucado a su lado. Nora no lleva más que un fino vestido de seda que deja sus brazos al descubierto, al igual que la mayor parte del pecho. Y esas largas piernas…

—Hola —me saluda con un vaso de *whisky* en mano—. ¿Ya se ha terminado tu cena?

«Si me tengo que casar, ¿por qué no puede ser con ella?». Ese mero pensamiento lo siento traicionero, y lo hago desaparecer tan rápido como me ha venido.

Porque no seré un buen marido para ella. Es por eso. Y porque ella no está buscando un marido; ella está tratando de aprender a salir con alguien.

Porque es la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Hay miles de razones por las que lo que estamos haciendo está mal, y cada una de ellas me agría el ánimo. Lo que tenemos pertenece a las sombras. Rafe nunca puede enterarse.

—Hola —le digo de vuelta—. ¿Has estado esperándome aquí sentada?

—Desde hace un ratito, sí.

Un oscuro placer me recorre ante sus palabras.

—¿Has cenado?

—Sí, he comido arriba, en el atelier. Melissa ha cocinado hoy un cordero riquísimo.

Frunzo el ceño.

—¿Otra vez te estás bebiendo el *whisky* de Alex?

—Estoy intentando acostumbrarme al sabor. Y no sé, me parecía que quedaría guay.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué quedaría guay?

—Sí. Estoy intentando meterme en la piel de West Calloway —me dice grandilocuente—. La verdad es que no está tan mal.

—¿Y esto es todo lo que se necesita para convertirse en mí?

—No, yo creo que hay algunas otras cosas más en el personaje. Pero aún no las he conocido todas —me contesta, y entonces baja la vista al gato. Es un macho y no tiene chip, según me informó Ernest —. Como navegar, por ejemplo.

Me dirijo al carrito de bar.

—Este fin de semana te enseño.

—¿En serio?

—Sí. Si tienes tiempo.

Se levanta y me sigue, apoyándose contra la mesa de billar que queda al lado del carrito.

—Me gustaría. Bueno… ¿qué tal ha ido la cena, entonces?

—Ha ido bien.

Nora me estudia, sus ojos llenos de calidez y bondad.

—Pareces…

—Sí. No estoy del mejor humor.

Nora deja su vaso en la superficie aterciopelada de la mesa de billar y me hace un gesto para que me acerque. Yo lo hago, vaciando la mitad de mi vaso de camino.

—¿La cena no ha ido bien?

—Ha ido —le digo. Es todo ese rollo legal con la casa lo que me resulta exasperante. Me carcome igual que un perro royendo un hueso.

Nora agarra mi camisa y tira de mí hacia delante. Dejo las manos en la mesa de billar, a ambos lados de ella.

—Pobre West —me dice, pasando una mano por mi mejilla—. Es tan complicado eso de llevar Empresas Calloway…

Entrecierro los ojos en su dirección.

—Tú te crees muy graciosa.

—Me lo creo porque lo soy. —Sonríe un poco—. Si te pregunto algo, ¿me contestarás?

—Ajá.

Su pulgar sube por mi cara hasta encontrar el final de mi ceja.

—¿Me podrías decir por fin cómo te hiciste esto?

—¿«Por fin»? Nunca antes me lo habías preguntado.

Se muerde el labio inferior.

—Pero sí me lo he estado preguntando. Hay muchas cosas que me he preguntado sobre ti.

Resulta peligroso el juego al que estamos jugando ahora mismo. Es peligroso porque no parece ser un juego en absoluto. Sus dedos me rozan mientras recorren mi ceja.

—Fue por una pelea.

—¿Con quién?

Inspiro su olor. Huele a jabón, perfume y *whisky.*

—Con el quinto tío del que hablamos la otra noche.

—El que antes vivía en esa casa a la que fuimos. Que fue a Belmont contigo y con los chicos. Erais amigos… —Pasa el dedo suavemente por mi mejilla—. ¿Hasta que te hizo daño?

—Hasta que nos hizo daño a todos. —Su padre fue la cabeza de la mayor estafa piramidal de la historia. Millones de dólares perdidos, un juicio público, una histórica familia arrastrada por el fango. Todas nuestras familias perdieron dinero, y Hadrian nos confesó que siempre lo había sabido todo. Que todas las amistades fueron falsas. Y, además, estuvo tonteando con Amber.

Su caricia se para.

—Oh.

—Las hermanas están prohibidas. Siempre han estado prohibidas. —Fue una de las cosas que acordamos hace casi quince años, cinco niños en un dormitorio de internado con nuestros arrugados uniformes de escuela secundaria privada y una ventana abierta para dejar salir el humo.

Y cuando todo ocurrió… La pelea salió mal. Expulsaron a Hadrian y él abandonó Belmont y también nuestras vidas, y pasaron años antes de que volviera a verlo.

En su momento, Amber insistió en que lo que había ocurrido no estaba mal, que a él le gustaba y a ella le gustaba él. Pero eso fue antes de que nos enteráramos de que todas las amistades habían sido un mero ardid.

—Eso no es justo. —Nora baja la mano hasta encontrar mi nuca —. ¿Las hermanas no tienen voz ni voto en esta cuestión?

—Rafe seguiría viéndolo como una traición.

—No terminaría con vuestra amistad. Eres como su familia.

Bajo la vista a la tela de seda que apenas le cubre el cuerpo, y entonces estoy enfadado, frustrado y medio empalmado otra vez. Nunca me han gustado las cosas que no puedo controlar, y ahora mismo no hay prácticamente nada en mi vida que yo pueda controlar.

Nada salvo la forma en la que la trato a ella. Eso sí puedo controlarlo, y puedo darle lo que necesita. Y mientras lo haga, lidiaré con cualquier dolor que me traiga consigo.

—West —me dice—. No se va a enterar.

—No puede enterarse. —Mis manos encuentran la tela sedosa a la altura de sus caderas—. Este vestido… Prácticamente no es ropa.

—Ajá. Lo sé. Lo he hecho hoy con algunos retales.

—¿Tú has hecho este vestido?

—Sí.

Encuentro su cintura y encajo mis manos alrededor de ella. Es tan flexible bajo mi tacto, y solo media cabeza más pequeña que yo.

—Eres tan buena en lo que haces.

—Este ha sido estúpidamente simple de hacer.

—¿Y has decidido ponerte medio desnuda y esperarme aquí?

—A lo mejor quiero practicar ser una buena novia falsa —me dice —, y animarte. ¿Qué quieres esta noche?

«Una buena novia falsa». Paso la mano por su pelo y le echo la cabeza un poco hacia atrás. Beso la flagrante piel de su cuello, justo donde sé que le gusta.

—Esto va de lo que quieres tú, no yo.

—Lo sé. Pero… ¿y si… —Se le corta la respiración, y entonces sé que ese es el punto que le gusta. Succiono su piel con más intensidad de la que debería—. Oh. ¿Y qué pasa si yo quiero saber lo que quieres tú? ¿Qué harías ahora mismo si esto fuese… si fuese de verdad?

—Si fuese de verdad —murmullo—. ¿No sientes esto como algo real?

—Sí. Pero sabes a lo que me refiero —me dice, y sí, sí que lo sé, y odio saberlo. Si fuera mía… Si todo esto no fuera un entrenamiento para prepararla para algún gilipollas de por ahí con el que quiera salir después de esto. Para prepararla para el amor que desea, la relación que quiere.

Todas esas cosas que yo no puedo darle.

Agarro sus muslos y la levanto para subirla a la mesa de billar. Separa sus rodillas para mí.

—Déjame hacerte sentir mejor. —Su respiración es intensa, mi boca sigue en su cuello. Sus palabras se cierran como un puño en torno a mí. Como si hubiera algún instante en el que ya solo estar donde ella está no me hiciera sentir mejor—. Dime qué hacer.

Alzo la cabeza, y sé que voy a ir al infierno, pero cuando me pide algo de esa forma tan atractiva…

—¿Sabes lo que me haría sentir mejor, amor?

—¿El qué?

—Tú, desnuda sobre esta mesa —le digo—, y mi cabeza entre tus piernas. ¿Puedes ser una buena chica por mí y dejar que haga que te corras?

CAPÍTULO 37



Nora

Está de pie entre mis rodillas separadas; sus manos en mi cintura, sus ojos miel de un tono oscuro. Sus palabras hacen que me resulte difícil respirar. Pensar.

—Quieres…

—Quiero verte. —Sus manos suben por mis muslos desnudos.

Nunca he estado desnuda frente a un hombre.

Vuelve a besarme, con esas profundas y minuciosas caricias que me encienden como miel deslizándose despacio por mis venas. Le he tocado. Él me ha visto casi desnuda, me ha sostenido mientras me corría… Esto es lo que quería. Esto es lo que siempre he querido.

Yo asiento mientras rozo sus labios con los míos.

—Sí.

—Necesito saber que puedo confiar en ti. —Alza la mano y juguetea con el cierre de mi vestido de seda, que llevo alrededor del cuello.

—¿Confiar en mí?

—Sí. —Tira del nudo, haciendo que caiga una cinta de seda. La piel desnuda de mis pechos se me pone de gallina—. Que serás sincera conmigo. Que dirás que no, que sí, que pare o que quieres más. Que me apartes como hemos practicado hasta la perfección. —Pasa el pulgar por mi pezón endurecido y veo en él una mirada

extasiada, con los ojos vidriosos—. ¿Puedes hacer eso por mí, mi chica lista?

—Sí, puedo hacerlo —le prometo. Noto una pulsación entre mis piernas, extremadamente cerca de allí donde sus manos se encuentran subiendo la tela de mi vestido. No estoy segura de poder gestionarlo si me toca justo ahí.

Pero tampoco estoy segura de poder gestionarlo si no me toca justo ahí.

—Bien. Tu cuerpo también dice la verdad. —Baja por mi piel con sus besos, y tengo que apoyar las manos tras de mí en la mesa aterciopelada para evitar caerme—. Tus pezones están endurecidos. Puede que acabes mojada por mí. Todo eso me dice la verdad.

Me besa por las tetas y los pezones. Se mete uno en la boca, y el sentimiento húmedo y cálido que me produce hace que se me entrecorte el aliento.

—¿Recuerdas cuando hice esto la última vez, mientras usabas el vibrador?

—Sí. —Me cuesta encontrar esa sencilla palabra. Resulta difícil. Solo una pequeñísima sílaba.

—Quería verte toda entera. Quería tocarte más de lo que quería que llegara mi siguiente puta respiración. —Su mano se desliza entre mis piernas y roza la superficie de tela de mis bragas—. Justo aquí.

Sus dedos acarician mi piel lentamente, arriba y abajo, explorando con una serie de caricias que hacen que me entren escalofríos. Y cuando roza mi clítoris, contengo el aliento.

—¿Es aquí donde sueles tocarte?

—Sí.

—Bien. Dime que puedo seguir. Dime que puedo bajarte estas bragas y mirarte. —Roza mi oreja con los labios—. ¿Recuerdas tu palabra de seguridad?

Yo asiento, y creo que ha llegado el momento. Me he preguntado cómo sería tener su mano ahí, si fuera su mano y no la mía o el vibrador. Sus manos se deslizan más arriba, bajo la seda de mi vestido.

Agarra los laterales de mis bragas.

—Bien. Levántate para mí, amor.

Hago lo que dice, y las desliza por mis piernas hasta abajo; las pasa por encima de uno de mis pies y deja el otro extremo agarrado al otro pie.

Cierro mis rodillas por instinto. Todavía me cubre el vestido de seda y no hay sitio al que salir huyendo; pero no necesito huir. Porque él es él, yo soy yo, y hay confianza entre los dos.

—Échate hacia atrás para mí… Justo así. Esa es mi chica. —Se queda entre mis piernas flexionadas, y ahora estoy acostada sobre la mesa de billar. La suave seda que noto bajo mis dedos me resulta dura bajo la espalda—. Mírame.

Lo hago. Observo su robustez, sus ojos oscuros, la cicatriz en la ceja. Me mira como si fuera un hombre famélico. Me mira de una forma que me habría puesto nerviosa si hubiera sido cualquier otro chico.

Cualquier situación en la que no fuésemos nosotros.

Le he preguntado qué quería. Lo he presionado y ahora aquí está él, mostrándome lo mucho que me desea.

Sus manos resultan calientes en mis rodillas.

—Ábrete para mí.

Así hago, separando mis flexionadas rodillas, y no puedo mirarlo, pero tampoco puedo apartar la vista.

—Un poco más… y ahí está. —Sus ojos están fijos entre mis piernas, y el mundo se acaba. Pero luego vuelve a empezar con el sonido de su voz ronca—. Joder, eres tan preciosa. Mira eso. Mírate.

Pero yo lo estoy mirando a él, a él y la expresión de su rostro. Su enorme mano me recorre la parte interna del muslo.

—Tan jodidamente perfecta. Ya estás un poco húmeda por mí. A esto me refería, nena. Tu cuerpo no miente. Tu perfecto coño es sincero conmigo. —Me recorre con apenas un roce, y la respiración se me vuelve a cortar—. Mira todo ese rosa.

—West…

Sus ojos caídos se encuentran con los míos.

—¿Te sientes rara por estar tan expuesta ante mí?

Yo asiento. El calor me recorre el estómago, la única parte de mí que sigue cubierta por los retales de seda que he cosido para tentarlo. Me lo puse y me sentí valiente, y deseada, y atrevida.

—Pero también me siento bien.

—Lo estás haciendo genial. Eres tan valiente, mostrándote ante mí. —Sus dedos son como fuego contra mi piel desnuda. Nadie me ha tocado nunca ahí abajo; nadie más que yo, y resulta tan diferente cuando no es tu propia mano la que te toca…

Cuando vuelve a rozar mi clítoris y yo gimo ante la sensación que me produce, sus labios forman una sonrisa.

—Un pequeño y perfecto clítoris —dice. Entonces comienza a moverse por encima de él de manera rítmica, y ese repentino ritmo me hace soltar un grito ahogado—. Eso es. ¿Ves la forma tan preciosa en la que reaccionas? Es lo que me hace saber lo que te gusta y lo que no.

West comienza a trazar círculos con un movimiento estable que hace que las articulaciones se me relajen y me sobrevenga el placer. Es mejor que cuando lo hago yo. Es mejor porque es su mano, su mirada caída, y porque me está hablando en susurros y diciéndome lo bien que lo estoy haciendo. Lo mucho que le estoy complaciendo acostada de esta forma frente a él, y lo preciosa que soy. Y cómo notarme mojada por sus caricias está haciendo que a él se le ponga dura.

No sabía que podía ser así.

Yo lo esperaba. Lo deseaba.

Pero no lo sabía, y ahora ese conocimiento se instaura bajo mi esternón, recomponiendo algo en mi interior. Así es como se debe sentir, como debe ser el sentirse deseada y el gozar de ese deseo.

Ya estoy cerca cuando desliza un dedo y lo pasa por mi entrada, rozándola.

—Mírate. Ahora estás empapada. —Su voz es ronca—. Necesito saborearte. ¿Quieres probar eso, problemas? ¿Ver cómo te sientes

con mi boca sobre ti? Podemos ver si de esa forma te corres y, si no, podemos ir a por tu vibrador.

Los nervios me recorren entera, pero también la emoción.

—Sí.

—Sí, ¿qué? —Pasa una de sus enormes manos por mis muslos, abriéndome aún más—. Dímelo.

—Sí. Quiero que… me hagas sexo oral.

Sus labios se curvan.

—Esa es mi chica —dice de nuevo, y me encanta. Me encanta todo.

Empieza por bajar por mis muslos a base de besos lentos, con la boca abierta. Lo noto caliente contra mi piel, y lo noto a él. Besándome por toda la sensible piel.

Levanto la vista a la lámpara del techo y me centro en respirar. West Calloway me lo está comiendo.

La absurdez de ese mero hecho hace que la cabeza me dé vueltas. El saber que de verdad estoy aquí, dejando que alguien haga algo como esto, disfrutando de que alguien me haga algo como esto, y que ese alguien sea él.

Mi amor adolescente. Mi fastidio adulto. Mi falso novio y protector. Y ahora está gimiendo contra mi piel como si no hubiera nada que prefiriese hacer antes que tener la boca presionada contra mi parte más íntima.

La lengua de West hace un rápido giro contra mi clítoris, y yo bajo la mirada hacia él con los ojos como platos.

—Quédate conmigo, amor —me dice—. No te quedes en tu cabeza.

—Estoy aquí —susurro. Está flanqueado por mis muslos desnudos, y sus ojos son más oscuros que nunca.

Toma mi mano y la lleva hasta su pelo.

—Agárrate a mí. ¿Puedes hacer eso por mí?

Yo asiento. Mi voz no es lo suficientemente fuerte como para poder hablar.

—Bien. Lo estás haciendo muy bien. —Vuelve a besarme el clítoris, y usa su lengua para tantearlo desde la parte lateral con una presión estable. Es tan embriagador observarlo mientras lo hace. Observar su pelo castaño entre mis muslos, su frente. Mis dedos se tensan en su pelo.

—Eso me hace sentir… bien.

Noto una débil risita contra mi piel que me hace soltar otro grito ahogado, y entonces su lengua prosigue con sus movimientos. Su mano libre me sujeta el muslo hacia atrás, abierta para él mientras trabaja en mí sin descanso y, de vez en cuando, levanta los labios para decirme lo bien que le estoy sabiendo. Lo preciosa que soy. Cómo podría hacer esto toda la noche.

Siento el cuerpo pesado y liviano al mismo tiempo. Menos mal que él mantiene mis muslos separados porque si no, no podría mantenerlos así.

Sus dedos acarician mi coño, y entonces desliza uno dentro de mí hasta la primera falange. West gime como si fuese él a quien yo estuviera tocando a un paso del orgasmo.

—Te estás tensando. ¿Podrías relajarte para mí, amor?

Tomo una profunda inspiración, y él desliza el dedo otro poco hacia dentro. La intrusión resulta deliciosa, demasiado y no lo suficiente al mismo tiempo. Él sigue succionando mi clítoris, y estoy tan cerca ya que esto debería ser ilegal.

—Eso es. Déjame entrar… —Vuelve a gemir—. Joder, esta va a ser mi nueva obsesión, tener tu coño apretado en torno a mi dedo. El rosa es, definitivamente, mi nuevo color favorito.

Siento como si mi interior ansiara algo dolorosamente y los lentos movimientos de su dedo fueran lo único que pudieran aliviarlo.

—West —le digo con mis dedos de nuevo tensándose en su pelo —. Creo… creo que me voy a…

—Eso es. Sé una buena chica y córrete en mi dedo.

Su lengua se acelera en mi clítoris, golpeando una y otra vez su sensible fondo, y eso es todo lo que necesito para hacerme caer.

La respiración se me para, y mis muslos se tensan alrededor de su rostro. Libero su pelo de mi agarre y estiro bien los brazos por encima de la mesa de billar. En el movimiento rozo una de las frías y pesadas bolas de billar. Es tan intenso… y no para, y nunca jamás quiero que pare.

La boca de West se mantiene sobre mí en todo momento. Me besa lentamente una vez ha acabado, evitando la parte donde ahora estoy más sensible.

Sonrío. Es una sonrisa amplia, perezosa.

—Yo creo que a ti te gusta darme lecciones —le digo, y lo observo ponerse de pie. Une sus brazos por debajo de mis rodillas para mantenerme abierta para él—. A ti te gusta ser profesor, Calloway.

—¿Otra vez con lo de «Calloway»? —Levanta la vista para mirarme en un lento barrido, y su rostro presenta un aspecto arrogante y seguro de sí mismo. Odio que me encante tanto—. Pues claro que me gusta. ¿Tú sabes la emoción que supone saber que soy el primer hombre al que has dejado estar entre tus piernas? ¿El primer hombre al que has deseado de esta forma? Quiero hacer que con cada experiencia te tiemble el mundo, y así dejar las expectativas bien altas para quien venga después de mí. Quiero que todos ellos acaben por decepcionarte.

Suelto una risita y me alzo sobre los codos.

—En ese caso, puede que acabe cumpliendo con mi fecha límite después de todo.

Su sonrisita no desaparece. Pero sí se queda ahí congelada mientras coloca la seda de nuevo sobre mis muslos.

—Conmigo no.

—¿Qué quieres decir?

Me vuelve a coger, me levanta contra su cuerpo y me baja de la mesa de billar. Yo bajo poco a poco por su cuerpo hasta que mis pies descalzos tocan la alfombra.

—No puede ser conmigo. —Encuentra los bordes de la seda y los levanta para volver a atarlos alrededor de mi cuello hasta que vuelvo a estar vestida. Siento las piernas débiles y puede que él sea

consciente de ello, que sepa lo exprimida que me he quedado, porque me sostiene cerca de él.

—West…

Sus ojos color *whisky* ahora parecen marrones oscuros bajo esta luz.

—Tú quieres una relación. Quieres amor. Eso es lo que me dijiste, ya desde el principio.

Por primera vez desde que me ha tocado, me siento demasiado desnuda.

—Sí. Ese es mi… ese es el objetivo final. Algún día. Con alguien.

Tensa la mandíbula.

—Tu primera vez debería significar algo.

La repentina vergüenza que me ahoga hace que me piquen los ojos.

—No te he pedido que te acuestes conmigo, sabes. Solo he dicho que a lo mejor…

—Eso lo sé. No estoy tratando de implicar nada. —Besa mi sien, mi mejilla—. Pero el día que lo hagas, debería ser con alguien a quien ames. Alguien con quien no te arrepientas.

«No me arrepentiría contigo», pienso. «No voy a arrepentirme de nada de lo que hemos hecho». Pero no encuentro el valor para admitir eso frente a él. Ahora mismo, no.

—Tú sabes que quiero hacerlo. —Me alza la cabeza. Eso lo sé, y no me está dejando huir. No está dejando que me encierre en mí misma—. Mi chica preciosa. Eso lo sabes. Y mírate. Lo acabas de hacer todo tan bien…

—Sí que lo he hecho bien, ¿verdad?

—Sí. —Desliza las manos hacia abajo y me levanta del suelo. Le rodeo el cuello con las manos para no caerme—. Vámonos arriba. Ha sido un día largo.

Yo me agarro a él mientras atraviesa la biblioteca y sube las escaleras.

—Gracias por quedarte conmigo estas últimas noches. Si prefieres irte a tu habitación, lo entiendo.

Él no contesta. Cierro los ojos contra su hombro y me pregunto si esto ha sido todo. Si aprovechará este momento para retirarse a su ala de la casa. Para poner espacio entre nosotros.

—Me quedo.

CAPÍTULO 38



Nora

Me levanto con el sonido de un certero golpe en la puerta.

Cierro los ojos con fuerza y me hundo más en la calidez que tengo al lado.

Otro toque. La almohada en la que estoy apoyada vibra con un gemido. Es el pecho de West. El brazo estirado sobre mi cintura se mueve.

—¿Te suelen despertar así normalmente?

Huele bien.

—No.

Los golpes regresan, esta vez con más energía. Son cinco golpes, nítidos e insistentes. Suena a alguien que ya ha hecho esto antes; y muchas veces, además.

—Ese es Ernest. —West vuelve a gemir, y desliza una mano hacia abajo para darme una palmadita en la cadera—. Nos hemos quedado dormidos.

—Nunca antes se había puesto a llamar a mi puerta.

—Debe de haber pasado algo. —La aspereza en la voz de West se intensifica, y ahora se desliza fuera de mi agarre y de la cama. Lo veo cruzar mi habitación. Lleva puestos sus pantalones de chándal, pero ahora va sin camiseta. Tiro de la sábana para cubrirme hasta la barbilla y lo observo, a plena luz del día, caminar por mi sala de estar.

Echo un vistazo a la hora. Pues sí que nos hemos quedado dormidos.

West abre la puerta. No puedo ver más allá de ella, pero sí que puedo verlo a él, su perfil y su pelo alborotado de dormir. Esta es la cuarta noche seguida que ha dormido en mi cama. Desde esa noche, con el acosador…

Y he dormido sorprendentemente bien cada noche desde entonces.

Solía preguntarme ese tipo de cosas: cómo sería compartir una cama. Pero él lo ha hecho fácil. Noche tras noche me siento cada vez más cómoda con su cuerpo contra el mío. Aprendiéndome los rincones donde su cuerpo es áspero, al contrario que el mío, encontrando la suave piel en la base de su garganta y sintiendo su pelo del pecho entre mis dedos.

—¿Sí? —pregunta West.

—Señor. —Es la voz de Ernest, neutral y controlada—. Sospechaba que estaría aquí.

Si alguna vez hubo un atisbo de esperanza de mantener esto en secreto… Ahora tiro de la colcha hasta mi cuello.

—¿Qué ha pasado?

—El señor Montclair está aquí.

Mi sonrisa se queda congelada.

—¿Rafe? ¿Dónde?

—Está en la cocina ahora mismo. Melissa y yo lo estamos distrayendo con comida. —Hace una breve pero tensa pausa—. Cuando le informé de que usted aún no se había levantado para comenzar el día quiso subir.

—Me apuesto lo que sea a que iba a subir, el muy desgraciado —West murmulla—. Mantenlo ahí en la cocina. Bajaré en un momento.

—Está preguntando por su hermana.

—Ella también bajará en un momento.

Mierda. Oigo la puerta cerrarse, y salgo rápidamente de la cama. ¿Rafe está aquí?

—No me dijo que fuera a venir —le digo a West. Está apoyado contra la puerta abierta de mi dormitorio.

Tiene la mandíbula apretada.

—A mí tampoco.

—¿Qué hacemos?

—Tómate tu tiempo —me dice—. Yo iré bajando.

—Vale. Gracias.

West se da la vuelta y se marcha, y espero a oír el sonido de la puerta al abrirse, y luego al cerrarse, para salir volando hacia la ducha. Me doy prisa en todos los movimientos que hago, paso de lavarme el pelo y me cambio de ropa a base de unos vaqueros y una camiseta de tirantes.

Típico de Raphaël. Se presenta en cualquier sitio, sonríe y nos pregunta retóricamente con esa voz suave y melosa que tanto le gusta impostar «si no es genial verlo».

Me paso un cepillo por el pelo enmarañado de dormir y lo aliso y coloco por los hombros. Una mirada rápida en el espejo me tendrá que valer. Embuto los pies en un par de pantuflas y paso por delante del gato, estirado ahí en el rincón con vistas al mar, tan en paz como a mí me gustaría estar ahora mismo. Todavía no tiene nombre.

Oigo sus voces a mitad de camino a la cocina y tomo una profunda bocanada de aire antes de doblar la esquina.

Rafe está apoyado contra la isla de la cocina, donde yo normalmente paso mis mañanas. Sus ojos se encuentran con los míos, y su atractiva cara muestra ahora una sonrisa.

—Ey. No es propio de ti quedarte dormida.

Cruzo el espacio para abrazarlo. Mi hermano mide uno ochenta y pico, justo como West, aunque en este caso con un revuelto pelo negro que heredó de nuestro padre.

—Pero sí que es propio de ti hacer una entrada triunfal en los sitios —le digo antes de besar su mejilla—. ¿Por qué no nos dijiste que venías?

—Quería que fuera una sorpresa. —Su mano encuentra mi hombro, y me mira con los ojos verdes entrecerrados—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿West te está cuidando?

No soy capaz de mirar al hombre que está de pie a nuestro lado. Intento no pensar en su cara entre mis piernas ni en todas las formas en las que me está tratando bien.

—Sí.

—Haces bien en quedarte aquí dentro tanto tiempo. El acosador se está… acercando. Pero eso es bueno.

—Queremos que acabe tentando a la suerte —dice West. Se echa una taza de café, con el pelo húmedo y una camiseta azul marino arremangada de cualquier manera. Es la viva imagen de la férrea calma. Relajado. Sin nada que esconder.

—Lo de la otra noche fue extraño —les digo a ambos—. Nunca me había pasado antes de mudarme aquí.

Rafe se pasa una mano por la barba incipiente de su mandíbula.

—He tenido a perfiladores trabajando en el patrón del acosador. Pero este tío… no encaja con demasiados arquetipos de los que te puedes encontrar por ahí.

—Genial —digo—. A mí va y me toca el acosador único en su especie.

Rafe suelta una sorprendida risita entre dientes.

—Pues sí. Cualquier cosa que complique mi vida.

—Claro. —Pongo los ojos en blanco—. Porque todos sabemos que es tu vida la que se ha puesto del revés, ¿verdad?

—Hoy te has levantado con las garras fuera —me dice. Noto sorpresa en su voz. Rara vez hablo a mi hermano de este modo.

—Las he estado afilando. —Camino hasta la máquina de café y hasta West, de pie justo al lado. Él no se mueve, y mi brazo está a apenas centímetros de rozar el suyo.

Nunca antes he sido tan consciente de lo que son unos centímetros.

—No me entiendas mal —le digo a Rafe—. Pero ¿por qué estás en Nueva York?

Él suspira.

—Y esa es la bienvenida que recibo de mi querida, queridísima familia.

—Sé que estás liado con las negociaciones para comprar Mather & Wilde. —Tomo un sorbo de mi café y me muevo hasta quedarme de pie entre los dos. Me apoyo contra mi pequeña parcela de ebanistería. Es como si fuéramos tres contrincantes en una batalla, todos poniéndonos en guardia—. ¿Cómo va?

—Terrible —dice Rafe en voz suave—. Los Wilde han decidido ponerse bien tercos. Les estoy ofreciendo hacerles millonarios y convertir su marca en un éxito internacional, pero ellos se empecinan en discutir por minucias.

—Probablemente para ellos no sean minucias. —Soplo sobre mi café.

—Saben que estás a la espera del voto de confianza del consejo —dice West—. ¿Crees que simplemente están esperando a que se acabe el tiempo?

—Puede ser. —El rostro de mi hermano se endurece, y sus ojos verdes brillan—. Pero no voy a perder.

—Por supuesto que no —dice West. Se cruza de brazos—. Estás aquí por el tema del viaje, porque odias perder y en esa categoría tú incluyes la victoria por falta de contrincantes.

Rafe ignora a su amigo; en su lugar, decide mirarme a mí.

—Mañana, Alex, James, West y yo nos vamos de viaje.

—¿Otro Finde Perdido?

—No lo hemos llamado así en siglos —dice West—, y yo no pienso irme a ninguna parte. —Sus ojos están fijos en los míos—. Le dije a Rafe que con la situación del acosador intensificándose, no voy a dejar la ciudad.

No va a dejarme a mí.

Eso es lo que realmente me está diciendo.

Bajo la vista a mi café e intento alejar el tipo de sentimientos que van a hacerme daño cuando se trata de West, aunque termino fracasando. Intento recordarme que esto es solo un arreglo temporal.

—Qué caballeroso —dice Rafe secamente—. Lo que significa que entonces solo nos queda una alternativa. —Rafe me mira con una amplia sonrisa—. ¿Te quieres venir a Costa Rica unos días?

—¿A Costa Rica? ¿Es adonde vais esta vez?

—Sí. Sol, arena, mar. —Me da un codazo—. Exploraremos algunas cuevas, nos meteremos en el mar. Será bueno para ti.

—Un viaje… ¿De cuántos días?

—Cuatro.

—Nora tiene cosas que hacer. —West sigue con los brazos cruzados sobre el pecho—. Sabes que tiene la Exhibición de Moda en unas semanas.

—Unos días libres le sentarán bien.

Sí que tengo trabajo que hacer. He estado trabajando largas horas cada día; cosiendo, acomodando la tela, creando patrones. Pero llevo más de la mitad del trabajo terminado… Y no tengo ninguna sesión de fotos próxima.

Durante semanas, y meses, he estado tan asustada y centrada en vivir mi vida a pesar de todo… Este viaje sería una escapada de unos días. Lejos del acosador y de los horarios reglamentados.

Y es una oportunidad.

La mirada de West pesa sobre mí. Si yo no voy, él no irá. Y Rafe está deseando que diga que sí. Pero a lo mejor no se trata de ellos, sino de mí.

—Es algo inesperado. —Echo el pelo hacia atrás y me lo recojo en la nuca—. Lo cual significa que el acosador ni se enterará de que he salido del país si jugamos bien nuestras cartas.

Rafe me mira.

—¿Estás pensando de manera estratégica?

—Podemos ponerle una trampa —dice West en voz baja, y sus ojos vagan por el lado izquierdo de mi cuello, aquel que está expuesto. Aparta la mirada, pero se mueve un poco más cerca.

—Sí —digo—. Mantenemos todas las rutinas de Fairhaven exactamente igual, pero rebajamos un poco la seguridad. Le damos una forma de entrar y vemos si la toma.

—Y si lo hace, lo pillaremos —dice West—. Chica lista.

Estoy empezando a sonreírle cuando Rafe se ríe, y yo me doy cuenta de lo que acaba de decir. Delante de mi hermano. Pero Rafe simplemente camina hasta la isla y echa un vistazo a la fuente de bollería que ha dejado Melissa.

—Una idea inteligente —coincide mi hermano—. Deberíamos tener una reunión con el equipo de seguridad, entonces.

—La programaré. —West acaba con la distancia entre nosotros en unas pocas zancadas y mira por encima del hombro allí donde Rafe nos está dando la espalda. Echa mi pelo hacia delante, presionándolo contra el lado izquierdo de mi cuello.

Parpadeo varias veces en su dirección.

«Chupetón», leo en sus labios, y con la misma rapidez da un paso lejos de mí.

Las mejillas me queman. No he llevado un chupetón en mi vida.

West vuelve a ser la viva imagen de la calma, con las manos apoyadas en la encimera de piedra detrás de él.

—Iremos en mi avión —le dice entonces a Rafe—. Llamaré al controlador aéreo para ver qué franjas horarias tenemos disponibles.

Rafe nos sonríe a ambos con un *muffin* en la mano. Fue él quien sugirió que su mejor amigo y su hermana pequeña fingieran estar juntos, y ahora es la persona que bajo ningún concepto puede enterarse de lo que ha estado sucediendo en privado.

—Será divertido —dice mi hermano.

CAPÍTULO 39



Nora

El avión privado de West nos está esperando en la pista cuando llegamos. Nos recibe un atento personal cuando nos subimos a bordo. Yo ya llevo puestos unos pantalones de chándal y estoy preparada para hacerme una bolita en un asiento de la esquina. Pese al cálido aire primaveral, llevo un jersey de cuello vuelto holgado.

West se ha dado cuenta y ha sonreído, y yo le he echado una mirada. ¿Un chupetón, decía? Bueno, él tiene toda la culpa.

El avión es precioso por dentro; los detalles, los colores, todo me resulta familiar. Me lleva un rato darme cuenta del porqué. Es de la misma paleta de colores que Fairhaven. Madera oscura, detalles en azul claro y un lujoso tono de *beige.* El respaldo de cada asiento lleva una «C» ornamentada, toda ella cubierta por las decoraciones curvas que he visto ya tantas veces en las puertas de hierro forjado de la entrada.

Me espero hasta despegar para mencionarlo, pasando un dedo por la madera de la mesa frente a mí.

—Este avión parece Fairhaven.

—Lo diseñé precisamente así —dice West en voz baja, sosteniendo un vaso de *whisky* escocés.

—¿Lo construyó James?

—Sí. Igual que el nuestro. —Rafe hace una rotación del cuello, con las piernas estiradas hasta el punto de que se salen al pasillo. Lo dice con tanta naturalidad. «Nuestro». Pero es él quien está a cargo de decidir adónde va el avión de los Montclair y cuándo. Ha sido así desde hace años. Papá nunca nos incluyó a la hora de tomar decisiones importantes, y entonces falleció inesperadamente, y ahora… Rafe ha continuado con esa práctica.

Cuando mi hermano desaparece para charlar con los pilotos, lo observo alejarse. En cuanto se ha ido, me inclino hacia West.

Él ya me está mirando.

—¡West! —Me pongo la mano en el cuello, cubierto por la tela de mi jersey—. ¿Por qué hiciste eso?

—No te marqué a propósito. —Se inclina hacia mí, y yo me quedo quieta mientras baja la tela. Sus ojos están fijos en la marca de mi cuello—. Estaba un poco… distraído.

—No puedo llevar un jersey de cuello alto a la playa. —La rugosa yema de su dedo acaricia a lo largo de mi cuello—. Pero he traído maquillaje.

—Muy lista. —Su pulgar acaricia mi piel una vez más antes de dejar que la tela vuelva a su sitio—. Debería decir que lo siento. Debería sentirlo.

—¿Y no es así?

—No. Me gusta mi marca en tu piel. —Se echa hacia atrás en su asiento. El aire distraído que antes tenía mientras charlaba con mi hermano ahora ha desaparecido. Toda su atención está ahora en mí.

—Gilipollas —digo en un susurro a medias. Rafe todavía está desaparecido, y yo vuelvo a inclinarme hacia delante—. ¿Sabes qué? He estado pensando en algo que quiero preguntarte.

—¿Y qué es?

—Tu primera vez —le digo—. ¿Fue algo especial? ¿Estabas enamorado?

Su mano se queda quieta sobre el reposabrazos. No echa un vistazo detrás de él, pero noto que quiere hacerlo.

—Nora…

—Teniendo en cuenta lo importante que es para mí, quiero decir. Eso debe de ser porque tú tuviste una buena experiencia, ¿no?

—Sé adónde vas —me dice—, y estás haciendo un gran trabajo practicando para discutir, pero este no es el mejor momento para hacerlo.

—No estoy discutiendo. Solo te he hecho una simple pregunta.

—Estuvo bien —me dice—, pero ni ella ni yo estábamos enamorados.

—¿Así que las reglas son diferentes para ti y para mí?

Tensa la mandíbula.

—Sí. Y eso no significa que…

La cortina se abre y Rafe aparece con una botella.

—¡Mira esto! —me dice. Sostiene la botella en alto—. He encontrado el suministro de West. El tío tiene ahí guardado un 2006 *vintage.*

Es un vino fabricado por una de las empresas de champán que forman parte de Maison Valmont.

—Pues claro —dice West. Vuelve a ser la viva imagen de la calma y la comodidad. Tiene las largas piernas estiradas, y su expresión es una página en blanco—. Porque sé lo mucho que prefieres el 2005.

Rafe se ríe entre dientes.

—Así que es solo para fastidiarme, ¿eh?

—Todo en mi vida está diseñado para fastidiarte —dice West suavemente.

Rafe me dedica una sonrisita.

—¿Le enseñamos cómo bebemos los europeos?

—Vosotros dos sois tan americanos como suizos o franceses —dice West—. Y voy a ganar yo de todas formas.

—Así va a ser todo el viaje, ¿verdad? —pregunto—. Vosotros dos ya sois lo suficientemente terribles, pero a eso añádele James y, Dios, Alex…

Rafe vuelve a sonreír.

—Si quieres quedarte en la piscina todo el viaje, lo entenderemos.

Acepto el vaso que me ofrece.

—Pues igual me uno.



La villa tiene vistas al mar.

Es gigante y luminosa, y está equipada con un personal que ya nos está esperando a nuestra llegada. El gestor de la villa nos hace un recorrido por la propiedad, y a mí se me asigna una habitación en el segundo piso que tiene sábanas de un blanco brillante y unas cristaleras que se abren al balcón y al mar. Este sitio corta la respiración. Rodeada del verde y del sol, respiro profundamente.

Ni de casualidad me puede haber seguido el acosador hasta aquí.

Al menos durante unos días no será completamente consciente de cada uno de mis movimientos.

Alex ya está aquí. Está sentado en la terraza, y sonrío cuando lo veo.

—¡Alex!

Me levanta del suelo y me da vueltas.

—¡Minimontclair!

—Has estado bebiendo —le digo entre risas con las manos sobre sus hombros.

—Sí —me confirma—. Es un Finde Perdido. Es una de las reglas. —Me deja en el suelo, aún sonriéndome ampliamente. Bajo el brillante sol, su pelo cobrizo parece más rojizo que castaño, y su acento escocés me hace sonreír.

Siempre me ha gustado Alex.

—Esta es la primera vez que incluimos a algún miembro de nuestras familias en uno de estos viajes —me dice, y me ofrece una copa—. Tu opinión de Rafe va a cambiar drásticamente en los próximos días. Qué ganas tengo de verlo.

—¡No le des ideas! —Rafe exclama desde el interior de la casa.

Me río y aparto la mirada de Alex hacia West, que permanece de pie a cierta distancia. Nos observa en silencio, con los brazos cruzados.

—Sé que os estoy arruinando el viaje, pero tengo muchas ganas.

—Bien. —Descruza los brazos y coge la botella del *whisky* que está saboreando—. Vamos a hacer una aventura de póker en este viaje.

—¿Aventura de póker?

Rafe aparece detrás de mí, sosteniendo una gran botella de agua.

—Ella no va a jugar.

—Eso tendrá que decidirlo Nora, ¿no te parece? —dice West.

Le dedico una expresión triunfante a mi hermano.

Rafe suspira.

—Has venido hasta aquí para estar a salvo, no para hacer cualquier idiotez que Alex haya planeado y que implique arriesgar nuestras vidas en esta ocasión.

—Estoy justo aquí, eh —dice Alex—. Y oye, gracias. Aspiro a lo espectacularmente idiota en esta ocasión.

West se pasa una mano por la mandíbula.

—¿Qué nos vamos a jugar esta vez?

—El derecho a decidir las localizaciones de los viajes del año que viene.

Suelta un silbido.

—Joder. Ni de coña va James a acceder a eso.

Alex sacude una mano.

—Nunca accede ni está de acuerdo con nada últimamente.

—Bueno, pues si ese es el premio, quiero ganar. —Miro a Rafe y luego a West con una sonrisa—. ¿Estáis preparados para ir a Siberia cuatro veces seguidas?

—Tú no vas a jugar —vuelve a decir Rafe.

Entorno los ojos en su dirección. A mi hermano le encanta hacer demostraciones de poder, pero, con el paso de los años, casi se ha convertido en un hábito. Por ejemplo, cuando su tono no cambia independientemente de si me está hablando a mí o a uno de sus empleados, a mi madre, a sus hermanos pequeños, o a su asistente.

Salto como un resorte del borde de la mesa.

—¿Tanto miedo tienes de perder? —le pregunto.

Es todo falsa bravuconería.

Pero Rafe se gira para mirarme, con cierta sorpresa en los ojos.

—No sabes de qué va el juego.

—No pienso quedarme sentada en casa todo el tiempo que estemos aquí —le digo—. Ya he tenido suficiente de todo eso para el resto de mi vida. —Echo un vistazo a West y lo encuentro mirándome fijamente.

Sus ojos arden. Es una mirada que he llegado a anhelar. «Esa es mi chica», es lo que oigo.

—¿Qué es la aventura de póker? —pregunto.

—Una cosa que nos inventamos hace más de una década —dice West—. Es poco aconsejable, arriesgado y, a veces, ilegal. Durante el transcurso de los días tendremos que hacer cosas para ganar fichas. En la noche final jugamos al póker con las fichas que hemos ido ganando.

—Hemos hecho algunas mierdas bastante estúpidas —coincide Alex—. ¿Recuerdas cuando hiciste *puenting* desnudo, Rafe?

Mi hermano se cubre la cara con una mano, gimiendo.

¿Que hiciste qué?

—¿Que hiciste qué?

—Gracias por compartirlo con el grupo —dice Rafe entre dientes —. Y, sí. Gracias a Dios no hay fotos.

—Bueno, yo no diría eso —dice Alex arrastrando las palabras y marcando su acento—. A lo mejor tengo una caja fuerte en algún sitio, perfectamente preparada para…

—Te mataría —dice Rafe.

—Bueno, te invito a intentarlo.

—¿Qué tipo de retos hay sobre la mesa para este viaje? —pregunto.

—Ah, nada demasiado salvaje —dice Alex—. Solo tirolinas, buceo, carreras a caballo en la playa. *Rafting* por aguas bravas. Lo normal.

Miro de Alex a Rafe, y de Rafe a West.

—Me apunto.

CAPÍTULO 40



Nora

El día siguiente es más salvaje de lo que me habría podido imaginar. Costa Rica es un sitio caluroso y los chicos establecen un ritmo incansable. La tarde incluye una tirolina que atraviesa una jungla húmeda y espectacularmente verde. Nunca me he tirado en tirolina y, aunque el instructor me abrocha debidamente al cable, noto que el sudor me brilla en la frente.

Debe de ser el calor.

Tiro de las correas una última vez y miro cómo James baja por la tirolina, y luego Alex y Rafe. Al final, solo quedamos West y yo en la plataforma. El instructor también se ha ido, después de que quedara convencido de que West sabía lo que tenía que hacer.

—¿Cómo vas? —me pregunta. Su equipo de seguridad está amarrado fuertemente con una correa y lleva una camiseta de lino *beige,* con las mangas subidas y los tres primeros botones sueltos, mostrando una pizca de pelo oscuro.

—Bien, creo. No es que me encanten las alturas, pero estoy emocionada.

Sus labios se curvan.

—¿Eso te lo estás diciendo a ti o me lo estás diciendo a mí?

—A ambos. —Miro la otra plataforma. Apenas puedo distinguir a los chicos entre tantas hojas, y aquí nosotros estamos escondidos—. Estamos solos.

—Sí.

—Menos mal —murmuro, y tiro del borde de mi camiseta de tirantes hacia arriba para secarme la frente. Se me sube casi del todo, dejando expuesto mi estómago… y el sujetador deportivo que llevo puesto—. Tengo calor.

—Nora…

Vuelvo a bajarme la camiseta.

—¿Qué?

Sus ojos están en mi pecho, y su mandíbula está tensa.

—Es tu turno.

—¿Es que quieres deshacerte de mí? —Doy un paso más cerca y pongo una mano en su pecho. Sus ojos bajan súbitamente a mis labios—. Aquí no nos pueden ver.

—Lo sé. —Baja la cabeza y roza sus labios con los míos en un beso rápido—. Pero no creas que no sé lo que estás haciendo.

—¿Y qué estoy haciendo?

—Estás flirteando conmigo.

—Estoy aprendiendo a pedir lo que quiero. Y lo que quiero ahora mismo… —Me pongo de puntillas y presiono los labios contra el borde de su mandíbula. Me muevo un poco hacia abajo, y luego otro poco, hasta besarle el cuello—. Es saber si a ti te gusta esto tanto como a mí me gustó.

West gime, su piel vibrando bajo mis labios.

—Esa no es una pregunta.

—¿Ah, no? —Pongo una mano en su pecho y la deslizo hasta abajo… hasta que llego a agarrar el cinturón de sus pantalones—. Quiero saber lo que te gusta.

—Nuestras lecciones van sobre ti.

—Van sobre sexo, ¿o no? Salvo que no estamos teniendo sexo.

—Exacto. Estamos haciendo… todo lo demás. —Su mano encuentra mi barbilla, y me alza la cabeza—. Estás intentando conseguir que ceda.

—¿Está funcionando?

Roza mis labios con los suyos con seductora lentitud.

—Tú me dirás —murmura mientras mueve sus caderas hacia delante.

Mi mano pasa rozando su erección.

—Ups.

Me baja suavemente la cabeza y se inclina para besarme el cuello de nuevo. He tenido que usar maquillaje para tapar su chupetón.

—Joder, qué bien hueles.

—Lo digo en serio —murmuro. Cierro los ojos cuando sus labios rozan mi piel. El contacto me embota los sentidos, me deja la cabeza espesa, incapaz de hilar un pensamiento coherente.

—Joder —dice en voz baja—. Si es que con lo buena que estás, siempre acabas provocando esto. Ese ha sido el problema desde el principio.

—¡Calloway! —brama una voz—. ¿Te vas a mover hoy o qué?

West gime contra mi cuello y da un paso atrás. Se apoya contra el tronco de un árbol y baja la mano para darse palmaditas a través del pantalón.

—Ve tú primero —me dice.

—Lo siento.

West entorna los ojos.

—No lo sientes ni un poco.

Yo sonrío.

—No. La verdad es que no.

—Vete. Aquí ya has causado suficientes estragos —me dice, pero él tampoco tiene pinta de lamentarlo.



El resto del día es un frenesí. La tarde termina con *rafting* en aguas bravas, y para cuando llegamos abajo del todo, yo estoy sonriendo de oreja a oreja. Me recuerda al esquí, aunque mucho menos controlado.

West va en la parte de atrás de la canoa con los remos, el señor marinero. Ya solo por eso ha conseguido una ficha. Aunque lo cierto

es que, para el final del día, todos nos hemos ganado una cantidad decente de fichas. Alex va a la cabeza, lo que según James no es en absoluto extraño. «Es el que tiene menos aprecio por su propia vida», me dijo.

Estamos sentados en un bar a una manzana de la villa. Las mesas y sillas están sobre la arena, con las ondulantes olas a escasos pasos. Deslizo los pies fuera de mis zapatos y los entierro en la arena.

Hacía años que no pasaba tiempo con los amigos de mi hermano de esta manera.

James sigue siendo el más callado. Cuando habla, lo hace de manera tajante. Justo como lo recordaba. Su carácter británico resulta un choque absoluto con el desparpajo escocés de Alex.

West se sienta frente a mí. Lleva una camisa azul marino oscuro con los dos primeros botones desabrochados y las mangas subidas. Tiene las largas piernas separadas y está bebiéndose una copa de ron.

Y su atención a menudo cae sobre mí. Especialmente cuando cruzo las piernas con mi vestido corto o bebo de mi copa. Es como si sus ojos no pudieran evitar volver a mí, aunque su expresión se mantenga neutra.

Nunca en mi vida había sentido este tipo de poder; el poder de saberme deseada y de deleitarme con ese conocimiento. Cuando mi hermano se va al baño, yo me retiro el pelo a propósito para dejar expuesta la marca que West me dejó.

Su mirada se enfoca en mí inmediatamente. Entrecierra los ojos en señal de advertencia. Esta noche no me he tapado la marca con maquillaje.

Me encojo de un hombro y vuelvo a cruzar las piernas. No llevo ropa interior, pero eso West no lo sabe. Aún.

Tensa la mandíbula.

—Nora —me llama Alex. Está sentado a mi derecha, y su largo brazo cae por el respaldo de su silla—. ¿Qué te está pareciendo el viaje hasta ahora? ¿Está a la altura de tus expectativas?

—¿Sabes? Creo que ya entiendo la gracia de los Findes Perdidos. Es un viaje que te hace sentir vivo. ¿Es por eso por lo que lo hacéis?

Alex asiente.

—Nada te hace olvidar las salas de juntas tan rápido como saltar desde un acantilado.

James se ríe burlonamente. Incluso con este calor, lleva puesta una fresca camisa blanca.

—Algunos no necesitamos saltar desde un acantilado para sentirnos vivos.

—No —replica Alex con una sonrisa torcida—. Porque algunos no se sienten vivos nunca, ¿verdad?

—Yo estoy muy vivo. Y tú no has pisado una sala de juntas el tiempo suficiente como para andar quejándote —dice James—. Estás descuidando tu empresa.

Alex sacude la cabeza cobriza.

—La empresa se dirige sola. Yo tengo más interés en Nora. ¿Cómo van las cosas con el acosador?

James baja su copa.

—Alex.

—¿Se supone que no podemos hablar de ello?

Mis ojos se disparan hacia West, pero él no está haciendo otra cosa que observarme. Hay una estabilidad en su mirada que hace que vuelva en mí.

—Está bien —contesto—. Podemos hablar de ello. No hay muchas actualizaciones tampoco, sinceramente. Pero tenemos la esperanza de que haga algo estúpido ahora que no estoy. Fingir salir con West ha resultado ser una buena estrategia, porque parece haberlo sacado un poco de sus viejos patrones y costumbres.

—Nora está a salvo —dice West—. Estamos cerrando el cerco, pero está resultando un proceso más largo de lo que nos hubiera gustado.

—Este tío es un profesional —dice James—. Eso no me gusta.

—A mí tampoco. He estado investigando al respecto —dice West. Yo sé bien que ha estado investigando. Tiene a su equipo buscando

patrones basados en una lista de nombres que tanto Rafe como yo le facilitamos. Nombres sacados de cada sesión que he hecho, todo detallado y entregado para contribuir a la búsqueda.

—¿Cómo es fingir salir con West? —Alex me mira con una sonrisita—. Por favor, dime que es terrible.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Oh, sí.

—Danos munición —dice James.

Echo un vistazo a West, quien me devuelve la mirada. Ahí veo una expresión de mordaz diversión.

—Ha sido… una verdadera experiencia de aprendizaje.

James me mira.

—¿Y qué es lo que has «aprendido»?

—Pues lo molesto que puede llegar a ser —sugiere Alex—. O que afirma odiar estar a cargo de las cosas, pero, de alguna forma, siempre acaba en esa mismita posición. Le encanta hacer sus deberes, sea lo que sea. Yo creo que ese es su fetiche.

—Es perturbador pensar en ti teniendo algún tipo de conocimiento sobre sus fetiches —dice James.

—Ninguno de los dos conoce mis fetiches —West responde con calma. Aún me está mirando, y yo lo oigo en mi cabeza susurrándome dulces elogios sucios—. Y a ti no te han preguntado. Le ha preguntado a Nora.

—Bueno… —Alzo la mano para frotarme el cuello—. Es sorprendentemente bueno fingiendo, actuando frente a un público cuando tiene que hacerlo. Pero también es cabezota. Infaliblemente sincero. Le gusta discutir.

—Todo cierto —dice James.

—¿Has descubierto ya su colección de muñecas? —pregunta Alex.

Le dedico una larga mirada. El alto hombre escocés me está mirando con unos ojos demasiado brillantes e inocentes.

—No.

—Puede que le dé algo de reparo compartirlo, pero es algo digno de ver.

West suelta un gemido.

—Otra vez con esas, no.

—Su segundo nombre es «Maude», además.

—No, no lo es.

—Lleva siéndolo desde nuestro primer año en Belmont. Lo rebautizamos nosotros. ¿A que sí, James?

James alza su copa.

—Un brindis por Weston Maude Calloway Junior, el mejor de su linaje.

Yo me río y me encuentro con la mirada exasperada de West. La adrenalina del día aún corre por mis venas. También es que voy ya por mi segunda margarita de la noche.

—¡Eso no lo sabía! Habría sido genial saberlo cuando tu hermana nos hizo aquel examen sobre nuestros segundos nombres durante la cena familiar.

West sacude la cabeza, pero está sonriendo.

—Me encanta eso de que también andéis fingiendo delante de su familia —dice Alex—. De veras le estás haciendo un pedazo de favor, eh.

—¿Evitando que su madre le arroje mujeres preciosas a los brazos? —Vuelvo a cruzar las piernas. El vestido se me sube un poco más, y los ojos de West caen justo a esa altura—. Sí, claro. Le estoy haciendo un gran favor.

James mira a West y luego a mí, con los ojos grises entornados.

—Bueno, le estás ayudando a ganar tiempo —dice Alex.

—¿A ganar tiempo?

West se inclina hacia delante.

—Deberíamos pedir otra ronda.

—Pues sí que deberíamos —dice Rafe. Aparece detrás de West y le da una palmada en el hombro. West se tensa, como si el contacto le hubiera dolido—. Esta ronda la pago yo.

—Voy contigo. —Me levanto para ir a acompañarlo y me aseguro de llevarme el móvil conmigo.

Rafe pide otra ronda y se apoya contra la barra de bar.

—Lo estás haciendo bien. Siguiéndonos el ritmo, quiero decir.

—¿Siguiéndoos el ritmo? Ja. Tengo pensado ganar esa partida de póker.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Te acuerdas de cómo se juega?

—Pues claro. James y tú me enseñasteis durante unas vacaciones, ¿recuerdas? —le pregunto. James pasó varias vacaciones con nosotros durante la época del internado. Solía rotar; algunas veces en nuestra casa, y otras en la de West.

—Eso fue hace años.

—Pero todavía lo tengo en la cabeza.

Su mirada desciende hasta mi cuello.

—Te has hecho daño.

Mierda. Se me ha olvidado volver a colocarme el pelo.

—Es solo una quemadura.

Rafe frunce el ceño.

—¿Una quemadura?

—Sí, de la sesión del otro día —le digo con un pequeño encogimiento de hombros—. Me rizaron el pelo y pasaron las tenacillas demasiado cerca.

—Idiotas —murmura—. ¿Estás bien?

Le pongo los ojos en blanco. La mentira me ha salido con facilidad, pero el corazón me va a mil.

—Sí. Sobreviviré a este grave ataque contra mi persona.

Rafe levanta las cejas.

—Estás de buen humor esta noche. Llevas así todo el viaje.

—Me lo estoy pasando bien.

—Sí, lo veo. Hay algo… diferente en ti. Pareces más contenta.

—A lo mejor lo estoy. Irme a Nueva York fue una buena decisión. —Sacudo la cabeza—. Aunque mamá me siga preguntando casi a diario cuándo voy a volver a Francia. Parece no ser capaz de aceptarlo.

—Todos nos sentiremos mejor cuando vuelvas a estar más cerca de casa. —Le entrega al camarero una generosa suma—. ¿Vienes?

Sacudo la cabeza.

—Voy a pedirme algo más.

Y voy a escribir a West para decirle que me he olvidado la ropa interior.

CAPÍTULO 41



West

Rafe regresa, pero Nora se queda en la barra. Está charlando con uno de los camareros. Un camarero atractivo que sonríe a Nora con un poco de ímpetu de más.

Lleva un vestido corto que solo le llega hasta la mitad de los muslos, dejando desnudas sus largas piernas. Se ha pasado el rato cruzándolas y descruzándolas, a sabiendas de que yo la estaba observando.

Nora está jugando su propio juego, y no me cabe duda de que es una venganza por lo que me preguntó en el avión de camino a Costa Rica. «¿Tu primera vez fue romántica?».

—¿Estás escuchando? —pregunta James.

Aparto la vista.

—Sí, sí.

Se me queda mirando más tiempo del necesario.

—Entonces, ¿podrías repetirme lo que te he preguntado?

—Sí te dejaré ganar mañana. Y la respuesta es «no».

—El día que te pregunto si me dejarás ganar, que te lo imploro, es el día en el que ya he perdido la cabeza —dice James—. Te he dicho que vas a perder. Ha sido una afirmación, no una pregunta.

—Claro. —Vuelvo a mirar a Nora. Se ríe un poco y sonríe al camarero. Como si estuviera flirteando.

—¿Has resuelto ya el tema de la propiedad? —pregunta Rafe.

—Deja que el hombre se relaje una noche al menos —protesta Alex—, antes de venir a recordarle que está perdiendo su hogar ancestral.

—Para ti es fácil decirlo; tú odias tu casa —le dice Rafe a Alex. Se gira hacia mí—. ¿Has conseguido encontrar una solución?

—No. Pero no pienso perder.

—Eso —dice James alargando las palabras—, no es una respuesta.

—Esta mañana me han llamado mis abogados. La última opción en la que estamos trabajando es, probablemente, un riesgo demasiado alto a tomar.

—¿Como impugnar el fideicomiso?

—Exacto. Existe la posibilidad de que nuestra defensa sea más sólida si el caso se hace público.

—¿Público? —James sacude la cabeza—. No hagas eso.

—No es idóneo —admito. A ninguno de nosotros nos gusta que se aireen nuestros asuntos personales frente a un público—. Pero puede que funcione. Hay un argumento claro en contra, y es que el fideicomiso viola los principios modernos de los derechos de igualdad y justicia. Joder, si Amber ni siquiera puede heredar la propiedad por las reglas tan complicadas del fideicomiso.

—Debe de estar furiosa —dice Alex.

—Lo está. Está en su derecho.

—¿Y qué pasa si pierdes un juicio público?

Me encojo de hombros y tomo un largo trago de mi copa. Nadie dice nada durante unos segundos.

—Bueno, pues… vaya mierda —dice Alex.

—Sí. Básicamente es eso, una mierda —le digo—. Ya de entrada tengo muchísimo que agradecerle al Disidente, pero ya con esto… le pegaría un puñetazo. Puede que la demanda funcione, sí, pero hacerlo conllevaría demasiado riesgo antes de estar casado. Una vez que eso esté solventado, tendremos años para trabajar en cómo modificar el fideicomiso de manera permanente.

James deja caer un brazo a lo largo de su respaldo con una expresión afilada. En realidad, hay muchas cosas de su personalidad que podrían definirse como afiladas. Es como una espada lista para apuñalar a quien sea.

—Nuestros ancestros desde luego sabían cómo jodernos pero bien —dice entonces—. Yo tengo una de las propiedades más antiguas que aún quedan en pie en Inglaterra, y se me exige preservarla por una ley de preservación histórica, aunque me cueste una fortuna tener que conservarla como está.

—Eso no es un problema —le digo—. Tienes varias.

La mirada que me echa es ciertamente fulminante.

—Disculpa —me dice—. Creí que estábamos quejándonos por cosas que tienen soluciones simples. ¿O es que tú eres el único con derecho a eso?

Alex se ríe y Rafe sacude la cabeza con una sonrisa.

—¿Tener que casarme es una solución fácil?

—No he dicho que sea fácil, sino simple. —James encoge uno de sus anchos hombros—. Miles de mujeres aceptarían el trato que les ofrecerías.

—Ya tengo preparado un acuerdo prematrimonial, y voy a ofrecer dinero en metálico. Incluiría vivir separados y una boda por lo civil. Pero tú sabes que ninguno de nosotros está hecho para un verdadero matrimonio. —Vuelvo a mirar a Nora. Está ahora sentada en el taburete, con una de las piernas desnuda y los pies estirados. Está sonriendo ampliamente. Parece una sonrisa real. Y arrasadora. Se me tensa la mano en torno a mi copa—. Todos nosotros estamos demasiado jodidos como para hacer que algo así dure.

—Hoy estás resultando ser un mal borracho —dice Alex.

—Dime que me equivoco —le digo, volviendo la vista hacia él. A Alex le encanta echarse una buena carcajada y además le encantan los retos, pero todos sabemos lo jodido que estuvo todos esos años atrás. Y lo jodido que sigue estando—. ¿Piensas casarte alguna vez? ¿Con tu historial familiar?

La sonrisa no le desaparece de la cara, pero sí que se endurece.

—Sí. Definitivamente, hoy no eres un borracho guay.

—Solo está asustado de pensar que pueda perder mañana —interviene Rafe.

James los ignora a ambos y se gira hacia mí con esos ojos grises como el acero.

—Le ofreces dinero, de vez en cuando te la llevas del brazo a eventos y acabas consiguiendo tu propiedad. Lleváis toda la vida separadas y tú gestionas el tema del fideicomiso con discreción, concienzudamente, y si tú no quieres hijos, pues le dejas todo a Amber. Y luego te divorcias.

El móvil me vibra en el bolsillo. Miro a Nora inmediatamente y la veo deslizando su propio móvil de vuelta a su bolso. Su mirada se queda fija en la mía durante un segundo antes de volver a la conversación con el camarero.

Hay algo oscuro que me empieza a serpentear por la espalda y que me agarra el pecho con una mano gélida.

—Haces que parezca tan sencillo… —le digo a James.

—Porque lo es —me replica—. Nunca te entenderé en según qué cosas.

—No todos podemos desactivar nuestras emociones —le espeto.

—No, claramente no —dice con gélida precisión—. O luchas contra el fideicomiso o dejas que te venza. A mí me da igual una u otra.

Rafe suspira.

—Es demasiado temprano para pelearse.

—Y ni siquiera es una pelea divertida —protesta Alex—. No como la que tuvimos aquel finde en Ibiza.

Los tres soltamos un gemido, y la sonrisa de Alex se ensancha.

—¿Qué? Esa pelea fue épica. ¿Cuánto daño le haríamos a aquel yate?

—Por supuesto que tú no tienes ni idea, porque fui yo quien extendió el cheque para pagarlo —murmuro, y sacudo la cabeza—. No tienes ningún respeto por los barcos.

—Creo —dice Rafe— que West te acaba de insultar de la peor forma que conoce.

Éramos jóvenes por entonces, y los Findes Perdidos causaban mucho más daño. Todos nosotros teníamos menos responsabilidades.

Meto la mano en el bolsillo y saco mi móvil. Y ahí está. El mensaje de Nora.

NORA: Estoy practicando lo que me has enseñado.

Le escribo una respuesta corta.

WEST: Ya lo veo.

Su respuesta llega apenas unos segundos más tarde, aún desde el mismo sitio en el que estaba en el bar. Veo una copa frente a ella con algo rosa dentro.

NORA: Y, ¿sabes qué? Me acabo de dar cuenta de que se me ha olvidado ponerme ropa interior esta noche.

Mis ojos salen disparados allí donde Nora se encuentra asintiendo por algo que le está diciendo el camarero. Ese sentimiento oscuro, lleno de celos, que amenaza con abatirme, intensifica su agarre. Lleva ya demasiado rato charlando con ella, cuando seguramente tenga un montón de trabajo pendiente.

Mis ojos bajan por la longitud de esas piernas y el corto dobladillo del vestido. Me inunda el recuerdo del sonido que hizo Nora en mi oído cuando se corrió. Su cuerpo arqueado sobre la mesa de billar. Sus piernas dobladas para mí, con su coño tan hermosamente a la vista.

Y ahora aquí está, con toda esta gente, todos estos tíos que no pueden dejar de mirarla, ¿y va desnuda?

Sus ojos se encuentran con los míos y su sonrisa tiembla un poco. La observo mientras le dice algo al camarero y se baja de la silla de un salto, con ese vestido tan devastadoramente corto que se le sube de manera peligrosa y seductora. Coge su bebida… y camina hacia nosotros.

Alex le retira la silla. Ella sonríe y deja en la mesa su bebida afrutada.

—Ahora mismo vuelvo —anuncia.

Y entonces desaparece dentro del bar.

Los guardias hoy no están desplegados tan cerca, y veo que Rafe se levanta para seguirla. Yo le niego con la cabeza.

—Ya voy yo —le digo.

El asentimiento de agradecimiento que me dedica me abraza. Si supiera el verdadero motivo por el que me levanto y la sigo hacia la oscuridad del bar…

CAPÍTULO 42



Nora

Una vez dentro, el bar está bastante oscuro y medio vacío. La mayoría de los clientes está sentada fuera junto a las olas y el mar abierto. Me deslizo entre las mesas vacías en dirección a los baños. Ya casi he llegado cuando oigo pasos detrás de mí, pero yo no me giro.

Me toma por la cintura un segundo más tarde y nos lleva al baño más cercano.

Ha mordido el anzuelo.

Encajo mi cuerpo en la curva del suyo.

—Hola.

—Estás jugando un juego peligroso. —Arrastra su boca por mi mejilla, bajando por el cuello. Levanto un poco la cabeza para darle mayor acceso—. Y no muy sutil.

—Bueno, es lo suficientemente sutil —le digo—. Tú eres el único con el que estoy jugando.

—¿El único? Antes estabas flirteando.

Me giro dentro de su agarre.

—Sí. Estaba intentando estar realmente presente y solo disfrutar del momento. —Le dedico una sonrisita—. Era atractivo.

Los ojos de West son oscuros ahora.

—El pobre chaval no va a poder dormir esta noche.

—Lo único que hemos hecho ha sido hablar un poco.

—No te subestimes. —West inclina la cabeza y roza sus labios con los míos—. Y además lo has hecho delante de mí.

—Sí. Verás… —Agarro la tela de su camisa—. Resulta que el tío con el que finjo estar saliendo me dijo que no me quitaría la virginidad, así que tendré que encontrar a alguien que sí lo haga.

Cierra los ojos mientras suelta un gemido.

—Me estás castigando.

—No. Estoy practicando las discusiones, justo como me dijiste que hiciera. ¿Te gusta?

—No. —Sus manos se deslizan por mi caja torácica, y su pulgar roza la parte inferior de mi pecho—. Pero hoy has estado increíble. No has movido ni un pelo con ninguno de los retos.

—Han sido intensos —admito.

—Sí, y Rafe estaba aterrorizado por ti. He tenido que asegurarle que podrías con ello.

—¿En serio has hecho eso?

—Sí. —West me besa de nuevo, un contacto tan caliente como insistente. Su pulgar sube y comienza a rozar mi pezón, sensible y duro, a través de la tela—. En esta parte estás dura.

—Supongo que ambos tenemos el mismo problema cuando estamos cerca del otro.

West gime, y sus manos vuelven a deslizarse hacia abajo para agarrar mi cintura. Me levanta y me coloca al borde del aparador.

—Eso es. Quédate aquí sentada para mí, preciosa. —Agarra mis rodillas y las separa para poder meterse entre medias, aunque no mira hacia abajo.

Solo me mira a mí.

—Provocarme es una mala idea.

—No lo es, teniendo en cuenta mi objetivo —le digo.

Sus ojos lanzan un destello. Sus manos, sobre mis muslos, se curvan sobre ellos y se tensan. Ambos estamos pensando en lo mismo: en perder mi virginidad.

Su mano se desliza más arriba por mi muslo.

—¿Ibas en serio antes? —me pregunta—. ¿De verdad has salido sin bragas frente a toda esa gente?

—Iba tapada —protesto—. Perfectamente decente.

—No tiene nada de decente cómo me haces sentir —murmura. Sus ojos se oscurecen, y desliza la mano más arriba por la parte interior de mi muslo. Solo un poco, y luego otro poco—. ¿Qué me voy a encontrar por aquí, problemas? ¿Has estado ahí desnuda durante horas? A apenas unos metros de mí… —Sus dedos me rozan más arriba. Otro poco… y ya está acariciándome por encima de mis pliegues.

West suelta un gemido como si acabara de herirlo.

—No estabas mintiendo.

—A ti no te mentiría nunca —le digo, provocándolo de nuevo. Siento sus dedos como si fueran fuego en contacto con mi piel desnuda. Nunca había estado sin bragas en público y, durante las últimas horas, desde luego he sentido profundamente lo expuesta que he estado.

Sin que nadie a mi alrededor lo supiera.

West descansa su mano libre en la pared detrás de mí, como si ya no pudiera seguir de pie sin ayuda.

—¿Estabas ahí sentada así, desnuda?

—¿De verdad creías que estaba mintiendo?

—Eso esperaba —murmura, y sus dedos me acarician arriba y abajo, débilmente, con roces que me tantean y hacen que me den escalofríos. Pasa rozando por encima de mi clítoris, y yo contengo la respiración.

—Esto era lo que querías, ¿verdad? —me pregunta—. Querías presionarme hasta conseguir que hiciera justo esto.

—Sí —le digo en una exhalación.

Los dedos de West desaparecen, pero solo para levantarme la falda. Lo hace lentamente, con los ojos fijos en los míos. Solo mira abajo cuando la tela está ya plegada a la altura de mi cadera.

—Mira eso. Mi chica perfecta. —Sus dedos se mueven entre mis labios—. Y estás un poco húmeda, además. ¿Te has excitado

sabiendo que estabas ahí sentada sin nada debajo?

Asiento. West me toca con reverencia, con experiencia, con los ojos puestos en cada uno de sus movimientos.

—Por supuesto que lo has hecho —murmura—. Y ahora estás siendo tan buena chica, dejándome ver. —Cuando vuelve a rozarme en torno al clítoris y yo gimoteo ante la sensación, West hace un suave sonido de silencio—. Tienes que estar callada, amor. ¿Puedes hacer eso por mí?

Mi mano se enrolla firmemente en su pelo.

—Sí.

Empieza a hacer círculos en mi clítoris con una presión uniforme, y la respiración se me acelera. Sus labios ahora están sobre los míos, y me están besando con dolorosa intensidad.

—¿Esto es lo que llevas queriendo todo el día, que me rompa?

—Me deseas —susurro—. ¿Verdadero o falso?

—Más de lo que puedo gestionar —me dice—. Más de lo que debería.

Comienza a moverse de forma rápida y martilleante por mi clítoris, y el ritmo repentino hace que suelte un grito ahogado. Sus dedos me acarician hacia abajo, tentando mi abertura.

—Apártame —me dice.

Niego con la cabeza.

—Nora —murmura—. No podemos permitirnos que nos pillen aquí, y ahora mismo estoy jodidamente cerca de ignorar ese hecho y de quedarme aquí hasta que te corras al menos dos veces. Pero los demás se darían cuenta.

—Estoy cansada de apartarte. —Me muevo hacia delante sobre el lavabo y suelto un gemido cuando su dedo se desliza por mi abertura—. Ahora quiero practicar justo lo contrario. Usa tus dedos.

—Joder —farfulla. Su dedo empuja dentro de mí, y de nuevo siento esa débil presión del otro día. Se me corta la respiración, y él se para. Su pulgar vuelve a mi clítoris y presiona hacia abajo ininterrumpidamente.

—Oh —murmuro yo ahora, y deslizo las manos hacia abajo para agarrar sus hombros—. Oh, eso es…

—Lo estás haciendo muy bien. —Su aliento es cálido contra el mío —. Dime qué se siente.

—Extraño. Agradable. Me gusta… ¡oh! Me gusta cuando haces eso.

Vuelve a besarme, y su dedo poco a poco va estableciendo un ritmo con el movimiento de su pulgar.

—Puedes con uno más por mí —me dice. Asiento contra sus labios, y el ardor se acentúa cuando desliza otro dedo dentro de mí —. Eso es. Lo estás haciendo tan bien, amor.

Respiro profundamente, y el estiramiento se vuelve placer, dulce y embriagador.

—Metí el vibrador en la maleta. El grande —le digo—. Dijiste que no me… ay, Dios… que no me ayudarías a quitarme la virginidad… Pero ¿podrías ayudarme a prepararme para ello?

Sus dedos se paran dentro de mí, su pulgar quieto en mi clítoris.

Cada uno de los músculos de su cuerpo está tenso. Como si le hubiera pegado una bofetada.

—¿West?

—Nunca jamás he discutido con nadie como tú —me dice, y sus dedos se curvan dentro de mí—. Sabes exactamente qué decir o hacer para conseguir hurgar en la herida, ¿verdad?

—No estoy intentando… ¡Oh! —Un sonido de sorpresa se me escapa porque sus dedos ahora están haciendo algo nuevo, acariciándome en movimientos curvos. Yo deslizo las manos por su espalda.

West hace un gesto de dolor.

Retiro las manos inmediatamente.

—¿Qué ocurre?

—Nada —me dice. Se dobla para besarme el cuello, y su dedo sigue moviéndose dentro de mí—. Deja las manos cruzadas alrededor de mi cuello.

—Estás herido —le digo. También se había retorcido unos momentos antes…—. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—No es nada. —Bajo las manos y encierro su muñeca entre mis piernas. Es firme bajo mi agarre, pero logro dejarla quieta ahí—. ¿Te lo has mirado?

—Está bien. Solo me he dado con una de las paredes de roca haciendo *rafting* en el río. —Los ojos oscuros de West buscan los míos. Sus pupilas están completamente dilatadas, y su expresión parece decir que lo único que puede sentir es dolor—. No hay nada que desee más que hacer que te corras y que te olvides de todos los demás. De ese camarero, de tu futuro…

Empujo su pecho hacia atrás, y sale de mí con el ceño fruncido. La repentina falta de sus dedos dentro de mí resulta sorprendente.

—Deja que le eche un vistazo.

—No.

—¿Cómo que no?

—Si te haces daño, pierdes el reto —me dice—. Pierdes la ficha. Estoy bien. Ya se me curará.

Me bajo de un salto del aparador.

—Eso es ridículo.

—Esas son las normas.

—Bueno, pues yo no las acepto. —Aún estoy nerviosa, pero ahora también estoy molesta—. Si no me dejas curarte, entonces yo no te dejaré que me hagas correrme.

Su mandíbula está tensa cuando me mira. Aun así, yo solo le devuelvo la mirada. Ya no me intimidan esas miradas de West Calloway. Tiene color en las mejillas, y su pelo está desaliñado por mis manos. El primer botón de su camisa también se ha desabrochado. Si saliera de aquí con estas pintas, no habría demasiada duda de que le habría pasado algo.

Salir de aquí. Para volver con los otros…, incluido mi hermano.

Ya llevamos desaparecidos demasiado tiempo.

Me bajo el vestido, y los ojos de West siguen el movimiento.

—Me vuelvo. Voy a beber algunas copas más, y quizá charle un poco más con Thiago.

—No digas su nombre —dice West.

—¿Por qué? ¿Estás celoso? —Le dedico una sonrisa dulce—. Solo estoy haciendo lo que tú me has enseñado. Lo que me dijiste que hiciera.

—Tendrás que salir tú primero. —Baja las manos para darse unas palmadas a través de los pantalones—. Hoy ya es la segunda vez. Me van a doler las pelotas pero bien.

—Ya sabes que aquí hay alguien dispuesta a arreglarte el problemilla. En cuanto me dejes verte la herida. —Abro la puerta—. Tú verás, Calloway.

—Vete —murmura, haciendo un gesto hacia la puerta—. Y bien hecho, problemas.

CAPÍTULO 43



West

La oscuridad que rodea la villa es total. La engulle por completo, haciendo que destaque la iluminación azul de la piscina exterior. El aire es denso y húmedo, mezclado con el olor de la vegetación y el océano.

Es un país precioso. Y no puedo evitar sentir resentimiento hacia los chicos, hombres a los que considero familia, por estar aquí cuando podríamos ser solo Nora y yo. Por estar constantemente en medio. Antes, cuando Rafe me ha pasado una cerveza, me ha salido un «gracias» a regañadientes.

Hay una mesa de billar en la villa, y llevamos aquí jugando desde que volvimos del bar. Nora se unió durante un rato, ganando dos partidas seguidas antes de anunciar que se iba a dar un baño nocturno en la piscina. Alex también dejó la partida para irse con Nora, y desde entonces los he estado observando mientras nadan en el exterior bajo la noche estrellada.

Nora parece feliz y aliviada ahora que está lejos del acosador y las preocupaciones de Nueva York. Quiero unirme, pero no puedo quitarme la puñetera camiseta sin dejar al aire la zona de la piel donde no sé qué roca me ha arañado y perder un punto.

Rafe y James quieren seguir jugando al billar, así que me quedo con ellos y observo a Nora a través de las ventanas. No lleva nada más que un bikini y una sonrisa.

Todo el cuerpo me duele después del día que he tenido: desde haberla tocado hasta no haber podido seguir tocándola. La sentía tan jodidamente bien bajo mis dedos… suave, sensible, más y más húmeda con cada nuevo movimiento circular de mi dedo; sus ojos fijos en los míos con esas larguísimas pestañas, su cara toda expresión mientras la tocaba. Mientras empujaba un dedo dentro de ella y oía su dulce grito ahogado.

«Si tú no vas a quitarme la virginidad, tendré que encontrar a alguien que lo haga».

—West. —Al otro lado de la mesa de billar está Rafe, apoyado en su taco—. ¿Qué te pasa?

—Nada. —Vuelvo a centrarme en la mesa. Mierda. Me toca jugar.

—Estás ausente.

Apunto para dar mi siguiente tiro y meto la bola en la tronera derecha al otro extremo.

—Incluso ausente, aún puedo pegaros una paliza.

James está apoyado en la pared detrás de Rafe, con un puro en la mano derecha. Hace tiempo que dejó de fumar, y los puros están reservados solo para viajes como este.

—Está pensando en cómo es posible que vaya a convertirse en marido en menos de tres meses.

—¿Cómo de larga es la lista que ha hecho tu madre de mujeres con potencial para convertirse en la nueva señora Calloway? —pregunta Rafe, metiéndose en la conversación.

Paso por delante de ambos y me giro hacia la mesa. Podría ir a por la bola que está en la esquina izquierda… y meterla de rebote.

—No voy a casarme con alguien que escoja mi madre.

—Así que nada de bodorrios —dice James, alargando las palabras —. Qué decepción.

Alineo mi taco y golpeo la bola blanca. La bola que tenía en mi objetivo rueda fácilmente hasta caer en la tronera derecha al otro extremo de la mesa. Entonces me incorporo.

—No hablemos demasiado del tema delante de Nora.

—¿Por qué no? —Rafe pasa por delante de mí para coger su vaso de *whisky.* Es un Mackenzie del 64, el mejor *whisky* envejecido de la marca propiedad de la familia de Alex. Es ahumado y de color ámbar.

«Eso, ¿por qué no?».

—Ella no lo sabe. No quiero que piense que hay una fecha límite para quedarse en Fairhaven o estar bajo mi protección.

Tanto James como Rafe me echan una mirada: una, gris como el acero y divertida; la otra, verde y entrecerrada.

—Si se llegara a eso, volvería a estar bajo mi protección —dice Rafe.

—Lo sé. Simplemente no quiero que se preocupe, eso es todo. —Es una excusa bastante débil. Doy la vuelta a la mesa, buscando un nuevo ángulo para mi siguiente jugada.

No debería haber dicho nada.

Y no debería haber accedido a hacer este maldito viaje en absoluto.

Las puertas correderas que dan a la terraza se abren. Alex entra con una toalla echada al cuello. Nora entra detrás de él. Lleva una camisa que le queda enorme, con unas mangas demasiado largas. Le queda justo por debajo del culo. En la mano izquierda lleva un revoltijo de tela verde.

Lleva puesta la camisa de Alex.

Se ha quitado el bañador mojado y ahora lleva la camisa de Alex.

La mano se me convierte en un letal puño alrededor de mi taco de billar. Ella le sonríe, con el pelo mojado echado hacia un lado, y es una sonrisa amplia y preciosa. Una sonrisa auténtica. No está fingiendo ni complaciendo a nadie.

Y está desnuda debajo de esa camisa.

De la camisa de Alex.

—Tenías razón —dice James en su característica cadencia británica—. Está ausente.

Vuelvo a centrarme en la bola y echo mi taco hacia atrás. La golpeo demasiado fuerte, fallando el tiro por bastante. Por el rabillo

del ojo pillo a Nora desapareciendo escaleras arriba sin dedicarnos ni una segunda mirada a ninguno de nosotros.

—Es una pena —Rafe agarra su propio taco—, no haber apostado para esta partida.

—Aún no has ganado.

—No, pero estoy bastante cerca. —Camina alrededor de la mesa, analizando ángulos—. Y, mira, si no quieres que tu madre te escoja una mujer, entonces hazlo tú mismo. —Rafe me echa una rápida mirada mientras se encoge de hombros—. Podría ser hasta divertido. Puedes organizar audiciones.

Me acabo el resto de mi *whisky.* No ayuda en nada a parar el fuego que baja ardiendo por la columna. Alex camina hasta nosotros, aún mojado de la piscina, y tengo que apartarle la mirada.

—¿Qué os estáis jugando? —pregunta.

—El honor de un caballero —dice James.

Alex se ríe entre dientes.

—Pues qué terrible entonces, porque ninguno de nosotros tiene nada de eso. —Su acento escocés siempre se vuelve más fuerte cuando bebe.

—Habla por ti —dice Rafe, alineando el taco para su siguiente tiro. La bola rueda sin problema hasta caer en la tronera—. Para tu información, mi honor está intacto.

—¿Eso es lo que le dices a todas las chicas? —dice James de nuevo con su forma característica de hablar, echando una calada a su puro.

—No seas envidioso —le dice Rafe—. Tú todavía podrías pasártelo bien. Si hicieras un gran esfuerzo.

Alex agarra un taco y se apoya en la pared mientras nos observa jugar. Puedo sentir sus ojos sobre mí, y me cuesta la vida no devolverle la mirada. No pedirle que se ponga una puta camiseta.

—James no hace eso de pasárselo bien —dice con una gran sonrisita—. Eso no es de nobles.

—Cállate —le dice James. Nunca le ha gustado cuando alguno de nosotros saca su título en la conversación, motivo por el cual

ninguno de nosotros dejará nunca de hacerlo.

Para tantos modales, James desde luego muerde.

—¿Os he tocado una fibra sensible? Mis disculpas a vuestra merced.

—Venga, venga, niños. —Rafe cuadra otro tiro, y su oscuro pelo cae por su frente—. No os peleéis y portaos bien.

Pierdo la partida.

—No te lo tomes muy a pecho —me dice Rafe después. Me da una palmadita en el hombro bueno—. Sigues siendo un vencedor de tantas otras formas…

Le empujo hacia atrás, y la sonrisita se le ensancha.

—Tú vuelve a tratarme con condescendencia.

Veo a los demás jugar otra partida hasta que anuncio mi retirada con el «Estoy cansado» y todo ese rollo, e ignoro los insultos que me lanzan. Mi habitación está al final del todo, y la de Nora está al otro lado. Justo como en casa.

En lados opuestos de un pasillo que siempre parece ser demasiado largo.

Me aseguro de que la luz de mi habitación esté apagada y la puerta cerrada antes de ir a su habitación. Llamo a la puerta con dos toques.

Me abre, y aún lleva esa puta camisa. Lleva el pelo mojado recogido en una coleta baja, y huele a champú y jabón.

—¿West?

—¿El trato que me has ofrecido antes? —Doy un paso adentro y cierro la puerta tras de mí—. Lo acepto.

Nora tira de mí hacia adentro, hacia el baño.

—Por fin —me dice, y me empuja hacia el borde de la bañera—. Siéntate.

—Estás molesta conmigo. —Miro la camisa que lleva puesta. El dobladillo acaricia la parte superior de sus muslos. Igual que antes en el bar, probablemente no lleva nada debajo.

Su hermano está abajo. Puede que tenga que casarme para salvar mi propiedad. Ella solo quiere practicar para cuando quiera

dar un paso adelante y empiece a salir con hombres que le gusten de verdad.

Pero nada de eso importa, porque aquí puedo fingir que es mía.

—Estás herido. —Nora me desabrocha la camisa—. De eso hace horas, y no has hecho más que beber y relajarte como si estuvieras perfectamente.

—Solo es un rasguño.

—No lo es. ¡Mira esto! Has manchado la camisa de sangre. Menos mal que es azul marino, porque si no habrías perdido tu preciada ficha. Una regla que, por cierto, resulta ser la mayor idiotez que he escuchado en mi vida.

—Esa regla existe para impedir que nos hagamos daño. A Alex se le daba genial llevar las cosas al extremo. —Hago una pausa—. Así que fue idea de James. Y no es la peor idea que ha tenido.

Se echa la camisa hacia atrás.

—La quiero fuera.

—¿Desde cuándo eres enfermera?

—Desde que me encontré a mí misma rodeada de idiotas —me dice—. No puedes seguir soltándome una y otra vez ese rollo sobre mi seguridad cuando tú descuidas la tuya de esta forma.

Me siento bien con sus manos en mis hombros. Hay un patrón de pecas en su muslo izquierdo, como si fuera una constelación de estrellas. Quiero seguir su estela con mis labios.

—Eso es diferente —le digo.

—No, no lo es.

—Tu seguridad y la mía no son lo mismo.

—¿Y eso por qué? Hay que desinfectar esto… Y puede que puntos. Pero no soy lo suficientemente buena como para hacer eso.

—Sabes coser.

—Sí. Tela. No… Dios. —Se inclina para coger algo de uno de los armaritos, y yo me quedo mirando sus largas y desnudas piernas. Y me pregunto cómo sería tenerlas rodeando mi cintura—. Aquí hay desinfectante y un poco de gasa. Y ahora te vas a quedar completamente quieto.

Mis labios se curvan.

—Eres mandona. Me gusta.

Vuelve a estar entre mis piernas y, esta vez, no puedo evitar agarrar sus caderas. La siento bajo mis manos, y es una buena sensación. Siento sus firmes curvas, algo estable a lo que agarrarse.

—Espero que esto te escueza —me dice. Noto algo lacerante en mi hombro, y aprieto los dientes.

Huele como a cloro.

Mis manos agarran la tela que queda a la altura de su cadera.

—¿Qué llevas puesto?

—Una camisa.

—Eso ya lo veo. Pero es la camisa de Alex.

—Sí. Me la ha prestado, pero igual debería bajar a devolvérsela. —Se echa un poco hacia atrás—. Me dijo que no había problema. ¿Crees que le ha molestado?

—¿Si a él le ha molestado? —Agarro el dobladillo—. No me importa una puta mierda. Pero a mí me molesta.

Me toca suavemente el hombro. El roce me duele como un condenado, pero no es nada en comparación con el nudo de celos que tengo en el pecho. El pensar en ella con alguien más, con el camarero, con Alex, con sus futuros hombres sin nombre que no la valorarán como deben.

—Voy a poner un poco de gasa y esparadrapo. Pero vas a tener que ir a que le echen un vistazo cuando volvamos a casa.

Subo el dobladillo.

—Lo haré. Si te quitas esta camisa.

—Eres imposible. —Estira las manos hacia arriba y deja que le saque la camisa sin problema. Joder. No está desnuda, pero casi. No lleva nada más que unas bragas azul marino. Son de encaje y tienen una pequeña perla en el elástico delantero. Como las bragas que modeló en aquella sesión de fotos.

Tiro la camisa a un lado.

—No lleves su camisa.

Nora pasa una mano por el borde de mi mandíbula.

—Si no te conociera, juraría que estás celoso. Y diría que antes, en el bar, también lo estabas.

—Pues a lo mejor lo estoy. —Me echo hacia delante y rozo su esternón con la boca, justo entre sus perfectas tetas—. A lo mejor no me gusta la idea de que uses nuestras lecciones con otra persona.

Me venda el hombro mientras la beso, juego con su pezón entre mis dientes, deslizo una mano hacia abajo para tantear la línea de su coño a través de las bragas.

—No es justo —me dice. Su respiración se ha acelerado—. Estoy intentando concentrarme.

—Se me prometió un premio por dejarte curarme.

—Bueno, pues ese premio te llegará antes si me dejas trabajar —me dice; y sé que eso tiene su lógica, pero cada vez la noto más mojada a través de las bragas y ni de coña voy a parar—. Hala. Listo.

—Gracias.

—Sigo molesta contigo —me dice—. Pero también quiero mi parte del trato, y eso implica un orgasmo.

Eso hace que mis labios se curven.

—Esa es mi chica. Pide lo que tú quieres.

—Quiero que hagas que me corra usando el vibrador que me he traído. —Inclina un poco la cabeza, y tiene las mejillas de un precioso y cálido tono de rosa—. Me vendría bien saber y estar segura de que puedo con algo tan grande antes de que… —Toma una respiración profunda—. Bueno. Antes de que tenga sexo con un hombre por primera vez.

CAPÍTULO 44



Nora

Soy consciente de que estoy metiendo el dedo en la llaga, de que estoy luchando contra las barreras que sea que ha decidido levantar entre nosotros. Mi hermano. Mi virginidad. Ambas cosas parecen importarle más que a mí; y hay una parte de mí que quiere volver atrás y tragarse esas palabras.

Pero la mayor parte de mí está extasiada. Me ha dicho una y otra vez que sea yo misma, que le exprese mis deseos. Y hacer justo eso es un placer demasiado grande como para poder pararlo.

—¿Te lo has traído? —me pregunta.

Yo asiento.

—Y además está cargado al máximo.

Gime contra mi pecho y se pasa algunos minutos más succionando mis pezones y tocándome a través de la ropa interior, haciendo que las rodillas me tiemblen. Se toma su tiempo. Y al fin se echa hacia atrás, inspeccionando los enrojecidos pezones y el punto húmedo en mi ropa interior, asintiendo como si estuviera satisfecho con lo que ve.

—Perfecto —murmura, y tira de mí hacia la habitación. Yo me siento en el borde de la cama. Me sobreviene una nueva oleada de nervios, aunque estos son buenos; el tipo de nervios que he llegado a ansiar sentir cuando estoy con él.

—Hoy me has presionado demasiado. ¿Te has parado a pensarlo cuando te has quitado el bikini ahí fuera con Alex? —me pregunta.

—Sí —le confieso—. No ha visto nada. Tenía su camisa puesta.

—Pero sabías que yo lo vería cuando volvierais adentro.

Me acuesto en la cama de nuevo. El único pedazo de tela que cubre ahora mi cuerpo entero está entre mis muslos, y West me está observando como si estuviera hambriento.

—Sí —digo entre exhalaciones—. Y te has dado cuenta.

West pasa una mano por mis muslos, aún de pie al borde de la cama.

—Mi chica valiente y dulce. Lo has hecho incluso cuando sabías lo que pasaría, que vendría a buscarte muerto de ganas.

—¿Estás muerto de ganas?

—Ya hasta he pasado esa fase.

—Nunca había coqueteado con nadie. —Me estiro, dejando los brazos por encima de la cabeza—. Es agradable sentirse deseada. No tengo miedo, solo me siento… bien.

Sus manos se deslizan hacia abajo y me separan las piernas.

—Sí que te deseo, amor. ¿Te haces una idea de lo difícil que me ha sido concentrarme desde que me has mostrado antes lo desnuda que ibas? —West se acuesta encima de mí en la cama, poniendo su cuerpo sobre el mío, y me besa.

Gimo en su boca. Nunca antes había estado encima de mí como ahora. Nadie nunca lo ha estado. Siento un peso placentero en esta postura porque el peso es de West, y encierro sus caderas entre mis muslos por puro instinto.

Noto su piel cálida contra mi pecho. El pelo que tiene en esta parte de su cuerpo me hace cosquillas en el pecho, y yo le devuelvo el beso. Pero él no se queda ahí. Va de mis labios hacia abajo, hacia mi cuello. Es tan difícil concentrarse en nada cuando lo tengo ahí… Y él también lo sabe, y el roce de su barba incipiente solo aumenta las sensaciones que me recorren entera. Un calor constante me baja pulsante por el pecho, el estómago, y se acumula entre mis piernas.

Levanto las caderas contra él, y West gime contra mi cuello.

—Y ahora quieres que te folle con un vibrador —dice. Se levanta sobre un brazo—. Eso es todo, ¿no? Quieres que te ayude a relajarte para poder dilatarte, que haga que te corras teniendo dentro algo grande.

Asiento con rapidez, con necesidad. Es el hombre más frustrante que he conocido. Odio que pueda hacerme sentir de esta forma, y creo que podría llorar de la gratitud porque pueda hacerme sentir así. Nunca me había sentido así. Nunca había deseado de esta manera.

Es lo más adictivo que he experimentado jamás.

—Siento que lo único que hemos hecho tú y yo hasta ahora ha sido fingir. —Deslizo mi mano por su pelo y respiro con dificultad según va bajando por mi cuerpo a base de besos—. Delante de otros. Y el uno con el otro. Ahora tenemos que fingir delante de los chicos que no estamos… que esto no es… que las lecciones no existen. A lo mejor es por eso por lo que te he provocado hoy; no he podido fingir tanto.

West se para, con los labios en mi esternón.

—Tú no finges conmigo. —Su voz es ronca—. Si hay algo que tú no haces es precisamente eso, problemas. Cuando estamos a solas, eres tú misma.

Mi mano busca a tientas algo a lo que agarrarse por las sábanas, pero no encuentra nada.

—Al principio me era difícil. Pero ahora… Creo que me resulta demasiado fácil.

—Joder. ¿Sabes lo que me haces dejándome oír eso? —Agarra los bordes de mis bragas, y no hay vacilación alguna cuando las baja por mis piernas—. Ve tocándote mientras cojo el vibrador. ¿Puedes hacer eso por mí?

Asiento y bajo la mano para encontrar la suave piel entre mis piernas. La vergüenza lucha contra la necesidad primitiva y casi dolorosa dentro de mí.

—Sí.

—Buena chica.

—Está en mi bolsa. Debajo de… mi cuaderno de bocetos.

West regresa con la bolsa de seda morada y la deja a mi lado en la cama. Mi mano se queda quieta, y West emite un suave sonido de decepción.

—Sigue —me ordena mientras saca el curvo vibrador negro—. Eso es.

—No he traído lubricante.

—No lo necesitamos —me dice—. Tú solita consigues acabar maravillosamente mojada. Se sienta sobre sus rodillas al borde de la cama. Puedo ver su rostro entre mis muslos, por encima de mi coño expuesto y la mano que se mueve sobre él.

—De ahora en adelante, antes de que salgamos de casa voy a tener que levantarte el vestido y asegurarme de que no sales sin nada debajo.

Siento calor en el pecho, y mi respiración se acelera. No creo que vaya nunca a tener suficiente cuando se trata de esta sensación. De la sensación de perder lenta y cómodamente el control cuando estoy con él, porque sé que él está ahí para sostenerme.

—¿Y si no accedo, qué?

—Pues recibirás un castigo. —Se dobla hacia delante y deja besos ardientes en mis muslos, mi hueso de la cadera, mi clítoris.

Antes sentía calor.

Ahora siento que estoy empezando a arder por un fuego que hierve lento en mi estómago. Me levanta la pierna izquierda y coloca mi pie en su hombro.

—Esto no me da la sensación de ser un castigo. —La voz que me sale no la reconozco como mía. Es baja, relajada, y segura de sí misma.

Su boca se cierra en torno a mi clítoris, con su lengua haciendo movimientos rápidos arriba y abajo, y a mí se me escapa un grito ahogado. Es entonces cuando siento el grosor de su dedo deslizándose dentro de mí…

—Esto no es un castigo —dice con voz ronca—. Pero la próxima vez, habrá un castigo. ¿Te gustaría eso, problemas? Te he elogiado.

Te he enseñado. También puedo castigarte.

—Sí. —La respiración vuelve a acelerárseme.

Aún sigue siendo una sensación tan distinta la de tener su grueso dedo moviéndose dentro de mí. Ambos observamos cómo añade un segundo dedo poco a poco.

—Estás tensa —murmura—. Iremos poco a poco.

—No soy frágil.

—Sé que no lo eres. —Vuelve a doblarse y a presionar los labios sobre mi clítoris. Entre su lengua y sus dedos, moviéndose lentamente, consigue introducir ambos dentro de mí y comienza a llevar un ritmo lento y pulsante.

Mis caderas se levantan para llevar el ritmo.

Suelta una risita encima de mi clítoris, y casi me corro ahí mismo. Levanta los labios y sigue moviendo sus dedos.

—Que si estoy celoso, me pregunta. —Oigo un bajo gemido en la parte trasera de su garganta—. Tú sabes que quiero follarte. Eso nunca ha sido un problema. Eres tan buena y tan dulce… Daría mi brazo derecho por sentirte corriéndote en torno a mi polla. Por decirte lo bien que sabes recibirme.

Mis pies se encogen al borde de la cama, y las rodillas se me doblan y se separan para él.

—Por favor.

Saca los dedos de mi interior.

Me levanto sobre los codos.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo lo que me has pedido —me dice, y coge el vibrador. Parece grande desde este ángulo, y las rodillas se me bajan a la vez. Y esto me había parecido una gran idea hace apenas unas horas.

—La única persona —me dice con un tono oscuro— para la que debería ayudarte a prepararte soy yo.

Besa mis piernas hasta separarlas de nuevo y pasa la silicona del vibrador por mis pliegues. Entonces me doy cuenta de que, en

realidad, está cubriendo el aparato con el líquido que hay entre mis piernas. Sus ojos son prácticamente negros.

—Recuerda hablarme, amor. ¿Serás buena por mí y me dirás si se vuelve demasiado?

—Sí —le digo entre exhalaciones.

—Bien. —Su otra mano se desliza hacia arriba, agarrando mi cadera. Manteniéndome en tierra y recordándome que está ahí. Que estamos haciendo esto juntos; mis rodillas separadas, sus manos cálidas, los latidos acelerados de mi corazón.

—Respira —murmura. Noto una pesada presión contra mi abertura, y West empuja hacia dentro solo un poco. La consecuente dilatación me quema. Tomo otra respiración profunda y siento su pulgar haciendo suaves círculos sobre el hueso de mi cadera para reconfortarme—. Eso es. Relájate.

Mueve la mano hacia abajo y encuentra mi clítoris. Inhalo profundamente, y la quemazón comienza a desvanecerse.

—Voy bien.

—Sí.

—Ajá. Aunque la tuya es más grande que ese vibrador.

West gime. Es un sonido gutural, medio enterrado en su pecho.

—Sí, pero es una buena práctica. ¿Puedes hacer eso por mí, mi chica? ¿Puedes practicar por mí?

—Sí —digo entre exhalaciones—. Puedo hacerlo.

Lo empuja hacia dentro otro poco, y nunca me había sentido así de llena. Hay algo que está cambiando dentro de mí; la quemazón está ahí, pero cada vez se vuelve más débil, y su pulgar se mueve de vuelta a mi clítoris.

—Eso es. Puedes metértelo hasta aquí.

Algo cambia, y West pone en marcha las vibraciones. Es una vibración suave, pero que reverbera en mi interior y hace que la resbaladiza intrusión resulte más fácil. Un instante después, West ha bajado la cabeza para dejar besos sobre mi clítoris con la boca abierta.

Todo me resulta demasiado y a la vez insuficiente. ¿Es esta la sensación que debería tener? ¿Por qué no he sido capaz de hacer todo esto antes? Pienso en los años que he perdido sin sentirme así, sin tener a West a cargo de mi placer.

—Eso es… Yo…

—Lo sé —me dice, y noto otro débil empuje dentro de mí—. Ahora está dentro del todo. Lo estás haciendo tan bien, amor. Ver tu coño separado así…

Mantiene el vibrador bien dentro de mí y vuelve a chupar mi clítoris. Me siento dilatada y sobreestimulada, y las vibraciones muy muy dentro de mí, desatando un temblor en la parte baja de mi estómago.

Esto es algo que me asustaría si no lo hubiera experimentado antes.

Me lleva unos minutos más recuperar el ritmo de mi respiración, y las rodillas se me juntan. El orgasmo comienza muy dentro de mí esta vez. No es algo que me aletee débilmente, sino una profunda oleada de sensaciones. Intento hacerme un ovillo. No puedo controlarlo, mi boca se abre a mitad de camino de un grito…

Tengo la mano de West sobre mi boca al instante siguiente, sintiendo la cálida presión contra mis labios.

—Shhhh, amor. Joder. Eso es. Respira…

Mis ojos se abren del todo, centrados en los suyos a apenas unos centímetros de mi cara.

—Ups —mascullo contra su mano. No me había dado cuenta de que estaba haciendo ruido.

—Me resulta un crimen tener que decirte que estés callada cuando te corres de una forma tan increíble. Pero no podemos dejar que nadie más en esta casa te oiga.

—Lo siento.

—No te disculpes. Nunca te disculpes por eso. —Se dobla hacia delante para presionar su frente contra mi hombro y suelta una risita sobre mi piel—. Nunca te disculpes conmigo por nada.

Tiro de él hacia arriba hasta que queda descansando a mi lado en la cama. Me siento como si fuera un trapo al que acaban de escurrir, extasiada por el calor, feliz, sudorosa y caliente. West desliza una mano arriba y abajo por mi columna.

—También me gusta esto —murmuro contra su cuello—. Me encanta cuando me sostienes entre tus brazos.

Estira el brazo para coger algo, y entonces siento cómo una suave sábana nos cubre a los dos. Su brazo entonces retoma los movimientos por mi espalda.

—No me iré hasta que te quedes dormida —dice contra mi pelo—. Aquí también estás a salvo, amor.

El sueño me llega enseguida.

CAPÍTULO 45



Nora

Llega el día siguiente, y ya es nuestra última tarde aquí. Es el momento alrededor del cual ha girado todo el Finde Perdido, la culminación de todo lo anterior, y es una sensación que flota en el húmedo aire, marcado por el aroma del jazmín y la anticipación. Se ha preparado una mesa de póker en la terraza, fuera de la casa.

He jugado antes al póker, pero fue hace bastante, así que me leo las reglas antes de que llegue el momento, mientras estoy en la piscina. Las fichas que he ganado a lo largo de los días están en mi bolsa. De plástico negro y rojo, provocan un tintineo cuando las dejo caer entre mis dedos.

Alex ya está sentado en la mesa de póker. Tiene una pierna doblada sobre la otra y las manos entrelazadas sobre su espinilla. Aún practica muchos deportes, lo cual evidencia el montón de músculos que se pueden ver bajo su camisa. Es el heredero de un imperio del *whisky* que prácticamente funciona solo. Demasiado dinero y demasiado poco sentido común.

Sonríe ampliamente cuando me ve.

—Has venido.

—Pues claro. —Levanto mi montón de fichas—. Por favor, dime que vais a darle a la intimidación. Llevo practicando insultos en mi habitación desde hace una hora.

Alex se ríe.

—Esa es la actitud, chavala. Ven, siéntate a mi lado. Calloway llegará pronto. Nuestro querido duque acaba de irse a por más licor. Y tu hermano, pues ni idea. Probablemente esté trabajando en ese trato que está intentando cerrar.

—Sí que le gusta trabajar —digo.

—A todos ellos. Es su único fallo.

Me siento al lado de Alex.

—He oído que os podéis poner muy intensos durante estas partidas.

Alex asiente, señalando la piscina detrás de nosotros.

—Alguien va a acabar ahí dentro esta noche.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque seré yo quien lo tire.

Pongo los ojos en blanco.

—Ay, Dios, te lo he servido en bandeja de plata.

—Efectivamente, y te doy las gracias por ello. —Mira por encima de mí, y su sonrisa se ensancha—. Pero bueno, ¡dichosos los ojos! Por fin se ha despegado del deber de reinar sobre su imperio.

Rafe se une a nosotros. Lleva una copa en una mano y, en la otra, una caja pequeña. Se sienta a mi derecha.

—¿Segura de que recuerdas cómo jugar?

—Sí. Fuiste tú quien me enseñó, así que, si luego resulta que soy mala, ya sabes de quién es la culpa.

Rafe alza una ceja.

—Me gusta esa actitud. —Hace un gesto con la cabeza en dirección a Alex—. Hemos pasado más de una década no dejándonos engañar por los faroles del resto. Nadie conoce los tuyos… Úsalo en tu beneficio.

—Si me entrenas demasiado bien, puede que acabe ganando —le digo—. ¿De verdad quieres que acabe a cargo de decidir el próximo sitio al que iréis para vuestro Finde Perdido?

Rafe se pasa una mano por su oscuro pelo.

—Puedes intentarlo si quieres. E intenta no ser imprudente y enfrentarte cara a cara con Alex; ganará todas las veces.

—Estoy sentado aquí mismo —dice Alex—. Y, gracias.

—No era un halago.

—Por supuesto que lo era.

—¿Le estás dando consejos a tu hermana de cómo ganar? —pregunta West. Ha aparecido frente a mí. Una de sus manos agarra el respaldo de una silla. La gravedad se mueve bajo mis pies, y tengo que enderezarme en mi asiento.

West se quedó dormido en mi cama anoche. Soltó un taco cuando se despertó, me besó la frente y se deslizó fuera de mi habitación lo más sigilosamente posible.

—O se está asegurando de que pierda —digo con ligereza—. Aún no puedo estar segura.

—Nunca haría eso. La familia por encima de todo —dice Rafe, pero muestra una sonrisa torcida que me dice básicamente todo lo contrario.

—¿Dónde está James?

—Ocupándose de su ducado —dice Rafe.

—Cállate —dice una voz cansada y refinada. James coge el sitio libre entre Rafe y West y deja de un golpe una bolsa en la mesa—. Acabemos con esto.

—El entusiasmo —dice Alex—. Es algo sobrecogedor, de verdad. Nos quieres tanto…

—Os aguanto a todos vosotros —dice James—, solo porque debo hacerlo.

West echa una mirada a cada persona en la mesa antes de mirarme a mí.

—Tenemos que comprar nuestra participación. Y no a través de las fichas que hemos ganado, precisamente.

—Es mucho mejor —dice Rafe—. Puedes comprar tu participación en la partida escogiendo una de las dos opciones: o te apuestas un objeto único en su especie de gran valor… o compartes un secreto. Algo que sepas que el resto va a querer oír.

James vuelca la bolsa y de ella sale un fino collar de diamantes que cae serpenteante sobre la mesa.

—Una reliquia familiar. No tiene precio y bla, bla, bla: todo eso.

—¿No nos traes secretos esta vez?

—No. —James cruza los brazos sobre el pecho. Se ha bronceado un poco durante estos días, y ahora su piel no es tan pálida como su pelo—. Disfruto mucho más de los efectos colaterales que causan los vuestros.

Me quedo mirando fijamente los diamantes en el centro de la mesa. Debe de valer… No puedo ni imaginármelo. ¿Y encima es una reliquia familiar? ¿Está de coña? Si el precio a pagar es o algo de valor incalculable o un secreto, el secreto ya tiene que ser bueno.

—Sois unos sádicos —digo—. O masoquistas. Aún no me decido por una de las dos.

—Alex es el masoquista, y James el sádico —dice Rafe—. Yo tampoco voy a comprar mi entrada con un secreto esta vez. Aquí va.

Ofrece un reloj Artemis de una colección antigua, y me quedo mirándolo. ¿Cuántos de esos nos deben quedar ya? Es uno de los originales, de cuando nuestro abuelo empezó con su pequeña relojería suiza. Antes de convertirse en un gigante y de que ese gigante se convirtiera en un imperio.

Alex tamborilea sobre la mesa con sus dedos y mira a su alrededor, a todos nosotros.

—De acuerdo. Entonces es mi turno, y voy a introducir mi intervención con un… lo siento.

—Ya empezamos —dice James—. Si uno de vosotros se enfada tanto como para que no lleguemos a acabar la partida, dejaré de hacerle el mantenimiento a vuestros aviones durante un año entero.

Alex mira a West con un solo encogimiento de sus anchos hombros.

—Lo siento, tío. Bueno, pues, ¿sabéis la última fiesta de Vivienne? ¿La que tenía la temática Paraíso Perdido y a la que solo Calloway podía asistir? Pues llevó a Nora como acompañante, y he oído que parecían estar muy cómodos junto a la mesa de póker.

—Alex —le susurro.

Su mirada azul se desliza hasta la mía, y veo una verdadera disculpa en sus ojos.

—Lo siento, muchachita. Aquí no hay secretos, me temo. Y tengo muchas ansias de ganar.

West está mirando fijamente a mi hermano con expresión inalterable, impertérrita. Como si no hubiéramos hecho nada malo. Como si el corazón no se me fuera a salir del pecho.

—¿La llevaste… —dice Rafe en tono bajo— a una de las fiestas de Viv?

James gime.

—Y es precisamente por esto por lo que deberías haberte traído un objeto, Alex.

—Se me olvidó.

—Mi primo estaba allí, y quería mandarle un mensaje —dice West en tono neutro—. Estuvo a salvo todo el tiempo.

—Solo fue una fiesta —le digo a Rafe—. Fue divertido.

Él sigue mirando a West.

—¿Y parecíais estar muy cómodos?

—Querías que fingiéramos estar juntos. —Su voz es fría y controlada. Podríamos estar hablando perfectamente del tiempo. Se inclina hacia delante y coge sus fichas. Las encierra todas en una de sus grandes manos, moviéndolas entre sus hábiles dedos—. Así que fingimos estar juntos. Tú sabes qué clase de gente va a esas fiestas, Rafe. Y la gente habla.

—Eso era lo que queríamos. Que la gente hablara —le recuerdo a mi hermano. Tengo el corazón aún en la garganta, y la amenaza de un posible enfrentamiento flota en el ambiente, y tiene un sabor amargo. A lo mejor no me he acostumbrado tanto a discutir como yo pensaba.

Rafe suspira.

—Fue un riesgo.

—Solo en parte —dice West—. Y Nora puede hablar por sí misma. Te acaba de decir que se lo pasó bien en la fiesta.

—Y así es, y el acosador también es mi problema. No quiero evitar ir a fiestas solo por un gilipollas —le digo en tono apaciguador —. Vamos a jugar ya.

Mi hermano vacila un segundo antes de asentir.

—Vale. Solo quedan dos compras más para entrar a la partida. ¿Calloway?

Los ojos de West se encuentran con los míos durante un segundo antes de volver a mirar el mar. Podría decir cualquier cosa. Yo también, teniendo en cuenta que es mi turno después. A no ser que él coja ese secreto que compartimos antes que yo, lo suelte en esta mesa y deje que caiga quien caiga.

—La fiesta de Paraíso Perdido —dice— fue en la casa Whitman.

Alex gime.

—Me cago en todo, qué poco sutil.

—Tú no nos lo has contado antes porque querías guardártelo para una compra futura a una partida —dice James.

La mirada de West se desliza hasta la suya.

—Sí.

Él asiente, con una débil expresión de diversión en sus aburridos rasgos.

—Lo respeto.

—¿Estaba Hadrian allí?

—No lo vi. Pero estaba invitado. —West tensa la mandíbula solo un instante—. El sitio estaba medio vacío y hecho un desastre.

—Joder —repite Alex.

Echo un vistazo alrededor de la mesa y me aclaro la garganta.

—Antes era vuestro amigo, ¿verdad? Cuando todos estabais en el internado.

—Érase una vez, sí —dice West.

Hay secretos sin confesar entre ellos, tensándose y palpitando en el aire. Me asombran estos cuatro amigos, más bien hermanos, y ese quinto que desapareció como por arte de magia hace tantos años.

James es quien se anima a hablar al fin.

—Esta noche, es irrelevante. Nora, te toca.

Mis ojos vuelven a caer en los de West y luego en los de Alex, quien está sonriendo.

—El secreto no tiene por qué ser sobre mí, ¿verdad?

—Por supuesto que no —confirma Alex.

Mi mirada se encuentra con la de West. Me está observando bajo esas gruesas cejas, una entera y otra con una cicatriz. Entonces aparto la mirada para mirar a mi hermano.

—Cuando Rafe tenía nueve años…

—Ay, no —gime.

—Ay, sí —dice Alex.

—Perdió al *Monopoly* contra uno de nuestros primos y estuvo llorando seis horas seguidas. Se lo tuvieron que llevar arriba y luego soltó una pataleta en su habitación. ¿Qué fue lo que destruiste? Libros, ¿no? Arrancaste cada página.

—Sí —murmura mi hermano.

—¿Seis horas? —pregunta James.

—Estoy comprometido con la idea de hacer dinero, ¿qué puedo decir? —Rafe me lanza una mirada asesina que, sin embargo, no me hace languidecer. Tampoco me hace sentir culpable.

Le sonrío, triunfante.

—Ups.

Alex levanta las manos.

—Oye, tío, ¿te pasa eso cada vez que pierdes una de estas partidas? ¿Es por eso por lo que luego desapareces seis horas?

—Seis horas… —repite West—, ¿de llanto?

—Muchas gracias por compartirlo con el grupo —me dice Rafe con voz dolida—. Lo aprecio muchísimo.

—Yo sí. —Alex me da unas palmaditas en el hombro—. A partir de ahora vas a jugar con nosotros cada partida.

Noto las mejillas calientes.

—Podría haber sido peor, Rafe.

Mi hermano murmura algo ininteligible y empieza a barajar las cartas. Al otro lado de la mesa, los ojos de West están puestos en

mí. Veo una sonrisa en ellos, y no necesito que hable para ver la felicitación que está tratando de transmitirme. «Bien hecho». El calor se expande por mi pecho y se acumula en mi estómago.

Levanto mis cartas y las mantengo bien cerca del pecho. Los demás hacen lo mismo. Alex gime, y James le dice que se calle y que deje de farolear.

Y entonces empieza el juego.

CAPÍTULO 46



West

—No me puedo creer que hayas ganado —dice Rafe.

Nora no parece molesta ante la incredulidad de su hermano o el hecho de que esta sea la tercera vez que lo dice. Solo se limita a poner los ojos en blanco en el aeropuerto y a encogerse de hombros.

—Os pienso mandar a los peores sitios. Ya tengo algunas ideas.

—Puede que este sea un buen momento para recordarte que soy tu favorito —dice Alex. En unos momentos se irá con James y Rafe de vuelta a Europa en el avión de Rafe. Pararán en Londres antes de volar de vuelta a París.

Y no es su favorito.

Pero yo no digo nada. Me trago la irritación que me lleva picando por dentro todo el viaje: irritación por tener que fingir no estar con ella y tener que fingir que sigue siendo la hermana pequeña de mi mejor amigo y nada más.

Tener que fingir que no ha cambiado mi mundo por completo.

James me pone una mano en el brazo cuando ya estamos en el hangar esperando a embarcar. Hace un asentimiento de cabeza hacia la variedad de bebidas y *snacks* que hay en la sala de espera privada.

Camino con él hasta allí.

—¿Sí?

—Te vi. —Se prepara un *gin-tonic* con perfecta precisión—. Te vi salir del cuarto de Nora ayer por la mañana.

Me rechinan los dientes.

—James…

—Hemos hecho muchas idioteces juntos —me dice—. Pero ¿de entre todas las cosas…?

—Lo sé. —Echo una mirada por encima del hombro, descubriendo a Alex, Rafe y Nora charlando a media sala de distancia.

—Esto va a acabar mal.

—Eso ya lo sé.

—¿Es por eso por lo que ella no sabe que tienes que casarte? —Alza la copa hasta sus labios. Como siempre, James está en perfecto estado, elegante y sereno, salvo por las ojeras. Este hombre nunca duerme.

—Lo estoy gestionando.

—Pero en realidad no lo estás haciendo —dice calmadamente. Echa una mirada a Rafe y de vuelta a mí—. ¿Está enamorada de ti?

—No. Quiere practicar lo que es tener una relación, y quiere amor verdadero algún día. Una relación de verdad. No un matrimonio de conveniencia. —Me pongo un dedo de *whisky* escocés. Es demasiado temprano y nos quedamos despiertos hasta bien tarde, y quiero huir muy lejos de esta conversación.

James me mira, sus ojos grises como el acero siempre viendo a través de mí más de lo que a mí me gustaría.

—Espero que tengas razón —me dice—. Por el bien de todos.

Nos unimos a los demás y bajamos a la pista. Los aviones están aparcados uno al lado del otro. El fabricante de los aviones de James es uno de los mejores y más antiguos de Inglaterra, y también supervisó la construcción de los nuestros.

Nora y yo nos despedimos de los demás y nos subimos a mi avión. Parece cansada y un poco más morena, y me dedica una sonrisa alegre una vez se acomoda en su asiento.

—Qué ganas tengo de irme a casa —me dice.

«Casa».

Se refiere a mi casa. Se refiere a Fairhaven, y, joder, es un dardo que me atraviesa por entero.

—Lo has hecho verdaderamente bien en este viaje.

—Sí que lo he hecho bien, ¿eh? —Se pone el cinturón—. No me puedo creer que ganara.

—Yo sí.

Se gira hacia mí, descansando la cabeza en el respaldo. Tiene un aire relajado, pero sus ojos muestran determinación.

—¿En qué estás pensando? —le pregunto.

—Una vez volvamos a casa —me dice—, quiero que volvamos a salir en público, y quizá que nos enrollemos como en el Instituto de Moda. A ver si me vuelve a escribir.

—¿En serio? —Me inclino y encuentro su mano. Entrelazo sus dedos con los míos—. Nunca te pediría que fueses un cebo.

—Lo sé. Pero quiero acabar con esto de una vez por todas. —Baja la vista a mis dedos, entrelazados con los suyos—. Pongámosle una trampa.

CAPÍTULO 47



Nora

—¿Tienes miedo?

Levanto la mirada para mirar a West.

—No.

Una sonrisa curva sus labios ante mi rápida respuesta. Mira a la gente a nuestro alrededor, los puestos de comida, el caos. Estamos en un embarcadero que queda a una hora de King's Point, al oeste, para una regata de vela.

—Puedes decirme que sí lo tienes —me dice—. No te lo voy a reprochar.

Me molesta un poco lo fácil que le ha resultado leerme.

—Sé que no lo harás —le digo—, pero no tengo miedo. Más bien estoy… tensa.

—Tensa —repite.

—Sí. —Es raro saber que él puede estar por aquí, mirándonos, observándonos a ambos incluso en este momento. Es perturbador, aunque ese fuera precisamente el objetivo. West hasta se aseguró de que su asistencia al evento se anunciara de antemano.

Su mano se desliza por mi brazo, llegando hasta mi codo, donde se queda.

—Todo está bien. Estás a salvo.

Miro por encima del hombro de West y cruzo la mirada con Sam un breve instante. Hoy lleva una gorra azul con el nombre de un

club de yates, una camiseta y unos vaqueros desgastados. Lleva una cerveza en la mano.

Es solo un asistente más.

Las puntas rizadas de su pelo ocultan el pinganillo que lleva en la oreja. Él me devuelve la mirada solo un instante antes de volverse para charlar con otro guardia encubierto.

Me muevo más cerca de West.

—Lo sé. Y, aun así, me siento…

La última vez que estuvimos juntos en público, la pantalla de mi teléfono se encendió. Estamos esperando que ocurra exactamente lo mismo hoy: que West y yo podamos provocar al acosador para que me contacte si nos está observando en persona.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta—. Cuéntamelo.

—¿Esto también es una lección? —le pregunto, esforzándome por usar un tono liviano—. ¿De cómo compartir nuestros sentimientos?

—No estoy seguro de ser el más indicado para enseñarte esa lección —admite.

—Pues tengo una gran especialista que podría recomendarte: la doctora Zeina Fares. Aunque sus sesiones suelen ser principalmente en francés.

El rostro de West no cambia. Cuando tiene esa expresión en la cara, me resulta fácil ver al hombre que un día creí conocer: arrogante, algo frío, huraño. Pero ahora veo diversión en sus ojos color miel.

—¿Le podría preguntar cosas sobre ti?

—No. Ya te lo dije: es información privilegiada.

—Lo que daría por escuchar vuestras conversaciones.

Sacudo ligeramente la cabeza.

—Estoy segura de que supondría una diversión sin límites para ti, pero…

—No sería nada divertido —me corta—. Sería esclarecedor.

—Soy un libro abierto —le digo.

West alza la ceja donde tiene la cicatriz.

—¿Que tú eres un libro abierto?

—Comparada contigo, lo soy. —Mi mirada pasa de él a los barcos, que avanzan más allá del embarcadero sobre las rugientes olas para llegar aquí. Ya han virado por la parte más alejada de la trayectoria marcada—. Tú antes competías en estas cosas. Vi los trofeos en la biblioteca.

—Sí. —La respuesta llega fácilmente, inalterable—. ¿Te gustó navegar la semana pasada?

—Sabes que sí. —Detrás de nosotros, fuera de la zona VIP, veo a alguien pasar con una gran cantidad de globos en la mano—. ¿Crees que está observándonos ahora mismo?

Los ojos de West se oscurecen.

—Eso espero. Y si nos está observando… —Me echa la cabeza hacia atrás y me coloca un mechón de pelo en apenas un roce. Sus ojos resultan inescrutables. Indescifrables—. Verá que eres mía.

Deslizo las manos por su amplio pecho y por el lino ligeramente áspero de su camisa. Es un caluroso día de primavera y en el aire flotan las risas y los gritos dirigidos a los barcos de vela que van pasando. Del mar viene un viento fuerte, y estamos bajo el calor del sol.

—Cuando te miro así, ¿vuelvo a dar la impresión de que estoy profundamente enamorada de ti?

—A ver, prueba —me dice. West es mucho más de lo que un día lo creí ser. Hay mucho más dentro de él y que le hace ser quien es: más dimensiones, más intriga. Aún consigue captar toda mi atención cuando está cerca de mí. La consume.

Mirarlo como si estuviera enamorada puede que resulte ser lo más fácil del mundo.

—Mira qué sonrisa tan preciosa —dice West—. Ahora te voy a besar.

Inclino la cabeza en un leve asentimiento.

—Va a parecer posesivo —me advierte.

—¿Esa no es precisamente la gracia? —Levanto la barbilla, dejando mis labios a apenas centímetros de los suyos.

Sus ojos sueltan un destello y luego presiona sus labios contra los míos. Es un beso ardiente, exigente. Es el tipo de beso que me ha dado en privado anteriormente: ligeramente boquiabierto, cálido, capaz de aturdirme. Me agarro de su cuello y siento que el mundo se mueve bajo mis pies cuando su lengua roza la mía.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo hasta quedarse justo encima de la curva de mi trasero. Por apenas un centímetro están demasiado bajas como para que resulte un gesto absolutamente decente. Me ha atraído hacia sí y ya no queda ningún espacio entre nosotros, como si de verdad yo fuera suya. Como si estuviera sintiéndose posesivo.

Como si la gente a nuestro alrededor no importara.

O a lo mejor sí que importan y lo que estamos haciendo es una declaración para todos ellos. Aquí estamos, y mirad lo compatibles que somos, lo mucho que pegamos. Mirad lo mucho que nos deseamos el uno al otro.

Le muerdo el labio inferior, y West gime en mi boca.

—Eres una novia falsa tan buena…

—¿Lo soy?

—La mejor novia falsa que he tenido. —Su mirada vuelve a caer a mi boca—. Se te han quedado los labios enrojecidos.

Me siento ligera, como uno de esos barcos de vela en el mar balanceándose a través de las olas. Alguien toca el hombro de West, y él lanza una mirada asesina al intruso.

—¿Sí?

—Lamento interrumpir, pero Terry, de la asociación de vela, quiere hablar con usted. Algo sobre la ceremonia de premios. Vio que estaba aquí, y… —Madison se encoge de hombros. Da un paso hacia delante y baja la voz—. Michael ha sugerido ver qué ocurre si Nora se queda sola. Puede que el acosador le escriba entonces.

West baja la vista para mirarme.

—No pienso dejarla.

—Vete —le digo—. Sam está justo aquí, y sé que tengo todos los ojos de los guardias puestos en mí. Está bien. Veamos si funciona.

West me besa la frente.

—Vale. Pero no me hace ninguna gracia.

—Me lo apunto —le digo con una sonrisa. Entonces le pongo una mano en el pecho—. Ahora, vete.

Camina hacia el podio de la entrega de premios. Madison vuelve a desaparecer entre el gentío de la zona VIP que hay a mi alrededor, y yo bebo un trago de mi champán.

Inhala. Exhala.

Quiero encontrar a este desgraciado.

Quiero acabar con esto, y quiero que mi vida vuelva a la normalidad. Empezar de cero. Dejar de tener miedo…

Una mano me agarra el brazo y tira de mí hacia atrás, hacia el final de la carpa. Echo el codo hacia atrás como West me ha enseñado, yendo a dar con el cuerpo blando de alguien. Oigo un gemido bajo, amortiguado.

Me giro con la rodilla ya alzada a la mitad.

—Mierda. Para, para…

Mi rodilla se para a escasos centímetros de la ingle de Dave. El primo de West. El hombre frente al que fingimos en la fiesta de Paraíso Perdido.

La última vez que lo vi estaba en una habitación llena de humo de tabaco, jugando al póker en la mesa con apuestas más altas de las que podía imaginarme. Ahora está frente a mí, bajo el sol abrasador.

—¿Qué? —le pregunto.

Él no puede ser el acosador. Es imposible. Tiene que ser imposible.

—Solo quería hablar contigo. —Tiene las manos presionadas contra el lateral de su estómago—. Joder, qué reflejos.

—¿Y qué tal si me hablas primero? ¿Por qué ibas a…?

Sam está ahí al instante siguiente, de pie detrás de mí y con un brazo estirado presionando el pecho de Dave.

—Apártate.

—Está bien. Todo bien —digo rápidamente—. ¿Por qué ibas tú a querer hablar conmigo?

Los ojos de Dave se disparan, primero hacia mi guardia y luego hacia mí.

—Porque es casi imposible pillarte sola. Quería hacerte una oferta.

—¿Una oferta?

—Sí. No tenemos mucho tiempo. —Le echa otra mirada a Sam—. Está claro que sabes de la cláusula de matrimonio para conseguir Fairhaven. Estás saliendo con mi primo.

Le dedico una sonrisita para ocultar la agitación en mi interior.

—Estoy saliendo con West, sí.

—Y eres la hermana pequeña de Raphaël.

—Lo soy, sí. ¿Lo conoces? —Mi pregunta suena educada, pero no puedo evitar dejar entrever la tensión que cargan mis palabras. No me gusta este hombre. No me gusta cómo me ha traído hasta aquí.

—No he tenido el placer. —Dave mira por encima del hombro en dirección al gentío, como si estuviera esperando que West apareciera en cualquier momento—. Claramente te estás preparando para casarte con él antes de su trigésimo cumpleaños. Estoy seguro de que crees que la recompensa será justa, y que le estás haciendo un favor. Pero piensa lo que estás aceptando en realidad —dice rápidamente—. Una vida atada a un Calloway no es una vida feliz.

No dejo que la máscara neutral que me he puesto se caiga lo más mínimo. Tengo mucha práctica en ser buena y educada y, ahora mismo, estoy esgrimiendo ese poder como una espada. Echo una mirada a su mano izquierda.

—Tengo entendido que tú mismo estás casado.

—Sí —me dice—. Lo estoy. Escucha, no tenemos mucho tiempo. Si Weston te dijo que podríais divorciaros en un par de años, probablemente te esté mintiendo. Es muy difícil librarse de un fideicomiso. Dime cuánto te está pagando, y te prometo que te lo doblaré si le dejas.

—Doblarme lo que me está pagando —repito.

El sudor brilla en su frente.

—Lo triplicaré si esperas hasta una semana antes de su cumpleaños para decir que no te casas. Solo tendrás que engañarle hasta entonces.

Hay varias cosas que encajan en mi mente al mismo tiempo, y me lleva un momento encontrar las palabras adecuadas. Me lleva un momento dejar la ira salir, pero cuando lo hace, arde.

—No estoy con él por dinero.

Dave se ríe. Es un sonido breve y rígido, impostado.

—Claro, claro, por supuesto que no. Mira, si prefieres tener esta conversación en un lugar menos público, estoy disponible. —Presiona una tarjeta de visita contra la palma de mi mano—. Tú solo piénsalo.

Siempre ha habido una extraña insistencia con el tema del matrimonio: la madre de West, los comentarios de la gente… «La cláusula de matrimonio para conseguir Fairhaven».

—Gracias —le digo—, pero no necesito que me salve nadie, ni tampoco quiero tu dinero.

Dave abre los ojos, como si se estuviera dando cuenta ahora de que soy una idiota.

—No puede darte amor. Eso tienes que saberlo ya, seguro. Sea lo que sea lo que te ha prometido, nunca se convertirá en algo real.

—¿Y tú de eso qué vas a saber? —le pregunto. Mi voz aún suena amable, pero rezuma falsedad—. ¿Eres tú acaso la persona que duerme con él cada noche?

Nunca le había hablado así a nadie.

A nadie que no sea West.

Dave sacude lentamente la cabeza, y veo un gesto de incredulidad en su cara.

—No me puedo creer…

—¿No puedes creerte el qué? —La voz de West es gélida en contraste con el calor primaveral. Se mete en el pequeño espacio disponible entre Sam y mí y me abraza la cintura, su agarre fuerte y estabilizante—. ¿Qué es lo que no te puedes creer, Dave?

Su primo es unos centímetros más bajo, así que tiene que levantar la cabeza para mirar a West con los ojos entrecerrados. Toda pretensión de cortesía desaparece de su cara.

—¿Hoy no compites?

—Tenía mejores cosas que hacer —dice West—. No estarás molestando a mi novia, ¿verdad?

—Solo la estaba saludando, viendo que se va a convertir en parte de la familia y todo eso. —La sonrisa de Dave es como una cuchilla —. Pasadlo bien.

—Igualmente —dice West en una voz que deja claro lo que realmente quiere decirle: «Vete a la mierda». Dave me lanza otra mirada y después se va en dirección al aparcamiento, lejos del océano.

West me mira. Tiene los ojos entrecerrados, y su brazo está tenso alrededor de mi cintura.

—¿Estás bien?

—Sí. Ningún mensaje ni llamada. —Ladeo la cabeza—. Pero creo que acabo de enterarme de algo que puede ser muy interesante.

Sus labios se convierten en una fina línea.

—¿Qué te ha dicho?

CAPÍTULO 48



Nora

—Me ha ofrecido dinero para que no me case contigo —le digo.

La cara de West se vuelve pálida y su expresión, cautelosa.

—Aquí, no —me dice, y me coge de la mano. Mira por las mesas a nuestro alrededor y a la gente charlando, bebiendo. Riéndose.

Coge una silla y la gira para que dé al mar. Lejos de quienes están a nuestro alrededor. Se hunde en el asiento y me acerca hacia él.

—¿Quieres que vuelva a sentarme en tu regazo?

—Sí. Se nos da bien eso.

—Estoy molesta contigo.

—Sé que lo estás. Lo veo. —Abre los brazos para mí—. ¿Puedes estar molesta conmigo y a la vez dejar que te tenga entre mis brazos?

Dudo durante un segundo antes de sentarme en su regazo frente a toda esta gente, bajo el brillante sol de primavera. Dejo caer mi brazo alrededor de sus hombros y me siento de lado para que pueda seguir viendo su cara. Hemos venido a dejar un cebo para el acosador, y vamos a seguir con el plan.

—Así que estás buscando comprar una esposa.

Su expresión no cambia, pero sus ojos se deslizan hasta los míos, cautelosos y del color del *whisky.*

—No. No es así.

—¿Ah, no? Pues yo habría jurado haber oído algo sobre una cláusula de matrimonio, Fairhaven y tu trigésimo cumpleaños. —Ladeo la cabeza—. Tu primo me ha ofrecido el triple de lo que supuestamente me estás pagando para que no siga con esto. Déjame adivinar: ¿él se queda con la casa si no lo haces tú?

West suelta un suspiro.

—Por supuesto que ha hecho eso.

—¿Es cierto? —Deslizo mi mano por su pelo y lo miro como si estuviera absoluta, profundamente enamorada—. Que puedes perder Fairhaven.

—Es cierto.

—Oh. —La palabra es simple y breve, pero supone, aun así, una pieza del puzle con la que por fin puedo completar la imagen. Y entonces llega el dolor—. ¿Y por qué no me lo habías contado?

No aparta la vista de mí, pero sus ojos vuelven a entornarse.

—Porque no quería complicar las cosas.

—Complicar las cosas —repito despacio. No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido. ¿Por qué iba a querer él impedirle a su madre seguir emparejándolo con mujeres si lo que necesita precisamente es un matrimonio? ¿Por qué accedería él entonces a fingir salir conmigo?

No tiene sentido.

Ladeo la cabeza de nuevo.

—¿Nos está mirando la gente ahora mismo?

—No tengo forma de saberlo. Solo te estoy mirando a ti —me dice.

—Y si el acosador nos está mirando…, si queremos que pierda el control y cometa un error…, entonces debería mirarte como si cada noche echáramos los mejores polvos de la historia.

Los ojos de West son de un tono más claro de lo normal bajo el sol. También son cautos. Puede oír el verdadero tono de mi voz.

—¿Adónde vas con esto?

—Has estado presumiendo de mí con tu familia. Con tus amigos. En tu fiesta, en la ciudad, en los restaurantes a los que hemos ido.

Hemos sido fotografiados juntos y se han escrito cosas sobre nosotros. Todo ello para mandarle un mensaje al acosador… ¿pero acaso no ha hecho todo eso que te resulte a ti más difícil encontrar una esposa?

La mano que descansa en mi muslo se tensa.

—No quiero encontrar una esposa de esa manera.

—Pero necesitas una. Y tu familia lo sabe. —La irritación se expande por mi pecho—. Por eso tu madre era tan insistente y no dejaba de intentar emparejarte con otras mujeres. Era por eso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no quieres su ayuda? ¿No quieres quedarte con Fairhaven?

—Claro que sí. Mis abogados han estado trabajando en encontrar una solución. —Aprieta la mandíbula, y en su rostro no veo más que aceptación, derrota.

—¿Cuándo te enteraste de esto?

—Hace dos años. Después de que mi padre muriera.

—Y aún no has encontrado una solución —susurro.

—No. Lo hemos intentado, pero el fideicomiso es… invulnerable. —Lo noto como si fuera una estatua de piedra debajo de mí, penetrante e inmóvil, como si no estuviera precisamente disfrutando esta conversación. Pero está aquí. Está respondiendo a mis preguntas—. Tenemos un acuerdo prenupcial redactado como borrador. Si no hay otra forma, tenía planeado casarme. Pero solo sería un matrimonio a nivel legal. Y no pienso darle a mi madre la enorme boda y el gran evento de sociedad que tanto ansía.

Los celos se extienden por mi cuerpo, como si fueran barcos de vela luchando contra las olas saladas.

—¿Y tu esposa viviría en Fairhaven?

—No. Solo sería un matrimonio en papel, no una relación de verdad. —Sus ojos están fijos en los míos—. Estás enfadada.

—Sí —le digo—. Tiene gracia, ¿no? Eres tú precisamente el que me ha enseñado a enfadarme. A lo mejor te estás arrepintiendo

ahora.

—No. Siempre voy a recibir tu ira de buena gana, Nora. Quémame con esa ira tuya cuando me lo merezca.

Tomo una profunda inspiración.

—Esta vez estamos discutiendo de verdad.

—Eso parece, Problemas.

—¿Por qué no me lo ibas a decir?

—Porque lo estaba gestionando.

Trazo el borde de su mandíbula, y el papel que se supone que tengo que hacer se me escapa de la mente.

—¿Pero qué tipo de fideicomiso es ese, de todas formas? ¿Es legal acaso?

—Por desgracia —me dice—. Tengo que estar casado para cuando tenga treinta años, o si no la propiedad irá a parar al siguiente heredero varón casado de los Calloway. —Inspira profundamente—. Y ese es Dave.

Parpadeo varias veces, aún mirándolo.

—Qué bárbaro.

—Sí. Es arcaico, un insulto a mi hermana y, honestamente, un insulto para toda la familia. Papá creyó que había cambiado el fideicomiso, o eso dice mamá. Se suponía que tenía que asegurar que Fairhaven no acabara repartiéndose, dividida entre un creciente montón de descendientes. Solo puede heredarla un único Calloway; uno que esté casado y listo para producir descendientes propios.

—Dave —murmuro—. Estaba en esa fiesta…

—Sí. Tú lo has visto apostar. —Los ojos de West brillan con irritación—. Apostaría toda la propiedad el mismo día que se incluyera su nombre en la escritura. Se la vendería al mejor postor.

—West —le digo—. ¿Por qué no me lo dijiste?

West suspira, y su expresión es ilegible.

—Porque lo estaba gestionando. Aún lo estoy gestionando.

—Esa no es una respuesta real. Si tú quieres mi honestidad, yo quiero la tuya a cambio.

Respira profundamente una vez más.

—No quería que te preocuparas. La cláusula no implica que tengamos que dejar nuestras lecciones, y no quería que creyeras que solo estarías bajo mi protección hasta una fecha determinada. Si no hemos pillado al acosador para entonces… —Hace una pausa cuando su voz comienza a decaer—. Si no, estarías invitada a quedarte conmigo para siempre.

—¿«Para siempre»? —repito sus palabras—. Incluso aunque ahora no quieras una, querrás una verdadera esposa algún día.

Echa la cabeza hacia atrás en la silla.

—No, no la querré.

Eso me duele. No debería, pero me duele, me duele su insistencia en que no quiere el tipo de relación que yo deseo. El tipo de amor verdadero que siempre he querido experimentar algún día. El tipo de amor que ha estado creciendo dentro de mí y que es por él, y que ahora siento que puede llegar a ahogarme.

—Entonces supongo que ambos tenemos nuestras fechas límite —le digo.

Su expresión se oscurece.

—No es lo mismo.

—¿No lo es? —le rebato—. Tú tienes que estar casado antes de cumplir los treinta. Yo no quiero seguir siendo virgen para cuando cumpla los veinticinco. A ambos nos quedan pocos meses.

West aprieta la mandíbula.

—No son cosas comparables entre sí.

Me encojo de hombros, como si esto no me supusiera nada de nada, como si el corazón no me estuviera doliendo.

—No, tienes razón. Lo tuyo es mucho más serio.

—Debería habértelo dicho. —La mano libre de West inclina mi cabeza para que lo mire a los ojos—. Nunca quise que creyeras que esta pudiera ser una posibilidad.

—Pero lo es —le digo—. Tú no eres un hombre que pierde.

—Nora.

—No será una de las mujeres con las que tu madre quiere que te cases —supongo—. No será una boda grande. Puede que sea con

una de tus asistentes, o alguien con quien trabajes. Alguien a quien pagues. O un trato donde haya un *quid pro quo.* Pero tú no vas a perder Fairhaven.

—Nada tiene por qué cambiar —me dice—. Nada. ¿Me oyes? Entre tú y yo, nada tiene por qué cambiar.

—Cambia todo —le digo—. Es la única certeza en la vida.

Sus dedos se hunden en mi cintura, tensándose hasta que puedo sentir las yemas de sus dedos.

—Nadie me va a controlar. Ni mi madre ni un fideicomiso escrito por un hombre que lleva muerto casi un siglo.

—Y, aun así… —le digo, recorriéndole desde el cogote hasta la mandíbula con la uña—, tú estás buscando una esposa, y eso tiene completamente todo que ver con él.

West aprieta los dientes, como si odiara ese hecho. Me apuesto lo que sea a que así es.

Nunca antes me había sentido así. La ira, el deseo, la frustración… Todo se fusiona a su alrededor. Y alrededor de Fairhaven. No puede perderlo. Pues claro que no puede.

Yo tampoco quiero perderlo.

—Señor. —Es Madison de nuevo. Asiente mirando a West y luego a mí—. Siento interrumpir, pero hemos capturado a alguien que estaba haciendo fotos de ustedes dos juntos. Michael está interrogándole en estos momentos.

El rostro de West se endurece.

—Llévame hasta él.

RAFE, WEST Y NORA

WEST: Acabamos de pillar a alguien fotografiando a Nora. Es solo uno de varios fotógrafos contratados para seguir a Nora, o eso dice. Trabaja para una agencia de seguridad encubierta.

NORA: Adivina quién le contrató.

RAFE: ¿Qué cojones? ¿Cómo habéis conseguido que hable?

WEST: El tío es un matón. Lo único que tienes que hacer es pagarle más.

NORA: Ben Wilde le contrató. Wilde, ¡¡el tipo con el que andas negociando!!

RAFE: Mándame toda la información que tengas.

WEST: No la compartas con tu equipo.

RAFE: No lo haré.

NORA: Nunca quisieron acosarme. Es justo como tú me dijiste de broma. Querían molestarte a ti, que te distrajeras de tu objetivo y tu trabajo y fallaras. Los Wilde han odiado a papá

durante décadas, Rafe. Siempre dijeron que no venderían la empresa. Y ahora los tienes acorralados.

RAFE: El topo en mi oficina… probablemente sea alguien a quien Ben Wilde contrató. Joder.

WEST: A lo mejor querían que volaras a Nueva York presa del pánico. A lo mejor solo te querían fuera de juego.

RAFE: Sea lo que sea, los Wilde lo van a pagar.

WEST: No veo la hora.

CAPÍTULO 49



Nora

—Sigues enfadada conmigo.

Sus palabras no son una acusación; son solo una afirmación de un hecho, emitida desde su sitio a los pies de mi cama. Ha sido un día largo, más aún por toda la información que ha salido a la luz, y aún estoy enfadada.

Pero también me siento aliviada y dolida y frustrada, y soy una mezcla de emociones. Me siento de todas las formas posibles a la vez. Antes de él, lo habría escondido todo en lo más profundo de mí. Me habría puesto una sonrisa de pega sin importarme a qué precio.

—Sí —le digo, porque ya no soy esa persona de antes.

—¿Sigues queriendo que duerma aquí? —Parece tenso, su oscuro perfil recortado contra la luz de mi mesilla de noche.

—Sí —digo de nuevo para después retirar las sábanas.

Se le hunden los hombros como si estuviera aliviado, como si hubiera estado esperando lo contrario. Se desabotona la camisa mientras yo lo observo tumbada en mi lado de la cama.

—Estás molesta —me dice—, y lo entiendo. Estoy acostumbrado a verte molesta conmigo. Ese era nuestro *statu quo.* Antes.

—Antes —repito. Se deshace de los pantalones, y es todo músculos largos y piel morena. Fue al médico a que le revisaran el corte que se hizo en el hombro, y ahora está todo cubierto de gasa.

Está hecho de forma mucho más profesional que lo que yo pude apañarle en Costa Rica.

Se mete en la cama por el lado que, de alguna forma, ya se ha convertido en el suyo.

Estiro la mano para rozarle la mejilla con los dedos. Su piel es seca y algo rugosa bajo mi tacto. Hoy no se ha afeitado, y me encanta la sensación bajo mi palma.

Cierra los ojos. Yo repito el movimiento, trazando su rostro hasta la sien y la cicatriz de su ceja.

—O sea, ¿que tu padre creyó haber arreglado lo del fideicomiso?

—Sí. —Su voz denota cansancio, resignación, pero no huye de mi tacto—. Mi madre y mi padre se casaron a los veintitantos años.

—Siento mucho que lo perdieras. Mi padre también murió hace unos años.

Los ojos color *whisky* de West ahora se abren.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Echas de menos al tuyo?

—Siento que lo odio un poco más con cada año que pasa. Pero sí, aun así, lo echo de menos.

La absoluta honestidad con la que hace tal afirmación me hace sonreír.

—Conozco bien ese sentimiento —murmuro—. ¿Cómo era?

—A mí me parecía un dios cuando era pequeño. —West sacude ligeramente la cabeza—. Y luego se convirtió en un tirano. Ni él ni mi madre estuvieron nunca hechos para ser padres. Tampoco estaban hechos para estar casados el uno con el otro.

—Tu madre nunca me ha mencionado a tu padre —murmuro—. En nuestras conversaciones, digo.

—Mis padres no tuvieron lo que yo llamaría un «matrimonio exitoso», exactamente.

—¿Cómo era su matrimonio?

—Pues, cuando era pequeño, yo creía que estaban enamorados. Supongo que lo estaban, a su manera. Pero era un amor que lo consumía todo. Era tóxico. Yo descubrí la primera aventura con doce

años, y fue a los trece cuando les dije que lo sabía. Y entonces me enviaron a Belmont poco después.

Mis dedos se paran en su mejilla.

—¿Qué hicieron qué?

—Pillé a mi padre en las pistas de tenis, así que fui a contárselo a mi madre. Resulta que ella ya lo sabía. —Suelta una risa entre dientes, pero no es precisamente una risita feliz—. Mi madre tenía sus propias aventuras, y justo acababa de reconciliarse con mi padre. Resultaba inconveniente tenerme allí. Veía demasiadas cosas.

—West… Eso es horrible.

—Ya —me dice, encogiéndose de un solo hombro—, supongo. Pero así era su matrimonio, y ninguno de los dos lo rompió porque eso tampoco era posible. Los Calloway no se divorcian —me dice en un seco tono irónico—. De puertas para fuera eran un matrimonio fantástico: la espectacular pareja perfecta. Recuerdo una de sus fiestas de aniversario. Mi madre subió al escenario y le dedicó un precioso discurso a mi padre. La gente estaba ensimismada. Por supuesto, en ese discurso había varias pullas entre líneas, porque así les gustaba jugar a ellos.

—Suena terrible. —Y algo con lo que puedo identificarme. Era pequeña cuando mis padres se divorciaron, pero yo también recuerdo las peleas.

—Durante todo ese discurso, mi madre llevó puesto un collar de diamantes que su amante de ese momento le acababa de comprar.

—Ay, Dios.

Sacude ligeramente la cabeza.

—Era lo que había. Pero yo no quiero acabar en esa situación. No quiero ver cómo la otra persona se llena de resentimiento y de ira porque se siente, y está, atrapada.

—Ese no será tu caso. —Rozo con mis dedos la línea de su mandíbula. Siempre ha sido guapo; eso lo vi desde el principio. Pero ahora su belleza me resulta dolorosa, por lo mucho que adoro mirarlo. Lo mucho que adoro tocarlo—. Por si sirve de algo, yo creo que serías un buen marido.

Sus ojos se oscurecen.

—¿En serio?

—Creo que he llegado a conocerte bien durante estos últimos meses, ¿no te parece?

Las manos de West se deslizan bajo la camisola que llevo puesta, rozando la piel desnuda de la parte baja de mi espalda.

—Durante años no te gusté. ¿Significa eso que te he empezado a gustar?

Paso el dedo por su ceja, su cicatriz ya suavizada con el paso de tantos años.

—Puede.

—«Puede», dice —murmura—. Qué severa.

—A ti te gusta que sea severa.

—Sí me gusta, sí.

Sonrío un poco.

—Es posible que seas la única persona a la que le gusta.

—No —me dice—. Defiéndete más a menudo y verás que a la gente no le importa tanto como tú te imaginas.

Me muerdo el labio inferior.

—¿Recuerdas la fiesta de Navidad de hace unos años? Cuando te pregunté…

West frunce el ceño.

—¿Junto a la chimenea?

—Sí. No estaba segura de si te acordarías.

Su pulgar acaricia mi piel, arriba y abajo.

—Me acuerdo.

—Bueno, pues a mí me gustabas antes de ese día. Había estado bebiendo esa noche, y pensé… —Me encojo ligeramente de hombros, y la vergüenza tiñe mis mejillas—. En fin. El caso es que no estabas interesado.

—Nora —murmura con los ojos entornados.

Pero yo necesito seguir hablando, o si no nunca llegaré a compartirle nada de esto. Y ahora que he empezado a hablar del pasado, quiero sacarlo todo fuera.

—Medio año después, asististe a una fiesta que organizó mi padre en la casa junto al lago de Como. Todo vuestro grupo asistió. Yo estaba arriba, en el balcón que daba al lago… tomándome un respiro. Y tú estabas abajo. Hablando con Alex.

West aprieta la mandíbula.

—Continúa.

—Oí vuestra conversación por casualidad —le digo—. Alex dijo que estaba preciosa aquella noche, y te preguntó si sabías si estaba soltera.

—Me acuerdo. —Sus cejas ahora están más bajas—. ¿Y yo qué le respondí?

Me mojo los labios.

—Si te acuerdas, ¿para qué voy a seguir contándolo?

—Cuéntamelo —me dice—. Cuéntame lo enfadada que has estado conmigo por ello.

—Tú dijiste que era bastante guapa, pero aburrida. Que era… la última persona con la que saldrías.

West cierra los ojos. Está quieto como una estatua, a apenas unos centímetros de mí.

—Sí. Sí que dije todo eso.

—Yo te odié por ello —digo en un susurro. Fue lo que acabó por llevar a la tumba mi estúpido enamoramiento. Y ahora quiero que sea él quien sufra recordándoselo, porque se va a casar y nunca me lo dijo. Aunque sea solo una mera transacción de negocios. Y aunque sepa que lo nuestro nunca podrá ser por culpa de mi hermano y del estúpido pacto que tienen.

West abre los ojos, y esta vez los veo arder.

—Bien. Nunca fue mi intención que escucharas nada de eso.

—Bueno, pues entonces ambos hemos cambiado nuestra opinión del otro, ¿no? Porque yo no soy insípida en lo más mínimo.

—No sentía ni una sola palabra de lo que dije.

Pongo los ojos en blanco.

—Claro, claro. Entonces, por qué ibas a decir eso…

—Porque lo quería lejos de ti.

Tengo el corazón en la garganta.

—¿Por qué? No hablabas conmigo. Rara vez me mirabas siquiera.

—Eres la hermana pequeña de mi mejor amigo —me dice, y noto agonía en su tono—. Lo eras entonces y lo sigues siendo ahora. No podía haber nada de miradas ni de interacción. Estabas prohibida. Alex lo sabía, pero él era o, más bien, es, un insensato. —West aprieta la mandíbula—. No era lo suficientemente bueno para ti.

—Estabas celoso —susurro—. Incluso entonces.

—Sí, lo estaba.

La confesión hace que se me encoja el estómago.

—Oh.

—Nunca tendrías que haber oído nada de eso. Fue toda una mentira. —Su mano derecha encuentra la curva de mi cintura bajo las sábanas y la deja ahí, justo donde suele poner su mano—. No me digas que te lo creíste, problemas.

—Pues sí —admito.

West resopla.

—De todas las personas… Tú, no. Tan segura, tan llena de vida, tan espectacular. Siempre ofreciendo amplias sonrisas a todo el mundo, con esas largas piernas y ese pelo tan brillante. Dolía mirarte. —Sus ojos siguen el movimiento de su mano deslizándose por mi cuello hasta quedarse en mi clavícula—. ¿En serio creías que no me gustabas?

—Antes sí lo pensaba. Pero ya no.

—Gracias a Dios.

—Eso es precisamente lo que hizo que me sintiera cómoda discutiendo contigo al principio —le digo, honestamente. Mi enfado se está disipando, siendo reemplazado por frustración y calidez. Por su confesión. Nunca lo dijo en serio.

Ojalá las cosas fueran más sencillas. Que esta burbuja que compartimos aquí él y yo nunca acabara, nunca dejara de existir, nunca explotara.

—Pues entonces agradezco lo que pasó —me dice mientras me atrae hacia su pecho—, si fue eso lo que me permitió ver tu

verdadero yo.

CAPÍTULO 50



West

Quiero que todas las noches sean como esta.

Con Nora sentada frente a mí en el invernadero de naranjos mientras cenamos juntos, con el pelo despeinado y una verdadera sonrisa en la cara. Hablándome de su último diseño y de lo nerviosa que está por el espectáculo de moda de la semana que viene.

¿Cómo sería? ¿Cómo sería si fuese ella la mujer con la que me casara? Si Rafe no fuera un problema, si pudiera hacer que Nora me quisiera… Si llevase mi anillo. Si así fueran las cenas cada noche.

Está emocionada por el Baile de Primavera de mañana, la famosa fiesta de los Calloway, y porque Rafe va a estar allí. Yo no lo estoy, pero solo su emoción ya es suficiente para que todo eso valga la pena.

—¿El gato? —me dice, abrazándose las rodillas después de cenar —. Me lo voy a quedar.

—Conque te lo vas a quedar, ¿eh?

—Bueno, sí. En tu nombre. —Sus mejillas están sonrojadas—. Le he comprado un collar, y estoy tratando de pensar en qué nombre ponerle. El gato pertenece a este sitio, a Fairhaven. Y no protestes, que a ti también te está empezando a gustar.

Tamborileo sobre la mesa con los dedos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te ha encandilado, muy a tu pesar. —Inclina ligeramente la cabeza y me mira. Es ella la que debería quedarse. La que debería mudarse aquí permanentemente. Hoy noto fiereza en ella—. Aún estoy molesta contigo por guardarte ese secreto, ¿sabes?

—Lo sé.

—A pesar de ello…, aún disfruto de tu compañía.

Mis dedos se paran sobre la mesa.

—¿Es algo nuevo para ti?

—Sí. —Ladea de nuevo la cabeza. Sus ojos están entornados, vibrantes, preciosos. La razón por la que está aquí, por la que está viviendo conmigo, por la que estamos saliendo…, todo ello se está desvaneciendo. Se está derrumbando.

Echa para atrás su silla y da la vuelta a la mesa para llegar hasta mí. Yo abro los brazos, pero Nora no se sienta en mi regazo. En su lugar, coge mi mano.

—Ven conmigo. Quiero probar una cosa.

Y así es como me encuentro a mí mismo siendo empujado contra uno de los sillones de la biblioteca, con la puerta cerrada y con Nora besándome a lo largo de mi garganta. Me ha pedido que mantenga las manos en los reposabrazos, y tengo que hundir mis dedos en el asiento para no tocarla.

—Quiero probar —me dice mientras desabotona mi camisa, deslizándose por mi cuerpo—, lo que haría una novia de verdad. Acabamos de cenar juntos. Ha sido una cita.

—Nora…

Se agacha hasta quedar de rodillas frente a mí. La oleada de deseo que me inunda se lleva consigo todo el aire de mis pulmones, y me endurezco tan rápido que hace que la cabeza me dé vueltas.

Nora se hace con la hebilla de mi cinturón.

—Sé que ya no nos queda mucho tiempo. Ya sabemos quién es el acosador; tú vas a hacer un trato por un matrimonio sin amor, y yo tengo mi propia fecha límite.

«No», pienso. Esa no es la dirección en la que estoy yendo. Y esa tampoco es la dirección en la que está yendo ella, pero no puedo

decirlo, así que aprieto los dientes para mantener las palabras encerradas dentro de mí.

—Deja que te dé yo a ti placer, mejor —le digo.

Esto no está bien, nada de esto está bien, pero entonces su mano se mete por dentro de mis pantalones y, joder, es increíble. Es increíble tenerla tocándome así. Llevo semanas dolorido, sin ningún tipo de liberación más allá de mi propia mano derecha, y sentir sus dedos ahora…

—La tienes más grande que el vibrador. Tenía razón. —Nora suena encantada, y no puedo apartar la mirada de su hermoso rostro, tan cerca de mi polla. Nora se inclina hacia delante y chupa vacilante la parte inferior de la cabeza, formando una línea.

—¿De verdad quieres hacer esto? —le pregunto. Tengo las manos tensas al borde de los reposabrazos.

Ella asiente. No hay atisbo de vacilación en su fiera expresión.

—Enséñame cómo te gusta.

Esto es blasfemia, es dolor, es salvación. Pero pese a todo eso, yo bajo la mano para acunar su cara y pasar mi pulgar por su labio inferior.

—Abre la boca… Eso es. Ahora, chupa la cabeza. Sí. Justo así. —Sus preciosos labios se abren ampliamente, y su boca resulta húmeda y cálida en contraste con mi piel. Y a lo mejor quiere de veras aprender cómo hacer esto—. Agárrame aquí al mismo tiempo.

Nora envuelve la base con su mano y empieza a mover la cabeza arriba y abajo ligeramente. Es un movimiento suave y no tan duro como el que yo necesito, y es la mejor tortura que he experimentado jamás.

Es ella quien lo ha pedido. Quiere aprender.

—Lo estás haciendo tan bien… ¿Puedes metértela más adentro? —Mi mano está en el lateral de su mejilla, y resulta obsceno, es obsceno sentir cómo su mejilla se ahueca mientras acomoda más de mí dentro de su boca—. Eso es. Esa es mi chica.

¿A quién quiero engañar? Me estoy aprovechando de ella en este momento. Soy yo quien está bailando al límite, y es con alguien que

nunca antes ha hecho una mamada. ¿Cómo puede alguien tan inexperimentado hacer de esto algo inolvidable? Joder.

Nora mueve rápidamente su lengua por la parte interior de la cabeza, y yo suelto un gemido. Mi mano se desliza hasta agarrar su pelo y, joder, tengo que ser gentil, tengo que portarme bien…

—Hazlo otra vez. Justo así… —Ella obedece mi petición, y si me siento tan bien teniendo su boca alrededor de mi polla, ¿cómo sería estar dentro de ella? Introducirla al verdadero asunto, ser su primero, correrme mientras ella se agita en torno a mi cuerpo.

Nora aumenta la velocidad. Sus ojos verdes están fijos en los míos y en ellos veo triunfo, excitación y un atisbo de fiereza. Está aprendiendo lo que se propuso hacer, y se está haciendo con lo que ella quiere.

Su otra mano busca por entre la tela hasta agarrar con fuerza mis pelotas. Yo suelto un gruñido, pero le acaricio la mejilla para que siga.

—Mírate. —Eso es todo lo que puedo decir después de un largo minuto—. Recibiéndome tan jodidamente bien.

Me aseguro de convencerla de ello durante todo ese momento, mis elogios convirtiéndose en roncos murmullos. Estoy sobrevolando mi límite. Llevo tanto tiempo sobrevolando mi límite en su presencia que no necesito mucho tiempo para que me haga caer.

No debería estar disfrutándolo, no debería desearla de la forma en la que la deseo cada puto día, pero lo hago.

Rafe no puede enterarse nunca de que dejé que su hermana me hiciera algo así.

Porque estoy dejando que Nora me haga una mamada, y eso prueba que no soy bueno para ella. ¿Qué clase de desgraciado enfermo dejaría que la hermana virgen de su mejor amigo le hiciera esto? Sobre todo, cuando está bajo mi protección, me ha pedido ayuda con el tema del sexo y está enfadada conmigo por guardarme un secreto.

Quiero que me haga esto cada día durante el resto de mi vida. Pero no merezco que ella haga justamente eso.

—Me voy a correr si sigues haciendo eso. —Mis dedos se enredan en su pelo.

Me acomoda más adentro, y la húmeda y caliente succión de su boca es el centro de todo el universo. El placer me recorre rápidamente por toda la columna, y ella no se está deteniendo, mirándome con esos ojos.

Sus ojos se cierran en un lento parpadeo, y entonces mueve la mano al mismo tiempo que su boca, su lengua y sus labios. Debería volver a advertirle, pero entonces mueve la lengua rápidamente, y me cago en la puta. Mis caderas se levantan una vez del sillón antes de que pueda volver a poner mis músculos bajo control.

Me corro soltando un estruendoso gemido.

Con los dedos en su pelo y mi cuerpo entero temblando, sin dejar de mirarla ni un segundo mientras me vacía. Ni siquiera parpadeo, y cuando todo acaba, besa la corona de mi centro y vuelve a sentarse sobre sus rodillas con una pequeña sonrisa.

Sus labios y sus mejillas están sonrosadas. Está esperando, y cuando me doy cuenta de qué es lo que está esperando, mi polla vacía se crispa contra mi estómago.

—Lo has hecho tan bien, amor. Te lo has tragado todo como una buena chica. —Mi camisa está abierta, al igual que mis piernas. Estoy destruido—. Me has hecho muy feliz.

Nora sonríe. El placer baila en sus ojos.

—Llevo queriendo intentarlo desde hace días.

—¿Sí? ¿Para ver si podías destruirme?

—Sí. —Se inclina hacia delante y deja las manos sobre mis muslos. Su pelo está desordenado alrededor de sus hombros, brillante bajo la tenue luz de la biblioteca—. ¿Es así como tratarás a tu esposa?

Entrecierro los ojos.

—¿Qué?

—¿También la llamarás tu «buena chica» mientras te da placer? —Ladea ligeramente la cabeza—. ¿La follarás como no estás dispuesto a follarme a mí?

—No.

Se sienta más erguida, y acaricia con un solo dedo toda la longitud de mi polla, ahí donde descansa sobre mi estómago.

—¿Por qué no? No perderás Fairhaven. Me has estado preparando para un tío en el futuro. —Sus dedos dan toquecitos sobre la cabeza ahora sensible, y yo aprieto los dientes—. ¿Por qué yo no puedo hablar de tu futura esposa?

—No quiero una esposa. —«A no ser que seas tú». La agarro de la muñeca y la levanto. Se sienta con una pierna a cada lado de mis rodillas—. Y no quiero hablar de tus futuros hombres.

—O sea, que quieres que finjamos en vez de eso. Como hacíamos antes. —Vuelve a ladear la cabeza, y sus dedos encuentran la cicatriz de mi ceja—. Eres un hipócrita, Calloway.

Vuelvo a entornar los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Actúas como si no creyeras en las relaciones, pero me estás diciendo que espere a tener sexo con alguien que me importe, con alguien que de verdad merezca la pena. Me parece un concepto muy romántico para alguien que dice no creer en el amor.

Encuentro la curva de su cintura y la agarro fuerte, como si eso fuera a conseguir que Nora no se fuera nunca. Me está matando, cortándome en pedazos con cada palabra.

—Sí. Y lo mantengo.

—O sea, que tú mismo no crees en el amor ¿pero sí crees en el amor para mí?

Mi respiración se ha vuelto irregular.

—Quiero más para ti de lo que quiero para mí.

Es una mentira. Quizá sea la primera mentira que le he dicho nunca. Porque, joder, yo lo quiero todo con ella.

Es ella, o nadie más.

Nora sonríe. Es una expresión sutil y hambrienta que denota victoria, y vuelvo a ponerme duro bajo ella. Podría tomarla tal cual, aquí, en este sillón, si no me detuviera la culpa.

—Gracias por la cita —me dice mientras se desliza lejos de mi regazo—. Ha sido muy… instructiva.

CAPÍTULO 51



West

Mi hermana está desconsolada.

Está sentada en el borde de la encimera de la cocina, masticando uno de los rollitos de pan de Melissa.

—Es irritante —dice—. Una piensa que un tío es diferente y luego resulta que no lo es, ¿sabes?

Nora asiente.

—Sí, sé a qué te refieres.

—¿Quién es el tío? —pregunto.

—No te lo pienso decir —contesta Amber—. No tienes permiso para ser sobreprotector.

—¿Es alguien con quien estás saliendo?

—Desde hace poco. —Pone los ojos en blanco—. Estaba jugando al que sí, que no. Y odio cuando hacen eso.

Cruzo los brazos sobre el pecho. Mi hermana siempre ha sido atrevida, a veces hasta rozar la locura. Sale con tíos. Es fuerte y no tiene ningún problema en defenderse sola, y, sin embargo, aquí está, con el corazón roto y de vuelta en Fairhaven.

Se presentó ayer por la noche y se acomodó en una de las habitaciones de invitados. Se quedó despierta hasta tarde con Nora viendo una película. Yo me uní durante un rato, hasta que sentí que podría llegar a explotar de estar sentado tan cerca de Nora y tener que fingir que no somos nada más que amigos.

Amber se gira hacia Nora.

—Vale, vas a tener que pensar ya en un nombre.

—Pero es que es muy difícil —dice Nora—. Tengo algunas ideas, pero… —Su voz se va apagando mientras coge su cuaderno de bocetos—. Es que tampoco es que sea mío como para que yo le ponga nombre, ¿sabes?

—Claro que es tuyo —dice Amber.

Me mira.

—Yo creo que técnicamente pertenece a West, ya que se mudó a Fairhaven.

—Ponle tú el nombre —le digo—. Tú le gustas más. ¿Cuáles son tus opciones?

—Estoy pensando en algo literario. Lo encontramos en la biblioteca, y sigue siendo su habitación favorita. —Nora da algunos pasos hacia la puerta—. Seguiré pensando. Tengo que irme a trabajar.

—Nos vemos después —dice Amber.

Nora abandona la cocina y desaparece escaleras arriba en dirección al atelier, a confeccionar más piezas de diseño.

Amber se hace con otra taza de café.

—Yo también saldré más tarde —me dice—. Tengo un compromiso en la ciudad.

—¿Estás segura de que no vas a decirme su nombre?

—Estoy muy muy segura.

Entrecierro los ojos en su dirección, y ella se limita a encogerse ligeramente de hombros y a coger un *muffin* recién horneado. De pronto me golpea la posibilidad de que esta sea Nora cuando todo esto haya acabado, si empieza a salir con gilipollas que no la escuchan ni le dan importancia. Puede que regrese a sus viejos hábitos de complacer a los demás.

La mano se me tensa en torno a la taza de café.

Amber deja en la encimera el *muffin* a medio comer. Los de limón con semillas de amapola siempre han sido sus favoritos.

—Sabes, estáis siendo ridículos vosotros dos.

Mi mirada regresa a mi hermana.

—¿Qué?

—No estoy ciega —me dice—. Ninguno de los dos está fingiendo con el otro. Puede que todo esto empezara como un arreglo falso, pero ahora se ha vuelto bastante real. ¿Me equivoco?

No puedo hablar de esto con Amber. No puedo hablar de esto con nadie.

Pero me encuentro a mí mismo soltando mi confesión de todos modos, en tono bajo y angustiado.

—Sí.

Amber suspira.

—¿Y entonces por qué os estáis reprimiendo? ¿Por qué no simplemente…

—Es complicado.

—No lo es —replica—. Salir con alguien es muy difícil. Yo lo sé bien porque estoy practicándolo activamente. —Cruza los brazos por encima del pecho—. Si encuentras a alguien que te gusta de verdad y resulta que a esa persona también le gustas, lo cual es obvio en vuestro caso, no hay más que verlo, simplemente tienes que ir a por ello.

—No es tan simple —le digo.

—Por supuesto que lo es. Al final es probable que vayas a tener que casarte con alguien. ¿Por qué no ella? Espabila, tío.

—Porque no sería bueno para ella casarse conmigo —le suelto—. Sería increíble para mí, sí, pero ni es lo que ella quiere ni es lo que necesita tampoco.

Amber sacude la cabeza.

—Siempre se te ha dado muy bien eso de decidir lo que otros necesitan. Pero a veces resulta que depende de los otros decidir. —Alza las manos—. Lo único que estoy diciendo es que, si te gusta, no tires la toalla tan fácilmente.

Simplemente me quedo mirándola. Lo hace sonar superfácil.

—Dicho esto —dice Amber—, ahora me voy a dar la ducha más larga conocida. No voy a ir a molestar a tu novia falsa-no-tan-falsa,

porque sé que tiene una fecha límite que cumplir. Pero cuando todo esto haya acabado, Nora y yo nos vamos a hacer muy buenas amigas —me dice—. Sigas o no presente en su vida.

Ahora soy yo quien alza las manos.

—Deberías. Es increíble.

—¿Le has dicho eso a ella?

—Sí, se lo he dicho.

Amber levanta una ceja.

—Pues entonces soluciona lo que sea que tengas de pequeño y simple obstáculo por delante y hazla feliz. Y hazte feliz a ti mismo. Preferiría mil veces que te casaras con ella que verte encerrado por un arreglo matrimonial solo por negocios.

Meto las manos en los bolsillos. No es tan fácil. Eso lo sé. Pero sí que tiene razón en una cosa: salir con alguien es difícil. Amber está acostumbrada a ello. Es capaz de defenderse a sí misma y, aun así, todavía lo encuentra difícil. Aun así, apareció aquí ayer por la noche, triste y disgustada.

La idea de que Nora pierda su virginidad con otro pesa más y más cada día. La idea de que un tío cualquiera pueda herirla igual que han herido a Amber.

—Oído —le digo simplemente. Igual que oí lo que Nora tenía que decir la otra noche. Ella sabe lo que quiere.

Puede que no sea lo suficientemente bueno para ella, pero al menos yo nunca le haría daño. No puedo decir lo mismo de quien sea que pudiera conocer después de mí. Alguien que no conoce su cuerpo como yo; alguien que no puede darle una vida tan buena como yo.

Alguien que no la ame.

CAPÍTULO 52



Nora

Los manzanos del vergel están totalmente en flor.

Es un día de primavera cálido y soleado, y tengo que aprovecharlo. Me apresuro a acabar el trabajo que tengo para el día para poder pasar la tarde fuera, bosquejando nuevos diseños. La luz del sol llega moteada a través de las ramas de los árboles, donde se han disparado las flores blancas que anuncian la inminente llegada del verano.

Estoy tumbada sobre una enorme manta de pícnic que encontré en uno de los muchísimos armarios de la casa. Las flores rosas salpican de color la hierba fresca, y creo que es probable que este sitio sea mi lugar favorito.

Dibujo una línea curva con mi lápiz que corresponde a la caída de un lazo por la parte de atrás de un vestido de gala. Un pétalo solitario cae de una de las ramas y aterriza junto a la forma que estoy trazando.

De todos los lugares del mundo en los que mi corazón podía encontrar paz, tenía que ser Fairhaven. El hogar de West. Lo que al principio vi como una prisión se ha convertido ahora en refugio.

El verano aquí debe de ser espectacular.

Pero no puedo quedarme aquí. A lo mejor puedo quedarme en Nueva York, eso sí, después del espectáculo de moda. Ahora que sabemos quién es el acosador, debería tener más libertad, menos

guardias. Ben Wilde está invitado al Baile de Primavera el sábado, y planeamos enfrentarnos a él entonces.

Y después de eso…

Todo se acabará.

Bosquejo una cola suelta y me paro un momento para alzar la vista hacia el profundo mar azul que se extiende frente a mí. Veo algunos barcos blancos, puntos en el horizonte. Quiero nadar en el mar antes de irme.

Quiero tantas cosas.

Es como si todos esos años de intentar encajar en lo que otros querían de mí se hubieran ido acumulando en una presa y ahora esa presa hubiera explotado, convirtiéndome en una espiral incansable de necesidades. De deseos y ganas, de pensamientos e ideas. A lo mejor es así como debe sentirse alguien cuando decide vivir la vida por sí mismo.

Y ser mi verdadero yo.

Una sombra cae sobre mi cuaderno de bocetos. Levanto la cabeza y descubro a West de pie junto a la manta de pícnic. He estado tan perdida en mis pensamientos en los últimos instantes que no he oído sus pasos por entre la suave hierba de primavera.

—Hola. —Me protejo los ojos del sol. West lleva unos pantalones oscuros y una camisa blanca—. ¿Has venido a trabajar aquí fuera?

—Acabo de recibir una llamada. Me dicen que estás buscando volver a tu apartamento en la ciudad.

Me incorporo.

—Ajá.

—¿Por qué?

Doy unas palmaditas sobre el espacio que queda junto a mí en la enorme manta.

Se sienta conmigo, con sus largas piernas ocupando el resto de la manta.

—¿Te vas de Fairhaven?

—Ahora no, pero sí me iré en algún momento.

—¿Por qué?

—¿Qué por qué? Tú sabes por qué. Ya sabemos quién es el acosador. Nos vamos a encargar de él en la fiesta… y después ya no necesitaré protección. Tampoco me necesitas ya para mantener a raya los intentos celestinescos de tu madre. Tendrás una esposa para septiembre.

Sus cejas se juntan.

—Puedes vivir aquí el tiempo que tú quieras.

—No lo dices en serio.

—Lo digo en serio. —Aprieta la mandíbula—. La otra noche, en la biblioteca. Lo que me dijiste…

El sonrojo se apodera de mis mejillas. Estaba frustrada y enfadada, y quería demostrar que tenía la razón. Resultó poderoso tener la oportunidad de destruirlo igual que él me ha estado destruyendo a mí.

—¿Sí?

—Tenías razón —me dice—. En todo. Tenías toda la razón. He sido un hipócrita. Y siento celos de pensar que cualquier otro hombre pueda tocarte. —Se inclina hacia mí y desliza un dedo bajo la tira de mi vestido—. Te imagino con alguien más… y me siento como si me estuviera muriendo. Como si no pudiera respirar. Pensé que ese sentimiento se iría, pero no lo ha hecho, Problemas. Cada día es más fuerte, de hecho.

—¿Y por qué te has estado reprimiendo, entonces?

—Reprimiendo —murmura—. No me siento como si me hubiera reprimido realmente. De ninguna manera quiero que te puedas arrepentir si te acuestas conmigo. No lo podría soportar si así fuera, joder.

—No lo haré. —Mi voz suena fiera—. No hables así, como si yo no conociera mi propia mente. Tú fuiste quien me enseñó a ser clara con lo que yo quiero. Así que confía en mí cuando lo hago.

—Intentaré que sea la mejor experiencia posible para ti. —Sus ojos vuelven rápidos a los míos—. La mejor del mundo.

—Lo sé.

—Te deseo cada minuto del día. —Sus dedos bajan suaves por el valle de mis pechos—. La idea de no tenerte nunca…

—Tómame, entonces. —Arqueo la espalda y él gime, con los ojos puestos en el punto entre mis pechos.

Su boca encuentra la mía. Es cálida y húmeda, y me besa con embriagadora urgencia. Su mano libre ahora está en mi rodilla desnuda, deslizándose cada vez más arriba. Mi vestido sigue su tacto, y entonces su pulgar roza la húmeda parte frontal de mis bragas.

Entrelazo los dedos en su pelo. En algún sitio cercano se oye un pájaro cantar. Suena triunfante.

—No puedo soportarlo más —me dice. Noto su boca caliente contra mi cuello—. He intentado ser un tío honorable, pero es que no puedo. No puedo.

—Yo no quiero que lo seas.

Se levanta sobre un brazo. Bajo la luz del sol, sus ojos parecen más brillantes que nunca, de un cálido tono ámbar. Ambos observamos cómo sus largos dedos me acarician por encima de las bragas, mis rodillas separándose para él.

—Me lo tienes que decir, si no quieres hacer esto.

Sonrío contra sus labios.

—Llevo semanas diciéndote que quiero hacerlo. ¿Puedes, por favor, follarme y ya?

West gime, y yo me río contra sus labios ante el sonido torturado que sale de él.

—Es todo lo que siempre he querido. De acuerdo, entonces. —Agarra mis bragas—. Arriba, amor.

Levanto las caderas, y West desliza mis bragas por mis piernas. La mano de West regresa haciendo círculos sobre mi clítoris, con los ojos sobre mis muslos flexionados. Siempre me mira de esa forma: como si hubiera entrenado sus ojos para ver siempre mi coño como si fuera lo mejor que ha visto nunca.

Ardo con un hambre que él mismo ha despertado y avivado. Me estiro bajo la luz del sol con mi vestido de verano, y dejo que West

me toque como si fuera una diosa.

Desliza un dedo dentro de mí, y un abejorro pasa por delante de mis ojos entrecerrados. Respiro con dificultad. Es algo en lo que solía pensar, algo que solía hacerme sentir insegura cuando empezamos todo esto, pero él mata todos esos pensamientos.

—Eres tan jodidamente suave. Y estás tensa. Incluso con toda nuestra práctica.

Se coloca entre mis piernas y de pronto está volviendo a bajar por mi cuerpo, y estoy ya tan acostumbrada a esto, a la forma en la que usa su lengua como si fuera la cosa más dulce que ha probado…

—Tengo tantas ganas de estar dentro de ti —dice contra mi piel—. Es todo en lo que pienso. Todo con lo que sueño.

—West —susurro. Su lengua está haciendo rápidos movimientos atrás y adelante, y me resulta todo tan rápido, cómo ha aprendido exactamente qué es lo que me gusta y lo que necesito. Estiro mi brazo izquierdo y encuentro la hierba fresca de primavera—. No pares.

West no para, ni tampoco suaviza el ritmo, y el orgasmo me hace temblar de pies a cabeza. Lentamente al principio, rápido hacia el final; las rodillas se me doblan, mis pies apoyándose firmemente sobre la manta de pícnic.

Me siento ebria bajo el sol, pesada y dolorida. West encuentra los botones de mi vestido de verano y los desabrocha uno por uno, dejando la tela extendida a mi alrededor.

West parece absorto, con la mirada errante, como si no supiera dónde fijar la vista. Nunca voy a saciarme.

Saciarme de la forma en la que me desea, de la forma en la que me hace sentir.

De la forma en la que lo anhelo y quiero que sea el único que me llene.

—Me dijiste que esto no te daba miedo. Pero a mí sí. —Mueve la mano a su bolsillo trasero y saca un paquete en papel de plata. ¿Acaso lleva todo este tiempo con eso en el bolsillo?—. Me aterroriza pensar que, si te tomo una sola vez, amor, ya nunca pueda dejar de

ansiarlo. De ansiarte. Y lo que sea que has empezado con estas lecciones… No voy a ser capaz de pararlo. Me atengo a las consecuencias. Me quedo contigo.

Esas palabras son todo lo que siempre he querido escuchar. No puedo pensar con esas palabras flotando entre nosotros. «Quedarse conmigo».

—Puede que yo empezara como tu profesor, pero ahora eres tú la que tiene todo el poder —me dice.

—¿Has traído un condón? —Alcanzo la hebilla de su cinturón. Estamos al aire libre. Pero estamos en su propiedad, bajo sus manzanos, con el mar brillando tras los troncos de los árboles. Y no hay ningún otro sitio en el que preferiría hacerlo más que en este.

Me observa mientras me deshago del cinturón.

—Llevo con esto en el bolsillo desde la primera vez que me pediste que te ayudara.

—¿En serio?

—Sabía que solo sería cuestión de tiempo que acabara por derrumbarme. —Su mano se desliza bajo mi barbilla y me levanta la cabeza—. No puedo dejar que te arrepientas de esto. De nada de todo esto. Por mucho que pudiera matarme no ser tu primero, no estar dentro de ti, me condenarías al puto infierno si me convirtiera en algo de lo que luego te arrepientes.

—No me arrepentiré de esto. —Le bajo la cremallera—. Tienes que confiar en mí.

Él ya está duro, como granito en mi mano, y gime en respuesta a mi caricia. Paso mi pulgar por la húmeda cabeza.

—Quiero que mi primera vez sea sin condón. Estoy tomando la píldora anticonceptiva. Llevo tomándola años y, bueno… ya sabes que no he estado con nadie más.

En las semanas que sucedieron a nuestra primera lección, desde que me hizo todas esas preguntas, he estado pensando en ello. Me he tocado pensando en ello.

—Me cago en la puta. —West toma una respiración profunda, como si estuviera tratando de recomponerse—. ¿Recuerdas lo que te

dije, todas esas semanas atrás?

—Poner siempre a un hombre a prueba.

—Eso es. —Sus caderas se mueven un poco hacia delante, y su polla se sacude en mi mano. Ansiosa, dura. Grande. Ni de broma va a caber entera, pero no puedo esperar a intentarlo—. ¿Qué más te dije?

—Que siempre pidiera pruebas antes de dejar que un hombre se corriera dentro de mí —le digo—. ¿Y bien, Calloway? ¿Dónde está tu prueba?

—Tuve mi revisión anual dos meses antes de que llegaras a Nueva York. Y no he estado con nadie más desde entonces —me dice—. Puedo enseñarte los papeles.

—Eso es fantástico.

West chasquea la lengua y me acaricia el coño en toda su longitud con dedos reverentes.

—Deberías mirarte los papeles. Los hombres dirán y harán cualquier cosa con tal de conseguir el privilegio de estar dentro de ti.

—Salvo tú.

—Especialmente yo —murmura. Me besa, con su cuerpo encima del mío. El lino de su camisa pica un poco en contacto con mi estómago desnudo, y el deslizamiento de su erección por la parte interna de mi muslo lo es todo. Estoy mojada. Puedo sentirlo cayendo por mi pierna; qué desastre y qué vergüenza—. Esto no debería doler. Hemos practicado, te hemos preparado para esto. Si duele, aunque sea un poco, me lo dices.

—Te lo diré.

—Buena chica. —West desliza uno de sus fuertes brazos por debajo de mí, y de pronto nos tiene girando sobre la hierba. Me coloca encima de él.

—No sé cómo se hace estando arriba —le digo, como si hubiera alguna postura que se me diera bien. No he practicado ni una sola. Pero pensé que sería él quien se encargaría.

—Lo sé, amor. Pero así controlarás tú el ritmo.

Se inclina y se agarra la erección. Parece tan grande desde este ángulo… Y, aunque es algo que llevo tiempo ansiando y deseando, una ola de nervios me recorre por dentro.

West arrastra la gruesa punta por mis pliegues, y ambos dejamos de respirar. Lo observo mientras se cubre la erección, y pasan varios segundos agonizantes hasta que la coloca en mi entrada.

Mis manos se aferran a su pecho, sintiendo el ardor entre mis muslos.

—Eso es —dice entre dientes, con la mano agarrando la base de su polla—. Húndete en mí.

Al principio es imposible, como una pieza de puzle que no encaja. La cabeza es más ancha que el vibrador, y no va a funcionar. Lo hemos intentado con tanto ahínco, y al final no va a funcionar. Pero entonces cambia ligeramente el ángulo, y de pronto algo cede.

Me deslizo hacia abajo un poco.

La dilatación me quema débilmente, igual que el juguete y sus dedos.

—Lo estás haciendo tan bien. Respira para mí. —Su elogio envía una oleada de calor a través de mí, y empujo hacia abajo otro poco. Y luego otro. La dilatación crece hasta volverse casi incómoda, pero yo…

Las manos de West se convierten en una sujeción de hierro en mis caderas.

—Ve más despacio, cariño. —Su mirada se traslada al punto donde estamos unidos. Arrastra su húmedo pulgar por mi clítoris, trazando círculos firmes—. Sé una buena chica y concéntrate solo en respirar para mí. ¿Puedes hacer eso?

Mis rodillas se clavan en la manta, y mis dedos aflojan su agarre sobre su camisa de lino. Y entonces me deslizo hacia abajo otro poco. Y luego otro, hasta que puedo sentir el metal de su cremallera contra la curva de mi trasero.

—Eso es… Mírate, dejándome entrar completamente.

Tomo otra temblorosa respiración. La plenitud que siento dentro de mí es extraña y lo consume todo, hasta mis pensamientos. Me

siento completamente dilatada ahora. No es completamente cómodo, pero tampoco está mal, y noto un dolor bajo asentándose en mi estómago.

West vuelve a rozarme el clítoris.

—Mira tu precioso coño —murmura—, rodeándome por completo. ¿Cómo te sientes?

—Me siento llena —le digo.

—Sigue respirando.

Me quedo quieta, tomándome un momento para sentir y establecerme. Bajo el brillante sol de primavera puedo ver cada una de las firmes líneas de su cuerpo bajo el mío. Cómo sus músculos se tensan y cómo sus ojos están fijos en mi cuerpo. Es un tipo de poder que nunca antes había conocido.

Pienso en la mujer que vi en la fiesta de Paraíso Perdido, montando a su pareja en el sofá. Recuerdo la seguridad de sus caderas y cómo rebotaban sus pechos. Recuerdo con qué adoración la miraba él.

West me está mirando así.

Estoy completamente quieta, y, aun así, él me sigue mirando de esa forma.

—Más rápido —le digo, y el pulgar de West se acelera contra mi clítoris. El ardor de la dilatación se desvanece, y pasa a convertirse en algo dulce. Me alzo sobre las rodillas y vuelvo a hundirme en él.

—Oh. —Lo hago una y otra vez. Sus manos agarran mis caderas, ayudándome con el ritmo. Descanso mis manos en su pecho a modo de agarre, y el pétalo de un manzano en floración cae bailando frente a mí hasta aterrizar en el pelo castaño de West—. West, estamos teniendo sexo.

Una sonrisa gloriosa se expande por su rostro.

—Sí, lo estamos teniendo. Y lo estás haciendo increíble.

Ladeo un poco las caderas, y no me resulta fácil gestionar el ardor en mis muslos por estar montada sobre él de esta forma. De todas las posturas con las que he fantaseado, nunca se me había ocurrido esta. Nunca lo había imaginado de esta manera. En todo

caso, siempre se trataba de una versión alternativa de mí misma, una visión futura y perfecta de mí que nunca se sentía extraña ni insegura. Pero aquí estoy, teniendo sexo, y sigo siendo solo yo. Y es West. Y somos nosotros.

Y ya solo por eso, es muchísimo mejor.

West me habla en todo momento y vuelve a poner su húmedo pulgar en mi clítoris hasta que me siento abrumada y tengo demasiado calor, y siento cada una de mis terminaciones nerviosas al límite.

—West —le suplico, volviendo a deslizarme hacia abajo para dejarlo entrar hasta el final—. Quiero… ¿Podrías…?

—Puedo. —Se sienta y envuelve mi cintura entre sus brazos—. Aguanta un momento. ¿Vale? —Nos gira de nuevo sobre la manta de pícnic, él aún dentro de mí. Ahora el ángulo es distinto. La luz del sol cae a través de las flores y aclara su pelo castaño, bañándolo en oro al incidir sobre él.

Mis rodillas se separan y ahí está él, entre ellas, dentro de mí. Empuja lentamente, y yo no sabía que esta sería la sensación. No sabía que lo sentiría tan dentro de mí. Puede que le haya susurrado esas palabras a él, porque de pronto se para con la frente contra mi cuello.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Su voz suena tensa—. Es solo que no puedo dejar que acabe tan pronto.

—¿Por qué…? Oh.

—Sí. Oh, sí. Me siento demasiado bien dentro de ti.

—¿Lo siento? —Es algo que me sale en un medio susurro, y West gime contra mi piel—. Era una broma. En realidad, no lo siento.

—Yo tampoco —murmura, y comienza a moverse de nuevo con las manos a ambos lados de mí. Lo miro a él y luego bajo la vista entre nuestros cuerpos, allí donde desaparece dentro de mí.

Oh.

Los movimientos de West son metódicos, precisos, pero veo que está pendiendo de un hilo. Me agarra la rodilla y la levanta hasta sus

caderas.

—Rodéame con las piernas, amor. Sí. Justo así… Es increíble.

Quiero que él se sienta tan deshecho como me siento yo. Como me ha hecho sentir una, y otra, y otra vez. Con sus dedos, los juguetes y su lengua.

—No te reprimas. —Recorro su espalda con las uñas—. Lo quiero todo.

Durante un breve segundo puedo ver cómo vacila, y entonces cae y sus caderas se aceleran. Murmura cosas sucias contra mi piel: lo bien que siento, lo claro que tiene que nunca va a lograr aguantar, lo seguro que estaba de que sería perfecta.

Yo lo absorbo todo como si fuera la luz del sol.

Siento algo tan honesto en esto, en sentirme consumida por su deseo. West tenía razón. Esto va de confianza. Siempre se ha tratado de confianza.

Todo lo que hemos estado haciendo nos ha llevado hasta aquí.

West gime, diciéndome que no va a aguantar, y yo le digo que no quiero que lo haga. Entonces sus caderas tiemblan contra las mías, y noto cómo se está rompiendo.

West gime como si su alma se estuviera rompiendo en dos.

Antes me sentía llena. Ahora siento como si estuviera rebosante. Él es un peso contundente sobre mí, cálido y grande, y su piel está por todas partes.

Aprieto los ojos, como si eso fuera a evitar que el momento fuera a acabarse.

Nos quedamos ahí tumbados un rato largo. Puede que él sea ahora mi nueva manta favorita.

—Eso ha sido… —Se levanta sobre un codo, y veo la maravilla en su expresión—. Joder. He sido un poco duro al final. Lo siento.

—No lo sientas. Yo quería que lo hicieras. —Echo para atrás el pelo que le cae sobre su frente con un roce de la mano y le sonrío. Y, de alguna forma, ahora me siento tímida y completamente cómoda al mismo tiempo.

Sus propios labios se curvan.

—¿Sí?

—Ajá.

Se mueve sobre el costado y sale de mí. Yo hago una mueca ante el repentino vacío que ahora siento y West lo capta, como siempre.

—¿Estás dolorida? —Mira entre mis piernas y yo me río, juntando las rodillas.

—West —protesto.

Su mano está ahí, rozando mis muslos para separarlos.

—Quédate tumbada y quieta y déjame mirar.

—Esto es vergonzoso.

—No, no lo es. Soy yo quien ha dejado una marca ahí.

Dejo que me abra las piernas, y durante unos agónicos instantes se dedica únicamente a observarme, con una expresión seria en el rostro. Y entonces gime. Cae hacia delante, dejando la cabeza contra mi rodilla como si fuera un árbol cortado.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada —balbucea—. Todo está bien. Demasiado bien.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que estoy peligrosamente obsesionado contigo. —Coge el borde de la manta y comprueba que está limpia antes de doblarla y usarla para secar gentilmente el espacio entre mis piernas. Estoy hinchada y algo dolorida, y él me dirige una mirada culpable—. Espero que no te gustara esta manta.

—Sobrevivirá a un lavado.

—No has sangrado. —Noto un toque de profundo placer en su voz, y yo pienso en su boca sobre mí, en mis orgasmos, en sus dedos separándome.

Sus palabras son como un abrazo cálido y fuerte que envuelve mi corazón. «Estoy peligrosamente obsesionado contigo». «No te vayas». «He soñado con esto»… Y quizá, solo quizá…

—Esto debería haber ocurrido en una cama —me dice. Se sube la cremallera, y entonces me coloca las bragas a la altura de los tobillos para luego subirlas por mis piernas.

—Probablemente —le digo—. Creo que he visto a uno de tus jardineros por ahí.

Las manos de West se paran a la altura de mis caderas.

—¿Cómo? Despedido.

Yo me río y lo alcanzo para empujarle por el pecho.

—Estoy de broma.

—Pues no lo estés —dice, aunque su voz no suena amenazante. Uno por uno, abrocha de nuevo los botones de mi vestido. Después se acuesta a mi lado y tira de mí hacia él, y yo le pregunto si tiene que trabajar o puede quedarse.

—Sí —me dice, y sé que eso responde a ambas cosas—. ¿Y bien? ¿Qué te ha parecido?

—¿Tener sexo?

—Ajá.

—Ha estado bien —le digo, y gime en mi pelo.

—Nora.

Suelto una risita y enredo mi pierna en torno a la suya.

—¡Una vez me dijiste que no tenías un ego frágil!

—Mentí.

—Lo sospechaba. —Beso la piel expuesta por el escote de su camisa desabotonada—. Me ha gustado. Me ha gustado mucho.

Me envuelve con sus brazos. Su corazón late de forma estable contra mi oído y lo siento cálido, y, entre nosotros, las flores caen suavemente movidas por la brisa.

Antes estaba equivocado. Pero también tenía razón. Porque, al final, sí que lo he hecho con alguien a quien amo.

WEST Y JAMES

WEST: Sé que no querrás hablar del tema. Pero me estoy ahogando, tío.

JAMES: ¿Así que no es solo algo casual?

WEST: No creo que lo fuera nunca. Al menos para mí. Y ahora no hay forma de que pueda funcionar.

JAMES: Lo siento. Sé que no ayuda. Nunca lo hace. Pero por si sirve de algo…

WEST: Lo agradezco. También estoy arreglando el tema de mi herencia. Rafe me va a asesinar si esto sale a la luz.

JAMES: Puede ser.

WEST: Esto a ti nunca te pasaría.

JAMES: No, la verdad es que no. ¿Qué vas a hacer con lo de casarte?

WEST: No puedo hacerlo si no es con ella.

JAMES: ¿Y ella no se casaría?

WEST: No. Y aunque estuviera dispuesta, jamás le pediría que lo hiciera.

JAMES: Así que vas a perder Fairhaven.

WEST: No veo otra salida.

CAPÍTULO 53



West

Nora me consume.

Su sabor, su tacto, sus sonrisas. Es lo único en lo que pienso en los días que siguen antes del Baile de Primavera de los Calloway y la llegada de Rafe. La fiesta en sí es una tradición anual desde hace casi un siglo, pero ahora es además un mal necesario.

Un lugar donde ver y ser vistos.

Nora ahora duerme en mi cama. El gato hasta se subió de un salto para unirse a ella una noche, quedándose con el morro en su cara, y yo me desperté con la risa de Nora a mi lado por sus resoplidos, que le hacían cosquillas con los bigotes. Al final se decidió por el nombre de Darcy, el héroe romántico de *Orgullo y prejuicio.*

«Era tan difícil de encandilar como tú», me dijo un día, con el gato ronroneando a su lado. «Orgulloso y leal. ¡Y además es un gato de biblioteca!».

Fairhaven vuelve a convertirse en un foco de actividad, con los preparativos de la fiesta llenando todas las habitaciones del piso de abajo. Y todo en lo que yo puedo pensar es que no puedo dejar ir a Nora.

Después de que venga Rafe y resolvamos todo este asunto con Wilde, y eliminemos la amenaza contra ella, le voy a preguntar. Si quiere quedarse. Si quiere tener otra cita conmigo.

Esta vez, de verdad.

La noche de la fiesta, voy a buscarla antes de que lleguen los invitados. No está en su habitación. Tampoco está en su atelier del piso de arriba ni abajo, donde se encuentra el bullicio de los últimos preparativos. Al final la encuentro en el invernadero.

Está de pie entre dos palmeras, mirando el mar. Lleva el pelo oscuro suelto por la espalda y un brillante vestido rosa que flota hasta el suelo de mármol.

Para mí, Nora flota incluso estando de pie y quieta, como si acabara de salir del océano Atlántico y hubiera cruzado mi césped. Es una sirena, un espejismo, una resplandeciente ilusión. Como si pudiera desaparecer tan pronto como ha aparecido.

—Hola —le digo. No es un «me matas», pero se le parece.

Nora se gira. El vestido la abraza con fuerza antes de caer con fluidez a la altura de las rodillas. La tela destella y brilla bajo la tenue iluminación. Como si se estuviera empapando de ella y la luz la acariciara.

—Hola —me dice mientras se pasa las manos hasta llegar a las caderas—. ¿Qué te parece? Es mi pieza estrella para el espectáculo de moda. Quería ponerlo a prueba.

Mis ojos se quedan un rato en sus brazos desnudos y en el sedoso pelo que le besa los hombros.

—Sabes que el rosa es mi color favorito.

Un sonrojo que complementa su vestido le sube por las mejillas y suelta una risita.

—Nunca sé qué decir cuando me dices cosas así.

—No tienes que decir nada. Es la verdad. —Meto la mano en el bolsillo de mi traje de chaqueta y saco una caja de terciopelo—. Vas a ganar la Exhibición de Moda.

—Puede que sí, y puede que no. Pero estaré frente a los jueces, y eso para mí ya es un triunfo. —Sus ojos son cálidos mientras me miran—. Tú tampoco estás tan mal. Me encantas en traje.

Le levanto la barbilla y paso suavemente mi pulgar por su grueso labio inferior.

—Tenemos que fingir una última vez. ¿Podrás hacerlo por mí?

—¿Si puedo hacer como si estuviera perdidamente enamorada de ti? —Sus ojos son cálidos, pero también juguetones ahora—. Sí, West. Puedo hacerlo.

—He encargado que te hicieran una cosa. —Abro la caja que tengo en la mano. Dentro hay una delicada pulsera de tenis salpicada de diamantes. Nora la coge con cuidado—. Mira en la parte interna.

Nora gira la pulsera, y entonces contiene el aliento.

—«Sé una buena chica y enfádate» —lee en voz alta—. ¿Lo has mandado grabar?

—Por si algún día necesitas un recordatorio. Si no estoy cerca para decirte que te defiendas y no te dejes pisotear.

—West, esto es… —Sostiene en alto su muñeca—. Pónmela.

Se la ajusto y dejo que mis dedos vaguen un rato por su piel suave. No lleva ningún anillo y lleva las uñas rosas, cortas y ovaladas. Acaricio sus nudillos con el pulgar. «Quédate», pienso. «Quédate conmigo».

No salgas al enorme mundo de ahí fuera. No uses tus recién descubiertas habilidades en una cita, con hombres desconocidos, para otras relaciones. Todas esas palabras las tengo justo ahí, en la punta de la lengua.

—¿Viene Wilde esta noche? —me pregunta.

Giro su mano y entrelazo sus dedos con los míos.

—Está invitado. Nunca antes había recibido invitación y, por lo que he oído, le gusta que lo… vean. Pero no sé si tendrá el valor suficiente para presentarse aquí.

Parpadea varias veces.

—No estoy segura de querer verlo. Pensar que ha sido él quien ha hecho de mi vida un infierno durante los últimos meses… ¿todo para ir contra Rafe?

La acerco más y ella flota hasta mí como si fuera el mar, presionando mi pecho con las manos. Tenerla entre mis brazos se ha

convertido en la cosa más fácil del mundo. Lo más natural del mundo.

—No tienes que enfrentarte a él si no quieres. Pero deberías al menos tener esa opción.

—Rafe lo odiaría si lo hiciera —me dice. Sus dedos juguetean con la pajarita que llevo en el cuello, estirándola.

—Tiene derecho a odiarlo. Pero él aquí no es el importante. La importante eres tú. —Le beso la frente—. Pero no tienes que verlo si no quieres. Nosotros lo gestionaremos por ti.

CAPÍTULO 54



Nora

El Baile de Primavera de los Calloway ha transformado Fairhaven. Hay cientos de personas aquí, socializando en todas las enormes habitaciones de la primera planta y en la zona exterior, en la terraza que da a los jardines y al mar.

Es como si la casa hubiera vuelto a la vida.

Como si lo antiguo y lo nuevo se mezclaran a través de una fiesta que se ha celebrado en este mismo sitio década tras década, generación tras generación.

En mi primera noche en Fairhaven me tocó asistir a un evento benéfico. Por entonces yo estaba frustrada, asustada y enfadada. Recuerdo cómo me sentía, pero ahora es un recuerdo difuso, fragmentado y roto.

Ahora siento este lugar como mi hogar.

Me uno a Amber y a Cordelia en la terraza.

Al parecer, es algo inédito ver a la madre de West sin compañía; siempre acaba teniendo que ir de un lado a otro atendiendo a los invitados.

—¿Los Winthrop están aquí? —pregunta Amber—. Creí que estaban en la lista de los «ni de coña».

Cordelia se encoge de un solo hombro.

—Así era. Pero una década es tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que hicieron.

—Que fue qué, ¿exactamente?

—No lo recuerdo —dice Cordelia. Me pone una mano en el hombro, y la sonrisa que me dedica es real—. De veras estoy muy agradecida de que West te haya encontrado.

Hace apenas media hora me ha preguntado si íbamos en serio. Y ahora sé por qué. Quiere ver a su hijo casado para que esto, todo esto frente a nosotras, este lugar mágico que ha sido propiedad de la misma familia durante más de un siglo, no caiga en la ruina.

Antes no me molestaba fingir. El fingir incluía muchísimas lecciones y ejercicios, y eso me hacía sentir segura. Lo suficientemente segura como para explorar y ponerlo al límite porque no había consecuencias. Era todo un juego.

Pero todos los juegos tienen que acabar en algún momento.

—Yo también. —Le estoy dando esperanzas, pero son falsas.

—¿Has visto ya a tu hermano? —me pregunta—. La última vez que vi a Raphaël fue hace más de un año. Sería agradable poder saludarlo.

—Tenía trabajo que hacer en la ciudad, pero vendrá esta noche.

—¿Está todo… preparado? —pregunta Amber con cautela. Ambas saben lo del acosador, y parece ser que también les han informado sobre lo de esta noche. Hay guardias por todas partes. Ya he visto a Amos. Está a pocos metros, haciendo todo lo posible por mimetizarse con la pared de ladrillo rojo. Madison está en posición justo al final de la terraza.

—Está en la lista de invitados, pero nadie sabe si aparecerá —digo con un encogimiento de hombros.

—El muy gilipollas —dice Amber.

—Amber —la reprende Cordelia, como si su hija no tuviera veintisiete años ya.

—Tú también lo estabas pensando.

Se produce una breve pausa.

—Sí, es cierto. Conozco bien a Wilde y su marca. Se han convertido en toda una historia de éxito. Una historia local, eso sí.

Pero no pienso volver a comprar otro par de mocasines de Mather & Wilde.

—Yo voy a quemar los míos —dice Amber— en solidaridad.

—Bueno… A mí me parece un desperdicio —dice Cordelia, y devuelve la mirada al gentío.

Les sonrío a ambas. Mi propia madre fue mucho más dramática cuando le dije que teníamos ya confirmación de la identidad de quien había contratado a todo un equipo para asustarme. «Vais a matarme, niños. Uno de estos días, me vais a matar», me dijo, como si todo aquello hubiera ocurrido por culpa de Rafe o de mí.

Cordelia se retira, llevada por uno de los invitados, como si fuera una reina inspeccionando su imperio. En cuanto está lo suficientemente lejos como para no poder oírnos, Amber me echa una mirada por encima del borde de su copa de champán. Su pelo rubio cobrizo está recogido en lo alto de su cabeza esta noche.

—¿Cómo están las cosas entre mi hermano y tú?

Me río un poco.

—Bueno…

—¿Tan bien? Ahora sonríe más, no es por nada. —Inclina su copa hacia la mía—. Le haces mucho bien.

—No somos… no hay nada… es complicado.

Amber se encoge de hombros.

—Tengo mucha experiencia con lo complicado. A veces lo complicado es divertido, hasta que no lo es. ¿Podéis simplificar las cosas?

—Quizá. A mí me gustaría —admito, y aparto la mirada hacia los invitados tan elegantemente vestidos que se encuentran en los jardines. Es una cálida noche de primavera, y el cielo está coloreado con un precioso tono de rosa por el inminente atardecer—. Estoy tratando de reunir el valor para tener esa conversación.

—Conozco ese sentimiento.

—Hablando de eso… —Doy un paso hacia ella—. Llevo tiempo queriendo preguntártelo. Aquella noche, en la fiesta de Paraíso Perdido… Estabas en esa fiesta. ¿Verdad?

Amber me mira durante un largo momento. Sus ojos, tan parecidos a los de su hermano, están bordeados por unas oscuras pestañas que contrastan con el fuego de su pelo.

—Mi hermano no puede enterarse.

—No se lo diré. Te lo prometo —le digo—. Pero fue todo un riesgo.

—Lo sé. No creí que fuera a asistir. —Toma una profunda inspiración, y entonces recuerdo lo que West me contó: que fue con ella con quien su antiguo amigo se involucró sentimentalmente una vez. Que la fiesta a la que asistimos era en la casa de ese mismo amigo del pasado.

—¿Te lo pasaste bien? —me pregunta. Detecto perfectamente una táctica de evasión cuando la veo.

—Sí. La fiesta fue… estimulante.

—Sí, tienden a serlo —me dice—. Al menos lo son hasta que se van completamente de madre. Anda, aquí está tu hermano.

Raphaël se mete entre nosotras, con su gran altura y su pelo oscuro. Se inclina para besar la mejilla de Amber con la familiaridad propia de alguien que ya es básicamente familia.

—Amber, esta fiesta es tan espectacular como lo estás tú.

—Y eso se lo dices a todo el mundo —contesta Amber—. Hola, Rafe.

Rafe me da un codazo.

—Hey.

—Hola.

—¿Cómo lo llevas?

Levanto mi copa de champán.

—Fantásticamente, gracias por preguntar. ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal han ido las reuniones?

—Me he reunido con mi equipo legal norteamericano.

Mi mano se tensa alrededor del delicado cristal de mi copa.

—¿Sigues planeando hacerte con la compañía de los Wilde?

—Sí. —Su voz es suave, pero noto el toque de acero en su voz—. Y en cuanto sea mía, pienso deshacerme de cada Wilde que ocupe

un puesto en la junta, tenga un puesto de liderazgo o esté en posición de poder. Todo eso, antes de que haga pedazos la compañía y entierre esa marca.

—Pero aún tienen una participación alta, ¿verdad? Alguien tiene que vendértela todavía.

—Lo harán.

—¿Incluso después de que te enfrentes a Ben Wilde?

—Sí. —Lo dice como si fuera una promesa. Mi hermano lleva un par de años muy centrado, enfocado en convertir Maison Valmont en una marca más grande y más fuerte que la que nos dejó nuestro padre. Wilde es una de las pocas empresas que han sobrevivido a décadas de expansión de la marca Valmont en el mundo del lujo.

Por supuesto que no va a darse por vencido.

Incluso después de esto.

—No todas las personas de esa empresa han estado involucradas en el acoso —le digo—. Algunas son personas normales y corrientes.

Rafe alza una ceja.

—¿Me estás pidiendo que les muestre piedad?

—No, por supuesto. Soy más sensata que eso. —Y es cierto; no debería sorprenderme saber que lo que pienso yo sobre la situación no importa en lo más mínimo, a pesar de que soy yo a quien Wilde puso en su punto de mira para desequilibrar a mi hermano.

Sus ojos descienden hasta mi muñeca.

—¿Te has comprado algo nuevo?

Bajo la vista a mi pulsera, sus palabras grabadas en contacto con mi piel. Nunca me he enfadado con Rafe. Ni siquiera cuando ha tomado decisiones sobre mi propia vida.

—Sí —le digo—. Es nueva.

—Es bonita. —Su mirada se detiene entonces en el gentío a nuestro alrededor—. Veremos ahora si Wilde decide aparecer…

—No lo hará. —Esas palabras proceden de West. Su mano aparece en la parte baja de mi espalda y su hombro roza el mío, y siento como si pudiera respirar completamente de nuevo. Como si

todo volviera a estar en orden—. Lo han visto en un restaurante en la ciudad.

—A lo mejor sabe que lo hemos pillado —le digo.

Rafe sacude la cabeza.

—No lo creo.

—Puede que sí —coincide West, como si mi hermano no hubiese dicho nada. Sus ojos se deslizan hasta mi pulsera—. A lo mejor uno de sus matones se ha vuelto contra él. O igual no quiere tentar a la suerte. Siendo mi novia, sabe que tú estarás aquí.

Mis labios se curvan.

—¿Crees que no puede hacerme frente?

—Creo que es posible que le cueste, sí.

Rafe nos mira a ambos, y el brazo de West en torno a mi cintura. Hay gente por todas partes; ojos que nos observan con atención, ojos que nos siguen la pista. Es todo fachada. Mi hermano lo sabe.

Y, aun así, cuando Amber le pone una mano en el brazo y le pregunta si no le parece que West y yo hacemos una pareja preciosa, su respuesta sale tensa.

—Sí —dice con los ojos puestos en el brazo de West—. Es cierto.



Las invitaciones a esta fiesta son muy codiciadas, y ahora que toda esta gente está aquí, todo el mundo quiere hablar con West.

—No me abandones —murmura en mi oído entre una conversación educada y otra—. Puede que muera si lo haces.

Yo me río.

—¿Eres adicto a mí?

—Sí. De forma peligrosa. —Su mano encuentra la mía y entrelaza nuestros dedos.

—Pues qué bien que siga siendo tu novia falsa en público, entonces —le digo—. ¿Habría invitado tu madre a una docena de mujeres solteras de no ser así?

West tira de mí para tenerme más cerca, como si estuviera a punto de presionar sus labios contra mi sien como acostumbra a hacer. Pero se detiene en el último momento. Se supone que solo estamos fingiendo, y mi hermano está aquí.

—Eso es. Intenta no parecer tan enamorado de mí, Calloway.

—Estoy haciéndolo lo mejor que puedo —me dice, y algo aletea en mi pecho. «Tenemos que hablar», pienso entonces. «Necesito decirle lo que siento».

Oigo otro sonido incesante y bajo procedente de mi bolso. En cuanto lo abro, lo que veo no me sorprende en absoluto.

—¿Otra vez? —murmura West.

—Es la sexta vez que me llama en la última hora. A lo mejor debería contestarle y ya —le digo—. Cuando a mamá se le mete algo en la cabeza, no para.

—Pero tú ya le has escrito y le has dicho que no estás disponible.

—Sí, pero sé cómo se pone.

Mira por encima del hombro hacia los invitados que están de pie cerca de nosotros. Dos de ellos ya han tratado de captar nuestra atención dos veces.

—Vale —dice—. Ven. Acabemos con esto.

West coge mi mano y tira de mí hacia el interior de la casa y a través del ala este. Encuentra la puerta de la biblioteca y la abre de par en par. La enorme habitación está oscura y en silencio, y nos paramos justo en la puerta.

—Coge el teléfono esta vez —me dice West—, y échale la bronca.

Bajo la vista a mi móvil.

—No estoy segura de ser capaz de hacer eso.

—Eres capaz —me dice—. Hemos estado practicando. Por supuesto que eres capaz. Yo estaré justo aquí.

Tomo una respiración profunda y contesto el teléfono. La voz histérica de mamá me recibe al otro lado de la línea.

—Por fin —me dice—. Estaba ya preocupadísima.

—No había ninguna necesidad de preocuparse —le digo con la mirada puesta en West—. Te he escrito hace apenas veinte minutos

para decirte que estaba perfectamente bien.

—Sí, pero Rafe me dijo que se estaba encargando del hombre que contrató a todos estos tipos para intimidarte, ¿esta noche, creo? ¿Y que tú también estarías allí, a lo mejor?

Oigo el piar de los pájaros de fondo. No me sorprende que ya esté despierta. Está en su nueva fase de levantarse muy temprano y darse paseos infinitos. Me pregunto cuánto le va a durar esta nueva fase.

—No va a presentarse —le digo—. Y aunque lo hiciera, estoy rodeada de seguridad. Rafe no debería haberte… Estoy bien, mamá. Estoy bien.

Mi madre suspira al otro lado de la línea. Es uno de esos suspiros dramáticos y de resignación que llevo escuchando toda mi vida. De los que me quieren decir que he hecho algo mal. De los que anuncian que mi madre va a hacer que todos sus sentimientos recaigan sobre mí.

Es mi trabajo arreglarlo. Mi trabajo es complacerla.

—Siento que ya no hablamos nunca, Nora. Antes hablábamos casi a diario, y ahora… —Otro suspiro. Esta vez es uno más corto—. Con esto de que estás lejos, en Norteamérica… ¿Cuánto tiempo vas a estar allí? Ni siquiera sabía lo de esta noche; me lo tuvo que decir mi propio hijo.

—Al menos hasta la Exhibición de Moda —digo, y mis ojos se encuentran con los de West, del color del *whisky.*

—Estaba tan encantada cuando estabas en París. Londres también estaba bien, pero…

—Mamá —le digo, soltando una exhalación—. Tenemos una diferencia horaria de seis horas. Tampoco es para tanto.

—Es una diferencia importante —me dice—. Yo lo puedo sentir, siento físicamente lo lejos que estás de mí. —Vuelve a suspirar—. Estaba aquí dándome mi paseo y creí que sería agradable hablar con mi hija. ¿Tan malo es?

La mano de West vuelve a encontrar mi muñeca. Su expresión es intransigente.

«Tienes una vida», leo en sus labios.

Mantengo mi tono suave.

—Es genial que quieras hablar conmigo, mamá, pero no puedo charlar siempre que a ti te venga bien. Como te he dicho en mi mensaje, ahora mismo no estoy disponible.

—Lo sé —me dice—, pero me pareció que lo mejor sería seguir intentándolo de todos modos.

El rostro de West se tensa frente a mí. Por supuesto que puede oírlo. Mi madre habla alto.

—Límites —me dice. Esta vez ni se molesta en hablar en voz baja.

Mi madre se va a disgustar.

Pero a lo mejor no es el fin del mundo si eso pasa.

A lo mejor puedo vivir teniendo un momento de incomodidad si eso me garantiza paz mental a largo plazo.

—Llamarme ocho veces seguidas no va a aumentar las probabilidades de que te coja el teléfono. Si es una emergencia, eso ya es otra cosa. Pero esto no era una emergencia.

—Nora. —Mi madre pronuncia mi nombre con tal desaprobación que esta habría sido suficiente para que yo hubiera retirado mis palabras hace unos años. Es como si volviera a tener doce y le estuviera hablando de la película que yo quiero ver o del deporte que yo quiero probar. O de la chica que me trataba mal en el colegio. «Nora», me diría entonces, y sabría que era el momento de callarme.

West permanece firme y yo me inclino para tocarlo, como si pudiera robarle algo de esa confianza.

—Lo digo en serio. No voy a poder hablar todo el tiempo, y no pasa nada. Te voy a seguir queriendo, aun así. Vamos a seguir teniendo una relación cercana. Estoy en una fiesta a la que tengo muchas ganas de regresar. Disfruta de tu paseo, ¿vale? Yo te llamo cuando pueda.

Se produce la más breve de las pausas al otro lado de la línea. Esta vez no hay suspiros. Solo la voz brusca de mi madre.

—Me lo apunto. Pásalo bien.

—Tú también.

Cuelgo la llamada. El silencio es ensordecedor; solo lo rompe mi respiración acelerada.

—Madre mía.

—Lo has hecho muy bien. —West se inclina más hacia mí, rozando mi sien con sus labios como si llevara muriéndose por hacerlo la última hora—. ¿Cómo te sientes?

—No era tan difícil como pensaba. Ha sido terrorífico. Estimulante. —Resulta una cosa tan pequeña en la gran escala de todo lo demás… He modelado en ropa interior, en pasarelas, presentado mis diseños frente a mis compañeros en la escuela de moda. Y, aun así, esto me golpea en lo más hondo.

—Ponerle límites a tu familia va a cambiarlo todo para ti. —Sus labios bajan a mi mejilla. Sus besos cálidos y breves me transmiten lo orgulloso que está de mí precisamente por eso.

Agarro las solapas de su traje, y una risita de pura sorpresa sale de mí.

—Creo que nunca antes le había dicho que no de esta manera.

—Mi chica valiente y preciosa. —Entonces me besa sin censura, sus labios contra los míos, y yo me derrito con el calor del gesto. Con la aprobación que me está dando. Quizá estoy intercambiando una forma de complacer a los demás por otra, y quizá no debería ansiar sus halagos de la forma en la que lo hago, pero quizá ya no me importan los «debería». Puede que mi propia opinión sea la única que importa.

Y con West, puedo ser solo yo.

—Ya no soy una pequeña gran mentirosa, ¿eh? —Sonrío y me deshago de su abrazo. Nuestras manos siguen conectadas—. Voy a salir ya. Ven a buscarme.

—Siempre, Problemas.

CAPÍTULO 55



West

La puerta se cierra tras ella, y no puedo esperar. Ya estoy caminando hacia la puerta para volver a abrirla.

—¿Qué —dice una voz baja y furiosa detrás de mí— ha sido eso?

Hay alguien sentado en el sillón de la esquina, junto a la mesa de billar. Medio escondido entre las sombras. No lo había visto antes; no había creído que alguien pudiera estar aquí.

Esta habitación está prohibida para los asistentes a la fiesta. Por supuesto que él se iba a saber el camino hasta aquí.

—¿Rafe?

Pasa por delante de la mesa de billar hasta quedar bañado por la tenue luz de la habitación.

—Estáis… —Sacude la cabeza—. ¿Vosotros dos? ¿No es mentira?

Abro los brazos, las palmas de las manos abiertas.

—No quería que te enteraras así.

—¿Ah, no? ¿Y cómo querías que me enterara entonces? —Alza la mano para desabotonarse la pajarita—. ¿Estabais planeando sentarme para decirme, los dos juntitos, que sois pareja y pedirme que me alegre por vosotros?

No puedo decirle que sí. No puedo decir nada, y las manos se convierten en puños a mis lados.

—Exacto —escupe Rafe—. Yo sé bien que tú no tienes relaciones, y ella estaba bajo tu protección. Te pedí un favor, ¿y así es como me

lo pagas? ¿Cómo se lo pagas a ella?

—No estoy jugando con ella.

—Una puta mierda. —La ira sale de él en oleadas, esparciéndose por la biblioteca—. ¿Todo esto va de la propiedad? ¿Es acaso mi hermana tu plan B?

—Joder, no. Claro que no.

—Eres demasiado estratega como para no haberlo pensado. —Rafe da un paso hacia mí—. Conquistarla, hacer que confíe en ti… para luego decirle que necesitabas un favor en caso de que tus abogados no pudieran resolverlo. Ella te ayudaría a salvaguardar Fairhaven y, ya de paso, tu reputación.

—Rafe, ese nunca fue mi plan. Nunca.

—Se te olvida que te conozco. —Me da la espalda, con los hombros moviéndose por los jadeos—. ¿Cuánto tiempo?

—No…

—¿Cuánto tiempo? —me suelta entre dientes.

—Cuando empezamos a fingir en público, también empezamos… en privado.

«Prohibidas las hermanas» es una de las reglas más antiguas que tenemos. Fue una de las primeras cosas que establecimos, sentados en la sala común de la Academia Belmont, mirando a nuestro alrededor para darnos cuenta de que nosotros cinco podíamos ser los hermanos que ninguno de nosotros tuvo. Perdimos a Hadrian, pero nosotros cuatro seguimos manteniendo nuestra lealtad.

Hasta ahora. Aquí estoy yo, más de una década después, habiendo roto esa promesa.

El puñetazo me alcanza antes de que pueda esquivarlo. Aunque tampoco lo esquivaría si pudiera; tiene todo el derecho. El puño de Rafe me golpea el pómulo y el dolor no tarda en llegar. Siempre ha sido un luchador condenadamente bueno: refinado de día, desatado de noche (eso si aún frecuenta los cuadriláteros).

—¿Cómo has podido? —Su voz suena rota—. La acogiste en tu casa, prometiste mantenerla a salvo… Es demasiado buena para ti.

—Eso lo sé —le digo. Lo sé muy bien.

—Cuando me enteré de que te la habías llevado a una de las partidas de póker de Viv, consideré que hubieras perdido la cabeza. Ahora sé que es así.

Entorno los ojos en su dirección.

—Nora es una mujer independiente. La tratas como si fuera algo delicado, algo que hay que cuidar. Y claro que lo es, joder, lo es. Pero también es fuerte, y fiera, ¡y tú ni siquiera te aseguraste de que supiera lo básico en defensa personal! Llevaba meses siendo acosada antes de que viniera a mí, y tú no le habías enseñado cómo protegerse a sí misma.

—Porque nunca va a tener que hacerlo. —Rafe me empuja, sus manos contra mi pecho—. Para eso estamos. Para eso están los equipos de seguridad. Siempre la voy a proteger.

—Pero ¿y qué hay de lo que ella siente? ¿No crees que dormiría mejor por la noche sabiendo que tiene habilidades que puede usar por sí misma? Todo este tiempo ha vivido aterrorizada, y tenía demasiado miedo de decírtelo.

Rafe sacude la cabeza.

—No quiero oír lo bien que crees conocer a mi hermana. Y no vuelvas a mencionar sus hábitos de sueño.

—Pues entonces vuelve a pegarme —le digo—. Ya nos hemos peleado antes. Dame tus peores golpes.

Sus hombros se elevan.

—Tú no la conoces mejor que yo, ni tampoco sabes lo que estás pidiendo, West.

—Claro que no. —Levanto la barbilla, poniendo a su disposición mi lado ileso—. Tú y tu madre la habéis presionado tanto para que sea perfecta todo el tiempo que no se permite ser quien es de verdad cuando está con ninguno de los dos.

El siguiente puñetazo llega con más fuerza, y doy un paso atrás del impacto.

—No hables de ella —me dice. Ahora mismo, frente a mí, no hay nada del Raphaël con el que le gusta presentarse ante el mundo. Su

pajarita está deshecha, y la ira le brilla en los ojos verdes—. No es tuya.

—Tampoco es tuya. Se pertenece a sí misma. —Lo empujo para alejarlo—. Pregúntale a ella qué es lo que quiere.

—Claro, porque ha sido ella la que ha establecido aquí las pautas entre vosotros dos, ¿verdad? Yo sí la conozco. Mi hermana no sale con nadie. No le interesan las relaciones, y tú tienes mucha experiencia.

—No tienes ni idea —le digo— de lo que estás hablando.

—Ni tampoco quiero saberlo. —Camina hasta el carrito de bebidas y agarra el decantador de cristal que contiene el *whisky* por el cuello. Lo alza en mi dirección, señalándome con un dedo—. No me llames. No la llames. Aléjate de mi familia, joder.

—No puedo prometer eso —le digo—. Depende de ella, tío.

La expresión de ira y traición en su cara me rompe hasta lo más hondo. Pero no voy a volver a mentirle. Él no es el árbitro en la vida de Nora, y yo tampoco lo soy.

Solo ella lo es.

CAPÍTULO 56



Nora

No viene a buscarme.

Recorro las habitaciones de Fairhaven para encontrarlo. Paso por delante de las parejas que bailan en el gran salón, la torre de champán en el invernadero y la abarrotada terraza. No lo veo por ningún lado.

Porque no quiere que lo vean.

Igual… Me deshago de mis tacones para poder caminar descalza por el césped primaveral cubierto de rocío y atravesar los jardines hasta el cobertizo de lanchas.

Allí es donde lo encuentro. Está parado más allá del cobertizo, su silueta delineada en medio de la oscuridad, formando una débil línea apenas visible en contraste con la luz verde al final del muelle. Aquí hace más viento, y llega el sonido de las olas golpeando suavemente las rocas y pilares.

—¿West? —pregunto. Él se gira, y la luz se refleja en el vaso que sujeta su mano izquierda. No puedo dilucidar cuál es su expresión porque no puedo ver bien su rostro—. ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—Pensar. —West me busca, y yo dejo que me atraiga hacia sí. Es cálido pese a los vientos de la noche tardía. No sé cómo, pero siempre es así.

—Mi hermano se ha ido. Lo he visto meterse en el coche. —Busco el borde de su barbilla. Sigue sin mirarme a los ojos—. Creía que se iba a quedar aquí.

—Cambio de planes.

—No irá a por Ben Wilde, ¿verdad?

—Más le vale que no lo haga sin mí. —Lo noto tenso bajo mi tacto, y me está sosteniendo como si fuera una cuerda salvavidas. Una boya en el mar.

—¿Estás bien?

Le lleva un rato largo contestar, sus labios manteniéndose en mi pelo todo ese tiempo.

—Sí —dice finalmente—. Es posible que sea el único que esté bien en medio de todo esto.

—¿Qué ha pasado?

—Rafe sabe lo nuestro.

Encuentro las solapas de la chaqueta de su esmoquin y las agarro con fuerza.

—¿Cómo? Pensaba que habíamos sido cuidadosos…

—Estaba en la biblioteca, en la esquina. Nos ha visto. Aceptando la llamada de tu madre…, cuando te he besado…

Parpadeo en su dirección. Rafe lo sabe. Rafe. Lo. Sabe.

—¿Qué sabe? ¿Le has contado… todo?

—¿Que desfloré a su hermana pequeña en mi jardín trasero? —West se acerca la bebida a los labios y se traga la mitad del vaso—. No. Le he ahorrado los detalles.

—Dame un poco. —Le arrebato el vaso frío de su mano y lo acerco a mis labios.

Me observa tomar un trago largo. Me quema, y tengo que luchar por esconder una mueca. Solo cuando parpadeo un par de veces y me vuelvo a centrar en él, puedo ver la ennegrecida magulladura que se le está empezando a extender bajo el ojo.

—Pero ¿qué…?

—No es nada. Es… Cuidado, problemas —me advierte, pero ya estoy rozando el moratón de su mejilla con los dedos.

—¿Rafe te ha pegado?

—Le he dejado —dice West—. Estaba en su derecho.

—Y una mierda. Eso es una gilipollez. —Dejo caer mi mano—. ¿Por qué no te estás poniendo hielo?

—No sé si lo has notado, pero mi casa está llena de invitados. Preferiría no dejar que alguien me viera así y empezara cualquier rumor.

Vuelvo a quitarle el vaso, y no se estremece cuando lo levanto poco a poco y lo presiono contra la piel bajo su ojo. No es hielo, pero está frío, que ya es algo.

—No me gusta tener que curarte.

—No tienes por qué. Pero, para que lo sepas, a mí sí me gusta. —Sus manos se deslizan hacia abajo, adaptándose al ancho de mi cintura.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Dime que no le has provocado para que lo hiciera.

—¿Que si lo he provocado para que me pegara? Tu hermano tiene temperamento de sobra para eso.

—Sí, lo sé. Pero también sé que parece que te encanta el sentimiento de culpa que todo esto te provoca, cuando salir contigo fue en realidad mi decisión.

—«Salir» —repite. Aquí fuera, en la oscuridad, me resulta dolorosamente familiar y un extraño; todo ello a la vez—. ¿Eso es lo que estamos haciendo, problemas? ¿Salir juntos?

Me centro en la forma en la que la luz se refleja a través del vaso de cristal.

—Yo diría que sí. ¿Y tú?

—Sí —me dice, y es la mejor palabra que he oído nunca. Me ha demostrado una y otra vez que me desea. Nunca me ha hecho dudarlo, ni una sola vez. Y es precisamente por eso por lo que me siento lo suficientemente valiente para encontrar y articular las siguientes palabras.

—Hoy me ha vuelto a preguntar tu madre si íbamos en serio. —Acuno el lateral de su cuello con mi mano libre, y siento su cálida

piel y su barba incipiente—. Y yo le he preguntado a Amber por la cláusula de matrimonio cuando no podía encontrarte. Me ha dicho que tu madre tiene una lista corta de mujeres con las que puedes casarte si lo nuestro no funciona.

West se ha quedado muy quieto bajo mi contacto.

—No me sorprende.

—Son mujeres de tu círculo. Probablemente ya conozcas a algunas por su relación con tu familia, o… o… la universidad. —Tamborileo sobre su cuello con un dedo. De no ser porque es de noche, podría ver perfectamente mi piel ardiente—. Te casarás con una de ellas, o encontrarás a una mujer por ti mismo, para quedarte con Fairhaven.

Tensa la mandíbula. Lo siento bajo el vaso con el que le estoy presionando la mejilla.

—Suenas tan segura —me dice—. ¿Es eso lo que quieres que haga?

—No puedes perder Fairhaven. —Este lugar es mágico. Y necesita que lo protejan.

—¿Y eso no te hace sentir celos? —Me está observando con cautela. Estoy a salvo sobre este muelle, con el agua bajo nuestros pies, y, aun así, me resultaría demasiado fácil ahogarme en él, en West.

—Cásate conmigo.

Deja de respirar.

No ha habido muchas ocasiones en las que lo haya visto impactado. Pero ahora mismo lo está, y sus ojos buscan los míos. Traga saliva con fuerza y separa los labios. No sale ningún sonido de su boca.

—Cásate conmigo —repito, y aparto el vaso de la magulladura que se le está hinchando—. ¿Por qué no? Eso lo resolvería todo.

Toma una respiración profunda, como si le costara reponerse.

—Tu hermano podría…

—Ahora ya lo sabe. El pacto ese, lo que sea que os prometisteis… se acabó. Porque resulta que sí que me desfloraste en tu jardín

trasero. —Doy un paso hacia delante, como si esto fuera a resultar más fácil si mis palabras tuvieran que recorrer un espacio más corto —. Es la solución obvia, West. Ya estamos fingiendo salir delante de tu familia, de los amigos, del mundo entero. Me encanta… vivir aquí. Nada tendría que cambiar. Cásate conmigo.

Su respiración es rápida y profunda, y los músculos de sus hombros están tensos bajo mis palmas.

—No lo dices en serio.

—Lo digo en serio. Eso te ayudaría, ¿no? —Intento sonreír, pero me sale una sonrisa algo torcida. Está reaccionando con demasiada intensidad, y lo conozco lo suficientemente bien como para saber que no está acostumbrado a ello. No se le da bien. Está acostumbrado a tener el control, y ahora mismo no lo tiene.

A lo mejor es porque nunca había considerado antes… lo de casarse conmigo. A lo mejor solo necesita un poco de tiempo.

—Podríamos seguir con el… bueno. Podemos tener sexo más veces. Me dijiste que aún hay mucho por probar. Y yo quiero probar. Contigo.

Descansa su frente contra la mía. El viento se hace con mi pelo, y West alza una mano para enroscarla en él.

—Tu hermano no volvería a hablarme nunca.

—Déjamelo a mí.

—¿Tú te casarías conmigo? —Su voz es cálida y suena medio rota —. Te casarías. Conmigo.

—Sí. Y conseguirías quedarte con la propiedad. —Sonrío contra sus labios. «¿Puedes ver lo mucho que deseo esto?»—. Pero yo me quedo con el gato. Es mío.

—Puedes quedártelo. De todas formas, yo no le gusto. —West desliza las manos hacia abajo—. Agárrate a mí.

Entonces me levanta del suelo. El muelle cruje bajo sus pasos rápidos que se dirigen a la salada oscuridad del cobertizo de lanchas.

—Puedo andar —protesto. Pero también estoy sonriendo ampliamente, porque se está abriendo de par en par, y todo su

deseo está saliendo de él a borbotones. Lo siento en sus manos, en su boca cálida contra mi sien.

No cree que sea una mala idea. No cree que sea una mala idea en absoluto.

—Llevas toda la noche en tacones —me dice West, y me baja al suelo sobre un largo rollo de cuerda—. Y te necesito.

CAPÍTULO 57



West

Nora me está ofreciendo todo lo que siempre he querido.

Me paso la noche después de la fiesta deleitándome en ello, en el placer de nosotros dos, de ella, de sus muslos a ambos lados de mi cara y de su cuerpo tumbado en mi cama. De lo surrealista que la siento rodeándome y de las uñas que clava en mi espalda. Y, después, de su sonrisa placentera tras correrse y del suave sonido de su respiración mientras se queda dormida en mis brazos.

Pero me despierto con la conciencia de que soy yo el que se está beneficiando en esta situación. Y me despierto con un palpitante moratón bajo el ojo y con Fairhaven sumido en el caos posfiesta.

Nora sigue dormida, hecha un ovillo en su lado de la cama, con el oscuro pelo extendido por la almohada que ahora es suya. No puedo verla despertar. No puedo con la culpa que me ha mantenido casi toda la noche despierto mientras la sostenía.

Es demasiado buena para mí. Demasiado buena para esto.

Rafe me dijo que no le contactara y que me alejara de su familia. Claramente ya no he seguido la segunda orden, y en el coche de camino a Empresas Calloway voy contra la primera.

WEST: Enfádate conmigo. No te enfades con tu hermana. Es inocente en todo esto.

No va a responder, pero tenía que decírselo.

Nora valora la relación que tiene con su hermano. Siempre lo ha hecho, y me destrozaría ser la razón por la que esa relación se rompiera.

A lo mejor nuestra propia amistad se ha roto. Más de una década de tenerlo en mi vida como mi propio hermano… Joder.

Pero mientras no le toque a ella sufrir eso… Pase lo que pase, ella no puede ser quien pague el precio. No pienso permitirlo.

Uso el gimnasio de la oficina y me siento para participar en reuniones durante las cuales noto a más de uno de mis ejecutivos sénior mirándome de reojo. Siempre se ponen nerviosos cuando aparezco sin avisar, y aquí estoy yo, sentado en silencio, enfadado, y con un ojo morado.

A primera hora de la tarde me paso por la joyería. La ansiedad hace que me sea difícil concentrarme en los diamantes bajo el mostrador. Y me resulta aún más difícil cuando la elegante mujer que me atiende, y no para de adularme, me pregunta quién es la afortunada.

Afortunada.

Yo soy el afortunado aquí, y soy lo suficientemente desgraciado como para ser incapaz de dejar ir a Nora. Ofreció lo del matrimonio porque eso es lo que yo necesito, no porque ella esté preparada para eso. Ni siquiera ha tenido una relación hasta ahora.

Una y otra vez me ha repetido lo mucho que quiere aprender a salir con chicos, a dejarles entrar en su vida, a estar en una relación. A dejar de tener miedo y un día encontrar amor verdadero. Acabar encadenada a mí no estaba en su lista de objetivos.

Pero yo mejor que nadie he visto lo buena que es.

Lo suficientemente buena como para ofrecerse a casarse con un hombre que le gusta, un hombre en el que confía, solo para hacerle la vida más fácil. Lo suficientemente buena como para decirse a sí misma que puede que hasta le guste. Que puede que hasta sea una solución agradable, una idea genial.

Y yo soy lo suficientemente desgraciado como para haber aceptado cuando lo propuso, porque la deseo desesperadamente. Porque estoy dispuesto a tenerla incluso sin su amor, incluso sabiendo que lo propuso solo para hacerme un favor.

Me meto el anillo de compromiso talla de pera en el bolsillo trasero, pero no se lo doy cuando la veo más tarde. No soy capaz. Cada vez que la veo, que la sostengo entre mis brazos, es una tortura. Es una tortura saber que ella no siente lo que yo siento.

Alex me manda un paquete un día después. Es una caja gigante de condones Mágnum que viene con una nota que deja ver claramente que ha hablado con Rafe.

> Soy demasiado joven para ser tío otra vez. Quiero que se me reconozca lo generoso que ha sido por mi parte mandarte los mágnum. Me alegro por vosotros. Te has arriesgado con esto. Lo apruebo. Quema esta nota después de leerla, eso sí, y no se lo cuentes a Rafe. Yo aquí estoy en ambos bandos. Tú me entiendes.

Sí que lo entiendo.

Todo esto podría hacer saltar por los aires mucho más que mi relación con Rafe. Podría destruir el grupo.

El anillo de diamantes sigue en mi bolsillo. Y me quema. Siento que me ahogo en el deseo de todo esto. De tenerla a mi lado. De la promesa de un para siempre con ella.

De más noches, más días, más momentos de observarla haciendo bocetos por el jardín y agarrando mi mano en los vuelos, y de los pequeños momentos, nuestras cenas, sus bromas, sus sonrisas.

Lo quiero todo con tanta puta intensidad, y ella solo me está haciendo un favor. La conozco lo suficientemente bien como para saber ya que antepone las necesidades de los demás a las suyas con la misma facilidad con la que respira. Es lo que ha hecho siempre. Y lo que nunca quise que hiciera por mí.

La culpa es ácida. Duele.

Al menos hay cosas que puedo hacer por ella, cosas de las que necesito encargarme y gestionar. Y Ben Wilde está muy arriba en

esa lista.

Rafe quería encargarse de él en silencio. Pero esa no fue nunca mi estrategia.

Me va a odiar por eso también, pero ya me odia. ¿Qué supone una razón más para ello, si esta supone mantener a Nora a salvo? Wilde necesita saber que ya se le ha acabado el juego. Que vamos a ir a por él con todo lo que tenemos y que no va a ser algo agradable.

Mi equipo se ha enterado de que va a hacer una fiesta en los Hamptons, así que me paso la tarde recorriendo las calles de alrededor con el coche, echando un ojo al sitio. No debería resultarme difícil conseguir una invitación, pero no quiero ningún rastro de mi nombre en su lista de invitados.

Estoy pasando por una calle curva flanqueada por árboles cuando me suena el móvil. No es Nora. No es Rafe.

Suspiro, pero acepto la llamada de todas formas.

—Hola, mamá.

Me habla de todas las cartas de agradecimiento que ha estado contestando toda la mañana por el Baile de Primavera y de que el barman no estuvo a la altura. Hago el mayor esfuerzo por hacer que parezca que no me importa una puta mierda.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunto.

—¿Acaso no puedo llamar simplemente porque quiero charlar con mi hijo? —me pregunta—. Pero, bueno, sí, sí que lo hay. Nora. Lleváis ya un tiempo saliendo, y solo estás a tres meses de tu trigésimo cumpleaños.

—Soy consciente.

—¿Le has pedido ya que se case contigo? Tengo una empresa de *catering* en la recámara por si acaso, para el fin de semana previo a tu cumpleaños. Los contraté hace un año o así, hacen un cordero asado delicioso.

Cierro los ojos.

—Mamá.

—¿Lo habéis hablado? Puede que ya no viva en Fairhaven, pero eso no significa que no quiera que siga siendo tuyo. O que no quiera que se lo dejes a tus hijos. No puede romperse en pedazos. —Respira hondo—. No entiendo esto, Weston. Hace ya dos años que sabes de este asunto. ¿Qué tienes en contra del matrimonio?

Su pregunta me hace reír.

—¿Que qué tengo en contra del matrimonio?

—Sí. Tu padre y yo estuvimos juntos durante casi tres décadas, y tuvimos una vida maravillosa.

Hay días en los que soy capaz de limitarme a asentir frente a los refinados delirios de mi madre. Días en los que le sigo la corriente con la narrativa que prefiere creerse antes que la verdad. Hoy no es uno de esos días.

—Os odiabais el uno al otro —le digo—. ¿Una vida maravillosa, dices? ¿Cuántas aventuras tuviste durante ese tiempo? ¿Y cuántas aventuras tuvo papá? Nunca pude llevar la cuenta.

Se produce el silencio al otro lado de la línea, seguido por la voz baja y furiosa de mi madre:

—West.

—Aunque supongo que ese era precisamente el objetivo de mandarme a Belmont. Si no estaba presente, no podía llevar la cuenta. —Mi voz es fría—. ¿Que qué tengo en contra del matrimonio, preguntabas? Todo.

—Tu padre y yo nos queríamos.

—El amor no es así —le digo mientras pienso en Nora durmiendo en mi cama esta mañana. Pienso en la furiosa y dolorosa necesidad que hay dentro de mí de protegerla. Incluso de sí misma y de sus propias tendencias complacientes.

Lo cual también debería incluirme a mí.

—No lo sabes todo —me dice.

—No, supongo que no. Pero sabiendo lo que sé, ¿puedes acaso culparme de no querer un matrimonio como el vuestro? —Mis palabras son crueles, pero también son la verdad, y ahora mismo no soy capaz de reprimirme.

—¿Por qué crees que tu padre y yo nos casamos? Era tan esclavo de la cláusula del fideicomiso como tú. Pero él decidió hacerlo bien, y consideró a varias candidatas. Lo arreglamos todo muy bien. —Su voz suena mucho más distante ahora—. Nora es una chica preciosa. Haríais una pareja preciosa, y claramente te adora. Eso ya es un gran comienzo.

La mano se me tensa en torno al móvil.

—Todo fue mentira.

Hay completo silencio al otro lado.

—Fingimos. Estaba fingiendo cada vez que la viste.

Mi madre se ríe. Me sorprende tanto que no tengo respuesta que darle.

—Esa chica está enamorada de ti hasta la médula, West, y si tú no puedes verlo, pues ahí ya no puedo ayudarte —me dice—. Y que estés dudando, teniendo enfrente la opción más simple y estratégica, me dice que probablemente tú también lo estés.

—Si me caso con ella, será por mi propio bien —le digo a mi madre—. No por el suyo.

—El matrimonio es un acuerdo mutuo. Puede que tu padre y yo tuviéramos nuestros momentos, pero eso lo entendimos desde el primer día. —Su voz se endurece—. La pregunta es, ¿lo entiendes tú?

CAPÍTULO 58



Nora

West no ha sido él mismo desde aquella noche en el Baile de Primavera.

Está liado y yo también. Trabajo desde muy pronto por la mañana hasta bien entrada la noche en perfeccionar las piezas para la Exhibición de Moda. Solo quedan unos días. Aunque West sí que solía estar presente antes; apareciendo para traerme una taza de té o escribiéndome para preguntarme si quiero salir a cenar.

Pero ahora nunca está presente, ni siquiera en la propiedad. No está en su oficina ni tampoco en la biblioteca. Y cuando lo veo, las interacciones son breves, conversaciones cortas en las que noto pesadumbre en sus ojos.

Está aquí. Me sostiene entre sus brazos. Sus labios rozan mi sien, y sus besos siguen siendo calientes y hambrientos, pero sus ojos de *whisky* ahora están cerrados frente a mí.

Ayer me desperté al notar cómo se deslizaba en mi cama, y me giré hacia él buscando su calor de manera instintiva. «No pretendía despertarte», murmuró en mi pelo, y tiró de mí para que descansara sobre él como acostumbro. Una vez me dijo que dormía mejor cuando estábamos conectados de alguna forma: una mano en mi cintura, una pierna enredada con la otra.

Nada de eso ha cambiado. Aún me desea, eso lo sé y lo siento hasta en lo más profundo de mi ser. Incluso aunque no haya vuelto

a sacar el tema del matrimonio ni una sola vez desde que yo se lo dije.

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

—Me he quedado trabajando hasta tarde, tratando de trazar los movimientos de Wilde. —Suspiró con lo que pareció alivio cuando me apreté más contra él—. Dios, qué bien me haces.

—Mmm. —Estaba adormilada y molesta por su ausencia, pero demasiado contenta de que hubiera vuelto como para protestar. Volví a quedarme dormida, cálida y feliz y decidida a hablar más tranquilamente al día siguiente; todo para encontrarme con que ya se había marchado cuando yo me desperté.

Así que me limito a mi rutina habitual: salir a correr con Sam y Madison, desayunar en la cocina, perfeccionar los dobladillos, las puntadas y los dobleces.

Ignorar las llamadas de mi hermano.

Me ha llamado cada día desde la fiesta. Dos veces al día siguiente y, ayer, tres veces. Pero al tercer día me envía un mensaje que no puedo ignorar.

RAFE: Si no hablas conmigo, voy a ir a buscarte esta tarde.

Respondo al primer tono.

—¿Nora?

—Sí. Hola.

—Por fin —me dice—. ¿Estás bien?

—Sí, claro que lo estoy. Aunque West sigue teniendo un ojo morado. —Mi voz es calmada, pero no puedo evitarlo—. Por lo que he oído, es cortesía tuya.

Cambia entonces al francés. No me sorprendería que estuviera en el trabajo ahora mismo y no quisiera que la gente le escuchase.

—Te voy a sacar de esa casa.

—No, no vas a hacerlo.

—Nora, no puedo dejar que te quedes ahí.

—No es tu decisión.

Rafe sigue a lo suyo, como si no me hubiera oído.

—Mandaré a uno de mis chóferes para que te recoja a las tres. Puedes quedarte en el apartamento de Nueva York. Su equipo de seguridad es bueno, pero yo puedo conseguirte uno igual de bueno. No tendrás que preocuparte por nada.

—Rafe —le digo—. No vas a hacer nada.

Se produce una breve pausa al otro lado.

—¿Cómo?

—Estoy bien donde estoy. No necesito que vengas a salvarme, simplemente, porque no necesito que me salve nadie. —Jugueteo con la pulsera que descansa en mi muñeca derecha. No me la he quitado desde que él me la dio. «Sé una buena chica y enfádate».

—Nora —me dice, y su voz es tensa, como si estuviera tratando de mantener su temperamento bajo control—. No sé qué te habrá dicho, pero no quiero que se aprovechen de ti.

—¿Y qué te hace pensar que alguien se está aprovechando de mí? —le pregunto—. No me has preguntado ni una sola vez cómo me siento al respecto con todo esto. Cómo me siento con respecto a West o a salir con él. Tú solo te limitas a dar órdenes y exigencias. West no ha hecho nada que yo no quisiera hacer.

—No te ha dicho que necesita casarse para quedarse con la propiedad.

—Eso ya lo sé.

—Entonces sabes también que se va a casar con otra en cuestión de meses, ¿no? ¿A ti eso te parece bien? —Su voz se endurece—. O puede que esté planeando pedírtelo a ti.

—Es tu mejor amigo, Rafe. No está intentando engañarme. Más bien al contrario; es él el que no quería que esto pasara precisamente por ti. ¿Eres consciente del obstáculo tan grande que has supuesto entre nosotros? Y es que ni siquiera entiendo por qué, es completamente estúpido. Sois amigos.

—Es un estratega. Siempre piensa en el futuro, va tres pasos por delante, y…

—He sido yo quien le ha pedido a él que se case conmigo.

Ahora se hace un silencio total al otro lado de la línea. Un segundo, dos…

—¿Qué dijo?

No quiero compartir eso con mi hermano, cuando nosotros no hemos hablado de ello desde que ocurrió y la incertidumbre hace que me resulte difícil pensar.

—Estamos trabajando en ello —digo finalmente.

Rafe inspira profundamente.

—Me dijo que lleváis con esto más de un mes. En Costa Rica fingisteis ser… solo amigos.

—Sí. —El pulso se me acelera. No me gusta estar teniendo esta conversación. Pero tampoco voy a rehuirla—. Porque tenía miedo de tu reacción. Y yo también.

La voz de Rafe se vuelve más grave.

—Le pedí que te cuidara. Confié en él, y él…

—¿Ha hecho qué? ¿Hacerme feliz? —Cierro los ojos con fuerza—. El único motivo por el que estás reaccionando de esta forma es porque me sigues viendo como tu hermanita pequeña que necesita protección. No me estás viendo como alguien capaz de tomar sus propias decisiones. Y es algo que llevas años haciendo, que yo recuerde. Después de que perdiéramos a Etienne y de que tú te fueras a Belmont… Todo cambió. Nosotros cambiamos.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no?

—Tú eres mi responsabilidad, Nora. —La voz de Rafe suena tensa —. Wilde quería ir contra mí, pero te usó a ti para lograr su objetivo. ¿Sabes lo que me cabrea eso? Te hicieron sentir miedo por mi culpa.

—Yo no estoy enfadada contigo por eso —le aseguro.

—Bueno, pues yo sí. Estoy lo suficientemente cabreado como para estarlo por mí y por ti también —me dice—. ¿Y ahora West y tú…? ¿Casarte con él? Has estado sometida a tanto estrés estos últimos meses, y con tu concurso de moda también, y el acosador…

Parpadeo varias veces y me doy cuenta de que la vista se me emborrona. Siempre me pongo a llorar cuando me enfado, y es algo

que odio. Lágrimas traidoras…

—¿Recuerdas cuando dijiste que la Exhibición de Moda era una estupidez? —Hago una pausa para tratar de tragarme el nudo que se me está formando en la garganta—. Pero yo quiero hacer esto sin tu ayuda. Porque se me da genuinamente bien. Porque tengo talento y habilidad, y no porque tenga los recursos de la familia.

—Siempre he creído que tenías talento.

Su confesión me golpea con mayor fuerza de lo esperado. La garganta se me tensa.

—Pues nunca lo ha parecido.

—¿Ah, no?

—Papá nunca permitía errores. Y mamá nunca permitía ningún error que no fuese suyo. Y tú… tú nunca cometías ninguno. Y a mí se me hizo muy difícil probar cosas nuevas. O aceptar el fracaso. O estar en paz con la idea de no vivir a la altura de la persona que todos vosotros siempre habéis querido que sea.

—Nora —murmura mi hermano al otro lado del teléfono—. Nunca antes habías dicho nada de esto. Nada de esto es cierto.

Alzo la vista hacia el precioso cielo primaveral.

—Me gusta West. Me gusta muchísimo. Pase lo que pase, no voy a arrepentirme. No me arrepiento de ninguna de las cosas que han pasado entre nosotros. Y tú puedes o tratarme como una adulta y confiar en mí cuando te lo digo… o puedes ignorar todo lo que pienso para poder seguir cabreado con West porque rompió una regla que os inventasteis hace mil años en Belmont.

—¿Te lo ha contado? ¿Lo de… Amber?

—Sí, algo me ha contado. Rafe, le pegaste un puñetazo al hombre con el que estoy saliendo en vez de hablar conmigo.

—Es mi amigo más antiguo. —Su voz suena cansada de repente, y muy vieja para sus veintinueve años—. Confié en él, y él me ocultó todo esto.

—Fui yo quien se lanzó primero —le digo.

—Claro, claro. Siempre te observaba de cerca; demasiado —murmura Rafe.

No hay nada que pueda contestarle a eso. Respiro profundamente.

—No me gusta sentir que te estoy decepcionando, pero no pienso dar mi brazo a torcer. Es mi vida, y no puedo vivirla según los términos de otras personas.

Se queda callado durante unos pocos y largos segundos.

—¿Entonces no quieres que te vaya a recoger?

Me río un poco.

—No, estoy bien donde estoy.

—Fairhaven es una casa preciosa.

—Sí que lo es, sí —le digo—. Y no dejes que esto arruine tu relación con West, ¿de acuerdo? Aquí nadie es culpable.

—Puede —me dice, y sé que es la mejor respuesta que voy a poder conseguir.

—Hablamos más tarde. Adiós, Rafe.

—Adiós —dice suavemente, y entonces termino la llamada.

Me lleva un rato largo relajarme después de eso. Me siento frente al mar, junto al cobertizo de lanchas, y observo las olas llegar. Un solitario velero se para en mar abierto, y yo inhalo profundamente. Dejo que el aire me llene por dentro. Se acerca una tormenta de primavera, y yo lo acepto todo al respirar.

Ya no soy la persona que era cuando llegué aquí.

Y no voy a esperar a que West se abra conmigo. No voy a quedarme sentadita en una esquina y dedicarle sonrisas dulces. Le doy la vuelta a mi brazalete, sintiendo su grabado contra la piel.

No dudo que quiera estar conmigo. No dudo que esto sea más que una solución conveniente, o que tengamos algo real. Lo veo y lo siento, y nunca he estado más segura de algo.

Pero voy a tener que forzarle a admitirlo. Voy a tener que enfadarme un poco. Y voy a tener que usar las habilidades que él mismo me ha ayudado a perfeccionar.

Cuando llamo a Amber, me contesta al quinto tono.

—¿Te has recuperado ya de la resaca de la fiesta? Yo te juro por Dios que me ha llevado tres días enteros.

—Justo a tiempo para otra fiesta —le digo—. ¿Te apetece salir esta noche? Tengo ganas de salir a bailar.

—Por supuesto que me apetece. Déjame adivinar: ¿mi hermano?

—En estos momentos me tiene frustrada.

—Sí, lo hace a veces. —Puedo oír la sonrisa en su voz—. Iré a recogerte. ¿Nos llevamos a nuestros guardias?

—Sí.

—Estaré allí a las ocho.

CAPÍTULO 59



West

Empujo las puertas de dos hojas una vez llego a Fairhaven. Acaba de empezar a llover. Ahora mismo solo son gotas cálidas y pesadas, pero va a empeorar. El típico chaparrón de primavera.

Necesito cambiarme de ropa, y luego volveré al sitio donde Ben Wilde va a dar su fiesta. Nora ha dicho que no quiere enfrentarse a él, y yo no la quiero ni remotamente cerca de él, así que me va perfecto.

Qué ganas tengo de ver su engreído careto…

Unas risas agudas, femeninas, llegan de la sala de estar. A eso le sigue el repiqueteo de unos tacones, y mi hermana aparece en la entrada. Nora la sigue de cerca, y ambas están sonriendo.

Amber se para cuando me ve.

—Oh, oh —dice, y baja la mirada a su copa de vino—. Este no es, para nada, uno de tus vinos buenos de añada. Prometido.

No puedo apartar la mirada de Nora. Se ha hecho algo para oscurecer sus pestañas, haciendo que sus ojos parezcan aún más luminosos. Lleva el pelo echado hacia atrás de cualquier manera y una falda corta que deja al desnudo casi toda la pierna. La parte de arriba lleva unas mangas largas y con caída, pero hay una franja de su piel visible a la altura de su abdomen.

—¿Adónde vais?

—Vamos a salir —dice Amber.

—A beber y bailar. —Los ojos de Nora recaen en los míos, y se encoge de hombros—. Puede que también flirteemos un poco. ¿Quién sabe?

—Flirtear.

—Sí, flirtear. —Se mete un bolso bajo el brazo—. También vienen Sam y Amos. Puede que incluso consiga que Amos beba esta noche.

—No, no lo harás. Amos no beberá.

Vuelve a encogerse de hombros.

—No diré nada si no lo hace.

Cruzo los brazos a la altura del pecho.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que me toca ir saliendo. —Mi hermana le dedica una amplia sonrisa a Nora y articula un «buena suerte» en mi dirección antes de salir por la puerta—. ¡Te espero fuera!

La puerta se cierra tras ella, y ahora solo estamos nosotros dos en mitad del gran vestíbulo.

—¿Que qué estoy haciendo? Pasármelo bien —dice Nora—. Voy a salir. ¿Quieres venir?

—No puedo.

Sus labios forman una fina línea.

—No me sorprende. Llevas días evitándome.

—No te he estado evitando —le digo. Es la verdad, pero también es una puta mentira porque ella es en lo único en lo que pienso. No podría evitarla ni aunque quisiera.

Y no quiero.

Saca una tarjeta de crédito negra de su bolso.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que gastara más de tu dinero? —Se estira para darme un beso en la mejilla—. Gracias por esta noche. Amber y yo vamos a pagarle a todo el bar una ronda.

Antes de que pueda bajar más escalones, agarro su cintura. Mis dedos rozan la piel desnuda de la parte baja de su espalda.

—Sé lo que estás haciendo.

—¿Ah, sí?

—Estás discutiendo conmigo.

Capto el destello de fuego que pasa por sus ojos.

—Sí, exacto.

—¿Por qué estás enfadada?

—Porque has desaparecido. Porque no hablas conmigo. —Me quita algo que tengo en el hombro—. Si quieres que lleve tu anillo, Calloway, tendrás que pedírmelo. Y tienes que estar aquí, ya puestos.

Agarro su mano izquierda y paso el pulgar por sus nudillos. «Quédate», quiero decirle. Pero si le digo lo que quiero, lo que quiero de verdad, me arriesgo a ahuyentarla.

O a algo peor: a ver esa encantadora sonrisa falsa en su cara, la sonrisa que usa cuando está intentando ser agradable con demasiado ahínco. Me mataría si me dedicara una de esas.

—Vete, entonces —le digo—. Siempre que sepas con quién regresarás al final de la noche.

—Pues eso depende. —Camina hacia la puerta, con sus tacones repiqueteando contra el mármol—. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

«Siempre».

—Sí.

—Pues te veo luego. —Se desliza por la puerta y yo me quedo ahí de pie durante unos minutos bien largos, con los puños apretados.

Los celos y la rabia me queman bajo la camisa, y me desabrocho los dos primeros botones. Al menos esta noche hay algo que yo puedo hacer por ella.

Hay una situación que necesita una solución.

Me lleva menos de una hora conducir de vuelta a la fiesta de Wilde. Aparco a diez minutos andando. La fiesta apenas cuenta con seguridad. Hay un único gorila en la puerta y un hombre muy sonriente con un portapapeles tachando los invitados que van llegando.

La casa detrás de la de Wilde está vacía. Está en venta, por lo que pude ver antes, y cruzo el jardín para llegar al que acogerá el evento. Me deshago de la chaqueta que me puse solo por la lluvia y me escondo tras la verja. Me adentro con cuidado entre los setos…

Y estoy dentro.

Nadie se da cuenta de mi llegada a través del jardín con esta lluvia. No hay nadie en la terraza de todas maneras, a pesar de estar cubierta. Me muevo por el exterior de la casa y encuentro una puerta trasera. Paso por delante del camarero y doblo la esquina para encontrar… Aquí está. La escalera de caracol.

He hecho mis búsquedas sobre este sitio.

La segunda planta está desierta. Me encuentro con un pequeño mirador sumido en las sombras, y bajo él está el gran salón de baile, en todo su brillante esplendor. Wilde no escatimó en la lista de invitados. Cumple sesenta años, y cuenta con barra libre y una banda tocando en vivo.

Me apoyo en la pared. Una sombra se mueve a mi lado, y no debería sorprenderme encontrármelo aquí.

Pensamos igual.

—Conque has acabado aquí, ¿eh? —dice Rafe en voz baja. Ninguno de los dos quiere ser visto aquí arriba.

—Por la misma razón por la que tú has acabado aquí también.

—Lo dudo. —Baja la vista hacia la masa de gente que hay abajo. Reconozco a algunas personas. Otras son completas extrañas, pero están aquí igualmente. En una fiesta que él ha organizado, un hombre dispuesto a aterrorizar a una chica con la esperanza de, quizá, poder deshacerse de los Montclair. Todos ellos son culpables por asociación.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Has estado sopesando la mejor forma de jugar tus cartas. Admítelo.

Rafe se apoya contra la pared.

—No tengo por qué admitirte a ti nada.

—Durante un momento has pensado en cómo darle la vuelta a esto para que vaya en tu beneficio. —La mano se me tensa al costado—. Cómo usarlo como moneda de cambio.

—Tú también lo harías.

—No cuando se trata de Nora.

—Llevamos años trabajando en este acuerdo. —Noto la ira bajo su voz normalmente controlada—. Esa empresa va a ser mía. Antes o después. Y, desde luego, no va a ser con ese gilipollas al mando. Para él quiero más que una simple noche de humillación.

—En eso estamos de acuerdo.

—No quiero que vuelva a trabajar nunca jamás.

—Yo no quiero que vuelva a respirar. —Mi voz es plana, dura. Es la cruda realidad y no es algo que vaya a hacer precisamente realidad, pero, joder, la ira que siento ahora mismo me saca de mis casillas y mi autocontrol—. Pero me bastará con arruinarlo.

Hizo llorar a Nora. Hizo que tuviera miedo de dormir sola; que tuviera que mudarse varias veces y tuviera que cambiar sus costumbres. Su vida.

No tenemos que esperar mucho. Ahí aparece él, con una sonrisa en la cara. Ben Wilde lleva un traje azul marino oscuro y un pañuelo de bolsillo morado, con el pelo canoso echado para atrás. Estrecha manos, asiente, se hace fotos.

Sigue pensando que esta es su noche.

Rafe y yo nos conocemos desde hace más de una década. Puede que me odie, pero sé lo que está pensando. Puedo oírlo en el silencio entre nosotros.

—Has venido por ella.

—Sí. Quiero tener una oportunidad de ir a por él.

—Quiero hablar con él. —Vuelve a tener control sobre sí mismo. Ha tirado de sus oscuras cadenas hasta volver a meterlo todo dentro, algo que siempre se le ha dado bien—. Que sepa que lo estoy observando. Quiero verlo mirando por encima del hombro y teniendo que cuidarse las espaldas durante meses, sin saber cuándo le llegará el golpe.

—Demasiado blando.

—A ti no te compete cómo manejar esta situación.

Me giro hacia él, y la ira que he estado conteniendo hasta ahora rompe a hervir hasta llegar a la superficie.

—Nora se ha pasado meses aterrorizada, demasiado asustada como para hablar con nadie de ello, y ahora yo quiero que Wilde lo pague. Todo esto es por ella.

Los ojos verdes de Rafe se deslizan hasta los míos.

—¿Y te crees que yo no lo hago por ella? Es mi hermana pequeña. Carne de mi carne. Mi sangre.

—Eso lo sé. También es mi…

—¿Tú qué? —Sus labios forman una delgada línea—. Dime, West. ¿Qué es ella para ti? Siempre has dejado tu postura frente a las relaciones clara como el agua.

—Ella lo es todo —le digo—. Y tú sabías cómo me sentía con respecto a las relaciones. No sabes cómo me siento ahora.

—¿Eso es lo que sois, entonces? ¿Pareja?

Sigo con la mirada a Wilde, quien bajo nosotros ahora se dedica a medio abrazar, medio golpear a otro hombre en la espalda. La autocomplacencia que flota en el aire y que viene de él resulta sofocante, oscura y pegajosa.

—Necesitamos pillarlo solo.

—No me has contestado.

Me giro hacia Rafe, y está justo ahí, sus ojos apenas visibles bajo la tenue luz.

—Estoy aquí para asustar a Wilde lo suficiente como para que él o cualquiera de sus matones no quieran volver a poner un pie en la misma ciudad que Nora jamás. ¿Vas a ayudarme? Porque no pienso ser sutil.

La oferta se cierne sobre nosotros, estirándose hasta tensarse. Sé que me estoy pasando de la raya, pero no puedo hacerme a un lado cuando tiene que ver con ella. Cuando sé que ella también quiere que nos encarguemos de esto.

Rafe hace un tenso asentimiento de cabeza.

—¿Sobornamos a los empleados?

—Sí. Lo haré yo. Tú eres demasiado reconocible.

—Igual que tú.

—Sí, pero eres tú al que no deben ver aquí. —Miro de nuevo hacia abajo, hacia la puerta abierta en el lado derecho—. Hay una vinoteca en este sitio. Por las fotos, parecía un espacio privado.

—Yo también lo vi. Me aseguraré de que esté despejado.

—Nos vemos allí.

Diez minutos más tarde, he deslizado una buena cantidad de billetes en la mano de uno de los camareros para que le diga a Wilde que le está esperando una sorpresa en la vinoteca. «Si te pregunta, dile que lo ha organizado su mujer».

Nadie me ve cuando bajo las escaleras para encontrarme con Rafe, que ya está ahí. Está sentado en la mesa de barril colocada en el centro de la vinoteca, rodeada de hileras e hileras de botellas apiladas.

Ha abierto una y puesto tres copas en la mesa.

—Se me ocurrió que debíamos darle la bienvenida a nuestro invitado.

—¿Hay arsénico en su copa?

—Se me había acabado —me dice. Su voz es tensa y calmada, pero veo ansias asesinas en sus ojos.

Tan solo unos minutos después, oímos fuertes pisadas fuera. Yo espero junto a la puerta, y en cuanto Wilde se adentra en la habitación, cierro la puerta tras él.

Se para en mitad de la bodega.

—Buenas noches —dice Rafe. Empuja una copa de vino tinto en dirección a Wilde—. Hagamos un brindis de cumpleaños.

Ben sigue de pie, quieto como una estatua. Poco a poco, como si un movimiento repentino pudiera hacer que Rafe saltara sobre él, mira a su alrededor. Me ve y rápidamente vuelve a mirar la copa que se le está ofreciendo.

—¿Qué significa esto?

—Es una fiesta. —No trato de ocultar el desprecio en mi voz—. Supongo que nuestras invitaciones se perdieron por el camino.

Da un paso adelante, aceptando la copa. Es un movimiento forzado.

—Caballeros…

—Explícate —le exige Rafe. Su voz es casi amigable.

Casi.

—No sé a qué se refiere —dice Wilde—. Si está aquí por lo de nuestras negociaciones, eso es algo que tienen que gestionar nuestros abogados.

—Abogados. —Rafe toma un largo trago de su copa y estira las piernas—. ¿Has oído eso, West?

—Sí lo he oído, sí.

—Como si hubiera algo legal en lo que tú has estado haciendo.

—No estoy haciendo…

—Contrataste a gente muy buena, Wilde. Eso te lo reconozco. Pero nuestra gente es mejor. Y todo el mundo deja un rastro. —Camino a su alrededor, parándome a apenas unos centímetros de él —. Nora Montclair.

Wilde nos mira alternativamente, y su cara palidece.

—No sé qué…

—No te avergüences más con mentiras.

—La familia está prohibida. Siempre lo ha estado, y siempre lo estará. —La voz de Rafe es puro acero—. ¿Cuál era el plan? ¿Apartar mi atención del asunto, quitarme del medio? ¿Hacer que este trato acabara quitándome tiempo suficiente como para dejarlo?

El rostro de Wilde se endurece.

—Nunca hemos querido venderle la empresa a Valmont. Nunca hemos querido vendértela a ti. Así son los negocios, caballeros. Ambos lo sabéis. Fue… un movimiento estratégico.

Presumido hijo de puta… La rabia que bulle dentro de mí ahora se vuelve fría como el hielo, pero mi movimiento es calculado cuando lo empujo contra los barriles.

—Amenazaste a una mujer inocente por un acuerdo comercial. —Uso mi antebrazo para mantenerlo ahí y deleitarme en la forma en la que se le abren los ojos—. Ha tenido que estar mirando por encima del hombro durante meses por tu culpa. Pero ¿para ti? Esa va a ser

tu realidad el resto de tu vida. Pienso ir a por ti con todo lo que tengo.

—Son negocios, Calloway —dice en un resuello—. La chica nunca resultó herida. No fue más que… una farsa.

—No —le digo—. No fue solo una farsa. Porque resulta que alguien sí que va a resultar herido.

Y entonces le suelto un puñetazo.



Salimos de la fiesta del mismo modo que entré yo. La lluvia ya ha parado. El aire es fresco y cálido, y me duelen los nudillos.

—Joder, qué bien me he sentido.

—Yo también. —Rafe me mira de reojo—. Pero ¿era necesario pegarle? Ahora hemos dejado pruebas.

—No va a hacer una mierda.

—No habías pegado a nadie desde hace más de una década.

—No. No todos podemos ser tú. —Le echo una mirada. Rafe no suele hablar de ello, de las peleas en las que participaba por las noches. De los cuadriláteros subterráneos en los que se dedicaba a sacar la culpa y la frustración que sentía. Todos nosotros tratamos de hacer que lo dejara.

No sé si lo ha hecho.

—Eso fue hace años —me dice, con tanta facilidad que no sé si me está mintiendo o no. Ahora estamos en una frondosa calle lateral, pero bien podríamos estar de vuelta en Belmont. Los años han desaparecido; nuestras americanas se han convertido en uniformes, y estamos escapándonos de la residencia del director con un trofeo robado en mano—. Joder.

—¿Tú, soltando un taco? Es una mala noche.

—Es una buena noche. Es una noche jodidamente buena. —Me sonríe, y yo hago lo propio—. Nora va a odiarte cuando se entere de que le has pegado.

—No, no lo hará —le digo—. Dirá que sí, pero en secreto estará emocionada.

—Odio que sepas eso.

—Lo sé.

—Me dijo que hablasteis de matrimonio. Así que vas a conseguir lo que querías al final. —Su voz no emite juicio, pero sí suena resignada—. Y te vas a convertir en mi cuñado.

—Lo sugirió ella. —A lo lejos, en algún punto, un perro se pone a ladrar. Ha empezado a llover de nuevo, y las gotas se cuelan a través de la tela de mi chaqueta y me aplastan el pelo contra la cabeza—. Por si sirve de algo, yo no quería que fuese tu hermana pequeña. Nunca quise que fuera ella la mujer de la que acabara enamorado. Intenté por todos los medios evitar que fuese ella. Por ti.

Un coche pasa de largo. Es el único coche en la calle con este tiempo.

—¿«Enamorado», has dicho? —me pregunta.

Se lo confieso a la noche.

—Sí. Enamorado.

Rafe suelta un bufido y luego un taco en francés. Capto lo suficiente como para hacerme una idea.

—Sí. Lo sé.

—¿Pero ella no lo sabe?

—No lo sabe. —Me paso una mano por la cara—. Así que no puedo dejar que se case conmigo solo para hacerme un favor. Solo me casaré con ella si es lo que ella quiere, y si lo quiere tanto como yo.

CAPÍTULO 60



Nora

Solo es medianoche cuando Amber y yo llegamos a casa. Amber vaga en dirección a una de las habitaciones de invitados, bostezando exageradamente y diciéndome que «deberíamos repetir».

Hemos encontrado un bar aquí cerca que tenía buena música, gente de nuestra edad, cerveza y vino, y ni un solo cóctel caro a la vista. Hemos bailado y charlado, y se nos han acercado dos grupos de chicos. He hablado con dos de ellos, y no me he puesto demasiado nerviosa.

Pero no quiero a ninguno de ellos.

Ni tampoco quiero irme a dormir; ni en su cama ni en la mía. Estoy demasiado dolida, demasiado irritada, demasiado borracha y demasiado enfadada con West. Se metió en mi vida, me dio todas esas lecciones, me hizo sentir especial, hizo que me enamorara de él. ¿Y ahora? Su actitud taciturna y callada me recuerda exactamente por qué me frustraba tanto hace años. Ha vuelto a levantar sus barreras, y no sé cómo volver a hacerlas caer.

Ya me ha dicho que no le gusta la idea del matrimonio, pero el nuestro no sería como piensa. ¿De verdad no se ha dado cuenta de eso? A no ser… que le preocupe quedar encadenado a mí. A lo mejor ahora le gusto, pero nunca me lo ha dicho en realidad. No de manera explícita.

Ninguno de los dos lo ha hecho.

Y así es como acabo escaleras arriba, en el atelier, a casi la una de la mañana, con las luces encendidas y Darcy tirado en un viejo futón, observando cómo vaporizo la seda.

La Exhibición de Moda es en dos días. Ya lo he repasado todo, absolutamente todo, pero estoy demasiado preocupada como para poder relajarme.

A lo mejor el vestido de corsé blanco no es lo suficientemente fuerte. A lo mejor le falta clase, o color, o algún otro ajuste. A lo mejor no gano. A lo mejor es un desastre.

Y ahora él está por ahí, y ni siquiera sé dónde. Nunca antes me había importado un hombre de esta forma. Durante mucho tiempo llegué a dudar de ser capaz de sentirme así.

Al menos ahora tengo experiencia. Si es necesario, ahora puedo encontrar esa fuerza con otra persona. Tendré que hacer lo que he hecho esta noche una y otra vez: charlar con varios hombres, tratando desesperadamente de encontrar un ápice de interés para que el sentimiento pueda competir con lo que siento tan ardientemente por West.

Será genial. Fantástico. Maravilloso.

Es entonces cuando oigo el crujido de una puerta y dos golpes contundentes.

Las orejas del gato se enderezan, y yo echo un vistazo a través de la puerta entreabierta de mi estudio.

—¿Hola?

La puerta se abre completamente, y ahí está West. Lleva la misma ropa que llevaba cuando se marchó, pero ahora está toda mojada. Se ha deshecho de su chaqueta y lleva las mangas subidas hasta el antebrazo. Tiene el ceño fruncido.

—Aquí estás —me dice.

Mi mano se tensa en torno a la vaporera.

—¿Me estabas buscando?

—Sí. Primero en mi cama, luego en la tuya. Pero no estabas en ningún lado.

—No estoy lista para irme a dormir —le digo. Mi voz no cede—. ¿Dónde has estado?

—Fuera.

—Qué respuesta más esclarecedora y descriptiva.

Da un gran paso hacia delante, y yo le observo mientras la cola del gato se eriza de pura irritación.

—Rafe y yo nos hemos enfrentado a Ben Wilde —me dice—. Te va a dejar en paz ya.

—Ah… ¿Fuisteis juntos?

—No lo planeamos así, pero sí. —Sus ojos se mueven por los vestidos y conjuntos que he colgado en el estante y por mis dos maniquíes de costura—. Le he dicho que no tiene derecho a estar enfadado contigo.

—¿Rafe?

—Sí. Si necesita estar enfadado con alguien, ese alguien debería ser yo y no tú. No puedo arruinar tu relación con tu hermano.

Apago la vaporera y la dejo en la mesa.

—Si hay alguien que vaya a ser responsable de que mi relación con mi hermano se rompa, esa voy a ser yo —le digo—, y mis propios actos.

La mandíbula de West se tensa.

—No puedo arrebatarte nada, Nora. No puedo con ello…, con la idea de verte haciendo sacrificios.

—No me estás arrebatando nada —le digo—, salvo estos últimos días. Has sido… Te has convertido en una versión distinta de ti mismo desde que acordamos… —No puedo decir la palabra. Por entonces era un concepto tan bonito, una idea emocionante: la posibilidad de ser su esposa.

Pero ahora la idea la siento sucia, mancillada por su reacción y por cómo se siente con respecto al matrimonio. Fuera, otro relámpago lanza un destello sobre el mar.

—Lo siento. —Su tono es seco—. No fue justo por mi parte. He estado luchando con todo esto, y… Amor. No puedo dejar que te cases conmigo.

Aparto la mirada para poder parpadear y así retirar las lágrimas que amenazan con ahogarme.

—De acuerdo. —Mi voz es apenas un hilo—. Solo fue una sugerencia. Si no quieres, no tienes por qué hacerlo.

—Nora.

Ya estoy de pie y me he apartado de la silla.

—Podemos fingir que nunca hablamos de ello. Está bien. Tú encontrarás a otra persona que encaje mejor contigo, y yo me iré de esta casa. Gracias por encargarte de lo del acosador. —Me abrazo el pecho con los brazos—. Lo aprecio mucho.

Su rostro está marcado por el dolor, como si fuera él a quien están haciendo daño.

—No, no es como crees.

—¿Y entonces cómo es? —le pregunto—. Apenas has hablado conmigo estos últimos días. Pensé que estábamos… Pensé… —La voz se me atasca en la garganta—. Que te den.

—Sí. Que me den. —Sus manos están tensas a ambos lados de su cuerpo, como si quisiera estirar el brazo hacia mí pero no fuera capaz de hacerlo—. Por eso no puedo dejar que aceptes casarte conmigo. Cuando estarías renunciando a tanto.

—¿Renunciando a tanto?

—Cuando te ofreciste a casarte conmigo… —me dice, iluminado por otro destello de un relámpago que viene de fuera. El trueno le sigue religiosamente—. Joder, Nora, cuando me dijiste que serías mi esposa… en ese momento lo tuve todo. ¿Eres consciente?

El aire entre nosotros parece cargado. Electrificado. Doy un paso hacia atrás hasta que mis gemelos entran en contacto con el futón bajo que he estado usando para poder colocar las telas encima.

—En ese momento obtuve todo lo que podría haber pedido, y me he odiado a mí mismo desde entonces por decirte que sí. —Respira profundamente—. Te ofreciste porque eso me ayudaría a mí. Eres buena y leal e increíblemente pragmática, y estoy seguro de que crees que es una solución fantástica. Puede que hasta te digas a ti misma que eso es lo que tú quieres. Pero, Nora, yo soy el que se

beneficia aquí. Soy yo quien no sacrifica nada y lo obtiene todo. A ti y Fairhaven.

—West —le digo. Me echo para atrás, hundiéndome en el futón. Sobre nosotros, la lluvia golpetea el techo de la mansión—. Eso no es cierto.

—Lo es. Lo he visto; he visto cómo das tu brazo a torcer y sonríes y apaciguas a todo el mundo, y me mataría hacerte eso a ti. Es precisamente contra lo que hemos estado trabajando. Y yo no puedo… —Inspira de manera irregular—. No puedo ser la persona a la que acabes encadenada y que luego empieces a estar resentida conmigo por ello. No importa lo mucho que yo quiera todo esto. No puedo dejar que lo hagas, cuando sé que solo te casarías conmigo por hacerme un favor.

Me resulta difícil respirar. Sacudo la cabeza, esta vez con mayor efusividad.

—En ningún momento me compartiste esto. Simplemente te alejaste de mí. Me dejaste sola en todo esto.

—Lo sé. —Se pone de rodillas, agarrándose a mis costados—. Lo siento. He estado luchando contra mí mismo cada día. Porque soy un egoísta, pequeña alborotadora. Soy un puto egoísta.

Parpadeo para quitarme las lágrimas.

—¿Así que te alejas para ayudarme a mí?

—Nora. —Su voz es agónica—. Te mereces más que esto.

—¿Más? Pero… Antes hablábamos. Solíamos… creía que… ¿me lo estaba imaginando, West? —Mi voz tiembla—. ¿Me imaginé un nosotros? ¿Fueron imaginaciones mías sentir que éramos mucho más que una simple…?

—No. No te has imaginado nada. Nada de esto ha sido una farsa. Para mí, no. —Su rostro se pone al nivel del mío—. Te deseo más de lo que he deseado nada en mi vida. Te quiero aquí, para siempre. Te quiero como mi esposa. Y es por eso por lo que, egoístamente, he tardado días en decirte esto, porque me has dado exactamente lo que quiero. A ti. —Sacude lentamente la cabeza—. Pero no puedo soportar pensar que te estarías casando conmigo solo para

ayudarme…, que estarías pensando en lo que yo necesito y no en lo que tú quieres.

Se inclina hacia delante y descansa su frente en mi regazo. Es una genuflexión y una disculpa, y sus manos se convierten en puños a ambos lados de mis piernas. Una de ellas presenta heridas en los nudillos. ¿Ha estado peleándose otra vez?

—Lo siento por todo. Joder, Nora, yo…

Paso la mano por su pelo. Es algo que me resulta familiar, aunque mi interior se esté rompiendo. Aunque me esté rompiendo en mil pedazos, como si me hubiera caído uno de los rayos de ahí fuera.

Como si me estuviera rompiendo para poder abrirme.

—¿Qué me estás queriendo decir? —le pregunto—. ¿Que quieres casarte conmigo, pero no puedes, porque no es lo que yo quiero en realidad?

West se endereza. Veo fuego en sus ojos.

—No puedes casarte conmigo para hacerme feliz a mí. Tiene que hacerte feliz a ti.

—Que tiene que hacerme feliz a mí —repito sus palabras.

—Sí. —Otra respiración temblorosa—. Te quiero. Sé que esto no estaba en la lista de cosas que querías practicar, pero aquí estoy. Te quiero. Y me ha roto en pedazos saber que toda la práctica que hemos estado haciendo era para otro. Para alguien que aparezca en el futuro. —Sus manos se mueven más cerca, agarrándose ahora de la parte externa de mis muslos, como si no pudiera resistirlo—. Yo quiero ser tu futuro. Pero no dejaré que te ates a mí a menos que sepas lo que significa el matrimonio. A menos que sepas perfectamente que no quiero, de ninguna manera, que este matrimonio sea falso o una farsa.

—Me quieres —susurro.

—Tanto que me está rompiendo el corazón, problemas. —Sonríe un poco, pero es una expresión dolida—. Y si tú no quieres esto… entonces no nos casaremos. Puedo ser tu novio. Podemos seguir practicando todo eso, si es eso lo que quieres. Seré lo que tú quieras

que sea, seré tu amigo, lo que sea mientras pueda seguir estando en tu vida.

No puedo mirarlo, pero tampoco puedo dejar de hacerlo. No puedo pensar con la tormenta que hay en mi cabeza.

Me quiere.

Quiere estar conmigo.

Y ha esperado tanto para decirme todo esto.

Agarro el cuello de su camisa, empapada por la lluvia.

—West —le digo—. ¿Por qué no confías en mí?

Sus ojos se abren de par en par.

—Confío en ti. Confío en ti más que en nada.

—Pero no confías en que yo misma pueda saber lo que quiero —le digo—. Te dije que quería casarme contigo.

—Sí. Pero no porque fuera precisamente lo que tú ansiabas. —Sus manos se deslizan hacia arriba hasta agarrar mi cintura. Como suele hacer—. Quería hablar contigo. Quería decirte todo esto. Pero estaba jodidamente aterrorizado, amor, ante la posibilidad de verte utilizar tus técnicas conmigo para complacerme. No quiero que me sigas la corriente jamás.

—¿Cuándo he hecho yo tal cosa contigo? —Levanto mi mano derecha, su pulsera aún en mi muñeca—. Eres la única persona con la que puedo enfadarme sabiendo que no te irás. Eso me lo dijiste tú.

—Sigue siendo así.

—Pues entonces, estoy enfadada contigo.

—Bien —me dice—. Eso está bien.

—¿Me quieres? —Noto algo caliente abriéndose paso por mi mejilla. Por supuesto; siempre lloro cuando estoy frustrada o abrumada, ¿cómo iba a ser diferente en este caso?—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Más que nada.

—Dímelo. Dime qué quieres —le ordeno. Él vacila, mirando más allá por la ventana, hacia la noche tormentosa—. No va a influir en mi respuesta. Confía en mí y sé honesto.

Me mira de nuevo.

—Lo que yo quiero, Nora —me dice, y su voz es ahora completamente vulnerable—, es que te quedes aquí para siempre. Que seas mía. Que no haya más farsas entre nosotros, jamás. Te quiero de mi brazo. Te quiero llevando mi anillo. Y más que nada, te quiero feliz. Quiero verte diseñar, quiero oírte decir que no mil veces más. Quiero hacer que te corras, y quiero verte sonreír y reír. Quiero ver cómo encandilas a cada persona que conoces. Te quiero en mi cama. Te quiero en mi oficina. Te quiero a mi lado. —Las palabras flotan en el aire, haciendo que me sea difícil respirar—. Es aterrador, lo sé. A mí me aterrorizaba. El matrimonio siempre ha sido algo que debía evitar. He visto cómo gestionaron mis padres su matrimonio: los castigos, los secretos, los juegos… Si le das a otra persona la llave de tu interior, te hará pedazos. Pero tú ya tienes mi llave, amor. Y eres más que bienvenida a hacerme pedazos siempre que eso signifique que te quedarás.

West sacude la cabeza, y su voz decae:

—Tengo miedo de lo que vayas a decir ahora porque… porque te encanta hacer feliz a los demás. —Hace una pausa, cerrando los ojos un momento antes de volver a abrirlos. Tiene los ojos vidriosos —. Pero, aun así, yo quiero tu honestidad, ahora más que nunca. Incluso aunque pueda destruirme.

La grieta que siento dentro de mí, ahora la siento abierta por completo; es ahora un abismo enorme, y el único modo de seguir adelante es sumergirme en ese abismo. Devolverle la misma honestidad que él me ha dado.

—Seré honesta. Y tienes que confiar en mí cuando te diga lo que quiero esta vez, ¿vale? Precisamente fuiste tú quien me ayudó a enseñarme a mí misma cómo hacerlo. —Respiro profundamente—. Durante años, he deseado el amor. He ansiado desear a alguien, pero nunca ocurría. Mantenía a todo el mundo a raya. —La mano que rodea el cuello de su camisa se relaja y se desliza hasta su cuello—. Y ahora me sueltas que me quieres.

—Y así es —me dice—, pero no tienes que corresponderme a menos que lo sientas de verdad.

—Qué poquita fe me tienes… —Sin embargo, ya estoy sonriendo un poco, y otra lágrima cae por mi mejilla. Sus ojos siguen su recorrido—. West, ¿sabes por qué sugerí que nos casáramos?

No parece estar respirando. Sigue de rodillas, con los brazos a mis lados.

—Porque no quería que esto terminara. Porque no quería dejarte —le digo—. Me has hecho sentir segura y deseada y apoyada. Has hecho que pueda ser yo misma contigo sin esfuerzo. Me has puesto tan fácil quererte. En cada paso del camino, tú me has hecho sentir más cosas de las que nunca creí que podría sentir. Yo también te quiero. Claro que te quiero.

No hay reacción por su parte. Nada más allá del frenético ritmo de su pulso, palpitando bajo mis dedos en su cuello.

—West —murmuro.

Sus ojos son pura incredulidad.

—¿Me quieres?

—Sí. —Le sonrío, algo avergonzada—. Es así como se siente el amor, ¿verdad? Como si me hubieran dado una dosis extra de energía, de confianza en mí misma, de felicidad. Como si no pudiera concentrarme ni pudiera pensar cuando no estás. Como si fueras mi persona favorita en el mundo. La persona con la que puedo ser yo misma.

—Eso creo. —Ahora está sonriendo. La lluvia continúa cayendo fuera, pero aquí, en esta habitación, es un centelleante día de verano—. Así lo siento yo. Como si te hubieras convertido en el centro de mi universo.

—¿Nunca te habías…?

—¿Antes de ti? No.

—Pues entonces supongo que eso no me lo puedes enseñar tú. —Mis uñas arañan suavemente su nuca, y su pelo se enreda entre mis dedos—. Tendremos que aprender juntos.

Se inclina y me besa. Es un beso suave y cálido, y esa grieta que se había abierto de par en par ahora se llena de él.

—Mientras tú me quieras, seré tuyo. —Besa mi mejilla, mi nariz. Descansa su frente en la mía—. No necesitamos casarnos. Seré tu novio.

—No puedes perder Fairhaven.

—No te cases conmigo solo porque pienses que tengo la espada de Damocles sobre la cabeza. La propiedad no importa. Prefiero perder la propiedad antes que perderte a ti. —Sus manos se tensan en torno a mi cintura—. No voy a dejarte ir.

—Y yo no voy a dejar que lo pierdas —le digo—. No voy a dejar que pierdas absolutamente nada. Somos un equipo, tú y yo. Nos queremos. —Me falla la voz al final ante las palabras que al fin estamos compartiendo en voz alta con el universo, ante la perspectiva de decir en voz alta una verdad que hemos afrontado solo recientemente.

—Las cosas deberían ir a tu propio ritmo. Cuando estés cómoda —me dice—. Si hacemos esto… te casarías conmigo a finales de verano.

—Sí. Yo ya había hecho los cálculos. —Mis labios se ensanchan en una sonrisa—. Haría cualquier cosa por ti, West.

Sacude lentamente la cabeza.

—Pero yo jamás te pediría que hicieras una mierda por mí.

—Lo sé. Por eso estaría dispuesta a hacerlo.

—Sé egoísta, Nora. Por favor.

Tenso mis manos, aún en su nuca.

—Pero es que lo estoy siendo, West. Esto es una absoluta locura, y es lo que yo quiero. Confía en que pueda tomar mis propias decisiones. Eso es lo que quiero, en todos los aspectos de mi vida. Incluido este. Quiero ser tu esposa.

—Lo dices en serio. —Su voz grave vibra de emoción, y sus manos me empujan hacia adelante, fuera del futón hacia sus ansiosos brazos. Acabo sentada en su regazo, con las piernas a cada lado de sus rodillas—. Lo dices realmente en serio.

—De verdad, de verdad.

—No te merezco, mi chica valiente y preciosa. —Presiona sus labios contra mi sien, luego mi mejilla, y siento que algo explota dentro de mí de pura calidez—. Pero siempre intentaré llegar a merecerte. Eso te lo puedo prometer.

—Yo te prometo ser honesta contigo. Y enfadarme contigo cuando lo necesite.

—Esa es mi chica. —Me besa lentamente, con dulzura. El calor recorre mis venas y ahoga el sonido de la tormenta a nuestro alrededor.

Separo los labios de los suyos y pongo un dedo entre medias cuando trata de volver a eliminar la distancia entre ellos.

—Pero, Calloway, aún tienes que pedírmelo.

Bajo mi dedo, su boca se expande hasta formar una gran sonrisa.

—Descuida, que lo haré.

CAPÍTULO 61



West

La tormenta pasa durante la noche, pasa por encima de la casa y se adentra más en tierra. Pero yo no me doy cuenta hasta que ya prácticamente va a amanecer. Es imposible con los dedos de Nora recorriendo mi espalda desnuda, medio tendida debajo de mí, con nuestros cuerpos lánguidos y pesados por la falta de sueño y el placer.

Me despertó mientras trataba de hundirse en mi cuerpo, y una cosa llevó a la otra hasta que acabé dentro de ella, su juguete presionado contra su clítoris.

—Con esta lluvia —murmura—, es probable que hayan quedado destruidas las últimas flores del manzano.

—Mmm.

Sus dedos se mueven por mi piel como si yo fuera su gato.

—Ya es casi de día.

—No importa. No vamos a salir de esta cama.

Su voz es somnolienta.

—Seguramente tengas trabajo que hacer tú también.

—Lo cancelaré.

—¿Todo?

Sonrío contra su hombro.

—¿Por ti? Por supuesto.

Suelta una risita.

—Me vas a acabar malcriando.

—Pues bien. —Me muevo más cerca de ella y presiono mis labios por su cálido cuello. Apenas nos hemos movido desde que nos hemos acostado, ni siquiera para limpiar el desastre entre nosotros —. Aunque sé que te espera un gran día.

—Sí. He puesto todo lo que tengo en la colección, y ahora solo me queda esperar que sea suficiente.

—Lo será.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé. Tu mejor esfuerzo siempre será suficiente.

Beso su clavícula y ella se relaja bajo mis caricias, recorriendo suavemente mi espalda con las uñas.

—Estoy emocionada pero nerviosa —me dice—. Durante mucho tiempo, en mi mente esas dos emociones no podían ir juntas. Pero ahora sí lo creo. Creo que eso es algo que también me enseñaste tú. Porque siempre me has hecho sentir ambas cosas a la vez.

Nora me desarma constantemente.

Alzo la cabeza para responder, pero ambos notamos un suave salto en la cama que nos hace girarnos. Una cara pequeña y llena de bigotes nos observa detenidamente con sus ojos amarillos. Darcy se molestó conmigo cuando me la llevé fuera del atelier, pero nos siguió hasta la habitación con la cola levantada, mirándome con cautela.

Ahora da golpecitos sobre el edredón de Nora sin prestarme ninguna atención.

—Buenos días —le dice con la misma voz amorosa que usa conmigo—. ¿Te quieres unir?

—No me van los tríos —murmullo contra su cuello.

—¿Qué?

—Nada.

El gato se acomoda junto a la mano libre de Nora y empieza a ronronear. Tiene una mano puesta en mi cuerpo y la otra acariciando la espalda del gato. Sé reconocer la derrota cuando la veo, así que me giro sobre mi espalda y me quedo a su lado.

—Respecto al espectáculo de moda… ¿Podré estar ahí contigo?

Su mirada se desliza hacia la mía.

—¿Quieres estar ahí?

—Pues claro. Lo tengo apuntado en mi calendario desde hace semanas.

Una sonrisa se ensancha por su rostro.

—Gracias.



Ayudo a Nora con el espectáculo de moda llevando fundas llenas de ropa al coche. Lleva un vestido negro sin mangas que le queda como un guante, y el pelo recogido en una coleta. Su expresión es tensa. Es una mirada sensata, concentrada, ambiciosa.

Me encanta.

Es una fuerza de la naturaleza cuando está en su elemento. No hay nada de complaciente en la Nora que se mueve entre bambalinas ya en el evento; sus manos son capaces y su voz es suave y controlada. Ayuda a las modelos a ponerse los diseños que ha cosido ella misma y arregla un dobladillo problemático de última hora.

Cuando una cremallera se atasca, se vuelve hacia mí.

—Tienes manos fuertes. ¿Puedes ayudarme?

Le quito la falda de las manos.

—Yo lo arreglo.

—Ten cuidado —me advierte, y no puedo evitar sonreír.

—Sabes que soy muy bueno con las manos.

Pone los ojos en blanco.

—Gracias.

—Cualquier cosa por ti, problemas.

Cuando ya es casi la hora, sus modelos forman una fila perfecta detrás del escenario. Nora les sonríe a todas. Es una sonrisa bondadosa, motivadora y preciosa, y Nora brilla entre todo este ajetreo. Sabe exactamente lo que es estar en su lugar.

—Gracias —les dice—. Aprecio el trabajo de cada una de vosotras. Pasadlo bien ahí fuera.

Me acerco más a ella y me apoyo en la pared que está detrás. Una larga cortina negra separa nuestra zona de la pasarela. Los diseñadores no pueden salir fuera; es una de las pocas reglas invulnerables de hoy.

Todo tiene que ser anónimo.

Los susurros cesan, y el silencio se instala en la habitación. A través de la cortina, la voz de la presentadora nos llega amortiguada pero audible.

«¡Concursante número seis!».

Los aplausos resuenan por todas partes, y Nora hace un gesto de asentimiento hacia la primera modelo, una pelirroja con un vestido asimétrico que llega hasta el suelo. No soy ningún experto en moda, pero hasta yo puedo ver el talento de Nora en las prendas.

Las modelos salen a la pasarela, una detrás de otra.

Por el monitor podemos ver exactamente lo que ve el público. Sus piezas de ropa exhibidas por las modelos, caminando frente a un atestado público y una fila de jueces. Nora se apoya en mí. Rodeo su cintura con los brazos, quedando su espalda contra mi pecho, y siento cómo la tensión la abandona poco a poco.

—Ay, Dios mío —me dice—. Lo he conseguido.

—Lo has conseguido.

—Mira ese —me dice cuando entra a la pasarela la última modelo, llevando una falda larga de vuelo y un *top* asimétrico—. Me encanta cómo queda esa tela. Aunque me costó mucho trabajarla.

Beso su pelo.

—Lo has hecho tan bien.

—Sí que lo he hecho bien, ¿verdad?

Mis brazos se cierran más en torno a su cintura.

—¿Te estás elogiando a ti misma?

Alza la cabeza.

—¿Significa eso que por fin me he hecho con esta lección?

—Sí. Has sacado todos dieces.

Suelta una risita.

—Gracias por estar aquí.

—No hay ningún otro sitio donde querría estar hoy, problemas.

Llueven los aplausos al otro lado de la cortina negra y, por la pantalla, vemos a las modelos comenzar su regreso por la larga y curvada pasarela hasta donde estamos nosotros. Es entonces cuando Nora se inclina de repente.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué?

Me señala el pequeño monitor, donde ahora la imagen la ocupa una persona sentándose en la primera fila, justo al lado de los jueces. Los píxeles de la imagen hacen que sea difícil dilucidar su identidad, pero ambos lo conocemos lo suficientemente bien como para reconocerlo de todas formas.

Rafe está entre el público.

Va a causar un revuelo en los medios de comunicación. «El joven CEO de Maison Valmont está aquí, echando una ojeada a la que podría ser su próxima adquisición…».

—No sabía que iba a venir —le digo.

—Yo tampoco. —Nora vuelve a respirar profundamente y se aleja de mí para darles la bienvenida de vuelta a las modelos. Ayudo en lo que puedo y me quito del medio cuando se necesita. Y en poco tiempo, sus diseños están de nuevo en sus respectivas fundas.

Acabamos en la sala de espera de los diseñadores, que está fuera, y le paso una botella de agua a Nora.

—Bebe. —Me mira durante un segundo antes de obedecer—. Llevas horas de pie.

—Estoy exhausta —admite—, pero estoy demasiado nerviosa como para relajarme.

—Pues claro, es normal.

—¿Cómo puedes estar tú tan calmado con todo esto?

Le sonrío.

—Porque tengo absoluta fe en ti. Ven aquí.

Camina hasta mí como si yo fuera una pared, con los brazos a los lados y la cara en mi pecho. Suelto una risa por lo bajo y la abrazo fuerte.

—Después de hoy, vas a dormir doce horas seguidas.

—Veinticuatro —me dice, y por fin alza los brazos para rodearme el cuello—. Lo he conseguido.

—Lo has conseguido.

Sus ojos brillan, y sé que hay más gente en esta sala, pero yo la beso como si nadie más existiera.

—Uf —dice una voz a nuestro lado. Una voz irritada e irritantemente familiar—. Ya sé que he cambiado recientemente de opinión ante la idea de vosotros dos, pero ¿de verdad tengo que verlo?

Alzo la cabeza y le lanzo una mirada a Rafe. Pero no me aparto de Nora.

—¿Demasiado pronto?

—Demasiado pronto —contesta.

Nora echa una mirada a su hermano.

—Bueno —dice—, pues es una verdadera pena.

Y entonces me besa de nuevo.

Cuando finalmente da un paso atrás, yo me estoy riendo. Rafe nos ha acabado dando la espalda, con los brazos cruzados. Está rígido, pero no hay rastro de enfado en él. Eso está claro.

Y es un puto alivio.

—Ya hemos terminado —le anuncia Nora.

Rafe se gira, con las cejas oscuras fruncidas. Él se parece más a su padre. Pelo más oscuro, un tono de piel más aceitunado. Aun así, las similitudes entre ambos están ahí. Tienen los mismos ojos verdes.

—Has venido —dice Nora.

Rafe asiente.

—*Bon travail.*

—Pero si no sabes cuáles eran mis diseños.

—No, no lo sé. Pero, aun así, sé que lo has hecho muy bien.

Nora alza la barbilla.

—¿Cuál ha sido tu favorito?

—¿Importa eso?

—Sí, yo creo que sí. Quiero una respuesta sincera —le dice—. *T'inquiète.*

Ya los he oído hablar así antes. Estoy acostumbrado a su constante cambio entre sus dos lenguas maternas y, joder, ahora voy a tener que participar de esto el resto de mi vida. Estudié latín en Belmont. Claramente debería haber estudiado francés.

—La número seis —me dice—. Pero sí que he estado prestando atención, ¿sabes? Reconozco tu trabajo.

Nora contiene el aliento.

—¿En serio?

—Pues claro que sí. —Se pasa una mano por el pelo y me mira a mí. Veo en sus ojos la reticente aceptación—. Lo siento si eso nunca estuvo claro. Siento haber hecho que sintieras… que no podías… ser sincera conmigo. O que sintieras que tenías que ser fuerte todo el tiempo.

Nora me mira a mí por encima del hombro. Puede que no mencionara las acusaciones que le lancé a Rafe en la biblioteca aquella noche. A veces la verdad duele.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dice. La voz de Rafe se vuelve ronca—. *Je suis vraiment désolé.*

—¿Por qué?

—*Tout.* —Vuelve a pasarse la mano por el pelo—. Wilde no habría ido a por ti si no fuera por mí. Si en algún momento te hice sentir que eras una carga para mí, o que no podías tener miedo…

—Está bien —le dice.

—No. No está bien.

Nora da un paso más hacia su hermano, poniendo la mano en su brazo. Se produce otra tanda de idas y venidas en francés, y yo capto pequeñas cosas. Rafe asiente dos veces mientras su hermana le habla, pero su cara sigue tensa.

—Sí —le dice cuando Nora ha terminado de hablar—. Tienes razón.

—Sé que la tengo.

Los labios de Rafe se curvan en una sonrisa.

—Últimamente te veo más segura de ti misma.

—He trabajado en ello —le dice, y luego le abraza. Rafe mira por encima del hombro de su hermana hacia mí, con una expresión que conozco demasiado bien. Es una expresión un poco avergonzada y un poco agradecida a la vez.

—¿Significa esto que te ha ganado un lado del Atlántico y que yo te he perdido en el otro? —le pregunta a su hermana.

No es a mí a quien se lo ha preguntado, pero yo asiento, aun así. «Ahora es mía».

Rafe pone los ojos en blanco.

Nora se ríe y da un paso atrás, fuera del abrazo de su hermano. Le dice algo rápido de nuevo en francés, y la mirada de Rafe se suaviza. Creo que esa última frase habla de confianza. Y algo sobre la familia.

Detrás de ellos, la puerta de la sala de espera se abre. Una persona con unos cascos y una tabla sujetapapeles demanda nuestra atención.

Nora y Rafe no la oyen.

Pongo un brazo en el hombro de cada uno.

—Perdonad, pero este cálido reencuentro tendrá que esperar un poco.

El asistente se aclara la garganta y nos dice que los jueces han tomado su decisión. Ya hay un ganador.

La concursante número seis debe prepararse para salir al escenario.

CHAT DE GRUPO

ALEX: Ya habéis hecho las paces vosotros dos, ¿verdad?

JAMES: Menos mal. ¿Podemos volver a usar el chat de grupo?

ALEX: James y yo estábamos a pocos días de volar hasta allí y meteros un poco de sentido común en la cabeza a los dos.

RAFE: Me llevó menos de una semana superarlo. A fin de cuentas, me parece que ha sido un tiempo muy justo por mi parte. Ambos reaccionaríais igual si fuera vuestra hermana.

ALEX: Soy hijo único, chico. Igual le pasa al duque.

JAMES: … ¿West no responde porque está demasiado ocupado?

ALEX: ¿Ocupado haciendo qué, me pregunto yo?

RAFE: NO SE OS OCURRA SEGUIR POR ESA LÍNEA.

WEST: Pues sí que estaba muy ocupado, de hecho. Ocupado devolviendo un anillo que no era el correcto y encargando que ajusten el anillo de mi abuela.

RAFE: ¿Voy a ser el padrino?

ALEX: Eso es injusto. Rafe puede ser el padrino del lado de la novia. ¡Esta es mi única oportunidad!

RAFE: Así que te has dado por vencido conmigo y con James con eso del matrimonio.

ALEX: Todos nos hemos dado por vencidos con James.

JAMES: Comprensible.

WEST: Eso peleadlo entre vosotros.

CAPÍTULO 62



West

Me apoyo contra la barandilla de la escalera principal y espero a que Nora baje. Darcy está despatarrado sobre el suelo de mármol donde da el sol, moviendo la cola y fijando sus ojos amarillos en los míos como si estuviera tratando de ver más allá de mí.

No parpadeo.

Él tampoco.

—¿Estáis sumidos en un concurso de miradas? —pregunta Nora mientras baja las escaleras.

—No —contesto, aún con la vista fija en el gato—. Estamos tratando de llegar a un acuerdo.

—No puedes ponerte competitivo con un gato.

—Observa. —Nunca ha sido mi mayor fan, y no le culpo.

Nora es infinitamente preferible.

Pero el otro día se pasó una hora durmiendo junto a mi mesa mientras trabajaba, y a mí me pareció un avance.

Nora llega hasta mí y yo inmediatamente pierdo el concurso de miradas. Mierda.

Lleva el pelo castaño suelto, su pelo y rostro adornados, respectivamente, con mechas y pecas propias de la primera semana del verano y el sol.

Lleva una camisa de manga larga y una falda más corta de lo que suele llevar, dejando sus largas piernas al descubierto. La luz del sol

se queda con ella, sobre su piel.

—Hola, preciosa.

Ella sonríe.

—¿Te gusta?

—Me gustas tú. —Me quedo mirando el colgante que descansa en su cuello; el que le regalé en una de nuestras primeras citas.

Un collar. Una pulsera. Y, ahora, un anillo que me muero por darle.

—Eres tan jodidamente guapa.

—Es bastante corta. La falda, digo. —Ladea la cabeza y sonríe—. Tengo una sorpresa para ti. Un reto, en realidad.

Está disfrutando de tentarme, de ponerme al límite. Dios, amo esa expresión en su cara.

—¿Un reto?

—Sí. Una vez me dijiste que si volvía a hacer esto habría consecuencias.

Me lleva un segundo entenderlo.

—No.

—Sí. —Da un paso atrás, los ojos brillándole—. ¿Listo para irnos?

—Por supuesto que no. —Me inclino y la levanto del suelo para echármela sobre el hombro, con una mano sobre su trasero y su falda. Nora suelta un chillido, pero acaba convirtiéndose en una carcajada a medio camino del resoplido que hace que se me tense el estómago.

Camino hasta el invernadero. Nora sigue colgando de mi hombro, sus manos agarradas a mi camisa.

—Voy a revisar —le advierto.

Hay una pequeña sala adyacente al invernadero que antes se usaba para la plantación. No tiene ventanas y ofrece absoluta privacidad. Cierro la puerta con fuerza detrás de nosotros y la dejo en el suelo.

Nora sonríe. Se le ha subido el *top,* revelando una franja de piel de su terso vientre.

—¿Cuál es mi castigo?

—Primero tengo que investigar el crimen. —Le hago un gesto hacia la falda—. Levántatela para mí, amor.

La mano de Nora agarra la tela con obediencia, y la levanta por encima de la suave redondez de sus muslos.

Por encima de las caderas.

Suelto un gemido. Está preciosa, dolorosamente desnuda. No hay bragas a la vista. Y, joder, su coño es perfecto.

—Mírate, toda rosa y preciosa.

—No quería que las rayas de las bragas me arruinaran el conjunto. —Ladea la cabeza—. Nadie se habría dado cuenta.

—Un poco de viento y todos acabarían viendo lo que es mío. —Mi erección se abre paso hasta empujar mi cremallera. No creo que vaya nunca a dejar de responder de esta manera cuando estoy con ella, igual que no creo que vaya nunca a dejar de desearla de esta manera—. Gírate. Y agárrate a la encimera.

Veo emoción en sus ojos antes de que se gire, con la falda aún subida hasta la cintura, y se agarre a la encimera tal como le he dicho.

Sus nalgas son redondas y de un bonito color crema. Paso la mano por su piel y oigo una débil exhalación.

—¿Recuerdas que te dije que te castigaría si esto volvía a pasar?

—Sí, lo recuerdo. —Nora arquea la espalda—. Hablamos de hacerlo un poco más duro.

—Ajá. Te dije que no me gusta el dolor. Pero sí me gusta… —Deslizo la mano por la curva de su trasero—. Los azotes suaves. ¿Quieres probar?

Ella asiente, y rozo el espacio entre sus piernas hasta tocarla. Sus pliegues más íntimos son suaves y delicados, y ya están un poco húmedos.

—Háblame, problemas.

—Sí, sí que quiero.

—¿Y puedo confiar en que serás una buena chica y me dirás si se vuelve demasiado?

—Por supuesto. —Mira por encima del hombro, y veo sus mejillas bañadas de un intenso color—. No te centres tanto en mi orgasmo esta vez. Quiero que… Quiero…

—Dilo.

—Quiero sentirme un poco utilizada —me dice, su voz a medio camino entre la vergüenza y la excitación—. Como si no pudieras evitarlo.

Hago un gesto de asentimiento en dirección a la encimera.

—Quédate así.

Así hace, respirando rápidamente. Todo es un juego de exploración con ella. La semana pasada apareció una noche en la cama recién duchada, con el pelo recogido en una trenza y un juego de cartas que había comprado.

«Ochenta posturas para parejas curiosas».

Yo me reí, y ella puso cara de ofendida. «Quiero probarlas todas», me dijo, y yo volví a reírme y le dije que yo siempre siempre iba a apuntarme a lo que fuera, pero que más de la mitad de esas posturas iban a requerir hacer algunos estiramientos previos.

Es un absoluto placer, mi pequeña ambiciosa.

Ahora que está aprendiendo a expresar lo que quiere, la noto curiosa y hambrienta. Su verdadero yo es el mayor regalo que he recibido jamás.

—Tú lo has querido. Sabías que me enteraría. —Trazo círculos sobre su clítoris, moviéndome rápidamente y de forma nada suave —. Pero también sabías que no me iba a gustar. Así que no voy a dejar que te corras tú primero.

Asiente rápidamente y baja la cabeza. Supone un cambio en nuestra dinámica. Siempre me concentro primero en su placer. El principio rector cada vez que nos acostamos es que mi cara empiece siempre entre sus muslos.

Pero esta vez ella quería algo diferente.

Me bajo la cremallera. Doy un paso más y me coloco entre la parte alta de sus muslos. Empujo sus piernas para que queden firmemente cerradas, manteniéndome dentro contra su cálido coño.

—Eso es —le digo.

Deslizo una mano por su nalga derecha, y luego la alzo y le doy un azote.

Nora suelta un grito ahogado.

Echo la cadera hacia atrás y empujo contra su cuerpo, entre sus muslos.

—Eso es. Quédate quieta para mí.

Vuelvo a hacerlo. No la estoy azotando con fuerza, pero igualmente hace vibrar todo su trasero y un bonito color se expande por su piel.

Y entonces la noto cada vez más húmeda contra mi polla.

—A partir de ahora voy a revisar siempre —le digo, y vuelvo a empujar entre sus muslos—. Antes de abandonar esta casa, pienso traerte hasta aquí y hacerte levantar lo que lleves puesto para enseñarme lo que hay debajo.

Nora asiente y suelta otro grito ahogado cuando le azoto la nalga izquierda. A estas alturas, ya nos hemos acostado más de una docena de veces. Una mañana temprano, estaba dentro de ella, el uno junto al otro, sosteniéndola contra la curva de mi cuerpo, cuando me susurró que me quería. Ha vuelto a montarme desde entonces, valiente y preciosa sobre mí, y la he hecho temblar bajo mi cuerpo.

Pero nunca hemos follado así, por detrás. De pie, no.

Está mojada contra mi polla, y al fin me ajusto a su cálida entrada. Le agarro la cadera con mi otra mano y empujo solo un poco.

—Esto es lo que pasará, amor, si vuelves a hacerlo. —La mantengo quieta y me deslizo dentro de ella, hasta el final. Suelto un gemido gutural. Joder—. Eres demasiado guapa como para ir por ahí sin nada. Te follaré si vuelves a hacerlo.

Nora mira por encima del hombro, y es una imagen gloriosa.

—¿Y eso se supone que me tiene que detener?

Su calor hace que me resulte difícil pensar. Siempre ha sido así, desde la primera vez que estuve dentro de ella. Me reduce a los

instintos más básicos y primarios.

Vuelvo a azotarla. Hundido dentro de ella, puedo sentir las débiles vibraciones en su cuerpo, y el control se me escapa. Con sus caderas en alto para hacer palanca, comienzo a penetrarla.

El anillo que tengo para ella, el que pertenecía a mi abuela, descansa en el bolsillo de mis pantalones. Voy a dárselo un poco más tarde, en la cena.

Voy a pedírselo de verdad.

«Es mía».

Con cada nuevo empujón le digo lo buena que es, lo perfecto que es sentir esto, lo bien que me está recibiendo. Sus músculos se agitan en torno a mí. Nunca se ha corrido solo con penetración, pero ahora está cerca.

Le suena el teléfono.

Suena de alguna parte procedente de su cintura, donde tiene la falda hecha un gurruño. ¿Viene de un bolsillo?

Me paro con las manos aún en sus elevadas caderas. Rebusca entre la tela arrugada. Yo me inclino hacia delante, aún dentro de ella hasta el fondo, y miro por encima de su hombro.

Ambos vemos el nombre que brilla en su pantalla.

Es su representante de modelaje.

Nora suelta un resoplido. Su pulgar se mueve para rechazar la llamada.

—No —le digo—. Contesta.

Se queda parada.

—¿Qué?

—Dile que has acabado con lo del modelaje. Definitivamente. —Nora habló con Rafe al respecto hace unos días, cuando aún estaba su hermano en Nueva York. Está reuniendo el coraje para decírselo a su madre. Y este puede ser un buen comienzo.

—No puedo. Estamos… estás…

—Eres capaz de hacer cualquier cosa.

Ella se ríe, una risa breve y jadeante, y se pone el móvil en la oreja.

—¿Hola?

Cada músculo de mi cuerpo se muere por que me siga moviendo. Aprieto los dientes y me quedo quieto. La noto caliente y tensa a mi alrededor.

—¿El próximo mes? No estoy segura… —dice Nora. Muevo las caderas, y Nora contiene el aliento—. No, en realidad sí que estoy segura. No estoy disponible.

Hay un momento de silencio cuando su agente le contesta, y yo aprovecho el momento para llegar a la parte delantera de su cuerpo y encontrarle el clítoris. Hago presión en círculos nada suaves.

Ella se endereza un poco y se agarra a la pared con su mano libre.

—No, ya he acabado con el modelaje. No estoy disponible. Nunca más.

Yo no dejo de tocarla. Hundido tan adentro de ella, puedo sentir cada temblor de sus músculos.

—Voy a cambiar de trabajo… sí, exacto. Sí. Ya he hablado del tema con Valmont. Gracias… ¡Oh!… Sí. Gracias.

Le beso el cálido cuello. Lo está haciendo tan bien.

—Tú también. Adiós. —Cuelga el teléfono e inmediatamente suelta un grito ahogado—. Joder. West…

—Esa es mi chica. ¿Cómo te has sentido?

—Bien. Genial. No pares. —Nora respira con dificultad, y yo no paro. Empiezo a mover las caderas, follándola lentamente mientras la toco. No le lleva mucho tiempo; ya estaba antes al límite, y ahora el orgasmo le recorre rápidamente el cuerpo entero.

Se agarra a la encimera y gime mi nombre. Siento como si un relámpago me atravesara la espalda y entonces me corro en un gemido, con una mano sobre su palpitante clítoris y la otra sosteniendo su cadera con firmeza.

Después, la estrecho fuerte entre mis brazos, aún dentro de ella, y le digo lo orgulloso que estoy. Paso las manos por su cuerpo con suavidad, con amor. Acariciando la redondez de su trasero. Cuando

salgo de ella, ambos nos damos cuenta de que el asunto de no llevar bragas tiene otro inconveniente.

Observo la marca que he dejado entre sus piernas mientras rebusco en mis bolsillos buscando un pañuelo. Le mandé el papeleo correspondiente a mi certificado de buena salud al día siguiente de que nos acostáramos por primera vez.

—Nunca me voy a cansar de esto —le digo, y me agacho para secarle el coño, ahora hinchado, con suavidad—. Nunca creí que me fuera esto, pero contigo, amor…

Pasa una mano por mi pelo.

—¿Te gusta correrte dentro de mí?

Que ella diga esas palabras resulta que también me va.

—¿Qué si me gusta? No. «Gustar» es una palabra que se queda muy corta para describirlo. —Le beso el muslo y vuelvo a bajarle la falda con reticencia—. Lo adoro. Lo amo casi tanto como te amo a ti. Y quiero…

Entonces suena el timbre de la puerta. Hace un ruido lo suficientemente ensordecedor como para que llegue a todas las habitaciones de la planta baja, y conecta con la puerta de entrada a la casa. Poca gente lo usa; la mayoría de las personas que suelen moverse por la casa tienen llaves.

—¿Qué es eso?

Ernest se encargará del paquete. Tenía que llegar mientras estuviésemos fuera, para que fuera una sorpresa a la vuelta. Pero ahora está aquí, y ya nos hemos retrasado…

—Ven. Vayamos a ver.

Hay una caja grande en el pasillo de Fairhaven. Nora se suelta de mi mano y se acerca con cautela.

—¿Qué es?

—Ábrelo —le digo.

Nora me mira con una pequeña sonrisa. Su pelo ahora está hecho un desastre, y sus mejillas presentan un precioso color.

—Me estás poniendo nerviosa. —Aun así, abre la caja y mete la mano.

Y entonces se queda parada.

—No.

—Sí.

—¿Pujaste por él?

—Efectivamente —le digo—. La velada quedó arruinada al final, pero, aun así, quise que fuese tuyo.

Levanta el vestido verde que tanto se dedicó a admirar en el Instituto de Moda. Está envuelto con una funda protectora.

—Pues qué bien que tenga una, entonces.

—Pues qué bien que tenga una, entonces.

La sonrisa se expande por el rostro de Nora.

—No me lo puedo creer. Esto es… West… Yo…

—¿El atelier de arriba? Ahora es tu lugar de trabajo. De forma permanente. —Me meto las manos en los bolsillos y noto la caja de terciopelo. El anillo que le compré mientras me ahogaba en la culpa no era el correcto. Este sí lo es—. Si necesitas más espacio, tengo habitaciones de sobra. Ten más habitaciones. Tenlas todas.

Nora aprieta el vestido contra su pecho. Veo que algo brilla en sus ojos. ¿Está…?

Doy un paso hacia ella.

—¿Nora?

Traga saliva con dificultad.

—No sé qué decir.

—¿En el buen sentido?

Nora asiente y dobla el vestido con cuidado y lo mete de vuelta en su caja. Y a lo mejor este es el momento. Aquí, en casa.

—Iba a hacerlo más tarde, en la cena. Pero sabes que no me gustan los grandes espectáculos en público. —Hinco una rodilla en el suelo frente a ella y sostengo en alto la caja de terciopelo.

Abro la tapa.

Los ojos verdes de Nora se agrandan, y nunca pensé que haría esto. Nunca lo habría hecho si no fuese con ella.

—West —dice en una exhalación.

—¿Te quieres casar conmigo, problemas?

Parpadea rápidamente, y una lágrima le cae por la mejilla.

—Sí. Por favor.

—«Por favor» —le digo, tomando su mano izquierda. El diamante de mi abuela se desliza perfectamente por su dedo. Lo he ajustado para ella, habiendo tomado las medidas de su dedo mientras dormía en mis brazos—. Soy yo quien debería pedirlo por favor.

Sacude la cabeza.

—No. Te quiero. Creo que… Quiero…

Las palabras mueren en su boca y yo me levanto para atraerla hacia mí.

—¿Qué quieres, problemas? Dímelo y yo te lo daré. Sea lo que sea.

Se le escapa una carcajada. Entonces me besa, su boca aún formando una sonrisa.

—Ay, West. Creo que ahora tengo todo lo que quiero.

—¿Eso es lo que ibas a decir?

—Sí. —Me besa de nuevo, poniéndose de puntillas y apretándose contra mí—. No tienes que darme nada más. Ya me lo has dado todo.

EPÍLOGO



Nora

Lo mejor de casarte en tu propia casa es no tener que ir a ningún sitio después. La mayoría de los invitados se han ido ya a dormir, a las habitaciones de invitados que tiene Fairhaven o a un hotel cercano.

Los únicos que siguen aquí son nuestros amigos más cercanos. Están sentados con nosotros en la terraza, rodeados por lo que queda de la fiesta.

De nuestra fiesta de boda.

Ernest y yo cogimos algunas de las flores tardías de agosto que había en el jardín para mi ramo de novia. El calor de agosto nos dio tregua gracias a la brisa fresca procedente del mar, y allí mismo, al pie del mar, West y yo intercambiamos nuestros votos.

No ha sido una boda enorme.

Tampoco ha sido una boda pequeñita.

Ha sido una boda del tamaño perfecto. Con nuestros amigos y familia, tanto por sangre como por elección. Un grupo maravilloso tocando en directo y un equipo de *catering* que, tal como me aseguró la madre de West, ha sido inmejorable.

La madre de West y la mía han estado sentadas cerca la una de la otra durante la cena. Durante los últimos meses, ambas han encontrado una especie de amistad provisional en la otra: una representa el control férreo; la otra, la falta absoluta de este. Pero

ambas disfrutan de las cosas bellas (y refinadas) de la vida, y de entrometerse en la vida de sus hijos, y a lo mejor eso es lo que las une.

El día ha acabado, y el siguiente aún no ha empezado del todo. West está a mi lado en el sofá, con la pajarita del esmoquin deshecha. Uno de sus brazos me rodea, y muestra una sonrisa perezosa.

Mi marido.

Y, de alguna forma, se las ha apañado para llenarse el plato con un segundo trozo de nuestra tarta de boda. No tengo ni idea de cómo tiene espacio. Ni de dónde ha encontrado la tarta.

Frente a nosotros están las pocas almas valientes que aún están despiertas. Amber y Rafe. Alex y James. Hay una botella de champán medio vacía sobre la mesa, y Amber se ha deshecho de sus tacones. Ahora esconde un bostezo con la mano.

Ha sido un día largo. Una semana larga.

—Nora, cuéntales a los demás —me dice Alex— lo que has hecho.

Alex ganó el puesto de padrino. James también, al igual que Rafe. Todos ellos nos han acompañado hasta el altar como nuestros padrinos, después de que West insistiera en que no tenía favoritos.

—Vas a tener que ser más específico —le digo mientras me estiro para quitarle el tenedor a West. Me observa con una sonrisa mientras doy un mordisco a su trozo de tarta.

—West odia que la gente coma de su plato —dice Alex.

—Sí que lo odio —dice West mientras le devuelvo el tenedor—, cuando se trata de cualquiera que no sea mi esposa.

Sonrío frente a su última palabra, y él me sonríe de vuelta.

Rafe se inclina a por la botella de champán.

—Estos dos…

—Es el día de su boda. Bueno. La noche de su boda —dice Amber —. Se les permite la felicidad.

—No sé qué dice de vosotros el hecho de que prefiráis pasar vuestra noche de bodas aquí con nosotros, por cierto —dice James.

West los ignora a todos. Se termina el último trozo de tarta y luego coge mis piernas para ponerlas sobre su regazo.

Su mano izquierda descansa sobre mi muslo. Allí donde una alianza dorada rodea su dedo anular.

—Cuéntales —me dice, y noto el orgullo en su voz—. Cuéntales lo que has hecho.

Sonrío a nuestros amigos.

—Le mandé una invitación de boda a Ben Wilde.

Hay una gran variedad de gritos ahogados de sorpresa en nuestro círculo. Quería que supiera que yo lo sabía. Incluso aunque nunca llegara a enfrentarme a él.

Rafe se inclina hacia delante.

—¿Que has hecho qué?

—Brillante, ¿verdad? —pregunta West.

—Nunca iba a presentarse. Pero quería que se sintiera… —Me encojo ligeramente de hombros—. Fatal.

Amber se ríe.

—Eres implacable. Me encanta.

—Quiero que sepa que lo sé.

—Mátalos con amabilidad —dice West. Ahora el orgullo está también en sus ojos. Al principio, cuando me senté hace unas semanas a escribir una invitación, con una preciosa e inclinada caligrafía, para un hombre que me disgusta, West pensó que se me había ido la cabeza—. Eres mejor que yo.

—Aunque odio a Ben Wilde —dice Alex, haciendo un gesto hacia el sofá frente a él donde estamos West y yo—, de alguna forma es responsable de que todo esto haya ocurrido.

Rafe suelta un gemido.

—No. No vamos a darle ahora las gracias a ese desgraciado por absolutamente nada.

—Eso no es lo que estoy diciendo, y perdona, pero creo que ya has bebido demasiado. —Alex se estira para agarrar la botella que sujeta mi hermano—. Guárdame a mí un poco.

—Todos vosotros habéis bebido demasiado. —James está sentado en el extremo izquierdo, y tiene un cigarro en su mano. Asiente en dirección a Alex—. ¿Un billar?

—Creí que nunca me lo pedirías. —Se levanta y se estira con un quejido—. Tenemos que pensar en algún tipo de competición antes de que aquí nuestra querida Nora nos mande a un retiro de meditación silenciosa en nuestro próximo Finde Perdido.

Finjo querer callarle.

—¡Eso era un secreto!

Mi hermano se queja.

—No me hagas eso. Por favor.

—Por favor, hazlo, Nora —dice James. Deja que su puro se apague solo en el cenicero y tira de Alex hacia dentro de la casa. Amber se levanta bostezando y se une a ellos.

West pasa una mano suavemente por mi tobillo. Sus dedos son cálidos mientras encuentran la piel bajo el dobladillo de mi vestido blanco.

—¿No te quedas a jugar? —West le pregunta a Rafe. Entre ambos se ha establecido un nuevo tipo de amistad durante los últimos meses. Le llevó un tiempo a mi hermano aceptar completamente esta nueva realidad: que su hermana pequeña haya empezado a expresar lo que quiere, que West haya empezado a salir conmigo. Que nos hayamos… casado.

—No, debería irme a la cama —dice mi hermano—. Aunque no sé qué tipo de recibimiento me espera. —Rafe está desparramado por el sofá, con la cabeza apoyada en el reposacabezas. Su pelo oscuro está revuelto y, como West, mi hermano también hace ya un rato largo que se ha deshecho de la pajarita.

Está girando algo que lleva en su dedo anular.

Y es que resulta que West y yo no somos los únicos que nos hemos casado este verano.

CHAT DE GRUPO

Anteriormente ese verano

WEST: Actualízanos, Rafe.

ALEX: Sí, que ya hace varios días. ¿Cómo de hostil está siendo tu absorción de la empresa?

RAFE: Muy hostil. Mather & Wilde odia la situación.

WEST: Bien. ¿Es tuya ya?

RAFE: Casi. Apareció un obstáculo por el camino, pero ya me estoy encargando de ello.

JAMES: Págales más.

RAFE: Lo he intentado. Para ellos esto es algo personal, y el dinero no les ha persuadido. Pero no pasa nada. Voy a poder destruir el legado de Ben Wilde muy pronto.

JAMES: Sala la tierra, di que sí. Tienes mi aprobación.

ALEX: ¿Cuál es el obstáculo?

RAFE: Los Wilde están acorralados y lo saben. Voy a casarme con la sobrina de Wilde para quedarme con el resto de las participaciones, y entonces la marca será mía.

JAMES: Joder.

WEST: Las relaciones románticas no son tan malas, ¿sabes?

ALEX: ¿Es guapa?

WEST: Por supuesto que eso es lo que te interesa a ti de toda la conversación.

RAFE: Aún no la conozco. Pero no me importa si es la mismísima mujer más guapa del mundo. Es una Wilde.

JAMES: Te va a odiar en cuanto empieces a arrastrar esa marca por el fango.

RAFE: Que lo haga. El sentimiento es mutuo.

AGRADECIMIENTOS



La palabra *agradecimientos* en inglés *(acknowledgments)* incluye la palabra *conocimiento (knowledge),* lo cual me resulta irónico porque hay pocas cosas que yo conozca o sepa con certeza. Y cuantos más libros me siento a escribir, descubro que aún tengo más cosas que aprender.

Pero sí que estoy segura de tres cosas fundamentales.

Que West y Nora siempre estuvieron destinados a ser parte de mi propio viaje.

Que sigo metiendo el tema del póker en mis novelas, aunque no sepa cómo se juega. Al fin me he decidido a solucionarlo y me he comprado unas fichas de póker. Primer paso, completado (vamos a ver si llego a aprender realmente cómo se usan).

Y, en tercer lugar, que los libros no se escriben de forma aislada. Este concepto no podría haber sido más cierto con este libro. West y Nora pasan por muchísimas cosas antes de llegar aquí, a su propio final feliz.

Hay demasiada gente brillante, bondadosa, inteligente y MUY paciente que me ha tenido que escuchar mientras divagaba sobre este libro durante más meses de los que me gustaría recordar.

Nora menciona a su psicóloga varias veces durante el libro (porque ir a terapia es increíble). Tengo que darle las gracias a mi propia psicóloga, quien me ha enseñado muchas cosas de gran utilidad; entre ellas, una herramienta que se ha hecho un hueco en este libro.

Gracias a Becca Syme y Becca Mysoor por vuestro *coaching* literario en lo que respecta a mis habilidades de escritora y a la historia, respectivamente. Gracias a mis amigos y colegas de profesión que me han escuchado, aconsejado y ayudado cuando este libro se me hacía todo un reto. Habéis hecho que este trabajo sea infinitamente más divertido.

Gracias a los maravillosos editores de desarrollo que me han ayudado a darle sentido a la intrincada red que rodeaba a Nora y a West. Andi, Jen, Heidi: gracias por permitirme tomar prestados vuestros cerebros.

A mis lectoras alfa, Sarah y Catherine: este libro es mucho más fuerte por vosotras. ¡Gracias!

A mis lectoras beta, Nikki, Conner, Emily, Laura, Valentina y Sarah, que me ayudaron a refinar más la historia: estoy más que agradecida por haber podido contar con vuestro tiempo.

Gracias, Beth, por hacer un fantástico trabajo con la corrección de este libro y hacer que sea una lectura fluida. Eres fantástica.

Chloe Quinn fue quien dibujó a West y a Nora para la portada, y no podría estar más agradecida por haber tenido la oportunidad de trabajar con ella. ¡Plasmó a los personajes y Fairhaven a la perfección!

La historia de Nora es la culminación de un trabajo al que le he dedicado años; mucho antes de que comenzara a escribir su historia, y mucho antes de que me hiciera escritora. Poder plasmar sus luchas y preocupaciones en papel y poder crear un héroe romántico de ensueño que encajara con su personalidad llena de matices ha supuesto una de las mejores experiencias de mi carrera como escritora. Y una de las más difíciles.

Si has conectado con Nora, aunque sea un poquito, lo consideraré un gran honor. Dar tu opinión y mantenerte fiel a ti misma, incluso a pesar de la desaprobación de otros, es tarea difícil. Es terrorífico.

Pero también puede ser increíblemente gratificante.

SOBRE LA AUTORA



© Ilustración de sallteas.com

Olivia Hayle es una escritora de novela romántica y también se considera una romántica empedernida. Le fascinan los protagonistas masculinos millonarios, a pesar de que nunca ha conocido a uno en persona. Precisamente por eso, decidió ponerse manos a la obra y crearlos ella misma. Serios, encantadores, fríos o atormentados… por el momento no ha habido un solo millonario (ficticio) que no le haya robado el corazón.

Chic Editorial te agradece la atención dedicada a *Juego de mentiras*, de Olivia Hayle. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura y te invitamos a visitarnos en www.chiceditorial.com, donde encontrarás más información sobre nuestras publicaciones.

Si lo deseas, también puedes seguirnos a través de Facebook, Twitter o Instagram utilizando tu teléfono móvil para leer los siguientes códigos QR:



Primera edición: marzo de 2026
Título original: *The Faking Game*

© Olivia Hayle, 2025
© de la traducción, Paloma Rico Fernández, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Chloe Quinn Astound US Inc.
Corrección: Sandra Ruiz
Publicado por Chic Editorial
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
chic@chiceditorial.com
www.chiceditorial.com

ISBN: 978-84-19702-84-5
THEMA: FRD
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tabla de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Chat de grupo
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Chat de grupo
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Chat de grupo
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
WEST Y RAFE
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
RAFE, WEST Y NORA
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
WEST Y JAMES
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
CHAT DE GRUPO
Capítulo 62
Epílogo
CHAT DE GRUPO
Agradecimientos
Sobre la autora

